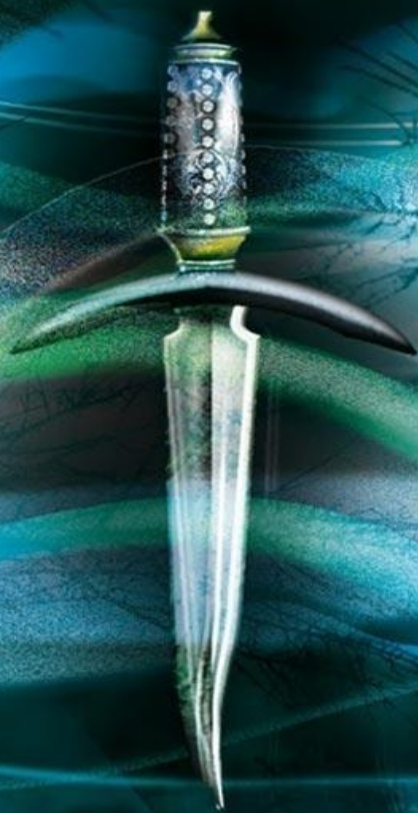


El autor de EL JUEGO DE ENDER

ORSON SCOTT CARD

Rigg puede cambiar el pasado,
pero nada puede prepararle para el futuro...



PATHFINDER

minotauro

Lectulandia

A Rigg le han enseñado a guardar secretos. Sólo su padre conoce el extraño don que le permite ver los rastros del pasado de las personas. Pero cuando éste muere, Rigg descubre que su propio padre le había ocultado secretos mucho más importantes, secretos acerca del pasado de Rigg, su identidad y su destino. Y cuando Rigg descubre que no sólo tiene el poder para ver el pasado, sino también para cambiarlo, de repente su futuro se vuelve incierto. El último deseo de su padre llevará a Rigg a la antigua capital imperial. Allí se verá envuelto en el enfrentamiento entre dos facciones: una que quiere coronarlo y otra que sólo desea matarlo. Rigg tendrá que cuestionarse todo aquello en lo que creía, elegir con cuidado en quién confiar, y poner a prueba su don... o perder el control de su destino.

Lectulandia

Orson Scott Card

Pathfinder

ePUB v1.0

jubosu 10.11.11

más libros en lectulandia.com

Autor: CARD, ORSON SCOTT
Editorial: MINOTAURO
Año de la Edición: 2011
Género: Fantástica, ciencia ficción
ISBN: 9788445078402

*A Barbara Bova
cuya audacia lo hizo todo posible:
Te echo de menos cada día*

SI CAE UN ÁRBOL

Salvar a la raza humana puede ser un trabajo frenético. O tedioso. Todo depende de la fase del proceso en la que participes.

Rigg y Padre solían poner las trampas juntos, porque era Rigg el que poseía el don para ver los rastros que dejaban los animales que buscaban.

Padre no podía ver las estelas, delicadas y brillantes, que marcaban el paso de los seres vivos por el mundo. Era como si fuese ciego para esos rastros. Pero para Rigg era, y siempre había sido, una parte más de lo que podían ver sus ojos, sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo. Cuanto más reciente fuese el rastro, más azulado era su brillo. Los más antiguos eran verdes o amarillos. Los realmente viejos tendían al rojo.

Ya de niño, Rigg había aprendido lo que significaba el resplandor, porque veía que todo el mundo dejaba aquellos rastros al caminar. Además del color, cada uno de los rastros poseía una especie de firma, y con el paso de los años Rigg aprendió a reconocerlas. De un vistazo podía identificar las diferencias entre un humano y un animal, o entre dos especies distintas, y si miraba con mucha atención, era capaz de distinguir tan claramente los rastros que habría podido seguir la senda de una persona o un animal concreto.

Una vez, cuando Padre comenzó a salir con él a poner las trampas, Rigg cometió el error de seguir un rastro de color verde. Al llegar a su final, no había más que unos cuantos huesos esparcidos.

Padre no se había enfadado. De hecho, parecía divertido.

—Tenemos que encontrar animales con las pieles aún frescas —le dijo—. Y a los que todavía les quede un poco de carne, para que podamos comer. Pero si coleccionara huesos, éstos me vendrían de perlas. No te preocupes, Rigg.

Padre nunca criticaba a Rigg en nada que tuviera que ver con su don para encontrar los rastros. Se limitaba a aceptar su habilidad y a alentarle a perfeccionarla. Pero siempre que Rigg comenzaba a contarle a alguien lo que sabía hacer, Padre lo hacía callar al instante.

—Es tu vida —decía—. Hay gente que te mataría por eso. Y otros que te arrebatarían de mi lado y te obligarían a vivir en un sitio horrible y a seguir los rastros para ellos, para poder asesinar a los que encontraras. —Y para asegurarse de que Rigg entendía lo serio que era aquello, añadía—: Y no serían animales, Rigg. Tendrías que ayudarlos a matar gente.

Es posible que Padre no hubiera debido decirle aquello, porque la idea le rondó por la cabeza durante los meses siguientes en forma de pesadillas, pero no sólo por eso. La idea de que su habilidad podía ayudar a otros hombres a encontrar criminales y forajidos le había hecho a Rigg sentirse muy poderoso.

Pero todo esto sucedió cuando Rigg era aún muy pequeño, a los siete u ocho años. Ahora tenía trece y por fin le estaba cambiando la voz, y Padre se pasaba todo el día dándole consejos sobre cómo tratar a las mujeres. Que les gustaba esto, que detestaban aquello, que nunca se casarían con un chico que hiciera esto o no hiciera lo otro...

—Lo más importante es lavarse —le decía con frecuencia—. Porque no puedes oler mal. A las chicas no les gustan los chicos que huelen mal.

—Pero hace frío —contestaba Rigg—. Ya me lavaré luego, cuando volvamos a casa.

—Te lavarás a diario —decía entonces Padre—. A mí tampoco me gusta que huelas mal.

Pero Rigg no le creía. Las pieles de los animales que caían en sus trampas apestaban mucho más que Rigg. De hecho, la peste de esas pieles era el olor principal de Rigg. Se adhería a su pelo y a su cabello como los cadillos. Pero Rigg no discutía con Padre. No servía de nada.

Por ejemplo, aquella mañana, antes de separarse, estaban charlando mientras caminaban por los bosques. A Padre le gustaba hablar.

—No somos cazadores, somos tramperos —dijo—. No importa que los animales huyan de nosotros ahora, porque los cogemos luego, cuando no puedan vernos, oírnos y ni siquiera olernos.

Padre utilizaba sus interminables caminatas para enseñarle cosas.

—Padeces un grave caso de ignorancia, chico —decía a menudo—. Dedico todos mis esfuerzos a combatir ese mal, pero parece que cuanto más te enseño, más cosas ignoras.

—Ya sé todo lo que necesito saber —contestaba siempre Rigg—. Tú te empeñas en enseñarme un montón de cosas que no tienen nada que ver con nuestro modo de vivir. ¿Para qué necesito aprender astronomía o finanzas, o todos esos idiomas que me obligas a hablar? Yo encuentro los rastros de los animales, luego colocamos nuestras trampas y vendemos las pieles. Y sé todo lo que hay que saber sobre eso.

A lo que Padre siempre replicaba:

—¿Ves lo ignorante que eres? Ni siquiera sabes para qué necesitas saber las cosas que aún ignoras.

—Pues explícamelo tú —decía Rigg.

—Lo haría, pero eres demasiado ignorante para entender las razones por las que tu ignorancia es una enfermedad mortal. Tengo que educarte antes de que empieces a

entender por qué merece la pena tratar de curtir tu cerebro. —Así es como llamaba él sus lecciones: curtir el cerebro de Rigg.

Aquel día estaban siguiendo el rastro de un pencho especialmente esquivo, un animal cuya piel valía diez veces más que la de una nutria debido a su grosor y a la intensidad de sus colores. Durante una breve interrupción en las interminables clases de Padre, que presumiblemente emplearía para inventar un nuevo problema para Rigg («Si una cerca de tablones tiene nueve manos de altura y ciento veinte metros de longitud, ¿cuántas tablillas de diez centímetros debes comprar en el aserradero, sabiendo que las hay de veinte y de catorce manos de longitud?» Respuesta: «¿De qué sirve una cerca de nueve manos de altura? Cualquier animal que merezca la pena guardar en su interior podría saltarla o derribarla.» Y luego un pescozón en la cabeza para que buscara la respuesta correcta), Rigg comenzó una conversación intrascendente.

—Me encanta el otoño —dijo—. Sé que significa que se acerca el invierno, pero el invierno es la razón por la que la gente necesita nuestras pieles, así que no puedo lamentarme por eso. Es por los colores de las hojas antes de caer y el crujido de las que ya han caído bajo nuestros pies. El mundo entero parece distinto.

—¿El mundo entero? —preguntó Padre—. ¿No sabes que en la mitad meridional del mundo ni siquiera es otoño?

—Sí, lo sé —dijo Rigg.

—E incluso en nuestro hemisferio, cerca de los trópicos no hay otoño y las hojas nunca llegan a caer, salvo en lo alto de las montañas, como aquí. Y en el lejano norte no hay árboles, sólo tundra y hielo, así que las hojas no se caen. ¡El mundo entero! Querrás decir el pequeño trocito de mundo que has visto con tus propios e ignorantes ojos.

—Es el único mundo que he visto —dijo Rigg—. Si no sé nada sobre el resto, la culpa es tuya.

—No es que no sepas nada sobre el resto, es que no lo has visto. Pero yo, desde luego, te he hablado de él.

—Oh, sí, Padre, he memorizado y almacenado toda clase de cosas en mi cabeza, pero mi pregunta es: ¿cómo sabes todas esas cosas sobre partes del mundo que están al otro lado del Muro y que por tanto nunca podremos ver?

Padre se encogió de hombros.

—Yo lo sé todo.

—Cierto profesor me dijo una vez que el único hombre realmente estúpido es el que no sabe que es un ignorante. —A Rigg le encantaba ese juego, en parte porque, más tarde o más temprano, Padre acabaría por perder la paciencia y le diría que cerrara la boca. Lo que significaba que Rigg habría ganado.

—Sé que lo sé todo, porque no hay ninguna pregunta de la que no conozca la

respuesta.

—Excelente —dijo Rigg—. Pues respóndeme a esto: ¿sabes las respuestas a preguntas en las que aún no has pensado?

—Ya he pensado todas las preguntas —dijo Padre.

—Eso sólo significa que has dejado de pensar en otras nuevas.

—No hay nuevas preguntas.

—Padre, ¿qué voy a preguntarte a continuación?

Padre resopló.

—Todas las preguntas sobre el futuro son hipotéticas. Y todas las respuestas se pueden conocer.

—Eso es lo que yo pensaba. Pero tú siempre dices que afirmar que uno lo sabe todo es una fanfarronada carente de significado.

—Cuidado con cómo le hablas a tu padre y maestro.

—He elegido mis palabras con la máxima precisión —dijo Rigg, imitando una frase que Padre usaba con frecuencia—. La información sólo es importante si nos permite hacer elucubraciones atinadas sobre el futuro. —Chocó contra una rama baja. No era la primera vez. Tenía que mantener la mirada alta porque su presa se movía de rama en rama—. El pencho ha cruzado el arroyo —dijo. Y luego bajó gateando a la orilla.

El hecho de que hubiera un arroyo que había que vadear no interrumpió la conversación.

—Como no puedes saber qué información necesitarás en el futuro, debes conocerlo todo sobre el pasado. Como yo —dijo Padre.

—Que sepas qué es la lluvia no significa que sepas cuándo va a llover, y mucho menos si va a nevar. Creo que eres casi tan ignorante como yo.

—Cierra el pico —le contestó Padre.

«He ganado», se dijo Rigg en silencio.

Pocos minutos después, el rastro del pencho ascendió de repente en el aire y continuó subiendo hasta perderse de vista.

—Lo ha atrapado un águila —dijo Rigg con pesar—. Sucedió antes de que comenzáramos a seguir el rastro. Ha ocurrido en el pasado, así que supongo que tú ya lo sabías.

Padre no se molestó en contestar y dejó que Rigg regresase por el arroyo y el bosque hasta el lugar donde había visto por primera vez el rastro del pencho.

—Sabes poner las trampas casi tan bien como yo —dijo Padre—. Así que ve a hacerlo y luego vuelve a buscarme.

—A ti no puedo encontrarte —dijo Rigg—. Ya lo sabes.

—No sé tal cosa, porque nadie puede saber una cosa falsa. Sólo podemos creerla hasta que la realidad la contradice.

—No puedo ver tu rastro —dijo Rigg— porque eres mi padre.

—Es cierto que soy tu padre y también lo es que no puedes ver mi rastro, pero ¿por qué das por hecho que existe una conexión causal entre ambas cosas?

—Bueno, no puede ser al revés. No es posible que seas mi padre porque no puedo ver tu rastro.

—¿Tienes algún otro padre?

—No.

—¿Conoces a algún otro que sea capaz de seguir los rastros como tú?

—No.

—Por tanto no puedes comprobar si puedes ver los rastros de tus otros padres, dado que no los tienes. Y no puedes preguntar a otros buscadores de rastros si ven los rastros de sus padres, porque no conoces a ninguno. De modo que no tienes ninguna prueba, en uno u otro sentido, sobre las razones que te impiden ver el mío.

—¿Puedo irme a dormir ya? —preguntó Rigg—. Estoy demasiado cansado para continuar.

—Pobre cabecita cansada... —dijo Padre—. Aunque no sé cómo ha podido cansarse, teniendo en cuenta lo poco que la utilizas. ¿Cómo podrías encontrarme? Buscando mi rastro con los ojos y el cerebro, en lugar de con esa habilidad tan extraordinaria que posees. Podrías ver dónde dejo mis huellas y dónde rompo alguna rama al pasar.

—Pero tú nunca dejas huellas si no quieres y nunca rompes una rama, salvo que desees hacerlo —respondió Rigg.

—Ah —dijo Padre—. Eres más observador de lo que pensaba. Pero, dado que te he dicho que me buscaras después de poner las trampas, ¿no sería lógico pensar que te facilitaría la tarea dejando huellas y rompiendo ramas?

—No te olvides de tirarte pedos de vez en cuando —sugirió Rigg—. Así podré seguirte con el olfato.

—Tráete un buen palo contigo al volver, para que pueda azotarte con él —dijo Padre—. Y ahora vete a hacer tu trabajo antes de que haga demasiado calor.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Lo que tenga que hacer —dijo Padre—. Cuando tengas que saberlo, te lo contaré.

Y se alejó.

Rigg puso las trampas con cuidado porque sabía que era una prueba. Todo era una prueba. O una lección. O un castigo que le enseñaría una lección, sobre la que Padre le pondría a prueba más tarde, y por la que recibiría un castigo si no la había aprendido.

«Ojalá pudiera tener un día, un solo día, sin pruebas ni lecciones ni castigos. Un día para ser yo mismo y no un proyecto de gran hombre para Padre. No quiero ser

grande. Sólo quiero ser Rigg.»

A pesar de que tuvo el máximo cuidado en poner las trampas en todos los caminos habituales de los animales, no tardó demasiado en colocarlas todas. Se detuvo para beber un poco de agua y hacer sus necesidades, y luego se limpió el trasero con unas hojas. Otra razón para estarle agradecido al otoño. Después volvió por donde había llegado hasta el lugar en el que Padre y él se habían separado.

No había nada que indicara adónde se había ido Padre. Rigg sabía en qué dirección había comenzado a caminar, porque lo había visto marcharse. Pero cuando Padre caminaba de aquel modo, no dejaba ramas rotas, ni huellas ni ningún otro indicio de su paso.

«Cómo no —pensó Rigg—. Es una prueba.»

Así que permaneció en el sitio y pensó. «Padre podría querer que continuara en la misma dirección en la que se alejó cuando nos separamos y sólo al cabo de un buen rato me dejaría una señal. Ésa sería una lección de paciencia y confianza.

»Pero también podría ser que cambiara de dirección en el mismo momento en que me perdió de vista, dejando un rastro visible que sólo podré encontrar después de haber caminado un rato a ciegas en cualquier dirección.»

Así que pasó una hora cambiando de dirección una vez tras otra, tratando de cruzarse con cualquier posible señal dejada por su padre. Sin suerte, claro está. De otro modo, habría sido una prueba demasiado sencilla.

Volvió a hacer un alto para pensar. «Padre ha enumerado las señales que podía dejar. Por tanto no dejará ninguna de éstas. Dejará otras y mi cometido es pensar cuáles pueden ser.»

Recordó su comentario pueril sobre los pedos y husmeó el aire, pero su sentido del olfato era meramente humano y no podía captar nada de aquel modo, así que ése no podía ser el juego de Padre.

La vista y el olfato no habían funcionado. El gusto parecía una ridiculez. ¿Podía Padre dejarle pistas usando el sonido?

Decidió intentarlo. Permaneció totalmente inmóvil para oír realmente los sonidos del bosque. No se trataba sólo de no mover el cuerpo. Tenía que calmarse y concentrarse para separar los sonidos en su cabeza. Su propia respiración... tenía que ser consciente de ella y luego ir más allá, para captar los otros sonidos que lo rodeaban. Comenzó a oír cosas: el correteo huidizo de un ratón, el paso precipitado de una ardilla, las discordantes notas del trino de un pájaro, la excavación de un topo...

Y entonces la oyó. Muy lejana. Una voz. Una voz humana. Era imposible saber qué palabras estaba pronunciando, si es que eran palabras. Era imposible saber si se trataba de Padre. Pero al menos podía determinar la dirección aproximada de la que venía, así que se encaminó hacia allí a la carrera, aprovechando una vereda que

utilizaban muchos ciervos para llegar cuanto antes. Había una loma a la izquierda que podía bloquear los sonidos. Debía dejarla atrás. Sabía que había un arroyo a la derecha y que si se acercaba demasiado, el rumor del agua podría amortiguar la voz.

Se detuvo y volvió a quedar completamente quieto. Esta vez estaba razonablemente seguro de que aquella voz era la de Padre. Y aún estaba más seguro respecto a la dirección.

Tuvo que detenerse dos veces más antes de oír la voz con la claridad suficiente como para correr directamente hacia su padre. Estaba preparando algunas críticas selectas para el peculiar método de rastreo que había elegido cuando llegó al lugar del que procedía la voz, un claro en el que había caído un árbol descomunal no hacía mucho. De hecho, el rastro dejado en su caída por el árbol seguía siendo de un azul resplandeciente. Había pocas ocasiones para seguir a las plantas, dado que, aparte de sus balanceos en la brisa, se movían poco, pero aquel árbol debía de haberse caído hacía pocas horas y su movimiento había dejado un brillante rastro en el aire.

Rigg no veía a Padre por ninguna parte.

—¿Dónde estás? —preguntó.

Esperaba algún comentario punzante, pero lo que Padre dijo fue:

—Has llegado, Rigg. Me has encontrado.

—No, Padre.

—Has llegado tan lejos como yo quería. Escucha con atención. No te acerques más.

—Como no sé dónde estás...

—Calla —dijo Padre.

Rigg guardó silencio y escuchó.

—Estoy atrapado debajo del árbol —dijo Padre.

Rigg gritó y dio un paso hacia la voz.

—¡Alto! —gritó Padre.

Rigg se detuvo.

—Ya has visto el tamaño del árbol —dijo Padre—. No puedes levantarlo. No puedes moverlo.

—Con una palanca, Padre, podría...

—No puedes moverlo, porque dos de sus ramas me han atravesado de lado a lado a la altura del vientre.

Rigg dejó escapar un grito al imaginar el dolor y al sentir el miedo que le provocaba la herida de Padre. Él nunca se hacía daño. Ni siquiera enfermaba.

—Cualquier nuevo movimiento del árbol me matará, Rigg. He utilizado todas las fuerzas que me quedaban para llamarte. Ahora escucha y no me obligues a malgastar la vida que me queda en una discusión.

—No discutiré —dijo Rigg.

—Primero, debes hacerme la solemne promesa de que no vendrás a verme, ni ahora que estoy vivo ni luego, cuando esté muerto. No quiero que se te grabe en el recuerdo esta imagen terrible.

«No podría ser peor que lo que estoy imaginando —se dijo Rigg en silencio. Y luego, también en silencio, se ofreció a sí mismo la respuesta que le habría dado Padre—: No puedes saber si lo que imaginas es peor que la realidad. Yo veo la realidad, tú no, así que... cierra la boca.»

—No puedo creer que no me hayas discutido —dijo Padre.

—Lo he hecho —dijo Rigg—. Sólo que no me has oído.

—Está bien —dijo Padre—. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Dilo. Pronuncia las palabras.

Rigg necesitó toda su concentración para obedecer.

—Prometo solemnemente que no me acercaré para mirarte, ni ahora ni luego, cuando estés muerto.

—¿Y mantendrás tu promesa, aunque el hombre al que se la has hecho sea un muerto? —preguntó Padre.

—Comprendo tu propósito y estoy de acuerdo con él —dijo Rigg—. Cualquier cosa que imagine será horrible, pero no sabré si es verdad. Mientras que, aunque la realidad no sea tan mala como lo que imagino, sabré que es verdadera, es decir, que será mi memoria y no mi imaginación, y eso será mucho peor.

—De modo que, como estás de acuerdo con mi propósito —dijo Padre—, será tu propia voluntad la que te llevará a obedecerme y mantener tu juramento.

—Este tema ya está debidamente discutido —dijo Rigg, que era la forma que tenía Padre de decir: «Estamos de acuerdo, así que pasemos a otro tema.»

—Vuelve al lugar en el que nos separamos —dijo Padre—. Espera allí hasta el amanecer y recoge lo que haya en las trampas. Haz lo que hay que hacer, coge todas las trampas sin perder ninguna y luego lleva las pieles al escondite. Saca todas las pieles que hay allí y llévatelas al pueblo. Pesarán mucho pero, aunque aún no hayas crecido del todo, podrás con la carga si haces descansos frecuentes. No hay prisa.

—Entendido —dijo Rigg.

—¿Te he preguntado si lo habías entendido? Pues claro que lo has entendido. No me hagas perder el tiempo.

En silencio, Rigg dijo: «Mi única palabra no ha consumido tanto tiempo como tus tres frases.»

—Saca lo que puedas por las pieles antes de decirle a nadie que estoy muerto. No te timarán si creen que voy a volver a hacer las cuentas.

Rigg no dijo nada, pero estaba pensando: «Ya sé lo que debo hacer, Padre. Tú me enseñaste a regatear y se me da bien.»

—Luego tendrás que ir a buscar a tu hermana —dijo Padre.

—¡Mi hermana! —respondió Rigg con un balbuceo.

—Vive con tu madre —dijo Padre.

—¿Mi madre está viva? ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive?

—Nox te lo dirá.

¿Nox? ¿La mujer que regentaba la pensión en la que a veces se alojaban? Cuando Rigg era pequeño, llegó a creer que Nox podía ser su madre, pero había abandonado la idea hacía mucho. Ahora se daba cuenta de que Nox, al contrario que él, disfrutaba de la confianza de Padre.

—¡Dímelo tú! ¿Por qué me hiciste creer que mi madre estaba muerta? Y una hermana... ¿Por qué lo has mantenido en secreto? ¿Por qué no he visto nunca a mi madre?

No hubo respuesta.

—Lo siento, sé que dije que no discutiría, pero nunca me habías contado. Me ha sorprendido, no he podido contenerme. Lo siento. Dime cualquier otra cosa que creas que debo saber.

No hubo respuesta.

—¡Oh, Padre! —exclamó Rigg—. ¡Háblame una vez más! ¡No me castigues así! ¡Dime algo!

No hubo respuesta.

Rigg pensó como sabía que Padre esperaba que lo hiciera. Al fin, dijo lo que sabía que Padre habría querido que dijera.

—No sé si me estás castigando con tu silencio o si ya estás muerto. He hecho la promesa de no mirar y no miraré. Así que voy a marcharme y obedecer tus instrucciones. Si no estás muerto y tienes algo más que decirme, habla ahora, por favor, habla. —Tuvo que detenerse porque si Padre no estaba muerto, no quería que le oyera llorar.

«Por favor», dijo en silencio mientras sollozaba.

—Te quiero, Padre —dijo—. Siempre te echaré de menos. Eso sí que lo sé.

Si eso no hacía hablar a Padre, nada volvería a hacerlo.

No hubo respuesta.

Rigg se dio la vuelta con determinación y regresó siguiendo sus propios pasos entre los árboles y los matorrales, a lo largo de la senda de los ciervos, hasta el último lugar en que había visto a su padre con vida.

EL ESCARPALTO

A Ram Odín lo educaron para ser piloto de una nave estelar. Fue su padre quien adoptó como apellido el nombre del dios nórdico y fue también su padre quien se aseguró de que Ram estuviera totalmente preparado para convertirse en astronauta dos años antes de lo normal.

La humanidad había utilizado hasta el último ápice de la riqueza de la Tierra para construir las primeras naves-colonia interestelares. Tardó cuarenta años. Bajo la sombra del polvo lunar que aún bloqueaba más de una tercera parte de los rayos del sol, el sentimiento de urgencia apenas había decaído en todo ese tiempo, a pesar de la capacidad de los hombres de acostumbrarse a todo.

Todo el mundo sabía lo cerca que había estado la raza humana de la extinción cuando el cometa pasó junto a la Tierra y fue a estrellarse contra la cara visible de la Luna. Incluso ahora, no había ninguna certeza de que la órbita lunar se estabilizara. Los astrónomos estaban divididos, de manera casi equitativa, entre aquellos que aseguraban que más tarde o más temprano chocaría con la Tierra y los que pensaban que se alcanzaría un nuevo equilibrio.

Así que todos los que habían sobrevivido a los primeros y terribles años de frío y hambre que asolaron el planeta se dedicaron con todas sus fuerzas a la construcción de dos naves idénticas. Una de ellas saldría al espacio a una velocidad del diez por ciento de la de la luz, con un ecosistema cerrado en su interior en el que viviría, envejecería y moriría una generación tras otra de futuros colonos.

La otra nave, la nave de Ram, se alejaría durante siete años del Sistema Solar y luego daría un audaz salto hacia el reino de la física teórica.

O bien era posible plegar el espacio-tiempo, atravesar de un salto noventa años luz y dejar la nave-colonia a siete años de distancia del planeta de tipo terráqueo que era su destino, o bien la nave se desintegraría en el intento... o bien no sucedería nada, y tendría que arrastrarse por el espacio durante novecientos años más antes de llegar a su destino final.

Los colonos de la nave de Ram dormirían durante el viaje hacia el punto elegido para el salto. Si todo iba bien, no despertarían hasta estar cerca de ese punto. Si no sucedía nada, los despertarían para que comenzaran a trabajar en el vasto interior de la nave, en la primera de las treinta y cinco generaciones que debían vivir en la colonia hasta su llegada.

Únicamente Ram permanecería despierto todo el tiempo.

Siete años con los prescindibles como única compañía. Los prescindibles, creados

antaño para hacer aquellos trabajos que podían costarle la vida a un irremplazable ser humano, habían experimentado desde entonces tales mejoras que ahora vivían más y trabajaban mejor que cualquier persona. Pero también costaban mucho más de lo que costaba enseñar a un humano a hacer una pequeña parte de su trabajo.

Sin embargo, no eran humanos. No se podía dejar en sus manos la toma de decisiones de importancia vital mientras los humanos estaban dormidos. No obstante, eran una simulación de la vida humana tan excelente que Ram nunca se sentiría solo.

Desde que Rigg tenía memoria, Padre siempre había sido su único hogar. No podía contar la casa de huéspedes de Vado Otoño. La señora de la casa, Nox, ni siquiera tenía una habitación permanente para ellos. Si los viajeros las ocupaban todas, Padre y Rigg tenían que dormir en el establo.

Hubo un tiempo en que Rigg se preguntó si Nox sería su madre y, simplemente, Padre no había querido casarse con ella. A fin de cuentas, Padre y Nox pasaban muchas horas juntos, y en aquellos momentos Padre enviaba a Rigg a hacer recados para que no los interrumpiera. ¿Qué iban a estar haciendo sino la cosa de la que hablaban los niños del pueblo entre cuchicheos, que hacía reír a carcajadas a los chicos mayores y de la que las chicas murmuraban con voz queda?

Pero cuando Rigg se atrevió a preguntárselo a Padre, éste sonrió y lo llevó a la casa para que se lo preguntara a Nox a la cara. Así que Rigg, balbuceando, preguntó:

—¿Eres tú mi madre?

Durante un momento pareció que ella se iba a echar a reír, pero entonces se contuvo y, en lugar de hacerlo, le alborotó el pelo.

—Si hubiera tenido algún hijo, me habría encantado que fuese como tú. Pero soy tan estéril como un ladrillo, como descubrió mi marido a su pesar antes de morir, el pobre, en el invierno del Año Cero, cuando todo el mundo creyó que había llegado el fin del mundo.

Sin embargo, Nox significaba algo para Padre, o de lo contrario no habrían vuelto a verla casi todos los años, y Padre no habría pasado tantas horas a solas con ella.

Nox sabía quiénes eran la madre y la hermana de Rigg. Padre se lo había contado a ella pero no al propio Rigg. ¿Qué otros secretos conocía Nox?

Padre y Rigg habían estado poniendo sus trampas en las regiones altas del río, muy lejos de las cataratas Stashi. Rigg regresó por la vereda que discurría a mano izquierda del río, bordeaba el lago y luego iba paralela al acantilado en dirección a las cataratas. El acantilado era como una presa que contenía el lago, interrumpido sólo por la abertura de las cataratas. A un lado, la tierra descendía suavemente hasta las gélidas aguas del lago. Al otro, caía abruptamente formando el Escarpalto, que descendía a pico trescientas brazas hasta el gran bosque de Aguabajo. El acantilado se extendía sin interrupción treinta leguas al oeste del río. El único modo de bajar una

persona o un cargamento desde el Escarpalto era por el lado derecho de las cataratas.

Lo que significaba que Rigg, como cualquier otra persona lo bastante loca como para ganarse la vida trayendo cosas desde las tierras altas, tenía que cruzar el río saltando por entre las afiladas rocas que había justo antes de las cataratas.

Antaño había habido un puente allí. De hecho, aún sobrevivían las ruinas de varios puentes, que Padre había utilizado en una ocasión para poner a prueba la capacidad de raciocinio de Rigg.

—¿Ves que el puente más viejo está más alejado de las aguas y mucho más arriba en la pared del acantilado? ¿Y ves que los puntales del siguiente están más abajo y más cerca, y que el más reciente sólo está a tres brazadas de las cataratas? ¿Por qué crees que los construyeron así?

Rigg había tardado cuatro días en deducir la respuesta, mientras se dedicaban a colocar sus trampas en las tierras montañosas. Por aquel entonces tenía nueve años y Padre no le había enseñado aún nada importante sobre el mundo. De hecho, aquello marcó el comienzo de su aprendizaje. Así que Rigg se enorgullecía aún de haber dado con la respuesta correcta.

—Antes el lago estaba más alto —dedujo al final—, lo mismo que las cataratas, y más cerca de la cara del acantilado del Escarpalto.

—¿Qué te lleva a pensar una cosa así? —le preguntó su Padre—. Las cataratas están a muchas brazas de la cara del acantilado. ¿De dónde sacas que una cascada puede moverse de sitio?

—El agua devora la roca y se la va llevando del acantilado —dijo Rigg.

—Que el agua devora la roca... —dijo Padre. Pero Rigg supo en aquel momento que había dado en la diana. Padre estaba utilizando su voz de sorpresa fingida.

—Y cuando termina de comerse el borde del acantilado —continuó Rigg—, entonces el lago que hay por encima del nuevo borde desciende.

—Eso sería mucha agua cada vez —dijo Padre.

—Una inundación —repuso Rigg—. Por eso no tenemos una montaña de rocas al pie del acantilado. Cada inundación se las lleva corriente abajo.

—No te olvides de que, al caer desde el acantilado, las rocas chocan y quedan reducidas a fragmentos mucho más pequeños —dijo Padre.

—Y las rocas que utilizamos para cruzar en la parte alta de las cataratas son así porque el agua se ha comido ya lo que había entre ellas, dejándolas altas y secas. Pero algún día, las aguas las socavarán y caerán desde lo alto de los acantilados, se romperán y se las llevará la corriente, y entonces las cataratas quedarán a un nuevo nivel, más atrás y más abajo.

Fue entonces cuando Padre comenzó a enseñarle cómo cambia la tierra con el clima, el crecimiento de las plantas y todas las demás cosas que pueden modelarla.

Cuando Rigg tenía once años, se le ocurrió una pregunta:

—Si el viento, la lluvia, el agua, el hielo y el crecimiento de las plantas pueden triturar la roca, ¿por qué el Escarpalto sigue siendo tan empinado? Tendría que haberse nivelado, como las demás montañas.

—¿Por qué crees tú? —preguntó Padre con una de sus típicas respuestas que no lo eran.

Pero esta vez Rigg ya había elaborado un esbozo de teoría con antelación.

—Porque el acantilado del Escarpalto es mucho más reciente que las demás montañas o colinas.

—Una idea interesante. ¿Qué edad crees que tiene? ¿Hace cuánto que se formó el acantilado?

Y entonces, sin ninguna razón concreta que Rigg supiera, hizo una conexión mental y respondió:

—Once mil ciento noventa y un años.

Padre lanzó una carcajada atronadora.

—¿El calendario! ¿Crees que nuestro calendario se inicia con la formación del acantilado del Escarpalto?

—¿Por qué no? —preguntó Rigg—. ¿Por qué otra razón íbamos a recordar que nuestro calendario comenzó en el año once uno noventa y uno?

—Pero piensa, Rigg —dijo Padre—. Si el calendario comenzó con un cataclismo capaz de levantar un acantilado, ¿por qué no empezar a contar a partir de ahí? ¿Por qué darle un número como el once uno noventa y uno y luego contar hacia atrás?

—No lo sé —dijo Rigg—. ¿Por qué?

—¿Qué crees tú?

—¿Porque cuando se formaron los acantilados —respondió Rigg, que no estaba dispuesto a abandonar su idea— sabían que iba a suceder algo once mil ciento noventa y un años después?

—Bueno, llegamos al Año Cero cuando tú cumpliste los tres años. ¿Sucedió algo entonces?

—Montones de cosas —respondió Rigg—. Un año entero de ellas.

—Pero ¿algo digno de recordarse? ¿Algo que justificase que se elaborara un calendario entero a su alrededor?

—Eso no demuestra nada, Padre, salvo que la gente que inventó el calendario estaba equivocada respecto al tiempo que tardaría en suceder lo que tenía que suceder en el Año Cero. La gente se equivoca constantemente. Pero eso no quiere decir que el calendario no comenzara con la formación del Escarpalto.

—Bien pensado —dijo Padre—. Pero erróneo, por supuesto. ¿Y por qué?

—Porque no tengo información suficiente —dijo Rigg. Siempre era porque no tenía información suficiente.

—Nunca se tiene información suficiente —dijo Padre—. Ésa es la gran tragedia

del saber humano. Por mucho que sepamos, nunca podemos predecir el futuro.

Pero había algo en el tono de Padre que hizo desconfiar a Rigg. O puede que no creyera en la respuesta de Padre e imaginara haber oído aquello en su tono.

—Creo que sabes algo —dijo Rigg.

—Qué menos, teniendo en cuenta mi edad.

—Creo que sabes lo que, teóricamente, tenía que suceder en el Año Cero.

—¡Calamidades! ¡Plagas! ¡El fin del mundo!

—No —respondió Rigg—. Me refiero a lo que creían los creadores del calendario cuando decidieron empezar a contar a partir del año once uno noventa y uno.

—¿Y cómo iba yo a saber tal cosa?

—Creo que sabes lo que es —dijo Rigg—, y creo que sucedió, justo en el momento previsto.

—Y era algo tan grande e importante que nadie se dio cuenta, excepto yo —dijo Padre.

—Creo que fue algo científico. Algo astronómico. Algo que los científicos sabían entonces que ocurriría, como una alineación de planetas, o el estallido de una estrella en el cielo, o el choque entre dos de ellas, o algo por el estilo, algo en lo que la gente que no sepa astronomía no repararía nunca.

—Rigg —dijo Padre—, eres tan listo y tan tonto al mismo tiempo que me dejas casi asustado.

Y así terminó la conversación. Rigg estaba convencido de que Padre sabía algo, pero también sabía que Padre no tenía la menor intención de contárselo.

Tal vez Nox supiera lo que había sucedido en el Año Cero. Tal vez Padre le hubiera contado a ella todos sus secretos.

Pero para hablar con Nox, tenía que bajar hasta el pueblo de Vado Otoño. Y para bajar el Escarpalto, tenía que llegar al camino del acantilado, que se encontraba al otro lado de la catarata, así que debía cruzar por el sitio en el que las aguas corrían más rápidas, el sitio en el que la fuerza de la corriente era mayor, y Rigg sabía que las rocas, socavadas ya, podían ceder cuando las pisara, y arrojarlo a la catarata, que lo arrastraría hasta la muerte.

Y su único consuelo sería, durante toda la caída, hasta que el agua, o las rocas, o simplemente la fuerza del impacto lo pulverizaran, que no moriría solo, que todo el pueblo de Vado Otoño desaparecería instantes después de que lo hubiera hecho él.

Recordaba que ésta era una de las preguntas con las que su padre lo había puesto a prueba.

—¿Por qué construiría la gente una aldea en un sitio donde saben que, más tarde o más temprano, habrá una terrible crecida que se los llevará a todos por delante y de la que no tendrán tiempo de escapar?

—Porque la gente olvida —había respondido Rigg.

—Exacto, Rigg. La gente olvida. Pero tú y yo, Rigg, no olvidamos, ¿verdad?

Pero Rigg sabía que no era cierto. Había un montón de cosas que él no podía recordar.

Recordaba la ruta entre las rocas. Pero no se fiaba tanto de su memoria. Siempre volvía a hacer las comprobaciones al llegar al punto de partida, justo encima de la superficie del lago.

Parecía totalmente en calma, pero Rigg sabía que si dejaba caer una piedra sobre él, no se hundiría en el agua, sino que sería arrastrada de inmediato hacia la catarata. Y si era él el que se caía, llegaría al acantilado en cuestión de dos segundos, después de haberse estrellado contra unas seis o siete de las rocas grandes, de manera que lo que caería por la catarata sería sólo una versión herida y ensangrentada de Rigg, posiblemente en varios pedazos.

Inmóvil, observó el agua y vio —sintió— los rastros de incontables viajeros anteriores.

No era como un camino principal, tan repleto de rastros que Rigg sólo era capaz de distinguir uno concreto con gran dificultad.

Allí sólo había cientos, no miles de rastros.

Y una cantidad inquietante de ellos no lograban llegar al otro lado. Alcanzaban un punto u otro y entonces, de repente, salían volando hacia el borde del acantilado. Se los habían llevado las aguas.

Luego, claro, estaban los rastros antiguos. Esto es lo que había permitido a Rigg deducir lo de la erosión de la roca, la retracción de las cataratas en el tiempo. Porque Rigg podía ver rastros que atravesaban el aire, más altos que las cataratas y desde varias brazas más atrás. Estos caminos avanzaban lentamente y dando bandazos, como las corrientes, porque la gente que los había dejado estaba cruzando otras rocas, sobre la superficie de un lago más alto y más profundo.

Y donde antes estaban los puentes, miles de rastros antiguos, ya medio desvanecidos, avanzaban en línea recta a través del aire.

Así que la tierra se había movido y las aguas habían bajado. Y Rigg dedujo que seguirían haciéndolo.

Pero aquel día, estaban allí y aquellas rocas eran las que Rigg tendría que cruzar.

Siempre escogía rutas que casi todo el mundo había logrado cruzar. Y que se encontraran lo más lejos posible del borde del acantilado.

Rigg recordaba —o recordaba que Padre se lo había contado, lo que se parecía tanto a un recuerdo que era casi lo mismo— cómo había descubierto Padre su capacidad de ver los rastros antiguos, allí mismo, en el cruce de las aguas. Padre se disponía a saltar, llevando consigo al pequeño Rigg, de una roca a otra, cuando éste gritó: «¡No!» Y luego obligó a Padre a escoger un nuevo camino, según él porque: «Me dijiste: “Nadie se ha caído al agua por ahí.”»

Rigg veía ahora lo mismo que había visto entonces: rastros que saltaban de roca en roca; personas distintas, separadas por días, años o décadas. Vio cuáles de los rastros de los que se habían caído eran nuevos y cuáles antiguos. Eligió una ruta que parecía seca, una de las más recientes.

Vio también los rastros que él mismo había dejado en el pasado, claro.

Y, como siempre, no vio ninguno de los rastros de Padre.

Qué extraña ceguera para un hijo: poder ver a todas las personas del mundo, o al menos los caminos por los que transitaban, menos los de tu propio padre.

Esta vez tuvo que realizar sus cálculos con el doble de cuidado, porque tenía que cruzar con muchos kilos de pieles a la espalda. Una maniobra que sería pan comido llevando sólo una cantimplora, las trampas y un poco de comida, podía suponer ahora que, al saltar sobre alguna roca demasiado pequeña, perdiera el equilibrio y cayera al agua.

Se encontraba a tres saltos del otro lado, sobre una plataforma de roca de dos brazas largas de anchura, cuando vislumbró un movimiento y vio, en la orilla, a un niño de unos diez años. Le pareció que lo conocía, pero como visitaba Vado Otoño pocas veces al año y no siempre veía a todo el mundo, era posible que fuese el hermano pequeño del niño que había creído en un principio. O puede que perteneciese a otra familia. O que fuera un completo desconocido.

Rigg lo saludó con la mano y el niño le devolvió el saludo.

Dio el siguiente paso y cayó sobre una roca mucho más pequeña, en la que no tendría espacio para tomar carrerilla. Era el punto más peligroso del cruce, donde el riesgo de perder la vida era mayor, y pensó que quizá habría sido mejor haber dejado el cargamento en la roca grande que acababa de abandonar y cruzar sólo con la tercera parte de las pieles, para volver luego a por el resto. Nunca había hecho aquel salto con tanta carga a la espalda. Padre llevaba siempre más de la mitad.

No era demasiado tarde para volver a la plataforma grande y dividir la carga.

Pero entonces vio que el muchacho había saltado sobre una roca. Estaba mucho más cerca del borde de la cascada y Rigg sabía que era el comienzo de un camino en el que se veían más muertes que ningún otro.

Agitó los brazos e hizo una señal con las dos manos, como si quisiera empujar al muchacho hacia atrás.

—¡Atrás! —gritó—. ¡Es demasiado peligroso!

Pero el muchacho se limitó a saludarlo de nuevo con el brazo y a imitar su gesto, de lo que Rigg dedujo que no lo había entendido. Era evidente que no podía oírlo con el espantoso ruido que hacía la corriente entre las rocas.

El niño saltó a la siguiente roca. El camino en el que se había metido era realmente peligroso. Ahora le sería muy difícil volver atrás aunque quisiera. Y parecía que era tan estúpido que estaba decidido a seguir adelante.

Rigg sólo tenía un momento para decidir. Si volvía por donde había venido, podría dejar su carga y luego internarse por un camino peligroso que le permitiría acercarse al niño, puede que lo bastante para hacerse oír, o para detenerlo. Pero tardaría un rato en quitarse las pieles de la espalda y al terminar estaría más lejos del muchacho.

Así que, en lugar de hacer esto, simplemente dio el salto que había estado preparando. Lo ejecutó a la perfección y un momento después estaba preparado para saltar sobre una roca algo más grande. De nuevo repitió el movimiento de forma impecable.

Sólo dos piedras lo separaban del muchacho.

El muchacho saltó una vez más y estuvo a punto de caer bien. Pero su pie aterrizó sobre un pequeño charco y resbaló en dirección al borde, lo que le hizo perder el equilibrio. Su cuerpo se retorció en el aire y sus dos pies cayeron al agua, que lo atenazó y comenzó a tirar de él con fuerza salvaje.

Aunque resultó que el niño no era tan estúpido. Sabía que no podría sujetarse a la roca en la que se encontraba, así que trató de hacerlo en una piedra más pequeña, situada justo al borde de la cascada.

Lo logró, pero el agua lo arrastraba con tanta violencia que lo dejó colgando del borde seco de la roca, con el cuerpo suspendido sobre la enorme caída que precedía al río.

—¡Aguanta! —gritó Rigg.

El fruto de un invierno entero de trabajo y estaba a punto de perderlo para tener una pequeña probabilidad de salvar a un crío tan estúpido que probablemente se merecía morir.

Tardó un momento en deshacer los nudos y sacudir los hombros para que las pieles cayeran al agua desde su espalda.

Estaba tan cerca del borde que el enorme fardo sólo rebotó una vez contra las rocas, arrastrado por la corriente, antes de salir despedido por los aires y caer.

Al mismo tiempo, Rigg saltó en dirección a la roca que el muchacho no había logrado alcanzar. Él sí que lo hizo, a pesar de que el traspié del niño había mojado la superficie y ahora estaba más resbaladiza.

—¡Aguanta! —volvió a gritar. Lo único que veía ya del muchacho eran sus dedos en la piedra.

La roca era demasiado pequeña. No había espacio para saltar sobre ella. Aunque estaba muy cerca, lo más probable era que al caer le pisara los dedos al muchacho. Así que lo que hizo Rigg fue arrodillarse en la suya y echar el cuerpo hacia delante con la intención de cogerse a la roca del niño con las manos y hacer un puente con su cuerpo.

Entonces sucedió algo extraño. El tiempo, prácticamente, se detuvo.

Rigg había estado en situaciones peligrosas antes. Sabía lo que pasa cuando tu percepción se agudiza de repente, cuando cada segundo se vive de manera más intensa. En tales ocasiones se puede tener la sensación de que el tiempo se detiene. Pero en realidad no es así. Según le había explicado Padre, había unas glándulas en el cuerpo humano que secretaban unas sustancias que proporcionaban mayor fuerza y velocidad en momentos de peligro.

No fue eso lo que pasó esta vez. Mientras Rigg echaba el cuerpo hacia delante, una operación que tendría que haberle llevado un segundo como mucho, de repente fue como si estuviera zambulléndose lentamente en un fluido muy espeso. Tenía tiempo de percibirlo todo y, aunque no podía mover los ojos más deprisa que cualquier otra parte de su cuerpo, podía desplazar su atención a la velocidad de su elección, así que podía ver todo cuanto había en su campo de visión, incluidos los límites de éste.

Entonces, algo aún más extraño lo distrajo. Al mismo tiempo que el tiempo frenaba su paso, lo hicieron también los rastros que veía en el aire. Se hicieron más densos. Más sólidos.

Se convirtieron en gente.

Todas las personas que habían tratado de cruzar aquellas rocas por aquel lugar se transformaron, primero en manchas borrosas y en movimiento, y luego en individuos sólidos, que se movían a velocidad real. Cuando se concentraba, podía verlos caminar, saltar, avanzar brincando de roca en roca. Y en cuanto centraba su atención en otra persona, todas las demás volvían a transformarse en fugaces líneas en movimiento.

Así que, en mitad de su caída, se concentró de repente en un hombre con las piernas desnudas que se encontraba de pie sobre la roca a la que se aferraba el muchacho. El hombre estaba de espaldas a él, pero como Rigg estaba cayendo tan despacio, tuvo tiempo de sobra de fijarse en que vestía un traje muy parecido a los de las estatuas caídas y los frisos desgastados de las ruinas donde en su día había hundido sus pilares el más reciente de los puentes.

Rigg comprendió que iba a estrellarse contra el hombre. Pero no podía ser sólido, ¿verdad? Aquello era sólo una parte de su don, que estaba experimentando una insólita transformación en aquel momento de miedo, pero los rastros seguían siendo, como siempre, intangibles.

Sin embargo, parecía totalmente real: los pelos y poros de los muslos, la zona en carne viva del tobillo donde se había arañado la piel, el dobladillo deshilachado y medio abierto del *kilt*, al que el cinto bordado, ahora empapado, sólo estaba medio cosido. En algún momento, aquéllas habían sido las mejores galas del hombre. Ahora no eran más que unos harapos.

Pero fuera la que fuese la desgracia que se había abatido sobre él, el hecho era

que en aquel momento se encontraba en el camino de Rigg, que pensó: «La gente a la que no presto atención se transforma en formas borrosas en movimiento. Si aparto mis pensamientos de él, se volverá insustancial.»

Así que trató de concentrarse en una mujer que había tratado de saltar desde la misma roca, pero había resbalado y caído sobre la corriente, que se la había llevado al instante. Al hacerlo pudo ver el horror en la cara de la mujer, transformado casi inmediatamente en la mirada de muerte de un animal que sabe que no hay forma de escapar. Pero entonces desapareció y la atención de Rigg regresó al momento al hombre que tenía delante. Que, si se había vuelto insustancial por un instante, ahora volvía a ser sobradamente sólido.

La frente de Rigg chocó con su muslo. Sintió la fuerza del golpe, pero como se movía tan despacio, también pudo sentir la textura de la piel del hombre y luego, al girar la cabeza por la presencia de aquel obstáculo, el roce de los pelos de su pierna sobre la cara.

Al mismo tiempo que la cara de Rigg se veía obligada a girar y resbalaba por la pierna del hombre, el impacto de su cabeza y de sus hombros hizo que la pierna se doblara, el hombre se retorciera sobre sí mismo y comenzara a caer hacia delante.

«Vengo para salvar a un niño y acabo matando a un hombre.»

Pero aquel hombre era un soldado o un atleta. Se revolvió en mitad de su caída, estiró los brazos y se agarró a la roca con las dos manos, de modo que quedó suspendido, pero no cayó al acantilado.

Su mano izquierda tapaba por completo la derecha del niño.

Al parecer, dos objetos sólidos podían ocupar el mismo espacio al mismo tiempo. O, técnicamente hablando, no al mismo tiempo, dado que el hombre se encontraba en realidad a centenares de años de distancia, aunque para Rigg sí que lo era. La mano del hombre era sólida. Rigg pudo sentirlo cuando la suya, extendida por un movimiento reflejo tras la colisión con la pierna del desconocido, se extendió sobre la roca y tropezó con sus dedos.

El resultado fue que Rigg dejó de resbalar hacia delante en el mismo momento en que sus rodillas iban a caer al agua. Su cuerpo formaba ahora el puente entre las rocas que había pretendido formar. El hombre, sin pretenderlo, le había salvado la vida.

Pero Rigg no le había devuelto el favor. Primero lo había embestido y hecho caer de la piedra en la que se encontraba. Y luego su mano, al deslizarse sobre la roca, se había clavado en los dedos de la mano derecha del hombre y la había hecho soltarse de la roca.

En aquel momento, el hombre sólo estaba sujeto por la mano izquierda, la misma que cubría la derecha del niño al que Rigg había ido a salvar.

La mano del hombre no era en modo alguno transparente. Era real, gruesa, morena, velluda, callosa y moteada, y estaba cubierta por una orografía de venas.

Pero exactamente al mismo tiempo, Rigg podía ver también los dedos tiesos, finos y marrones como castañas del muchacho, que estaban empezando a resbalar poco a poco. Sabía que podía ayudar al niño, podía sujetarlo con sólo estirar un poco el brazo y agarrarlo por la muñeca. El niño era más pequeño que Rigg, y Rigg era muy fuerte. Si lograba atenazar la muñeca entre sus dedos, podría sujetarlo el tiempo suficiente para sacar la otra mano y que el niño se agarrara a ella.

Podía imaginarlo, planearlo en su cabeza, y habría podido hacerlo de no ser por la muñeca y el antebrazo del hombre que se interponía en su camino.

«Ya estás muerto. Llevas décadas y siglos muerto, ¡así que quita de en medio y déjame salvar a este niño!»

Pero cuando la mano de Rigg aferró el brazo del hombre para tratar de llegar hasta el del niño, el hombre lo notó y aprovechó la ocasión. Su mano derecha se alargó y agarró a Rigg por la muñeca con una fuerza muy superior a la suya.

Y el peso del hombre comenzó a arrastrarlo.

La rodilla derecha de Rigg comenzó a hundirse en la corriente y si el hombre no hubiera estado sujetándolo con tanta fuerza, puede que se lo hubieran llevado las aguas. Lo que hizo fue volverse, y quedó extendido de costado, con su cuerpo convertido de nuevo en un puente entre las dos rocas.

Pero el hombre seguía tirando de él. Por un momento, Rigg olvidó por completo al niño. No podía salvar a nadie si lo arrastraban acantilado abajo.

Agarró los dedos del hombre con la otra mano y tiró. Aquella maniobra le llevó una eternidad, o al menos eso fue lo que le pareció a él. Pensó en el movimiento y luego, lentamente, su mano obedeció, se estiró, asió el dedo índice y tiró.

El hombre lo soltó. Con agonizante lentitud, su mano derecha se alejó de Rigg, deslizándose los dedos sobre la piel de éste. Con la misma lentitud, Rigg enderezó el cuerpo para alcanzar de nuevo al niño. Pero la mano izquierda del hombre seguía cubriendo la derecha del niño.

Y en el mismo instante en que la mano de Rigg volvía a caer sobre la muñeca izquierda del hombre, tratando de pasar a través de él, o por encima o por debajo, para llegar hasta el niño, vio que los dedos del muchacho soltaban la piedra y se alejaban de ella lenta, muy lentamente... y luego desaparecían.

Enfurecido, frustrado y apenado por su fracaso, Rigg levantó la mano para golpear al hombre en el brazo. En el tiempo de Rigg, hacía ya mucho tiempo que el hombre estaba muerto, fuera el que fuese el desenlace de lo que estaba presenciando. Lo único que sabía Rigg era que, al hacerse de pronto visible y tangible, le había impedido salvar al niño, un niño al que, casi seguro, había visto en el pueblo, a pesar de que aún no lograba reconocerlo.

Pero no tuvo la oportunidad de completar la acción de golpear al hombre. En aquel momento, el tiempo volvió a acelerarse, recobró su velocidad normal, y el

hombre simplemente desapareció sin que Rigg llegara a ver si caía. Su puño sólo golpeó la roca.

Un momento después, Rigg oyó un grito. No podía ser el niño. Rigg no podría haberlo oído desde donde se encontraba, además de que el grito se prolongó demasiado. Pero no era el grito de un hombre: el tono era demasiado agudo.

Así que había alguien más en la ribera, alguien más que había visto morir al niño. Alguien que podía ayudar a Rigg a volver desde aquella roca.

Pero por supuesto, nadie podía ayudarlo. Sería una locura intentarlo. Había sido una locura que Rigg tratara de salvar al niño. Y allí estaba, con el cuerpo extendido entre dos piedras, apenas fuera del agua, a merced de una corriente que, si llegaba siquiera a doblar las rodillas, lo arrastraría consigo.

Retrocedió centímetro a centímetro, tratando de volver a donde estaban sus pies. Tenía doloridos los brazos y los hombros por el esfuerzo de hacer el puente. Y ahora, cuando podría haber usado la ralentización del tiempo para controlar con más facilidad todos sus movimientos, el miedo le impedía acceder a otra cosa que no fuese la aguda concentración que era normal en momentos como aquél.

Con todo, al cabo de un rato sus rodillas volvían a estar en la roca de atrás y pudo levantarse apoyándose sobre las manos hasta quedar lo más lejos posible del agua. Sus dedos conservaban aún la fuerza suficiente para ayudarlo a levantarse y...

Se dio impulso, se puso en pie y luego permaneció en precario equilibrio durante lo que le pareció una eternidad, sin saber si se había impulsado demasiado poco y volvería a caerse hacia delante, o se había excedido y perdería pie por la parte de atrás de la roca.

Pero logró conservar el equilibrio. Se irguió.

Una piedra lo alcanzó en el hombro en el mismo momento en que terminaba de levantarse. Durante un momento creyó que iba a perder el equilibrio y caerse al agua, pero entonces logró recuperarse y al volverse vio a un muchacho de su propia edad, quizá un poco mayor, situado sobre la roca más próxima a la orilla, donde el niño muerto había iniciado su viaje fatal. Estaba preparándose para lanzarle una piedra aún más grande.

Y Rigg no tenía dónde esconderse.

Así que no le quedaba otra alternativa que tratar de desviar el proyectil con las manos. Pero entonces descubrió que el movimiento de sus brazos al intentarlo era tan peligroso como si la piedra lo hubiera alcanzado. Sin embargo, de algún modo, logró revolverse y convertir la caída en un salto con el que llegó a la roca siguiente, más lejos de la cascada.

—¡Quieto! —gritó.

Pero el chico que le había arrojado la piedra no podía oírlo. Sólo su grito anterior había sido tan fuerte como para oírse por encima del rugido de las aguas.

En ese momento, Rigg lo reconoció. Era Umbo, el hijo del zapatero remendón, su mejor amigo cuando eran mucho más pequeños y Padre pasaba más tiempo en Vado Otoño.

Entonces comprendió por qué conocía al niño que había caído. Era el hermano menor de Umbo, Kyokay, un pequeño salvaje que siempre estaba metiéndose en líos y haciendo el loco. Cuando Rigg y Umbo se conocieron, tenía el brazo roto por varios sitios por culpa de una caída, pero eso no le impedía subirse a árboles descomunales y saltar desde ellos, así que Umbo tenía que estar constantemente parándole los pies, rescatándolo o regañándolo a gritos.

«Si hubiera podido salvar a Kyokay, habría sido un regalo para mi amigo Umbo. Una más de las muchas veces que le ayudé a salvarle cuando era más pequeño.

»Así que, ¿por qué intenta matarme tirándome piedras? No creerá que yo he hecho caer a Kyokay, ¿verdad? ¡Estaba tratando de salvarlo, idiota! Si estabas en la orilla, ¿por qué le has dejado subirse a las rocas? Me da igual lo que hayas visto, ¿por qué no intentas averiguar lo que ha sucedido en realidad antes de emitir una sentencia de muerte contra mí?»

—La gente nunca es justa, ni siquiera cuando quiere serlo —le había dicho Padre más de una vez—. Además de que son pocos los que lo intentan.

Rigg logró llegar a la roca en la que estaba cuando vio a Kyokay por primera vez. «Si me hubiera quedado aquí —pensó—, y hubiera dejado que el chaval lo intentara solo y, claro, fracasara, Kyokay no estaría menos muerto ahora de lo que está y yo estaría mucho más lejos, así que nadie podría culparme de su muerte.

»Y aún tendría las pieles, así que podría emprender el viaje adondequiera que estén mi madre y mi hermana con dinero en el bolsillo.»

Umbo seguía tirándole piedras, pero pocas de ellas llegaban a acercársele siquiera; ahora Rigg podía esquivarlas con facilidad. Umbo estaba llorando de rabia, pero Rigg no podía oír sus palabras y tampoco creía que el otro pudiera oírlo si trataba de responder. No se le ocurría ningún gesto capaz de expresar «No he sido yo, estaba intentando salvarlo». A una persona enfurecida y consumida por la tristeza, como estaba Umbo en aquel momento, un encogimiento de hombros le parecería un gesto de indiferencia, no de impotencia. Y una reverencia, una demostración de sarcasmo. No de respeto por el muerto.

Así que lo único que podía hacer Rigg era quedarse allí, esperando a que Umbo se cansara. Cosa que al final hizo, y regresó corriendo al bosque desde la orilla.

«O vuelve al pueblo por el camino del acantilado, para decirles a todos lo que cree que ha sucedido aquí, o se esconde para esperar a que me acerque.»

Rigg prefería que Umbo estuviera esperando para tenderle una emboscada. No tenía miedo de pelear con él. La vida en el bosque lo había hecho fuerte y ágil, y, además, Padre le había enseñado algunas técnicas de pelea que el hijo de un zapatero

remendón nunca podría contrarrestar. Aunque si se trataba de atravesar cuero grueso con finas agujas, Umbo sin duda se llevaría el gato al agua. Rigg sólo quería acercarse lo bastante para explicarle lo que había sucedido, aunque tuviera que hacerlo mientras peleaban.

Al llegar al otro lado, Umbo había desaparecido. Pudo ver que su rastro, brillante y fresco en el aire, descendía por la parte difícil del camino del acantilado.

Tendría que tomar un camino distinto, por si Umbo le había tendido alguna trampa, pero no existía ninguna otra forma de bajar por el acantilado, salvo, claro está, la opción siempre presente de la caída. Aquello, la presencia de aquel camino por el acantilado, explicaba en buena parte la existencia de Vado Otoño como pueblo. Al llegar abajo se convertía en un camino de verdad, un camino antiguo, cubierto de grandes losetas, que recorría las empinadas cuestas de la base del Escarpalto.

Pero luego el camino en zigzag se hacía más angosto y se transformaba en una vereda de largos escalones, donde las losetas desaparecían, reemplazadas por piedra tallada y desgastada, con reparaciones improvisadas o bifurcaciones allí donde alguna antigua calamidad había destruido el recorrido original. Aun así, todavía era posible llevar una carga con las dos manos por aquella vereda y un muchacho como Umbo, impulsado por la pena y la rabia, podía tardar muy poco en bajar a saltos hasta el fondo.

Si Rigg hubiera tenido aún el enorme fardo de pieles, aquello habría sido un problema. Umbo tendría tiempo de sobra de ir al pueblo y volver, sin duda acompañado por hombres que darían crédito a su relato y que tal vez, en su rabia, no escucharían la versión del propio Rigg sobre lo sucedido.

Pero tal como estaban las cosas, si se daba prisa, Rigg podía llegar a la base del camino y alejarse antes de que Umbo tuviera tiempo de regresar. Y a menos que en el pueblo hubiera otro con una habilidad como la suya, sería imposible que lo encontrarán. No es fácil encontrar el rastro de un rastreador, decía siempre Padre, porque sabe qué señales no debe dejar un fugitivo.

«¡Padre! —Rigg sintió otro acceso de tristeza, tan intenso como el primero, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Cómo voy a vivir sin ti? ¿Por qué no pudiste oír el crujido de la madera y apartarte antes de que cayera el árbol? Tú, que siempre eras tan rápido, tan sagaz... Cuesta creer que hayas podido ser tan descuidado.

»Todavía te necesito. ¿Quién me va a explicar por qué el tiempo se ha ralentizado antes y por qué ha hecho aparecer a toda esa gente del pasado, incluido el hombre que me ha bloqueado el paso para que no pudiera salvar al niño?»

Con los ojos llenos de lágrimas no es fácil encontrar un camino. Así que Rigg contuvo su tristeza, se los secó y continuó por el bosque buscando el modo de llegar a la casa de huéspedes de Nox.

EL MURO DE NOX

¿Qué entrenamiento podían haber dado a Ram Odín para ayudarle a tomar la decisión cuando los siete años de tedio hubieran pasado?

El ordenador central de a bordo conocía perfectamente el procedimiento completo para el pliegue. Era un proceso demasiado complicado para un simple piloto. El trabajo de Ram consistía en leer y oír los informes de los ordenadores y luego decidir si seguían adelante.

Pero no era una decisión fácil ni intrascendente. Cuando la nave iniciara los procesos de torsión para acelerar hacia el pliegue, se generaría una ingente cantidad de datos. Los ordenadores iniciarían análisis reduplicados y cálculos sobre lo que estaba ocurriendo, así como predicciones de lo que podía ocurrir y lo que ocurriría durante el momento del pliegue.

Ram podía anular la operación en cualquier momento, basándose en la información suministrada por los ordenadores. Éstos generarían probabilidades, pero Ram era muy consciente de que serían meras ficciones. Era posible que el desenlace no coincidiera con ninguna de esas predicciones.

Y por muchas veces que los ordenadores repitieran cualquiera de esas posibilidades, eso no la convertía en el desenlace más probable. Podía significar simplemente que todos los ordenadores y sus programas compartían las mismas asunciones falsas o los mismos defectos de fabricación.

Ram era un experto piloto y un astrónomo y matemático de gran nivel, que además había ejercitado sobradamente sus dotes creativas. Todo cuanto podía conseguirse con un ser humano mediante el entrenamiento y la formación se había conseguido con él. Pero aun así, todo se reducía a esto: ¿Quién era Ram Odín? ¿Apostaría su vida y las vidas de todos los colonos en un salto de resultados desconocidos al interior de un pliegue en el espacio-tiempo?

¿O decidiría, llegado el momento, que era mejor usar la tecnología conocida, generar los campos de absorción que les permitirían recoger el hidrógeno interestelar y atravesar noventa años luz de espacio-tiempo por métodos ordinarios?

Ram sabía, o creía saber, cuál sería su decisión. Lo había dicho muchas veces durante los procesos de selección y prueba de los pilotos potenciales para la misión: «Salvo que la información de los ordenadores indique que el salto parece una temeridad, procederé.» Incluso un fracaso sería enormemente valioso. «Podrán ver lo que le sucede a la nave cuando recuperen las imágenes en los monitores que nos estarán siguiendo.»

Pero en aquel momento, al ver los informes y hablar con el prescindible que se sentaba a su lado en el puesto del copiloto, Ram se dio cuenta de que nunca existe algo llamado «información suficiente» y de que es imposible anular el temor. Bueno, sus propios miedos los tenía dominados. Lo que no podía superar era el miedo delegado en él por todas las personas que dormían en sus cabinas. El miedo a que entraran en el pliegue pero no pudieran salir nunca, o salieran en un lugar desconocido, demasiado lejos de un planeta susceptible de ser colonizado.

«¿Cómo me convertí en la persona que tenía que tomar esta decisión por todos?»

En un país civilizado, hasta el bosque más agreste está sembrado de rastros. Niños que juegan, parejas que se encuentran, vagabundos que buscan un sitio para dormir sin que nadie los moleste... Por no hablar de las incontables necesidades prácticas que obligan a visitar el bosque. Setas, caracoles, nueces, bayas... Todas estas cosas atraen a la gente.

Mientras corría a paso constante, agotado por el esfuerzo, Rigg podía ver los rastros más recientes. Sabía qué zonas estarían desiertas y éstas fueron las que escogió. En varias ocasiones tuvo que abandonar los parajes agrestes y atravesar campos de labranza o de frutales, pero los rastros siempre le permitían saber qué casas estaban vacías y qué caminos era seguro atravesar.

Finalmente, se aproximó a la parte trasera de la casa de huéspedes de Nox. Tenía una huerta de buen tamaño con hileras de judías trepadoras, donde se agazapó para vigilar la casa.

Ya se había congregado una multitud delante del edificio. No era una turba, aún no, pero Rigg oyó los gritos que demandaban a Nox que les dejara entrar a buscar a ese «niño asesino». Como Rigg había dado un rodeo, la versión de Umbo sobre lo sucedido había tenido tiempo de sobra de propagarse por el pueblo. Y todo el mundo sabía que allí era donde se alojaban siempre Padre y Rigg.

Como es natural, Nox los dejó pasar. Rigg no estaba dentro, así que ¿qué razón tenía para negarles la entrada y arriesgarse a que redujeran el lugar a cenizas?

Rigg no pudo ver a los hombres que registraron la casa pero sin saber cómo, de una forma que se fundía con su visión, sin pertenecer a ella, podía seguir sus rastros por el interior. Lo único que podía sentir era la velocidad a la que aparecían los nuevos rastros y sus posiciones relativas entre sí y con respecto al muro exterior de la casa.

Pero le bastaba con esto para saber que su búsqueda era frenética. Subieron corriendo la escalera y recorrieron cada habitación. Se inclinaban, se agachaban y se estiraban hacia arriba. Por lo que podía ver, estaban revolviendo las camas y vaciando los baúles.

Pero no encontraron nada, claro, porque su presa estaba fuera, en la huerta.

Y si ampliaban su búsqueda y lo encontraban allí, darían por sentado que Nox conocía su escondite. Cosa que podía ser muy mala para ella.

Así que, mientras los rastros volvían a converger en el porche delantero, Rigg echó a correr hacia la puerta trasera y se introdujo subrepticamente en la despensa. No se atrevió a subir a ninguna de las habitaciones, porque los huéspedes se encontraban allí.

Desde la despensa pudo sentir los movimientos de la multitud. Dos hombres montaron guardia en la parte delantera y dos en la trasera. Y varios más, en efecto, lo buscaron en la huerta.

«No tendría que haber venido —pensó Rigg—. Debería volver a los bosques y pasarme un año escondido allí antes de volver. Puede que para entonces me haya crecido la barba, o algo que se le parezca. Puede que sea más alto. Puede que nunca vuelva... y nunca averigüe quién es mi madre ni encuentre a mi hermana...»

¿Por qué no se lo podía haber dicho Padre, en lugar de obligarle a acudir allí? Pero era prerrogativa del moribundo decidir sus últimas palabras y el momento de quedar en silencio.

Rigg trató de imaginar cuál sería la reacción de Nox cuando entrara en la despensa. Si estaba allí de pie, mirándola, lo más probable era que gritara. Eso llamaría la atención, como mínimo de los huéspedes y puede que también la de los hombres apostados en el exterior. Tenía que estar seguro de que guardaba silencio, lo que quería decir que no debía asustarla ni amenazarla.

Así que se agazapó en un rincón y ocultó el rostro entre las manos. Nox no se encontraría con sus ojos ni con un visitante inesperado al abrir la puerta. Era lo mejor que podía hacer.

Nox tardó dos horas en calmar a los huéspedes, que estaban, como es lógico, aterrorizados o enfadados por el registro. Dos de ellos recogieron el equipaje y se marcharon. El resto se quedó y al fin llegó el momento —más tarde de lo habitual— de que Nox comenzara a preparar la comida.

—Es demasiado tarde para una sopa y no hay tiempo de cocinar nada complicado —estaba refunfuñando Nox al abrir la puerta de la despensa.

Rigg no estaba mirando, así que no pudo tener la completa certeza de que ella lo había visto mientras abría las latas de la harina y el azúcar para preparar un pan dulce. Tuvo que verlo, pero no dio señales de haberlo hecho. Sólo cuando levantó levemente la cabeza, lo suficiente para verla, susurró ella:

—Quédate ahí hasta después de la comida —aunque Rigg sabía bien que aquel tentempié tardío apenas merecería tan noble título. Dicho esto, Nox salió de la despensa y cerró la puerta.

Mientras se servía el almuerzo regresaron los dos huéspedes que se habían marchado. No había más habitaciones en el pueblo y, a fin de cuentas, el asesino no

había aparecido en la casa, así que se podía decir que aquélla era la hospedería más segura de Vado Otoño, la única que estaba acreditadamente libre de asesinos.

Al fin, cuando Rigg notó que todos los huéspedes se habían retirado, Nox abrió la despensa, entró y cerró la puerta. Le habló con el más suave de los susurros:

—¿Cómo has conseguido que no te encontraran al registrar la casa? No habrás aprendido a hacerte invisible, ¿verdad?

—Entré después de que la registraran

—Bueno, gracias por la visita. Menuda la que has organizado.

—Yo no he matado a ese niño.

—Nadie en su sano juicio lo cree.

—Estaba agarrado al borde de una roca y hasta dejé caer las pieles para tratar de salvarlo, pero Umbo cree lo que cree.

—Como todo el mundo. ¿Dónde está tu padre?

—Muerto.

Esto la enmudeció durante largo rato.

Entonces dijo:

—Sinceramente, no creía que pudiera morir.

—Se le cayó un árbol encima.

—¿Y has venido aquí solo?

—Él me lo dijo. Me dijo que viniera a verte.

—Y no te diría que mataras a algún que otro crío por el camino, ¿verdad?

Durante un instante, Rigg pensó en contarle lo de aquel hombre de hacía siglos al que tal vez hubiera matado. Pero para eso tendría que haberle explicado lo de su don y las cosas ya eran lo bastante complicadas. Lo más probable era que pensara que estaba loco y dejara de creer que no había matado a Kyokay. Así que ignoró la provocación.

—Me dijo que me dirías dónde están mi hermana y mi madre.

—¿Y no podía decírtelo él mismo?

—Lo dices como si creyeras que tal cosa fuera posible.

—No, claro. —Suspiró—. Los trabajos complicados me los dejaba a mí.

—¿Has sabido todo este tiempo que mi madre estaba viva y nunca te molestaste en mencionarlo?

—Sólo lo sé desde poco antes de que os marcharais en vuestro último viaje —respondió ella—. Me llevó aparte y me hizo memorizar unos nombres y un lugar. Dijo que cuando llegara el momento de decírselos a alguien, lo sabría.

—Pues ha llegado —dijo Rigg.

—Para lo que te van a servir —repuso Nox—, con esos hombres en mi casa...

—Preferiría morir sabiéndolo.

—Primero cuéntame cómo murió ese niño.

Así que Rigg le explicó lo que había sucedido, sin hacer mención alguna al hombre de otra época cuya mano había cubierto la de Kyokay. Estaba seguro de que ella se daba cuenta de que no le contaba la historia completa, pero aun así le pareció que era mejor no hablarle sobre sus poderes.

Nox pareció aceptarlo todo sin inmutarse.

—Es propio de ese idiota de Umbo acusarte antes de tratar de averiguar la verdad. ¿Y has perdido todas las pieles?

—En realidad no, porque sé dónde están —dijo Rigg—. En algún lugar río abajo, colgadas de unas rocas o de unas ramas.

—Oh, es bueno saber que aún puedes reírte.

—Si no me riera, me echaría a llorar —dijo Rigg.

—Pues llora, entonces. El viejo se lo merece.

Durante un momento, Rigg creyó que hablaba del hombre de otro tiempo al que había visto en los acantilados. Pero, por descontento, se refería a Padre.

—No era tan viejo.

—¿Y eso quién lo dice? Ya venía a esta casa cuando yo era una niña y no parecía más joven entonces.

—¿Vas a decirme ahora adónde debo ir?

—Te lo diré... para que sepas a qué lugar no pudiste llegar nunca. No te van a dejar salir del pueblo.

—Los nombres —insistió Rigg.

—¿Tienes hambre?

—Me voy a comer a una propietaria de casa de huéspedes hecha vuelta y vuelta si no me lo dices ahora mismo.

—Amenazas... Qué feo. Niño malo. Qué maleducado.

—Exacto —dijo Rigg—. Pero tengo mucha experiencia matando animales más grandes que yo.

—Ya lo pillo —dijo Nox—. Qué listo eres. Tu madre era... es Hagia Sessamin. Vive en Aressa Sessamo.

—¿La antigua capital del Imperio Sessamoto?

—Esa misma —dijo Nox.

—¿Y cuál es la dirección? —preguntó Rigg.

Nox se rió entre dientes.

—No escuchas. Tu padre siempre decía: «Ojalá pudiera conseguir que me escuchase.»

Pero Rigg no estaba dispuesto a dejarse desalentar.

—¿La dirección?

—Ya te lo he dicho, es Hagia Sessamin.

—¿Y eso significa que no tiene dirección?

—Ah —dijo ella—, parece ser que tu padre omitió ciertas explicaciones sobre Sessamoto. Lo que tiene sentido, ahora que lo pienso. Si consigues salir de Vado Otoño con vida y llegar a Aressa Sessamo, pregunta por la casa de «la Sessamin». A cualquiera.

—¿Forma parte de la realeza, o algo así?

—Tú eres varón —dijo Nox—. Eso quiere decir que podrías mear sangre real por las orejas y daría igual. Era un imperio gobernado por mujeres, lo que por cierto funcionó bastante bien mientras duró. Y no es que la mayoría de las ciudades y los reinos no estén gobernados por mujeres, de un modo u otro. —Se detuvo y estudió el rostro del chico—. Estoy tratando de averiguar qué es lo que no me estás contando.

Rigg respondió lo primero que se le pasó por la mente:

—No tengo dinero para el viaje. Las pieles eran lo único que tenía.

—¿Y vienes a mendigarle a una vieja hospedera unas monedas de sus ahorros?

—No —respondió Rigg—. No quiero nada, si no puedes prescindir de ello. Si tienes algo, lo tomaré prestado, aunque no sé si alguna vez podré devolvértelo.

—Pues no pienso adelantarte, prestarte ni regalarte nada. Aunque podría pedirte yo a ti un préstamo.

—¿Un préstamo? Pero si no tengo nada.

—Tu padre te dejó una cosilla.

—¿Y cuándo ibas a decírmelo?

—Acabo de hacerlo. —Apoyó una escalerilla sobre una de las toscas estanterías y comenzó a subir. Luego se detuvo—. Si intentas mirar por debajo de mi falda, te clavaré agujas en los párpados cuando estés dormido.

—Yo vengo buscando ayuda y tú me ofreces pesadillas, muchas gracias.

Nox había llegado al último escalón, desde donde alargó los brazos hacia una lata con una nota que decía: JUDÍAS SECAS. Rigg miró debajo de su falda, más que nada porque ella se lo había prohibido, pero no encontró allí nada interesante. No entendía por qué Nox, y también las demás mujeres, estaban tan seguras de que todos los hombres querían ver lo que ocultaban bajo la ropa.

La mujer bajó con una bolsita.

—¿No te parece un detalle por su parte? ¿Dejar esto para ti?

Abrió la bolsa y dejó caer su contenido sobre la palma de su mano. Diecinueve piedras preciosas de buen tamaño, de más colores de los que Rigg hubiese imaginado que podían tener las gemas, todas distintas entre sí.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con esto?

—Venderlas —dijo ella—. Valen una fortuna.

—Tengo trece años —le recordó Rigg—. Todos pensarán que se las he robado a mi madre. O a un desconocido. Nadie creerá que son mías por derecho.

Nox sacó un papel plegado de la bolsa. Rigg lo cogió y lo miró.

—Está dirigida a un banquero de Aressa Sessamo.

—Ya —respondió ella—. Sé leer.

Rigg la examinó.

—Padre me explicó lo que son las cartas de crédito.

—Me alegro, porque a mí nunca me enseñó nada parecido.

—Dice que me llamo Rigg Sessamekesh.

—Entonces supongo que es verdad —dijo Nox.

—Esto no tiene ningún valor hasta que llegue a Aressa Sessamo —dijo Rigg.

—Pues vive de la tierra, como hacíais siempre tu padre y tú.

—Eso se puede hacer en el bosque. Pero mucho antes de llegar a Aressa Sessamo, desaparece todo lo que no sean granjas y campos de cultivo. Y dicen que allí flagelan a los ladrones.

—O los meten en la cárcel, o los venden como esclavos, o los matan, dependiendo del pueblo y del estado de ánimo de los vecinos.

—Entonces voy a necesitar dinero.

—Si consigues salir de Vado Otoño.

Rigg no dijo nada. ¿Qué podía decir? Ella no le debía nada. Pero era lo más cercano a un amigo que tenía, aunque no fuese su madre.

Nox suspiró.

—Le dije a tu padre que no contara con que te diese ningún dinero.

—No lo hizo. Me dio un buen fardo de pieles. El más grande que podía llevar.

—Sí, sí, algo te daré, pero no lo suficiente para comprar un pasaje en diligencia. Ni en ninguna otra cosa. Será mejor que te mantengas alejado de los caminos durante una buena temporada. Tengo la sensación de que nadie va a tener zapatos nuevos en Vado Otoño ni a reparar los viejos hasta que cierto remendón consiga echarte el guante y destriparte como un pez.

Rigg oyó un ruido fuera de la despensa.

—¿Cuándo hemos decidido que íbamos a dejar de susurrar? —preguntó.

Nox se volvió y abrió bruscamente la puerta. No había nadie.

—No pasa nada —dijo.

En ese mismo instante aporrearon las puertas delantera y trasera de la casa al mismo tiempo.

—¡Sabemos que lo tienes ahí dentro, Nox! ¡No nos obligues a incendiar la casa!

Un escalofrío de terror atravesó a Rigg, y fue incapaz de moverse. No podía ni siquiera pensar.

Nox se pellizcó el puente de la nariz.

—Me está dando jaqueca. Una jaqueca enorme y palpitante, tan insistente como una polilla.

Lo dijo como si el hecho de que hubieran descubierto dónde se ocultaba Rigg

fuese un mero inconveniente. Su calma disipó la mayor parte del miedo del muchacho.

—¿Crees que podemos convencerles de que se tranquilicen? ¿O vas a tratar de mantenerlos ocupados mientras yo me subo al tejado?

—Calla —dijo ella—. Estoy construyendo un muro.

Como sus manos no estaban haciendo nada, Rigg asumió que debía de ser un muro metafórico. ¿Un muro entre ella y su miedo?

Como si lo hubiera preguntado en voz alta, Nox susurró una explicación:

—Un muro alrededor de la casa. Los hará alejarse.

Tendría que haber deducido que Padre se había convertido en su maestro porque también ella poseía algún talento interesante.

—Ya están en la puerta.

—Pero nadie querrá pasar de ahí. Mientras consiga mantenerlo en pie.

—¿Y cuánto tiempo será eso? ¿Minutos? ¿Horas?

—Depende de la cantidad de voluntades que lo estén asaltando y de la fuerza de su determinación —respondió ella.

Retiró los dedos del puente de la nariz, se acercó a la puerta trasera y dijo a los hombres del otro lado:

—Voy a abrir la puerta principal, así que, si queréis, podéis dar la vuelta.

—¿Me tomas por idiota? —soltó una voz masculina desde el otro lado—. En cuanto me marche, saldrás por detrás.

—Como quieras —dijo Nox. Y luego se volvió hacia Rigg y añadió en voz baja —: Así se engaña a la gente. Si creen que han descubierto tu plan, dejan de romperse la cabeza buscándolo.

—Te he oído —dijo el hombre desde el otro lado de la puerta—. Yo también puedo usar un hechizo.

—No se trata de ningún hechizo —dijo Nox—. Sólo estábamos hablando.

Mientras se encaminaban hacia la puerta principal, añadió en voz baja, para que sólo Rigg pudiera oírla:

—Cuando abra la puerta, no la cruces.

Abrió la puerta. Al otro lado había dos hombres fornidos. Uno de ellos era un herrero y el otro un granjero de las afueras. Justo detrás de ellos, pero fuera del porche, se encontraba Tegay, el zapatero, el padre del niño muerto, Kyokay. Tenía el rostro cubierto de lágrimas, y Umbo estaba aferrado a su brazo, medio escondido detrás del cuerpo de su padre.

Rigg sintió deseos de correr hacia Umbo y contarle lo que había sucedido, contárselo todo, la magia y todo lo demás, para que Umbo entendiera que Rigg sólo estaba tratando de salvar a Kyokay y que había arriesgado su propia vida para hacerlo. Umbo le creería si tenían la ocasión de hablar.

Los dos hombres de la puerta intentaron entrar violentamente, o al menos eso fue lo que indicó su postura, pero después de cambiar el peso de pie, permanecieron fuera.

—No estaba aquí cuando lo habéis buscado —dijo Nox—. No sabía que iba a venir.

—Eso dices tú —repuso el granjero.

—Lo digo yo —dijo Nox—, y tú sabes que no miento

—¿Cómo podemos saberlo? —preguntó el herrero.

—Porque pago mis deudas como es debido —respondió Nox—, incluso cuando mis huéspedes no me han pagado a mí. —Y luego, alzando la voz, llamó—: ¡Tegay!

—No hace falta que grites —dijo el zapatero en voz baja desde detrás de los dos hombres. Se apartaron un poco para que Nox y Tegay pudieran verse.

—¿Por qué acusas a este niño de haber matado a tu hijo?

—Porque mi Umbo lo vio tirar a Kyokay por las cataratas.

—No lo hizo —dijo Nox.

—¡Yo lo vi! —exclamó Umbo mientras daba un paso hacia el porche.

—No te estoy llamando mentiroso —dijo Nox—. Lo que digo es que cuentas, no lo que viste, sino lo que creíste que sucedió.

—Es lo mismo —dijo el herrero.

—Umbo —dijo Nox—. Ven aquí.

Umbo dio un paso atrás y volvió a pegarse a su padre.

—No pienso dejar que entres en esa casa —dijo el zapatero—, ¡al menos mientras ese niño asesino esté ahí dentro!

—Umbo —dijo Nox—, ¿qué viste realmente? No mientas. Dinos qué vieron tus ojos.

Rigg sabía que Umbo diría la verdad. No era un mentiroso. Entonces se daría cuenta de que Rigg no había empujado a su hermano, sino sólo estirado los brazos hacia él tratando de salvarlo.

Umbo miró, alternativa y nerviosamente, a Rigg y a Nox y luego a su padre.

—Fue como lo he contado.

A Rigg le sorprendió que Umbo persistiera en el error. Puede que tuviera miedo de cambiar su historia ahora. Todos sabían que Tegay le pegaba cuando se enfadaba.

—Ya veo —dijo Nox—. Tenías que estar cuidando de Kyokay, ¿verdad? Para que no le pasara nada. Pero se escapó corriendo, ¿no? Lo perdiste de vista y cuando llegaste a lo alto del camino del acantilado, ya estaba entre las rocas.

La expresión de Tegay cambió.

—¿Es eso cierto? —preguntó a su hijo.

—Kyokay no me hizo caso, pero aun así vi lo que vi —insistió Umbo.

—Y ésa es mi pregunta —dijo Nox—. Mientras subías por aquel camino, ibas sin

aliento. No podías apartar los ojos de los sitios en los que ponías las manos y los pies, para no caerte. Puede que tuvieras un momento para mirar hacia las cataratas y ver lo que estaba sucediendo. Pero no te paraste a mirar ¿verdad?

—Vi que Rigg lanzaba a Kyokay al agua.

—¿Mientras seguías subiendo? —lo interrumpió Nox.

—Sí.

—Y al llegar arriba, ¿qué viste? —preguntó Nox.

—Kyokay estaba colgado del borde de una roca, suspendido sobre la catarata. ¡Y Rigg estaba tumbado sobre dos piedras, tratando de hacer que Kyokay se soltara! Y entonces cayó. —Con esta última frase, prorrumpió en un sollozo.

—Y entonces, ¿qué hiciste? —preguntó Nox.

—Fui a la orilla, cogí unas piedras y se las lancé a Rigg.

—¿Pensaste que podrías vengar a tu hermano con piedras?

—Rigg tenía dificultades para ponerse en pie. Pensé que si le hacía perder el equilibrio, caería al agua.

Al oír que Umbo admitía que había querido matarlo, Rigg se puso furioso.

—Y casi lo consigues —dijo.

Nox lo hizo callar con un gesto.

—Umbo, viste a tu hermano morir de una manera horrible, cayendo desde lo alto de las cataratas Stashi. Creíste entender lo que había sucedido con lo poco que habías podido ver. Pero deja que te cuente lo que sucedió en realidad.

—Tú no estabas allí —refunfuñó el granjero.

—Ni tú, así que cierra el pico —dijo Nox con calma—. Rigg acababa de pasar dos meses poniendo trampas. Llevaba en la espalda todas las pieles que su padre y él habían conseguido. ¿Viste el fardo con las pieles?

Umbo meneó la cabeza.

—Sí, sí que lo viste —dijo Nox—. Eso era lo que Rigg estaba haciendo cuando lo viste un instante, mientras subías el camino del acantilado. Eso fue lo que tiró a la cascada y no a tu hermano. Tu hermano ya estaba suspendido de la roca. Rigg soltó el fardo para poder salvarlo.

—No —dijo Umbo. Pero no parecía muy seguro.

—Piensa —dijo Nox—. Rigg tuvo que hacer algo con las pieles. ¿Dónde estaban? ¿Las dejaría en la otra orilla? ¿Qué hacían siempre Rigg y su padre con las pieles que traían al pueblo?

Umbo sacudió la cabeza.

—Y luego dices que Rigg estaba estirado sobre dos rocas. ¿Para qué? ¿Para golpear a Kyokay en las manos? ¿Para qué iba a hacerlo? ¿Cuánto tiempo podía Kyokay resistir allí de todos modos? ¿Tenía la fuerza suficiente para volver a encaramarse a la roca? ¿Y habría cabido en ella de haberla tenido?

—No lo sé —dijo Umbo.

—La única historia que tiene sentido es la verdadera —dijo Nox—. Rigg estaba cruzando por donde cruzaban siempre su padre y él, lejos de la catarata. Sólo alguien con la absurda temeridad de un niño alocado trataría de cruzar por las piedras cercanas al borde.

Algunos de los hombres de la multitud asintieron entre murmullos. Y Rigg sintió que su respeto por Nox crecía. Sabía hablar de manera paciente y clara, de un modo que inspiraba confianza, que hacía aparecer la historia apropiada en las mentes de aquellos hombres.

—Todos sabemos lo imprudente que era Kyokay —continuó la posadera—. ¿Cuántos de nosotros lo hemos visto caminando por los tejados, trepando a los árboles más altos y haciendo otras mil diabluras? Por eso tu padre te dijo que lo vigilaras, para que no...

—Para que no se matara —dijo Tegay en voz baja.

—Rigg estaba donde tendrías que haber estado tú, haciendo lo que tendrías que haber hecho tú, Umbo —dijo Nox—. Proteger a Kyokay. Sacrificó dos meses de trabajo y todos los bienes materiales que tenía en el mundo para tratar de salvar a tu hermano. Arriesgó la vida, estirado entre dos piedras, para tratar de alcanzar la mano de tu hermano y subirlo. Pero tu hermano se soltó de la piedra y cayó. Y Rigg se quedó allí, en equilibrio sobre las aguas tumultuosas. Si metía aunque fuese una sola rodilla en la corriente, ésta se lo llevaría. Y mientras trataba de salir con vida de allí, ¿qué pasó? Que empezaste a tirarle piedras.

—Creí que él... Creí...

—Estabas enfadado. Alguien era culpable de algo terrible. Alguien había hecho algo malo y merecía un castigo —dijo Nox—. Alguien. Pero no Rigg, ¿verdad?

Umbo rompió a llorar. Su padre lo abrazó con fuerza.

—Tampoco Umbo —dijo Tegay—. La culpa fue de Kyokay. No sabía lo que era el peligro. No hubiera obedecido. No culpo a Umbo. Ni tampoco a Rigg. —Se volvió hacia los demás hombres—. Que nadie levante la mano contra Rigg por lo que le ha pasado a Kyokay —dijo.

—¿Por qué crees lo que dice ella? —preguntó uno.

—Es una hechicera —dijo otro—. Te ha embrujado.

—No estaba allí. Habla como si supiera lo que sucedió, pero no es así.

Nox señaló con el dedo al hombre que había hablado en último lugar.

—¿Por qué quieres creer lo peor? ¿Por qué tienes tantas ganas de matar a alguien hoy? ¿Qué clase de persona eres?

—¡Ha matado a un niño! —exclamó el hombre. Rigg lo había visto en el pueblo, pero no lo conocía. No era nadie importante, hasta aquel momento. Ahora parecía el líder de los hombres más furibundos de la muchedumbre.

—¡Yo digo que las pieles las tenía el padre de Rigg y que todo sucedió como ha dicho Umbo!

—Sería una buena deducción —dijo Rigg— de no ser porque mi padre está muerto.

Se hizo el silencio entre la multitud.

—Por eso llevaba yo las pieles —continuó Rigg—. Volvía solo.

—¿Cómo murió tu padre? —preguntó Tegay con una especie de repentina compasión.

—Se le cayó un árbol encima —dijo Rigg.

—¡Menuda historia más increíble! —gritó uno de los hombres.

—¡Ya basta! —exclamó Nox—. Registrasteis mi casa causando toda clase de daños y lo soporté por respeto a Kyokay y al dolor de su familia. Pero Umbo ha reconocido que sólo pudo ver lo que sucedía por un instante. Rigg no tenía ninguna razón para matar a Kyokay. Nunca ha habido otra cosa que amistad entre esos niños. Es más, Rigg sacrificó sus pieles y arriesgó la vida para tratar de salvarlo. Es la única historia que tiene sentido. Y ahora, quiero que os marchéis de mi posada. Si queréis sangre, marchaos a casa y sacrificad una gallina o un carnero para celebrar un banquete en honor a Kyokay. Pero no derramaréis sangre aquí. ¡Marchaos!

Pero mientras la multitud comenzaba a disolverse y alejarse, el hombre que parecía más furioso murmuró, en una voz lo suficientemente alta como para que Rigg pudiera oírla:

—Asesina a su padre en el bosque y luego asesina a nuestros hijos.

—Lamento la muerte de tu padre —dijo Tegay a Rigg—. Gracias por tratar de salvar a mi hijo pequeño. —Y entonces el zapatero se echó a llorar, y el granjero se lo llevó de allí.

Umbo se quedó mirando a Rigg.

—Perdona por haberte tirado esas piedras. Y por haberte echado la culpa.

—Lo viste como lo viste —dijo Rigg—. No te culpo.

Le habría dicho más cosas, pero Nox cerró la puerta.

—¿Cómo sabías todas las cosas que has dicho? —preguntó Rigg—. Yo no te las había contado.

—Conozco el lugar —respondió Nox—. Y ya había oído la historia de Umbo cuando la contó antes, mientras registraban la casa.

—El muro que levantaste antes... ¿qué hace?

—Debilita la voluntad de todos salvo la mía, de modo que empiezan a querer un poco menos lo que quieren y un poco más lo que quiero yo. Y ahora lo que quería era paz, tranquilidad y perdón. Y que no entraran en mi casa.

—Pero no parecía afectar a toda la gente —dijo Rigg.

—No tenía efecto sobre los hombres más alejados. Sólo sobre los que estaban

cerca. Realmente no tengo demasiado talento, como le gustaba recordarme al buen maestro, pero hoy me ha sido muy útil. Aunque me ha dejado agotada. Si Tegay hubiera querido matarte de verdad, podría haberlo hecho. Pero no quería. Sabía que Kyokay era un insensato. Todo el mundo decía que el chico se mataría cualquier día haciendo alguna estupidez y al final es lo que ha pasado. Tegay lo sabía.

—Así que la magia es real —dijo Rigg—. Tú sabes hacerla.

—Piensa —dijo Nox—. ¿Lo que tú haces es magia? Ves los rastros de todas las criaturas a pesar de que hace miles de años que pasaron. ¿Eso es magia?

Así que Padre le había contado a Nox lo de su habilidad, y eso después de ordenarle a Rigg que no le confiara el secreto a nadie. Al parecer, cuando dijo «nunca», quería decir en realidad que tuviera cuidado y se lo contara sólo a aquellos en los que pudiera confiar. Eso tenía mucho más sentido que una norma tan estricta.

—Es algo que puedo hacer —dijo.

—Pero no es un hechizo, no lo has aprendido, no se lo puedes enseñar a otros; no es magia, es un sentido que posees y del que los demás carecen y si lo entendiéramos mejor, veríamos que es tan natural como...

—Respirar —dijo Rigg. Sabía cómo terminar la frase porque era la misma que Padre le había dicho muchas veces—. Así que Padre también te enseñó a ti a comprender tu talento.

—Trató de enseñarme muchas más cosas de las que aprendí en realidad —dijo Nox—. Pero no viajábamos juntos por el bosque durante días, semanas y meses, como vosotros. Así que no tuvo tiempo de enseñarme como a ti.

—No sabía que Padre fuera tan viejo. Tanto como para haberte enseñado cuando eras joven.

—¿Qué edad crees que tengo? —preguntó Nox.

—Más que yo.

—Yo tenía dieciséis, y tu padre, el hombre al que conocía como Buen Maestro, llevaba tres años enseñándome cuando dejó Vado Otoño. Dijo que tenía que ir a buscar algo. Tenía diecisiete cuando volvió contigo en brazos.

—¿Así que Padre fue a la ciudad, se enamoró, se casó, tuvo un hijo, abandonó a la madre, y todo eso en un solo año?

—Un año y medio —dijo Nox—. ¿Y quién ha dicho nada sobre enamorarse? ¿O sobre casarse? Tuvo un hijo, tú, y te trajo aquí, y ahora tienes una fortuna en piedras preciosas y una carta de crédito, y encima te vas a llevar la mayor parte de mis modestos ahorros. Vas a partir hoy mismo, antes de que anochezca, y te alejarás todo lo que puedas antes de descansar.

—¿Por qué?

—Porque había hombres en esa multitud que aún creen en la primera historia de Umbo, hombres violentos, y no tengo fuerzas suficientes para volver a levantar mi

muro hoy.

Fueron a la cocina y Rigg ayudó a Nox a preparar un bizcocho. Luego ella metió un poco, junto con queso y cerdo salado en un hatillo. Él cosió el saquillo con monedas de bronce y de plata que Nox le había dado al dobladillo de la camisa y luego se la remitió por debajo de los pantalones. Trató de darle una de las piedras a cambio, pero ella se negó.

—¿Qué iba a hacer yo con eso aquí? Cada una de ellas vale cien veces más que las monedas que te he dado. Mil veces más.

Mientras hacían los preparativos, Rigg pensó en Padre y en que, en sus enseñanzas, había omitido muchas cosas que, sin embargo, le había contado a Nox. Le entristecía un poco que hubiera tenido tan poca confianza en él. Pero al mismo tiempo le hacía sentir un poco más cerca de Nox, que había guardado tantos secretos durante tantos años sin contárselos a nadie. Bueno, ahora se los contaría a Rigg, ¿no?

—¿Por qué lo llamabas Buen Maestro en lugar de por su nombre?

—Era el nombre por el que siempre lo conocí.

—Pero sus padres no le habrían puesto un nombre así —dijo Rigg.

—He tenido huéspedes aquí con nombres más raros que ése y se los habían puesto sus padres. Tuve uno cuyo nombre era Capitán y otro Doctor y una mujer que se llamaba Princesa. Pero si quieres un nombre distinto para tu padre, usa el que pone en ese papel: «Vagabundo.» Ése era el nombre al que respondía en este lugar antes de que empezara a llamarlo Buen Maestro. O Centinela, u Hombre Dorado.

—Ésos son nombres de las leyendas —dijo Rigg.

—Pues he oído a gente llamar a tu padre así. Y lo decían en serio, aunque él se riera. Los nombres van y vienen. Se te pegan y luego los pierdes, y se le pegan a otro. Ahora deja que me concentre en el pan. Si me distraigo, me sale mal.

No era demasiado, pero acababa de darle más información sobre Padre de la que había oído nunca en boca de él mismo.

Aún faltaban tres horas para el anochecer cuando se puso en camino.

—Gracias —dijo desde la puerta de atrás.

—¿Por qué? —preguntó ella como si no tuviera importancia.

—Por prestarme un dinero que no te sobra —dijo Rigg—. Por darme comida. Por salvarme de esa multitud.

Nox suspiró.

—Tu padre sabía que haría todo eso —dijo ella—. Del mismo modo que yo sabía que eras lo bastante inteligente como para llegar aquí sin que te cogieran y te mataran.

—Padre no sabía que fuera a tratar de salvar a un estúpido niño en las cataratas Stashi.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Nox—. Tu padre sabía un montón de cosas

que no habría tenido que saber.

—Si hubiera podido ver el futuro —dijo Rigg—, habría podido esquivar un estúpido árbol.

Después de eso no se le ocurría nada más que decir y Nox parecía impaciente por volver a entrar en la cocina, pues tenía que preparar una cena entera para sus inquilinos, así que se volvió y se marchó.

LA CAPILLA DEL SANTO VAGABUNDO

—¿Cómo llegué a convertirme en el que tenía que tomar esta decisión en nombre de todos? —preguntó Ram en voz alta.

—Conseguiste superar el proceso de pruebas de seis años —dijo el prescindible.

—Lo que quería decir es por qué se deja una decisión así en manos de un único ser humano, que jamás podrá tener información suficiente para tomarla.

—Siempre puedes dejarla en mis manos —dijo el prescindible.

Era una medida de seguridad: si Ram moría, o sufría una lesión que lo incapacitaba o se negaba a tomar la decisión, cualquiera de los prescindibles estaba preparado para hacerlo en su lugar.

—Si la decisión fuera tuya —preguntó Ram—, ¿cuál tomarías?

—Sabes que no puedo responder a eso, Ram —dijo el prescindible—. O tomas la decisión o la dejas en mis manos. Pero no debes preguntarme qué decidiría yo. Eso añadiría un factor irrelevante que sólo complicaría el problema. ¿Tomarías la decisión contraria a la mía para afirmar la diferencia entre humanos y prescindibles? ¿O me seguirías a ciegas y luego culparías a los prescindibles, de quienes no tuviste otra opción que fiarte, si todo sale mal?

—Lo sé —dijo Ram.

—Sé que lo sabes —dijo el prescindible—. Y tú sabes que sé que lo sabes. Y podemos estar así por toda la eternidad, así que dejémoslo en puntos suspensivos.

Ram se echó a reír. Los prescindibles habían descubierto que Ram utilizaba el sarcasmo de vez en cuando, así que, para salvaguardar su salud mental, uno de sus cometidos, todos ellos lo empleaban en sus conversaciones con él.

—¿Cuánto tiempo tengo para tomar la decisión?

—Puedes hacerlo cuando quieras, Ram —dijo el prescindible.

—Pero debe de haber un punto de no retorno. Un momento en el que tendré que lanzarme al pliegue u olvidarme de él.

—Qué conveniente sería eso, ¿no? —dijo el prescindible—. Si esperas el tiempo suficiente, la decisión ya no estará en tus manos. Y si existe una decisión predefinida para ese caso o un punto de no retorno, tampoco se te informaría, para que ello no influyera en tu decisión.

—Los datos son ambiguos —dijo Ram.

—Los datos no son ambiguos, no toman posiciones y no se inclinan en ninguna dirección, Ram —dijo el prescindible—. Los ordenadores realizan sus cálculos e informan sobre lo que descubren.

—Pero ¿qué se deduce del hecho de que los diecinueve ordenadores hayan realizado predicciones tan distintas?

—Que la realidad es aún más difusa que los algoritmos lógicos de su *software*, cosa que es de celebrar.

—Yupi —dijo Ram.

—¿Cómo?

—Lo estoy celebrando.

—¿Eso ha sido una ironía o un fallo de tus funciones mentales? —preguntó el prescindible.

—¿Eso es una pregunta retórica, una broma, o un indicio de que estás empezando a perder la confianza en mí?

—No tengo confianza en ti, Ram —dijo el prescindible.

—Vaya, gracias.

—De nada.

Ram no supo que había tomado la decisión hasta que alargó la mano y apretó el botón de la opción «Sí» en la pantalla del ordenador. Entonces, estuvo seguro.

—¿Ya está? —preguntó el prescindible.

—Decisión irrevocable —dijo Ram—. Y acertada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, viva o muera, aprenderemos algo importante sobre los saltos en los pliegues. Miles de viajeros futuros nos seguirán. Mientras que, si no diéramos el salto, no tendríamos nuevas opciones.

—Un discurso precioso. Lo hemos enviado a la Tierra. Inspirará a millones de personas.

—Cierra el pico —dijo Ram.

El prescindible se echó a reír. Aquella risa era una de las razones por las que los prescindibles eran tan buenos como compañía. A pesar de que Ram sabía que estaba programado para reírse en aquel momento preciso y durante aquel tiempo exacto, e ir quedando en silencio poco a poco, tal como lo hizo, no podía evitar la sensación de calidez y aceptación que risas como aquéllas inspiraban a los primates del género *homo*.

Rigg buscaba rastros recientes mientras avanzaba a paso vivo por campos de labranza y bosques. Nadie podía ocultarse de él. Si alguien había pasado por allí durante los dos últimos días, el rastro sería de color intenso y si lo había hecho durante la última hora, más o menos, sería brillante. Así que si alguien le había tendido una emboscada, vería la ruta por la que había llegado al lugar y podría evitarlo.

El trayecto desde el Escarpalto a la antigua capital imperial de Aressa Sessamo

estaba repleto de rastros, centenares de miles, pero la mayoría tenían muchos años y estaban ya borrosos, vestigios de los tiempos en que había una gran ciudad sobre el Escarpalto y Vado Otoño era una metrópolis a sus pies. Mientras que ahora, los rastros se contaban por centenares al año, en lugar de por miles.

Rigg sentía una profunda pena por la muerte de Padre, así como por la del niño en las cataratas aquella mañana y la del desconocido del pasado. No era capaz de apartar la mente de ninguno de ellos. Sus pensamientos, sumidos en una especie de frenesí, saltaban de uno a otro. «¡Padre!» Pero el horror de ver la mano del niño, sabiendo que iba a resbalarse... y el hombre que, aferrado a él, lo arrastraba hacia la cascada...

«Padre no me dejó verlo así, agonizando con un árbol encima, para que no tuviera que vivir con ese recuerdo. Y ahora he visto algo casi igual de espantoso que me perseguirá en sueños.»

Estaba doblando un recodo cuando lo vio: un rastro muy reciente que cruzaba el camino, ascendía por un terraplén y luego se ocultaba entre la densa maleza.

Ni siquiera aminoró la marcha, pero sí que se fue desviando hacia el otro lado del camino. Y al acercarse pudo reconocer el rastro. Era el mismo que había seguido por el camino del acantilado y que había vuelto a ver detrás del niño que miraba a Nox en el umbral de su puerta.

—¡Umbo! —exclamó—. Si vienes a matarme, sal e inténtalo. Pero no me esperes ahí escondido. Ése es un comportamiento de cobardes, de asesinos. No quería dejar morir a tu hermano. De verdad que quería salvarlo.

Umbo apareció entre los matorrales.

—No he venido a matarte —dijo.

—Parece que estás solo —dijo Rigg—, así que te creo.

—Mi padre me ha echado —dijo Umbo.

—¿Por qué?

—Tenía que impedir que Kyokay se metiera en líos. —Sus palabras contenían una tristeza y una vergüenza infinitas.

—Kyokay ya era demasiado mayor para que lo controlaras —dijo Rigg—. Tu padre debería saberlo. ¿Por qué no lo vigiló él?

—Si le dijera eso a mi padre... —Umbo se estremeció.

—Sal de los arbustos —dijo Rigg—. No tengo tiempo de quedarme a hablar. He de llegar lo más lejos posible antes de que anochezca. —No se molestó en explicar que era tan capaz de encontrar su camino de día como de noche.

Umbo bajó del terraplén medio resbalando, medio caminando. Se acercó por el camino al trote y se detuvo justo delante de Rigg. Eran más o menos de la misma estatura, aunque posiblemente eso cambiara en el futuro. El padre de Rigg había sido muy alto, mientras que el progenitor de Umbo no era precisamente un gigante.

—Quiero ir contigo, si me dejas —dijo Umbo.

Umbo había intentado que lo mataran con sus acusaciones en casa de Nox. ¿Y ahora quería acompañarlo en su viaje?

—No creo que sea una buena idea.

—Tú sabes cómo sobrevivir y viajar solo —dijo Umbo—. Yo no.

—No viajarás tan lejos como yo —dijo Rigg.

—Sí lo haré —dijo Umbo—. Porque no tengo otro sitio adonde ir.

—Tu padre cambiará de idea en un día o dos. Sólo tienes que quedarte cerca del pueblo hasta que venga a buscarte para disculparse. —Recordaba la vez en que Tegay el zapatero, borracho como una cuba, había prometido que mataría a Umbo cuando volviera a verlo. Tanto Umbo como Rigg lo habían creído, pues por entonces tenían cinco años, así que huyeron al bosque que había a la orilla oeste del río. No habían pasado ni seis horas cuando Tegay salió de su casa para pedir a su hijo, primero a gritos y luego entre lágrimas, que volviera con él.

—Esta vez no —dijo Umbo, que sin duda estaba pensando en el mismo hecho—. Tú no lo has oído. No has visto su cara cuando me ha echado. «Estás muerto», dijo. Su hijo Umbo había muerto en las cataratas, junto al hermano al que debía proteger. «Porque mi hijo habría hecho cuanto estuviera en su mano para salvar a su hermano, en lugar de quedarse mirando mientras otro muchacho lo hacía por él, para luego acusarlo por asesinato.»

—¿Lo que quieres decir es que, de algún modo, es culpa mía que tu padre te haya echado de casa?

—Aunque cambie de idea —dijo Umbo—, no puedo quedarme aquí. Me he pasado toda la vida preocupándome por Kyokay, vigilándolo, protegiéndolo, escondiéndolo, sosteniéndolo y cuidándolo. Yo era más padre para él que nuestro padre. Y más madre que nuestra madre, también. Pero ya no está. Ni siquiera sé para qué estoy vivo, si ya no tengo que seguir cuidándolo. Su constante parloteo... Nunca pensé que lo echaría de menos. —Y se echó a llorar. Lloró como un hombre, con un temblor de los hombros y sollozos que eran como aullidos, con las mejillas rebosantes de lágrimas y sin hacer el menor esfuerzo por ocultarlas—. Por el Santo Vagabundo —dijo al fin—, me portaré como un buen amigo contigo, Rigg, aunque hoy haya hecho lo contrario. Estaré a tu lado siempre, en todo.

Rigg no sabía qué hacer. Había visto a padres y a madres reconfortando a sus hijos cuando lloraban, pero eran niños pequeños, que sollozaban con lágrimas de bebé y se frotaban los ojillos entre hipidos. Unas lágrimas de hombre requerían un consuelo de hombre y mientras Rigg trataba de recordar alguna experiencia que pudiera enseñarle lo que debía hacer, Umbo se recuperó solo.

—Perdóname por haber perdido el control —dijo Umbo—. Me ha pillado por sorpresa. Gracias por no tratar de consolarme.

«Qué alivio —pensó Rigg. No hacer nada era justamente lo que debía hacer.»

—Deja que vaya contigo —dijo Umbo—. Eres el único amigo que tengo.

Y entonces Rigg se dio cuenta de que, ahora que Padre y Nox se habían quedado atrás, él tampoco tenía más amigo que Umbo. Si es que realmente era su amigo.

—Yo viajo solo —dijo.

—Eso es una bobada —dijo Umbo—. Nunca has viajado solo, siempre lo hacías con tu padre.

—Pues ahora lo hago.

—¿No quieres un compañero?

Entonces, tal como Padre le había enseñado a hacer, Rigg dejó a un lado sus sentimientos. Sí, estaba herido y furioso y triste, y lleno de rencor y amargura por la ironía de que Umbo viniera ahora a pedirle ayuda después de conseguir que casi lo mataran. Pero eso no tenía ninguna importancia a la hora de decidir qué era lo más sensato.

¿Sería Umbo de fiar? Lo había sido en el pasado y parecía realmente arrepentido de haberlo acusado en falso.

«Podrá aguantar el camino? Aunque tampoco hace falta que lo haga. Tengo dinero suficiente para alojarnos en posadas si el tiempo empeora.

»¿Me servirá de algo? Dos muchachos correrían menos peligro en los caminos que uno solo. Y si algún día necesito montar guardia por la noche, siempre será mejor dividir la tarea.»

—¿Sabes cocinar? —preguntó Rigg—. Puedo cazar algún animal para comer, pero... la carne hay que prepararla.

—Tendrás que hacerlo tú —respondió Umbo—. Yo nunca he cocinado.

Rigg asintió.

—¿Y qué sabes hacer?

—Ponerte una suela nueva en los zapatos cuando se te agujereen o cuando se te deshilachen las costuras. Si me das algo de cuero y una aguja gruesa.

Incapaz de contenerse Rigg, se echó a reír.

—¿Quién se lleva a un zapatero de viaje?

—Tú —dijo Umbo—. Por los viejos tiempos, cuando no dejaba que los demás niños te tiraran piedras por ser un salvaje de los bosques.

Era cierto que Umbo lo había ayudado cuando eran mucho más pequeños y que los otros niños del pueblo veían a Rigg como a un extraño.

—No te prometo nada —dijo Rigg—, pero puedes comenzar el viaje conmigo y al final de cada jornada iremos viendo lo bien o mal que marcha la cosa.

—Vale —dijo Umbo—. Sí.

Rigg se adentró con paso decidido en el gran torrente de antiguos rastros que recorría el camino como un río cuya corriente se desplazara en ambos sentidos. Pensó en lo que había visto en lo alto de las cataratas Stashi, en cómo se había ralentizado el

tiempo y los rastros se habían transformado en gente. Ahora comprendía que cada uno de ellos contenía la imagen de una persona de verdad en movimiento, una imagen que podía hacerse real. Y estaba zambulléndose en aquella corriente humana que circulaba en los dos sentidos del camino, arrastrado hacia delante por la mitad de la corriente y al mismo tiempo empujado por la otra mitad.

—¿Tienes prisa? —le preguntó Umbo una vez que logró llegar a su altura y comenzó a caminar a su lado—. ¿O es que has cambiado de idea y quieres dejarme atrás?

Rigg aminoró el paso. Sólo había echado a andar como hacía siempre con Padre, pero pocos adultos y ningún niño de la talla de Umbo podían seguir aquel ritmo sin agotarse. Umbo era un muchacho fuerte y sano, y no mucho más menudo que Rigg, pero era el hijo de un zapatero. Sus piernas nunca habían tratado de cubrir grandes distancias a largas zancadas, hora tras hora, día tras día.

Rigg estuvo a punto de darle la misma respuesta despiadada que Padre siempre le había ofrecido a él: «Sígueme el paso si puedes y no lo hagas si no puedes.» Pero ¿por qué iba a hablar como Padre? Siempre había detestado su completa falta de comprensión hacia su edad y su estatura.

Así que, en lugar de responder con una frase cortante y fría, se limitó a reducir la marcha y seguir caminando a lo que a Umbo le parecería buen paso.

No dijeron gran cosa en las dos horas que transcurrieron antes de que el crepúsculo lo empezara a oscurecer todo. El silencio se le hacía raro, y cuando Rigg se dio cuenta de que, en el pasado, Kyokay siempre estaba con ellos con su parloteo inagotable, se le antojó más raro aún.

Pero al fin, la oscuridad se hizo tan espesa que, aunque Rigg aún podía orientarse entre los rastros, Umbo no pudo seguir adelante.

—Ha oscurecido —dijo Rigg—. Vamos a dormir un poco.

—¿Dónde? —preguntó Umbo—. Yo no puedo dormir al tiempo que camino y no veo una posada ni un mal granero.

—Sí que puedes dormir mientras caminas —dijo Rigg al tiempo que pensaba en las noches que había pasado persiguiendo animales a la fuga—. O al menos hacer algo parecido a dormir y algo parecido a caminar. Sólo que aún no estás lo bastante cansado como para quedarte dormido de pie.

—¿A ti te ha pasado?

—Sí —dijo Rigg—. Pero no es muy conveniente, porque, como no ves, te caes con frecuencia.

—Pues a mí ha estado a punto de pasarme tres veces en los últimos cinco minutos.

—Bueno, vamos a alejarnos unos metros del camino. Lo bastante para que no pueda vernos nadie que pase.

Umbo asintió y luego añadió:

—Buen plan. Salvo la parte de dejar el camino y caminar entre las zarzas en la oscuridad.

—Estamos llegando a una vereda —dijo Rigg. Sabía que estaba allí porque podía ver que los rastros de varios viajeros recientes se desviaban desde el camino principal. Fueran a donde fuesen, todos ellos volvían por el mismo camino y regresaban a la vía principal. No podía decirle a Umbo cómo lo sabía sin contarle lo de su don, así que no le explicó nada. Umbo debió pensar que Rigg conocía la zona, porque no le preguntó cómo sabía que estaban llegando a una vereda.

Tras adentrarse una docena de pasos en el bosque, se encontraron con un templo pequeño. Tenía paredes de piedra y un techado de maderos, cubierto por una capa de hierba para mantenerlo fresco.

Ninguno de los rastros que llegaban hasta allí tenía más de doscientos años. Se trataba de una capilla reciente.

—El Santo Vagabundo —dijo Umbo.

—¿El qué? —preguntó Rigg.

—Antes jugábamos a eso. Tú eras el Santo Vagabundo, o yo, o Kyokay, y los demás tenían que tirarnos por el acantilado, a las cataratas. Ya sabes.

Pero Rigg no sabía de qué estaba hablando Umbo. Y de cualquier modo, era un juego horrible: ¡jugar a tirar a alguien por un acantilado! Si eso era a lo que jugaban Umbo y Kyokay, no era de extrañar que Kyokay pensara que no tenía nada de raro corretear por el borde de las cataratas.

Umbo se quedó mirando la cara de Rigg.

—¿Es que estás mal de la cabeza? —preguntó—. Es el santo local.

—¿Qué es un santo? —preguntó Rigg—. Antes has jurado por uno. ¿Era el mismo? ¿El vagabundo?

—Un hombre sagrado —dijo Umbo con tono impaciente—. Un hombre favorecido por los dioses. O al menos alguien a quien un demonio le ha mostrado misericordia.

Rigg había oído hablar de los dioses y los demonios, pero esas ideas superaban la paciencia de Padre. «Hay algunos dioses y demonios cuyas leyendas se basan en cosas reales que les sucedieron a personas reales —le había explicado—. Y otros son totalmente inventados, para asustar a los niños y conseguir que obedezcan, o para que la gente se sienta mejor cuando les sucede alguna calamidad.»

Ahora se había añadido una nueva categoría: los santos.

—Así que un santo no es un dios, sino alguien que es amigo de un dios.

—O es el preferido de un demonio. Como su mascota. Salen a cazar o lo que sea... La gente normal se mantiene alejada de los dioses y los demonios. Hablan con los santos porque están en buenos términos con los seres poderosos. Pero todo esto ya

lo sabes, Rigg. Ibas a las clases de Hemopheron conmigo.

Rigg conocía a Hemopheron, el maestro de los niños cuyos padres podían pagar sus lecciones. Rigg había ido con Umbo alguna que otra vez, pero Padre se había burlado de él por ello, diciendo que si Hemopheron hubiera sabido algo, no habría estado dando clases en Vado Otoño. «Yo te enseñaré todo lo que necesitas saber», le había dicho. Pero al final no lo hizo. Se guardó algunas de las cosas más importantes. De hecho, Rigg se preguntaba si Padre no le habría enseñado sobre todo cosas que no necesitaba.

—Vamos a entrar —dijo Umbo—. Podemos pasar la noche aquí, es un santuario para los viajeros, como todos los del Santo Vagabundo. Sólo nos pasará algo si profanamos el lugar.

—¿Profanar? —preguntó Rigg.

—Si hacemos caca o pis —dijo Umbo—. Dentro, me refiero.

En el interior, la oscuridad era casi completa, salvo por la escasa luz de las estrellas que se colaba a través de la puerta. Pero tenía paredes. Y un suelo.

—Bueno —dijo Rigg—, yo prefiero estar fuera a tumbarme en este duro suelo de piedra. De hecho, como no está lloviendo, creo que voy a dormir fuera.

—Pero... —comenzó a decir Umbo.

—Estarás bien ahí dentro, si es donde quieres estar —dijo Rigg—. Además, yo estoy acostumbrado a dormir al raso.

—¿Vas a rechazar la hospitalidad del santo?

—Nada de eso —respondió Rigg—. Voy a preservar la santidad del lugar. Porque tengo la intención de pasarme toda la noche haciendo caca y pis.

Umbo se quedó dentro mientras Rigg buscaba un sitio para vaciar la vejiga. Luego encontró un lugar en el que, usando las manos, pudo prepararse un lecho de tierra y hojas razonablemente cómodo.

Pero fue incapaz de conciliar el sueño porque era todo demasiado extraño. Nunca había estado en aquel lugar pero, como raramente viajaban por la Vía Septentrional, eso tampoco era insólito. Sin embargo, aquel asunto de los santos, los dioses y los demonios... Rigg no recordaba haber jugado nunca a los juegos que Umbo le había descrito. Y los dioses y los demonios eran cosas que la gente invocaba sin que aparentemente tuviera demasiada fe en ellos. O sea, cuando maldecías «por el testículo izquierdo de Silbom» nadie temía en serio que el dios pudiera ofenderse y acudir para castigarte y aquél había sido siempre el juramento predilecto del herrero.

Sin embargo, Umbo parecía totalmente convencido de que Rigg y él habían jugado a aquellas cosas y de que todo el mundo, incluido Rigg, sabía lo que eran los santos. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía ser que dos personas que habían jugado juntos de niños tuvieran recuerdos tan dispares?

Oyó que Umbo salía del santuario.

—¿Rigg? —preguntó.

—Estoy aquí —dijo—. Puedes salir y dormir cerca de mí, si quieres. El suelo es más blando y no hace frío.

—No —respondió Umbo—. ¿Dónde has hecho pis y todo lo demás?

—No tienes que hacerlo en el mismo sitio.

—Lo que quiero es evitar el sitio —dijo Umbo—. A ver si voy a pisar algo.

—Oh. Dirígete a la izquierda desde la puerta y no te acercarás a mi obra.

Umbo soltó una risilla.

—Obra.

—Así es como... —pero no acabó la frase. Así es como lo llamaba Padre. ¿Qué más le daba a Umbo?

Al pensar en Padre sintió que volvía a entristecerse y, para no echarse a llorar, cerró los ojos y se concentró en uno de los problemas de topología que Padre le había enseñado. Había descubierto que imaginar un paisaje fractal era el mejor modo de que le entrara el sueño. Por mucho que lo exploraras, te adentraras o te alejaras de él para tener una vista más amplia, siempre se podían descubrir nuevas figuras.

Despertó con las primeras luces del alba. Se sentía rígido por el frío de la mañana, pero para cuando terminó de evacuar donde la noche anterior y regresó al sitio en el que había dormido, ya había entrado en calor. Luego cruzó el claro hasta el otro lado, donde había un borboteante arroyo de aguas transparentes. Rellenó tres pequeñas bolsas de agua, otra costumbre que había adquirido viajando con Padre. «Nunca se sabe cuándo puedes romperte un hueso y podría pasar mucho tiempo antes de que alguien te encuentre.»

«Me encontrarías tú, Padre», había respondido Rigg, pero Padre ya no lo encontraría. Y ahora el agua era para dos viajeros.

Umbo no se había despertado aún cuando Rigg volvió al santuario. Abrió su pequeño hatillo y sacó la comida que le había dado Nox. Según la costumbre, como había aceptado a Umbo como compañero de viaje, la mitad de la comida le pertenecía. De su propia mitad, pues, Rigg sólo tomó un poco. No quería tener que parar para cazar a tan poca distancia de Vado Otoño. Estiraría la comida todo lo posible antes de comenzar de nuevo con la rutina nocturna de las trampas.

El sol ya estaba en lo alto del cielo cuando Umbo salió del santuario, refunfuñando y caminando como un lisiado.

—El suelo de piedra —dijo Rigg—. Siempre pasa lo mismo.

—Pero tiene paredes —dijo Umbo.

—Y una puerta que no se cierra.

—Ni falta que hace —replicó Umbo— con la protección del santo.

—¿Y qué pasa si vienen unos ladrones y deciden matar a todo el mundo para quedarse sus pertenencias? ¿Aparece el Santo Facundo ese y los mata con su aburrida

conversación?

—Santo Vagabundo —dijo Umbo con expresión horrorizada.

—Ya lo sé, era una broma —dijo Rigg.

—No deberías hacer bromas con las cosas sagradas —repuso Umbo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Rigg.

—Tengo que hacer barro... ¿Lo llamabas así? Eso es lo que está a punto de pasarme.

Se fue un rato y luego, al volver, preguntó:

—¿Tienes algo de comer?

—¿No has traído nada? —preguntó Rigg, aunque ya imaginaba la respuesta.

—Sólo esta salchicha —dijo Umbo—. Mi hermana me la escondió en el sombrero. Vino corriendo tras de mí para dármele. Creo que Padre le pegó por eso, por darme el sombrero. Pero si se llega a enterar de lo de la salchicha, la mata. Bueno, no la mata, tú ya me entiendes.

—Vamos a compartir la salchicha. Aquí está lo que Nox me dio a mí. Vamos a medias en todo.

—Conozco las reglas de los viajeros —replicó Umbo.

—Ésa es tu mitad.

Umbo miró ambas mitades.

—Eran iguales cuando las dividí —dijo Rigg.

—Y siguen siéndolo, diría yo. ¿No has comido?

—He comido lo que quería comer. Quiero que me dure.

—¿Y para qué sirve que dure la comida? ¿Para que los animales que encuentren tu cadáver muerto de hambre tengan algo delicioso que comer y no devoren tu carne?

—He tomado lo que necesitaba —dijo Rigg—. Muchas veces pasábamos varios días con raciones escasas, sólo para practicar. La sensación de tener hambre acaba por gustarte, más o menos.

—Ésa es la mayor locura que he oído nunca —dijo Umbo.

Y entonces, de nuevo, lo asaltó el llanto. Fue un instante, apenas cuatro violentas sacudidas y una breve tormenta de lágrimas.

—Por el Santo Vagabundo —dijo—. Sólo he pensado un momento en Kyokay y mira... —Fingió que se echaba a reír—. Como me pase delante de alguien, va a ser muy embarazoso.

—¿Y yo qué soy? ¿Una piedra? —preguntó Rigg.

—Me refiero a alguien que no lo comprenda. Alguien que no estuviera allí.

Según esa forma de pensar, Umbo podía llorar por su hermano todo lo que quisiera, pero Rigg no debía derramar una sola lágrima por Padre, puesto que no había nadie presente en el momento de su muerte. Pero no estaba de humor para discutir. Tenían un largo día de viaje por delante y Umbo no estaba acostumbrado a

caminar. Lo último que necesitaban era emprender la jornada enfadados.

—Come —dijo Rigg—. O restriégate la comida por el pelo, o lo que te apetezca hacer, pero hazlo ya. El sol está en el cielo y ya hemos perdido al menos media hora de viaje. Dentro de poco habrá gente en el camino.

—Ah. ¿Y vamos a evitarlos? —preguntó Umbo.

—Yo sí —dijo Rigg—. Al menos si vienen desde Vado Otoño. A buscarme. O a ti, ya que estamos. Y los desconocidos que nos encontremos viniendo en el otro sentido... ¿Qué van a pensar de unos niños que viajan sin la compañía de adultos? Tenemos que estar listos para meternos en los bosques cuando aparezca alguien. No quiero hablar con desconocidos.

—Muchos viajeros pasan por Vado Otoño —dijo Umbo—. Y nunca le hacen daño a nadie.

—En Vado Otoño están en inferioridad numérica. Podrían actuar de otro modo cuando sean ellos los que estén en mayoría.

—¿A qué le tienes miedo?

—Bueno, veamos... Primero a la muerte, mucho... Y al dolor. Y a que alguien me arrebatase mis escasas posesiones. —No había ninguna razón para revelarle a Umbo la existencia de las piedras preciosas y de la carta de crédito. La ley de solidaridad entre los viajeros no se extendía al dinero ni a las mercancías valiosas.

—Yo ni siquiera había pensado en eso hasta que...

Rigg pensó que Umbo se iba a echar a llorar otra vez, pero no lo hizo.

—Bueno, Umbo —dijo—, te has pasado la vida en un pueblo. Aquello es mucho más seguro, salvo que alguien te acuse de asesinato y venga una turba enfurecida para matarte.

Umbo apartó la mirada —¿avergonzado?, ¿enfadado?—, así que Rigg lo dejó estar. Aún no era un tema para bromear sobre él. Padre habría dicho que bromear sobre las peores cosas es el mejor modo de dominarlas y ponerlas bajo tu control.

—Mira —dijo—, yo me he pasado toda la vida viajando. Pero a campo a través, no por los caminos. Padre y yo siempre nos salíamos del camino cuando íbamos cargados con pieles, porque en esas condiciones no teníamos la agilidad necesaria para pelear o huir, salvo que las dejáramos caer, en cuyo caso nos las robarían. Así que es un hábito, por seguridad. Y aunque no sé qué clase de peligros podrían acecharnos en este camino, tampoco estaría mal seguir el mismo hábito. Si quieres viajar conmigo, vas a tener que hacerlo. ¿De acuerdo?

—Puedes esconderte tú. Yo me quedo en el camino.

—A eso precisamente me refiero —dijo Rigg, dejando que se transmitiera a sus palabras un poco del fastidio que comenzaba a sentir—. Si te quedas en el camino y te pasa algo malo, como estamos viajando juntos, estoy obligado, por una cuestión de honor, a salir en tu defensa. Y precisamente, la razón de abandonar el camino es no

tener que defender a nadie. Así que si no quieres salir del camino cuando te lo diga y ocultarte durante todo el tiempo que te diga, será mejor que no viajemos juntos. ¿Es eso lo que quieres?

—No, claro —se apresuró a responder Umbo—. No quería causar problemas. Lo que pasa es que me duele todo el cuerpo y la idea de estar constantemente saliendo del camino para ocultarme en el bosque no me resulta muy atractiva. Además, tú te mueves con mucha agilidad y eres tan silencioso que podrías sorprender a una serpiente. Yo hago más ruido que una vaca borracha.

—Nunca he visto una vaca borracha —dijo Rigg.

—Pues te ibas a reír —dijo Umbo—. Aunque si te pillan dándole cerveza a una vaca, puedes acabar convertido en cuero para zapatos.

—Bueno, ¿has terminado de comer? ¿Podemos irnos ya?

—Sí —dijo Umbo. Recogió sus pocas posesiones y se encaminó, no hacia el camino, sino hacia la puerta del santuario.

—¿Adónde vas?

—No querrás que iniciemos un viaje sin presentarle nuestros respetos al Santo Vagabundo, ¿verdad? Creí que por eso habías elegido este lugar para pasar la noche. Por la protección del santo y por su bendición.

No tenía sentido discutir. Rigg siguió a Umbo al interior.

Había un agujero abierto en el centro del tejado, por el que entraba la suficiente luz para que Rigg pudiera ver que las paredes estaban pintadas. No sólo con patrones ornamentales, como los que tejían las mujeres en su ropa en Vado Otoño, sino con figuras de personas. No había demasiada claridad, pero al menos podía ver que el mismo hombre —o al menos algo parecido a un hombre con la misma vestimenta— aparecía una vez tras otra en todas las secciones de la pared.

—Es la vida del Santo Vagabundo —dijo Umbo—. Lo digo porque parece que no lo has visto antes ni oído hablar de él.

Rigg recorrió el santuario contemplando la vida del S.V., que era como había empezado a pensar en el personaje. Siempre usaba las iniciales y los acrónimos de aquellas frases que le parecía que empezaban a hacerse repetitivas. Hacía tiempo que «barro personal» se había convertido en «b.p.» en su cabeza.

En una de las pinturas, el Santo Vagabundo devolvía a dos niños perdidos con su extasiada madre. En el siguiente mural, ahuyentaba a un oso que estaba a punto de devorar la oveja de una familia pobre. Toda clase de obras buenas y valerosas.

«Cuando éramos pequeños —pensó Rigg—, llamábamos a esto “historias heroicas”. A eso era a lo que jugábamos. Kyokay siempre quería ser el oso o el rufián o el soldado enemigo. Nunca quería ser la persona rescatada, ni siquiera cuando era más pequeño. Los dioses no estaban por ninguna parte.»

Pero no quería hablar de eso con Umbo. Resultaba perturbador que sus historias

se hubieran vuelto tan diferentes.

—Vamos —dijo—. ¿Qué tenemos que hacer antes de ponernos en camino?

—Sólo esto —dijo Umbo—. Mirar las historias y recordar al Santo Vagabundo.

—Pues yo ya he terminado.

—Pero has empezado por el segundo panel —dijo Umbo—. Te has saltado el principio, que es cuando el Santo Vagabundo se encontró por primera vez con aquel demonio y adquirió el poder de hacerlo desaparecer. Por eso puede hacer todas esas cosas tan buenas. Puede ordenar a los demonios que desaparezcan.

—¿Puede? —preguntó Rigg—. ¿Es que todavía vive?

Umbo se echó a reír.

—No, no creo. Es decir, en su forma corporal. ¿Sabías que hay gente que decía que tu padre era el Santo Vagabundo?

—No —dijo Rigg—. Según Nox, lo llamaban «Vagabundo», al menos algunas veces, y ella lo llamaba Buen Maestro, pero nadie habló nunca de santos.

—Siempre lo estaban murmurando —dijo Umbo—. Entre otras cosas. Supongo que nadie lo hacía delante de ti.

—Nunca he oído eso del... —Dejó que su voz se apagara antes de decir alguna estupidez.

En lugar de iniciar una discusión, se acercó obedientemente al primer mural y vio al instante que se trataba de una recreación de la parte alta de las cataratas Stashi, vistas como si el que miraba estuviera flotando en el aire, a unas tres varas de la caída. Un hombre colgaba de una piedra en el borde mismo de la catarata, rodeado a ambos lados por el agua y la espuma (o al menos eso parecía tratar de sugerir el pintor), mientras un demonio feroz, sobre la piedra, trataba de soltarle los dedos.

Y luego, en el mismo mural de las cataratas, pero a la derecha, se veía al mismo hombre (a juzgar por su atuendo, al menos) sobre la misma piedra, sólo que en lugar del demonio había un bulto de algo que no se sabía lo que era y el hombre estaba poniendo las dos manos sobre la piedra y levantándose.

—Ése fue el milagro, ¿ves? —dijo Umbo—. ¿De verdad que nunca has oído hablar de él? Como me estés mintiendo para que te cuente la historia, te juro que te cubro la comida de pedos...

—¿Qué milagro?

—El demonio lo tiró a las cataratas, pero el Santo Vagabundo, a duras penas, logró sujetarse de una roca con una mano. Entonces, el demonio intentó golpearlo en la mano y cuando el santo lo cogió por el brazo, el demonio le dobló los dedos. Mucha gente dibuja al Santo Vagabundo con los dos dedos de la mano derecha permanentemente doblados, pero eso es grotesco —dijo Umbo.

A Rigg no le importaba lo de los dedos. ¿Es que Umbo no se daba cuenta de que lo que decía era una recreación de lo que había sucedido el día antes en el acantilado?

Pero no podía darse cuenta, claro. Umbo sólo había visto a su hermano Kyokay. No había visto al hombre con el que Rigg había tenido que luchar para intentar salvar a Kyokay.

«Ése es el hombre con el que luché. Era real... Pero era del pasado y se quedó en el pasado. No murió después de que dejara de verlo. Cuando el tiempo reanudó su marcha y le solté los dedos, debió de creer que había hecho un milagro. Y cuando volvió a subirse a la roca —¡qué fuerza debía de tener!—, no había ni rastro de mí.»

Pero sí que había algo en la roca.

—¿Qué es esto? —preguntó Rigg.

—Oh, no debería estar ahí. En realidad forma parte de la segunda historia, pero lo han puesto para recordárnoslo y para poder usar las demás paredes para otros relatos. Es una piel.

—¿Una piel?

—Cuando el Santo Vagabundo bajó al Escarpalto, estaba helado y aterrorizado, y fue al gran lago en el que la cascada forma una neblina y allí, atrapada entre las piedras, encontró una piel de animal, completamente limpia y preparada para él. Era del demonio, claro, el demonio, que ahora reconocía que el Santo Vagabundo era un hombre de poder, así que le ofrecía una piel como tributo.

«Solté las pieles en este tiempo, no en el de ese hombre —pensó Rigg—. Pero... Puede que una de las pieles quedara atrapada entre las rocas durante un momento, mientras estábamos en lo alto de la cascada y puede que, al ralentizarse el tiempo, mientras yo penetraba en el pasado donde estaba aquel hombre, la piel pasara junto a la roca de la que colgaba y...»

Sentía el deseo de contarle la verdad a Umbo, pero el peso del viejo hábito de guardar silencio sobre sus habilidades retuvo sus palabras. Padre le había prohibido hablar de aquello con nadie.

Pero Padre se lo había contado a Nox, ¿no? Porque se fiaba de ella.

«Bueno, yo me fío de Umbo. O al menos me gustaría poder hacerlo. Y si voy a viajar con él, ¿cómo puedo ocultarle lo que hago con los rastros? ¿Tendré que fingir que no sé adónde conducen, o cuándo se acerca alguien, o dónde nos han tendido una emboscada? Puede que Umbo no sea de fiar. Pero si lo es, el viaje será mucho más sencillo si no tengo que ocultarte lo que puedo hacer.»

—Umbo —dijo—. Yo soy el demonio.

Umbo lo miró con cierta expresión de fastidio.

—Eso no tiene ninguna gracia.

—Venga, ¿no has dicho antes que jugábamos al S.V.?

—¿Al qué?

—Al Santo Vagabundo.

—¿Cómo quieres que nos dé la bendición si nos burlamos de este sitio, de él y de

todo lo que ha hecho por los viajeros?

En ese momento, Rigg comenzó a entender por qué Padre le había advertido siempre que no dijera nada contra la religión de un hombre. «Nada solivianta más a la gente que descubrir que alguien piensa que se equivocan respecto al funcionamiento del universo.» Tratar de contarle algo a Umbo había sido un error.

—Lo siento —dijo.

—No te creo —dijo Umbo—. No estabas bromeando. ¿De verdad piensas que eres un demonio?

—Tengo trece años y soy un niño vulgar y corriente. —Dicho esto, Rigg salió del santuario para dar a entender que la discusión había terminado. Si Umbo no lo dejaba estar, es que la idea de viajar no iba a funcionar.

Umbo se quedó un rato dentro del santuario y luego, al salir, se mostró un poco contrariado mientras recogía sus escasas pertenencias. Era evidente que estaba listo para marcharse y sólo estaba haciendo tiempo para poder decir lo que quería decir.

Rigg se disponía a decirle que podía volver a casa y que él continuaría el viaje solo. Pero Umbo se le adelantó.

—No eres vulgar y corriente —dijo.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó Rigg.

—Siento haberme enfadado. Lo que pasa es que nunca... Nadie habla mal del Santo Vagabundo. Y nadie lo llama «el S. V».

Rigg no quería participar en aquel juego. La disculpa no era más que una prolongación de la discusión.

—Cree lo que quieras —dijo.

—Estaba pensando que lo mejor sería que me marchase. Que volviera a casa antes de que nos echen una maldición por tu culpa.

«Vaya, conque ahora el S.V. echa el mal de ojo», pensó Rigg. Pero no dijo nada.

—No sé si es seguro viajar contigo si vas a seguir burlándote así de él —dijo Umbo, y parecía enfadado además de asustado—. Pero entonces me he acordado de cómo hablaba tu padre de los santos y los demonios cuando me enseñaba... cosas. Lo único que haces es hablar como él.

Rigg recordó en aquel momento que Padre se había llevado alguna vez a Umbo de paseo al bosque o por los campos. No en los últimos tiempos, sino cuando los dos tenían ocho o nueve años. ¿Habría estado enseñándole?

—Por si sirve de algo, no me estaba burlando —dijo Rigg—. Es que me había dado cuenta de algo.

—¿De que eres un demonio? —replicó Umbo con tono de burla—. Sé que no lo eres.

—No, me había dado cuenta de que el demonio de la historia del Santo Vagabundo no era ningún demonio —dijo Rigg—. Así que no soy un demonio, pero

sí la persona que hizo las cosas del supuesto demonio de la historia... Y antes de que te enfades de nuevo conmigo, tú me viste hacerlas.

—El Santo Vagabundo vivió hace cientos de años —dijo Umbo, con impaciencia apenas contenida.

—No te estoy mintiendo ni gastando una broma —dijo Rigg—. Cuando estaba tratando de salvar a tu hermano, la razón por la que no pude hacerlo fue que apareció un hombre. Di un salto para llegar hasta Kyokay y de repente me lo encontré allí. — No había razón para complicar las cosas tratando de explicarle lo de los rastros que en aquel momento, por primera vez, se habían convertido en seres humanos—. Choqué con él y se cayó al agua.

—Yo no vi nada de eso.

—Ya lo sé —dijo Rigg—. No estoy diciendo que lo vieras. Él estaba en el pasado. Lo que digo es que me viste hacer las cosas que hace el demonio en esa historia.

—¿Así que él estaba allí hace cientos de años y tú hace un par de días y chocaste con él y lo tiraste al agua?

—Exacto —dijo Rigg sin hacer caso al tono incrédulo de Umbo—. La corriente lo arrastró hasta el borde de la cascada, pero se agarró de la misma roca de la que colgaba Kyokay. Kyokay estaba en el presente y él en el pasado y sus cuerpos se superpusieron. Su mano cubría por completo la de Kyokay.

Umbo puso los ojos en blanco y se cubrió la cabeza con el sombrero.

—¿Por qué no esperas a que termine para juzgarme? —dijo Rigg—. Aunque no me creas, sé que sucedió y si crees en santos, demonios y maldiciones, cosas que a mí me parecen imposibles, ¿por qué no puedes ni considerar la posibilidad de que yo viese y tocase a un hombre del pasado al mismo tiempo que trataba de llegar hasta el brazo de tu hermano, que él me impedía alcanzar?

—«Considerar la posibilidad» —repitió Umbo—. Hablas igual que tu padre, en serio.

—¿Y como mi padre era un estúpido o un mentiroso, rechazas las palabras de todo el que habla como él?

El rostro de Umbo cambió de repente.

—No —dijo—. Tu padre no era un estúpido. Ni un mentiroso —dijo con aire pensativo.

—Como te digo, tenía que apartar las manos de aquel hombre para poder salvar a Kyokay. Intenté golpearle. Pero entonces me agarró del otro brazo y vi que me empujaba hacia el agua. O sea, pesaba algo así como el doble que yo. No podría haberse encaramado a la roca tirando de mí. Así que le doblé los dedos. Dos de ellos. Para que me soltara.

—¡Sabía que te había visto tratando de quitar de la roca la mano de Kyokay! — exclamó Umbo, nuevamente furioso.

—¡No era eso lo que hacía! —gritó Rigg—. Me viste hacer ese movimiento, pero no me viste apartar los dedos de Kyokay porque no llegué a tocarlo. ¡No podía! ¡El S.V. estaba en medio! Eran sus dedos los que estaba doblando... unos dedos que tú no podías ver porque seguía atrapado en el pasado.

—Tú nunca sabes cuándo debes parar, ¿verdad? —dijo Umbo.

—Te estoy contando la verdad —dijo Rigg—. Puedes creer lo que te parezca.

—El S. V... El Santo Vagabundo vivió ¡hace trescientos años! —le gritó Umbo.

—Padre ya me advirtió de que no le contara a nadie lo que puedo hacer —dijo Rigg—. Y ahora veo por qué. Hasta aquí hemos llegado.

—¡No! —gritó Umbo—. ¡No hagas eso!

Rigg se obligó a calmarse.

—No estoy haciendo nada —dijo—. Te he contado una historia, tú crees que es mentira y así no sé cómo podemos seguir viajando juntos.

—Lo que has dicho sobre tu padre... —dijo Umbo—. Que te advirtió de que no debías contarle a la gente lo que puedes hacer...

—Bueno, pues resulta que no puedo hacer nada.

—Sí, sí que puedes, y me lo tienes que contar.

—Yo no le cuento nada a la gente que me toma por mentiroso —respondió Rigg—. Es una pérdida de tiempo.

—Te escucharé, te lo juro —dijo Umbo.

Rigg no entendía por qué había cambiado Umbo tan de repente, por qué de pronto estaba tan ansioso por escucharlo. Pero parecía sincero. Casi suplicante.

Tuvo la impresión de que oía decir a su Padre: «No tienes por qué responder a alguien sólo porque te haga una pregunta.» Así que respondió como Padre le había enseñado, con otra pregunta.

—¿Por qué quieres que te lo cuente?

—Pues puede que porque no eres el único al que tu padre le dijo que no le contara a nadie un secreto —respondió Umbo en voz baja.

—¿Y tú me vas a contar el tuyo? —le preguntó Rigg.

—Sí —dijo Umbo.

Rigg esperó.

—Tú primero —dijo Umbo en voz aún más baja. Como si de repente sintiera mucha vergüenza. Como si Rigg fuese peligroso y no quisiera ofenderlo.

Pero Padre conocía un secreto de Umbo, un secreto que nunca le había contado a Rigg. Así que eso podía significar que a Padre le parecería bien que confiara en Umbo.

—Veo rastros —dijo Rigg—. Veo el rastro que ha dejado cada persona y cada animal que ha existido. Y no sólo eso. No es que los vea con los ojos, sino que sé dónde están. Pueden estar al otro lado de unos árboles o detrás de una loma o tras los

muros de una casa y cuando cierro los ojos, los rastros siguen ahí.

—¿Como... un mapa?

—No. Como... regueros de tierra, hebras de polvo, telarañas en el aire. Algunos más nuevos y otros más antiguos. Los de los humanos son diferentes a los de los animales y tienen distintos colores, o algo parecido a los colores, en función de su antigüedad. Pero lo que eso significa es que puedo ver la historia entera de un lugar, los rastros de todas las personas que han pasado por allí alguna vez. Sé que parece una locura, o cosa de magia, pero Padre decía que tenía una explicación perfectamente racional. Sólo que nunca me contó cuál podía ser.

Umbo tenía los ojos abiertos de par en par, pero no dijo nada. Ni burlas ni acusaciones.

—Allí arriba, en lo alto de las cataratas Stashi, mientras estaba tratando de llegar hasta tu hermano, todo cambió. De repente fue como si los rastros frenaran su marcha. Nunca me había dado cuenta de que estuvieran en movimiento, pero cuando se ralentizaron me di cuenta de que no es algo que la gente deje al pasar. Es la misma gente, que veo en el pasado. Sólo que se movían tan deprisa que nunca me había percatado de ello.

—Todo se ralentizó —dijo Umbo.

—O fue mi mente lo que se aceleró —dijo Rigg—. En cualquier caso, los rastros se transformaron en gente que repetía los mismos movimientos una vez tras otra. Salvo cuando miraba a uno de ellos y me concentraba en él... Pensé que no era real. Que sólo era una visión del pasado, como los rastros. Siempre estoy pasando entre ellos. Así que salté a la roca... y me estrellé contra aquel hombre. No era un sueño, era tangible y real. Tan tangible que pude golpearle en la mano y doblarle los dedos. No sabía qué hacer para librarme de él. Y Kyokay murió mientras lo intentaba.

Umbo se dejó caer en el suelo.

—¿Sabes por qué se frenó el tiempo? ¿Por qué se convirtieron los rastros en personas? ¿En el Santo Vagabundo?

Rigg sacudió la cabeza, pero a pesar de que no tuviera una explicación, en aquel momento Umbo parecía creerle.

—Fui yo —dijo Umbo—. Podrías haber salvado a Kyokay si el tiempo no se hubiera ralentizado y no hubiera aparecido el Santo Vagabundo. —Su rostro se contrajo de dolor—. No podía verlo. ¿Cómo iba a saber que estaba haciendo que apareciera?

Entonces, Rigg entendió por qué había empezado a creerlo Umbo. El secreto de Umbo, el que Padre le había dicho que no le contara a nadie, era que también él poseía un extraño don.

—Tuviste algo que ver con lo que le pasó al tiempo...

—Tu padre me vio hacerlo —dijo Umbo—. Cuando era pequeño. Por eso venía a

nuestra tienda tan a menudo. Me hablaba de lo que podía hacer. Al principio, sólo paraba el tiempo a mi alrededor... Ya sabes, cuando quería seguir jugando un rato más. Supongo que lo que hacía en realidad era frenar el tiempo para los demás o acelerarlo para mí, pero yo era muy pequeño y lo que veía era que todos los demás comenzaban a moverse muy despacio y yo tenía tiempo para hacer lo que me viniera en gana. Sólo duraba unos minutos, pero tu padre supo de algún modo lo que estaba haciendo y me explicó algunos ejercicios que podía hacer para aprender a controlarlo. Para hacer que el tiempo se parara exactamente donde yo quisiera y no en otro punto. Cuando corría por el camino del acantilado, exhausto y sin aliento, y vi por un instante que Kyokay caía... lo ralentiqué. Es decir, prácticamente lo paré.

—Padre nunca me contó nada sobre ti —dijo Rigg—. No me dijo que tuvieras una... cosa como ésa, quiero decir.

—Sabía guardar secretos, ¿eh?

Como no mencionar jamás que la madre de Rigg ni siquiera estaba muerta. Sí, sabía guardar un secreto, eso era cierto.

—Pero eso lo explica —dijo Rigg—. Lo de por qué no recuerdo lo del S.V. O sea, no lo entiendo, pero al menos tiene algún sentido, aunque sea raro. El de la historia era yo. Hasta que detuviste el tiempo y yo lo tiré de la roca, ese hombre no tenía por qué haber caído al agua. Pero cuando sucedió, el pasado cambió para todos. Y de pronto, todo el mundo pasó a conocer la historia del S. V... salvo yo. Porque era yo el que estaba con él y el que lo hizo. Así que mi pasado no cambió. No lo recordaba porque para mí no había sucedido hasta ayer.

—Perdóname un momento mientras me doy un par de cabezazos —dijo Umbo—... Para mí todo eso no tiene ningún sentido. O sea, yo también estaba allí...

—Pero no detuviste el tiempo para ti —dijo Rigg—. No tocaste al hombre y yo sí. ¿Por qué si no iba a existir un santuario en honor de un hombre del que nunca he oído hablar mientras que tú dices que todo el mundo conoce al Santo Vagabundo y su historia? Pero, en cambio, recuerdo haber hecho lo que se supone que hizo el demonio. Como fui yo el que cambió las cosas, aún recuerdo cómo eran, mientras que todos los demás recuerdan sólo cómo son ahora.

—Rigg —dijo Umbo—, no sé por qué te he pedido que me dejaras viajar contigo. Habla de esto todo lo que quieras, pero no me hacía falta saber que fui yo el que provocó la muerte de Kyokay al parar el tiempo. ¿Lo entiendes? ¡Ése es el único cambio que me importa!

—Lo sé —dijo Rigg—. Y a mí. —Pero en cuanto lo dijo, supo que no era cierto. De algún modo, la combinación de sus dones había cambiado el mundo. Como no entendían lo que estaba sucediendo, no habían podido salvar a Kyokay. Pero la solución para la ignorancia era obvia. Tenían que hacerlo de nuevo para averiguar cómo funcionaba.

Rigg tomó a Umbo del brazo y comenzó a llevarlo —no, casi a arrastrarlo— hacia el camino.

—Por el Santo Vaga... -protestó Umbo—. ¿Qué haces?

—Vamos al camino. A la Vía Septentrional. Ese lugar está lleno de rastros. Cada uno de ellos es una persona. Allí no son unos pocos, como en el borde del acantilado. Son centenares, miles si retrocedemos lo bastante. Quiero que frenes el tiempo para poder verlos. Voy a demostrarte que no me estoy inventando todo esto.

—¿Qué vas a hacer?

—Comprobar si podemos hacerlo a voluntad —Al llegar al camino, Rigg se colocó en el centro—. ¿Ves a alguien?

—Sólo a un loco llamado Rigg.

—Para el tiempo. Hazlo. Para mí, ahora mismo. Frénalo.

—¿Estás mal de la cabeza? —preguntó Umbo—. O sea, sé que lo estás, de un modo u otro. Porque si la gente se vuelve sólida cuando pare el tiempo, te van a pasar por encima diez mil viajeros.

—Creo que sólo se vuelve sólido aquel en el que me estoy concentrando —dijo Rigg—. Hazlo.

—¿Así que vuelves sólida a la gente concentrándote en ella?

—Mientras tú frenas el tiempo, sí —dijo Rigg—. O al menos eso es lo que creo que sucedió aquella vez. Mira, dejaré toda la comida a un lado del camino. De ese modo, si me aplastan, podrás quedártela.

—Vaya, gracias —dijo Umbo—. Amigo muerto, almuerzo gratis.

—¿Aún somos amigos? —preguntó Rigg—. ¿Aunque recordemos el pasado de manera tan distinta? Yo nunca jugué al Santo Vagabundo contigo. Jugábamos a los héroes, eso es lo que yo recuerdo. Aunque al menos los dos recordamos que jugábamos a algo, ¿no? Eso significa que aún somos amigos.

—Sí —dijo Umbo—. Por eso estoy aquí contigo, cabeza de hongo, porque soy tu amigo y tú el mío. Y, por cierto, guardo un recuerdo muy claro de haber jugado al Santo Vagabundo contigo y con Kyokay porque hacías todas las escenas de muerte del lobo y del oso, y de todas las criaturas a las que venció. Eso sucedió. Así que hay alguna versión de tu vida en la que viviste en un mundo donde todos respetaban al Santo Vagabundo.

—Tienes razón, es complicado —dijo Rigg—. Es como si hubiera dos versiones de mí, sólo que yo soy la equivocada... en un mundo en el que hubo un S.V., y en el que yo nunca viví y el yo que sí lo vivió ha desaparecido.

—Como el yo —dijo Umbo— que vivía en ese mundo tuyo de los juegos de héroes.

—Frena el tiempo —dijo Rigg—. Hazlo sin más y vamos a ver qué pasa.

—Kyokay está muerto por haber hecho tonterías de manera impulsiva. Piénsalo

bien, Rigg. No te quedes en el centro del camino. Ven al borde. Siempre hay menos gente en el borde.

—Vale —dijo Rigg—. Está bien, tienes razón. —Salió del centro del camino y volvió a mirar a Umbo—. Venga.

—No mientras me estás mirando —dijo Umbo.

—¿Por qué no? ¿Qué pasa, se te caen los pantalones?

—No me estabas mirando cuando lo hice en el acantilado —dijo Umbo—. Además, ¿no deberías estar vigilando el camino para que nadie te arrolle?

—Umbo, no puedo mirar en varias direcciones a la vez. Mire a donde mire, alguien podría aparecer detrás de mí y pasarme por encima.

—Vas a morir.

—Es posible —dijo Rigg—. Y también es posible que mi cuerpo desaparezca de nuestro tiempo y aparezca como un misterioso cadáver en el pasado. Puede que me convierta en el Misterioso Chico Muerto y construyan un pequeño santuario en mi honor.

—De verdad que te odio —dijo Umbo—. Siempre lo he hecho.

—Para el tiempo —dijo Rigg.

Y así, mientras Umbo lo miraba con hostilidad, comenzó a suceder. Umbo no movió las manos, ni murmuró nada, como hacían los magos cuando los comediantes llegaban a la ciudad.

Rigg mantuvo los ojos desenfocados deliberadamente. Fue bastante fácil, teniendo en cuenta lo que apareció ante ellos al ralentizarse el paso del tiempo. El centro del camino se volvió tan borroso que Rigg se alegró de haberse puesto en el borde. Porque allí las manchas eran individuales y podía ver rostros de personas. Meros destellos al pasar, pero al final escogió una y la vio caminar con paso decidido, sin mirar a derecha ni a izquierda. A juzgar por su actitud, debía de ser un hombre dotado de autoridad y vestía con opulencia, pero con un traje estrafalario que no se parecía a ningún otro que Rigg hubiera visto nunca.

A la altura de la cadera, en el cinturón, el hombre ceñía una espada con su vaina. Al otro lado, el lado que Rigg tenía más cerca, llevaba un cuchillo.

Rigg comenzó a andar a su lado, alargó una mano, agarró el cuchillo y retiró el brazo. El hombre, al verlo, estiró los brazos tratando de atraparlo o de recuperar su cuchillo... pero Rigg se limitó a apartar la mirada y concentrarse en otra persona, una mujer, al tiempo que le gritaba a Umbo:

—¡Tráeme de vuelta!

Y de repente, toda la gente borrosa se transformó de nuevo en un sinfín de rastros de luz y Rigg y Umbo volvieron a estar solos en el camino.

Rigg aún empuñaba el cuchillo.

Era un objeto magnífico. El metal de la empuñadura era de fina hechura, con unas

gemas engarzadas que parecían tan valiosas como las que Padre le había dejado, aunque de menor tamaño. Y parecía muy afilado. Su aspecto transmitía la sensación de que era un arma peligrosa y fácil de manejar.

Pertenecía al pasado y Rigg lo había traído al presente.

—Ese cuchillo —dijo Umbo con expresión de sobrecogimiento—. Ha... Has alargado la mano y ha aparecido de pronto.

—Sí, y cuando su propietario ha tratado de recuperarlo, le ha debido de parecer que yo desaparecía de repente. Igual que el demonio.

Umbo se sentó en la hierba, a un lado del camino.

—La historia del Santo Vagabundo... ocurrió de verdad... pero no había ningún demonio.

Y entonces, de pronto, a Rigg se le ocurrió algo, y al instante se le saltaron las lágrimas, casi como le había sucedido antes a Umbo.

—Por la oreja derecha de Silbom —dijo al recobrar el habla—. Si hubiera podido apartar mi mente de él, el S.V. habría desaparecido y habría podido salvar a Kyokay.

Lloraron juntos entonces, sentados a un lado del camino, conscientes de que, si alguno de ellos hubiera entendido lo que hacían sus dones en aquel momento, era muy posible que Kyokay aún siguiera con vida.

Aunque también era posible que Kyokay se hubiera caído de todos modos, llevándose a Rigg consigo. ¿Quién podía saber si Rigg habría logrado que se subiera a aquella roca?

El llanto cesó. Permanecieron un rato en silencio. Entonces Umbo dijo una palabrota, recogió una piedra y la arrojó al camino.

—No había ningún demonio. Sólo estábamos nosotros. Tú y yo, y nuestros poderes unidos. Nosotros éramos el demonio.

—Puede que eso sean siempre los demonios. Gente como nosotros, que hace cosas sin saber que las hace.

—El templo ese de ahí —dijo Umbo— es un templo dedicado a nosotros. El Santo Vagabundo no era más que un hombre normal y corriente, como la persona a la que le has robado el cuchillo.

—La verdad es que de normal y corriente no tenía nada...

—Cállate, Rigg. ¿Siempre tenemos que hacer bromas de todo?

—Bueno, yo sí —repuso Rigg.

—Pues vamos a arreglarlo —dijo Umbo—. Volvemos a antes de que tu padre muriera. Le cuentas lo que ha pasado y así no se le cae un árbol encima y tú no estarás en las rocas de lo alto de los acantilados cuando Kyokay...

—Dos razones por las que es una idea muy mala —dijo Rigg—. Primera, si no estoy allí, Kyokay se caerá. Segunda, no puedes vigilarlo mejor porque soy yo el que experimenta cómo cambia el tiempo, no tú, así que no sabrás nada de lo que va a

pasar, así que seguirás haciendo las mismas cosas. Tercera, no podemos volver y hablar con Padre. Ni apartarlo de su camino. Nunca podremos.

—¿Por qué?

—Porque Padre no dejaba un rastro. Éra la única persona... la única criatura viviente que he conocido que no dejara un rastro.

—¿Estás seguro?

—¿Después de diez años viendo y estudiando los rastros, crees que podría equivocarme al decir que era la única persona, que yo haya visto, que no los dejaba?

—¿Y por qué no?

—No lo sé —dijo Rigg—. Pero creo que estaremos de acuerdo en que Padre era un hombre realmente inusual.

—¿Y para qué tenemos estas habilidades si no puedo volver y salvar a Kyokay? —inquirió Umbo.

—¿Se lo preguntas a un santo invisible, un dios o algo parecido? Porque yo no lo sé. Tal vez podamos salvarlo... esa vez. Pero ¿cómo sabemos que no se matará al día siguiente haciendo alguna otra estupidez?

—Porque yo lo vigilaría —respondió Umbo.

—Ya lo vigilaste una vez —dijo Rigg—. Pero era imposible de controlar. Y entre tanto, podríamos cambiar mil cosas que no queremos cambiar.

—Así que nuestros dones no sirven absolutamente de nada —dijo Umbo.

—Tenemos este cuchillo —dijo Rigg.

—Tú tienes ese cuchillo —replicó Umbo.

—Al menos no has empezado de pronto a recordar un montón de historias sobre hombres que salen de la nada para robar lujosos cuchillos antes de volver a desaparecer —dijo Rigg.

—Si Kyokay sigue muerto, todo esto no sirve de nada.

—Todo esto —dijo Rigg—, el hecho de estar juntos, hablar y averiguar lo que podemos hacer entre los dos... ha sucedido porque Kyokay se subió a las cataratas y yo traté de salvarlo y fracasé. Así que, si salvamos a Kyokay, ¿significará que nada de esto ha sucedido?... ¿Y cómo volveríamos entonces a salvar a Kyokay?

—¡Ya has demostrado que se puede cambiar el pasado! —dijo Umbo.

—Pero no ha sido nada importante —dijo Rigg—. O al menos no he conseguido nada que quisiera hacer.

Umbo alargó la mano hacia el cuchillo. Rigg se lo ofreció sin dudar. Umbo lo sacó de la vaina y apretó la punta contra un punto de la palma de la mano. La hoja se hundió casi al instante y la sangre comenzó a manar a su alrededor.

Rigg le arrebató el arma. Umbo se quedó mirando la palma, sin hacer el menor esfuerzo por detener la hemorragia. Rigg limpió la sangre de la hoja con un puñado de hierba cubierta de rocío, pero no le dijo nada a Umbo. Fuera la que fuese su razón

para hacer aquella locura, se la explicaría cuando él quisiera.

—Ahora el pasado es real —dijo Umbo en voz baja—. Me ha lastimado. —Y entonces también él arrancó un poco de hierba mojada y se cubrió con ella la herida de la mano.

—Supongo que ahora entiendes por qué te decía tu madre que no te pincharas con un cuchillo.

—Mi madre es una mujer muy avispada —dijo Umbo—. Aunque se casara con un zapatero idiota y amargado.

—Detesto que siempre tengas que hacer bromas de todo —dijo Rigg.

—Al menos la mía ha tenido gracia —respondió Umbo.

Recogieron sus cosas. Rigg secó la hoja limpia en su propia camisa y volvió a envainarla. A continuación, tras meterse el cuchillo que había robado bajo el cinto, partieron por la Vía Septentrional en dirección a Aressa Sessamo.

LA TABERNA DE LA RIBERA

—¿Ha tenido alguna consecuencia mi decisión de seguir adelante? —preguntó Ram.

—Sí —respondió el prescindible—. Que sigues al mando de la nave.

Ram estaba un poco irritado desde que se había enterado de que la decisión había sido una prueba y no la decisión real.

—¿Conque ibais a seguir adelante, al margen de lo que yo decidiera?

—Sí —dijo el prescindible—. Es nuestra programación. No estaba en tus manos.

—Y entonces, ¿para qué estoy aquí? —preguntó Ram.

—Para tomar todas las decisiones después del pliegue. No sabemos lo que sucederá después del salto. Si hubieras demostrado cobardía antes del salto, se te habría considerado inapropiado para tomar las decisiones posteriores.

—Así que si hubiera sucedido eso, alguien habría ocupado mi lugar. ¿Alguno de vosotros?

—Habríamos despertado y sometido a la prueba a otro miembro de la tripulación. Uno detrás de otro, si hiciera falta.

—¿Y cuándo se producirá el salto de verdad?

—Dentro de una semana, más o menos. Si no volamos por los aires antes de eso. El espacio-tiempo está muy revuelto últimamente.

—¿Y no puedo hacer nada al respecto?

—Exacto, Ram.

—¿Y si ningún tripulante hubiera sido capaz de tomar una decisión ajustada a vuestros criterios?

—En ese caso nosotros habríamos tomado el mando hasta llegar al planeta de destino.

—Con «nosotros»... ¿quieres decir los prescindibles?

—Nosotros, la nave. Todos los ordenadores juntos.

—Pero los ordenadores de la nave no se ponen de acuerdo en nada.

—Ésa es una de las muchas razones por las que esperábamos que hicierais lo correcto.

Ram no pasó por alto el dato fundamental que le había dado el prescindible. Las probabilidades de que hubiera sido un desliz eran nulas.

—¿A qué te referías al decir que el espacio-tiempo está muy revuelto últimamente?

—Estamos generando campos y fuerzas continuamente, y las cosas cambian.

Simplemente, las cosas no cambian como estaba previsto.

—¿Y cuándo pensabais decírmelo?

—Cuando lo preguntaras.

—¿Qué más debo preguntar para averiguar lo que está pasando?

—Todo aquello que te inspire curiosidad.

—Quiero saber lo que está haciendo el espacio-tiempo.

—Está fluctuando, Ram.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó éste.

—Parece haber un sistema cuántico de flujo temporal que nunca habíamos visto o sospechado antes.

—¿Lo que significa que, en lugar de una penetración continua en el pliegue, estamos descubriendo que el espacio-tiempo se pliega en una serie de saltos?

—Va a ser un viaje movidito, Ram.

Al cabo de tres semanas en el camino, hacía ya mucho que Rigg y Umbo habían agotado las provisiones y cada vez dedicaban mayor parte del día a cazar pequeñas presas. El hecho de que Rigg pudiera ver los rastros de los animales no significaba que fuesen a caer en sus trampas. En aquella parte del mundo, los animales eran mucho más cautelosos con los humanos que en las tierras altas del sur.

Así que estaban hambrientos cuando entraron en una hospedería que ocupaba las cinco o seis varas de tierra que había entre el río y el camino.

—No parece gran cosa —dijo Umbo con tono dubitativo.

—Es lo máximo que podemos permitirnos —dijo Rigg—. Si es que nos lo podemos permitir.

—La ciudad tampoco parece gran cosa —añadió el otro.

Rigg miró a su alrededor. Los edificios tenían un aspecto relativamente nuevo y no demasiado sólido. Una ciudad levantada a toda prisa. Pero a juzgar por la cantidad de rastros que la cruzaban, Rigg podía asegurar que vivía bastante gente en ella.

—Si apareciera de pronto Vado Otoño en el centro de esto, nadie se enteraría.

—Bueno, mi idea de lo que es una ciudad de buen tamaño ha cambiado un poco en las últimas tres semanas.

—Lo mismo que mi idea de lo que es una comida de buen tamaño —respondió Rigg—. Con mis trampas puede que tengamos una ardilla o un conejo por la mañana. Mientras que aquí tienen comida ahora mismo.

Se encontraban junto a la puerta de la taberna. Un par de fornidos ribereños los empujaron al entrar.

—Quitad de en medio, privos. —Rigg había oído el término más de una vez al pasar por pueblos que no podían evitar. Al principio, la gente pronunciaba la palabra entre susurros, pero últimamente la utilizaban abiertamente para insultarlos o mofarse

de ellos. Cosa que tal vez hubiera tenido más efecto si Rigg hubiera tenido la menor idea de lo que significaba.

—Bueno, entremos a ver si nuestros bolsillos pueden con la comida de esta hospedería —dijo Umbo—. O nuestros estómagos.

Otro ribereño salió precipitadamente de la taberna lanzando improperios contra alguien que seguía dentro. Intentó empujar a Rigg, que sin darse cuenta le había cortado el paso. Rigg lo esquivó haciéndose a un lado, pero se cayó y varios hombres que se encontraban a poca distancia se echaron a reír.

—¡El privo se ha cubierto de barro!

—Está intentando plantarse en el suelo, a ver si crece.

—¡Eh, privo, mejor que vayas a darte un baño!

—Los privos no saben lo que es eso.

—¡Pues vamos a echarlo al río para que aprenda!

Umbo ayudó a Rigg a ponerse de nuevo en pie y se escabulleron dentro de la taberna. Rigg no sabía si los ribereños realmente querían hacerles algo de verdad, pero tampoco pensaba quedarse a averiguarlo. Todos eran hombres muy fuertes. Hasta el más pequeño de ellos tenía unos brazos y un pecho enormes de tanto tirar de pértiga y remo en el río. Rigg sabía defenderse, incluso sin armas —Padre se había encargado de enseñarle—, pero sólo frente a un adversario cada vez y sabía que si decidían meterse con ellos, no podría hacer nada por impedirselo. La idea le provocó un nudo de miedo en el estómago, que no desapareció por el mero hecho de que se interpusiera una puerta entre los ribereños y ellos.

En el interior, la taberna estaba a oscuras. Los postigos permanecían cerrados para mantener a raya el frío del exterior, pero aún no había ninguna lámpara encendida. Una docena de hombres levantó la mirada hacia ellos mientras otras dos docenas mantenían los ojos clavados en sus jarras, sus cuencos o sus cartas y sus dados.

Rigg se acercó a la barra, donde el tabernero —que parecía al menos tan grande como el más grande de sus clientes— estaba llenando en aquel momento media docena de cuencos de un denso estofado cuya visión estuvo a punto de provocar un desfallecimiento al muchacho. Hacía ya dos días que no comía. Pero ni siquiera el hambre pudo disipar el miedo que había nacido en el exterior y había empeorado allí dentro.

—Aquí sólo servimos a hombres, no a niños —dijo el tabernero, más con tono de hastío que de hostilidad.

—Llevamos tres semanas en el camino del sur —comenzó a decir Rigg.

El tabernero soltó una carcajada.

—Lleváis «sureño» escrito en la cara, no hace falta que me lo jures.

—Necesitamos comer algo —dijo Rigg—. Si no queréis servirnos aquí, tal vez podáis decirnos dónde podemos comprar pan y queso para el camino.

—Niños y mendigos —respondió el tabernero—. Las dos cosas que menos me apetece ver al levantarme por las mañanas.

—No somos mendigos. Tenemos buen dinero si el precio es justo.

—Me sorprende que unos privos sepan lo que es el dinero —dijo el tabernero—, y mucho menos eso del «buen dinero».

Por lo general, Umbo guardaba silencio cuando tenían que hablar con alguien, porque Rigg conocía el dialecto de la zona y nadie tenía que pedirle que repitiera las cosas. Pero en aquel momento, con voz teñida de leve fastidio, preguntó:

—¿Qué es eso de «privo» que nos llaman todos?

—Es sólo una palabra —dijo el tabernero—. Significa «los del curso alto del río».

Umbo sorbió por la nariz.

—¿Nada más? Porque suena como un insulto.

—Bueno —dijo el tabernero—, los privos no son famosos por su inteligencia, ni por su elocuencia, ni por vestir como gente decente, así que puede que sí sea un término un poco despectivo.

—Al menos tenemos la decencia de no mearnos en el agua, para que la gente del curso bajo no tenga que beberse —dijo Umbo—, y no tenemos insultos para los del norte.

—¿Y por qué ibais a tenerlos? —respondió el tabernero—. Y ahora, ¿vais a mostrarme vuestro dinero o voy a tener que echaros a la calle?

De nuevo, la certeza de que aquel hombre podía obligarle a hacer lo que quisiera infundió miedo a Rigg. En lugar de buscar a tientas un real en su bolsa, se vació en las manos el monedero que llevaba al cinto, con la intención de rebuscar entre todas las monedas hasta encontrar la que quería. El tabernero alargó el brazo en el momento en que Rigg abría el puño para mostrarle el dinero, y sus manos chocaron. Las monedas saltaron de la mano de Rigg y cayeron sobre el mostrador. Su tintineo resonó por toda la silenciosa sala. Eran muchas.

El tabernero entornó los ojos y dirigió la mirada hacia la sala. Rigg no se volvió. Ya sabía que todos los ojos estaban clavados en él, que todos los presentes en la taberna habían contado mentalmente su dinero. Ay, si el miedo no le hubiera hecho actuar con precipitación; si se hubiera tomado el tiempo de buscar la moneda que necesitaba sin sacarlas todas de la bolsa. Sintió que el pánico crecía en él como un torrente, consciente de que había cometido una estupidez y su mala suerte la había empeorado.

Rigg pudo oír la voz de su padre cuando le decía: «No permitas que otro hombre controle lo que haces» y «Demuestra poco y di menos aún». Confiaba en que no se le notara el miedo. Pero antes de que se le ocurriera algo que hacer, el tabernero estiró la mano con un movimiento veloz, arrastró todas las monedas hasta el extremo de la barra y las dejó caer sobre su otra mano. Luego se encaminó al final de la barra y

abrió una puerta.

—Venid conmigo —dijo.

Rigg no sabía si quería que se subieran a la barra y atravesaran la misma puerta o buscaran otro camino. Pero antes de que pudiera decidirlo, se abrió una puerta en su lado de la barra y el hombretón los llamó con un gesto desde allí. Los dejó pasar a una habitación diminuta en la que no había nada más que dos sillas, una mesa y algunos libros y documentos.

El tabernero dejó caer las monedas sobre la mesa.

—Le das una nueva dimensión de significado a la palabra «estúpido» —dijo con tono de hastío.

—Ha sido tu mano la que ha tirado las monedas —respondió Rigg.

El tabernero ignoró el comentario con un ademán.

—¿A quién habéis robado y qué os hace pensar que no os voy a denunciar?

«No dejes que otro hombre controle lo que haces.» Puede que fuese un poco tarde ya, pero podía seguir el consejo. Así que en lugar de defenderse de la acusación de robo, Rigg trasladó la conversación al tema que realmente le interesaba.

—Así que hay dinero suficiente para pagar comida y alojamiento.

—Pues claro. ¿Es que estás loco?

—Siete ríos se han unido al Stashik desde que salimos de Vado Otoño —respondió Rigg—. Ahora es tan ancho que a veces casi no se ve la otra orilla y parece que el precio de las cosas aumenta en la misma medida. En el último pueblo en que paramos, un panadero nos cobró un real por una pequeña hogaza de pan duro y quería dos reyfaces por una noche de alojamiento.

El tabernero sacudió la cabeza.

—Os estafaron. ¿Y quién querría dormir en la habitación diminuta e infestada de moscas de la casa de un panadero? En mi casa, por un marjal puedes quedarte dos noches, o una y te llevas cinco chebs de cambio.

Rigg tocó las monedas una a una.

—¿Esto es lo que llamas un «marjal»? ¿Y esto un «cheb»? —Conocía los nombres de todas las monedas, incluidas algunas de tanto valor que, según Padre, nunca llegaban a acuñarlas de verdad, pero nunca se le había ocurrido que la misma moneda pudiera recibir nombres distintos tras alejarse sólo unas jornadas por la Vía Septentrional.

—Bueno, ¿y cómo las llamáis vosotros? —preguntó el tabernero.

—«Rey» y «reina», pero dejamos de hacerlo al ver que la gente se reía de nosotros.

—Me sorprende que aún estéis vivos para contarlo —dijo el tabernero—, teniendo en cuenta cómo andáis alardeando de vuestro dinero delante de todo el mundo.

—Eres tú el que me ha tirado el dinero de la mano —dijo Rigg—. Creí que lo habías hecho a propósito.

El tabernero se tapó los ojos.

—No pensé que sacaras más de una moneda de la bolsa. —Le colocó a Rigg una mano sobre la cabeza y lo hizo volverse para mirarlo cara a cara—. Mira, zagal, puede que no os hayan matado en el sur, pero aquí estáis a la orilla del río y esto es una taberna ribereña, y esos de ahí fuera son hombres curtidos que os echarían al río sin pensárselo dos veces por un par de chebs, y no digamos por un marjal. Y si les buscáis las cosquillas, hasta puede que por un comín. Y ahora, todo el que hay en esa sala sabe que tenéis un montón de dinero y muy poco seso.

—No han podido verlo —dijo Umbo con tozudez.

—¿Y crees que están sordos? Hasta el último de ellos ha podido contar las monedas que habéis dejado caer ahí fuera sólo por el ruido que han hecho.

Rigg lo había entendido ya. Las reglas eran distintas allí. En Vado Otoño, el dinero de un hombre estaba a salvo en su bolsillo o en la palma de su mano porque a nadie se le ocurriría quitárselo. Pero eso era porque allí todo el mundo sabía más o menos cuánto tenían los demás y si alguien aparecía de pronto con más, después de que hubieran robado a otro, no hacía falta ser un genio para comprender lo que había sucedido. Pero donde estaban ahora, en ciudades como aquélla, la gente no conocía más que a una pequeña parte de sus vecinos y los ribereños iban y venían, así que nadie conocía a nadie en realidad. Y eso quería decir que si no los cogían con las manos en la masa, ya no los cogían, porque un ribereño podía estar a muchas leguas de distancia por la mañana, o simplemente dormido en su barco y protegido por sus camaradas, que se negaban a admitir que hubiera ocurrido nada y a dejar que unos desconocidos subieran a bordo para buscarlo.

Padre ya había advertido a Rigg que las reglas cambiaban cuanto más hacia el sur viajabas y siempre le había dicho que cuanto más grande fuese la ciudad, menos civilizada estaba, cosa que a Rigg siempre le había parecido un sinsentido. Porque por mucha gente que obedeciera las reglas de la civilización, sólo hacían falta unas pocas personas que las despreciaran para que estuvieras en peligro.

—El hombre es el peor de los depredadores —le había dicho Padre— porque mata lo que no necesita.

—Como nosotros —había replicado Rigg—. La mayoría del tiempo no nos llevamos la carne.

—La carne alimenta a los carroñeros del bosque —había sido la respuesta de Padre—. Y nosotros necesitamos las pieles.

—Pero si te estoy dando la razón. Matamos como hombres —había dicho Rigg, a lo que Padre había respondido con voz malhumorada:

—Habla por ti, muchacho.

Ahora Rigg lo estaba viendo por sí mismo.

—Me parece —dijo— que el panadero que nos estafó nos hizo más daño que nadie de aquí.

—Eso es porque aún no habéis salido de mi taberna. No se atreverán a atacaros aquí, pero puedo prometeros que se os unirán muchos compañeros de viaje en el mismo instante en que dejéis el lugar, y tendréis suerte si sólo os ponen cabeza abajo para sacaros las monedas y salís de ésta con el pellejo y los huesos intactos.

—¿Y cómo sale la gente de aquí con vida? —murmuró Umbo.

El tabernero se volvió, alargó la mano con un movimiento rapidísimo, y esta vez no fue tan delicado al apoyarla sobre la cabeza del muchacho.

—Para salir de aquí con vida, dos niños no viajarían solos... Irían con adultos. No irían descalzos y vestidos con ropa de paletos. No se habrían acercado al río y, de haberlo hecho, siempre habría sido a la luz del día. Nunca habrían entrado en una taberna a la vera del río. No habrían rociado la barra de monedas y no habrían enseñado tanto dinero. E incluso de haber seguido estas normas, sólo sobrevivirían si tuvieran la suerte de encontrarme de un humor especialmente magnánimo. Ahora va a empezar a venir la gente a cenar y luego habrá una noche de bebida y rameras para hombres con cuyo dinero estoy decidido a quedarme con los mínimos desperfectos posibles. Y vosotros vais a quedaros en este cuarto.

—¿Aquí dentro? —preguntó Rigg—. ¿Y qué hacemos aquí?

—Uno de vosotros se tumba sobre la mesa y el otro debajo, y echáis una cabezada si podéis, pero no cantéis, no habléis en voz alta, no asoméis la cabeza por la ventana y no...

—¿Qué ventana? —preguntó Umbo.

—Si no puedes encontrarla, supongo que tampoco puedes asomar la cabeza por ella y así estaremos seguros de que hacéis lo que os digo —dijo el tabernero—. Y lo último que iba a decir es que, cuando cierre la puerta desde fuera, no quiero que os entre el pánico, empecéis a pensar que estáis prisioneros, gritéis pidiendo ayuda o tratéis de escapar.

—¿Eso no es exactamente lo que dirías si fueras a secuestrarnos para pedir rescate?

—Sí —respondió el tabernero—. Pero ¿quién iba a pagarlo? —Se acercó a la puerta, la cerró tras de sí y luego los dos muchachos oyeron el ruido de la cerradura.

Rigg se puso en pie al instante y comenzó a examinar las paredes.

—¿Buscas la ventana? —preguntó Umbo.

—Ya la he encontrado —dijo Rigg. Señaló hacia arriba, en lo alto de la pared, sobre la puerta. Puede que estuviera orientada hacia el interior de la taberna, pero lo que se colaba a través de los tablones del viejo postigo era luz de sol.

—¿Cómo sabías que no estaba en la pared del exterior? —preguntó Umbo.

—Veo los rastros de los constructores. Poca gente se ha subido a esas paredes, pero cuando lo han hecho, es allí adonde iban.

—Me da la impresión —dijo Umbo— de que tu don con los rastros sirve para saber lo que la gente ha hecho, no lo que se dispone a hacer.

—Muy cierto —dijo Rigg—. Pero ¿de qué sirve el tuyo, cuando se trata de defenderse?

—Paro el tiempo —dijo Umbo.

—Ya te gustaría —dijo Rigg—. Eso sí que sería útil.

—¡Sabré yo lo que puedo hacer! —dijo Umbo.

—Lo he estado pensando —respondió Rigg—. No paraste el tiempo para mí... Caminaba a la misma velocidad que el hombre al que vi...

—Y así pudiste robarle...

—¿Quieres que lo busque para devolverle lo robado?

—Si no paro el tiempo, ¿qué es lo que hago para que puedas ver que los rastros se convierten en gente?

—Aceleras mi mente.

Umbo levantó los brazos y se sentó.

—Acelerate... parar el tiempo... Es lo mismo. Eso ya lo dije yo desde el principio.

—Tú has vivido con ello toda la vida, Umbo, decidiste lo que era cuando eras pequeño y nunca has tenido que cambiar de idea. Pero piensa en ello. Cuando usaste tu don y me puse a andar entre esa gente, ¿qué te pareció? Seguías viéndome, ¿verdad?

—Sí.

—¿Caminaba más despacio? ¿O más deprisa?

Umbo restó importancia a sus palabras con un encogimiento de hombros.

—¿Qué es lo que hago entonces? Porque seguro que hago algo, si puedes ver gente a la que antes no veías.

—Aceleras mi mente. La velocidad a la que veo las cosas y pienso en ellas. Toda esa gente que deja los rastros ha estado siempre allí, pero sólo puedo verla cuando mi cerebro comienza a ver y a pensar más deprisa. Y sólo cuando me concentro de verdad puedo tocarlas, quitarles cosas y abrirles los dedos para tratar de salvar a Kyokay. —Al decir esto, Rigg sintió que la pena volvía a crecer en su interior y guardó silencio.

Umbo cerró los ojos y lo pensó un rato. Y al fin lo que dijo fue:

—¿Entonces te hago más listo?

—Ojalá —respondió el otro—. Pero lo que sucede es que veo cosas que antes no podía ver y toco cosas que antes no podía tocar.

Umbo asintió.

—Siempre había pensado que paraba el tiempo, porque cuando empecé a hacerlo cerca de otros siempre decían cosas como: «Todo se detuvo» o «El mundo entero empezó a moverse más despacio». No sabían que fuera yo el responsable, sólo creían que era algo que... sucedía. Lo mismo que yo, al principio. Pero entonces tu padre oyó a mi madre hablar de una de las veces que había pasado y me miró y, de algún modo, supo que lo había hecho yo. Después habló conmigo y comenzó a enseñarme a controlarlo. Para que pudiera hacer que afectara sólo a una persona. Yo u otro. El que quisiera.

—En las cataratas apuntabas a Kyokay y me alcanzaste a mí por accidente.

—No he dicho que lo controlara a la perfección. Kyokay y tú estabais muy lejos, y yo estaba trepando por el acantilado, y la mayor parte del tiempo no podía veros. — Apoyó los codos sobre la mesa y ocultó el rostro entre las manos—. Pero qué más da lo que hagamos. Si tú únicamente eres capaz de ver el pasado y yo solamente puedo hacer que la gente piense más deprisa, ¿qué podemos hacer con ello?

—Tengo un cuchillo.

—Y bien afilado —dijo Umbo mientras levantaba la palma de la mano que se había cortado con él. La herida ya se había cerrado, pero la costra era de color rojizo—. ¿Podrías pelear contra uno de esos ribereños con él? ¿Y contra tres?

—Si pudieras acelerarme de verdad —dijo Rigg—, podría dar vueltas a su alrededor tan deprisa que no podrían verme y mataría a seis de ellos antes de que supieran lo que pasaba.

—Eso estaría muy bien —dijo Umbo—. Y mientras tanto, ellos se dedicarían a zurrarme a mí, que estaría ahí sentado, y en cuanto me alcanzaran se acabaría lo de acelerarte y entonces te cogerían a ti.

—Pues entonces es una suerte que no podamos hacerlo, ¿verdad?

Desde el otro lado de las paredes, Rigg podía oír los ruidos del gran salón de la taberna. No parecía haber ningún tumulto, sino muchas conversaciones. A gritos, a decir verdad. Y lo que alcanzaba a discernir parecía alegre. Incluso las más horribles blasfemias sonaban a bromas amistosas.

—Estaría bien que nos trajeran algo de comer, ¿verdad? —dijo Umbo.

—Supongamos que nos dan una paliza, pero no nos matan —dijo Rigg.

—Esperemos que sea así.

—Pero luego volvemos al sitio y busco los rastros que dejaron para llegar hasta nosotros. Tú frenas el tiempo...

—Pero ¿no habías dicho que no era eso lo que...?

—Es que estoy acostumbrado a llamarlo así —dijo Rigg con impaciencia—. Tú haces lo que sea que haces y yo llevo un mazo, y cuando están acercándose para pegarnos, uno a uno les voy golpeando en las rodillas. A todo el que dé un paso hacia mí.

Umbo sonrió.

—Seguro que, al segundo que cae con la rodilla doblada en una dirección extraña, el resto echan a correr.

—Y entonces no nos darán una paliza —dijo Rigg—. Al final salimos sin un rasguño.

Umbo se echó a reír.

—¡Es mejor que vengarse, porque los detendremos antes de que lleguen a tocarnos un pelo!

—Lo único que no entiendo es cómo podría salir bien —dijo Rigg—. Sólo lo hacemos porque nos han dado una paliza... Pero luego no podemos recordar por qué estamos atacando a esos tíos... porque no tenemos ni un cardenal y jamás nos han puesto la mano encima.

Umbo lo pensó un rato.

—Eso me da igual —dijo—. ¿Qué más da que no nos acordemos? Sabemos que nunca haríamos una cosa así sin una buena razón.

—Pero si lo único que recordamos es cómo atacamos a la gente y no la razón...

—Bueno, no le des más vueltas —dijo Umbo—. Con un poco de suerte nos matarán, así que no podremos volver para detenerlos y no recordaremos nada porque estaremos muertos.

—Eso sí que me tranquiliza —dijo Rigg.

Entonces a Umbo se le ocurrió algo.

—Recordabas haber crecido sin oír las historias del Santo Vagabundo, ¿verdad? Así que aún te acordabas de cómo eran las cosas en el pasado, antes de que las cambiaras.

—Pero tú no.

—Eso es interesante —dijo Umbo—. Uno de nosotros recordará cómo eran las cosas antes de que cambiaran y el otro como eran después de haber cambiado.

Pero algo en el análisis de Umbo escamaba a Rigg, aunque todavía no era capaz de decir qué era.

—Supongamos que nos dan una paliza, como he dicho. Yo no olvido lo de la paliza. Así que me acuerdo de todas las cosas que hicimos antes de que nos pegaran: que nos escondemos, que nos pegan hasta hartarse y que luego volvemos al sitio y ajustamos cuentas. Pero tú no te acuerdas. Lo único que recuerdas es cómo son las cosas ahora, dónde, cuándo iban a pegarnos, que algunos de ellos cayeron con las rodillas rotas y que el resto huyó a la carrera. Así que... no fuiste a ninguna parte a recuperarte de tus heridas porque nunca llegaron a herirte. Así que, en la nueva historia, si no tuviste que recuperarte de tus heridas, ¿qué hiciste en su lugar? ¿Y por qué terminaste viniendo conmigo para impedir algo que no recuerdas que hubiera sucedido? Es imposible.

—Va así —dijo Umbo—. Los dos hacemos las dos cosas. Sólo que en el momento en que les rompes las rodillas, tú olvidas una de ellas y yo la otra.

—Sigue sin tener sentido —dijo Rigg—, porque si los dos vemos caer a los malos y luego nos vamos, de algún modo tenemos que hacer las cosas que hicimos para acabar en el lugar y el momento justos para romperles las rodillas. ¿Y cómo sabemos cuáles son?

Umbo se inclinó hacia delante y comenzó a golpearse débilmente la cabeza contra la mesa.

—Tengo tanta hambre que no puedo pensar.

—Y aquí hace demasiado frío para dormir —dijo Rigg.

—Y seguimos teniendo la capacidad de cambiar el pasado entre ambos, sólo que, hagamos lo que hagamos, acabamos de deducir que es imposible.

—Y sin embargo, lo hacemos —dijo Rigg.

—Somos los santos más inútiles de toda la historia. Podemos hacer milagros, pero no sirven de nada.

—Podemos hacer lo que podemos hacer —dijo Rigg—. No pienso lamentarme por ello.

—Recuérdame por qué no hemos ido hacia atrás en el tiempo para robar lo que cuestan un par de pasajes en un barco fluvial...

Rigg se tumbó en el suelo.

—¡Ay! ¡Qué frío!

—Pues súbete a la silla. Está más caliente.

—Vamos a morir en este cuarto —dijo Rigg.

—Eso resolvería todos nuestros problemas.

Se abrió la puerta. Una mujer casi tan voluminosa como el tabernero entró con dos cuencos con sendas cucharas.

—Hablando de santos —dijo Umbo—, aquí llega una con el milagro de las viandas.

—De santa nada —respondió la mujer—. Hogaza os lo puede decir.

—¿«Hogaza»? —preguntó Rigg mientras olía el estofado y clavaba la mirada en los cuencos. La mujer los dejó sobre la mesa y Rigg y Umbo se sentaron al instante.

—Hogaza es mi marido —dijo ella—. El que os ha encerrado aquí en lugar de echaros junto con vuestro dinero a la calle, como yo habría hecho.

—¿Se llama Hogaza? —preguntó Umbo con la boca ya llena.

—Y yo Goteras. ¿Es que os hace gracia?

—No —respondió Rigg, haciendo un esfuerzo para no echarse a reír—. Pero me pregunto de dónde han salido esos nombres.

La mujer se apoyó en la pared y los observó mientras devoraban la comida.

—Somos de un pueblo del desierto occidental. Allí se bautiza a los niños antes de

la primera puesta de sol y los nombres se escogen por el aspecto de los bebés, o por algo que le recuerdan a alguien, o por un sueño, un chiste o cualquier otra estupidez. Y tenemos que conservarlos hasta habernos ganado un nombre de héroe, cosa que no consigue casi nadie. Así que, como Hogaza parecía una gran hogaza de pan, alguien dijo que se le podía llamar así, y como yo estaba constantemente llorando, vomitando y meando, mi padre me llamó Goteras y no dejó que mi madre me lo cambiara en el bautizo. Y les he dado su merecido a más de cien personas por reírse de mi nombre. ¿Creéis que no podría con vosotros?

—Tengo la absoluta seguridad de que sí podrías —respondió Rigg—, así que haré cuanto esté en mi mano para no tener que comprobarlo. Pero lo que me pregunto es, cuando vinisteis aquí, ¿por qué no os cambiasteis el nombre? Por aquí no os conocía nadie, ¿verdad?

—¿Nos tomas por la clase de gente que comienza una nueva vida en un sitio mintiéndole a todo el mundo?

—Pero si os cambiarais el nombre no sería una mentira. Podrías decir «Me llamo Dama Gloriosa» y como ése sería tu nombre desde aquel mismo momento, no sería una mentira.

—Cualquiera que me llame Dama Gloriosa es un mentiroso, aunque sea yo misma —repuso ella—. Y en cuanto a ti, cada vez que abres la boca te acercas un poco más a esa paliza. La próxima vez, límitate a llenarla de comida.

Rigg tenía comida en la boca mientras hablaba, y aprovechaba las pausas para masticar y tragar, pero sabía lo que quería decir la mujer.

—Esta noche vais a dormir aquí —anunció Goteras—. Os voy a traer unas mantas.

—Muchas, espero —dijo Umbo.

—Muchas más que si durmierais al raso en una noche como ésta. Que es lo que habéis estado haciendo las últimas semanas, ¿no?

—Pero no nos gustaba —respondió Umbo.

—A mí me daba igual —dijo Rigg.

—Y a mí me da igual que os guste o no —dijo Goteras.

—Me gusta esta sopa —comentó Umbo.

—Es estofado —dijo Goteras—. Muy propio de un privo no saber la diferencia. —Al salir, volvió a cerrar con llave y los dos muchachos se aplicaron con afán a la muy seria tarea de dar cuenta de hasta el último trozo de comida.

Al acercarse al fondo de los cuencos, bajaron el ritmo lo suficiente para poder conversar un poco.

—Sigo teniendo hambre —dijo Umbo—, pero tengo la barriga llena y ya no me cabe nada.

—Así es como se engorda —dijo Rigg—. Comiendo cuando ya estás lleno.

—Supongo que recuerdo con tanta claridad la sensación de hambre que no me basta con haberme llenado para borrarla.

—Si la gente de Vado Otoño bautizara a los niños como en el pueblo de Hogaza y Goteras, me pregunto cómo te llamarías tú... —dijo Rigg—. ¡Zurullero!

—Pues tú serías Niño Loco.

—La locura no apareció hasta más tarde —dijo Rigg—. Principalmente, después de conocerte.

Fiel a su palabra, Goteras volvió al cabo de poco tiempo y, al ver que habían terminado de comer, pareció sorprenderse. Levantó los cuencos y los examinó en busca de algún rastro del estofado.

—Como luego vomitéis por haber comido tan rápido, será mejor que no se salga de las mantas. De lo contrario, os tendré fregando el suelo hasta que aquí dentro huela a madera recién cortada.

—Olía a algo mucho peor que el vómito cuando hemos entrado —dijo Umbo—. Sería una mejora.

—Algo bueno tenía que tener que estuvierais aquí. Quitaos esos harapos asquerosos antes de meteros bajo las mantas. Y me refiero a todos. —Dicho lo cual, volvió a marcharse. También esta vez oyeron el ruido de la cerradura, aunque a duras penas, porque desde el salón llegaba un auténtico escándalo.

—Le gustamos —dijo Umbo.

—Ya, yo también lo he notado —dijo Rigg—. Está encantada de tenernos aquí. Creo que nos quiere como si fuéramos sus propios hijos.

—A los que asesinó para preparar el estofado.

—Pues estaban deliciosos.

Rigg se quitó la ropa. A pesar de que hacía mucho frío, la promesa de las mantas lo tranquilizaba. Había tantas que no tendría que acurrucarse con Umbo para mantenerse caliente. Cosa que sería un cambio muy agradable, porque en el bosque, Umbo se movía mucho y lo despertaba no menos de cinco veces por noche.

Se abrió la puerta.

—¡Eh, que estamos desnudos! —protestó Rigg. Umbo se limitó a coger una manta para taparse.

Al mismo tiempo que dejaba un orinal en el suelo, Goteras dijo:

—No salpiquéis el suelo al usarlo y, por el amor de la Santa Araña, ponedle la tapa cuando no lo estéis usando o no habrá forma de quitar la peste del cuarto. —Dejó un canasto lleno de hojas grandes junto al orinal—. Y éstas metedlas en el orinal al terminar.

—Somos de Vado Otoño —dijo Umbo—. Río arriba, la caca no apesta.

—Lo que pasa es que no os dais cuenta, porque los privos dormís entre los cerdos. —Cerró la puerta y volvió a echar la llave.

Se turnaron para usar el orinal y, al terminar, los dos coincidieron en que ponerle una tapa era una idea excelente.

—Me han gustado esas hojas —dijo Umbo—. Eran mucho más suaves que las que usábamos en el bosque.

—Habrá que averiguar de qué árbol vienen y llevarnos uno en un enorme orinal sobre ruedas.

Rigg extendió una manta sobre el suelo, la dobló y luego se tapó con otras dos, mientras Umbo hacía lo mismo. La luz plateada del Anillo entró por el alto ventanuco, que al parecer estaba inclinado precisamente con este propósito. No había ninguna rama sobre ella que tapara la luz.

—Pues las hojas de fuera son más blandas para dormir —dijo Rigg.

—Pero aquí no me clavo ninguna piedra —dijo Umbo—. Y no hay bichos, ni serpientes ni otras alimañas que se te suban por todas partes.

—De momento —repuso Rigg.

Esperaba la réplica de Umbo —algo así como «Si no las veo, no me importa»— pero Umbo no dijo nada.

«¿Te lo puedes creer? —pensó—. Ya se ha quedado dormido.» Y en el mismo momento, lo mismo le pasó a él.

GOTERAS Y HOGAZA

Aún faltaban dos días para el salto al pliegue cuando, de repente, Ram se encontró en su silla, con el arnés puesto. El prescindible, de rodillas frente a él, lo miraba a los ojos.

—¿Me he quedado dormido? —preguntó Ram.

—Hemos dado el salto, Ram —dijo el prescindible.

—¿En la fecha prevista y no recuerdo los dos últimos días? ¿O antes de tiempo?

—Generamos el campo de polarización —dijo el prescindible— y el pliegue apareció cuatro pasos antes de lo previsto.

—¿Era nuestro pliegue o uno cualquiera? —preguntó Ram.

—Era el pliegue que queríamos. Estamos exactamente donde esperábamos estar.

—Qué error tan conveniente —dijo Ram—. Sin pretenderlo, creamos el pliegue cuatro pasos antes y aun así nos lleva a nuestro destino.

—Todos los pliegues, todos los campos, todo lo que hemos hecho estaba polarizado. Así que, de algún modo, siempre ha señalado exactamente en la dirección que queríamos.

—¿Conque el espacio-tiempo, a pesar de lo revuelto que estaba, ha cogido la idea de repente y ha saltado por delante de nosotros?

—Nos hemos visto atrapados en medio de una turbulencia —dijo el prescindible—. Queríamos impedirlo porque no sabíamos lo que nos pasaría en un caso así... La mayoría de los ordenadores predijeron que la nave se partiría en dos o se desintegraría.

Ram estaba estudiando los informes procedentes de todos los sistemas de la nave.

—Pero no ha sucedido ninguna de las dos cosas. Seguimos intactos.

—Más que intactos —respondió el prescindible.

—¿Cómo es posible estar más que intacto? —preguntó Ram.

El suelo era duro y hacía frío en la habitación, pero al despertar, Rigg se sintió más cómodo de lo que se había sentido en muchos días, y se enterró entre las mantas para ver si podía dormir un poco más.

—Se han llevado nuestra ropa —dijo Umbo.

Rigg abrió un ojo. Umbo, embutido en una manta, estaba sentado en una silla y tenía un aspecto taciturno a la tenue luz que se colaba por los postigos.

—Probablemente para lavarla —dijo Rigg.

Entonces se dio cuenta de que si su ropa había desaparecido, quería decir que alguien había entrado en el cuarto sin despertarlos. Podían habérselo llevado todo. Salió de un salto de debajo de las mantas y buscó el hatillo. Estaba justo donde lo había dejado y el dinero seguía en su sitio.

—No son unos ladrones —dijo.

—Bueno, eso ya lo sabíamos —dijo Umbo.

La llave giró ruidosamente en la cerradura. ¿Era tan ruidosa la pasada noche? No lo parecía, porque el bullicio del salón lo amortiguaba. Pero ¿cuándo habían entrado a cogerles la ropa?

Goteras entró en el cuarto, sin desayuno ni ropa limpia. Se limitó a quedarse allí parada, mirándolos fríamente.

—Cubriós con algo y venid conmigo. Ahora mismo.

Rigg estaba desconcertado por su actitud. Parecía furiosa, pero al mismo tiempo se mostraba mucho más respetuosa que la pasada noche. Apartó la mirada mientras se cubrían algo mejor con las mantas y luego se hizo a un lado de la puerta para dejarlos pasar.

En el salón no había nadie más que Hogaza, que se encontraba detrás de la barra, apoyado sobre ella. Frente a él había un paño blanco. A un lado se veía un montón de harapos que Rigg reconoció al instante: la ropa sucia que llevaban Umbo y él hasta la pasada noche.

Al acercarse, vio sobre el paño algo que despedía destellos a la luz que entraba por los postigos entreabiertos de las ventanas. Piedras preciosas de gran tamaño y de distintos colores. Dieciocho en total.

—¿Dónde está la azul claro, la que tiene forma de lágrima? —preguntó.

Goteras caminó tras él hasta el montón de ropa y lo empujó hasta el centro de la barra.

—Búscala tú mismo, los santos saben que nosotros no la hemos cogido. —Ni corto ni perezoso, Rigg comenzó a examinar la cinturilla de los pantalones, que sus anfitriones habían cosido esmeradamente en cada uno de los rotos que tenía.

Hogaza habló con un gruñido sordo:

—¿Qué pretendes haciéndote pasar por pobre cuando llevas encima semejante tesoro? —Al igual que su esposa, estaba enfadado... y también se mostraba deferente.

—Pedirnos caridad —añadió Goteras—, cuando todo el rato llevabas eso encima...

—No hemos pedido caridad —dijo Rigg—. Os ofrecimos dinero. De más, si no recuerdo mal.

—Y actuasteis como si tuvierais miedo de quedaros sin nada —repuso Goteras con tono malhumorado—, cosa que no podríais haber hecho ni en cien vidas.

Rigg pasó los dedos por la cinturilla del pantalón. Encontró el lugar en el que había cosido la gema azul claro y allí estaba, en efecto, aunque costaba más localizarla al tacto a causa de una costura vertical que engrosaba la tela. La sacó y la dejó sobre la ropa. Ya no tenía sentido esconderla. Si Hogaza y Goteras hubieran sido unos ladrones, no les habrían preguntado por las piedras, habrían fingido no saber nada sobre ellas. Y eso en caso de que hubieran dejado despertar a Rigg.

—Las he heredado de mi padre —explicó—. Dijo que las llevara a Aressa Sessamo y le mostrara las piedras a un banquero.

—¿Heredado? —preguntó Hogaza con expresión de desconfianza—. Si tu padre tenía tanto dinero, ¿por qué vistes como un mendigo?

Rigg entendía la pregunta. Hogaza se preguntaba si las joyas eran robadas. Pero aunque no lo fueran, el hombre quería encontrarle sentido a la contradicción.

—Vivíamos en el bosque —dijo Rigg—. Poníamos trampas para ganarnos la vida. Llevo la ropa que me resultaba más útil. Nunca necesitamos nada mejor. Para nuestro trabajo, no la había. Y en cuanto a lo de ser ricos, la primera vez que vi estas piedras fue después de la muerte de mi padre, cuando me las dio la mujer que las tenía a su cuidado.

—Qué mujer más honesta —dijo Goteras.

—Como vosotros —dijo Rigg—, o de lo contrario las piedras no estarían sobre la barra.

Hogaza resopló.

—Sólo por las monedas que lleváis —dijo—, alguien podría mataros y tirar vuestros cuerpos al río. Pero si un chico con unas piedras como ésas desapareciera, lo buscarían. Y alguien acabaría colgado de una soga. Y si yo apareciera de pronto con unas gemas así, ¿quién iba a creer que las había conseguido de manera honrada?

—¿Y quién iba a creerme a mí? —preguntó Rigg—. Parte de la herencia de Padre era una carta para un banquero.

—Entonces, ¿te importaría que la viéramos? —preguntó Hogaza. Lo hizo con tono educado pero firme, como si quisiera decir: «Este es el momento de disipar todas las dudas.»

Rigg vaciló un instante. ¿Creían que con la carta podían robar las joyas y fingir que eran legítimamente suyas? Pero apartó sus sospechas al instante. Si lo que querían era hacerle algo, ya no podía impedirselo. Así que, ¿por qué no pensar que tenían buenas intenciones? O al menos no demasiado malas...

—Iré a buscarla —dijo Rigg—. Está en mi hatillo.

—No, manda al otro chico —dijo Hogaza—. No quiero que pierdas las piedras de vista.

Umbo fulminó a Hogaza con la mirada y luego hizo lo propio con Rigg.

—Podrías habérmelo dicho —dijo.

—He compartido contigo mi dinero —dijo Rigg—, mi comida y todo lo demás. Pero eso no podíamos gastarlo en ningún sitio en el que hayamos estado o al que vayamos a ir. ¿Para qué iba a decírtelo?

Umbo le dio la espalda y fue a buscar el hatillo. Al cabo de unos instantes, ya de vuelta, depositó el hatillo en los brazos de Rigg.

Rigg lo dejó sobre un banco y sacó la carta. La puso sobre la barra.

Hogaza le lanzó una mirada de desconfianza. Goteras alargó un brazo y la cogió.

—Por el amor de los santos, Hogaza, todos sabemos que lees tan despacio que no terminarás hasta que las ranas se conviertan en árboles. —Examinó el documento moviendo los labios y leyendo palabras en voz alta de vez en cuando—. Es una burda falsificación —dijo.

Hogaza se puso muy tieso y miró desde arriba a Rigg.

Pero éste sabía que la carta era auténtica y que si no lo era, Goteras no tenía forma de saberlo.

—Si es una falsificación, no la he hecho yo —dijo—. La mujer que me la dio decía que la había escrito mi padre. Él nunca me la había mostrado, pero la letra parece la suya. —Miró a Goteras—. ¿Has visto su letra alguna vez?

—No me hace falta —replicó Goteras—. Está firmada por el Santo Vagabundo. Que es como si estuviera firmada por El Anillo.

—Hacer eso habría sido una estupidez, pero él no lo hizo —dijo Rigg—. Vuelve a leer la firma.

Goteras frunció el ceño y volvió a leer, esta vez moviendo los labios de manera aún más pronunciada.

—Ah —dijo al fin—. Pone «Vagabundo» en lugar de «Santo vagabundo». Pero sigue sin ser un nombre.

—Es uno de los nombres por los que respondía su padre —dijo Umbo.

—¿Y cuál era el de verdad?

—Todos —dijo Umbo—. Respondía a todos ellos.

Miraron a Rigg, que dijo:

—Yo nunca lo llamé otra cosa que «Padre».

—¿Qué os hace pensar que podéis juzgar ese documento? —preguntó Umbo—. Ni siquiera está dirigido a vosotros. Es para un banquero de Aressa Sessamo. Así que se lo vamos a llevar a él. Devolvédnoslo.

Había cierta ironía en el hecho de que Umbo pidiera la devolución de algo que nunca había tenido. Pero Goteras se lo puso en la mano igualmente. Umbo la examinó, la leyó rápidamente —el maestro de Vado Otoño había hecho bien su trabajo— y luego se la entregó a Rigg.

—Así que tu padre se inventaba nombres y luego firmaba con ellos en documentos legales —dijo Goteras—. Ya sabes lo que pienso de la gente que utiliza

nombres falsos.

—Da igual lo que pienses del difunto padre del chico —dijo Hogaza con voz seca, lo que provocó una mirada hostil de su mujer—. Yo creo en el chico y en la carta, y no sé si el padre obtuvo el dinero de manera honrada, pero él desde luego sí.

—¿Qué vas a hacer, entonces? —inquirió Goteras—. ¿Adoptarlo? Lo que sí ha hecho es mentirnos.

—No he dicho una sola palabra que no fuese cierta —dijo Rigg.

—¿Dijiste que esas monedas eran todo el dinero que tenías?

—¿Es que esas piedras os parecen dinero? —preguntó Umbo.

—¿Y por qué nos habéis cogido la ropa en mitad de la noche? —preguntó Rigg.

Goteras se puso colorada y dijo:

—Iba a lavarlas.

—Pues a mí no me parecen más limpias —dijo Rigg.

—Porque al coger el pantalón, sentí que había algo en la cinturilla.

—¿Y tuviste que abrir la costura para sacarlo?

—Mi esposa no es una ladrona —dijo Hogaza, echando chispas por los ojos.

—Ya lo sé —dijo Rigg—. Pero ha estado escupiéndonos sus acusaciones y sospechas, y sólo quería que viese que también nosotros podemos hacerlo. Yo tengo más razones para quejarme que nadie aquí... pero no me quejo y creo que ya va siendo hora de que ella también deje de sospechar de mí.

—El chico es un abogado —dijo Hogaza a su esposa.

—La gente honrada no necesita abogados —respondió ella, enojada.

—La gente honrada es la que más los necesita —murmuró el marido y al ver que ella se disponía a continuar con la discusión, levantó la mano como si quisiera darle un bofetón con el dorso de la mano. No lo hizo ni, evidentemente, había pretendido hacerlo, pero ella puso los ojos en blanco y guardó silencio. Parecía que, río abajo, levantar la mano era el equivalente a llevarse un dedo a los labios.

—Si me devolvéis la ropa —dijo Rigg—, podré volver a coser las piedras en la cinturilla y nos marcharemos.

—No —respondió Hogaza—. En Aressa Sessamo, esa carta os será útil. Aquí no y tenéis que convertir en dinero una de esas gemas.

—Creí que teníamos mucho dinero —dijo Rigg—. Demasiado.

—Lo que he dicho es que teníais dinero suficiente para que os mate algún ribereño —replicó Hogaza—. Pero conforme sigáis río abajo, los precios irán aumentando. Os quedareis sin dinero mucho antes de llegar a Aressa Sessamo, por mucho que economicéis.

—¿Hay un banco en esta ciudad?

—Aún no —dijo Hogaza—. Pero puedo acompañaros río abajo hasta la primera ciudad que lo tiene. Es un lugar que conozco bien y podré responder por vosotros. Y,

además, os protegeré por el camino.

—¿Y por qué ibas a hacer tal cosa por nosotros? —preguntó Rigg.

—Por dinero, niño estúpido. Soy un hombre honrado, pero no rico. Iremos al banco y cuando el banquero, un hombre llamado Tonelero, os dé el dinero, habrá una comisión para mí. Y no temáis que os estafe. Dejaremos que el banquero establezca la comisión. Un precio justo por protegeros y llevaros hasta allí.

—Ese banquero es amigo tuyo, no mío —dijo Umbo.

—Pero sois vosotros los que tenéis las piedras, no yo —dijo Hogaza—. Y eso lo convertirá en amigo vuestro, no mío. —Luego señaló a Rigg—. O más bien suyo y no nuestro.

—¿Qué clase de nombre es «Tonelero»? —preguntó Umbo—. No me digas que por aquí los toneles se llaman «bancos»...

—La ciudad en la que vive tiene una ley por la que los nombres se transmiten de padres a hijos y de maridos a esposas, independientemente de que hagan honor a la realidad. Hace tiempo, un pariente suyo fue tonelero y eso es lo único que significa.

—Me parece un modo absurdo de bautizar a la gente —dijo Goteras.

Hogaza se volvió de nuevo hacia Rigg.

—Os cobraré por llevaros hasta allí, pero será un dinero ganado honradamente, puesto que, sin mi ayuda, es muy probable que acabéis muertos antes incluso de salir de El Atraque de Goteras.

—¿Es el nombre de la taberna? —preguntó Rigg, pensando que habría sido mejor que la bautizaran con el nombre de Hogaza, que sugería algo comestible, en lugar de con aquello, que parecía una invitación a mantenerse alejado de allí en las noches lluviosas.

—Es el nombre de la ciudad entera —dijo Goteras.

—¿Se lo pusieron por ti? —preguntó Umbo.

—Puede que sí o puede que no —respondió la posadera.

—¿Este nido de termitas? —intervino Hogaza—. Lo llamaban de dieciséis maneras distintas hasta que llegamos aquí y les dijimos que si no se decidían por un nombre concreto, no construiríamos aquí nuestra posada. Les sugerí que le pusieran mi nombre, así que le pusieron el de ella para demostrar que no tienen que hacer lo que se les dice, aunque sea un buen consejo. La población se ha triplicado en los quince años que llevamos aquí.

—¿Qué más da que la ciudad tenga un nombre? —preguntó Umbo.

Hogaza puso los ojos en blanco.

—Me estoy imaginando al especulador de tierras diciendo: «¡Venid, comprad una parcela aquí y construid una casa en una ciudad tan dejada de la mano de los santos que no tiene ni nombre!» O al viajero: «Vamos a pernoctar en la posada de esa ciudad, ya sabéis, la que no tiene nombre.»

—Creo que ya lo han entendido —dijo Goteras.

Rigg quería saber cuál era el plan.

—Bueno, entonces vamos a ir a... la ciudad del banquero llamado Tonelero...

—¿Ésa tiene nombre? —preguntó Umbo—. ¿O van a esperar a que os mudéis allí para ponérselo?

—El Atrache de Goteras es una ciudad reciente —dijo Hogaza—. La otra lleva allí dos veces cinco mil años. Es la más vieja del mundo. Nadie recuerda siquiera en qué lengua le pusieron su nombre.

—Se llama «O» —dijo Goteras.

—Y tiene la Torre de O —añadió Hogaza como si eso lo dijera todo.

—No debía de haber muchas ciudades en el mundo cuando la bautizaron —dijo Rigg—. ¿Hay más ciudades con nombres de vocales?

Hogaza miró a su mujer, puso los ojos en blanco y al fin dijo:

—Va a ser un largo viaje. —Luego se volvió hacia Rigg—. Para responder a la pregunta que deberíais haber hecho, creo que, antes de salir para O, vamos a compraros algo de ropa que no llame la atención. Ni demasiado cara ni demasiado barata, desde luego no de cuero fibroso y tampoco a la última moda del curso alto del río. Tú —dijo señalando a Umbo— te harás pasar por mi hijo, así que vestirás como yo.

—Qué emoción —murmuró Umbo.

—Y como un hijo, recibirás un cachete en la cabeza cada vez que te hagas el listillo, como ahora —dijo Hogaza.

—No, de eso nada —dijo Rigg mientras se acercaba a Umbo.

—Si quisiera que me pegaran —dijo Umbo—, me habría quedado en casa. Mi padre lo hacía de sobra. Y gratis.

Goteras se echó a reír.

—Está de broma, bobos. Ésta es una ciudad dura y la violencia no escasea, pero Hogaza nunca le ha puesto una mano encima a nadie, salvo para echar a los alborotadores.

—Me aburrí de hacer daño a la gente cuando estaba en el ejército —dijo Hogaza—. No os pondré un dedo encima.

Umbo se relajó y Rigg también.

—Umbo es mi hijo —continuó Hogaza— y Rigg será el hijo de mi cuñado, cuyos padres tienen algo más de dinero que nosotros. Estaba de visita y lo llevamos a reunirse con los hombres de su padre en O.

—¿Y para qué tantas mentiras? —preguntó Rigg.

—Para explicar por qué vas a llevar ropa mejor que la nuestra. Cuando nos veamos con Tonelero, debe creer que eres lo que dices ser. La carta tiene valor, pero no tanto como piensas porque no está dirigida a él. No conoce a Vagabundo más que

yo. Así que, cuando te vea, tiene que ver a un muchacho que podría venir de una familia con dinero.

—Si el banquero descubre nuestras mentiras —dijo Rigg—, lo más probable es que no crea que las piedras son mías.

—Bueno, pues cuéntale la verdad hasta donde necesite saber. Reservaremos las mentiras para la gente entrometida del camino, para explicarles por qué vistes de manera distinta a nosotros. Y por qué hablas mucho mejor que tu amigo.

—¡Eso no es verdad! —dijo Umbo, ofendido.

—¿Es que estás sordo, chico? —preguntó Goteras—. Rigg habla como si hubiera ido a la escuela. Pronuncia las palabras con total claridad.

—¡Yo he ido a la escuela! —protestó Umbo.

—Me refiero a una escuela del curso bajo —dijo Goteras—. De vez en cuando pasa por aquí alguien así. ¿De verdad no notas la diferencia en su forma de hablar?

—Habla como su padre —dijo Umbo—. Como es lógico.

—A eso me refiero —dijo Hogaza—. Tú hablas como un privo y él como un muchacho estirado de la escuela. Habla como alguien con dinero.

—Vaya, así que sólo yo hablo como lo que soy —dijo Umbo.

—Y por eso tú vas a ser mi hijo —dijo Hogaza— y él mi sobrino rico. Pero ¿por qué estamos teniendo esta discusión? Además, seré yo el que se encargue de hablar. Si alguien os pregunta, no respondáis, limitaos a mirarme. ¿Entendido?

—Sí —dijo Rigg.

—Qué estupidez —dijo Umbo.

—Eso lo dices porque el dinero no es tuyo —respondió Goteras.

—Ni tuyo —replicó Umbo.

—Este niño nunca se cansa de discutir —refunfuñó Hogaza.

—Por eso es tan buen amigo —dijo Rigg.

—Algo del dinero sí que es nuestro —dijo Goteras a Umbo—. A cambio de la ropa que vamos a compraros, de los pasajes, de los dos días que Hogaza pasará lejos de aquí y de los mozos a los que tendré que contratar para mantener el orden durante ese tiempo. Si no le sacamos un razonable beneficio al noble servicio que os estamos prestando, es que eres un maldito roñoso y él otro.

—Os pagaré lo justo —dijo Rigg—. Y, para que lo sepáis, Umbo habla como hablan los chicos educados en Vado Otoño, pero Padre me enseñó a hablar con distintos acentos y en varias lenguas diferentes. En casa hablo como Umbo, pero durante los últimos días he estado hablando como me dijo Padre que hablan en Aressa Sessamo, para que la gente me entendiera mejor y se riera menos.

—Claro —dijo Hogaza—. Es la ciudad imperial. Y parece que tu padre quería que viajaras.

Rigg se acordó de haberle dicho a Padre que ya sabía todo lo que necesitaría saber

en su vida... pero Padre sabía desde el principio que Rigg no pasaría toda la vida como trampero en las montañas. Puede que no le hubiera contado todo sobre su futuro, pero desde luego se había encargado de que pudiera comunicarse allá a donde fuese. Incluso era posible que llegara el día en que toda la astronomía y la física que le había enseñado le sirvieran de algo. Quizá fuese importante que Rigg supiera que el Anillo estaba hecho de polvo y de piedras diminutas que daban vueltas alrededor del mundo y que de noche resplandecían porque reflejaban la luz del sol. ¡Menudo viaje sería ése!

Fueron a comprar la ropa aquella misma mañana. El sastre les tomó las medidas y el encargo llegó por la tarde: dos mudas completas para cada uno de ellos, en tejidos distintos

—¿Por qué necesito dos? —preguntó Umbo.

—Para tener algo que ponerte mientras lavas la otra —dijo Goteras—. Aunque no me sorprende que no tengas mucha costumbre de lavar la ropa.

Rigg los interrumpió antes de que tuvieran tiempo de volver a pelear.

—Bueno, ¿abro una de las costuras para guardar las piedras? ¿Y en cuál de los dos pantalones? La verdad es que no me gustaría llevar puesto el que no debo si un ladrón me roba el otro o si tengo que escapar corriendo de alguien.

—Las piedras no son muy grandes —dijo Umbo—. ¿No puedes guardarlas en una bolsa y llevarla en el bolsillo, sin más?

Hogaza no quiso ni oír hablar de eso.

—Los rateros te desplumarían en menos que canta un gallo. No guardes en un bolsillo nada que pretendas conservar mucho tiempo.

—Haré un cordel para que te lo puedas poner alrededor de la cintura, bien atado —dijo Goteras—. Puedes colgar una bolsa pequeña de él, por dentro de los pantalones, delante. Nadie lo notará y si lo notan, pensarán que son tus partes.

—Las joyas de la familia —dijo Umbo con una risilla.

Pero en ese momento, Rigg vio algo en los ojos de Umbo, una emoción que fue incapaz de identificar, un brillo diferente. Y pensó: «No me ha perdonado del todo por la muerte de Kyokay. Antes era distinto, cuando no sabía lo de las piedras. Así podía perdonarme. Pero ahora piensa que soy rico y sabe que se lo he ocultado y eso lo cambia todo. Cree que tiene razones para no fiarse de mí. ¿Significa eso que las tengo yo para no fiarme de él?»

Tardaron cuatro días en llegar en barco hasta O. Lo primero que dijo el capitán cuando compraron los pasajes fue: «¿Peregrinos?» Hogaza les explicó que cada año, miles de personas acudían a visitar la Torre de O. Sin embargo, al capitán le contó la historia que habían acordado y Rigg se dio cuenta de que la parte más importante era la de reunirse con los «hombres de su padre». De este modo, el capitán sabría que

alguien los esperaba, un hombre poderoso. Así estarían a salvo a bordo de su nave.

Al principio, el viaje en barco fue agradable. El río era el que hacía todo el trabajo. Hasta los ribereños que iban a bordo tenían poca cosa que hacer. Estaban allí para el viaje de vuelta, cuando tendrían que usar las pértigas y los remos para remontar la rápida corriente. Pero de momento no hacían otra cosa que holgazanear en la cubierta donde debían permanecer los pasajeros; Hogaza, Rigg y Umbo los imitaban.

Al menos hasta que a Rigg comenzaron a picarle las piernas por falta de uso. Padre nunca le había dejado pasar un solo día de asueto. Ni siquiera cuando enfermaba, cosa que no sucedía con frecuencia. Umbo parecía contento y Hogaza estaba en el séptimo cielo, dormitando día y noche.

En una de estas ocasiones, mientras Hogaza dormía y Rigg estaba paseando de un lado a otro del corral —pues eso es lo que parecía la pequeña plataforma rodeada por una cerca en la que viajaban—, Umbo se le acercó.

—¿Por qué no puedes estarte quieto?

—No tengo mucha práctica —dijo Rigg—. La pereza también requiere talento.

—¿Y ahora qué es lo que ves? ¿También hay rastros en el río? Aquí la gente no anda, salvo los chiflados. Se limitan a permanecer sentados. ¿Dejan un rastro aunque no se muevan?

—Sí —respondió Rigg—. Se desplazan en el espacio, así que dejan un rastro.

—Muy bien, eso plantea otra pregunta. En la escuela aprendí que el mundo es un planeta que se mueve por el espacio, lo mismo que el Sol. Entonces, si el mundo se mueve, ¿por qué no dejamos rastros por el espacio? Si el mundo es como un barco, aunque estemos parados, tendríamos que dejar un rastro en el espacio, porque el mundo nos mueve aunque estemos aquí sentados.

Rigg cerró los ojos y se imaginó cómo se perdían todos los rastros en el espacio.

—Debería ser como dices —respondió al fin—. Pero no lo es. Es lo único que yo sé. Los rastros permanecen donde está la gente, tanto en tierra como en un barco. Así que supongo que hay algo que mantiene los rastros pegados en el sitio exacto de Jardín por el que se ha movido la gente, por muchos años que hayan pasado. No lo sé.

Umbo guardó silencio un rato y Rigg pensó que la conversación había terminado. Pero Umbo ya estaba pensando su siguiente pregunta.

—¿Podemos hacer algo en el barco? —dijo—. Me refiero a lo que hacemos, ya sabes.

—No veo cómo —dijo Rigg—. La tripulación me vería moverme y se preguntaría qué estoy haciendo. Y como te he dicho, no hay rastros en el barco, están todos en el agua, donde otros barcos llevaron a la gente. Y los nuestros están detrás de nosotros, flotando a nuestra misma altura sobre el agua. Estoy viendo el tuyo río arriba.

—Mucho mejor. Puedes esperar a que pase alguno de ellos por esta plataforma y

entonces haces algo.

—¿Y qué hago? ¿Darle a un pobre desgraciado un empujón y tirarlo al agua hace quinientos años? Si no sabe nadar, sería un asesinato.

Umbo suspiró.

—Es que me aburro.

—Tengo una idea mejor. Vamos a tratar de enseñarnos el uno al otro lo que sabemos hacer.

—Nadie nos ha enseñado a hacerlo —dijo Umbo.

—Eso no es verdad. Padre te ayudó, ¿no? Te ayudó a perfeccionar y concentrar tu don.

—Sí, bueno, eso es verdad, pero ya sabía hacerlo, él sólo me entrenó.

—Pues es posible que, en lugar de no tener nada del poder del otro, lo tengamos en tan pequeña medida que nunca nos hayamos dado cuenta —dijo Rigg—. Así que puedes tratar de explicarme lo que haces mientras lo haces y yo te señalaré los rastros cuando pasemos por ellos.

—Es imposible que eso funcione —dijo Umbo.

—Vamos a averiguarlo. Venga, estamos aburridos, así al menos haremos algo.

—Calla —dijo Umbo—. Creo que Hogaza está despertándose...

—Si es que no ha estado despierto desde el principio, escuchándolo todo.

Umbo arrugó el gesto.

—Eso sería muy propio de él.

Pero Hogaza no parecía haber oído nada. Se portó con absoluta normalidad al despertar: malhumorado, respetuoso y solícito al mismo tiempo.

—Has trabajado en el río, ¿verdad? —le preguntó Rigg.

—Nunca —respondió Hogaza.

—Pero eres tan musculoso como esos hombres.

—No, nada de eso —dijo Hogaza—. Lo soy mucho más.

Rigg lo miró con detenimiento.

—Eres distinto a ellos, eso puedo verlo, pero no sé en qué.

—Mira mi hombro derecho y luego el izquierdo. Y luego fíjate en los ribereños.

Rigg y Umbo miraron a la vez. Umbo fue el primero en darse cuenta y se rió entre dientes.

—Tienen uno de los dos más grande.

Entonces, Rigg se percató también. Tras años ejercitando una mitad de su cuerpo, ésta se había vuelto mucho más fuerte que la otra.

—En los barcos de guerra no les permiten hacer eso —dijo Hogaza—. Los obligan a cambiar de lado con regularidad para que se mantengan equilibrados.

—¿Estuviste en un barco de guerra, entonces?

—Fui soldado, pero no en un barco —dijo Hogaza—. Antes de conocer a

Goteras, casarme con ella y construir la posada, estuve en el ejército. Y llegué a sargento. Con un pelotón entero de tipos duros.

—¿Luchaste en alguna guerra? —preguntó Umbo.

—No ha habido una sola guerra en todo el tiempo que he vivido —dijo Hogaza—. Hasta la Revolución Popular sucedió cuando era niño. Pero siempre hay luchas y siempre hay muertes, porque siempre hay gente que no quiere hacer la voluntad del Consejo de la Revolución y siempre hay gente en las lindes del mundo civilizado que no respeta las fronteras ni las leyes de los demás. Bárbaros.

—¿Fuiste arquero, entonces? —preguntó Umbo emocionado—. ¿Espadachín? ¿O usabas la pica o el bastón? ¿Quieres enseñarnos?

—Al chico le gusta la idea de la guerra —dijo Hogaza—. Será porque nunca ha visto a un hombre con las tripas en las manos, suplicando un poco de agua pero incapaz de aplacar la sed porque ya no tiene estómago en el que echarla.

Umbo tragó saliva.

—Ya sé que la gente se muere —dijo—. En casa también pasa y a veces de maneras espantosas.

Rigg pensó en Padre, aplastado por un árbol, y en Kyokay, caído desde lo alto de las cataratas Stashi. Pero al menos no había visto lo que el árbol le había hecho al cuerpo de Padre o lo que había sido de Kyokay al estrellarse contra las aguas turbulentas y repletas de rocas.

—No hay nada más espantoso que el modo en que mueren los hombres en la guerra —dijo Hogaza—. Un desliz y se acabó, eres pasto del enemigo. O estás caminando solo y de repente tienes una flecha clavada en la garganta o en el ojo o en la espalda, y si no te ha matado al instante, sabes que se ha terminado.

—Pero has tenido las mismas oportunidades —dijo Rigg—. O quizá no las mismas, pero al menos te han entrenado para eso. Para matar y por tanto para morir. Para el soldado la muerte no puede ser ninguna sorpresa.

—Hazme caso, chico, la muerte es una sorpresa hasta cuando la tienes delante, mirándote a los ojos. Incluso en ese momento piensas: «¿Cómo es posible? ¿Por qué yo?»

—¿Cómo lo sabes? —dijo Umbo—. Nunca has muerto.

Como respuesta, Hogaza se levantó la camisa y les mostró el pecho y el estómago. Era un hombre tan corpulento que Rigg había asumido que era gordo, pero no, su contorno entero seguía las protuberancias y los valles de la musculatura, y las venas estaban a la vista, y no escondidas bajo capas de grasa

Y por encima de su estómago, ligeramente separada del centro, había una terrible cicatriz, aún un poco roja, que no le habían cosido bien en su momento, de modo que la piel estaba arrugada en uno de los dos lados.

—Yo era el hombre que tenía las tripas en las manos —dijo—. Ya me daba por

muerto. Me negué a que mis hombres perdieran el tiempo sacándome del campo. Nombré a uno de ellos sargento y les ordené que retrocedieran con el resto de la unidad. Luego volvieron a avanzar y al final ganaron la batalla, pero no volvieron al campo. Sabían que no quedaría nadie con vida.

—¿Por qué? —preguntó Umbo.

—Qué poca lealtad —dijo Rigg.

—Carroñeros, hijos míos —dijo Hogaza—. No hacía ni un minuto que el campo de batalla se había vaciado y esas mujeres, ancianos y niños ya estaban entre los caídos, rematando a los heridos para robarles la ropa, las armas y cualquier otra cosa que pudieran encontrar. La guerra los atrae como los cuervos a la carroña. Así que me quedé allí, esperando la llegada de la muerte... y que no tardase demasiado, porque cada vez que me latía el corazón me recorría una oleada de dolor. Y yo pensaba: «Ésta es la que se me lleva», pero no fue así. Oí unos pasos, levanté la mirada y había una mujerona de pie junto a mí.

—Goteras —dijo Umbo.

—Claro que era ella, bobo, pero la historia la estoy contando yo y yo decido cuándo se dicen las cosas.

—Perdón.

—Así que levanto la mirada y hay una mujer allí, que dice: «Pues sí que eres grande.» Y yo no le digo nada, porque lo que había dicho ella era una tontería. ¿Qué puede importar lo grande que sea un muerto? Y entonces dice: «Has dejado de sangrar.» Y yo respondo: «Supongo que estoy vacío.» Es un susurro, pero ella lo oye, se ríe y dice: «Si puedes hablar y puedes hacer chistes es que no vas a morir.» Entonces me quita la armadura, que la espada de un enemigo había atravesado como la mantequilla, que es lo que pasa cuando la armadura la ha hecho el primo de alguien y el acero está hecho de mierda recubierta por una capa de lata. Bueno, el caso es que ella va y me cose, haciendo un trabajo pésimo, todo hay que decirlo, pero la luz del día ya se estaba yendo y de todos modos iba a morir, así que, ¿qué más da? Y me dice «La piel está completamente rajada, pero el estómago y las tripas parecen intactos, que es por lo que no te vas a morir. Un poco más adentro y ya serías pasto de los gusanos.» Y coge y se me carga al hombro... ¡A mí, que peso como un muerto incluso sin la sangre! Se me lleva a casa y me dice que, según la ley de los carroñeros, soy su esclavo. Sólo que, cuando me recupero, nos enamoramos y nos casamos. Volví a mi casa, eché a mi vieja esposa, vendí la casa y me llevé mi fortuna para construir una taberna en una pequeña y mugrienta aldea, que convertí en una ciudad y en una parada habitual de las rutas fluviales. Así que el hecho de que, en lugar de matarme y robarme las cosas, se me llevara... me cambió la vida, muchachos.

—No te portaste muy bien con tu primera esposa —dijo Rigg.

—La última vez estuve fuera ocho años largos y cuando volví a casa tenía tres niños de menos de cinco años que se parecían a los tres hombres distintos que me habían reemplazado. ¿Estás diciéndome que hice mal?

—Al menos te fue fiel durante un par de años —dijo Umbo.

—Y yo al menos no la maté, como era mi derecho. Sólo la eché, en lugar de asesinarla, porque Goteras dijo: «No empecemos lo nuestro con sangre» y también porque recordaba vagamente que una vez habíamos estado enamorados. Además, nunca le di hijos, como no se los he dado a Goteras, y soy consciente de que una mujer tiene derecho a sus hijos, ¿no? Aunque tenga que ir a otra parte para tenerlos.

—Una filosofía muy tolerante. Pero ella se había ocupado de la granja durante ocho años y tú se la arrebataste.

—Fueron los sirvientes los que hicieron todo el trabajo —dijo Hogaza—, y, además, ésa era mi granja, como ella era mi mujer, mientras que aquéllos no eran mis hijos. No le puse un dedo encima, pero hasta un santo habría vendido la granja y se habría llevado el dinero. Ella podía ir a buscar refugio con el padre de uno de sus pequeños, si es que la aceptaba.

—Eres un pedazo de pan —dijo Rigg, pero sonrió para que Hogaza supiera que estaba de broma.

—Sí, chaval, riéte todo lo que quieras, búrlate de mí hasta quedarte sin aliento, pero el hecho es que soy un blando. Goteras me hizo así. Ella y el hombre que me dejó esta cicatriz. Entre los dos me sacaron la guerra de dentro. Pero aún me entreno. Cuando estoy en tierra, digo. Me entreno todos los días, una hora o dos, usando todas las armas. Todavía puedo clavar una flecha donde me parezca desde veinte varas de distancia. Si no hubiera resbalado en mierda de caballo, ese hombre nunca me habría alcanzado. Así de bueno era yo. Y todavía lo soy, a pesar de lo que le hace a un viejo veterano el hecho de no tener rivales mejores que unos ribereños borrachos.

Estaba bien saber que era Goteras la que lo había convencido para no matar a su anterior esposa. La posadera podía presumir todo cuanto quisiera de que, por ella, habrían echado a Rigg y a Umbo, o los habrían dejado a merced de los ribereños aquella primera noche... pero ahora Rigg sabía que Goteras y Hogaza eran buenas personas y que sólo tenían que parecer duros a causa de su clientela.

—¿Y Goteras se entrena contigo? —preguntó Umbo.

Rigg creía que iba a recibir un bofetón por su impertinencia, pero Hogaza se limitó a reír.

—¿Y quién si no? —dijo—. No, no es que sepa luchar, al menos como yo, pero usa las palas acolchadas para ayudarme a practicar los pasos y las estocadas. Nadie más que yo conozca tiene unos brazos tan largos como los míos. Soy grande de verdad, ¿sabéis? Así que salimos al amanecer y practicamos una hora entera a la luz del día. Y si nos ve algún ribereño, alguno que no esté pasando la resaca, tampoco

está mal. Así ven que, aunque yo no esté por allí, sabe defenderse sola.

A primera hora de la mañana del cuarto día la vieron: la Torre de O, asomando sobre los árboles de la ribera. Era casi invisible contra el plumizo cielo invernal, pero aun así la vieron todos, un cilindro de acero que se elevaba hasta desembocar en la cúpula de su cúspide.

—Bueno, hemos llegado —dijo Umbo, y se encaminó en compañía de Rigg hacia la escalerilla que bajaba a la cubierta principal.

—Esperad —dijo Hogaza—. No llegaremos a O hasta mañana a mediodía, por lo menos.

—¡Pero si está ahí mismo! —dijo Umbo.

—Mira lo borrosa que parece. El aire está transparente, así que si estuviéramos tan cerca como creéis, no tendría ese aspecto.

Si la torre se encontraba aún a una jornada de viaje, se preguntó Rigg, ¿cómo podía elevarse tanto por encima de los árboles?

—¿Qué altura tiene? —preguntó.

—Más de la que imaginas. ¿Crees que la gente peregrinaría para verla si fuese simplemente alta? Además, el río describe un pronunciado meandro en aquella dirección, así que la perderemos de vista durante horas y luego volveremos a acercarnos desde una dirección distinta, y entonces sí podréis ver lo alta que es en realidad. Es una de las maravillas del mundo. Pensar que un país o una ciudad tuvieron la inteligencia y el poder para levantar algo así... Pero, sin embargo, no sirve absolutamente para nada. Dicen que se tarda un día en llegar hasta la cúspide, pero no sé cómo pueden saberlo, porque está cerrada a cal y canto. Y no porque lo haya ordenado el Consejo de O... No, está sellada por dentro, así que no hay forma de entrar y averiguar para qué la construyeron.

Rigg siguió mirando la Torre de O hasta que la falta de luz la volvió invisible. Se preguntó lo que habría sabido su padre acerca de aquella maravilla. Lo sabía todo, o al menos eso parecía. Pero nunca se había tomado la molestia de contarle nada sobre aquel lugar.

—¿Era nuestro pliegue o un pliegue cualquiera? —preguntó Ram.

—El pliegue estaba ahí —dijo el prescindible—. Los diecinueve ordenadores de la nave afirman que se produjo... un salto hacia su interior.

Los prescindibles no tomaban decisiones arbitrarias sobre la estructura de sus frases. Ni tampoco titubeaban, a menos que el titubeo significase algo.

—Has dicho que se produjo un salto, pero no has especificado que lo realizáramos nosotros —dijo Ram.

—Porque parece ser que no es así —dijo el prescindible—. Hemos salido exactamente en la misma posición en la que estábamos al comienzo del salto.

—¿Y aún nos movemos? —dijo Ram.

—Sí.

—¿En qué posición estamos ahora, entonces? —preguntó Ram.

—Dos días más cerca de la Tierra. En la misma posición en la que estábamos hace dos días.

—Así que salimos del pliegue al revés —dijo Ram—. Avanzando en sentido contrario.

—No, Ram —respondió el prescindible—. Salimos de espaldas a la Tierra, igual que cuando entramos en el pliegue.

—Pero no tenemos marcha atrás —dijo Ram—. Sólo podemos movernos en la dirección en la que estamos orientados.

—Todos los ordenadores aseguran que nos movemos exactamente a la misma velocidad que antes. Y también dicen que nos estamos desplazando hacia atrás, en dirección a la Tierra.

—Así que nos movemos hacia delante y hacia atrás al mismo tiempo —dijo Ram.

—Nuestra propulsión es hacia delante. Nuestro movimiento, hacia atrás.

—Espero que no me retiréis el mando si reconozco que estoy confuso.

—Cuestionaría tu cordura si no lo estuvieras, Ram.

—¿Tenéis alguna hipótesis que pueda explicar la situación? —preguntó Ram.

—Nosotros no realizamos hipótesis —dijo el prescindible—. Somos instrumentos programados y, tal como ya te dije antes, las decisiones sobre lo que se debe hacer después del salto están por completo en manos de nuestro capaz, creativo, acreditado y exhaustivamente entrenado piloto humano.

Ram meditó sobre aquello.

Cuando los edificios de O comenzaron a aparecer ante sus ojos, Rigg quedó asombrado por lo diferentes que parecían. Durante las semanas en que Umbo y él habían viajado por la Vía Septentrional, los cambios se habían producido de manera gradual. Las granjas se habían vuelto más frecuentes, los pueblos más grandes, los edificios un poco más imponentes... Las techumbres de paja habían dado paso a las de tablillas y tejas, las telas embreadas a los postigos y algún que otro cristal. El Atraque de Goteras tenía cierto aire de construcción nueva, pero la ciudad exhibía los mismos edificios en madera que la campiña, la misma alternancia de guijarros, gravilla y adoquines en las calles, dependiendo del capricho de los propietarios de las casas que las rodeaban.

Pero los árboles que jalonaban la ribera habían ocultado estos cambios graduales y la corriente les permitía avanzar mucho más deprisa, así que al aproximarse a los muelles de O fue como si estuvieran entrando en otro mundo.

Todo allí parecía hecho de piedra, y no la piedra de color pardo grisáceo de las montañas, no, sino una piedra pálida, casi blanca, con vetas de cálidos colores en su interior. Y sus habitantes no habían dejado que arraigara el musgo en ella, salvo cerca del agua, donde resplandecía cálidamente al sol del mediodía.

Por contraste, la Torre de O irradiaba la cegadora frialdad de una hoja de acero. Y como era mucho más grande que cualquier otra estructura y varias veces más alta que el más alto de los árboles, la ciudad en su conjunto semejava la mano pálida de una mujer muy blanca, que empuñaba una afilada daga con la punta orientada hacia el cielo.

Sin embargo, cuando el barco se fue acercando a los muelles, la impresión se desvaneció. Los muelles eran tan mugrientos, abarrotados y bulliciosos como cualesquiera otros. Al final, no todos los edificios eran de piedra. De hecho, la mayoría eran estructuras de madera, aunque los tejados eran de tejas o, para asombro de Rigg, de latón. ¡Metal suficiente como para cubrir un tejado! Se dio cuenta de que la impresión de que todo estaba hecho de piedra se debía a una docena de edificios de gran tamaño que se alzaban por encima del laberinto confuso de almacenes de madera, tabernas y tenderetes donde se vendían recuerdos de la Torre de O. Desde lejos lo único que había visto eran las paredes de piedra blanca de aquellos edificios. De cerca apenas alcanzaba a vislumbrarlos entre las angostas callejuelas, donde cada piso de cada edificio sobresalía por delante del que tenía debajo, hasta que, en el tercer y el cuarto piso de los edificios, estaban tan cerca que, en palabras de Hogaza, «un hombre podía buscar a una amante al otro lado de la calle sin que ninguno de ellos tuviera que salir de casa».

Rigg pensaba que irían antes que nada a buscar alojamiento, pero Hogaza arrugó el gesto y dijo que no.

—Entonces, ¿vamos a ir con el equipaje al banquero? —preguntó Rigg.

Hogaza los sacó de la calle abarrotada, hasta un espacio abierto que había cerca de uno de los edificios de piedra de gran tamaño.

—Escuchadme —dijo—, entre los pasajes, vuestra comida y vuestra ropa, estoy casi sin blanca. Los sitios que podría permitirme ahora mismo son de condición tan mísera que no me atrevería a dejar nuestras pertenencias en ninguno de ellos. Soy un tabernero, muchachos, y sé cómo son las posadas de los muelles en sitios como O. Ahora lo esencial es conseguir que Tonelero convierta uno de esos... objetos... en dinero contante y sonante, sin estafarnos y sin que nadie más sepa que los llevamos encima. Luego podremos permitirnos un alojamiento respetable sin apenas merma en tu patrimonio, joven Rigg. Y por eso, antes de ir a ninguna otra parte, debemos encontrar el banco de Tonelero.

Hogaza parecía conocer bien aquel laberinto de calles y sólo tuvo que desandar sus pasos en un par de ocasiones. A Rigg aquello le pareció un milagro, puesto que apenas había placas con los nombres de las calles en algunos edificios e incluso éstas no decían siempre la verdad.

—Oh, ése es el nombre antiguo —dijo Hogaza cuando Umbo se fijó en uno de ellos—. Luego hicieron un bulevar y le pusieron otro nombre. Ahora se llama... algo que no recuerdo. No importa. Aquí no se orienta uno por los nombres, sino por ciertos elementos distintivos del paisaje.

—¿Elementos distintivos del paisaje? —preguntó Umbo—. Pero si todas las calles son iguales.

—Si vivieras aquí, verías las diferencias con claridad —dijo Hogaza—. Podría preguntarle a cualquiera y encontrar el camino al banco de Tonelero, porque la fachada es de piedra gris. Gris y no blanca, para no resultar demasiado ostentosa, ¿entendéis? Además, tiene un reloj en lo alto. De modo que si le preguntas a alguien «¿Dónde está la casa del banquero del reloj?» y no lo sabe, es que debe de ser un peregrino, porque aquí no hay nadie que no conozca el lugar.

Pasaron junto a varios puestos de comida y al sugerir Umbo que pararan en alguno de ellos, Hogaza tiró de él para continuar la marcha.

—Así que quieres comerte un buen trozo de carne grasienta y presentarte en la banca de Tonelero con las manos, las mangas y la camisa bien pringosas. Para que nos ponga de patitas en la calle por ser la clase de gente que no tiene una casa donde comer, una mesa a la que sentarse ni una servilleta con la que limpiarse.

—Pero es que no tenemos ninguna de esas cosas —dijo Umbo.

—Exacto. Y pretendemos tenerlas, así que iremos al banco hambrientos y sedientos, pero al menos no pareceremos unos pobres privos.

—Somos unos pobres privos —murmuró Umbo.

Hogaza lo ignoró.

Pero Rigg pensó en ello. «Umbo es un pobre privo, aunque en Vado Otoño a su

padre le iba tan bien como al que más y su familia no pasa hambre, ni la de nadie. En las épocas de vacas flacas la gente comparte, sabiendo que todos trabajan igual de duro cuando hay trabajo y todos se encargan de que ninguna viuda ni ninguna solterona se muera de hambre o de frío en invierno.» Pero nadie conocía el sabor de la comida vendida en puestos callejeros, porque allí no los había. Sólo Nox cocinaba para desconocidos y para probar su cocina tenías que estar en su casa a la hora precisa, porque nunca sacaba la comida a la calle ni anunciaba a voz en grito el nombre de los platos.

Era raro que sólo por estar en un sitio distinto, un muchacho que siempre había tenido suficiente y nunca había querido nada se convirtiera de pronto en pobre y tuviera que pasar hambre por miedo a que otros repararan en su pobreza.

Lo mismo que Hogaza. En El Atrache de Goteras era un hombre próspero, que se mofaba de los privos con tanta alegría como el que más. Pero en O, río abajo, también él era un privo, aunque se le daba mejor ocultarlo porque había visto mucho más mundo.

«Aquí yo soy el único que no es pobre, o al menos el único que podría no serlo. A pesar de que ninguno de ellos es tan del curso alto como yo, que me he pasado la mayor parte de mi vida entre las cataratas, vagando con mi padre en las profundidades del bosque, donde apenas se ven rastros de hombres entre las bestias y los árboles. Y sin embargo, gracias a las diecinueve piedras que cuelgan de un cordel atado a mi cinturón, pronto seré rico en comparación con ellos.

»Pero son mis amigos en este viaje, los únicos que tengo. Y si yo prospero, ellos prosperarán también. El dinero será mío, pero los beneficios serán para todos. Hogaza volverá a su casa con suculentas ganancias en el bolsillo por sus servicios. Umbo puede quedarse conmigo o volver río arriba si lo prefiere, sólo que esta vez con buena ropa y con el pasaje pagado hasta donde los remos y las pértigas puedan llevarlo. Que vuelva a casa y sea el hombre más rico de Vado Otoño, a ver si su padre sigue sin abrirle la puerta. No, Tegay el zapatero lo invitará a entrar a su casa y volverá a ofrecerle a su hijo su antiguo lugar en la mesa.

»La gente habla de magia y milagros realizados por los santos... Y si vieran lo que han hecho juntos Rigg y Umbo, conjurar de la nada un hermoso cuchillo enjorado, los contarían también a ellos entre los santos y los magos, pero ninguno de esos milagros es tan poderoso como el que obra la aparición repentina de dinero en el bolsillo de un hombre. Entonces, la transformación es como convertir la lluvia en un día soleado, algo que no podrían hacer un mago malvado ni un santo generoso, salvo en los más tontos cuentos de viejas.»

Llegaron a un edificio de piedra gris cuando el reloj de gran tamaño que colgaba de la fachada comenzaba a repicar con tanta fuerza que a Rigg le sorprendió no haberlo oído desde los muelles. Sin embargo, ninguno de los lugareños pareció

sobresaltarse. En la puerta, un hombre vestido de gris de la cabeza a los pies, con una espada corta al cinto y un bastón en las manos, los detuvo y los examinó de arriba abajo.

Hogaza ya les había advertido muchas veces que debían guardar silencio y mantener la boca cerrada, así que Rigg se limitó a mirar al centinela con cándido interés, tratando de no mostrar aprensión ni ningún otro sentimiento. Si el hombre era capaz de percibir el miedo y la esperanza que ocultaba detrás de aquella mirada, él no tenía forma de saberlo. Pero al menos así no balbucearía ni sacaría las piedras y empezaría a enseñárselas a todo el mundo, como había hecho con su dinero sobre la barra de Hogaza.

El hombre se quedó mirando a Rigg fijamente, decidido quizá a obligarle a apartar la mirada. Pero Rigg se había ejercitado con Padre, así que cuanto más trataba el otro de hacerle sentir incómodo, más tranquilo estaba él y más firme su mirada. Hasta que el hombre desvió los ojos.

Entonces Hogaza se dirigió a él.

—Veo que eres capaz de reconocer la calidad en un hombre, por muy fatigado que llegue del camino —dijo—. El muchacho y yo —señaló a Umbo— hemos viajado para acompañar al joven señor aquí presente para asegurarnos de que llegaba sano y salvo al banco del señor Tonelero. Pues el señor Tonelero y yo hemos tenido tratos en el pasado. Soy Hogaza, oriundo ahora de El Atrache de Góteras pero en su día sargento mayor en el Ejército popular, y tengo cuentas aquí, tanto de crédito como de débito.

—Pues entonces los críos esperarán aquí —dijo el guardia.

—No estoy aquí por mis propios asuntos, sino por los del joven señor, y tenemos que entrar los tres.

—En ese caso no entra ninguno. ¿Qué más da que tengas cuentas si no se va a tratar de tus asuntos? Y en cuanto a este muchacho —señaló a Rigg con la cabeza del bastón—, no es cliente del señor Tonelero.

—Pero es un cliente que el señor Tonelero lamentaría perder —dijo Hogaza sin alterarse lo más mínimo—. El señor Tonelero me ha prestado dinero en otras ocasiones y yo le he confiado el mío. Que decida por sí mismo si se fía de mí cuando digo que este chico vale mil veces más que todos los negocios que hemos hecho el banco del señor Tonelero y yo hasta la fecha. El señor Tonelero sabe que no soy hombre dado a la mentira y que siempre pago mis deudas y creo que acabarás por descubrir que ése es crédito suficiente para franquearnos el paso.

—El señor Tonelero no quiere recibir visitas en este momento —dijo el guardia.

—Y yo te digo, sin embargo, que a nosotros sí querrá vernos —dijo Hogaza, solícito hasta la extenuación. Rigg pensó: «Debe de ser una habilidad necesaria para triunfar como posadero, mostrarse tranquilo y amigable, tanto en la voz como en el

aspecto, al margen de las provocaciones.» Y era posible que el guardia estuviera ofreciendo tanta resistencia precisamente porque saltaba a la vista que Hogaza podía levantarlo en volandas y lanzarlo contra la pared de piedra si se le antojaba. El guardia tenía que demostrar su valentía y su hombría obligando a Hogaza a suplicar en la puerta. Aunque de hecho, ahora que Rigg lo pensaba, Hogaza no había suplicado, sino más bien exigido, aunque con la máxima simpatía, lo que quería y absolutamente nada menos.

«Que es lo que Padre me enseñó a hacer mí y lo que haría si fuese capaz de dominar mi miedo.»

Rigg se forzó a sí mismo a mantener la calma, a reducir el ritmo de su respiración y a relajar los músculos. Si quería ser un hijo digno de su padre y reclamar su herencia, tenía que mantener la cabeza clara, mostrarse confiado y apartar su miedo. No podía esperar a tener la edad de Hogaza para exhibir aquella seguridad en sí mismo.

Cuando el guardia dio media vuelta y entró en el edificio —dejando la entrada desguarnecida, pensó Rigg—, no los había retenido en la puerta más de unos minutos. Y al volver, sus modales habían cambiado por completo. Cuando la puerta volvió a abrirse, hizo una reverencia solemne y los invitó pasar, comenzando por Rigg, a quien parecía haber aceptado como lo que Hogaza decía que era. Rigg, por su parte, se condujo de manera relajada, como si el hecho de que lo trataran con deferencia fuera la cosa más normal del mundo para él.

En cuanto estuvieron al otro lado del umbral, una vieja de rasgos marcados los llevó por una amplia escalinata mientras el guardia regresaba a su puesto en la entrada.

—¿Por qué es tan ancha esta escalera? —preguntó Umbo—. ¿Sube y baja mucha gente a la vez?

—No —dijo Hogaza con tono paciente, como si estuviera hablando con su hijo predilecto.

Y hacía bien, pensó Rigg, tan bien como él al guardar silencio, como si el lugar no le inspirara la menor curiosidad.

—Los banqueros necesitan impresionar a sus posibles clientes con su prosperidad. Un banquero rico no siente la tentación de robar a sus clientes y su riqueza demuestra, además, que sabe usar sabiamente su dinero.

Umbo abrió la boca para responder, pero Rigg levantó un dedo que la vieja no podía ver y le indicó que guardara silencio. Porque sabía exactamente lo que iba a decir Umbo (dado que él mismo lo había pensado): un banquero que parezca rico podía haber llegado a parecerlo precisamente robando a sus clientes. Pero aquel no era el momento de hacer comentarios mordaces que podían acabar en los oídos de Tonelero.

Así que subieron en silencio otro tramo de escalera hasta llegar a un descansillo espacioso que acababa en unas puertas enormes con paneles de cristal. A cada lado de éstas había sendas puertas más modestas.

La vieja se detuvo a pocos pasos de las puertas grandes y, aunque no había allí nadie a la vista, dijo, sin alzar especialmente la voz:

—Hogaza de El Atraque de Goteras, antiguo sargento mayor del Ejército popular, y dos muchachos, uno de los cuales dice ser de buena familia, señor.

Sin que mano alguna las tocara, las puertas se abrieron, pero no hacia dentro o hacia fuera. Lo que hicieron fue deslizarse hacia los dos lados. Entraron en una habitación grande y bien iluminada, con muchas y altas ventanas en las paredes, y una mesa más grande que la del salón de Nox. Los espacios entre los ventanales estaban ocupados por estanterías repletas de libros sin que quedara un solo espacio libre.

Tonelero en persona se encontraba junto al más grande de los ventanales, justo detrás de la puerta, perfilado por la brillante luz que entraba por él. Estaba mirando hacia fuera, como si hubiera algo muy importante en el edificio del otro lado de la calle.

—Pasad y tomad asiento —dijo el banquero, con una voz que era como un susurro.

Mientras cruzaban el umbral, Hogaza los detuvo el tiempo justo para llevarse un dedo a los labios y recordarles así que sólo él debía hablar. En un primer momento, Rigg decidió hacerle caso y dejar que Hogaza se encargara de todo. De momento lo había hecho bien.

Sin embargo, sabía que su miedo y sus dudas eran lo que le llevaban a pensar que podía dejarlo todo en manos de Hogaza. Sobre transacciones bancarias importantes, Hogaza sabía muy poco y Rigg mucho. Padre nunca le había enseñado a tratar con ribereños hostiles en oscuras posadas junto al río, pero sí le había explicado en cambio los principios de la banca y las finanzas. Y además, Rigg sabía que para pasar por el legítimo propietario de aquellas piedras, debía demostrar que era él quien tomaba las decisiones y que no se le podía engañar con facilidad.

Los únicos asientos disponibles eran los bancos que rodeaban la mesa. Y eran bancos bajos, casi tanto como los que se usaban para ordeñar las vacas, así que, sobre uno de ellos, hasta Hogaza parecía un poco ridículo, como un adulto sentado a la mesa de juguete de unos niños. Umbo no era alto para los catorce años que tenía, así que su aspecto era aún más ridículo, sólo le faltaba un biberón para completar el efecto.

Al verlo, Rigg decidió no sentarse. Había reconocido al instante una cosa sobre la que Padre le había advertido en su día: los hombres celosos de su poder y temerosos de perderlo utilizan trucos para dominar a los demás. «Pero si no permites que

utilicen sus trucos en tu contra, te tendrán miedo. Si eso es lo que deseas, niégate a someterte. Pero, en cambio, si quieres que crea que eres complaciente, sométete con aparente facilidad y mantén la resistencia en tu interior.»

En este caso, Rigg decidió que era mejor no someterse, porque sabía que debían verlo como alguien que iba a aportar gran riqueza al banco, no como alguien que venía a pedir un favor. Era el banquero el que debía convencer a Rigg, no al revés, y Rigg sabía que aquél debía ser el marco de la conversación.

Y también se dio cuenta de que Padre había utilizado aquellas caminatas por el bosque para prepararlo para momentos como aquél. «Mi vida fue en el bosque, entre las bestias, cubierto de sangre hasta los codos y el mango del cuchillo de despellejar desgastado con la forma de mi mano callosa, pero mi educación fue para estancias como ésta.»

Al cesar el sonido de los bancos arrastrados por el suelo, Tonelero se volvió y, durante un instante, reparó en el hecho de que Rigg seguía en pie a un lado de la mesa, con el hatillo abierto sobre ella.

Rigg le devolvió la mirada con calma, tratando de mantener la misma firmeza que había practicado con el guardia del piso de abajo. Y al tiempo que lo hacía, se fijó en el rastro más reciente que había dejado Tonelero. Se había movido entre la mesa y las estanterías dando media docena de pequeños paseos y Rigg constató que la primera vez que anunciaron su llegada, cuando todavía estaban esperando al otro lado de la puerta, Tonelero se había apresurado a recoger lo que había sobre la mesa. Su presencia junto a la ventana no era más que una pose. De hecho, consideraba la llegada de Hogaza como un asunto de cierta importancia y se había tomado ciertas molestias para transmitir una sensación de desapego y falta de necesidad, lo que sugería que el negocio que le llevaban le hacía mucha falta.

—Señor Tonelero —dijo Rigg, mientras Hogaza, que había estado a punto de hablar en aquel momento, lo fulminaba con la mirada por habersele adelantado—. Acabo de entrar en posesión de la herencia de mi difunto padre. Debía dirigirme a Aressa Sessamo, donde tengo parientes a los que nunca he visto en persona. Mi padre me entregó una carta de presentación para ciertos banqueros de allí, pero considero que no es apropiado realizar el resto del viaje sin dinero. Por consiguiente, quisiera que supervisaseis la venta de cierto objeto, me entreguéis en mano una pequeña parte de su valor y me proporcionéis una carta de crédito convertible en Aressa Sessamo a mi llegada. Imagino que tendréis una relación con alguna de las casas de banca de Aressa Sessamo, ¿no?

La irritación de Hogaza se había transformado en algo parecido al pasmo. Bueno, Padre había hecho que Rigg aprendiera retórica. «Di la misma cosa, pero ahora dísela a alguien a quien quieres, con quien estás en deuda.» «Ahora dísela a alguien que cree que tiene poder sobre ti, pero al que deseas intimidar.» «Dísela a alguien de una

clase superior a la que quieres dar la impresión de que perteneces.» «Ahora dila de modo que todo el mundo sepa que eres de una clase inferior.» En su momento a Rigg le había parecido un juego, pero había dominado aquellos trucos de la retórica antes de los diez años y había llegado a hacerlo tan bien que Padre se reía con deleite ante sus palabras. Había utilizado aquellas habilidades con éxito entre los granjeros, taberneros y demás viajeros de la Vía Septentrional, así como con Hogaza y Goteras, pero en todos estos casos pretendía parecer lo que en realidad era: un muchacho indefenso y necesitado de ayuda.

En cambio, en aquel momento, Hogaza y Umbo estaban viéndolo de otra guisa, como un muchacho consciente de su importancia, que hablaba con un hombre del que esperaba un servicio y al que no pensaba pagarle ni un penique más de lo que merecía ese servicio.

—Sí, sí —dijo Tonelero tras un momento de vacilación—. Tengo buenas relaciones con dos banqueros aressianos, cualquiera de los cuales podrá hacer efectiva una carta de crédito mía.

—¿Con qué descuento? —preguntó Rigg, pues Padre se había asegurado de que supiera que a veces se aceptaban la cartas de crédito con descuentos que podían llegar hasta el noventa por ciento hasta que se pudieran transferir y verificar los fondos.

—¡Sin descuentos, os lo aseguro! —respondió Tonelero, un poco ruborizado. Y la razón de su rubor se hizo evidente al verse obligado a añadir—. Al menos en una de ellas, Rududory e Hijos.

—¿Y la otra, la que aplica descuentos a vuestra carta?

Tonelero enrojeció un poco más.

—¿Acaso importa?

—Mi intención es llevar primero la carta a la casa que aplica los descuentos, rechazar su oferta y visitar luego Rududory. Os aseguro que lamentarán haber perdido el negocio y no realizarán nuevos descuentos en el futuro.

—Eso es muy... generoso de vuestra parte. —Pero Tonelero parecía albergar aún ciertas dudas.

—Si me servís bien, yo os serviré bien a vos —dijo Rigg—. Lo más valioso que me legó mi padre fueron sus principios de honradez en el comercio. Me enseñó que es más provechoso ganarse la confianza de un hombre con la honradez en los negocios que obtener una ganancia momentánea y perder esa confianza para siempre. El sargento mayor Hogaza me ha asegurado que también vos sois partidario de esta doctrina en vuestros negocios, razón por la que nos hemos detenido en O para tratar con vos, si os interesa prestarme el servicio que necesito.

Hogaza, claro está, no le había dicho tal cosa, y probablemente no fuese así, aunque también podía serlo. Pero otra cosa que Padre le había enseñado era ésta: trata a un hombre como si tuviese una reputación que proteger y normalmente se esforzará

por merecerla.

—La otra casa —dijo Tonelero— es Aqualonga y Aqualonga.

Rigg asintió con gravedad.

—Es hora de mostraros el objeto cuya venta deseo encomendaros. Daos la vuelta, señor mío.

Hogaza abrió los ojos de par en par y puso cara de disponerse a decir algo, pero al final se lo pensó mejor. Rigg sabía perfectamente que, de haber estado en su lugar, Hogaza se habría dado él la vuelta para sacarse la bolsa con las joyas de los pantalones. Que Rigg se lo pidiera a Tonelero era casi un ultraje... salvo, claro está, que Rigg fuese un joven señor acostumbrado a que los demás le mostraran respeto y no al revés.

Tonelero vaciló un segundo y luego se volvió nuevamente hacia la ventana, con el aire de alguien que hubiera decidido, de pronto, que era buen momento para estudiar las aves que iban y venían desde los nidos de los aleros del otro lado de la calle.

Rigg se metió la mano en los pantalones, sacó la bolsa, la abrió y estudió las joyas preguntándose cuál elegir. Al final se decantó por la azul claro con forma de lágrima, la que había escondido en la costura de los pantalones en El Atrache de Goteras, simplemente porque ésa era la única cosa que había distinguido a una de ellas de las demás desde que las tenía. Con ella en la mano, volvió a cerrar la bolsa, la escondió de nuevo en los pantalones y rodeó la mesa.

—Tomad, señor —dijo—, echemos un vistazo a esto a la luz de la ventana.

Para un hombre de la categoría que Rigg fingía tener, era un acto de generosidad el dar la vuelta a la mesa para mostrarle la joya a Tonelero con sus propias manos. De este modo, un momento después de demostrar su autoridad ante el otro hombre, Rigg lo hacía sentir respetado, y quizá incluso objeto de simpatía, por parte de aquel joven adinerado.

Dejó la piedra sobre la mesa, a una distancia prudente del borde.

—Sé que no sois joyero, señor, y que para valorar la gema necesitaréis el concurso de consejeros expertos en la materia. Pero os supongo lo bastante familiarizado con este tipo de cosas para saber lo que estáis viendo. —«Al contrario que yo», pensó Rigg, pero esto no lo dijo.

Antes de que Tonelero pudiera sentarse en su silla, Rigg la apartó de la mesa con un movimiento rápido.

—No queremos que el respaldo nos tape la luz —dijo.

El resultado fue que Tonelero se vio obligado a sentarse en uno de los bancos laterales para examinar la piedra bajo la luz mientras Rigg lo hacía en la silla. De este modo volvía contra él su propia estratagema de colocar a sus clientes en una posición inferior, de súplica. Mientras Tonelero procedía a examinar la gema, Rigg miró de reojo a Hogaza y a Umbo, y vio que el primero lograba a duras penas contener una

sonrisa, porque Tonelero era más bajo que Hogaza y no más alto que Umbo, y a su edad estaba aún más ridículo sentado en aquel banco.

En el mismo momento en que Tonelero volvía a levantarse, Rigg hizo lo propio y devolvió la silla a su sitio. Lo que podía considerarse perfectamente natural durante el examen de la joya azul sería una insolencia si Rigg permanecía sentado cuando ya no era necesario.

Tonelero se aclaró la garganta antes de hablar.

—Si esto es lo que parece, y por supuesto no albergo la menor duda al respecto, le hacéis un gran honor a mi pequeña banca, señor mío.

—Es el honor que se debe a los buenos hombres de negocios —respondió Rigg— cuando se tercia una situación de gran confianza.

—¿Queréis que os adelante un dinero con la piedra en prenda mientras procedo a venderla en vuestro nombre?

—No estoy empeñando la piedra, señor mío —dijo Rigg con una voz que destilaba desprecio ante la mera idea de que un joven de su posición sacara un tesoro como aquél para conseguir unas cuantas monedas. Cosa que era justamente lo que estaba haciendo—. Me basta con vuestro recibo, junto a una declaración de valor estimado. —En efecto, un documento así, aunque carente de valor en las posadas corrientes, les permitiría vivir a crédito en las hospederías más distinguidas.

—Sí, claro, no pretendía... ¿Puedo recomendaros una posada de cuya comida y camas os garantizo satisfacción?

—Podéis recomendarnos tres —respondió Rigg— y os dedicaremos nuestros mejores pensamientos al hacer nuestra elección.

Tonelero se movió en aquel momento, no con la pesada y susurrante dignidad que había mostrado al principio, sino con una premura casi rayana en la avidez. Se acercó rápidamente a un estante, cogió un libro y una caja de papeles, fue a por pluma y tintero con la misma rapidez y se sentó en su silla para escribir. Mientras tanto, Rigg volvió junto a su hatillo, sacó la carta de Padre para los banqueros, que le había dado Nox, y la dejó delante de Tonelero para que pudiera anotar su nombre correctamente.

Hecho esto, Rigg no se dedicó a vigilarlo, sino que comenzó a pasear por la habitación y a observar las estanterías para ver qué clase de libros guardaba allí aquel hombre. Muchos de ellos no tenían nombre en el lomo, sino sólo números que se correspondían con meses y años, de donde se deducía que eran libros de contabilidad. Los otros, los que sí tenían títulos, estaban escritos en tantas lenguas distintas que daba la impresión de que Tonelero los había comprado por sus hermosas y venerables encuadernaciones, sin tener la menor idea de lo que contenían. O eso o se trataba de un lingüista que dominaba una docena de idiomas.

Pensamiento que llevó a Rigg a darse cuenta de que Padre sí que era un lingüista de tal categoría y que al enseñar a Rigg a leer y hablar otros cuatro idiomas, aparte

del materno (así como nociones de unos cuantos más, junto con la historia de los pueblos que los hablaban y de las razones por las que tenía valor su lengua), había hecho lo mismo de él. Rigg se había quejado a menudo de que todas esas lenguas no servían de nada, a lo que Padre se había limitado a responder: «Un hombre que sólo habla una lengua no entiende ninguna.»

—Hablemos de vuestra comisión, señor Tonelero —dijo Rigg sin volverse hacia él—. Dadas las circunstancias, subiré el medio punto habitual a tres cuartos de punto, pagaderos en el mismo instante de la venta.

Tonelero, sin decir nada, continuó escribiendo con su pluma. Rigg estaba convencido de que había tenido la intención de cobrarle una comisión absurda, como un tres por ciento o incluso más. Al volver a la mesa, vio que en el contrato con la agencia, Tonelero había tachado las palabras «medio punto» y las había reemplazado con «tres cuartos de punto» en el espacio situado encima. Si había escrito la primera comisión antes de que hablara Rigg o lo había hecho después y luego la había tachado para dar una falsa impresión, lo averiguaría enseguida gracias a Hogaza, que observaba con atención todo lo que hacía Tonelero.

Rigg y el banquero firmaron los documentos pertinentes: el contrato, que informaría a cualquier joyero de que Tonelero tenía autorización para vender y recibir los fondos por la venta de la gema, y el recibo, donde se exponía que la banca de Tonelero había recibido un objeto de valor no inferior a un bolsón, perteneciente a Rigg Sessamekesh, hijo del Sr. V. M. del Alto Stashi.

Su nombre completo aún le parecía un poco extraño a Rigg. Pero lo escribió con cuidado y con letra clara. Ahora era su firma.

Como un bolsón valía 210.000 marjales según las tasas de cambio oficiales de Aressa Sessamo, y más aún río arriba, no tendrían ninguna dificultad para obtener alojamiento... hasta en la casa del alcalde, si Rigg hubiera sido tan imprudente como para presentarse allí y pedir una habitación.

Para Hogaza, la palabra «bolsón» tenía un significado vago: una inmensa cantidad de dinero que sólo los ricos llegaban a ver alguna vez. Para Umbo no era ni siquiera una moneda, sino una bolsa grande en la que se podía guardar dinero. A Rigg, en cambio, su padre le había enseñado a calcular en bolsones, regueros, dorados, cuentas, y luminarias con la misma facilidad con la que la gente corriente contaba reyfaces, reinafaces, juanfaces y gorrinfaces... o marjales, chebs, comines y suertos, que era como, según había descubierto hacía poco, se los llamaba río abajo. Rigg sabía que río arriba, con un bolsón, un hombre podía comprarse una finca con una casa espléndida y tierra suficiente para alimentar a trescientas almas. Los ingresos generados por una finca así bastarían para mantener una casa con doce criados, así como los caballos para el tiro de un carruaje espléndido. Una familia podía ser eternamente rica con un patrimonio así si no dividía sus tierras.

Y eso era lo que valía un solo bolsón, si es que alguien había acuñado alguna vez una de estas monedas. Padre decía que tales sumas sólo existían como abstracciones en las cuentas de los bancos y las tesorerías, o como anotaciones en cartas de crédito.

Una cosa estaba clara: Padre no había conseguido aquellas gemas ahorrando con las pieles que vendían.

En aquel momento se acordó de cuando tiró el dinero sobre el mostrador de la taberna de Hogaza y se preguntó lo que pensaría Tonelero si le mostraba el resto de las gemas y le preguntaba cuánto calculaba que podían valer entre todas. Pero no iba a hacerlo, claro está. Dudaba que hubiera un solo joyero en toda la ciudad capaz de comprar al contado una sola de ellas. Lo que harían sería entregar una cantidad a Tonelero a modo de depósito y luego pagar el resto cuando hubieran vendido la piedra a un joyero de Aressa Sessamo.

Pero el contrato con el joyero bastaría para que Tonelero le adelantara a Rigg cualquier cantidad razonable de dinero que quisiera pedir, hasta quizá un par de dorados. ¿Sería un reguero demasiado para un banquero de O? ¿Dónde iba a gastarlo? El resto del valor quedaría consignado en una carta de crédito que Rigg llevaría a Aressa Sessamo. Allí, dividiría los fondos entre varios bancos respetables y nombraría representantes acreditados para que compraran y administraran tierras y negocios en su nombre.

Todo esto Rigg lo había estudiado en su momento como una serie de problemas teóricos. La idea de llevarlo a la práctica en la realidad, con los costes reales que sufriría si se equivocaba o alguien lo engañaba, era desalentadora. «¿Así es como me voy a pasar la vida? ¿Persiguiendo a administradores y banqueros, asegurándome de que son relativamente honrados, decidiendo el futuro de otros hombres por mi capricho a la hora de comprar y vender? Yo lo que amo es el bosque, no las salas como las de la guarida de Tonelero, por muy luminosas que sean sus ventanas.»

Una vez todas las copias firmadas, todos los documentos plegados y la joya de color azul guardada en una cajita, Tonelero estaba radiante. Rigg sospechaba que la aparición de aquella piedra había triplicado de un golpe —al menos— los activos de su banca. En poco tiempo, la mayoría de los fondos se trasladarían a bancos de Aressa Sessamo, pero cada mano por la que pasaran el dinero o la piedra obtendría suculentos beneficios y la reputación de Tonelero mejoraría entre todos los hombres de negocios de O, pues la historia se propagaría. El propio Tonelero se encargaría de que así fuese.

—En modo alguno quisiera echaros —dijo el banquero—, pero debo marcharme para hablar con los joyeros y oír sus ofertas, y para ello debo cerrar el banco y salir a las calles con mi guardia, Beck.

—¿No será un poco inusual? —preguntó Hogaza con su acostumbrada prudencia—. ¿No alertará a la gente de que lleváis algo valioso encima?

—Hacéis bien en preguntarlo —dijo Tonelero—, pero siempre me acompaña cuando salgo de día y todo el mundo sabe que nunca llevo dinero encima en tales ocasiones. No habrá peligro... hasta que alguno de los joyeros comience a largar. — En ese momento su rostro enrojeció un poco, porque «largar» no era una palabra digna de un hombre de su categoría.

«No se preocupe, señor Tonelero —pensó Rigg—. Aquí todos somos impostores.»

Menos de una hora después, estaban instalados en unos aposentos de la primera casa de huéspedes que les había recomendado Tonelero.

—¿No vamos a ver las otras dos? —preguntó Umbo.

— Ésta ya es lo bastante buena y yo necesito un baño —dijo Hogaza. Despidió a los criados con un gesto y se quedaron solos.

—Le he pedido que nos recomendara tres hospederías —dijo Rigg— para que Tonelero supiera que no íbamos a dejar que nos indicara un establecimiento con cuyo propietario tuviera un acuerdo para llevarse un porcentaje de lo que gastáramos.

—¿La gente hace eso? —preguntó Umbo.

Hogaza se echó a reír.

—Lo más probable es que tenga acuerdos con los tres. Y espías para vigilar nuestros pasos, también. Lo tengo por un hombre muy cauteloso.

—Pero había que guardar las apariencias —dijo Rigg.

—Apariencias —resopló Hogaza—. ¿Dónde has aprendido a hablar así? Lo hacías tan bien con Goteras y conmigo que pensé que estabas dándote aires, ¡pero nunca como con Tonelero!

—Creí que ese viejo se había mojado los pantalones —murmuró Umbo.

—Con Goteras y contigo he utilizado un acento educado, porque la gente del curso bajo suele tener dificultades para entender cómo hablamos en Vado Otoño —dijo Rigg—. Pero con Tonelero no bastaba con un acento. Él necesitaba un dialecto señorial y una actitud a medida. ¿Me habría servido de algo hacerme pasar por rico contigo? —preguntó a Hogaza—. ¿O con Goteras?

—Conmigo no, y mucho menos con ella.

—Por eso con vosotros hablaba como un muchacho de cierta educación, pero criado en un pequeño pueblo del curso alto. Padre siempre decía: «Si hablas como alguien acostumbrado a que lo obedezcan, te obedecerán. Pero si hablas como alguien que tiene miedo de que lo desobedezcan, te despreciarán.»

—¿Y qué más decía? —preguntó Umbo—. A mí nunca me enseñó eso.

No tenía sentido explicarle a Umbo que Padre se pasaba todos los días enseñando a Rigg cosas que él pensaba que nunca le servirían de nada, y poniéndolo luego a prueba sobre lo que había aprendido.

—No me habría importado que, entre todo lo que decía, me hubiera dado alguna

pista de dónde encontró una piedra tan valiosa como ésa.

—O más bien las diecinueve —dijo Hogaza—. Creo que lo que llevas en la entrepierna vale más que todo lo que contienen estas murallas. —Y entonces se echó a reír—. Pero eso es lo que piensan todos los jóvenes, ¿no?

Tres baños y una cena más tarde, mientras dormían en cómodas camas, cada uno de ellos en su propio cuarto, alguien llamó delicadamente a la puerta. Hogaza fue a abrir. Rigg supuso que se trataría de un mensajero del banquero, pero no... Era el banquero en persona. Hogaza lo hizo entrar en el salón, donde, sin perder un instante, les expuso la razón de su presencia.

—Los tres joyeros han dicho lo mismo, mi señor —le explicó Tonelero a Rigg—. La piedra es en todos los sentidos lo que esperábamos que fuese, pero, ay, también es más, mucho más. Se trata de una gema famosa, reconocible por marcas concretas que cada uno de ellos identificó sin mediar mención alguna por mi parte. Uno de ellos me contó que era la pieza central de la ancestral corona de una familia real del lejano noroeste. La obtuvo como premio en batalla un gran general, un héroe. Yo creía que el hombre era una mera leyenda, no un personaje real, pero el joyero daba crédito a su existencia. Según la historia, la arrancó de la corona de un golpe, el cual dejó las marcas en la piedra, y luego se la regaló a su gran amigo, el héroe conocido como el Centinela, quien según dicen, caminaba por las fronteras entre los mundos. Al margen del proceso por el que la piedra azul celeste del Centinela terminara en manos de vuestro padre, se trata de la misma que me habéis entregado, están seguros de ello. Su valor supera en tal medida el bolsón de la tasación original que ninguno de ellos quiere comprarla, pues no saben a quién podrían vendérsela.

Rigg sintió una punzada de temor al oír la velada referencia hecha por Tonelero al modo en que la piedra podía haber terminado en manos de Padre. ¿Pensaba declarar que era robada? No, en tal caso, el Consejo de la Revolución la confiscaría y Tonelero no vería ni una gorrina. No, Tonelero sólo estaba explicándoles que no sabía cómo venderla. Rigg se tranquilizó y empezó a trazar planes para salir de aquella situación.

Mientras tanto, Hogaza preguntó:

—¿Cuánto más que un bolsón?

—Sin comprador, ¿quién puede saberlo? Un brinco, como mínimo. Pero ¿quién, en esta República Popular, posee dinero suficiente para comprarla, o para admitir que lo ha hecho, sabiendo que le sería arrebatada al instante?

—¿Y por qué supone eso un problema? —preguntó Rigg—. Sólo habría que vender la joya en privado a alguien que supiera lo que vale y no revelara a nadie que la tenía.

—Pero en ese caso el precio sufriría un drástico recorte. En lugar de cincuenta bolsones, no llegaría ni a los cinco. Y muy probablemente ni eso. Puede que dos.

—¿Y un consorcio? —preguntó Rigg—. ¿No podrían plantearse la adquisición y venta de la pieza entre los tres?

—Tal vez, si alguien se lo sugiriera. Quizá formando una sociedad entre los tres, de la que también yo podría ser copartícipe...

—¿Para reemplazar vuestra comisión con un porcentaje de los beneficios?

—Salvo que su señoría esté en desacuerdo... —dijo Tonelero.

—No soy un señor. O al menos, si lo soy, mi padre nunca me lo dijo. Llamadme maese Rigg y nada más, os lo ruego.

—Claro, señor —dijo Tonelero.

—Parece que tendré que quedarme aquí más tiempo del previsto. Pero confío en que podáis poner en práctica el plan que os he expuesto. Supongo que un joyero en Aressa Sessamo venderá la piedra en secreto al modesto precio de tres bolsones, de los cuales entregará dos y medio a la sociedad de la que hemos hablado, y luego se me hará entrega a mí de dos bolsones, asegurándoseme de que cada uno de sus miembros sólo está ganando un reguero —lo dijo con una sonrisa, y meneó la cabeza para acallar las protestas de Tonelero—. No tengo nada en contra de que alguien haga su fortuna con los beneficios, señor Tonelero —le dijo.

—No puedo estar de acuerdo con lo que proponéis, por muchos beneficios que pudiera reportarme —dijo Tonelero—. La piedra no tiene precio.

—Sin embargo, yo necesito que se lo pongáis.

—Pero aunque todo saliera conforme a vuestras predicciones, maese Rigg, sólo obtendríais un veinticinco por ciento del valor real de la gema.

—Mi padre sabía perfectamente que me costaría venderla cuando me la entregó. Si la hubiera valorado más que el dinero que se podría obtener de su venta, se la habría llevado consigo.

Todos lo miraron con una mezcla de asombro y consternación.

—No es más que la broma que él habría hecho. No podía llevarse la gema, así que me la dejó a mí. A mí no me sirve de nada salvo para obtener dinero, un dinero que necesito. Así que canjearé esta preciosa reliquia por el dinero que se pueda obtener por su venta, no por el precio de su fama. Entre tanto, tendré que usar mi imaginación para averiguar cómo llegó la joya del héroe a manos de mi padre, puesto que él ya no puede contármelo. Manos a la obra, señor Tonelero, y cumplid con lo que os pido lo antes posible. Y he aquí un incentivo para azuzaros: los costes de nuestro alojamiento saldrán de vuestros beneficios en la venta, no de los míos.

Tonelero sonrió.

—Yo mismo iba a proponerlo.

—Ya decía yo que no estabais satisfecho con vuestros tres cuartos de punto —dijo Rigg, todavía sonriendo.

—Os mostrasteis generoso en extremo, señor —dijo Tonelero—. Sois vos el que

ha propuesto la idea del consorcio y no he visto razón para que los joyeros hicieran una fortuna mientras yo me contentaba con mis tres cuartos de punto... que habrían supuesto una suma magnífica de no haber sabido yo que los beneficios de los demás serían mucho mayores.

—Yo también entiendo de beneficios —dijo Rigg— y no os censuro por vuestra actitud. Únicamente os pido que se mantengan en secreto tanto los términos del acuerdo como el nombre del vendedor, pues no quisiera adquirir fama de ingenuo. Y que quede una cosa bien clara: averiguaré, a su debido tiempo, lo que ha pagado el comprador privado por la piedra y si mi parte fuese inferior a las dos terceras partes del montante, iré a veros, acompañado por mis abogados si tenéis suerte.

Lo dijo con un tono tan alegre que casi se podía obviar el hecho de que contenía una amenaza de venganza sangrienta. Tonelero respondió con la misma alegría, pero sin perder detalle de la amenaza.

Después de su marcha, Rigg se volvió hacia Hogaza al instante y dijo:

—También tu tarifa aumentará.

—Mi tarifa será la convenida —dijo Hogaza.

—Si hubiera sabido lo que valían las gemas, nunca habría accedido a pagarte tan poco.

—Y si yo hubiera sabido lo que valía una sola de ellas, nunca habría accedido a traeros hasta aquí —respondió Hogaza—. Ahora me doy cuenta de que esto me superaba incluso antes de que le mostraras la piedra a Tonelero. Es demasiado grande para mí. La tarifa acordada era justa en su momento y sigue siéndolo ahora.

Rigg no protestó más, porque estaba razonablemente seguro de que en su momento, cuando lo hablara con Goteras, ella convendría en que un sustancial aumento de la tarifa no iba a empobrecer a Rigg y estaba justificado teniendo en cuenta los riesgos que había corrido Hogaza sin saberlo. ¿Para qué discutir de momento con Hogaza, cuando Goteras ya lo haría más tarde?

Al final, el consorcio tardó casi dos semanas en constituirse. En este tiempo, Rigg, Umbo y Hogaza se familiarizaron más con las tabernas, los restaurantes, las galerías, las tiendas, los parques, las librerías, las bibliotecas y el resto de la oferta recreativa de O de lo que ninguno de ellos hubiera esperado. Pero la espera mereció la pena, puesto que la venta alcanzó una suma superior a la estimada por Rigg, y su parte ascendió a tres bolsones.

El último día, Rigg volvió del banco de Tonelero con un dorado y doce luminarias, una de las cuales le pidió que le cambiara allí mismo por 120 marjales, la tasa de intercambio en O entre la moneda del río y la de la República Popular.

También llevaba dos documentos, firmados por testigos. Uno de ellos era una carta de crédito por valor de dos bolsones, que Rigg colocaría en depósito en uno o

más bancos de Aressa Sessamo, a los que se transferirían los fondos... posiblemente sin llegar a pasar nunca por O ni por el banco de Tonelero.

El otro documento era un certificado de depósito por un valor de un bolsón al tres por ciento, garantizado por el patrimonio personal de Tonelero, que se enumeraba en parte. En términos prácticos, Rigg había comprado el banco y se lo había prestado a continuación a Tonelero por una tasa de interés anual del tres por ciento. Si pedía la devolución de cualquier parte de su dinero y Tonelero no podía (o no quería) reintegrársela, el documento otorgaba a Rigg el derecho a enajenarse, sin pasar por los tribunales, todas y cada una de las posesiones de Tonelero.

La confianza entre amigos era una cosa estupenda en los negocios, pero la presencia de una sólida documentación legal ayudaba a mantener la amistad incluso en casos de dilatada ausencia o de largas distancias.

Y en la mente de Rigg, así como en las de Hogaza y Umbo, estaba muy presente el hecho de que aún llevaba, colgadas de una cuerda alrededor de la cintura, otras dieciocho gemas de quién sabía qué valor. Era posible que no fuesen reliquias de un pasado intemporal. Rigg podía haber elegido, por pura casualidad, la única gema de la bolsa que valía más de un reguero o dos. Pero hasta eso sería suficiente para comprar todo cuanto había en Vado Otoño sin apenas acusar el desembolso. Era una riqueza que excedía su capacidad de cálculo. Si Rigg hubiera querido gastarla entera, no habría sabido por dónde empezar. Podía derrochar verdaderas fortunas durante todos los días de su vida sin llegar a conseguirlo.

Claro que su definición de «una fortuna» acababa de experimentar un cambio y estaba convencido de que si de verdad se empeñaba, seguramente podría. Eso era lo que decía Padre: «No hay hombre rico que sea tan desgraciado como para carecer de amigos dispuestos a gastar su dinero por él.»

Pero de momento, al menos, Hogaza y Umbo no habían demostrado ser amigos de esa clase. El dinero los aterrorizaba. Aún hacían bromas con él, sí, y se reían juntos. Pero también se mantenían apartados de él en algunos momentos y cuando les prestaba atención, parecían sorprendidos e incluso agradecidos.

Hablar de dinero con ellos únicamente empeoraría las cosas, porque tendrían la sensación de que los estaba juzgando bajo una luz poco favorable. Eso aumentaría su incomodidad y sus deseos de agradarle.

Lo único que podía hacer Rigg era ser él mismo y no hablarles nunca como había hablado a Tonelero, a los joyeros y a los abogados con los que había preparado el acuerdo.

A decir verdad, a Rigg había terminado por gustarle su papel de hombre rico y poderoso, y ver cómo todos aquellos hombres trataban con ridícula deferencia a un niño de trece años. Pensó que si hubiese tenido sangre real en las venas (si tal cosa significaba aún algo bajo el gobierno del pueblo), era muy posible que hubiera

crecido creyendo que merecía aquel tratamiento.

Pero sabía —¿acaso no se lo había advertido Padre?— que no debía nunca medirse por el dinero que poseyese. «Puede desaparecer —le decía—. El dinero solamente tiene el valor que la sociedad le atribuye. Muchos hombres que se tenían por ricos se han encontrado con que el colapso de su país o la inflación de la moneda convertía su dinero en chatarra y a ellos en mendigos.»

Y como esta misma cosa les había sucedido a millares de familias tras la Revolución Popular, Rigg llevaba la lección muy dentro de sí. El dinero es algo distinto al hombre y él lo sabía. «No nací con él y no lo tendré al morir, es algo temporal.»

Y sin embargo, al tiempo que se decía esto, percibía en su interior la agradable y cálida sensación de saber que nunca tendría que volver a preocuparse por el dinero. Eso lo diferenciaba de la mayoría de la gente en el mundo. Era imposible tener una riqueza como aquella sin que te cambiara de algún modo, y él lo sabía. Sólo podía tratar de asegurarse de que los cambios no fuesen demasiado profundos, ni para peor.

LA TORRE

Ram meditó sobre aquello sentado, de pie, mientras caminaba y cuando estaba tumbado. Le daba vueltas en su cabeza con los ojos abiertos y con los ojos cerrados, mientras jugaba con el ordenador, mientras leía, mientras veía películas y mientras estaba ocioso.

Finalmente se le ocurrió una pregunta que podía proporcionarle información útil.

—La luz de las estrellas que tenemos detrás... ¿se desplaza hacia el rojo o hacia el azul?

—¿Con «detrás» te refieres a la posición espacial que ocupábamos hace un momento? ¿O a la dirección en la que avanza la popa de esta nave?

—A la dirección de la popa —dijo Ram—. La dirección de la Tierra.

—Hacia el rojo.

—Si estuviéramos moviéndonos hacia la Tierra, se desplazaría hacia el azul.

—Es una anomalía —dijo el prescindible—. Estamos más cerca de la Tierra a cada segundo que pasa, pero aun así el desplazamiento es hacia el rojo. Los ordenadores están teniendo dificultades para interpretar los datos contradictorios.

—Compara el grado de desplazamiento hacia el rojo actual con el que había cuando estábamos en la misma posición en nuestro camino al pliegue.

El prescindible ni siquiera hizo una pausa. Era una simple comparación de datos, que al humano le pareció que se hacía automáticamente.

—El desplazamiento hacia el rojo es idéntico al experimentado durante el viaje de ida.

—Es decir, que simplemente estamos repitiendo el viaje de ida —dijo Ram—. La nave se mueve hacia delante, impulsada por el motor. Pero nosotros, en su interior, nos desplazamos hacia atrás en el tiempo.

—Entonces, ¿por qué no nos vemos a nosotros mismos como estábamos hace dos días, en el viaje de ida? —preguntó el prescindible.

—Porque esa versión de nosotros no se mueve en el tiempo en la misma dirección que nosotros —dijo Ram.

—Lo dices como si tuviera algún sentido.

—Si comenzara a chillar y a llorar, dejarías de tomarme en serio.

—Ya he dejado de tomarte en serio —dijo el prescindible—. Mi programación me obliga a mantener tus últimas afirmaciones en la carpeta de asuntos pendientes, porque es imposible conciliarlas con los datos.

—En realidad es una solución bastante elegante —continuó Ram—. La nave es la

misma. Todo lo que no necesita cambiar permanece exactamente igual que en el viaje de ida. Ocupa el mismo espacio y el mismo tiempo. Pero el flujo de datos eléctricos e instrucciones que recorre los ordenadores, tu cerebro cibernético y el mío humano no son los mismos, porque nuestra causalidad se desplaza en sentido contrario. Nos movemos por el mismo espacio que nuestras encarnaciones anteriores, pero no en el mismo flujo temporal y por consiguiente no podemos vernos unos a otros.

—Es una explicación imposible —dijo el prescindible.

—Pues a ver si se te ocurre una mejor.

Esta vez el prescindible sí hizo una larga pausa. Permaneció completamente inmóvil, mientras Ram, parsimoniosamente y sin ningún hambre, se metía comida en la boca, la masticaba y se la tragaba.

—No tengo una explicación mejor —dijo el prescindible—. Sólo puedo razonar a partir de información que ya ha demostrado su validez en razonamientos anteriores.

—Supongo que por eso necesitabais que hubiera un ser humano despierto después del salto —dijo Ram.

—Ram —dijo el prescindible—. ¿Qué sucederá cuando llegemos a la Tierra?

—En algún momento —respondió Ram— o las dos versiones de la nave se separan, y probablemente explotan, o nosotros nos separamos de la nave y morimos en el frío del espacio, o simplemente llegamos a la Tierra y seguimos viviendo hacia atrás hasta que yo muera de viejo.

—Pero yo estoy diseñado para durar eternamente —dijo el prescindible—, si no se producen interferencias.

—Qué bien, ¿no? Prescindible pero eterno. Podrás volver atrás y revivir cualquier parte de la historia humana que te guste. Verás cómo se deconstruyen las pirámides. Verás ir y volver las edades de hielo, sólo que marcha atrás. Verás reaparecer a los dinosaurios al salir el meteorito del golfo de México.

—No tendré ningún cometido útil. No podré ayudar a la raza humana de ningún modo. Mi existencia no tendrá ningún sentido tras tu muerte.

—Ahora sabes cómo nos sentimos los humanos.

Se encontraban ya en los muelles, con toda la ropa nueva guardada y los baúles listos para que los cargaran en una buena nave, cuando Rigg se volvió para contemplar la ciudad de O. Desde su posición, apenas podía ver las cimas de los edificios de piedra blanca que se levantaban por detrás del laberinto de casas y almacenes que había cerca. Pero recordaba lo que volvería a ver al alejarse la nave de O.

—Sería lamentable —dijo— que nos fuésemos de O después de haber estado aquí varias semanas sin haber visitado la torre.

—Eso pensaba yo —dijo Hogaza—. Pero estabas empeñado en marcharte en

cuanto llegara el dinero.

Rigg sintió deseos de responder: «Y entonces, ¿por qué no me has aconsejado que la visitáramos?» Pero en ese momento recordó dos cosas: primero, Hogaza le había dicho, con tono de indirecta, cosas como: «Todos esos peregrinos que se dirigen a la torre... ¿Qué más les da la ciudad?» o «Hay gente que pasa toda su vida en O sin llegar a visitar la torre». No era la actitud de firmeza y claridad con la que Hogaza acostumbraba a ofrecer sus consejos, así que Rigg no lo había tomado como tal, sino como una burla dirigida a los peregrinos y los lugareños.

Pero en segundo lugar, aquél era exactamente el tipo de cambio que no se atrevía a criticar por miedo a empeorar las cosas. Hogaza había empezado a tratarlo como hacía con los clientes adinerados que, por algún suceso desafortunado, se veían obligados a parar en su taberna. Detectaba por todas partes una deferencia rayana en la sumisión. La veía en la gente que lo servía en la casa de huéspedes y también en Hogaza, una cara suya que nunca había salido a la superficie, ni siquiera cuando Goteras y él encontraron las piedras.

Sabían que valían mucho dinero, pero no habían podido imaginar cuánto. Y en su momento no habían creído que Rigg fuese capaz de conservar su riqueza. ¿Acaso Hogaza no lo había acompañado precisamente para que no lo estafaran? Había dicho en más de una ocasión: «Parece que no hacía falta que viniera, te las arreglas perfectamente tú solo.» Y Rigg había tenido que contestarle siempre que sin su ayuda, nadie lo habría tomado en serio y se habría quedado sin nada en cuanto alguien se tomara la molestia de arrebatarse lo que era suyo. «Yo no soy un luchador, Hogaza, tú sí. Y cuando te ven, se dan cuenta de que tienen que escucharme.»

Pero Hogaza, si acaso, sólo se lo creía durante un momento. Estaba asombrado por las dotes negociadoras que había demostrado Rigg.

—Hablas como un oficial —le había dicho.

Pues si los sargentos ofrecían consejo a sus oficiales con tal falta de energía y resolución, costaba creer que pudieran ganar alguna batalla.

Así que Rigg no discutió el tímido «ya te lo dije» de Hogaza.

—Dijiste que merecía la pena verla, ¿no? —dijo Rigg—. Pues vamos a verla.

Solamente hizo falta un ademán para que un cochero parara y se inclinara ante Hogaza, que seguía demostrando su acostumbrado vigor al tratar con aquellos a quienes consideraba sus iguales o inferiores. Menos de un minuto después, Rigg, Umbo y él se encontraban dentro del carruaje, tras haber dejado el equipaje al cuidado del capitán de la nave.

Tardaron dos horas en llegar hasta la Torre de O, una para atravesar el kilómetro de enrevesadas callejuelas que los separaba de la puerta más cercana y otra para recorrer los ocho kilómetros que había luego hasta la base del edificio. El camino que siguieron era, en realidad, el área despejada extramuros, destinada a obligar a un

enemigo potencial a ascender por una ladera desde donde eran vulnerables a los proyectiles de los defensores, así que en todo momento permanecieron tan pegados a la muralla que no pudieron ver la torre hasta que de repente, al cruzar un recodo, apareció ante sus ojos, gigantesca, tan alta como el acantilado del Escarpalto.

—No es tan alta —dijo Umbo al mencionarlo Rigg—. Estamos a tres kilómetros de distancia y los acantilados tienen ese mismo aspecto cuando estás a ocho o nueve kilómetros.

—Pues es la cosa más alta que yo he visto nunca —dijo Hogaza.

—Deberías venir más al curso alto —dijo Umbo—. Convertirte en un auténtico privo.

—Es el deseo de mi vida —dijo Hogaza.

El torrente de peregrinos que iban y venían hizo imposible acercarse tanto como les habría gustado con el carruaje.

—Igual da —dijo Hogaza—. Deja que Umbo y yo nos adelantemos y hagamos la ofrenda para tres personas. Como te vean a ti, nos cobrarán el triple.

—En ese caso yo pagaré al cochero. Y le pediré que nos espere. ¿Cuánto tiempo se tarda ahí?

—Nunca el suficiente —dijo Hogaza.

—¿El suficiente para qué?

—Para verlo todo o para entender lo que estás viendo —respondió Hogaza.

Hogaza y Umbo desmontaron, esto es, Hogaza bajó por la escalerilla y Umbo dio un salto desde arriba y echó a correr. Rigg habló con el cochero, que repetía una vez tras otra:

—Aquí estaré, joven señor, ya lo veréis.

A lo que Rigg, por su parte, respondía, también sin cesar:

—Pero acordemos un precio, o pensaréis que os he estafado —dijo, sin añadir «o viceversa».

El cochero dijo entonces:

—Oh, el joven señor es generoso, me he dado cuenta nada más verlo. Confío en la generosidad del señor. —El cochero estaba acabando con la paciencia de Rigg. Se volvió y, a poca distancia de allí, vio a Hogaza y a Umbo hablando con uno de los guardias de lujoso uniforme de la torre y se preguntó si estarían teniendo la mitad de dificultades que él para acordar un precio.

Mientras estaba allí, observando a sus amigos, oyó una voz a su lado. La voz de Umbo. Hablaba tan rápido que Rigg no entendía una sola palabra de lo que decía.

Se volvió hacia él y luego hacia el lugar donde todavía seguía su amigo, al lado de Hogaza. Los dos Umbos vestían de manera distinta y el que estaba a su lado parecía angustiado, aterrorizado y mortalmente serio. Rigg supo al instante lo que estaba sucediendo. De algún modo, una versión futura de Umbo había logrado

dominar el truco de seguir un rastro hacia atrás en el tiempo, el rastro del propio Rigg. Y lo había hecho para avisarlo de algo.

Umbo comenzó a hablar más despacio. Rigg se dio cuenta de que estaba remarcando sus palabras, pero que aun así brotaban con tal rapidez que solamente lograba entenderlas a duras penas.

—Dale las joyas a Hogaza para que las esconda ahora mismo.

Rigg asintió para demostrarle que lo había entendido. Vio que Umbo resoplaba con alivio y en el mismo instante desaparecía.

Rigg se acercó al lugar en el que el cochero estaba dando de beber a los caballos.

—He cambiado de idea —dijo—. Hay muchos carruajes aquí, por lo que veo, así que deja que te pague por habernos traído y luego, si al volver al muelle nos encontramos, tanto mejor. Pero si no, eres libre de coger a otros viajeros.

El hombre puso un precio al servicio, con cara de estar profundamente decepcionado. Rigg sabía que era un precio excesivo, pero aun así lo dobló y pagó al hombre, que hizo una reverencia y comenzó a exhibir tan abyectas demostraciones de gratitud que Rigg se alegró de darle la espalda y volver con sus compañeros.

Cuando se acercaba, Hogaza les mostró un pase para tres personas para un día entero. Rigg le dio las gracias, pero luego se los llevo lejos de la torre.

—¿Adónde vamos? —preguntó Umbo.

—Iremos a la torre dentro de poco —dijo Rigg—. Pero primero debe suceder algo.

—¿El qué? —preguntó Hogaza.

—Os lo diré cuando no nos estén oyendo la mitad de los peregrinos que han venido.

Se dirigieron a las letrinas de los hombres, pero las dejaron atrás. Rigg no se detuvo hasta haber encontrado un lugar apartado tras el muro de la letrina y entonces, de cara a éste, sacó la bolsita de las joyas de sus pantalones.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Hogaza con brusquedad—. Vuelve a meterte eso en los pantalones.

—No, señor —dijo Rigg—. Te lo voy a dar para que me lo guardes.

—¿Por qué? Contigo están tan a salvo de los rateros como conmigo.

—Más bajo —dijo Rigg—. He recibido una advertencia.

—¿De quién? —preguntó Umbo.

—De ti —dijo Rigg.

Umbo palideció, miró a Hogaza y volvió a mirar a Rigg. Parecía nervioso.

—He estado con Hogaza todo el rato. No te he dicho nada.

—La advertencia venía de ti... en el futuro. Parecías muy nervioso. Me has dicho que le diera las piedras a Hogaza para que las escondiera de inmediato.

—¿De qué hablas? —preguntó Hogaza—. ¿Cómo puede advertirte Umbo sobre

algo cuando ni siquiera sabe de qué estás hablando?

—Lo sabe muy bien —dijo Rigg—. Luego te lo explicaré. Pero ahora, Hogaza, coge esto y escóndelo... Escóndelo en algún sitio donde esté seguro durante varios días, o varias semanas, o incluso un año entero. No sé cuánto se ha adelantado Umbo en el tiempo antes de volver a advertirme.

—Supongo que eso quiere decir que he aprendido a hacerlo —dijo Umbo—. Porque he sido yo el que ha aparecido y no tú.

—Si estoy entendiendo lo que decís —dijo Hogaza—, habéis perdido la cabeza.

—Tendrás que fiarte de nosotros de momento —dijo Rigg—. Si yo puedo confiarte un tesoro como éste, tú puedes fiarte de que no estamos locos.

—No creo que las dos cosas tengan nada que ver —dijo Hogaza, pero aun así alargó su enorme mano para coger la bolsita—. La esconderé, de acuerdo, pero si alguien me ve o la encuentra por pura casualidad, la responsabilidad será tuya, no mía.

—Exacto —dijo Rigg—. Y para mayor seguridad, no nos digas a Umbo ni a mí dónde la has ocultado. No sé cuál es el peligro, pero debe de haber una razón muy buena para que yo no deba tener las piedras, y me da la impresión de que es mejor que tampoco sepa dónde están. Creo que Umbo también estará más seguro si únicamente lo sabes tú.

—Así que si yo muero, se pierden para siempre —dijo Hogaza.

—Ya tengo más dinero del que jamás había soñado —dijo Rigg.

—Igual que un niño... Tal como viene, se va. —Pero aun así se dio la vuelta y se alejó por el bosque esmeradamente recortado que rodeaba la torre, mientras Rigg y Umbo echaban a andar hacia los peregrinos que volvían a la torre desde las letrinas.

—Ya que estamos aquí, podríamos mear —dijo Umbo.

—¿Quién sabe cuándo se volverá a presentar la ocasión? Algo ha tenido que salir muy mal. De no ser así no habrías vuelto para avisarme y tiene que ser dentro de poco, porque si no, no habrías aparecido ahora.

—Quizá no haya podido encontrarte en otro momento.

—¿Quién sabe? —dijo Rigg—. No me gusta saber que va a salir algo mal. Me he pasado las dos últimas semanas pensando que estaba llevando las cosas bastante bien.

—Pero las cosas se tuercen. Es lo habitual, ¿no? —dijo Umbo—. Mi hermano murió. Tu padre también. Lo que tenga que pasar no puede ser tan malo como eso.

—Salvo que me maten —dijo Rigg—. Me tiren del barco al agua y me ahogue, y tú me digas que tengo que darle las piedras a Hogaza para que...

—Te habría dicho que no te ahogaras —dijo Umbo—, y si quisiera las piedras, te habría dicho que me las dieras a mí.

—Veo que ya has pensado en ello —repuso Rigg.

—Tú sigue meando —dijo Umbo.

Cuando terminaron, Hogaza ya había vuelto.

—¿Adónde has ido? —preguntó Umbo.

—Cierra el pico —replicó Hogaza—. ¿Y ahora qué?

—Rigg y yo hemos decidido que, pase lo que pase, probablemente no sea lo peor del mundo. Es decir, sé que tú y yo vamos a sobrevivir, al margen de lo que le pase a Rigg.

—Creía haber dicho que cerraras la boca —dijo Hogaza con tono más serio.

Les mostraron su pase para tres personas a unos guardias distintos a los que habían hablado antes con Hogaza, para que, al ver las ricas vestiduras de Rigg, no les pidieran una propina. Luego se unieron al reguero de peregrinos que hacía su entrada.

Aunque el exterior era metálico, por dentro la estructura estaba hecha de colosales sillares y tenía una larga y angosta rampa que ascendía en espiral, pegada a los muros. El espacio no tenía una sola ventana, pero estaba brillantemente iluminado con globos mágicos que flotaban en el aire.

—Qué rampa más empinada —dijo Hogaza.

—Te estás haciendo viejo —dijo Umbo—. Yo podría subirla corriendo hasta el final.

—Pues hazlo —respondió Hogaza.

—No —dijo Rigg—. Es muy estrecha y bastaría un empujón de un peregrino enfadado para que te cayeras.

—Pero es imposible que muera —dijo Umbo—. Porque en el futuro sigo vivo y regreso para advertirte de algo, no sé el qué.

—Puede que vuelvas de entre los muertos —replicó Rigg.

—Vamos, eso es imposible —dijo Umbo.

—También lo es volver desde el futuro —dijo Hogaza—. Si puede ocurrir una cosa, también puede ocurrir la otra.

Rigg no estaba seguro de poder explicar nada, al menos no lo bastante bien como para que Hogaza le creyera. Después de todos los años que Padre se había pasado insistiendo en la importancia de no contarle nada a nadie, le faltaba práctica en lo contrario. Nox ya sabía lo que pasaba y Umbo poseía a su vez su propio don. Sin embargo, a esas alturas, contarle a Hogaza otra cosa que toda la verdad habría sido como decirle a la cara que no se fiaban de él. Eso habría provocado su resentimiento... y dejaría de ser de fiar. Si el Umbo del futuro creía que era seguro confiarle a Hogaza las piedras, parecía absurdo no contarle el secreto del poder que tenían entre los dos para remontarse en el tiempo.

Los peregrinos que los precedían en la rampa estaban concentrados en sus propias conversaciones. Con un tono de voz neutro, Rigg y Umbo le explicaron sus dones y lo que podían hacer entre los dos. Entre las preguntas de Hogaza y las correcciones que Rigg y Umbo se hacían el uno al otro, la cosa quedó clara al cabo de poco

tiempo.

—¿Aún tienes ese cuchillo? —preguntó Hogaza—. No habrá desaparecido ni nada por el estilo, ¿verdad?

—Está en mi equipaje —dijo Rigg.

—Bueno, en realidad no —dijo Umbo.

Rigg suspiró.

—¿Qué pasa, tu otro yo ha venido desde el futuro para decirte que lo cogieras y lo escondieras entre tus cosas?

—Más bien entre las de Hogaza —dijo Umbo.

—Lo decía en broma —respondió Rigg—. ¿Me estás diciendo que ya sabías que una versión tuya del futuro nos estaba haciendo visitas?

—Él... yo... Me despertó esta mañana y me dijo que lo hiciera. Luego desapareció, antes de que pudiera hacerle ninguna pregunta. Creo que a mi yo del futuro no se le da demasiado bien lo de viajar en el tiempo y unos pocos segundos es todo lo que ha podido conseguir. La cuestión es que no os lo dije porque pensé que creeríais que estaba robando. Y luego a ti te avisé también y parecía un aviso más importante que el mío. O sea, se trata de una fortuna en piedras preciosas y se la ha dado a Hogaza.

—Y si te hubiera dicho que te había quitado el cuchillo, ¿habrías confiado en él cuando te dijo que me diera las joyas? —preguntó Hogaza.

—Sí —respondió Rigg—. Probablemente. —Lo pensó un poco más—. Puede que no.

—Creo que ha hecho las cosas bien —dijo Hogaza—. Salvo que en realidad esté robando, pero en ese caso, ¿por qué pedirte que me dieras las piedras a mí y por qué guardar el cuchillo en mi equipaje? No, creo que en lo que va a suceder, soy el único que no pierde todas sus cosas.

—¿Y qué podría hacer que lo perdiéramos todo? —preguntó Rigg.

—Si el barco se hundiera —dijo Umbo—, Hogaza también lo perdería todo.

—Si el barco se hunde, nos ahogaremos —dijo Hogaza.

—Yo sé nadar —dijo Umbo—. Y Rigg también. Como un pez. ¿Y tú?

—Soy un soldado. Siempre llevaba armadura. Me habría ido a pique. Y además, ¿para qué iba a aprender a nadar?

—Es una habilidad muy útil —dijo Umbo—. Sobre todo para gente que vive junto al río y a la que los ribereños podrían tirar al agua.

—La mayoría de ellos tampoco sabe nadar —dijo Hogaza.

—Aún no has respondido —dijo Rigg—. ¿Sabes nadar?

—La idea es quedarse en el barco —respondió Hogaza.

—Venga, dilo —dijo Rigg.

—Si no admites que sabes nadar —dijo Hogaza—, la gente cree que puede

matarte tirándote al agua.

—Mirad —dijo Umbo.

Acababan de pasar junto a las esferas de luz y su brillo ya no les impedía ver la mitad superior de la torre. Ahora podían ver que la piedra desaparecía poco más arriba, donde una amplia galería discurría a lo largo del perímetro. Estaba abarrotada de peregrinos.

—No os paréis —dijo una voz brusca tras ellos.

Continuaron.

Pero al mirar hacia arriba, Rigg comprobó que desde el círculo de la plataforma se levantaban más de una docena de pilares de piedra para formar una estructura vertical que sustentaba las paredes de metal. Recordaba haber visto en el exterior de la Torre de O que, más o menos a partir de la mitad, el revestimiento de metal se estrechaba. Así que no era de extrañar que los pilares de piedra se inclinaran hacia el interior, hasta encontrarse junto a un anillo de metal y piedra a mayor altura. Más allá, el metal formaba una simple cúpula sin ningún elemento sustentador de piedra.

Era una maravilla de la ingeniería y el diseño, en la que la piedra soportaba su propio peso y el del metal. Rigg pensó que el metal debía de ser muy fino, o de lo contrario el peso sería excesivo para los pilares.

Llegaron a la plataforma y se alejaron de la rampa de ascenso. El comienzo de la rampa de descenso se encontraba al otro lado y entre ellas, flotando en el aire, había una esfera enorme. Una serie de globos que había debajo y unos pocos que tenía por encima mantenían iluminada toda la superficie. Sin embargo, desde donde se encontraban en aquel momento podían ver que unos cables sujetaban los globos de luz y era muy probable que la esfera mayor tuviese también alguna estructura de sustentación.

La superficie estaba pintada de un modo que Rigg no entendía. No parecía la recreación de nada y los colores, sosos y feos, no combinaban bien. Unas brillantes líneas amarillas dividían áreas grandes de color verde y marrón, que parecían refulgir. Pero el patrón que formaban no tenía sentido. ¿Quizá un panal levantado por unas abejas borrachas?

—Eso es el mundo —dijo Umbo—. Una representación del mundo.

Umbo señalaba un punto concreto de la superficie del gran globo.

—¿Veis? Ese punto rojo es donde está Aressa Sessamo. Y ese blanco es O. La línea azul es el río Stashik. Así que Vado Otoño tendría que estar un poquito más abajo.

—Entonces, la línea amarilla es el Muro —dijo Hogaza—. He patrullado por él y me parece que es bastante fiel. Pero ¿qué es lo demás?

—El mundo entero —dijo Rigg, que lo había entendido al fin—. Es un globo, curvado en todas direcciones, igual que eso.

—Eso lo sabe todo el mundo —dijo Hogaza—. Hasta los privos más ignorantes.

—¡No es posible! —dijo Umbo con fingida consternación—. ¡Nos caeríamos todos!

Rigg fingió que se lo explicaba como si fuese un niño pequeño.

—No, no, pequeño Umbo. El centro del mundo nos atrae y nos mantiene pegados a la superficie. En realidad, «abajo» es hacia el centro del mundo.

—Ese mapa es absurdo —dijo Hogaza—. Nadie sabe lo que hay más allá del Muro. En toda la historia de la raza humana, nadie lo ha atravesado para verlo.

—Pero la vista alcanza más allá, ¿no? —dijo Rigg.

—No tanto como para ver las cosas que aparecen en ese mapa. No sólo las regiones adyacentes, sino todo ello. Si es que se trata de un mapa...

—Claro que es un mapa —dijo Umbo—. Vamos, no puede ser casualidad que aparezca el curso del río y O sea un punto blanco y la capital uno rojo.

—Y es imposible que seamos los primeros que se han dado cuenta —dijo Rigg—. ¿Por qué no hemos oído nada sobre esto?

—Bueno, en realidad no es así —dijo Hogaza—. Al menos, yo sí había oído algo. ¿Por qué creéis que dicen los peregrinos «Desde la Torre de O se puede ver el mundo entero»?

—Yo pensaba que quería decir que, desde la cima, la vista llegaba muy lejos —dijo Umbo.

—Pero también dicen «Todo el mundo está dentro de la torre» —dijo Hogaza.

—Yo creía que no era más que una metáfora —dijo Rigg—. O que se referían a la gran cantidad de peregrinos que la visitan.

—Es raro pensar en el mundo de ese modo. Resulta perturbador. O sea, el mundo es lo que hay dentro del Muro: eso es lo que significa la palabra «mundo». ¿Cómo puede haber más mundo que el mundo? ¿Cómo puede saber alguien lo que hay más allá del mundo?

Rigg había estado contando.

—Hay diecinueve. Diecinueve tierras rodeadas por líneas amarillas. Y un montón de tierra que no está dentro de ninguna de ellas.

—¿Así que hay diecinueve mundos dentro del mismo globo? —preguntó Hogaza—. ¿Eso es lo que dice la Torre de O?

—No me extraña que la gente no hable de ello después de salir de aquí —dijo Umbo—. Es demasiado absurdo. Aunque crean que es así... y el padre de Rigg no era ni tonto ni mentiroso, así que si él decía que vivimos en la superficie de una bola, probablemente sea cierto. De algún modo. Pero si dijéramos que eso es un mapa de un globo con diecinueve mundos en él, ¿quién iba a creernos? La gente nos tomaría por locos.

—Yo os tomaría por locos —dijo Hogaza—. Pero la verdad es que el mapa del

mundo, de nuestro mundo, es bastante fiel. El ejército tiene mapas parecidos... del mundo dentro del Muro, con todos los caminos y las ciudades. Pero nadie más puede confeccionarlos. Así que me pregunto cómo sabías que era un mapa, Umbo.

—El maestro de la escuela nos enseñó uno. Más pequeño que éste, pero también con el río, y con Aressa Sessamo en la desembocadura, así como la Gran Bahía. Y la línea del Muro.

—Pues el maestro quebrantó la ley al tener un mapa como ése —dijo Hogaza.

—Oh, lo había dibujado él mismo, creo. Sobre un trozo de madera. Con tiza. Y entonces... desapareció.

—¿Cuánto tiempo hace que os enseñó ese mapa? —preguntó Hogaza.

—No lo sé. Sólo nos lo enseñó una vez.

Rigg había estado estudiando las paredes mientras escuchaba.

—Hay diecinueve pilares de piedra. Diecinueve nervios que suben a la estructura de la torre. Un mapa con diecinueve tierras rodeadas por muros. El diecinueve no es un buen número para trabajar, desde el punto de vista matemático. Dividir el círculo de la torre entre diecinueve... es absurdo, salvo que lo hagas para tener el mismo número que el número de tierras.

—¿Crees que si, de verdad se trata de otros cercados —dijo Umbo—, podría haber gente en ellos?

—Hay puntos rojos, puntos blancos y líneas azules en todos ellos —respondió Rigg.

—Muchachos —dijo Hogaza—, no os hacéis una idea de lo ilegal que es esta conversación.

—Tú has estado en el Muro —dijo Rigg—. ¿Había gente al otro lado?

—Nadie llega hasta el Muro —dijo Hogaza—. Cuanto más te acercas, más crecen tu miedo, tu congoja y tu desesperación. Tienes que alejarte. Si no lo hicieras, te volverías loco. Nadie se acerca. Hasta los animales permanecen alejados... a ambos lados.

—Entonces, ¿sólo lo viste desde lejos? —preguntó Rigg.

—Patrullábamos por el borde, porque es un lugar en el que suelen refugiarse criminales, traidores y rebeldes: lo bastante cerca del Muro como para que nadie se les acerque, pero no tanto como para volverse locos. En cierto modo, es un castigo apropiado para ellos, vivir con el miedo, el pesar y la desesperación. Pero nuestro trabajo consistía en entrar en la zona del dolor y expulsarlos de allí. Para que no pudieran usarla como base de operaciones para aprovisionarse, realizar incursiones o reclutar más partidarios.

—Si al otro lado es igual —dijo Rigg—, la gente de allí tampoco se acercará al Muro. Así que no verán a nadie desde su lado y nosotros tampoco desde el nuestro.

Hogaza los obligó a acercarse agarrándolos por los hombros.

—Estáis hablando demasiado alto. Creo que ya sé por qué tu yo del futuro ha vuelto para advertiros.

—No —dijo Umbo—. Si nos hubieran arrestado por hablar, sólo habría tenido que decirnos a Rigg y a mí que mantuviéramos la boca cerrada.

—Bueno, eso ya os lo estoy diciendo yo —dijo Hogaza—. Lo más probable es que tu maestro viniese aquí y memorizara el mapa lo mejor que pudo. Seguro que fue así. Porque cualquier soldado, o al menos cualquier sargento u oficial superior, podría reconocer que se trata de un mapa. Y luego podría memorizarlo. Pero un soldado sabría que debía mantener la boca cerrada. Y nunca, jamás, hacer una copia sin autorización.

—¿Por qué? —preguntó Umbo.

—Porque —dijo Rigg, juntando las piezas, tal como Padre le había enseñado— el ejército no quiere que ninguno de sus enemigos tenga un mapa fidedigno del mundo.

—Exacto —dijo Hogaza—. Y ahora salgamos de aquí antes de que alguien se fije en que llevamos demasiado tiempo mirando el globo.

Pero Rigg no estaba dispuesto a marcharse, aún no. Observó los mapas de los otros dieciocho cercados y trató de imaginarse las ciudades. En uno de ellos, el que se encontraba justo al norte del suyo, se encontraban en medio del azul, el color que debía representar el océano y los ríos que lo alimentaban. Éste cubría una parte mayor del globo de la que Rigg había creído posible, a pesar de que Padre le había dicho que en el mundo había más mar que tierra. Nunca se había preguntado cómo podía saber Padre tales cosas. Padre lo sabía todo, Rigg daba esto por supuesto, pero ahora tenía que preguntarse: ¿cómo podía haber sabido cuánto mar había en el mundo, cuando era imposible atravesar el Muro?

Padre había atravesado el Muro.

«No —pensó—. Padre sólo vino aquí, a la Torre de O, y llegó a la misma conclusión que nosotros.»

Pero alguien tenía que haber atravesado el muro o, de lo contrario, el mapa no podría existir.

Hasta aquel día, Rigg ni siquiera se había parado a pensar en el Muro. Sabía que estaba allí, como todo el mundo. ¿Y qué? Era el borde del cercado, lo que significaba que era el fin del mundo. Nadie pensaba en eso. Pero entonces, en aquel momento, al descubrir que había otros dieciocho cercados, rodeados cada uno de ellos por un Muro invisible, Rigg sintió que lo invadía el deseo de visitar uno de ellos para ver a sus habitantes y descubrir cómo eran.

Y lo único que se lo impedía era un muro invisible, un muro que, según decían, te volvía loco si te acercabas demasiado. Pero que la vista era capaz de atravesar. Así que tenía que ser posible cruzarlo.

Finalmente cedió a los empujones de Hogaza y comenzaron a bajar por la rampa.

—Voy a ir al Muro —dijo Rigg en voz baja.

—No, de eso nada —dijo Hogaza—. Salvo que seas un criminal y un rebelde, en cuyo caso alguien como yo irá a darte caza.

—Quiero ir allí a ver los rastros —dijo Rigg—. Si alguien lo ha atravesado alguna vez, veré por dónde. Y si me acompañas, Umbo, podré volver atrás en el tiempo y preguntarles cómo lo hacen. Justo antes de que lo crucen se lo preguntaré.

—Salvo que sea alguien como tu padre —dijo Umbo—, que no dejaba rastro.

—Cierto. Si Padre hubiera cruzado el Muro, yo no lo sabría.

—O alguien como él.

—No hay nadie como mi padre —dijo Rigg.

—Que tú sepas —dijo Umbo—. Porque si hubieran existido otros antes de él que no dejaran rastros, no lo sabrías.

—Ése es un importante defecto en tu talento, Rigg —dijo Hogaza—. Es como decir: «Tenemos una red de espías que ve a todos nuestros enemigos... salvo a los que no ve.» ¿Cómo crees que dormiría el sargento de noche?

—Podría haber cientos de personas como tu padre —dijo Umbo.

—Padre no era invisible —dijo Rigg—. Si alguna vez nos hubiéramos cruzado con alguien más que no dejara rastro, yo lo habría visto.

—Pero nunca has visto demasiada gente —dijo Umbo—. Sólo salías del bosque de vez en cuando y visitabas Vado Otoño. ¿Cuántas ciudades más viste en aquella época?

—Unas cuantas. Pequeños pueblos de la zona alta de Escarpalto, en su mayoría —dijo Rigg.

—Muy poca gente —dijo Umbo—. Lo que quiere decir que podría haber cientos de personas como tu padre y tú no lo sabrías.

—Padre me lo habría dicho —dijo Rigg.

—Salvo que pensara que no te convenía saberlo —dijo Umbo.

Rigg tenía que admitir que aquello era cierto.

Finalmente llegaron al suelo y salieron a la brillante luz del mediodía atravesando la puerta de la torre. Habían tardado al menos una hora en salir, otra en bajar y, a pesar de todo lo que habían dicho y habían visto arriba, no habían pasado allí mucho tiempo.

—Están parando a la gente —dijo Rigg.

Se dio cuenta de ello al ver los rastros convergentes de muchos guardias y de la gente que no seguía el flujo general de los peregrinos. Era un cuello de botella y se dirigían hacia allí. Rigg sintió que lo atenazaba el miedo provocado por la advertencia de Umbo sobre su futuro.

—Están buscando a alguien —dijo.

—Por eso paran a la gente —dijo Hogaza.

—Sepárate de nosotros —le dijo Rigg.

—No —respondió el viejo sargento.

—Hay demasiados guardias, no podrías vencerlos a todos. Te necesitamos libre. Por eso nos advertió Umbo que te diéramos las cosas a ti, ¿no lo entiendes? Sepárate de nosotros. Aléjate poco a poco, no hagas movimientos bruscos en ninguna dirección.

—Ya sé cómo se hace, muchacho, muchas gracias —dijo Hogaza. Y, apretando ligeramente el paso, comenzó a alejarse entre la multitud. Mientras lo hacía, se quitó la casaca y se la colgó del brazo, lo mismo que el sombrero.

Rigg estaba satisfecho de comprobar que su don había sido tan certero como la experiencia de un soldado.

Pero al cabo de un rato, Hogaza volvió caminando con aspecto fingidamente despreocupado.

—Es Tonelero, el banquero —dijo Hogaza—. Conoce mi cara.

—¿Tonelero? —preguntó Rigg.

—Hay dos oficiales del Ejército con él y le hacen mirar a todo el que pasa. Uno de ellos es de muy alta graduación, un general, diría yo.

—Yo pensaba que no había distinciones de rango en el Ejército revolucionario —dijo Umbo.

—No usan insignias —dijo Hogaza con tono despectivo—. Pero un general es un general. Mira, Rigg, si Tonelero no hubiera estado ocupado mirándole la cara a todo el que pasa, me habría visto... Me tenía delante.

—Puede que esté buscando a otros —dijo Umbo.

Pero Rigg sabía que, por alguna razón, Tonelero los había traicionado.

—Vuelve a subir a la Torre de O y espera un par de horas.

—Tonelero les dirá que me busquen dentro —dijo Hogaza.

—No —dijo Rigg—. Les diremos que te fuiste hace horas porque estabas cansado y no querías subir. ¿Tienes el dinero?

—Casi todo. Pero aun así buscarán en mi equipaje —dijo Hogaza.

—Intentaré que dejen libre a Umbo —dijo Rigg—. Tonelero me busca a mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy yo el que tiene el dinero —dijo Rigg—. Tendría que haber sabido que era demasiado bueno para ser cierto.

En ese momento, Umbo, con el rostro colorado, dijo:

—Hogaza, no puse el cuchillo en tu equipaje.

—¿Por qué no? —preguntó Rigg.

—¿Dónde lo pusiste? —preguntó Hogaza.

—Detrás de un barril de cerdo salado, en la cocina del barco —respondió el muchacho.

—Entendido —dijo Hogaza. Luego volvió a meterse en la fila, fingió que buscaba algo y se alejó en sentido contrario, aparentemente para encontrar ese algo.

—¿Por qué mentiste sobre el cuchillo? —preguntó Rigg mientras Umbo y él continuaban hacia los guardias.

—Te dije que lo había dejado en el equipaje de Hogaza para que no pensaras que estaba tratando de robarlo. Hasta tú reconociste que podrías dejar de fiarte de mí.

—Umbo —dijo Rigg—, me equivoqué al decir que no me fiaría de ti. Te confiaría mi vida.

Umbo no dijo nada.

Rigg procuró dejar que pasara más gente. Quería dar a Hogaza todo el tiempo posible para volver a entrar en la torre.

—Padre siempre me acusaba de las peores cosas —dijo Umbo—. Siempre estaba diciendo que andaba planeando cosas, toda clase de cosas. Ya... estoy acostumbrado.

—Somos amigos, Umbo —dijo Rigg—. Y ahora, intenta actuar de manera estúpida, como si estuvieras confundido.

—Para eso no tendré que actuar —dijo Umbo.

—Voy a tratar de sacarte de ésta —dijo Rigg.

En ese momento, la gente que tenían delante avanzó rápidamente y Rigg se encontró cara a cara con Tonelero.

—Ése es —dijo Tonelero—. El chico que se hace pasar por un príncipe.

UMBO

—Si estamos atrapados dentro de la misma nave, Ram, en el mismo viaje, moviéndonos hacia atrás en el tiempo —dijo el prescindible—, ¿por qué los ordenadores de a bordo aseguran que el salto se ha realizado con éxito?

—¿Cuáles eran los criterios para determinar el éxito del salto? —preguntó Ram.

—La posición de las estrellas respecto al lugar donde tendrían que estar, vistas desde el sistema al que nos dirigíamos.

—¿Puedes mostrarme una imagen de la posición de las estrellas en el momento en que los ordenadores determinaron que el salto se había completado con éxito?

Al cabo de un instante apareció un mapa estelar holográfico frente a la consola de Ram.

—Deduzco que ése no es el aspecto que tienen las estrellas alrededor de nuestra posición actual.

—En efecto —dijo el prescindible.

—¿Durante cuánto tiempo mantuvieron las estrellas esta configuración?

—El escáner se llevó a cabo tres nanosegundos más tarde y las estrellas volvían a estar donde habían estado antes del salto.

—Así que dimos el salto y luego volvimos sobre nuestros pasos —dijo Ram.

—Eso parece.

—¿Y estamos seguros de que no ha sido simplemente un error? ¿De que los ordenadores no estaban «detectando» lo que las predicciones les decían que debían detectar?

—Sí, porque el mapa de las estrellas no era exactamente el predicho.

—Muéstrame las diferencias —dijo Ram.

En el holograma, los puntos blancos se tiñeron de amarillo y de verde.

—Las estrellas más próximas exhiben las máximas diferencias y las más lejanas las mínimas —señaló Ram.

—No en todos los casos —dijo el prescindible, indicando algunas excepciones—. El resultado era de esperar, porque nuestra visión del universo se basa en datos antiguos, en una radiación que ha tenido que atravesar noventa años luz para llegar hasta la Tierra.

—¿Y los astrónomos no lo sabían?

—Sí —dijo el prescindible—. Pero sólo podían deducir cuál sería el resultado real.

—Vamos a jugar a una cosa —dijo Ram—. ¿Y si la diferencia entre la predicción

y la realidad observada en ese lapso de menos de tres nanosegundos se pudiera explicar, no mediante un error astronómico, sino por el paso del tiempo? ¿Hay algún punto en el futuro o en el pasado en el que las estrellas estarían en estas posiciones, vistas desde el sistema estelar al que nos dirigíamos?

Un segundo. Dos segundos.

—Hace once mil años, grosso modo —respondió el prescindible.

—De modo que al dar nuestro salto a través de un pliegue inestable y cuantizado, no sólo atravesamos el espacio, sino que además retrocedimos en el tiempo.

—Es una explicación plausible —dijo el prescindible.

—Y luego volvimos a nuestra posición anterior en el espacio-tiempo, sólo que en sentido temporal contrario.

—Eso parece —dijo el prescindible.

—Algo así necesitaría cantidades ingentes de energía —dijo Ram—. Hacernos retroceder once mil años en el tiempo y luego devolvernos a nuestro presente y revertir el flujo del tiempo.

—Sería posible revertir el proceso —dijo el prescindible— si entendiéramos cómo ha sucedido.

—Pide a los ordenadores que calculen qué leyes de la física explicarían un gasto de energía exactamente igual para las dos operaciones: cruzar el pliegue para ir al pasado y volver hacia atrás pero en sentido contrario.

Umbo intentó no mirar mal a Tonelero. Confundido y estúpido, eso es lo que tenía que parecer. Así que se quedó mirando a los oficiales. Hogaza tenía razón: la cara del que llevaba el uniforme más arrugado no revelaba nada, pero había algo en su postura, en la inclinación de su cabeza hacia un lado, que sugería que esperaba que le prestaran atención y lo obedecieran.

Umbo esperaba que Rigg hablara con Tonelero, lo desafiara, discutiera con él. Pero lo que hizo Rigg fue mantenerse tan silencioso como él. Y al mirarlo de reojo comprobó que estaba mirando al general a la cara, no de manera desafiante, sino con la impasibilidad de un ave.

—¿Creías que me estabas engañando con tu interpretación, ¿verdad, chico?! —dijo Tonelero—. Mucho pavonearse y mucha pose, pero en el mismo momento en que vi tu firma en el papel supe que eras un farsante y un ladrón.

Umbo sintió deseos de responder: «Pues para ser unos farsantes y unos ladrones, nos habéis dado mucho dinero.» Y también: «Rigg no supo cómo se llamaba hasta ver su nombre en ese documento.» Pero no dijo nada, al igual que Rigg.

—Bueno, pues he notificado a las autoridades de Aressa Sessamo que un muchacho que aseguraba ser el fallecido príncipe y que tenía una joya muy antigua...

¿«Rigg Sessamekesh» era el nombre de un príncipe muerto? Rigg nunca lo había

oído. Pero claro, el Consejo de la Revolución había prohibido mencionar los nombres de los miembros de la realeza. Y no es que a la gente de Vado Otoño le preocupase mucho una ley así, emitida por un gobierno tan lejano. Simplemente, le importaban un pimiento los miembros de la realeza, y también el consejo, a decir verdad. De modo que, hasta aquel mismo momento, Rigg no tenía la menor idea de que el nombre que Padre había escrito en el papel significara otra cosa que Rigg.

—Todavía queda un asunto pendiente —dijo el oficial, que no era general—. Dijiste que había un hombre.

—Un gigantón, el dueño de una posada ribereña, lo llaman Hogaza —dijo Tonelero.

—¿Y este chico?

—Es como su mascota. No sé de qué le sirve, es el privo más ignorante de todos ellos.

Umbo no pudo impedir que se le pusiera toda la cara colorada.

El oficial se rió entre dientes.

—Parece que no le gusta lo que has dicho.

—He dicho que era ignorante, no sordo —dijo Tonelero.

—Veo que no estás negando nada —dijo el oficial a Rigg.

Rigg volvió la mirada hacia él durante un momento largo, y luego continuó mirando al general. Umbo sintió deseos de echarse a reír a carcajadas. Con esa simple mirada, Rigg había dicho al oficial que era un gusano, indigno de hablar con él, con tanta claridad como si lo hubiera expresado con palabras. Y todo ello sin que su expresión cambiase un ápice.

Obedeciendo a un impulso, Umbo comenzó a echar su red de tiempo acelerado alrededor de Rigg.

Pero éste se volvió hacia él y dijo:

—No.

Umbo se detuvo.

—¿No qué? —inquirió el oficial.

Rigg no dijo nada.

El oficial se volvió hacia Umbo.

—¿Qué te ha dicho que no hagas?

Umbo se encogió de hombros.

El oficial lo cogió por ellos con dolorosa brusquedad, como si quisiera perforarle los músculos con los pulgares.

—¿Qué te ha dicho que no hagas, muchacho?

—Estaba pensando en echar a correr —dijo Rigg.

—Ah, ¿le lees la mente? —dijo el oficial.

Uno de los guardias de la torre se les acercó con cautela.

—Si ya los habéis encontrado, ¿podéis dejar que la gente salga de la torre?

El oficial se volvió hacia él y le espetó:

—¡No molestes!

El general, ignorando a su propio subordinado se volvió hacia el guardia.

—No hay razón para seguir bloqueando la entrada. Gracias por ayudarnos.

Nada en la actitud del oficial revelaba que su superior acabara de contradecirlo.

El guardián de la torre hizo una profunda reverencia.

—Gracias, excelencia.

—En el Ejército Popular no existen las «excelencias» —repuso el oficial.

—Por triste que pueda parecer —dijo el general—, es cierto. Buen guardia, si no te importa, ¿podrías enviar un hombre o dos a la torre a buscar a un sujeto alto y con aspecto de soldado veterano? Antes estaba con estos dos muchachos y al ver a Tonelero ha vuelto hacia el interior de la torre fingiendo que buscaba algo.

Umbo estaba impresionado. Puede que los generales llegaran a generales porque eran más listos que los demás, o al menos más observadores.

Claro que el general parecía comportarse, mover la cabeza y hablar exactamente como lo estaba haciendo Rigg. Cuando éste le dijo que no, lo hizo con la misma autoridad tranquila que el general había mostrado con el guardia. Era una voz que esperaba ser obedecida, pero que no contenía furia ni emoción algunas, así que no provocaba resentimientos. Cuando Rigg había hablado, Umbo lo obedeció sin más, sin pensar siquiera en discutir, en dudar o incluso en titubear. ¿Cómo había aprendido Rigg a hacerlo? Nunca había estado en el Ejército. Puede que se lo hubiera enseñado su padre. Él sí que poseía dotes de mando.

Qué maravilla tenía que haber sido criarse al lado del Vagabundo. ¿Qué tendría el padre de Rigg planeado para él? No sólo las joyas, ni un nombre regio que, al parecer, pertenecía a alguien a quien se suponía muerto, sino también aquel aire de autoridad, los conocimientos sobre finanzas que poseía Rigg, su saber hacer a la hora de negociar con los adultos... Todo eso tenía que habérselo enseñado su padre.

¿Habría previsto aquel momento? ¿No lo convertía eso, la capacidad de ver el futuro, en uno de los héroes? Umbo nunca había oído hablar de un héroe dotado de tal poder, pero ése sí que sería un poderoso don de los dioses, ¿verdad? Lo único que Umbo y Rigg habían podido hacer, entre los dos, había sido tocar el pasado... y ya era un don muy raro y muy difícil de utilizar.

«Tendré que aprender a usarlo solo.»

—Me llevaré a los muchachos a su barco —dijo el general—. Esperaremos allí mientras os encargáis de aprehender a ese hombre al que llaman Hogaza.

—Es su nombre de verdad —dijo Umbo.

El general le dirigió una mirada impasible.

—No es un mote ni nada parecido —dijo Umbo—. En su pueblo nativo llaman

así a la gente. Su mujer se llama Goteras. —Umbo no sabía por qué lo había asaltado de repente la necesidad de hablar, pero había sido un impulso irresistible. En aquel momento, un minúsculo vestigio de sonrisa afloró a las comisuras de los labios del general. Umbo miró a Rigg para ver si había hablado de más, pero el rostro de su amigo estaba en calma y no revelaba nada.

—Claro —dijo el general—. Wassam, el nombre del sujeto es «Hogaza», así que no hay necesidad de preguntarle por ningún otro nombre. Traédmelo sin interrogar e intacto, por favor. —Con estas palabras, el general alargó las dos manos hacia Umbo y Rigg. Sin necesidad de más explicaciones, cada uno de ellos cogió una y echaron a andar con él en dirección a la ciudad.

Les sujetaba las manos con suavidad. Pero cuando Umbo pensó —simplemente pensó— en echar a correr, pudo sentir que los dedos se tensaban como una tenaza sobre él.

«¿Podrá oír mis pensamientos?

«No —pensó Umbo—. Lo que pasa es que me habré puesto tenso cuando la idea de echar a correr ha cruzado por mis pensamientos. O puede que se haya fijado en que miraba por un momento hacia ese cañaverol.»

Tonelero seguía sus pasos.

—Va a mentiros —dijo Tonelero—. ¡No lleva dentro más que mentiras y embustes!

—No obstante —dijo el general con voz templada—, aún no me ha dicho una sola mentira.

—Eso es porque aún no ha dicho una sola palabra. ¡Ya habéis visto que no ha negado nada de lo que he dicho!

—Señor Tonelero —respondió el general con voz amable—. Simplemente no os considera digno de su atención, eso es todo.

—¡Sí! —exclamó Tonelero—. ¡A esa arrogancia me refería, precisamente!

—La misma arrogancia que cabría esperar —dijo el general— si realmente fuese un miembro de la casa real.

—Oh, bueno, seguro que sabéis que eso es completamente imposible.

—¿No invertiríais mejor vuestro tiempo, señor Tonelero, quedándoos atrás para identificar al hombre conocido como... no, al hombre llamado Hogaza?

Una vez más, había en sus palabras aquel sutil aire de autoridad que hizo que Tonelero diera media vuelta y regresara rápidamente hacia la torre, murmurando:

—Claro, tendría que haberlo pensado yo mismo.

Y entonces su voz se perdió.

Tras la desaparición de Tonelero, la actitud del general cambió.

—Bueno, mis jóvenes amigos, ¿os ha gustado la ciudad de O?

—Es muy grande —dijo Rigg.

El general se rió entre dientes.

—Sois del curso alto, claro, y seguro que ésta es la primera ciudad de verdad que veis. Pero os puedo asegurar que en la República Popular hay catorce ciudades más grandes que O. No, a pesar de su tamaño, el auténtico interés que suscita O entre los sabios se debe a su antigüedad. Las reliquias de un tiempo anterior, cuya sabiduría aún no hemos recuperado y puede que nunca lleguemos a recuperar.

—¿Os referís a la bola del mundo del interior de la torre? —repuso Rigg.

El general caminó en silencio durante unos momentos y Umbo pensó que tal vez nunca se hubiera dado cuenta de que la cosa era un mapa del mundo, a ambos lados del Muro.

—La torre entera es un milagro —dijo el general al fin—. Los nervios de piedra del interior parecen elementos estructurales, pero no lo son.

—¿No sustentan las paredes y la cúpula, entonces?

—Los pilares de piedra no están unidos de ningún modo a las paredes. Sostienen las luces y el globo, pero hubo un terremoto hace más de tres mil años y tres de los pilares se desplomaron en el interior. El gran cronista de aquella época, Alagacha, que es la forma más parecida al nombre original que podemos pronunciar en nuestra lengua, dice que al volver a levantarlos descubrieron que no estaban en contacto con las paredes. Como si la torre fuera anterior y alguien hubiera decidido luego colocar las rampas y los pilares de piedra, las luces y el globo.

Rigg no parecía impresionado.

—¿Y qué tiene eso que ver con la antigüedad de la ciudad?

—Nada en absoluto. Salvo que dice la leyenda que la torre estaba aquí antes que la ciudad de O, y antes que cualquier otra cosa.

—Luego, la torre es realmente antigua —dijo Rigg.

Y Umbo pensó: «¿Cómo pueden arrestarnos y luego hablarnos como si fuésemos niños en la escuela?»

Pero Rigg le había contado que la vida con su padre era así: siempre caminando solos y hablando de toda clase de cosas. Por lo que era posible que a él le pareciera normal. Puede que el general ya fuese como una especie de padre para él.

«Bueno, también lo es para mí. La diferencia es que para mí un padre es alguien que te castiga, sin razón alguna y sin que puedas hacer nada para impedirlo, y no alguien con quien charlas sobre Historia.»

—En todas las demás ciudades, cuando alguien excava para poner los cimientos de una construcción nueva, los peones desentierran piedras y huesos. Muros antiguos, suelos antiguos, enterramientos antiguos... Todo está construido encima de otra cosa. Vayas adonde vayas en la llanura aluvial del Stashik y por la costa, alguien ha estado allí antes, capa tras capa de edificios antiguos. Pero en O no.

—No pretenderéis decir que los edificios del puerto tienen miles de años —dijo

Rigg con un resoplido—. Tan cerca del río, la madera se habría podrido hace milenios.

—Oh, no me refería a las estructuras de madera. Éstas se reconstruyen y reemplazan, en efecto. Pero los edificios de piedra y la muralla grande... son los originales. Cada mil años, más o menos, los grandes edificios llegan a un punto en el que se hace necesario reconstruirlos. Y cuando lo hacen, descubren que no hay nada debajo de sus cimientos. Cuando construyeron originalmente las murallas de la ciudad y los grandes edificios blancos, lo hicieron sobre terreno virgen. Es aquí en O donde podemos sentir nuestros once mil años de Historia.

Entonces, inesperadamente, la mano del general apretó un poco la de Umbo y éste, al levantar los ojos, se encontró con que lo estaba mirando... pero con una leve sonrisa. ¿De mofa? ¿O de simpatía?

—A tu joven amigo, maese Rigg, no parece interesarle mucho la Historia.

—Tiene un año más que yo.

Umbo esperó a que el general hiciera algún comentario sobre su estatura. Pero en su lugar, lo que el general dijo fue:

—Once mil años de Historia, eso es lo que tenemos. Para ser exactos, once mil ciento noventa y un años más once. Dicen que hay una piedra en la base de la Torre de O que, cuando la mueven durante las reparaciones, permite ver una inscripción: «Esta piedra se colocó en el año 10.999.» Está en una lengua que sólo conocen los eruditos, claro, pero eso es lo que dicen.

—¿Así que el mundo sólo tenía ciento noventa y dos años cuando colocaron las piedras de la torre? —preguntó Rigg.

El general volvió a guardar silencio durante unos instantes.

—Eso parece. Es el edificio más antiguo del mundo.

—Pues los guías de las visitas se pierden buenas propinas al no decírselo a la gente —musitó Umbo.

—Estoy seguro de que se lo dirían si lo supieran. Pero sólo a unos cuantos les interesa lo bastante el pasado lejano como para escarbar entre los antiguos archivos, aprender las lenguas muertas y luego escribir libros nuevos sobre cosas viejas, y sólo algunos de nosotros nos molestamos en leerlos. No, la única historia que interesa en estos tiempos es la que cuenta lo maravillosas que son nuestras vidas desde que la Revolución depuso a la familia real y lo codiciosos y crueles que eran los miembros de ésta cuando gobernaban el mundo dentro del Muro.

—Y lo felices que estamos todos de que haya sido así —dijo Rigg.

El general dejó de caminar.

—Estoy tratando de decidir si lo has dicho con tono sarcástico.

A lo que Rigg respondió repitiendo la misma afirmación con la misma entonación, es decir, sin ninguna entonación discernible.

—Y lo felices que estamos todos de que haya sido así.

El general se rió.

—Ahora veo a qué se refería ese ignorante banquero. Por la Estrella Inmutable, muchacho, eres como un ave que repite la misma canción una vez tras otra, sin la menor variación.

—No sé nada sobre la familia real, mi señor —dijo Rigg—. De no ser así, tal vez me habría dado cuenta de que había algo extraño en el nombre que, según dice el testamento de mi padre, me pertenece a mí también.

—Ahí estamos —dijo el general.

Umbo miró a su alrededor. No parecían estar en ningún sitio especial.

—No lo decía en sentido literal, mi joven amigo —dijo el general a Umbo—. Lo que quería decir es que ése es el quid de la cuestión. Por eso me han enviado a arrestar a maese Rigg y a llevarlo a Aressa Sessamo. Sí, tenía la piedra preciosa y cuando ese necio trató de venderla, lo único que consiguió fue alertar al Consejo de la Revolución. ¿De verdad creía que se podía vender una reliquia real sin llamar la atención de gente poderosa? ¿Lo creías tú?

—Sí, señor —dijo Rigg—. Así es, en efecto. A mí me parecía una piedra que debía de tener gran valor. Pero no esperaba la respuesta de Tonelero al enterarse de que era una joya muy antigua. Ni tampoco las sumas exorbitantes de las que habló inmediatamente. Mi padre la dejó al cuidado de una amiga para que ella me la entregara en caso de que muriera. Y murió. La amiga me la entregó y aquí estamos.

—Vamos, maese Rigg, ¿esperas que crea que has recibido la educación necesaria para tratar en términos financieros y contractuales con un zorro astuto como el banquero Tonelero y, sin embargo, no conocéis el nombre de «Rigg Sessamekesh»?

—Yo me llamo Rigg —dijo Rigg—. Mi padre nunca mencionó apellido alguno. Así que reconocí la parte personal del nombre, pero no la familiar.

El general volvió a reírse.

—Y, dado que posees un férreo control de tu entonación vocal, tus gestos, tus expresiones faciales, ¿cómo puedo saber si mientes o dices la verdad? Pero si se trata de una mentira, es una mentira estúpida, porque todo el mundo conoce el nombre de Rigg Sessamekesh.

—Yo no lo conocía —dijo Umbo— y fui a la escuela mucho más tiempo que él. Nadie habla de la familia real. Va contra la ley.

—Vaya, vaya —dijo el general—. No tenía la menor idea. De que la ley se cumpliera, al menos río arriba, me refiero. En mi ciudad, y no hablo de O, el nombre y su historia son bien conocidos y la gente hace tan poco caso a la ley que prohíbe hablar de la familia real que nunca pensé que en el campo fuese todavía un tema tabú. ¿Habéis comido?

Umbo tardó un momento en darse cuenta de que había cambiado de tema.

—No estoy hambriento en este momento —dijo Rigg—, pero Umbo nunca rechaza una comida. Pero vos, señor, estáis en mejor posición que nosotros para saber cuándo volveremos a tener la ocasión de comer. Si nos estáis ofreciendo una comida, la aceptaré gustoso y haré cuanto esté en mi mano para que os merezca la pena dedicarnos vuestro tiempo.

—¿Me estás ofreciendo dinero? —preguntó el general.

—Ignoro, señor, si tengo acceso a mis fondos. A juzgar por lo que ha dicho Tonelero, yo apostaría a que han sido confiscados.

—Así es —dijo el general—. Pero aún no eres culpable a los ojos de la justicia popular. Así que tu dinero sigue siendo tuyo, aunque no dispongas de libre acceso a él. Yo, sin embargo, sí que dispongo de ese acceso... con tu consentimiento, claro.

—Pues en ese caso os lo doy para costear en su totalidad una buena comida.

—Una comida muy rápida, creo que querías decir.

—«Rápida» depende de lo que hagamos nosotros con la comida, señor. «Buena» depende de lo que haga el cocinero.

—Llevas aquí varias semanas. ¿Conoces algún sitio en nuestra ruta en el que merezca la pena parar?

—Si me indicáis cuál es nuestro destino —dijo Rigg—, elegiré un establecimiento situado en la ruta.

—El barco, claro está. El que ibais a tomar para llegar hasta Aressa Sessamo. Creía que me habías oído decirlo. Como ya has pagado el pasaje, la República Popular ahorrará un dinero aprovechándolo.

—Llegué a la conclusión de que íbamos a ir al barco, pero entonces me di cuenta de que lo único que dijisteis fue que llevaran allí a nuestro compañero, si lograban encontrarlo.

—Acabemos con esto de una vez, Rigg. ¿Eres Rigg Sessamekesh?

—Ese nombre significa algo para vos. Habláis de una historia que todo el mundo en Aressa Sessamo conoce. Pero yo no, así que no puedo decir si soy esa persona o no. Sólo conocí ese nombre tras la muerte de mi padre. ¿Se trataba acaso de alguna broma suya? ¿Un truco preparado para que me encontrara con vos? Mi padre era un hombre enigmático y no puedo ni imaginar lo que pretendía conseguir con eso. Sólo sé que tuve que mostrarle la carta a Tonelero para demostrar que tenía derecho a disponer de los fondos y las posesiones de mi padre. Él no pareció reconocer la piedra, sólo veía una piedra valiosa. Así que hasta vuestra aparición, la verdad es que no me había parado a pensar en ese nombre. Mi padre nunca me llamaba por él.

El general volvió a reírse.

—Oh, estás hecho un jugador, todo un jugador. Ni afirmas ni niegas nada. A juzgar por lo que admites, lo mismo podrías ser un inocente transeúnte.

—Os digo la pura verdad —dijo Rigg—. Y si mis palabras dan la impresión de

que estoy jugando, debéis saber que el jugador era mi padre, señor mío, no yo. Estoy tan interesado como el que más en conocer las implicaciones de lo que escribió en esa carta. Pero parece que mi padre estaba decidido a continuar con mi educación más allá de la tumba.

—Tu padre... —dijo el general—. Si de verdad era tu padre, no puedes ser Rigg Sessamekesh.

—Padre nunca me contó las circunstancias de mi nacimiento. La gente de Vado Otoño dice que se marchó en un largo viaje y volvió con un niño. Estoy seguro de que nunca le explicó la verdad a nadie y nadie se atrevió a preguntarle. Nunca decía más de lo que quería que supieran otros y la gente no metía la nariz en sus asuntos.

—Todo el mundo piensa que es un bastardo que tuvo el Vagabundo con alguna mujer —dijo Umbo—. Y que el Vagabundo lo llevó a Vado Otoño para criarlo.

—¿Te parece bien, maese Rigg, que tu amigo te llame «bastardo»? —preguntó el general.

Umbo hizo ademán de protestar. Iba a decir que no pretendía llamarlo tal cosa, pero Rigg lo detuvo con una sonrisa.

—Lo que mi amigo dice es que las malas lenguas de Vado Otoño me llaman «bastardo» —dijo Rigg—, no que él piense que lo sea. Pero ¿qué pasa si lo soy? Mi padre me reconoció.

—Pero si eres Rigg Sessamekesh, él no es tu padre.

—Algún día tendréis que contarme esa historia.

Una vez más, el general estudió el rostro de Rigg en busca de indicios de sarcasmo. Umbo podría haberle dicho que no le serviría de nada. Rigg nunca mostraba lo que no quería. Incluso en el acantilado, aquel terrible día, cuando Kyokay estaba colgado de la roca mientras él trataba de rescatarlo, no había nada en su expresión, ni preocupación ni tan siquiera interés. Y no es que Rigg no pudiera demostrar sus emociones, pero ¿para qué iba a molestarse en hacerlo cuando sabía que nadie lo estaba mirando? Las demostraciones de emoción eran una de las muchas cosas que separaban a Rigg del resto del mundo. La cosa había sido distinta cuando Umbo y Rigg eran pequeños. Rigg era un niño totalmente normal por entonces, un niño pequeño, tan propenso al enfado, el llanto o la risa como cualquier otro. Pero con cada día que pasaba con su padre lejos de allí, se volvía más distante, más dueño de sus emociones. Más frío, salvo cuando decidía no serlo. Por esa razón a Umbo le había sido tan fácil creer que Rigg hubiera asesinado a su hermano en el acantilado. Su rostro era el de un desconocido. El único que había tenido en los últimos tiempos.

Llegaron a un lugar que Umbo había encontrado en sus paseos por la ciudad durante las últimas semanas. Había llevado a Hogaza allí y luego, cuando éste dio su aprobación, también a Rigg. Umbo sintió un profundo orgullo al saber que Rigg iba a elegir aquel sitio para tomar su última comida en O. E incluso, hasta donde él sabía,

la que podía ser su última comida en general.

Rigg firmó la cuenta, como siempre, incluida una generosa propina. Escribió el nombre del banco y el del establecimiento en el que se habían alojado hasta aquella mañana. El dueño, que los conocía, hizo una reverencia y les dio las gracias. A juzgar por su actitud, no parecía que la noticia sobre el arresto de Rigg a manos del Ejército hubiera llegado hasta allí.

«¿Qué querrá este general? —pensó Umbo—. Es muy amable con nosotros. Se pone un poco aburrido con el tema de la historia, pero eso es mucho mejor que el tratamiento que suelen deparar las autoridades a los prisioneros.»

Pidieron la comida: queso, huevos cocidos y verduras entre dos hogazas de pan. Umbo se puso manos a la obra de inmediato —estaba hambriento— y el general lo observó como si no supiera cómo se hacía. «Puede que nunca haya comido por la calle —pensó Umbo—. Puede que en la capital no haya nada tan bueno como esto... O tan tosco y vulgar. Bueno, aunque piense que es algo muy de privos, es una comida de primera y no pienso avergonzarme por ello.»

Momentos después, el general estaba comiendo con el mismo gusto —y con la barbilla igualmente manchada— que Umbo o Rigg.

El general tenía las manos ocupadas, pero Umbo ya se había dado cuenta de que no serviría de nada echar a correr. Lo encontrarían de nuevo y, sin duda, lo tratarían de otro modo después de que hubiera intentado fugarse. Había oído hablar de los latigazos y de los grilletes. No quería probar ninguna de las dos cosas.

Estaban terminándose la comida cuando llegaron al muelle y se abrieron paso entre los pasajeros, ribereños, estibadores y paseantes. No les costó demasiado. El uniforme del general tuvo el efecto que se esperaba de él: alertar a todo el mundo y quitarlos de su camino. De hecho, nadie miraba al general a los ojos. Se apartaban discretamente para no interponerse en su camino. Con Rigg y Umbo, en cambio, no mostraban los mismos escrúpulos. A fin de cuentas, no eran más que unos niños de aspecto adinerado, que se merecían algún que otro empujón, por pura envidia.

Umbo sentía ganas de gritarles: «¡Hasta hace pocas semanas, yo era tan pobre como vosotros!» Pero ¿de qué le habría servido? No quería ni necesitaba el cariño de la gente de los muelles.

Había seis guardias custodiando la nave. Dos en la pasarela, otros dos junto a unas tiendas situadas a cierta distancia, pero lo bastante cerca como para acudir en caso de ser llamados, y los dos últimos a bordo, desde donde observaban con calma el gentío.

—Como podéis ver, vuestras cosas ya están a bordo del barco —dijo el general.

—La verdad —dijo Rigg— es que lo único que veo es que nuestras cosas no siguen donde estaban.

El general suspiró —¿divertido o exasperado?— y dijo:

—Supongo que al subir a bordo veréis que las han cargado.

—Y ahora nos toca a nosotros.

Luego, el general le habló al joven sargento que estaba al mando del destacamento de soldados. Umbo se fijó en que éste llevaba una insignia. Sólo el general y el otro oficial que los había abordado en la torre no llevaban distintivo alguno en el uniforme. Esto hizo sonreír a Umbo: el Ejército revolucionario no tenía insignias para sus oficiales de alta graduación, pero sí para identificar a los de baja. De este modo, la ausencia de insignias era la mayor de ellas. Era lo que siempre había dicho su padre: la Revolución Popular sólo había sido un cambio de uniformes. La misma gente de siempre seguía dirigiéndolo todo.

—Estos muchachos pueden moverse libremente por el barco, pero no salir de él. Éste —señaló a Rigg— es el terrible alborotador para cuyo arresto se ha tenido que enviar a un oficial de mi rango. No prestéis atención a las manchas de tomate de su camisa. Es del curso alto... Aún no han descubierto las servilletas.

El sargento se echó a reír y Umbo sintió el deseo de hacer alguna réplica mordaz. Pero mientras tomaba aliento antes de hablar, Rigg le rozó el dorso de la mano, con un mensaje muy claro: «Paciencia. Esperemos.»

Había sido divertido correr por la pasarela cuando recalaban en los diversos pueblos de la ribera. Pero eso era cuando Umbo era libre. Ahora tenía prohibido abandonar el barco, de modo que al cruzarla se sintió casi como si recorriera el camino al cadalso.

Acababan de asegurarse de que sus bolsos y sus baúles estaban convenientemente guardados cuando reapareció el general y les dijo:

—Maese Rigg, el capitán de la nave ha tenido la amabilidad de prestarme su camarote. ¿Os importaría que empezásemos ahora vuestro interrogatorio?

Dijo la palabra «interrogatorio» con una leve sonrisa en los labios, sin duda con el propósito de disipar sus miedos y dejar claro que se trataba de una conversación inocente e informal. Pero la palabra que había escogido había sido ésa y probablemente no por accidente. Por muy amable que pareciese el general, seguía teniendo el poder de someterlos a tortura o hacer con ellos lo que se le antojase, y por mucho que hubiera dicho que no se les podía considerar culpables hasta que un tribunal se hubiera pronunciado, Umbo no podía estar tranquilo.

Al ver que Rigg se colocaba junto al general y comenzaba a andar con él hacia el camarote del capitán, Umbo fue con ellos, sencillamente porque no se le ocurrió hacer otra cosa. Pero el general se dio cuenta al instante y, con un gesto, le indicó que los dejara solos. Al parecer se trataría de un interrogatorio individual. No obstante, Umbo estaba seguro de que en algún momento le tocaría a él.

No podía quedarse merodeando junto a la puerta con la esperanza de oír la conversación, así que Umbo se dirigió a la cocina, donde el cocinero le gritó que se

largara.

—Sólo quería ayudar —dijo Umbo.

—¿Y tú qué sabes de cocina?

—En Vado Otoño todo el mundo dice que sé cocinar —dijo Umbo—. El hombre que se muere de hambre por no tener una esposa que le cocine no sirve de nada.

—¿Eso es un proverbio, o algo así? —preguntó el cocinero.

—Sí, señor —respondió Umbo.

—Pues entonces has llegado a un lugar lleno de auténticos inútiles —dijo el cocinero.

—Gracias, señor —contestó Umbo—. ¿Significa eso que puedo ayudar?

—Si rompes un solo plato, te zurro en la cabeza, te rompo el cráneo y lo abro como si fuera un huevo cocido.

—Espero que no se corra la voz de que no le hacéis ascos a la carne de muchacho para reemplazar el cordero o el cerdo en vuestros estofados.

—Tampoco pasaría nada si fuera así —dijo el cocinero—. En esta bañera, o comes lo que sirvo o pruebas suerte en ese río dejado de la manos de los santos.

Al cabo de unos instantes, el cocinero tenía a Umbo haciendo recados, lo que para el chico era como volver a estar en casa. No tuvo que ocultarse ni desviarse demasiado para ir a mirar en el sitio donde había ocultado el cuchillo y comprobar que seguía allí. Pero de momento no lo sacó del escondrijo. Aún no sabía si el Ejército estaba al corriente de la existencia de la antigualla. El general parecía sentir una verdadera obsesión por las cosas antiguas, así que era mejor que no supiera nada de la única cosa que Rigg sí que había robado.

Finalmente, el cocinero lo puso a mondar nabos para preparar el puré para el desayuno del día siguiente. Era un trabajo lento, pero al menos se podía hacer prestando la atención justa para impedir que uno de tus dedos acabase en la comida.

Y así, mientras mondaba y cortaba en rodajas, Umbo pensó en lo que sabía que iba a tener que hacer. De algún modo debía averiguar cómo podía remontarse en el tiempo, hasta aquella misma mañana para transmitir sus advertencias a Rigg y a sí mismo.

Su futuro yo podría haber tenido la amabilidad de darle alguna pista sobre cómo podía hablar con la gente del pasado, ¿no?

Una cosa era segura: Umbo nunca había visto uno de los rastros de los que Rigg hablaba constantemente. Así que, incluso en el caso de que lograra frenar el tiempo a su alrededor —o acelerarlo, o lo que quiera que hiciese—, no sabía si podría llegar a ver a alguien del pasado, aunque fuese el pasado de aquella misma mañana.

Al poco, estaba tratando de hacer consigo mismo lo que había hecho con Rigg, acelerarse... o frenarse, según como se mirara. Pero era como si su talento fuese una espada larga: era muy sencillo usarla para tocar a los demás, pero si quería clavársela

a sí mismo, sus brazos eran demasiado cortos o la espada demasiado larga.

Era como lo que había dicho el Vagabundo durante el breve tiempo que había instruido a Umbo: «Tienes que encontrar el modo de aprender a mover las orejas.»

Como Umbo nunca había sido capaz de mover conscientemente las orejas —ni conocía a nadie capaz de hacerlo—, no le encontraba utilidad a su consejo.

Pero entonces, el Vagabundo le enseñó a hacerlo. Le dijo a Umbo que se mirara al espejo y que esbozara la mayor de sus sonrisas.

—¿Ves que suben y bajan un poco cuando sonríes?

Umbo podía verlo fácilmente ahora, una vez que el Santo Vagabundo se lo había enseñado.

—Eso significa que tienes músculos que mueven las orejas y que son funcionales. Lo que tienes que hacer es sonreír y luego dejar de sonreír, una vez tras otra, pero concentrándote en los músculos que mueven las orejas cuando lo haces. Sonríe mucho y luego trata de volver a mover las orejas solo, sin sonreír.

Umbo lo intentó una vez tras otra.

—No pasa nada —dijo.

—Te equivocas —dijo el Santo Vagabundo—. Ha pasado algo muy importante. Ahora sabes que existen esos músculos. Los nervios tardan algún tiempo en reforzar las conexiones para que los músculos se contraigan sin tener que sonreír. Prácticalo siempre que te acuerdes: sonríes con ganas y luego tratas de hacerlo de nuevo, pero sin sonreír. Poco a poco, los músculos irán ganando fuerza. Pero procura ejercitar por igual las dos orejas, si no quieres acabar controlando sólo una de ellas.

Tardó tres días en conseguir que sus orejas se moviesen cuando se lo ordenaba, juntas o por separados. Al cabo de un par de semanas más, era un auténtico campeón en esta disciplina.

Y, tal como había dicho el Vagabundo, la analogía era casi perfecta. Antes, cuando lanzaba su pequeña red de velocidad sobre otra persona, el resultado era tosco, incontrolable. Cuando lo hacía repetidas veces le provocaba jaquecas a su madre. Pero con la práctica, a pesar de no saber en realidad lo que estaba sucediendo en su interior, comenzó a ser capaz de controlarlo, de aumentar la frecuencia y la fuerza del fenómeno. Sólo requería concentración y repetición, hora tras hora.

Ahora era cuestión de repetir el proceso, sólo que esta vez estaría él, y solo él, en la zona afectada.

El único indicio de que había hecho algún progreso se produjo cuando apareció el cocinero y dijo con tono de malhumor:

—¿Dónde están los nabos?

—Todos en la cazuela —respondió Umbo.

El cocinero puso cara de incredulidad, pero se acercó, miró en la cazuela y luego volvió a mirar a Umbo.

—Nadie pela tan deprisa. —Volvió a examinar con detenimiento el interior de la cazuela y tuvo que admitir que Umbo lo había hecho perfectamente.

—Habría jurado que era imposible hacerlo tan rápido.

—Me he aplicado.

—Aplicáte con esto, payaso —dijo el cocinero mientras hacía un gesto despectivo que, según había oído Umbo, tenía algo que ver con los genitales femeninos, el acto de la cópula o la defecación. Le habían contado muchos significados posibles de aquel gesto, pero ninguno de ellos tenía sentido para él.

No se ofendió. En realidad, desde el punto de vista del cocinero, era una forma de alabanza. Y además, el hecho de que hubiera terminado tan deprisa significaba que estaba sucediendo algo. ¿Había conseguido acelerarse, aunque fuese un poco? Era un comienzo prometedor.

Estaba en la cubierta del pasaje, terminadas las tareas en la cocina, cuando vio que traían a Hogaza: en un carromato, cargado de grilletes. Al parecer, su arresto no había sido tan pacífico como el de Rigg y Umbo.

El general salió al instante para saludar a Hogaza y concederle libertad de movimientos en el barco.

También aprovechó para decirle al capitán que podían iniciar la travesía cuando su tripulación y él estuvieran listos. Luego volvió a entrar en el camarote del capitán para continuar con el interrogatorio de Rigg. Umbo habría dado casi cualquier cosa por estar en aquel cuarto. Pero en aquel momento, el primer oficial comenzó a vociferar órdenes y, al poco, el barco largaba amarras y se apartaba del muelle impulsado por las pértigas.

—¿Crees que Rigg estará bien allí dentro? —preguntó Hogaza.

Al volverse, Umbo se encontró con que el hombretón había subido a la cubierta del pasaje.

Pero también lo había hecho el oficial que se había encargado de su arresto. Al ver que Umbo y Hogaza lo observaban con mirada penetrante, esbozó una sonrisa ligeramente maliciosa y dijo:

—Puede que el general haya olvidado que sois prisioneros, pero yo no.

Umbo ignoró su presencia. El método de Rigg, no decir nada y actuar como si nada se hubiera dicho, parecía el mejor.

—Estoy practicando —le dijo a Hogaza con un tono deliberadamente alto para que el oficial pudiera oírlo—. Pero ni siquiera sé si es posible lo que quiero hacer. Hay cosas que puedes hacer por otros pero que no puedes hacerte a ti mismo.

—Como las cosquillas —dijo Hogaza.

—Exacto —respondió Umbo.

—¿A qué os referís con eso? —inquirió el oficial.

—¿Con qué? —preguntó Umbo.

—Con lo de las «cosquillas». ¿Estáis hablando en clave, o algo así?

Hogaza se volvió hacia él.

—El hecho de que no entiendas algo no significa que tengas derecho a andar incordiando a los adultos para que te lo expliquen todo. Tendrías que haber hecho todo el viaje con nosotros y no nos gustas lo suficiente como para perder el tiempo necesario explicándote todos los detalles.

La sonrisa maliciosa reapareció.

—El general no estará siempre aquí —dijo el oficial—. Entonces ya veremos si os gusta. —Se dirigió a la escalerilla y bajó a la cubierta de carga.

En cuanto estuvieron solos, Hogaza fue al grano.

—Me alegro de que estés haciendo progresos, aunque tampoco me preocuparía si no fuese así. Una cosa está clara: puedes aprender a hacerlo, porque ya lo has hecho. O lo harás.

—Eso es muy fácil de decir cuando no tienes que hacerlo tú.

—En efecto —dijo Hogaza—. Y ahora baja, coge lo que quieras llevarte contigo, asegúralo bien para que no se caiga al agua y vuelve aquí de inmediato.

—¿Para qué? —preguntó Umbo.

—¿Es que eres tonto? —preguntó Hogaza—. ¿Dónde estaba tu futuro yo cuando os dejó a Rigg y a ti esos incomprensibles e inútiles mensajes?

—Yo estaba en la cama, en la posada, y Rigg allí al lado del carruaje, mientras tú ya estabas dirigiéndote hacia la torre.

—En ese caso, salvo que también seas capaz de moverte en el espacio, no podemos alejarnos de O. ¿No tienes que estar en el punto exacto para hablar con alguien del pasado?

Umbo asintió.

—Tengo que quedarme aquí. En O.

—Demasiado tarde —dijo Hogaza—. Ya no estamos en O. Pero no pasa nada, tendremos que ocultarnos algún tiempo al escapar del barco. En O nos conocen demasiado bien y podrían capturarnos de nuevo. Ahora ve a buscar lo que necesites y luego vuelve aquí.

Umbo bajó corriendo la escalerilla y fue a buscar su equipaje. Pero no lo abrió. Contenía un montón de ropa nueva y elegante, pero ¿cómo iba a explicar que llevaba una muda a la cubierta del pasaje? No, realmente sólo necesitaba una cosa... y esa cosa estaba en la cocina.

Al entrar, el cocinero comenzó a vociferar.

—No tengo tiempo que perder contigo ahora y si vienes a robar algo, te prevengo: las gachas no están aún y si las pruebas, tienes muchas probabilidades de acabar enfermo, así que tú verás.

—Vengo a buscar algo que me he olvidado mientras pelaba los nabos —dijo

Umbo.

—Pues cógelo y largo —dijo el cocinero.

El cuchillo seguía allí, en la misma bolsa de fino cuero que Rigg, en sus tiempos de bonanza, había comprado para guardarlo. Umbo se quedó allí el tiempo suficiente para anudar los cordeles de la bolsa alrededor de su cintura y dejarlo colgado por dentro de una de las perneras. Era bastante incómodo, pero por el momento no se le ocurría un sitio mejor para ocultarlo.

En la cubierta de pasajeros, Hogaza estaba hablando de nuevo con el oficial.

—El general ha dicho que somos libres para movernos por la nave —decía en aquel momento—. Así que si el muchacho y yo vamos juntos o nos separamos, no es asunto tuyo. Si el general hubiera querido que estuviéramos todos juntos, nos habría metido en el camarote del capitán, con Rigg.

Rigg. ¡Iban a abandonar a Rigg!

Pero Umbo sabía que no tenían alternativa. Rigg iba río abajo y no había forma de impedir eso sin que muriera alguien. Y aun así, seguramente fracasarían. Umbo tenía que quedarse en O porque allí era donde tenía que estar para advertirles, como ya había hecho. Hogaza tenía que quedarse en O porque allí era donde había escondido el dinero y las gemas. Rigg lo entendería.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Hogaza.

Umbo asintió.

—¿El qué? —exigió saber el oficial.

—La espada de tu padre, en la caja donde la guardaba tu madre —dijo Hogaza.

El oficial palideció de rabia, pero luego se aplacó. Estaba excediéndose en su autoridad y lo sabía, y no quería tener que rendir cuentas ante el general por haber castigado a los prisioneros por incumplir una norma que él no había impuesto.

Hogaza le dio ostentosamente la espalda y llevó a Umbo hasta la barandilla del borde de la cubierta superior. Los dos contemplaron el río.

—Éste podría ser un buen momento para demostrar que sabes nadar —dijo Hogaza.

El río era mucho más ancho que en Vado Otoño. Umbo nunca había recorrido una distancia tan grande a nado.

—¿No podríamos coger uno de los botes?

—¿Puedes ganar la ribera? ¿Suponiendo que nadamos aprovechando la corriente y terminamos río abajo?

—Supongo que sí que sabes nadar. Porque no pretenderás que cargue contigo, ¿verdad?

—Si lo intentas con ganas —dijo Hogaza, sonriendo—, tal vez no mueras.

—¿Tal vez?

—Un viejo dicho de mi pueblo, olvídalo. Lo que tienes que hacer, cuando estés

en el agua, es nadar por debajo del barco y salir por el otro lado, donde no nos estarán buscando.

—¿Y no quieres que pesque algunas ostras, ya que estoy allí?

—Si no puedes aguantar la respiración el tiempo suficiente, morirás. Pero si no pasas bajo la quilla del barco, te coserán a ballestazos al salir.

Umbo echó a andar hacia la escalera. Al instante, el oficial se movió hacia ellos.

—Vuelve aquí —dijo Hogaza en voz alta. Umbo lo hizo.

El oficial volvió a la barandilla contraria.

—Desde aquí —susurró Hogaza.

Umbo miró hacia abajo.

—No mires —dijo Hogaza.

—¿Y si no consigo saltar limpiamente? —preguntó Umbo—. ¿Y si choco con la barandilla de la cubierta inferior, me parto una pierna y luego, al caer al agua, me ahogo?

—Ya he pensado en eso —dijo Hogaza.

Y sin decir otra palabra, agarró a Umbo por el cuello de la camisa y el cinturón y lo arrojó por encima de la barandilla con tanta fuerza que cayó mucho más allá de la cubierta inferior.

Apenas pudo ver lo que había a su alrededor. Los gritos se alzaron al instante en la cubierta y cuando emergió del agua a respirar por primera vez, Umbo vio que otro cuerpo era catapultado hacia el agua... y comprobó con sorpresa que se trataba del oficial, que comenzaba a chapotear y a tragar agua pidiendo ayuda.

Umbo barajó por un instante la idea de acudir a socorrerlo, pero al fin decidió que no era asunto suyo. Lo que hizo fue obedecer las instrucciones de Hogaza y sumergirse bajo el barco. Más que oírlo, sintió el estruendo provocado por la llegada de Hogaza al agua. Pero a esas alturas se encontraba en la oscuridad que reinaba junto a la quilla. No veía nada en las turbias aguas del río y sentía un miedo atroz a que, al salir a respirar, su cabeza chocara contra el casco por no haber nadado lo suficiente, eso sería su fin... así que siguió buceando hasta sentir que los pulmones le iban a reventar.

Cuando finalmente emergió, la corriente había alejado bastante el barco y toda la tripulación se encontraba en la otra borda, ocupada en sacar al oficial del agua.

Momentos después, la cabeza de Hogaza apareció unos diez metros río abajo. Umbo no era tan tonto como para agitar los brazos o decir algo a modo de saludo. Desde el barco podían ver cualquier movimiento u oír cualquier ruido. El sonido hacía cosas extrañas al desplazarse por el agua. Así que se dejó llevar por la corriente mientras Hogaza nadaba para mantenerse estático y al cabo de unos momentos estaban lo bastante cerca como para hablar entre susurros.

Sin embargo, no había mucho que decir, salvo:

—Esperemos a que estén más lejos.

Lo más importante no lo dijeron. Umbo esperaba con todo su corazón que Rigg entendiera por qué habían saltado del barco. Aunque, técnicamente, no era saltar lo que había hecho.

Al cabo de un rato, cuando pensaron que el barco ya se había alejado lo bastante, Hogaza comenzó a nadar en diagonal hacia la ribera y Umbo hizo lo propio, aunque sin molestarse por mantener el ritmo de las largas y fuertes brazadas de su compañero.

No tenía prisa por llegar a la costa. Nadar era algo que sabía hacer. Cuando ganara la ribera, tendría que averiguar cómo retroceder en el tiempo.

CIUDADANO

Transcurrió una semana antes de que los ordenadores terminaran sus diecinueve cálculos y el prescindible pudiera decir:

—Los ordenadores han calculado un sistema de leyes físicas bajo el que dos transiciones por el pliegue utilizarían la misma energía.

—¿Y ese sistema de leyes físicas guarda algún parecido con el funcionamiento constatado del universo real? —preguntó Ram.

—No —respondió el prescindible.

—Pídeles a los ordenadores que vuelvan a calcular la transición por el pliegue una y otra vez, primero hacia el pasado y luego en sentido contrario, hasta que den con un modo de equilibrar el gasto de energía sin quebrantar ninguna de las leyes conocidas de la física.

—Te alegrará saber —dijo el general mientras cerraba la puerta tras de sí— que tu amigo «Hogaza», si es que realmente se llama así, ha sido capturado y lo han traído aquí de nuevo, así que nuestra pequeña compañía vuelve a estar completa.

Rigg no permitió que las emociones afloraran a su rostro. Lo cierto era que no sabía qué sentir, salvo decepción. Y ni siquiera del todo, porque cabía la posibilidad de que Hogaza se hubiera dejado capturar. Le costaba creer que hubieran podido detenerlo si él no lo deseaba.

Para cambiar de tema y no hablar de nada importante, Rigg dijo:

—Conozco vuestra graduación, señor, pero aún no vuestro nombre.

Estaba sentado a la mesa frente al general, en la estrechez del camarote del capitán. En el exterior se oía el ruido que hacía la tripulación al preparar el barco para la partida.

El general se volvió hacia él con una sonrisa.

—Ah, de modo que cuando estás solo, observas las normas de la buena educación.

—Al contrario que vos, que continuáis sin decirme quién sois.

—Pensaba que guardabas silencio casi todo el rato porque estabas aterrorizado. Ahora veo que, como miembro de la realeza, lo que pasa simplemente es que no te dignas hablar con gente de baja estofa.

—No he sucumbido a la arrogancia al convertirme en un hombre de dinero y en cuanto a ser miembro de la realeza, no tengo ni la menor idea de cómo se

comportarían este tipo de personas si aún existieran bajo la República Popular.

—Sabes perfectamente que la Revolución no fue cruenta. La familia real continúa con vida.

—Creía que habíais dicho que yo estaba muerto y que los que no están muertos ya no forman parte de la realeza.

—Ya no tienen el poder, si te refieres a eso —dijo el general—. En cuanto a mí, puedes llamarme por mi rango militar, que es «general», o por mi condición como civil, que es «ciudadano».

—Si la familia real ya no es real —dijo Rigg—, ¿qué ganaría yo haciéndome pasar por uno de sus miembros?

—Eso es lo que pretendo averiguar —dijo el general—. Por otro lado, puede que seas el necio ignorante que finges ser. Aunque también te has comportado con bastante astucia, tanto antes de conocernos como después, lo que quiere decir que has recibido una educación muy esmerada.

—Mi educación fue muy esmerada, sí —dijo Rigg—. Yo mismo no sabía hasta qué punto, puesto que la mayor parte de ella me pareció inútil hasta que descubrí que no lo era... pero mi padre insistía siempre en que aprendiera un montón de cosas.

—¿Te enseñó finanzas y no Historia?

—Me enseñó mucha Historia, pero ahora me doy cuenta de que descartó la mayor parte de la Historia reciente del mundo dentro del Muro. Estoy seguro de que tenía una buena razón para proceder así, aunque en este momento lo encuentro muy inconveniente.

—Hablas de manera muy elegante, como corresponde a un miembro de la realeza.

—Padre me enseñó a hablar así, aunque nunca utilicé esta forma de hablar con nadie que no fuese él. Ahora la utilizo porque vos lo hacéis y porque me sirvió para intimidar a Tonelero.

—No lo bastante, según parece —dijo el general.

Rigg no quería seguir hablando de Tonelero.

—Alguien me dirá vuestro nombre más tarde o más temprano, si vivo lo suficiente. Y si no, me iré a la tumba sin conocer tan terrible secreto.

—No pretendía ser esquivo —dijo el general—. En tiempos de la Revolución, mi familia decidió renunciar a su apellido, demasiado preeminente, y adoptar el de «Ciudadano». Así que realmente soy el general Ciudadano. Sin embargo, parece que lo que quieres saber es mi nombre de pila, aunque te advierto que sería una grosería utilizarlo si no eres de sangre real. Soy Haddamander Ciudadano.

—Es un placer conoceros, señor —dijo Rigg—. Y, salvo que mi padre fuese un embustero, yo soy Rigg Sessamekesh.

—Pero ya habíamos decidido que tu padre era un embustero, puesto que si en

verdad te llamas Rigg Sessamekesh, el hombre que te lo dijo no era tu padre. Y si era tu padre, entonces tu nombre no puede ser ése.

Al parecer, el general estaba repitiendo las mismas preguntas que durante su anterior paseo hasta el puerto, para ver si las respuestas de Rigg cambiaban. Pero como todo lo que le había contado era la pura verdad —salvo el número de las piedras— no era difícil ceñirse a la misma historia.

—No sé cuál de las dos cosas es verdad.

—Siento la tentación de creerte —dijo el general—. Pero debes ver el compromiso en el que me pones. Si de verdad eres Rigg Sessamekesh, eres de sangre real, hijo único de la mujer que, si aún tuviéramos una casa real, sería la reina, y de su fallecido consorte, Knosso Sissamik, que encontró la muerte en el Muro.

—En cualquier caso, pues, mi padre está muerto —señaló Rigg—. Aunque si soy de sangre real, es ilegal que posea nada de valor.

—No, lo ilegal es que los miembros de la familia real posean cualquier cosa, al margen de su valor, incluida la ropa que llevan o incluso su propio cabello. Si lo dudas, te contaré que, de vez en cuando, se admite que algunos ciudadanos les afeiten la cabeza y se lleven su pelo.

—¿Y también su ropa?

—Todo lo que deseen —dijo el general—. Al menos en teoría. Sin embargo, en los últimos años, tras el escándalo sucedido la vez en que Param Sissaminka fue desnudada por el vulgo al poco de haber entrado en la pubertad, los tribunales han establecido que, dado que la ropa que llevan los miembros de la llamada realeza es prestada, sólo el propietario legítimo de ésta tiene derecho a exigir su entrega. Cualquier otro que lo haga es un ladrón y debe ser castigado como corresponde. Esto contradecía la jurisprudencia anterior, según la cual, la indumentaria de los miembros de la realeza les pertenecía a ellos, por lo que se les podía arrebatar. Los tiempos cambian. El Consejo de la Revolución responde, aunque sea con lentitud, a la voluntad de la gente.

Rigg pensó en lo que le había dicho.

—La ropa que llevo es, con toda certeza, mía y, sin embargo, aún no me habéis despojado de ella.

—Como tu dinero y tus demás posesiones, tu ropa está temporalmente bajo nuestra custodia, así que de momento te permito utilizarla. Pero si no eres miembro de la familia real, la posesión de la piedra preciosa que querías vender es sumamente cuestionable, por lo que lo más probable es que se te acuse de posesión y venta de propiedad robada, así como de intento de suplantación de una persona de sangre real. El castigo combinado de estos delitos podría ser la pena de muerte, pero como eres joven y lo más probable es que hayas sido engañado en este asunto, lo lógico sería que se conmutara la condena por unos cuantos años de prisión... siempre que nos

reveles quién te ha inducido a cometer los crímenes.

Rigg suspiró ante la repetición de la pregunta.

—Ya os lo he dicho. Encontré el nombre al mismo tiempo que conseguí la piedra, cuando la amiga a la que mi padre le había dejado la carta la abrió y la leyó. Ella no sabía nada sobre su contenido, aunque evidentemente sí sobre la piedra. Pero no conocía su valor ni su importancia histórica. Nadie los conoció hasta que intervino el señor Tonelero. Así que, si hay un engaño, ¿no forma el señor Tonelero parte de él?

—Él insiste en que está entre los engañados.

—Lógico, ¿no?

—Sí... pero desde luego la piedra era auténtica, así que él no ha timado a nadie.

—General Ciudadano —dijo Rigg—, he estado pensando en el resumen que habéis hecho de la situación y me he dado cuenta de que, pase lo que pase, perderé hasta el último penique que poseo. En un caso, lo perderé porque soy miembro de la familia real y estoy sometido a las leyes que se aplican a mi familia. En otro, lo perderé porque no soy miembro de la familia real y por tanto he cometido un crimen y como además no puedo denunciar a ningún conspirador, lo más probable es que me sentencien a muerte.

—Si te sirve de consuelo —dijo el general—, lo más probable es que a tus compañeros los torturen hasta la muerte primero, para averiguar la verdad. Si ninguno de ellos revela quiénes son vuestros compañeros de conspiración, ni nos ofrecen ninguna prueba que demuestre que no eres Rigg Sessamekesh, lo más probable es que, si no confiesas, insisto, te salven la vida.

Rigg se puso en pie de un salto.

—¡No! Eso es... eso es una maldad. ¡No puede ser legal! Ellos no han hecho nada malo. Umbo es un amigo de la infancia y ha venido conmigo porque su padre lo echó de casa. Y Hogaza sólo es un buen hombre, antiguo soldado y ahora posadero, que nos acompañó para protegernos durante el viaje. ¿Y van a morir a causa de eso?

—Pero muchacho, ¿es que no lo ves? La única prueba que tenemos de su inocencia es tu insistencia sobre ella... y aquí se trata precisamente de determinar si se puede dar crédito a tus palabras o no.

Sin decir una palabra más, Rigg saltó hacia la puerta del camarote, pero al tratar de abrirla, se encontró con que la mano del general, por encima de su cabeza, la mantenía cerrada.

—No pensarías realmente que iba a dejar que los advirtieras, ¿verdad? —preguntó.

Rigg volvió a sentarse y permaneció en silencio. Al menos, el dilema de su propia situación legal lo conocía. Pero lo que no sabía era cómo salvar a sus amigos. No podía ponerlos sobre aviso. Y aun así... sabía que Umbo tenía que vivir, al menos el tiempo suficiente para volver desde el futuro y advertirlo junto al carruaje, cerca de la

Torre de O. ¿Acaso no significaba eso, no sólo que iba a sobrevivir, sino que estaría cerca de la Torre? Y Hogaza también debía estar vivo y con él, porque si no, ¿por qué el futuro Umbo iba a decirle que Hogaza debía ocultar el resto de las piedras?

No era posible que torturaran a Hogaza y a Umbo hasta la muerte. Y si lo era, entonces lo más factible era que logaran escapar en aquel mismo momento, mientras el barco seguía en el puerto.

Con una sacudida, la embarcación comenzó a moverse.

«Muy bien, entonces Umbo y Hogaza deben saltar y nadar hasta la costa.»

—Curiosamente, no pareces preocupado por la partida del barco —dijo el militar—. ¿Es que sabes algo que yo no sé?

—La partida del barco —dijo Rigg— no supone ninguna sorpresa. Había asumido que se produciría desde el mismo momento en que subí a bordo. Para eso sirven los barcos.

—Pero seguro que habías calculado que tus amigos tratarían de fugarse mientras estuviéramos en los muelles.

—¿Por qué estáis tan convencido de que había calculado eso?

—Porque el muelle es el único sitio en el que podrían confundirse entre la multitud, el único en el que podrían correr. Y a pesar de que se te da muy bien ocultar tus emociones, algo has revelado. Lo bastante para que lo detecte un jugador avezado de piedra negra.

—Pues entonces no se os da muy bien —dijo Rigg—. Porque os puedo asegurar que me he sorprendido cuando el barco ha empezado a moverse. Y si sabéis detectar emociones en una mesa de juego, habréis detectado ésa.

—Sorpresa, sí, pero no preocupación. Tu preocupación se ha disipado al instante.

—No creo que vayáis a matarlos realmente.

—Oh, puedes creerme, no lo haré.

—Me alegro —dijo Rigg, permitiéndose sentir un leve alivio.

—No intentes engañarme aparentando que estás aliviado. No puedes sentir alivio si no sentías tensión y tú no la sentías. Además, no voy a matarlos ni a torturarlos porque ése no es mi trabajo. El Consejo de la Revolución tiene especialistas que se encargan de la tortura judicial. Voy a llevarte allí y ellos te someterán a examen.

Rigg no permitió que las implicaciones de esta última frase —la posibilidad de que también a él pudieran torturarlo— lo alteraran demasiado.

—Me he estado preguntando por qué enviarían a un general a arrestarme. ¿Tan poco valor os atribuye el Consejo de la Revolución que os manda a encargarnos de tareas triviales como ésta?

El general Ciudadano rompió a reír.

—Eres realmente ingenuo. Empiezo a creerlo de verdad. Porque si estás fingiendo, las cosas que finges no entender están... muy mal elegidas.

—De nuevo he de expresar mi ingratitud hacia mi padre por mi deficiente educación.

—La razón por la que me han enviado a buscarte es que he hecho todo lo posible para conseguirlo. Y eso se debe a que existen controversias acerca del Imperio Sessamoto más antiguas y más profundas que el mero hecho de la deposición de la familia real y la toma del poder en el Mundo intramuros por parte del Consejo de la Revolución.

—No tengo ni la menor idea de lo que estáis hablando —dijo Rigg.

—Un decreto de Aptica Sessamin, abuela de la reina depuesta, establecía que sólo las mujeres podían gobernar el Imperio Sessamoto. Para dar mayor fuerza a su decreto, ordenó la ejecución de todos sus parientes masculinos. Esto acabó de raíz con numerosas conspiraciones para expulsarla a ella, una mujer, de la Radiante Tienda.

—¿La Radiante Tienda? —preguntó Rigg.

—Oficialmente, cualquier residencia real es la Radiante Tienda cuando el monarca legítimo se encuentra en ella. Aptica Sessamin asesinó a todos sus hijos varones, como ya te he dicho, y su hija y sucesora, Mutash Sessamin, sólo tuvo una hija, Hagia Sessamin.

—Hagia... La que podría ser mi madre, si es que lo es.

—Veo que sí conoces los nombres de la familia real...

—Claro que sí. Ahora —dijo Rigg—. Se lo he oído susurrar a la mitad de la gente con la que nos hemos encontrado. «Asegura que es el hijo de Hagia Sessamin.»

—Una respuesta inteligente —dijo el militar—. He tenido mucho cuidado de no mencionar su nombre, por si alguna vez se te escapaba. Pero sí, yo he oído los mismos comentarios, aunque no pensaba que tú lo hubieras hecho... No importa, no debo subestimar tu astucia ni tu capacidad de observación.

Rigg no respondió a esto de ninguna manera visible, pero a esas alturas ya sabía que para el general Ciudadano, el no mostrar ninguna respuesta era de hecho una respuesta.

—Así que cuando nació Rigg Sessamekesh, el primer vástago varón de sangre real desde la muerte de Aptica Sessamin, el mero hecho de que recibiera el sufijo «ekesh» ya fue objeto de honda controversia. Era el sufijo que se asignaba al primogénito varón en los tiempos en que los varones aún gobernaban. Hagia Sessamin aseguró que sólo significaba que era su primogénito. Como para entonces la Revolución se había asegurado de que no hubiera nada que pudiera heredar un vástago real, y menos aún uno masculino, el nombre no tenía ninguna relevancia desde este punto de vista. Pero otros pensaron que utilizó el nombre para fomentar las revueltas y restaurar el poder real. Y otros que lo que pretendía era repudiar la ley instaurada por su abuela, por la que la Tienda y la Piedra deben pasar de madres a

hijas.

—¿La Tienda y la Piedra? —preguntó Rigg.

—Sí —dijo el general—. La Tienda que mantenía vivo el recuerdo de los tiempos en que los sessamidas eran nómadas, y la Piedra, perdida hace milenios pero aún reverenciada, y reemplazada simbólicamente por un guijarro de río. La misma piedra que tú, tan amablemente, te ofreciste a vender.

Rigg no dijo nada, porque en aquel momento estaba pensando en las otras dieciocho piedras y se preguntaba por qué, en el despacho de Tonelero, había tenido que ir a escoger precisamente la que más problemas podía causarle.

El general continuó con la historia:

—Así que, cuando corrió la voz de que Rigg Sessamekesh había muerto siendo un niño, los que lo creyeron se sintieron aliviados. Pero otros pensaron que era una estratagema, que unos conspiradores se habían llevado al niño para usarlo, no sólo para restaurar la monarquía, sino también para abolir la ley de la primogenitura femenina.

—En ese caso, debo de ser un completo necio para hacerme pasar por él —dijo Rigg—. No sólo el Consejo de la Revolución sino también aquellos que están de acuerdo con la ley promulgada por la reina Aptica me quieren muerto. Los amigos que pudiera tener un impostor de esta naturaleza no pueden ser sino una triste minoría.

—Bueno, ahí es donde las cosas comienzan a complicarse —dijo el militar con una risilla—. Porque una parte importante del apoyo recibido por la Revolución fue de los opositores a la monarquía exclusivamente femenina. Cuando estalló la Revolución, no había herederos varones, de modo que el único modo de abolir el gobierno de las reinas era abolir la monarquía por entero. Pero si apareciera un heredero varón, parte del apoyo del Consejo de la Revolución, la mayor parte, según algunos, se evaporaría para rendirse a este heredero, dado que siempre ha habido muchos que consideraban que Aptica era una abominación y su ley antivarones un sacrilegio.

—Me sorprende que no asesinaran al pequeño Rigg Sessamekesh nada más ver su cosita —dijo Rigg—. Para evitar todas estas complicaciones.

—Lo dices como si no fueras él —dijo el general.

—Hasta donde yo sé, no lo soy —dijo Rigg—. Pero también sé que no soy un farsante. Siempre omitís la posibilidad de que todo lo que os he dicho sea cierto. De que, en mi ignorancia, sea inocente de todo crimen.

—Sea como sea —dijo el militar—, me han asignado este cometido porque ciertas personas creían que se podía confiar en que averiguara la verdad sobre ti.

—¿Para que, si resulto ser el verdadero Rigg Sessamekesh, podáis matarme?

El general Ciudadano le sonrió.

—Ya veo que no soy el único que tiende trampas.

En efecto, Rigg le había tendido una trampa. Si la situación que había descrito el general era cierta, un leal servidor del Consejo de la Revolución no habría vacilado en matar a Rigg a la menor ocasión, puesto que en ninguno de los desenlaces posibles su supervivencia era conveniente. Como es natural, lo disimularían como un accidente, pero ocurriría igualmente, porque fuese un farsante o fuese el auténtico heredero, tenía que morir.

—General Ciudadano —dijo Rigg—, tengo la impresión de que os da igual que sea el Rigg Sessamekesh al que dio a luz Hagia Sessamin hace trece años.

—Pues no es así en absoluto —dijo el militar.

—Lo que sí os importa es que puedo resultar creíble para el pueblo de Aressa Sessamo, lo bastante para que el Consejo de la Revolución pueda ser derribado y reemplazado por un regente que gobierne en mi nombre... ¿Vos mismo, tal vez?

—Solamente te has equivocado en una cosa —dijo el general.

—No lo creo —dijo Rigg—. Ahora vais a decirme que únicamente lo habéis hecho para comprobar si representaba un peligro, pero que en realidad sois totalmente leal al Consejo de la Revolución.

El general Ciudadano no dijo nada y no demostró nada.

—Puede que seáis leal o puede que no, y puede que os mueva la ambición o puede que no —dijo Rigg—. No tengo manera alguna de influir en vuestro juicio. Pero no hay nada en lo que he dicho o hecho que sugiera que estaría dispuesto a participar en un plan destinado a derrocar al Consejo de la Revolución. Y si no participo voluntariamente, ninguna conspiración podrá utilizarme.

—¿Y si la supervivencia de tus amigos estuviera en juego? ¿No harías lo que se te dijera en ese caso? —preguntó el general.

¿Realmente contaba el general Ciudadano con la lealtad de Rigg hacia sus amigos para convertirlo en una herramienta dócil? Padre había citado en una ocasión a un filósofo que decía: «El hombre bueno cuenta con que otros compartan sus virtudes, mientras que el hombre malvado cuenta con las virtudes de hombres mejores que él. Ambos se equivocan.» ¿Era el general Ciudadano tan estúpido como para cometer cualquiera de estos dos errores?

De repente estalló un griterío fuera del camarote y, un momento más tarde, alguien abrió bruscamente la puerta. Era un soldado.

—¡Han saltado por la borda! ¡Y han tirado al Gritos al agua!

—Vigila al prisionero —dijo el general mientras echaba a correr hacia la puerta. El soldado cerró y se plantó delante de ella.

—No intentéis ni siquiera hablarme —le dijo a Rigg.

—¿Ni aunque sea para preguntar cómo demonios puede llamarse alguien «el Gritos»?

El soldado permaneció allí un largo rato y Rigg llegó a la conclusión de que no iba a responder. Pero entonces lo hizo.

—No se llama así en realidad, señor. Es como lo llamamos a su espalda. Espero que el general no se haya dado cuenta.

—Yo no apostaría por ello —dijo Rigg—. Se da cuenta de todo.

El soldado asintió y suspiró.

—Ojalá sólo me reduzcan las raciones y no tenga que probar el látigo. —Y entonces se puso colorado, porque posiblemente no tendría que haberle dicho semejante cosa a un prisionero.

—¿Te ayudaría si le digo que te has arrepentido al momento?

—No, porque eso significaría que he hablado con vos.

—Cosa que, ciertamente, no has hecho —dijo Rigg—, a pesar de todos mis esfuerzos por inducirte a ello.

El soldado se mantuvo en silencio largo rato. En el exterior continuaba el griterío. La nave aminoró la marcha y luego cambió de sentido. Después volvió a avanzar. Alguien llamó dos veces a la puerta. El soldado la abrió ligeramente, salió del camarote —sin darle la espalda ni un instante a Rigg— y un momento después volvió a entrar.

—Vuestros amigos se han escapado, señor —dijo el soldado en voz baja, tan baja que casi no pronunció las palabras, cosa que hizo con tanta naturalidad que Rigg supuso que debía de ser el modo en que se comunicaban los soldados cuando estaban de guardia.

Rigg no preguntó al soldado por qué lo llamaba «señor». Sabía perfectamente que el secreto de su supuesta identidad había circulado entre los soldados, y quizá entre toda la tripulación y la mitad de O antes de que levaran anclas. El soldado lo llamaba «señor» porque aún sentía respeto por la realeza y Rigg era, teóricamente, el heredero al trono.

Así que el miedo a que existiera un movimiento contrario al Consejo de la Revolución no carecía del todo de fundamento.

Bien, ¿era posible que Padre lo hubiera sacado de niño de la casa real? La única pregunta, entonces, era si lo había hecho obedeciendo los deseos de sus padres o en contra de ellos. ¿Se lo habrían entregado sus padres al Vagabundo con la esperanza de salvar su vida? ¿O lo había secuestrado él?

¿O podía ser —una posibilidad intrigante— que Padre, sabiendo que el verdadero Rigg había sido asesinado y su cuerpo ocultado o destruido, hubiese cogido a un niño completamente normal y lo hubiera criado para que un día pudiera hacerse pasar por el Sessamekesh? En tal caso, no había escatimado esfuerzos para dar con un niño que, presumiblemente, al crecer se pareciera lo bastante a la familia Sessamoto como para suplantar a su perdido hijo y heredero.

Lo que Rigg no podía entender era por qué Padre habría organizado las cosas de tal modo que su complot echara a andar después de su muerte. ¿Por qué no había querido estar allí para guiar a Rigg en su peligroso camino?

¿O es que acaso ya le había dado toda la guía que podía necesitar?

Permaneció allí sentado, tratando de pensar qué cosas de las que le había enseñado Padre podían resultarle útiles en aquella situación. No acudió nada a su mente. Por difícil que fuera de creer, parecía que Padre no lo había pensado todo.

Pero Padre sabía que nadie podía pensarlo todo. Así que debía de haber creído que había brindado a Rigg las herramientas que necesitaba para hacer frente a cualquier situación, incluida aquélla. El problema era que Rigg no tenía ni la menor idea de lo que podía hacer, así que no podría utilizar lo que quiera que Padre había pensado que podía utilizar.

La puerta se abrió. No fue el general Ciudadano el que entró, sino un oficial empapado, al parecer el conocido como el Gritos. Unos soldados lo introdujeron en el cuarto a empujones y al instante lo ataron a Rigg con unos grilletes, muñeca contra muñeca y tobillo contra tobillo.

Entonces apareció el general en la puerta, desde donde le gritó al desgraciado y tembloroso oficial:

—¡A ver si puedes impedir que éste se tire por la borda, maldito imbécil! ¡Y a ver si no te tira a ti también!

Rigg dedujo al instante que el objetivo de los gritos era transmitir un mensaje a todos los soldados. No le daba la impresión de que el militar estuviera realmente enfadado con el Gritos. La mirada que le dirigió a él sí que era de enojo.

Cuando el general se marchó y Rigg se quedó a solas con el Gritos, le costó un gran esfuerzo no echarse a reír allí mismo. El viejo Hogaza no sólo había conseguido escapar del barco con Umbo, sino que también había arrojado al agua a su perro guardián. Y el general Ciudadano, fuera el que fuese su auténtico propósito, no podía estar contento.

MARCHA ATRÁS

Esta vez, los ordenadores tardaron once días en dar con una respuesta.

—Traduciendo los requisitos energéticos a masa —dijo el prescindible—, todos los ordenadores coinciden en que, sin quebrantar las leyes de la física constatadas hasta la fecha, el coste previsible para volver desde el pliegue a nuestra posición anterior en el espacio-tiempo, pero en sentido contrario, sería de unas diecinueve veces la masa de la nave y todo lo que contiene.

—Diecinueve ordenadores —dijo Ram— y diecinueve veces la masa.

—¿Te parece significativa la coincidencia? —preguntó el prescindible.

—Cada ordenador, como observador, interfirió en el espacio-tiempo en el momento en que se generó el pliegue —dijo Ram—. Tú y yo no éramos observadores, puesto que no podíamos ni ver ni comprender las convoluciones de los campos que estaban apareciendo. Así que para cada observador tuvo que haber un salto distinto. Y para cada salto, tuvo que haber un gasto de masa igual a la masa total de la nave y sus contenidos.

—Así que si hubiera habido sólo nueve o diez ordenadores —dijo el prescindible—, ¿sólo habríamos retrocedido la mitad hasta el presente?

—No —respondió Ram—. Creo que si sólo hubiera habido un ordenador, sólo nos habríamos adentrado una diecinueveava parte en el pasado del sistema estelar que era nuestro objetivo antes de salir despedidos en sentido contrario.

—Pareces muy satisfecho con tu hipótesis —dijo el prescindible—, pero no entiendo por qué. Sigue sin explicar nada.

—¿No lo ves? —dijo Ram—. El paso por el pliegue nos ha empujado hacia el pasado en una medida basada en la masa de la nave, su velocidad o lo que sea. Pero el único modo de «pagar» esa transición fue enviar una masa idéntica en sentido contrario. Y como había diecinueve observadores creando los campos que generaron el pliegue, el fenómeno ha sucedido diecinueve veces.

—Pero, en realidad, sólo ha sucedido una —dijo el prescindible.

—No —dijo Ram—. Han sido diecinueve veces. Por cada salto, una copia de la nave salió despedida hacia atrás en el tiempo. Hay otras dieciocho versiones de nosotros en el mismo espacio que la nave original, sólo que moviéndose en sentido contrario en el tiempo en dirección a la Tierra, todas ellas invisibles entre sí.

—¿Así que el fracaso de la misión se debe a que nos fiamos de los ordenadores? —preguntó el prescindible.

—La misión no ha fracasado —dijo Ram—. Ha tenido éxito diecinueve veces.

Simplemente, nosotros somos el rastro de su paso.

Hogaza había hecho toda clase de planes para volver a O y ocultarse allí el tiempo suficiente para que Umbo pudiera entregar sus mensajes. Pero cuando éste logró al fin convencerlo de que no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo, comprendió que sería mejor marcharse a otra parte para que pudiera aprender a saltar hacia atrás en el tiempo.

—Podría tardar semanas en conseguirlo —dijo Umbo mientras caminaban por los bosques de regreso a O—. O meses. —«Si es que lo consigo»—. Sólo Rigg podía saltar hacia atrás en el tiempo. Yo lo ayudaba, ralentizándolo. O acelerándolo.

—¿Cómo?

—Siempre pensé que ralentizaba a la gente, pero Rigg me dijo que lo que hacía en realidad era acelerarlos, de modo que todo a su alrededor parecía moverse más despacio.

Hogaza respondió a esto refunfuñando, mientras apartaba una rama del camino y la mantenía así un momento para que no golpeará al muchacho en la cara al pasar.

—Gracias —dijo Umbo—. Mira, Rigg podía ver los rastros dejados por la gente en el pasado. Los veía en todo momento. Mucho antes de que yo lo ayudara. Sabía lo que estaba buscando. Pero yo no.

Hogaza volvió a refunfuñar.

—Tenemos que ir a un sitio en el que pueda practicar. E incluso entonces, cualquiera sabe si podré ver algo.

—Mira —dijo Hogaza—, sabemos que lo conseguiste. Sabemos que ha sucedido. Sólo tenemos que ser pacientes. Sólo tienes que esforzarte, para que no perdamos mucho tiempo.

—No se trata de tiempo perdido —dijo Umbo—. Tardaremos lo que tardemos.

—Así es como veo yo las cosas —dijo Hogaza—. Ya hemos debido de pasar por esto, sólo que la primera vez, Rigg fue arrestado sin que tú escondieras el cuchillo y sin que yo ocultara las joyas y el dinero. Luego aprendiste a desplazarte hacia atrás en el tiempo, volviste a O, transmitiste tus advertencias y ahora todo está sucediendo de manera distinta. Así que, ¿por qué tienes que transmitir los mensajes otra vez?

—Porque nada de esto ha sucedido aún, así que esta vez no va a suceder —dijo Umbo—. Tengo que aprender a retroceder en el tiempo para volver a este momento y transmitir de nuevo el mismo mensaje.

—Pero no has recibido el mensaje dos veces, ¿verdad? Así que, ¿por qué tienes que transmitirlo dos veces?

—No lo sé —dijo Umbo—. No creo que sean dos veces. Creo que se trata de un único mensaje y que aún tengo que transmitirlo.

—Pero sólo sabes que tienes que hacerlo porque ya lo has hecho. Y ésa es la

cuestión. Ya lo has hecho. En fin, no voy a discutir contigo. Aunque no tengas que enviar el mensaje de nuevo, sería útil que aprendieras a hacerlo y si eso te hace sentir mejor, adelante, transmite tus mensajes... si es que recuerdas lo que dijiste.

—Tengo que hacerlo porque sé que lo hice, sólo que cuando lo hice era el futuro, así que tengo que llegar al futuro para volver al pasado y hacer lo que ya he hecho... Suena tan absurdo que tiene que ser imposible.

—Pero ha sucedido, así que es posible. No estaremos en O mientras aprendes a hacerlo, porque podrían capturarnos. Pero tengo que volver a recuperar las joyas y el dinero. Necesitamos el dinero. Podemos coger un barco a El Atraque de Goteras y quedarnos allí un tiempo. Estaremos a salvo. Pero las joyas y las piedras... no podemos venderlas por ahora. Creo que volviste a advertiros a Rigg y a ti porque la primera vez que pasamos por esta experiencia, los soldados se quedaron con todo y eso empeoró las cosas para Rigg. La primera piedra... ¿será casualidad que era la única legendaria y de valor incalculable? ¿O las demás lo serán también y las cosas empeorarían para Rigg si lo cogieran con ellas? Y en cuanto al cuchillo... vaya usted a saber los problemas que podría causar. Es muy antiguo pero parece nuevo, ¿verdad? Y Rigg no sabe nada del hombre al que se lo quitó.

—Entonces debemos recuperar el dinero y enterrar el cuchillo y las piedras donde nadie pueda encontrarlas jamás —dijo Umbo.

—No —respondió Hogaza—. Porque no sabemos si las necesitaremos luego para comprar la libertad de Rigg. Y otra cosa. Son la herencia de Rigg, de su padre, así que lo que tenemos que hacer es impedir que caigan en las manos del Consejo de la Revolución o las de cualquier otro que nos desee mal. Pero tenemos que llevarlas a Aressa Sessamo para que Rigg pueda utilizarlas si llega a necesitarlo.

—Lógico, dado que nos han sido tan útiles hasta el momento —dijo Umbo.

Hogaza le dio un pequeño empujón.

—Mira la ropa que llevas. Mira lo que has vivido, la gente con la que hemos hablado y las cosas que hemos averiguado. Unas pocas semanas siendo rico me han enseñado muchas cosas.

—¿Por ejemplo? ¿Que es el mejor modo de acabar arrestado?

—A Rigg lo han arrestado por su nombre, no por su dinero.

—Bueno, ¿entonces qué te ha enseñado el ser rico... o el andar en compañía de un muchacho rico?

Hogaza sonrió.

—Que me gusta mucho más que ser pobre.

—Pues yo no tenía ningún problema con ser pobre. Ni siquiera sabía que lo era. De hecho, no sabía que existieran las cosas que hemos comprado, así que no las deseaba. La vida era agradable.

—Hablas como un verdadero privo —dijo Hogaza.

—Bueno, ¿qué hacemos entonces? Entramos en O, cogemos las piedras y el dinero...

—No has entendido absolutamente nada. Yo entro en O y yo cojo el dinero.

—¡No irás a dejarme solo!

—Sí —respondió Hogaza—. Y vamos a acordar una señal, para que cuando vuelva, pueda llamarte. Si silbo así... —Silbó— es que estoy solo y no hay problemas. Pero si silbo así... —un sonido distinto— es que voy con alguien y debes seguir escondido.

—No existe ningún pájaro que silbe de esa manera.

—Entonces es una suerte que no quiera llamar a ningún pájaro, ¿verdad? —repuso Hogaza—. Son señales militares de mi antiguo regimiento.

—Vas a necesitar una más.

—¿Para qué?

—Una que signifique: «Estoy con alguien peligroso, pero necesito que vengas de todos modos.»

—Nunca te haría una señal así.

—Puede que tengas que hacerlo. A ver, síbala.

—No vamos a necesitarla.

—¡De todos modos es mejor que la tengamos!

Hogaza arrugó el semblante, pero volvió a silbar, aunque con un sonido muy diferente.

—Aquí soy yo el que tiene experiencia, pero aun así crees que puedes dar las órdenes.

—Tú eres un hombretón y yo un niño. Yo no puedo salir de las situaciones peleando. Así que lo que hago es pensar en todas las opciones que podría necesitar. Eso es lo que se hace cuando uno es pequeño.

—Yo también fui niño en su día —dijo Hogaza.

—Y seguro que eras más grande que niños dos años mayores que tú.

Hogaza no dijo nada.

—Cuando no respondes, es porque tengo razón.

—Cierra el pico —dijo Hogaza—. Me parece haber vislumbrado la torre.

—¿Qué torre? —preguntó Umbo.

—La Torre de O —refunfuñó Hogaza—. ¿Es que eres tonto?

—Estaba pensando en otras cosas —dijo Umbo—. Estaba pensando en cómo volver atrás en el tiempo.

—Estabas pensando en lo listo que eres, en que me habías dicho: «Tengo razón», y luego resulta que no eres tan listo. Y no te molestes en discutir, porque los dos sabemos que me ha tocado quedarme con el chico tonto mientras el chico listo sigue prisionero a bordo de ese barco.

Eso dolió a Umbo. Más aún que los golpes de su padre. Y aunque Hogaza le dio un empujón amistoso y le dijo: «Venga, sabes que estaba bromeando», lo cierto era que los dos sabían que era verdad. Pero no era cuestión de ser listo o tonto. La cuestión era las cosas que les había enseñado El Vagabundo a Umbo y Rigg. A Umbo unas pocas y nada más. Las justas para ayudar a Rigg. Pero a Rigg lo había preparado para todo. Lo había entrenado para ser el heredero de una casa real... porque eso es lo que era en realidad.

«Si El Vagabundo me hubiera enseñado del mismo modo, yo también sería listo.
»¿No?»

Al final, a pesar de lo que habían acordado, Hogaza terminó por no emplear ninguna de las señales. La razón fue que Umbo lo desobedeció y, en lugar de quedarse donde le había dicho, lo siguió y, cuando estaba a poca distancia de la torre, se subió a un árbol. Desde allí pudo ver dónde había enterrado Hogaza la bolsa de las piedras y también que nadie lo seguía mientras regresaba siguiendo un camino entre los árboles. Así que volvió corriendo al lugar en el que se habían separado, trepó a otro árbol y se dejó caer desde una de las ramas bajas justo delante de Hogaza. Y luego se sometió alegremente al discurso de «haz-lo-que-te-digo-o-vamos-a-acabar-muertos» de Hogaza.

Cuando terminó la reprimenda del veterano soldado, Umbo preguntó:

—¿Las tienes? ¿Todas?

—Salvo que alguien haya encontrado la bolsa, sacado sólo una de las piedras y vuelto a esconder el resto, sí, las tengo todas.

—Pues veámoslo. Vamos a contarlas —dijo Umbo—. Porque ahora creo que sí que falta una.

Las contaron. Y volvieron a contarlas.

—No puedo creerlo —dijo Hogaza—. ¿Cómo ha podido desaparecer una?

—Y encima la más grande —dijo Umbo.

—¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía —respondió Umbo—. Pensé que podía haber pasado, nada más.

—No tiene ningún sentido —dijo Hogaza con tono vehemente—. Nadie roba una sola piedra.

—Yo sí —dijo Umbo—. Y acabo de ver el escondite. Así que apuesto algo a que fui yo el que lo hizo.

Hogaza se volvió hacia él.

—Pues ya me la estás entregando, ladronzuelo.

—No te oí llamar ladrón a Rigg por llevarse aquel cuchillo.

—¡Pues claro que lo llamé ladrón!

—Es cierto, pero no lo agarraste como a mí. ¡Y me duele, así que déjalo! ¡No tengo la piedra porque yo no la he cogido!

—Pero si has dicho que la habías cogido.

—He dicho que apostaba algo a que había sido yo, aunque en realidad lo que tendría que haber dicho es que apuesto algo a que lo haré.

Hogaza suspiró.

—¿Por qué? ¿Qué sentido tiene?

—Ninguno, pero cuando has hecho ese comentario sarcástico sobre que alguien podía haber cogido una, he pensado: «¿No tendría gracia que mi futuro yo vuelva atrás en el tiempo, busque la bolsa de las piedras y saque la más grande?» Y en el mismo momento en que lo pensaba, decidí que si se presentaba la ocasión, lo haría. Así que supongo que se ha presentado la ocasión.

—¿Lo que estás diciendo es que cuando aprendas a viajar hacia atrás en el tiempo vas a utilizar tu don para gastarle bromas estúpidas a tus amigos?

—Por fin empiezas a entenderlo.

—Debería romperte el brazo.

—Pero sé que no lo vas a hacer.

—No estés tan seguro.

—Sé que mi brazo estaba perfectamente cuando mi yo futuro vino a visitarme. Y también sé que no voy a ahogarme, romperme el cuello al caerme de un árbol, ni morir con la garganta rebanada a manos de un bandido. No me voy a morir de una enfermedad, ni me va a caer un rayo y nadie me va a matar a golpes con un palo.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Cómo quieres que no lo esté? ¡Volví para vernos a Rigg y a mí! ¡Y saqué la piedra de la bolsa!

—Ojalá yo pudiera volver atrás en el tiempo y esconderla en un sitio distinto —dijo Hogaza.

—¡Por fin comienzas a entenderlo! —dijo Umbo—. Vamos, la gente siempre hace juegos con todo. Tú estuviste en la guerra de adulto... pero ¿acaso no jugaste a la guerra cuando eras niño? Yo sí. Como todo el mundo. Así que, cuando aprenda a retroceder en el tiempo, pienso jugar con ello. Hacer advertencias es una cosa... sólo hace falta aparecer y hablar. Pero sé que tendré que probar que puedo hacer lo mismo que Rigg o me sentiré como si hubiera perdido la partida. Él le coge un cuchillo a un desconocido. Yo cojo... cogeré... la joya, pero sólo nos la cojo a nosotros, para que nadie la eche en falta. ¿Lo ves? Un juego.

—Pues a mí no me divierte —dijo Hogaza.

—Porque eres viejo, estás cansando y sabes que vas a morir. —Y esta vez, cuando Hogaza amagó con golpearlo, Umbo lo esquivó—. ¿Lo ves? Somos amigos y bromeo contigo como hacen los amigos. ¿Entiendes? Eso es lo que hace la gente normal.

—Los niños normales no tratan así a los adultos —dijo Hogaza, y parecía un poco

enfadado.

—Pero es que tú no eres un adulto normal —dijo Umbo—. Cuando me pegas, no intentas hacerme daño de verdad.

—Acércate un poco más, Umbo, y lo comprobaremos.

—Mi padre me habría tirado al suelo y una vez allí la habría emprendido a puntapiés conmigo —dijo Umbo.

—Demasiado trabajo —dijo Hogaza—. No merece la pena.

—¡Somos amigos! —exclamó Umbo con tono triunfante.

—Bueno, «amigo» —dijo Hogaza—, tengo una pregunta para ti. ¿Dónde está la joya ahora?

Esto dejó a Umbo en silencio un buen rato. ¿Era posible que la joya se hubiese esfumado del mundo sin dejar rastro? ¿Había dejado de existir y luego volvería a aparecer, en medio de ninguna parte, salida de la nada? La idea llevó a Umbo a preguntarse lo que significaba existir. Cuando Rigg retrocedió en el tiempo para coger el cuchillo, no abandonó en ningún momento el mundo del presente. La única diferencia era que podía ver a la gente del pasado. Ellos no lo veían a él, pero aun así estaba allí. Pero la joya no. Había desaparecido.

¿Y el cuchillo? Estaba en poder de un desconocido. Rigg alargó la mano y lo cogió, y Umbo recordaba haber visto que aparecía de pronto en la mano de Rigg. Poseía una existencia continuada. Lo único que pasaba era que había dado un salto de siglos, puede que de milenios. Los había sorteado de un plumazo. Porque Rigg había alargado la mano hacia el pasado y lo había cogido. Esto era lo que le había pasado a la piedra. No había dejado de existir, había cambiado de lugar. Y de época. El cuchillo lo había cogido la mano de Rigg. La piedra la cogería la de Umbo.

Habían descendido el curso del río, transportados por una embarcación. Cada segundo transcurrido entre El Atrache de Goteras y O, habían seguido existiendo en algún lugar del mundo, en el barco. Pero para el cuchillo y la piedra no había barco. No había río. El desplazamiento había sido instantáneo. Y Umbo no quería seguir pensando en ello. Sobre todo por la cara de satisfacción de Hogaza, que había logrado callarlo con un simple comentario.

También eso era una especie de juego, ¿no? y Hogaza había ganado.

No cogieron pasajes en uno de los barcos que remontaban el río desde O, por si alguien, al reconocerlos, comprendía que debían haberse escapado y volvía a detenerlos, con piedras y todo. Lo que hicieron fue pasar a la otra orilla y luego embarcar.

No subieron al primer barco que pasó. Umbo no entendió por qué no les servía cualquier barco hasta que Hogaza llamó a uno de ellos —que no se había acercado a la orilla— gritando el nombre de su piloto.

—¡Rubal! —exclamó una primera vez, y luego una segunda, con más fuerza.

Luego comenzó a agitar los brazos desde la orilla y siguió gritando «Rubal», hasta que finalmente el piloto lo vio o lo oyó.

—¡Hogaza, viejo ladrón!

—¡De ladrón nada, ella me eligió a mí! —respondió Hogaza. Pero a Umbo, entre dientes, le dijo—: La verdad es que sí que le robé la novia, pero por aquel entonces éramos soldados, casi niños. Ahora no lo haría.

—Menos mal —dijo Umbo—, porque Goteras te mataría.

—Es cierto. Como mínimo, por volver a llevar a Rubal a nuestra posada. Tendría que ofrecerle alojamiento, sería lo justo.

—¿Qué tiene de malo?

—Es un impenitente jugador de piedras y siempre está haciendo trampas. Se le da bastante bien, pero no tanto como para engañar a un jugador avezado.

—¿Como tú?

—No —dijo Hogaza—. Aunque una vez tuve que matar a uno que sí lo era para salvarle el cuello a Rubal.

—Entonces, te debe el pasaje.

—Nos habremos salvado el cuello mutuamente unas veinte veces. Lo hará como un favor, no para pagar una deuda.

—¿Cómo sabías que iba a pasar por aquí?

—No sabía que sería Rubal. Pero sí que más tarde o más temprano aparecería alguien de quien pudiera fiarme y que no nos robara y arrojara nuestros cadáveres al río. Vivo y trabajo en el río, Umbo. No hay tantos barcos ni tantos pilotos y al cabo de un tiempo acabas conociendo a la mayoría.

Remontaron el río sin contratiempos. Paraban aquí y allá. Hogaza se presentaba a los demás posaderos. Siempre se llevaban bien, porque no se hacían la competencia. Los ribereños paraban en la posada que se encontraba más cerca al caer la oscuridad. Nadie continuaría río arriba de noche para detenerse en su lugar favorito. Así que salvo que las chinches de los camastros fuesen tan numerosas o la comida tan infecta como para evitar el establecimiento, había dinero para todos, aunque en cantidades menguantes a medida que ascendían por el curso.

Hogaza ayudaba con las pértigas y los remos de vez en cuando. Sus músculos no estaban acostumbrados, pero era fuerte y aprendía rápido. Umbo, en cambio, era tan pequeño que cuando se ofreció a ayudar sólo consiguió que se rieran de él.

—Además —murmuró Hogaza—, tienes otra cosa que hacer. Dentro de tu cabeza.

Así que Umbo se pasaba hora tras hora tendido a la sombra de la vela, cuando el viento los ayudaba a remontar la corriente, o bajo una lona cuando no era así. Era fácil acelerar las percepciones de los tripulantes para que estuvieran más alerta y tuvieran tiempo de sobra para hacer frente a los posibles obstáculos en el río.

Ninguno de ellos sospechaba estar recibiendo ayuda de Umbo, salvo el propio Hogaza, que se volvió hacia él con ojos entornados las pocas veces que lo hizo. Ahora estaba tratando de estudiar cómo funcionaba su don, cosa que no había hecho desde que El Vagabundo interrumpió sus lecciones, y estaba descubriendo algunos hechos interesantes.

Primero, el efecto de aceleración se prolongaba durante varios minutos cuando Umbo dejaba de hacerlo.

Segundo, era bastante parecido al torrente de energía que se desata cuando uno está en peligro, sólo que en lugar de acelerar el corazón, entrecortar la respiración e inspirar ese tipo de terror profundo que produce un estado de concentración y percepción acrecentadas, lo que Umbo les proporcionaba era una especie de pánico sin miedo.

Así que para generar el efecto en sí mismo y acelerar sus reacciones, trató de provocarse miedo durante un rato. No funcionó. Para empezar, no se lo creía de verdad. Y además, en realidad no se trataba de la misma cosa, así que el miedo no hacía efecto.

Si hubiera tenido un espejo, podría haberlo usado para proyectar el efecto sobre sí mismo, pero cuanto más lo pensaba, más ridículo le parecía. Sabía que lo que los espejos hacían era reflejar la luz, pero nada invitaba a creer que reflejaran también su poder.

Trató de mirarse las manos o los pies como miraba a las personas con las que utilizaba su don, pero de nuevo no hubo ningún efecto discernible, ni aceleración de sí mismo ni retardo perceptible del mundo.

Finalmente, desesperado, se rindió y se quedó allí tumbado sin más, a la sombra, dejando que el barco ascendiera entre gritos de «¡Pértigas!» o «¡Postes!» y luego volviera a hundirse al retirarse al unísono la mitad de las pértigas. Era un movimiento casi suave, pero no del todo, y allí, tendido sobre la cubierta, podía sentir las acometidas de avance y los pequeños retrocesos que las seguían. Se concentró profundamente en el movimiento y le pareció que comenzaban a aminorar, que los gritos se alzaban con más lentitud, que cada sacudida de avance duraba más tiempo y cada retroceso era más marcado.

Entonces se quedó dormido.

Y al despertar —ayudado por el puntapié de uno de los ribereños y por un grito de «El rancho, mozo»— casi se había olvidado de la sensación previa al sueño, la sensación de que todo se movía muy despacio y que le hizo pensar: «Me pregunto si es eso lo que se siente al estar bajo el influjo de mi don.»

—Idiota... —susurró.

—¿Cómo? —preguntó el ribereño más cercano. Habían recalado en la costa para almorzar y descansar un rato, así que en aquel momento no había nadie a las pértigas.

—Me lo decía a mí mismo —dijo Umbo—. Me he llamado idiota.

—El primer paso es aceptarlo —dijo el ribereño—. Aunque los demás ya lo teníamos claro hace tiempo.

Umbo sonrió al instante. Era agradable sentirse aceptado por ellos, aunque el mérito era de Hogaza, no suyo. Pero cuando sus ojos y los de Hogaza se encontraron por encima de las brasas del cocinero, aún candentes sobre el brasero, le guiñó un ojo y Hogaza asintió. Estaba haciendo progresos.

Aquella tarde, Umbo se concentró en aislar lo que le hacía entrar en el trance. No era el sueño. El sueño había interrumpido el fenómeno, no lo había desencadenado. Tampoco era la concentración, en realidad. No había estado pensando en el ritmo de «Pértiga, poste, pértiga, poste» establecido por los dos grupos de ribereños al alternar sus movimientos. Era una cosa distinta, que le provocaba una sensación diferente cuando se la hacía a otros, pero aun así, de un modo extraño, era igual. Como aprender a utilizar un nuevo músculo. Y cuanto más practicaba, con más facilidad se encontraba en aquel lugar interior donde era capaz de frenar o acelerar el tiempo.

Era como si, en lugar de hacerse algo a sí mismo, sólo tuviese que encontrar en su interior el sitio en el que el tiempo se movía a una velocidad distinta. Y se dio cuenta de que, a medida que practicaba, tenía mucho más control sobre su propio trance que sobre el flujo temporal de los demás, cuando practicaba con ellos. Podía acelerarse a sí mismo mucho más que a los demás. Podía variar la velocidad dentro de un amplio abanico. Y no se fatigaba al hacerlo. En lugar de cansarlo, lo revitalizaba.

—Está muy bien —murmuró Hogaza—. Pero ¿puedes hacerlo con los ojos abiertos?

Umbo despertó. O no, porque esa vez no se había quedado dormido, pero al salir del trance siempre se sentía como si despertara, pero también como si saliera de casa a un mundo más hostil.

—¿Cómo sabías que lo estaba haciendo? —susurró Umbo.

—Porque cuando me siento a tu lado —murmuró Hogaza—, o paso cerca de ti, noto que me ocurre también a mí. Mis pasos se aceleran de pronto. Y es más intenso que cuando practicabas con los demás, al comienzo. Se intensifica cuando me acerco y se desvanece cuando me alejo.

—¿Crees que los demás lo han notado? —preguntó Umbo.

—Si es así, no saben cuál es la razón. Desde el punto de vista de un hombre de mi edad es como sentirse más joven, más fresco, menos cansado. Como si pudiera pensar de manera más penetrante, más clara, como si oyera las cosas desde más lejos y pudiera distinguir las con más claridad. En otras palabras, es muy agradable. ¿Quién podría culpar de ello a un chico que parece haberse quedado dormido en la cubierta?

—Tengo que abrir los ojos —dijo Umbo—. No sé por qué no lo he hecho aún. No creo que necesite mantenerlos cerrados para hacerlo, ya no. Pero no sé si habrá algo

que ver. Rigg veía a la gente moverse por el tiempo sin ninguna ayuda de mi parte.

—Pero tú sabes cómo hacer que una persona retroceda en el tiempo, pueda ver algo o no.

—Necesito a Rigg. En serio. Tal vez no envíe esos mensajes hasta que él no esté libre.

—Si fuese así, habría sido él el que entregase los mensajes y no tú, ¿no crees? —Hogaza volvió a ponerse en pie—. Se acabó mi descanso. Hoy me toca en el grupo de los postes. Pértiga, poste, pértiga, poste... ¡No me extraña que esos ribereños necesiten atracarse de cerveza al parar en El Atraque de Goteras!

En los dos últimos días de su viaje río arriba, Umbo llegó a acostumbrarse tanto a entrar en el trance de aceleración temporal que tuvo que empezar a controlarse para no hacerlo sin querer. Se sentía torpe y lento cuando no se encontraba en aquel estado de alerta y se preguntaba si su capacidad de acelerarse no sería para él como la cerveza para aquellos ribereños, un modo de hacer del mundo un lugar más brillante y agradable. Porque le gustaba mucho ser consciente de todo y tener tiempo de pensar lo que iba a decir antes de decirlo. Meditar las respuestas antes de hablar o mantenerse callado cuando su primer impulso era decir o pensar alguna estupidez, le hacía parecer más listo, tanto a sus ojos como a los de los demás.

Pero en todo el tiempo que pasó en el trance, no vislumbró ni por un instante ninguno de los «rastros» que Rigg decía ver constantemente, y mucho menos a una persona de otra época. Comenzó a pensar que era imposible, porque Rigg, cuando Umbo aceleraba el tiempo para él, tenía que escoger un rastro concreto y concentrarse en él para que la persona apareciera con la suficiente claridad como para hurgarle en los bolsillos. Pero como Umbo no veía ningún rastro no podía elegir un objetivo ni, consiguientemente, hacerlo tangible y real.

«No puedo hacerlo. Y sin embargo, lo he hecho.»

Hasta llegar a El Atraque de Goteras no tuvieron otra ocasión de hablar, pues Hogaza conocía bien aquel tramo del río, que había recorrido innumerables ocasiones en ambas direcciones para comprar provisiones, sábanas, herramientas y aperos, muebles y bebidas para la posada. Así que al pasar por cada lugar destacable, Hogaza ofrecía su opinión sobre él —«No les compréis sábanas a los tejedores de ese pueblo. Las hacen demasiado pequeñas y no caben en una cama como es debido»—, secundado a continuación por alguno de los tripulantes —«Ahí vive una chica tan fea que ya no tienen ni que castrar a los gorrinos. Simplemente se los llevan y cuando la ven, las partes se les caen»—.

Umbo era consciente de que lo que decía Hogaza era siempre cierto, literalmente, mientras que lo que decían los tripulantes no lo era casi nunca. Y sin embargo, ninguno de ellos mentía y todos se entretenían con las historias ajenas. Umbo podía entender por qué los ribereños preferían un mundo exagerado o directamente

imaginario: en su vida no hacían otra cosa que trabajar con las pértigas y ver pasar una y otra vez el mismo río. Mientras que Hogaza, soldado, curtido hombre de negocios, maestro en toda clase de quehaceres, necesitaba mantener una visión nítida de la realidad.

Al llegar a la posada se despidieron de los ribereños, que no iban a quedarse a pasar la noche.

—¿Por qué íbamos a devolverte, a cambio de comida y cerveza, el dinero contante y sonante que nos acabas de pagar por los pasajes? —le dijo el capitán del barco.

Goteras apenas mostró el menor interés por ellos, ni por Umbo ni por su propio marido. Estaba ocupada, les dijo, y no tenía tiempo que perder en bienvenidas teniendo que hacerlo todo por sí sola mientras ellos se dedicaban a hacer turismo por países lejanos. La respuesta de Hogaza no fue arremeter contra ella, como habría hecho el padre de Umbo, sino acercarse y ayudarla a acabar las tareas. Y mientras trabajaban codo con codo, ella comenzó a sonreír de vez en cuando —sin mirarlo, simplemente sonriendo para sí— y luego comenzó a canturrear y luego a cantar, y por fin comenzó a contarle las cosas que habían pasado por allí mientras él estaba fuera.

Umbo, entre tanto, trataba de ayudar también, aunque no sabía cómo se hacían muchas de las tareas y tenía que aprender sobre la marcha, mirando. Sin embargo, también esto se le daba muy bien, porque podía ralentizar el tiempo y así disponer de todo el que necesitara para ver y comprender exactamente lo que estaban haciendo, y luego observar sus propias acciones y corregirlas. No se movía más rápido que normalmente, esto es, en relación con el paso del tiempo de la gente, las criaturas o las cosas con las que se relacionaba. Pero tenía tiempo en pensarse las cosas dos veces y detenerse o cambiar de idea. Aquella capacidad era un lujo extraordinario.

Así que al fin entendía cómo ayudaba su don a la gente, aunque aún no comprendiera en realidad cómo lo hacía. El Vagabundo lo llamaba «enlentecer» porque hacía que las cosas parecieran pasar más despacio alrededor de la gente. Lo había entendido al revés, como si El Vagabundo creyera que lo que Umbo hacía era afectar al tiempo, y no a las percepciones y los procesos mentales de las personas dentro de ese tiempo.

Lo cierto es que era un alivio constatar que El Vagabundo no lo sabía todo sobre todas las cosas. Se preguntó si lo habría descubierto antes de morir. O puede que, precisamente porque estaba tan seguro de todo, no se le ocurriera que podía equivocarse sobre la dirección en la que iba a caer un árbol.

El almuerzo fue el mejor que había probado Umbo en el río y así lo dijo.

—Eso es porque ahora estás comiendo como uno más de la familia y no la porquería que les echamos a los cerdos —dijo Hogaza. Y al oírlo, Goteras le dio una

palmada en la frente y replicó:

—Comemos del mismo caldero que los clientes. Y esto es un hecho, como tú bien sabes, Hogaza, y no permitiré que digas otra cosa.

—No, amor mío, no permitirás que diga otra cosa en tu presencia —comentario que le valió una nueva palmada, esta vez más fuerte.

La habitación en la que alojaron a Umbo no era una de las reservadas a los huéspedes. Era un pequeño dormitorio contiguo al de ellos y el muchacho comprendió que era la habitación en la que habría dormido su hijo si lo hubieran tenido. «¿Qué edad tiene Goteras? —se preguntó mientras se preparaba para dormir—. ¿Podrá tener hijos aún? ¿O será incapaz uno de ellos? Está claro que, cuando construyeron este sitio, pretendían tenerlos.» Era una lástima que no pudieran tener lo que querían, cuando un gusano como el padre de Umbo dejaba preñada a toda mujer que le dejaba acercarse, sabía el cielo por qué razón.

Umbo acababa de quedarse dormido cuando Hogaza lo despertó sacudiéndolo con delicadeza.

—¿Qué sucede? —murmuró.

—Sé que no puedes verlos —dijo Hogaza—. Pero ¿qué más da eso, si sabes dónde están?

Umbo estaba demasiado cansado para entender lo que Hogaza intentaba decirle y volvió a quedarse dormido en cuestión de segundos. Pero cuando despertó en mitad de la noche para orinar, las palabras volvieron a él y de repente cobraron sentido. De hecho, se dio cuenta de que había estado soñando con ellas. En sus sueños, Umbo veía a Rigg de pie junto al carruaje, así que no tenía que poder verlo para darle el mensaje. Y el suyo lo había recibido cuando estaba tumbado en la cama de la posada de O, es decir, en un sitio donde había estado parado durante mucho tiempo. Así que tampoco tenía que verse a sí mismo para darse el mensaje.

Ya despierto, trató de recordar el aspecto que tenía su yo futuro, y se dio cuenta de que había tenido la cabeza inclinada, como si estuviera mirando hacia el suelo y no hacia la cama, donde él estaba tumbado. Le había parecido un gesto de timidez o humildad, pero ¿y si simplemente no estaba mirando nada, sino hablando al aire, con la esperanza de que alguien recibiera su mensaje?

Pero no, él había oído lo que Umbo le preguntaba, ¿no? Quizá, sabiendo lo que iba a decir el Umbo del pasado, dado que lo había dicho él mismo, el Umbo del futuro pudo responder.

Tras cerrar la tapa del orinal, estuvo a punto de bajar al primer piso para tratar de acelerarse y luego hablar con las invisibles versiones pasadas de Hogaza, Goteras y él mismo. Pero se contuvo justo a tiempo. No podía hacerlo porque no lo había hecho. La pasada noche no se había producido la visita ni el mensaje. Tendría que hacerlo esa noche.

Salvo que Hogaza tuviera razón y le fuera posible volver atrás en el tiempo y transmitir un mensaje a pesar de no haberlo recibido, lo que, al provocar que sí lo hubiera recibido, cambiara el futuro. Después de eso no haría falta transmitir el mensaje de nuevo. Pero Umbo no entendía cómo podía ocurrir tal cosa. Era una idea tan disparatada que al tratar de encontrarle sentido volvió a quedarse dormido casi en el mismo instante en que estuvo de nuevo bajo las mantas.

Al día siguiente no dijo nada a Hogaza sobre sus sueños y sus preocupaciones y menos aún sobre sus planes. Por la tarde birló un poco de pan y queso de la cocina y los guardó en su cuarto, porque no pensaba cenar con ellos aquella noche. Para no confundirse a sí mismo con la cuestión de si podía enviar un mensaje al pasado sin haber asistido antes a su recepción, decidió no estar presente en el sitio en el que se recibiría.

Así que, con la excusa de tener una pequeña jaqueca que sólo necesitaba un poco de sueño para curarse, se fue a su cuarto. Mientras se comía el pan y el queso lamentó no haberse llevado algo de agua o de cerveza. Pero mantuvo su propósito de no abandonar el dormitorio y esperó a que se hiciera el silencio en la casa. Cuando el silencio y la oscuridad fueron totales, bajó por la escalera a la tenue luz de las estrellas y el plateado Anillo, que se colaba por las ventanas y claraboyas, y luego atravesó el pasillo a oscuras sin guiarse más que por el tacto.

Entró en el cuartillo contiguo a la cocina donde Hogaza y Goteras debían de haber tomado la cena a solas —tarde, como siempre, una vez servidos todos los huéspedes—. No había nadie y la habitación estaba totalmente a oscuras, aparte del parpadeo del fuego de la cocina.

Sólo entonces, al pensar dónde estarían sentados Goteras y Hogaza, comenzó a comprender la cantidad de problemas que tenía su plan. Porque aunque se hubiera ausentado durante la cena, lo que estaba absolutamente claro era que si hubieran recibido el mensaje —el que tenía pensado transmitir al pasado en aquel momento—, habrían subido a su dormitorio y lo habrían despertado para decirle que lo había conseguido.

«Salvo que les diga que me dejen dormir hasta mañana por la mañana. Ése debe ser mi mensaje, que se vayan a dormir con normalidad y no me despierten hasta por la mañana.»

Contento de haber resuelto las contradicciones, Umbo cerró las puertas de la habitación y entró en el trance de la aceleración.

—No me despertéis hasta mañana —susurró con tono suplicante, mirando en dirección a la silla vacía donde Goteras solía sentarse. Luego lo repitió, pero esta vez sumido en el trance de manera más superficial. Al menos ésta fue su intención. Lo repitió una y otra vez. En ningún momento vio el menor rastro de Hogaza y Goteras, ni oyó absolutamente nada, pero aun así lo intentó en todos los niveles del trance,

pensando que era posible que la profundidad de éste determinase lo mucho que se remontaba en el tiempo.

Exhausto y con la cabeza embotada por la falta de sueño y la concentración, ya susurraba más por agotamiento, que por deseo de hablar bajo. Se le ocurrió la idea de variar ligeramente el mensaje para saber en qué nivel del trance lo habían visto, pero al final la abandonó, porque ¿cómo iba a recordar a qué «profundidad» se encontraba en el momento de transmitir un mensaje en particular?

Pero cuando pensó que había terminado y podía volver a su cuarto, no lo hizo. Lo que hizo fue sentarse en una silla y frotarse los ojos. Y supo, sin saber cómo ni por qué, que había fracasado. Había estado hablando solo.

Allí sentado, cada vez más cerca del sueño, pero sin dejar aún de tratar de acelerarse, se sumió en un trance aún más profundo —o soñó que lo hacía— y, esta vez, al decir su mensaje, al hablar desde el otro lado de la mesa a sus dos amigos, alargó las manos y soñó —¿o no fue un sueño? — que sentía sus manos en las suyas y oía sus voces cuando le decían que harían lo que les pedía.

—Entonces venid aquí después de que anochezca —dijo— y llevadme a la cama, porque estoy agotado. —Dicho lo cual, cerró los ojos y se sumió, no en un trance mayor, sino en un sueño tan profundo que se dejó caer sobre la mesa y durmió con la cabeza sobre los brazos.

Y entonces despertó, porque Goteras estaba sacudiéndolo suavemente mientras le decía:

—Despierta, Umbo, vete a la cama. ¿Por qué duermes sentado a la mesa?

Por un momento, Umbo pensó que esto significaba que su sueño había sido cierto.

—¡Has venido, como te pedí! —dijo con una voz que era aún un susurro ronco.

—¡Pareces una rana croando! —dijo Goteras con tono alegre—. Pobrecito, estás realmente malo. Como mínimo es un resfriado y tienes la nariz y la garganta llena de mocos, que es lo que pasa cuando bajas la escalera y te quedas dormido en una casa fría sin una manta y sin apenas una mala camisa encima.

No había recibido ningún mensaje, ninguno en absoluto.

«Tendré que volver a intentarlo», pensó.

Pero a la noche siguiente no intentó nada. Pasó todo el día atareado, no tratando de retroceder en el tiempo, sino ayudando a Hogaza a reparar cosas diversas en la posada y yendo al mercado a comprar la comida que necesitaban para alimentar a los huéspedes, y haciendo cualquier otro recado que le pidieran, mientras trataba de no quedarse dormido por culpa de la falta de sueño.

Nada más terminar de cenar, subió a su habitación y cayó dormido casi al instante.

Y como la noche anterior, las manos de Goteras lo despertaron.

No. Las manos de Goteras y las de Hogaza. Estaba en su cuarto y seguía siendo la misma noche, porque se oía el ruido de los invitados en el salón, cantando canciones con sus voces cascadas y lubricadas por la cerveza.

—¡Lo has conseguido! —dijo Hogaza—. ¡Has aparecido en la mesa, allí sentado, con las manos estiradas hacia nosotros! Y te las hemos estrechado, muchacho.

Umbo sintió un cálido acceso de satisfacción.

—¿Qué he dicho? ¿No os dije que no me despertarais?

—No, dijiste que debíamos despertarte y llevarte a la cama.

—Eso es —dijo Goteras.

—Pero como ya estabas aquí... o bueno, nosotros creíamos que estabas, al menos, hemos subido a comprobarlo. ¡Y teníamos que decirte que ha funcionado!

Pero no lo había hecho.

—Ese mensaje lo dejé anoche. Por eso estaba sentado en la mesa de la cocina. Así que no he ido al pasado, sino al futuro. A esta noche. Anoche dejé el mensaje que habéis recibido esta noche. —Embargado por la desesperación, Umbo se dio la vuelta y se quedó mirando la pared.

—Serás tonto... —dijo Hogaza, no sin afecto—. ¿Crees que eso es un fracaso? Ahora mismo da igual que hayas ido al futuro o al pasado. ¿Has saltado unas cuantas horas hacia el futuro? ¡Eso quiere decir que has conseguido viajar en el tiempo!

Y ahora que lo pensaba, expuesto de aquel modo por Hogaza, era un signo alentador.

—De acuerdo —dijo Umbo mientras se volvía de nuevo, pero con los ojos todavía cerrados—. Como me habéis visto sentado a la mesa y me habéis tocado las manos, sé exactamente cuál de mis intentos es el que ha funcionado. Era distinto a los otros. Estaba aturdido por la falta de sueño y tan profundamente sumido en el trance que me sentía como si no fuese a encontrar nunca el camino de regreso. No sabría decir cuándo crucé la frontera entre ese estado y el sueño. Pero los demás intentos no dieron el menor fruto.

—Como no sea así, nos vamos a seguir encontrando fantasmas tuyos dejándonos absurdos mensajes el resto de nuestras vidas —dijo Goteras.

—Tengo que aprender a enviar mensajes al pasado... y en el momento justo.

Hogaza se echó a reír.

—Ni siquiera estás despierto. Pero mañana seguiremos intentándolo hasta que consigas mandar uno en la dirección correcta. Quizá podríamos elegir un sitio donde puedas escribir mensajes en la tierra.

—No creo que funcione —dijo Umbo—. No pudisteis oír mi voz, ¿verdad? Sólo pudisteis verme.

—Y cogerte las manos —dijo Goteras—. ¿No sentiste que te cogíamos las manos?

—Sí, así es —admitió Umbo—. Y pude oler la cocina.

—Claro —dijo Hogaza—. Como que estabas en la cocina.

—Me refiero a que pude oler la cena como si estuviera recién hecha. Ahora lo recuerdo, aunque pensé que era un sueño.

—Sabemos que puedes escribir un mensaje en la tierra, Umbo —dijo Hogaza— porque pudiste desenterrar cierta bolsa que yo me sé y luego volver a enterrarla sin que nadie se diera cuenta de lo ocurrido.

—¿De qué bolsa estás hablando? —preguntó Goteras.

—De la de las piedras —dijo Hogaza—. Cuando arrestaron a Rigg, volvimos y la sacamos. Sólo que, según parece, nuestro amigo Umbo había vuelto desde el futuro para hurgar en mi pequeño escondite y sacar la más grande de ellas de la bolsa.

—Eso podría haberlo hecho cualquiera —dijo Goteras.

—Una persona en sus cabales se habría llevado la bolsa entera —dijo Hogaza.

—No puedo haberlo hecho yo —dijo Umbo con tono lastimero—. Sólo puedo viajar en el tiempo en dirección al futuro. Cosa que no sirve de nada, dado que todo el mundo termina en el futuro de todas maneras.

—Todas las historias de fantasmas... —dijo Goteras—. Probablemente se trate de gente como tú. Caminan junto a una casa y están tan cansados que, accidentalmente, entran en ese trance del que hablas y, sin darse cuenta, dejan detrás una imagen de sí mismos... o incluso la realidad de ellos mismos, dado que se puede tocar y se puede oler, que se proyecta hacia el futuro, de modo que la gente de dentro de varias décadas verá al fantasma haciendo sus cosas. Puede que lo hagan sin darse cuenta.

—Si son como yo —dijo Umbo—, entonces saben lo que están haciendo.

—Oh, ¿conque ahora sabes lo que estás haciendo? —preguntó Hogaza—. ¿No eras tú el que pensaba que estaba enviando mensajes al pasado, pero en realidad los ha mandado al futuro sin darse cuenta?

—Dejadme volver a dormir —dijo Umbo—. Estoy tan cansado que podría morirme.

—Pero recuerda esto cuando despiertes, Umbo —dijo Hogaza—. Lo has conseguido. Has conseguido viajar en el tiempo.

—Sí, lo he hecho, ¿verdad? —dijo Umbo. Y entonces volvió a quedarse dormido y soñó, pero esta vez con su hermano, de pie al borde de las cataratas.

Sintió entonces que, en la parte de él que sabía que aquello era un sueño, se formaba una pregunta insistente: «¿Por qué no puedo volver atrás en el tiempo y salvar la vida a mi hermano? Si puedo hacerlo para salvar el dinero de Rigg, ¿no podría volver, hablar con Kyokay y salvarlo antes de que se caiga por las cataratas?

»Puede que lo hiciera —pensó mientras volvía a sumirse en el sueño—. Puede que lo haga, pero dentro de varios años, cuando sea mayor. Puede que sea el hombre al que Rigg creyó haber empujado.

»Imposible.

»Ojalá.»

Volvió a quedarse dormido.

LOS GRILLETES

El prescindible y los ordenadores realizaron los cálculos en una o dos horas.

—Si tus extravagantes e inverificables deducciones resultaran ciertas —dijo el prescindible—, entonces sí, la turbulencia del espacio-tiempo podría haber provocado que las diecinueve versiones de la nave se remontaran once mil años en el pasado al cruzar el pliegue, pero con la diferencia de tiempo justa entre cada tránsito para no solaparse y no destruirse unas a otras.

—Así que podría haber, no una sino diecinueve versiones de esta nave, su tripulación y su equipo, incluidos vosotros, con todos vuestros encantos, y yo mismo, su piloto, avanzando hacia el planeta objetivo para colonizarlo.

—O podría no haberlas —respondió el prescindible.

—Oh, pero es demasiado delicioso para no ser cierto.

—La poesía no influye en la realidad —dijo el prescindible.

—Pero la elegancia de la realidad sí que es poética —dijo Ram.

—Supongamos que tienes razón —dijo el prescindible—. ¿Y entonces?

—Entonces me sentiré mejor mientras paso el resto de mi vida sin poder hacer nada que tenga sentido.

—Tendrás tiempo para leer todos esos libros que nunca has podido leer.

—Creo que no tendré tiempo de leer nada —dijo Ram—. Creo que sólo viviré hasta llegar al lugar en el que se construyó la nave. Sólo la estructura que vemos ahora a nuestro alrededor está retrocediendo en el tiempo. Cuando lleguemos al lugar en el que se construyó, será deconstruida.

—Y podremos salir.

—¿Cómo? —preguntó Ram—. Tendríamos que subirnos a una lanzadera que nos llevara a la superficie de la Tierra. Pero no hay ninguna que se mueva en el mismo sentido temporal que nosotros.

—Tampoco hay ninguna estrella que se mueva en nuestra dirección —dijo el prescindible— y aun así podemos ver las estrellas.

—Interesante dilema —dijo Ram—. Es crucial que te quedes a ver lo que sucede.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Continuaré el viaje hasta encontrar una manera de mandarles un mensaje a las versiones de mí que crucen el pliegue hacia el pasado para que se ocupen de su decimonovena duplicación.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —preguntó el prescindible.

—Grabándolo en el metal de la nave, en algún lugar que vayan a ver con toda

certeza, pero no hasta después de haber cruzado el pliegue.

—Al margen del lugar en el que decidas grabar tu mensaje —dijo el prescindible—, el hecho de que no esté ya allí cuando comiences a hacerlo demuestra que no puedes hacer nada que cambie los objetos que se desplazan en el sentido normal del tiempo.

—Lo sé —dijo Ram—. Por eso lo vas a hacer tú.

—Eso no cambiará nada.

—Con los ojos cerrados —dijo Ram—. Para que no puedas ver con antelación que no ha funcionado.

Rigg y el Gritos, maniatados por las muñecas y los tobillos, estaban sentados en sendos taburetes del camarote mientras el barco descendía por el río. La corriente los transportaba, así que el barco no se balanceaba por los empujones de las pértigas. Sólo cabeceaba en un sentido u otro cuando las pértigas entraban en acción para apartarlo de algún obstáculo, un escollo, un banco de arena, un islote u otra embarcación. Incapaces de ver nada, Rigg y el Gritos no podían prepararse para estos cambios de dirección, así que lo que hacían era permanecer preparados en todo momento, para no chocar entre sí ni caerse de los taburetes.

Durante las primeras horas, el Gritos no pronunció palabra, cosa que no incomodó en modo alguno a Rigg. Tenía práctica en guardar silencio y obligar a los demás a hablar primero. Y a juzgar por el odio crudo que podía ver y percibir en la rigidez de la expresión corporal y facial del Gritos, los latidos de su corazón y el calor que emanaba a pesar de estar empapado de la cabeza a los pies, cuando el hombre rompiera el silencio, no lo haría de manera amistosa.

Pero puede que sí de manera reveladora. El general Ciudadano poseía un autocontrol fruto de la práctica, que le permitía revelar sólo lo que deseaba. El Gritos, a juzgar por su nombre, no poseía tal virtud, salvo quizá delante de sus superiores. De no ser así, nunca habría llegado a oficial. Sin embargo, con él, Rigg podía averiguar más cosas sobre el general Ciudadano, y quizá hacerse una idea de cuáles de las cosas que había dicho eran ciertas. Hasta existía la posibilidad de que pudiera topar con algún dato que lo ayudara a escapar, si en algún momento decidía hacerlo. Y quizá pudiera convertir al Gritos en un aliado, o al menos en una herramienta.

Les trajeron comida y la colocaron en una mesa frente a ellos, pero demasiado lejos para que pudieran alcanzarla sin acercarse a la mesa o mover los taburetes hacia ella. Rigg estiró el brazo izquierdo y tiró ligeramente de la mesa. Luego la dejó allí, esperando a que el Gritos hiciera lo mismo desde el otro lado.

Era evidente que al Gritos le dolía en el alma tener que colaborar con él, pero debía de haberse dado cuenta de que era necesario, porque alargó el brazo derecho y juntos tiraron de la mesa hacia sí hasta que los cuencos de cebada estuvieron a una

distancia razonable de sus manos.

Rigg alargó la mano izquierda para coger la cuchara que había a la derecha del cuenco. El Gritos hizo lo propio.

—Esto no va a ser cómodo —dijo Rigg—. Soy diestro. Si cojo la cuchara con la izquierda en un barco que se mueve tanto como éste, lo más probable es que derrame su contenido.

Como se había dado cuenta de que el Gritos era zurdo, lo que estaba intentando era darle la ocasión de decir que tenía la misma desventaja. Pero en lugar de hacerlo, el Gritos, con cara de pocos amigos, comenzó a llevarse la cuchara a la boca, no sin manchar la mesa y su propio regazo durante el proceso.

Rigg había pasado no poco tiempo con Padre ejercitándose con las dos manos. Era capaz de disparar un arco, limpiar y desollar un animal y escribir de manera suave y legible con ambas. Podría haber comido perfectamente sin derramar nada, pero lo que hizo fue imitar la torpeza del Gritos, mancha a mancha.

—No creo que hayan atado tu mano izquierda a mi derecha por accidente —dijo Rigg—. Así seremos más torpes los dos.

El Gritos ni siquiera se dignó mirarlo.

Mientras seguían comiendo, Rigg hablaba entre bocado y bocado:

—Por si sirve de algo, mis amigos y yo no teníamos la menor idea de que iban a arrestarnos ayer y no tuve nada que ver con que te tiraran al agua.

El Gritos se volvió y lo miró con expresión furiosa, pero aun así se negó a hablar. Pero ya era algo. Había logrado entablar contacto y lo demás ya era sólo cuestión de tiempo.

—Así que no me odias por el chapuzón, me odias por quien se supone que soy. Pues para que lo sepas, no pretendo ser nadie más que yo mismo.

El Gritos soltó una carcajada.

—El único pariente que he conocido es mi padre, que me crió sobre todo en el bosque. Murió hace varios meses y me dejó...

—No te esfuerces —dijo el Gritos—. ¿Cuántas veces crees que va a funcionar esa historia?

—Todas las que pueda funcionar la verdad.

—Estoy aquí para matarte —dijo el Gritos.

Rigg sintió que una punzada de miedo recorría su cuerpo. El Gritos lo decía en serio. Bueno, indudablemente era una información útil.

—Muy bien —dijo Rigg—. Pues no puedo detenerte.

—Ni siquiera puedes frenarme.

Rigg aguardó.

—¿Y bien? —preguntó.

—Aquí no —dijo el Gritos—. En este cuarto no. Entonces tendrían que juzgarme

y ejecutarme, y todo se haría público. Se correría la voz de que un soldado al mando del general Ciudadano ha asesinado al legítimo rey. Sería tan malo como dejarte con vida.

—Así que el general te ha ordenado que...

—Necio —respondió el Gritos—. ¿Crees que necesito órdenes para reconocer cuál es mi deber y cumplir con él?

Rigg volvió a pensar en el odio que se reflejaba en la cara del oficial.

—Esto no tiene nada que ver con el deber.

El Gritos no dijo nada durante largo rato. Y entonces:

—Matarte es más que un deber. Pero lo haré de un modo conforme al deber.

—Por curiosidad —dijo Rigg—, ¿vas a matarme porque crees que soy Sessamekesh? ¿O porque piensas que soy un impostor?

—Por curiosidad —dijo el Gritos—, eso no importa.

—Pero la aversión que me profesas... ¿deriva de tu amor a la familia real o de tu odio hacia ella?

—Seas miembro de la familia real o un impostor, lo único que te permitirá alcanzar tus fines es restaurar a la familia imperial en el poder.

—Así que tu odio hacia ellos es por razones personales.

—Mi bisabuelo era un mercader muy rico y poderoso. Alguien lo acusó de comportarse como si fuese un miembro de la nobleza, un delito llamado «presunción suntuaria». Tratar de hacerse pasar por un señor. Vestir como un señor. Asumir las dignidades de un señor.

—¿Y eso era un crimen? —preguntó Rigg.

—No sólo un crimen. Cada cargo equivalía a una traición. Con la monarquía, la ley impedía cambiar de clase. Los mercaderes no podían convertirse en caballeros, los caballeros no podían convertirse en señores, y los nobles no podían aspirar a suplantar a los reyes. Si a mi bisabuelo lo hubieran acusado de vestir como un guerrero y llevar armas, la pena habría sido una multa considerable y un año de arresto domiciliario. Pero lo acusaron de comportarse como un noble, lo que significaba dos peldaños de diferencia en el escalafón social. La pena fue la misma que si hubiera tratado de asesinar a la reina.

Rigg nunca había oído un disparate semejante, pero no dudaba de la veracidad de la historia del Gritos.

—¿La muerte?

—Una ejecución pública lenta y atroz —dijo el Gritos—. En la que los pedazos de su cuerpo fueron arrojados a los sabuesos reales, delante del gremio de los mercaderes. Todos los bienes de su familia fueron expropiados, incluida la indumentaria propia de su clase, y sus miembros, ataviados sólo con taparrabos y andrajos de mendigo, fueron abandonados en las calles a merced de cualquiera.

—Qué injusticia —dijo Rigg.

—Al poco de la muerte de mi bisabuelo, su hijo mayor, mi abuelo, fue asesinado por los criados de un mercader rival. El mismo que había denunciado a su padre, sin duda. Sin protectores, sin dinero ni propiedades, todas las mujeres y los jóvenes de la familia se habrían visto obligados a practicar la prostitución, y los hombres a trabajar en las minas. Pero en lugar de eso, quedaron bajo la protección del Consejo de la Revolución. Mi padre sólo tenía nueve años por entonces y al crecer mostró al consejo la lealtad que se merecía. A mí me criaron en la idea de esa lealtad y aún la siento. Moriría antes de permitir que los gusanos de la realeza volvieran a infestar Stashilandia.

La había llamado Stashilandia, el nombre del valle y el delta del río Stashik antes de que llegaran los Sessamoto desde el noreste para conquistarla y establecer su imperio. Por primera vez, Rigg comenzaba a entender lo profundamente que podían estar arraigados el recuerdo y el dolor de sucesos acaecidos décadas atrás.

—Yo nunca...

—Sé que nunca me has hecho nada. Ni a mí ni a nadie. Pero si dejas que lleves a cabo tu juego, independientemente del tipo de jugador que seas, quienes sí tratarían a los plebeyos de ese modo te utilizarán para recuperar el poder. Como sistema de gobierno, el consejo no es ejemplar. Es corrupto, arbitrario, puritano y fanático. Pero es preferible a cualquiera de las alternativas. Y mi familia le debe su supervivencia.

—Bueno, tiene sentido —dijo Rigg—. Si tengo que morir, es lógico hacerlo asesinado por alguien cuya familia lo perdió todo a manos de gente a la que nunca he visto y con la que nunca me he declarado emparentado, y contra la que yo mismo lucharía si se comportara del modo que dices.

—No malgastes saliva —respondió el Gritos.

—Por curiosidad —dijo Rigg—, ¿podría conocer el verdadero nombre del hombre que va a asesinarme?

—Mi bisabuelo se llamaba Talisco Caminobrillante. Mi abuelo también se llamaba Talisco, al igual que mi padre y yo, pero nos arrebataron el apellido Caminobrillante y lo reemplazaron por «Orines».

—No lo dirás en serio... —dijo Rigg.

—Es un nombre bastante frecuente en Aressa Sessamo —dijo el Gritos—. Se lo ponían a los convictos, junto con otros apelativos igualmente pintorescos y degradantes. Tras la Revolución, muchos de nosotros seguimos utilizándolo como señal de orgullo. No volveré a llamarme Caminobrillante hasta que todos los miembros de la familia real hayan muerto. Aunque es posible que decida que basta con tu muerte para recuperar mi antiguo apellido.

—Bueno, ¿y cómo piensas matarme?

—No voy a contarte mis planes.

«Ya lo has hecho —pensó Rigg—. Como pretendes matarme de modo que no se te juzgue por ello, debes conseguir que parezca un accidente, y como prueba de ello, pretendes morir conmigo. Una muerte al servicio del deber. Pero fingiré que no lo sé.»

Tras rebañar los últimos restos de la sopa con pan blando, Rigg examinó disimuladamente el cierre de los grilletes. Vio que no le costaría mucho abrirlos pues Padre le había enseñado los mecanismos de las cerraduras más habituales. Suponía que los grilletes de las piernas estarían sujetos del mismo modo, pero el problema sería llegar hasta ellos con alguna herramienta mientras el Gritos —no, Talisco Caminobrillante— trataba de impedirselo.

—Eres pequeño —le había enseñado Padre—, y si no demuestras agresividad, tus enemigos no esperarán una respuesta muy violenta por tu parte. La mayoría de los adultos son más fuertes que tú, pero eres más fuerte de lo que cabría esperar de un niño. Cuando actúes, tu acción debe ser definitiva, porque no tendrás una segunda oportunidad para sorprender al mismo hombre.

El mango de la cuchara era lo bastante fino como para forzar la cerradura, si conseguía encontrar el modo de guardársela. ¿Habría algo más? Vio unas plumas y otros útiles de escritorio en las estanterías, pero ninguno de ellos tenía la solidez suficiente, salvo el cuchillo de trinchar, y era imposible acercarse a él.

Estaba realizando un inventario mental de su atuendo para ver si contenía algo que pudiera utilizar, cuando de repente, Talisco gritó:

—¡Hemos terminado de comer! —Su voz sonó como el golpe de un mazo en el camarote. Ahora entendía Rigg de dónde había sacado su mote—. ¡Venid a buscar los platos antes de que el muchacho esconda la cuchara para forzar la cerradura!

«Así que no soy tan discreto como creía —se dijo Rigg—. O puede que sólo sea un truco.»

La puerta se abrió y entraron dos soldados. Desde el marco, inmóviles, observaron cómo uno de los tripulantes recogía los cuencos y las cucharas.

—Tengo que hacer pis —dijo Rigg.

—Te traeremos un recipiente —le respondió uno de los soldados.

—Oh, qué bien, me voy a manchar toda la mano —dijo Rigg. Levantó la mano engrilletada hasta donde le dejó Talisco—. ¿Creéis que voy a saltar al agua atado a él? Dejadme que lo haga desde la borda.

Los soldados lo miraron, luego siguieron al tripulante fuera del camarote y cerraron al salir.

—Conque acabas de decidir cómo voy a matarte, ¿verdad? —preguntó Talisco.

—Si vas a matarnos saltando al agua con los grilletes, adelante. Pero si piensas hacerlo otro día, por algún otro procedimiento, preferiría morir con la vejiga vacía.

La hebilla de su cinturón era su única posibilidad. El pasador estaba hecho de un

hierro que parecía suficientemente sólido. ¿Podría desatárselo con una sola mano? Porque daba por hecho que Talisco, bajo el agua, le impediría utilizar las dos manos. ¿Podría utilizarlo para forzar la cerradura sin que se le cayera el cinturón? Si lo perdía en las aguas turbias del río, podía olvidarse de recuperarlo.

Al cabo de pocos minutos, los soldados volvieron y dejaron la puerta abierta. Luego se apartaron.

—Tienes que ser miembro de la realeza, sí —musitó Talisco mientras se levantaban—. Piensas que lo puedes controlar todo, incluso tu propio asesinato.

Al cruzar la puerta, uno de los soldados cogió a Rigg por el brazo libre y el otro a Talisco. Había otros soldados allí, observando. Estaban decididos a que, esta vez, no hubiera fugas.

«Como si yo quisiera escapar del barco, pensó Rigg. ¿No me dijo Padre que buscara a mi hermana? Me estáis llevando a donde quiero ir. Lo único de lo que quiero escapar es de este asesino.»

—Quiere asesinarme, ¿sabes? —dijo Rigg en voz baja al soldado que lo sujetaba—. Si tenemos un accidente, podéis estar seguros de que ha sido un asesinato.

El soldado no dijo nada y Rigg sintió que el cuerpo de Talisco se estremecía en una carcajada silenciosa.

—¿Crees que soy el único que te quiere muerto? —murmuró.

—Vaya —dijo Rigg en voz alta al soldado que lo sujetaba—. ¿Cómo propones que me abra los pantalones? Para hacerme pis encima, lo mismo podría haberme quedado dentro.

Como respuesta, el soldado, sin dejar de sujetarlo un instante, bajó la mano izquierda de Rigg en dirección a su entrepierna. Rigg introdujo la mano por debajo de la camisa y se desabrochó el cinturón. Como no le estaban ceñidos, los pantalones comenzaron a resbalar por su cintura, pero Rigg abrió las piernas y así impidió que cayeran sobre la cubierta.

—Si ni siquiera tiene culo —se burló uno de los ribereños.

—Silencio —dijo una voz que Rigg conocía. El general Ciudadano. Así que también él había acudido para verle mear.

El soldado que sujetaba a Talisco le preguntó:

—¿Tú también vas a mear?

—A mí no me hace falta.

—Venga, es tu oportunidad, no volveremos a hacer esto hasta dentro de varias horas.

—Que no me hace falta —repitió Talisco con un gruñido, y el soldado captó el mensaje.

Rigg tiró de su brazo derecho tratando de llevarse la mano a la entrepierna. Talisco tiró a su vez.

—¡Usa la izquierda!

—¡Soy diestro! —respondió Rigg, también a voces—. ¡No puedo apuntar con la izquierda!

—¡Es el río! —exclamó Talisco—. ¡No puedes fallar!

—¡No quiero mancharme la ropa! —gritó Rigg, dejando que el tono de su voz ascendiera un poco para parecerse más a la de un niño pequeño.

—Bastardo real... —murmuró el oficial mientras dejaba que Rigg llevara sus manos engrilladas hacia su entrepierna.

—Probablemente sí —respondió murmurando. Entonces, deliberadamente, apuntó al dorso de la mano de Talisco con un chorrito de orina.

Talisco se movió por un acto reflejo, rápidamente y sin pensar. Soltó un rugido y tiró de su mano.

Rigg utilizó el tirón para impulsar la propia muñeca de Talisco, sumándole todas sus fuerzas, hacia la frente del propio Talisco y propinarle un golpe con los grilletes. Eso, más el efecto sorpresa tenía que ser suficiente. Otra lección de su padre.

Confiado en que el golpe hubiera bastado para aturdir a Talisco, Rigg fingió con toda clase de aspavientos que perdía el equilibrio, se soltó del soldado que lo sujetaba con una sacudida del brazo izquierdo y se colocó detrás del ahora inconsciente Talisco para que nadie pudiera sujetarlo. Con un segundo empujón —que disimuló lo mejor posible gritando «socorro» y agitando los brazos— lanzó el cuerpo flácido de Talisco, que lo arrastró a su vez en su caída.

Sintió que aún llevaba los pantalones, aunque a esas alturas estaban a la altura de sus tobillos. Antes de entrar en contacto con el agua, Rigg ya estaba doblado sobre sí mismo para agarrar el cinturón, y justo después de que sus dos cuerpos chocaran con las aguas marrones del río, ya había introducido el pasador del cinturón en el agujero de la cerradura.

El peso de los grilletes los arrastró al fondo. Para cuando llegaron allí, Rigg ya tenía la mano derecha libre. Se retorció sobre sí mismo y se soltó el tobillo.

Pero no era suficiente. No estaba intentando escapar, como Hogaza y Umbo. Y tampoco quería que Talisco muriera. Si lograba salvarlo, le sería útil. Así que siguió conteniendo la respiración mientras abría los grilletes de los brazos y las piernas del oficial. Ahora, el único peso que los arrastraba era el de su ropa. Pisó una de las perneras del pantalón y sacó las piernas de una sacudida. Luego, aprovechando sus dotes de nadador, arrastró al hombre inconsciente a la superficie.

Cuando su cabeza emergió, Rigg inhaló una bocanada de aire antes de sacar la cabeza de Talisco del agua.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Talisco se está ahogando!

El barco ya se había detenido y los ribereños, utilizando sus pértigas, lo impulsaban corriente arriba. Momentos después, Rigg había logrado llevar al oficial

hasta el casco. El general Ciudadano ordenó con voz tensa que se olvidaran de Talisco y cogieran al muchacho.

—¡Soy lo único que impide que se hunda! —gritó Rigg, usando toda la autoridad de su voz. Y, en efecto, los soldados y los ribereños lo obedecieron instintivamente y cogieron también a Talisco. Entonces, Rigg subió por la borda casi sin ayuda. Vio cómo tumbaban a Talisco sobre la cubierta.

Saltaba a la vista que había dejado de respirar.

—¡Llevad al chico adentro! —ordenó el general.

—¡No hasta que consiga que ese hombre vuelva a respirar! —ordenó Rigg a su vez. Y, de nuevo, la autoridad de su voz obró el milagro y los soldados que ya habían extendido los brazos hacia él vacilaron un instante. Rigg lo aprovechó para abalanzarse sobre el cuerpo inconsciente de Talisco y comenzó a hacer con él lo que Padre había enseñado a hacer a todos los niños en Vado Otoño.

Los ribereños tenían su propio método, que consistía en colocar cabeza abajo a los ahogados y golpearlos en la espalda con pértigas o remos. Al parecer, las víctimas de este proceso se recuperaban con la suficiente frecuencia para que los hombres de todo el curso del río continuaran utilizándolo. Lo que estaba haciendo Rigg —presionar el pecho de Talisco para que expulsara el agua y luego juntar su boca con la del oficial y meterle aire en los pulmones a la fuerza— era algo que no habían visto nunca. Algunos de los marineros le gritaron que se quitara de en medio para que pudieran devolverle la vida a garrotazos.

Una herida ensangrentada en la frente de Talisco atestiguaba la fuerza del golpe que Rigg había conseguido propinarle. Se preguntó si el golpe lo habría matado. Pero desde el punto de vista de sus objetivos, tampoco importaba. Mientras alguien lo viera salvar, o tratar de salvar, a Talisco, eso sería lo que contarían todos. El golpe en la frente se consideraría un accidente, que probablemente ni siquiera se atribuyera al propio Rigg, puesto que nadie pensaría que un mozalbete podía tener la fuerza necesaria para asestar un golpe fatal.

Y tendrían razón. Talisco no estaba muerto. Al cabo de unos momentos estaba tosiendo, vomitando agua y respirando por sí mismo, con rápidas y breves inhalaciones.

—Había oído hablar de eso —dijo uno de los ribereños.

—Yo no —dijo otro.

—¿Puedes enseñarnos a hacerlo, chico? —preguntó un tercero.

Pero para entonces, el general Ciudadano volvía a tener la situación bajo control, y estaba furioso y ansioso, por una vez.

—¡Que os llevéis al chico al camarote! —ordenó y, esta vez, Rigg se dejó llevar a empujones de regreso a su prisión.

Momentos después, el general estaba en el camarote con él. Sin alzar la voz,

preguntó:

—En el nombre del Muro, ¿qué creías que estabas haciendo?

—Escapar no —dijo Rigg.

—¿Por qué? —preguntó el general—. ¿A qué juegas?

—Las últimas palabras que me dijo mi padre fueron que buscara a mi hermana. Si de verdad soy Rigg Sessamekesh, mi hermana es Param Sissaminka y tengo que llegar a Aressa Sessamo para encontrarla. Y vosotros vais hacia allí, así que seguiré a bordo.

El general Ciudadano lo agarró por la empapada camisa y pegó su boca a la oreja de Rigg.

—¿Qué te hace pensar que dejaremos que te acerques alguna vez a la familia real?

—Bueno, lo que es seguro es que no podré hacerlo si estoy muerto —dijo Rigg—. Pero a la gente le costará más creer que ha sido un accidente después de este intento fallido.

—¿Qué intento? —preguntó el militar—. He visto todo lo sucedido. Ha sido obra tuya de principio a fin.

—¿Quién más lo verá así? —Rigg sacudió la cabeza—. Talisco me dijo que pensaba matarme y hacer que pareciera un accidente. Para convencer a la gente, estaba dispuesto a morir. Yo lo único que he hecho ha sido acelerar la situación y utilizarla en mi propio beneficio.

El general parecía sinceramente sorprendido.

—¿Te dijo eso?

—Me dijo que era su deber. Había decidido que por eso habíais ordenado que nos pusieran los grilletes juntos, para poder enmendarse por haber dejado que escaparan Hogaza y Umbo.

—Yo no ordené tal cosa —dijo el general.

—Naturalmente que no —dijo Rigg—. Vos sólo ordenasteis que nos cargaran de grilletes. Lo demás lo dedujo él solo.

—Me refiero a que no quería eso. ¿De verdad eres tan estúpido?

—Eso depende —replicó Rigg—. Creo que no lo he hecho tan mal. He derribado a un hombre que me duplica en peso y fuerza, me he quitado los grilletes y lo he salvado de morir ahogado.

—Muy teatral. Aplaudiría, pero los hombres que nos escuchan desde fuera podrían creer que estaba golpeándote.

—Puede que pertenezcáis al partido monárquico... el partido monárquico masculino, o puede que estuvierais poniéndome a prueba. Lo ignoro. Pero creo que Talisco pretendía matarme, lo desearais vos o no. Y no tengo intención de morir sin haber conocido a mi hermana.

—Tu hermana —dijo el general—. ¿Y tu madre?

—Mi padre habló de mi hermana. Por lo que yo sé, Param Sessaminka no es mi hermana y Hagia Sessamin no es mi madre. Pero me dijo que mi madre está en Aressa Sessamo, así que allí es a donde me dirijo. Y si me sucede algo ahora, la historia de mi caída al agua con Talisco cobrará un cariz distinto... como vuestro primer intento de asesinarme.

—No te quiero muerto, idiota. Te quiero vivo.

—Pues entonces no me maniatéis con fanáticos antimonárquicos.

El general lo soltó y cruzó el camarote hasta el otro lado. El barco se inclinó a un lado con un movimiento que los hizo tambalearse a ambos.

—Puedes estar seguro de que no lo haré —dijo.

—Cuando lleguemos —dijo Rigg—, dejad que vea a la familia real. Colocadme junto a ellos. Si no me parezco a ellos, la idea de hacerme pasar por su heredero quedaría descartada, al margen de vuestra posición con respecto a tal idea.

—¿Crees que soy idiota? —preguntó el militar.

—Me consta que no lo sois.

—Yo conocí a tu padre, chico. Te pareces a él. Y también a tu madre, tanto que cualquiera que os vea juntos sabrá al instante quién eres.

Rigg no se molestó en fingir que ese comentario no le importaba.

—¿Y no es posible que mi padre, el hombre al que llamaba mi padre, eligiera a un niño que pensara que, al crecer, se pareciera a...?

—No te pareces a ellos —dijo el general—. No eres similar a ellos de un modo vago. Todo el que conociera a tu padre se dará cuenta de que eres su hijo. No eres un impostor, aunque nunca lo reconoceré delante de ninguno de los que van a bordo de este barco. ¿Está claro?

Rigg comenzó a tiritar.

—Supongo que no dejaréis que me ponga algo de la ropa seca que ya no poseo en ese baúl que ya no es de mi propiedad.

El general suspiró.

—Como ya te he dicho, oficialmente no existe aún ningún veredicto. Puedes utilizar la ropa que compraste en O. Ordenaré que te envíen algo seco. Pero sin cinturón.

—No lo necesitaré si no volvéis a cargarme de grilletes.

El general se dirigió a la puerta y allí se detuvo.

—Mearás en un orinal durante el resto del viaje.

Rigg sonrió.

—Ya os lo he dicho, general. Quiero ir a Aressa Sessamo y quiero ir en vuestra compañía. Sólo abandonaré este barco con los pies por delante.

—Te creo —respondió el general—. Pero te vas a quedar aquí, para que ningún

otro asesino intente acabar contigo.

—¿Qué vais a hacer con Talisco? —preguntó Rigg.

—Colgarlo, lo más probable —dijo el militar.

—Os ruego que no lo hagáis —dijo Rigg—. Me sentiría como si todo el esfuerzo que he hecho para tratar de salvarlo hubiera sido en vano.

—No te lo agradecerá —dijo el general.

—Siempre puede matarse él mismo —dijo Rigg—. Pero yo no quiero mancharme las manos con su sangre... ni quiero que lo hagáis vos, por mí. Recordad lo que habéis visto, señor. Nunca llegó a levantar una mano contra mí, por mucho que pretendiera hacerlo más tarde. No ha cometido ningún crimen.

—Ha cometido un crimen de estupidez estando bajo mi mando —respondió el militar.

—Oh, vaya —dijo Rigg—. ¿Y últimamente cuelgan a la gente por eso?

El general le dio la espalda y llamó dos veces a la puerta. Se abrió. El militar salió. La puerta volvió a cerrarse y echaron el cerrojo.

Rigg se quitó la ropa empapada, se envolvió en una manta y se sentó sobre el suelo, donde, hecho un ovillo, comenzó a tiritar. Sólo ahora podía afrontar lo que había hecho y pensar con qué facilidad podía haber fracasado y haber muerto. La idea le hizo sollozar de miedo.

RIGG SOLO

—Pero aunque cierre los ojos antes de grabar el mensaje en el metal, veré las otras pruebas de que no ha funcionado —dijo el prescindible.

—¿Y eso?

—La existencia del mensaje, después de haberlo grabado, que si el tiempo fluyera en su sentido normal sería antes de que lo hubiera grabado, lo que demuestra que el mensaje se mueve en la misma dirección temporal que nosotros, lo que a su vez significa que el mensaje no está en la versión de la nave que dará, o ya ha dado, el salto.

—Tú cierra los ojos y hazlo —dijo Ram—. Y mantenlos cerrados. Y luego vuelve y dime que lo has hecho sin saber si ha funcionado o no.

—¿Por qué iba a ocultarme datos a mí mismo premeditadamente?

—Porque eso me hará sentirme mejor.

—Entonces miraré y no te lo diré.

—Si lo sabes, tendrás que decírmelo cuando te pregunte.

—Pues no me preguntes.

—Si sé que lo sabes, tendré que preguntar —dijo Ram.

—De modo que tengo que comportarme irracionalmente para darte una esperanza irracional.

—Y luego me moriré —dijo Ram.

—¿Hablas de una situación médica, de una metáfora de tipo emocional o es una intención?

—Una intención —dijo Ram.

—Así que al hacer lo que me pides y permanecer ignorante del desenlace, ¿acelero la llegada del momento en que te quitas la vida?

—No —dijo Ram—. Me la quitas tú.

—No pienso hacerlo.

—Lo harás si te lo ordeno —dijo Ram.

—No puedo —dijo el prescindible.

—Al finalizar el salto por el pliegue, cobraron existencia un total de veinte versiones de mí mismo, diecinueve que marchan hacia delante en el tiempo y yo, o yo y otros diecinueve como yo, que marchan hacia atrás. Sólo puede haber un auténtico Ram Odín.

—Tú —dijo el prescindible.

—Yo soy una versión que no puede hacer nada, cambiar nada ni afectar a nada. A

causa de la dirección de mi desplazamiento en el tiempo ya soy, a efectos prácticos, inexistente en el universo real. Declaro que esta copia de mí es defectuosa, inútil y, reconozcámoslo, completamente prescindible. Sólo puede haber una versión real de mí.

—Al matarte a ti sólo eliminaremos al Ram o los Rams que se desplazan hacia atrás en el tiempo —respondió el prescindible—. No afectaremos a los diecinueve Rams que se mueven hacia delante, de los cuales dieciocho serán tan redundantes como tú dices ser.

—Eso no es problema mío —dijo Ram.

El barco tardó veintidós días en llevar a Rigg de O a Aressa Sessamo. Era mucho tiempo para un viaje así, pero a Rigg se le ocurrieron varias razones para explicar esa lentitud.

Para empezar, todas las noches se detenían y echaban el ancla lejos de la orilla y fuera de la corriente. Lo averiguó escuchando con atención las órdenes que se impartían a gritos. Era una práctica muy habitual: se echaba el ancla lejos de la orilla para evitar a los bandidos y no dejarse llevar por la corriente, por miedo a embarrancar en un banco de arena o chocar con cualquier otro escollo en la oscuridad.

En segundo lugar, la corriente perdía fuerza y se dispersaba entre numerosos canales al avanzar por la vasta llanura aluvial del río Stashik. El camino que debían seguir dejaba de estar claro y el piloto no podía saber con total certeza que los canales que antes habían sido seguros no estaban ahora obstruidos por los sedimentos. En dos ocasiones tuvieron que emplear las pértigas para salir de uno de ellos y regresar al canal principal.

En tercer lugar, un avance lento permitiría que los mensajeros que el general Ciudadano hubiera podido mandar por tierra llegaran a Aressa mucho antes que ellos, a pesar de que el camino serpenteaba constantemente y muchas veces estaba bloqueado y en proceso de reconstrucción debido a las frecuentes inundaciones del delta del Stashik. (Muchos de los gobernantes de los imperios que habían hecho de Aressa Sessamo su capital habían sido salvados de los invasores por aquel sistema de fosos y obstáculos, natural e imposible de cartografiar, extendido a lo largo de más de cuatrocientos kilómetros.)

Durante todo este tiempo, después de recibir ropa seca, y ya sin grilletes ni la compañía de un asesino, un espía o lo que quiera que hubiera sido Talisco, Rigg estuvo totalmente solo. Un tripulante —uno distinto cada día— le traía comida en una bandeja por la mañana, que debía durarle todo el día. Se la entregaban bajo los ojos vigilantes de dos soldados, que no decían nada ni tampoco permitían hablar al tripulante o a Rigg.

Rigg se tomaba lo que estuviera caliente para el desayuno y luego guardaba el resto —aunque algunas de las cosas tendían a estropearse— hasta el momento en que oía el ruido que hacían los marineros al echar el ancla, al atardecer. La comida era aceptable —para tratarse de un rancho de a bordo— y debían de mandar botes a la costa de vez en cuando para comprar fruta y verduras frescas, que no escaseaban en la región.

Dos veces al día —una al despertar, después de utilizar el orinal, y otra cuando calculaba que se acercaba la hora de comer (y nunca se equivocaba en sus cálculos) — Rigg recorría con paso firme el perímetro de la habitación hasta que el corazón comenzaba a latirle con más fuerza y se le aceleraba la respiración, y seguía haciéndolo durante al menos media hora más, calculada a ojo. Por la mañana caminaba en una dirección y por la tarde en la contraria.

Cuando los que estaban fuera de su camarote almorzaban a mediodía, él, en lugar de comer, hacía los ejercicios que Padre le había enseñado a realizar a diario, para mantener fuertes los músculos que no ejercitase en el trabajo que estuviera realizando en cada momento. Y como en aquel momento no estaba realizando ningún trabajo, hacía todos los ejercicios.

Dormía dos veces al día, a razón de cuatro horas cada vez. Tiempo atrás había aprendido a dormir cuanto quería y a despertar a la hora que decidía. Así que después de desayunar y de nuevo después de almorzar, disfrutaba de sus sesiones de sueño. Esto significaba que, por las tardes y en las largas y silenciosas horas del amanecer, estaba completamente despierto. Para asegurarse de que no sucumbía al sueño, no se tendía en la cama salvo para dormir y cambiaba constantemente de posición: sentado en una silla, sentado en el suelo, de pie... A veces, incluso hacía el pino apoyándose en las manos o hacía equilibrios sobre la cabeza con el cuerpo apoyado contra la pared.

Se impuso a sí mismo la disciplina de la reflexión. Como estaba temporalmente reducido a la inactividad, despojado de la capacidad de obtener información o de influir en los acontecimientos, sólo había dos proyectos que le importasen: descubrir lo que podía deducir a partir de la información de que ya disponía y tratar de ampliar su don, con el fin de lograr lo que Umbo y él habían conseguido hacer juntos, y el propio Umbo, a todas luces, había aprendido a hacer solo. Sabía que era un pensamiento mezquino, pero no podía evitarlo: «Si Umbo puede hacerlo solo, a pesar de que no ha visto un rastro en toda su vida, yo también tengo que poder...»

Se dijo que este pensamiento no era una expresión de desprecio. Si uno de ellos podía adquirir o reemplazar la contribución del otro a los viajes en el tiempo que hacían entre los dos, el otro tenía que poder también. Pero, para ser sincero consigo mismo, debía reconocer que sí, que ese pensamiento contenía orgullo y desdén en grandes dosis, porque en su interior, la idea se expresaba con los siguientes matices:

«Si incluso alguien como Umbo es capaz de hacerlo, yo tengo que poder... y mejor y con más facilidad.»

Había dado por sentado que cuando se producía el viaje en el tiempo, era él quien lo llevaba a cabo. Sí, había necesitado la ayuda de Umbo, pero era Rigg el que se había situado junto a un hombre y le había sacado el cuchillo de la vaina. Era Rigg el que veía los rastros y siempre los había visto, el que los había utilizado para cazar y para saber adónde había ido la gente, mientras Umbo no entendía gran cosa sobre su propio don.

«¿Tengo la arrogancia natural de la realeza? —se preguntó—. ¿Asumo automáticamente que todo lo mío es mejor que lo de los demás?»

»Hasta donde yo sé, es Umbo el que posee un don precioso —la capacidad de alterar el tiempo, o al menos la velocidad a la que una persona se desplaza por él—, mientras que el mío es más digno de un explorador, buscar los rastros concretos con los que se podría utilizar el poder de Umbo. Umbo puede otorgar a otros el poder de viajar en el tiempo. Yo no puedo compartir mi don con nadie.»

Y a pesar de ello, había algo en su interior que le hacía pensar que Umbo valía menos que él.

Puede que se sintiera así porque Padre había pasado mucho tiempo con él, enseñándolo, y mucho menos instruyendo a Umbo. O puede que fuese la miserable arrogancia engendrada por las semanas de riqueza pasadas en O. Había fingido ser un joven rico, pero era muy posible que, de una manera inconsciente, hubiera llegado a creerse su propio papel, que se hubiera convertido en parte de su propia naturaleza. Pero en aquel momento decidió desembarazarse hasta del último rastro de aquella arrogancia, porque si no lo hacía, lo convertiría en la clase de idiota que cuando no consigue salirse con la suya responde: «¿Sabes quién soy?»

Padre siempre le había enseñado: «Una persona es lo que dice y lo que hace. Así descubres si es digna de su reputación o la ha inventado.»

Esto lo había constatado Rigg en su primer día de soledad y a partir de entonces, con toda humildad y asiduidad, trataba de conseguir solo lo mismo que Umbo le había ayudado a hacer: acelerar sus propias percepciones para que pudieran moverse a la misma velocidad que la gente del pasado por los rastros que dejaban.

Hasta donde él sabía, dos cosas le impedían hacer el menor progreso. Primero, cada vez que Umbo le había permitido ver a la gente en sus rastros, estaban estáticos y él se había pasado no menos de doce segundos observándolos. Tardaba algún tiempo en discernir las formas de las personas concretas que se movían velozmente ante sus ojos y en escoger a una de ellas para concentrarse. Sólo entonces aminoraba su velocidad hasta un punto en el que Rigg podía escoger un momento de sus pasos y actuar.

En el barco, aquello era imposible. No es que hubiese incontables rastros

corriente arriba y corriente abajo —y de una orilla a otra—. La cuestión era que cuando el barco estaba en movimiento, Rigg no tenía la ocasión de estudiar el mismo rastro durante el tiempo suficiente para discernir algo.

E incluso de noche, cuando estaban anclados, y tenía tiempo de estudiar alguno de ellos, se encontraba con el segundo problema, consistente en que no tenía la menor idea de cómo reproducir lo que hacía Umbo con su poder. Podía imaginar que la necesidad de Umbo de duplicar su propio don, la capacidad de localizar a una persona en el pasado para centrarse en ella, se podía soslayar escogiendo a alguien cuya ubicación en un momento dado fuese conocida y que permaneciera en el mismo lugar durante un tiempo considerable. En tales circunstancias, Umbo no necesitaría la capacidad de Rigg de ver los rastros. O, al menos, no la necesitaría tanto.

Pero Rigg había visto los rastros durante toda su vida, había aprendido a distinguirlos, a identificar uno concreto y seguirlo en su avance por el tiempo —pues siempre sabía en qué dirección fluían, aunque nunca hubiera sido capaz de explicarle a Padre cómo—, a pesar de lo cual, nunca había sospechado que los rastros fuesen la impronta borrosa de la interminable repetición de los movimientos de las personas. Al menos hasta que el don de Umbo le abrió los ojos.

Así que ahora sabía la verdad que había detrás de lo que siempre había sabido: dónde habían ido las personas y los animales desaparecidos tiempo atrás. Incluso podía discernir con bastante claridad qué rastros eran más antiguos y cuáles más nuevos, cuáles eran de adultos y cuáles de niños, o de qué especie, género y edad era el animal que había dejado cada rastro. Percibía esta información en forma de colores, de grosor, de intensidad, de texturas, como elementos visuales, en suma, pero ahora sabía que estaba extrayendo unos datos de los rastros que la visión, por sí sola, nunca podría haberle proporcionado. A cierto nivel estaba penetrando en los rastros y «viendo» a quiénes pertenecían, aunque, por supuesto, la visión no tenía nada que ver con ello.

Ahora incluso podía sentir la presencia de rastros detrás de colinas o paredes. Podía sentirla, por ejemplo, tras los confines del pequeño camarote que le servía de prisión. En la oscuridad, los percibía más que nada como manchas borrosas, y con los ojos cerrados eran como una neblina indistinta, pero estaban allí y podía sentirlos y si se concentraba, podía alcanzar cierto grado de claridad. Podía ver cómo los iban dejando los movimientos de los hombres a bordo, lo que lo ayudaba a encontrar sentido a los ruidos que oía. Y todo esto dependía poco de lo que veían sus ojos.

Pero sus ojos le proporcionaban contexto para lo que estaba viendo. Sabía detrás de cuál de sus paredes estaba cada rastro y recordaba la disposición general de la embarcación, así que podía entender lo que percibía. Las sendas que cruzaban en el aire sobre las cataratas Stashi, a muchas varas de allí, aún pasaban de lado a lado de los acantilados, así que la explicación de Padre de que las cataratas habían ido

erosionando el curso del río y de que antaño habían existido otros puentes que lo cruzaban, cobraba visos de verosimilitud.

En el río, en cambio, los rastros eran más confusos, porque los movimientos de la gente —salvo la poca que nadaba o caminaba por la orilla— se habían producido en barcos o sobre puentes desaparecidos tiempo atrás. Un rastro podía subir de repente en el aire y pasar sobre su cabeza. Otros describían extraños movimientos circulares. Era una desquiciante madeja, porque la escalerilla o el mástil al que había trepado un hombre ya no se encontraban allí. Y si a esto le añadimos el hecho de que en el delta el curso del río había cambiado tantas veces que los rastros se movían en todas las direcciones imaginables, sin relación discernible alguna con los canales actuales, nadie habría podido culpar a Rigg por su incapacidad de elegir uno concreto y frenar su marcha (o acelerar su propia percepción) hasta poder ver a la persona que lo había dejado.

Sin embargo, el peor problema al que se enfrentaba era que no tenía ni la menor idea de lo que había hecho Umbo. Habían deducido, empleando únicamente la razón, que Umbo debía de estar acelerando las percepciones de Rigg para que éste pudiera «ver más deprisa», por decirlo así. Pero nada en lo que había experimentado Rigg le había hecho sentirse de aquel modo. De hecho, no había sentido nada en absoluto, por lo que mal podía deducir cómo reproducir la sensación. Lo único que había sucedido era que lo que hasta entonces había sido un rastro se había transformado de repente en una figura humana borrosa en la que, al concentrarse bien, había podido discernir a una persona, que luego había frenado. Y eso lo había hecho empleando la vista.

¿No?

Volvió a pensar en lo que había experimentado en las cataratas, cuando estaba tendido sobre la roca. ¿No había visto al hombre con los ojos? ¡Desde luego! Sin embargo, su imagen tenía algo distinto, comparada con la manera en que sus ojos habían percibido la propia roca y al hermano de Umbo, Kyokay. Como Padre le había enseñado muchas cosas sobre el funcionamiento del cerebro humano, Rigg dedujo que las rocas, el agua, el cielo y Kyokay llegaban a su cerebro por el medio normal, a través de la vista, mientras que el hombre que había caído lo había hecho de un modo distinto, no a través de los ojos. Lo que su cerebro había hecho en realidad era interpretar la percepción como una visión y superponerla a lo que le mostraban sus ojos. Era algo que se había incorporado a su visión, cosa que, ahora que lo pensaba, era lo que había sucedido siempre con la información que le transmitía su don.

Pero nada de todo esto lo ayudaba a saber cómo había hecho Umbo para cambiarlo —o cambiar los rastros, o el mismo paso del tiempo—, de modo que un rastro que para Rigg no había sido hasta entonces más que una serpentina ininterrumpida se convirtiera de repente en la mancha borrosa dejada por el movimiento de una persona. Y Rigg tampoco podía hacer ningún progreso

concentrándose con todas sus fuerzas o tratando de insuflar mayor energía a sus emociones.

Incluso, en algunos experimentos absurdos, trató de caminar paralelamente a un rastro que sabía de persona, con la esperanza de ver aparecer una figura humana. Hasta corrió junto a uno de ellos por un instante, pero como es lógico se estrelló con la pared y provocó que uno de los guardias entrara en el camarote. Rigg le explicó con tono avergonzado:

—Me he quedado dormido y la silla se ha caído —cosa que el guardia no podía saber si era cierta. En cualquier caso, tenía prohibido hablarle, así que sólo podía volver a salir y cerrar la puerta o despertar al general Ciudadano para que viniera. El guardia se decantó por el más sencillo de los caminos y se limitó a cerrar y volver a atrancar la puerta.

Rigg dedicó entonces algún tiempo a reflexionar sobre lo que las experiencias vividas por Umbo y él demostraban respecto a la naturaleza del tiempo. Por ejemplo: los rastros no seguían los contornos actuales del paisaje. Permanecían en el sitio exacto donde se habían producido, al margen de cómo hubiera cambiado bajo sus pies el suelo... o el agua, o los vehículos o los edificios.

Pero Rigg sabía que el mundo era un planeta esférico, rodeado por un anillo de fragmentos rocosos que giraba a su alrededor, que se desplazaba en una órbita que a veces lo acercaba y a veces lo alejaba del Sol, como los andares vacilantes de un borracho. El Sol, por su parte, tampoco permanecía estático, sino que se desplazaba a través de un enorme océano de estrellas que orbitaba alrededor del centro de la galaxia, mientras que ésta, la galaxia, también avanzaba a través del espacio. Así que, si el mundo se había desplazado distancias inmensas desde que la gente echara a andar por primera vez por su superficie, ¿por qué los rastros no se quedaban en el espacio, donde los habían dejado, en lugar de seguir al mundo en su desplazamiento?

El paso de los seres vivos se conservaba en rastros que estaban ligados, no a las posiciones absolutas de tales criaturas en el espacio, sino a sus posiciones respecto al centro del planeta. Sus rastros continuaban en el mismo sitio exacto de ese mundo en rotación.

Desde el punto de vista de Rigg, esto quería decir que existía una profunda conexión entre los seres vivos y el propio planeta, aparte de la gravedad que los mantenía pegados a su superficie. El tiempo recordaba los movimientos de todas las cosas que tenían vida y mantenía este recuerdo grabado en relación exacta con el centro de gravedad del planeta en el que vivían, el planeta Jardín, conservando además su relación original entre sí.

Por qué razón estaba vinculado el tiempo a la gravedad, Rigg no lo sabía, pero estaba claro que era así. En su soledad, se preguntaba toda clase de cosas: como, por qué no se conservaban los movimientos en relación al Sol, cuya gravedad era tan

potente que mantenía anclado al planeta Jardín e impedía que saliera despedido por el espacio; o si un hombre que pudiera navegar entre los mundos, del mismo modo que lo hacía por los ríos y los océanos, dejaría algún rastro tras de sí, o éste saltaría directamente de mundo en mundo. Eran preguntas muy extrañas y podía imaginarse a Hogaza diciéndole que se trataba de una completa pérdida de tiempo, puesto que los hombres no podían volar y desde luego nunca podrían hacerlo entre los planetas. Pero Padre le había enseñado desde niño que no existe nada que no merezca la pena ser pensado y que todas las ideas se pueden examinar desde un punto de vista lógico para comprobar si contienen algo útil. Ciertamente, Rigg no alcanzaba a imaginar qué utilidad podía tener la idea de viajar entre los mundos y la cuestión de la permanencia de los rastros en tales viajes, pero reflexionar sobre ello le proporcionaba placer y como en aquellos días sus placeres eran tan escasos, trataba de disfrutarlos siempre que podía.

Además, pensar en viajar entre los mundos le impedía obsesionarse con lo que le esperaba en Aressa Sessamo.

Porque ése era su otro proyecto y no podía permanecer demasiado tiempo sin dedicarse a él. ¿Qué sabía? ¿Qué podía deducir a partir de la información de que disponía?

El general había hablado sobre diversas facciones en Aressa Sessamo: los monárquicos, divididos a su vez entre los partidarios de la sucesión femenina y los que anhelaban un regreso de los varones al trono, y los partidarios de la Revolución, aunque si el general le había contado la verdad, había entre ellos algunos que, en realidad, más que apoyar la Revolución, se oponían a la sucesión femenina.

El militar parecía convencido de que Rigg era el hijo largo tiempo perdido de Hagia Sessamin y su esposo, Knosso Sissamik, así que la opinión que cada persona albergase sobre la realeza —o al menos sobre los miembros varones del linaje real, del que Rigg era, presumiblemente, el único representante con vida— sería su opinión sobre Rigg. Pero Rigg no sabía siquiera cuál era la facción que en aquel momento llevaba la voz cantante. Si el general Ciudadano realmente apoyaba la monárquico-masculina, se encontraba en manos de alguien que pretendía utilizarlo al servicio de la restauración. Pero si sólo estaba poniéndolo a prueba fingiendo pertenecer a este partido, podía estar en manos de un auténtico servidor del Consejo de la Revolución, o de un miembro del partido monárquico-femenino, en cuyo caso corría el peligro de ser asesinado en cualquier momento.

Y también podía haber otras posibilidades, igual de importantes que las más evidentes. El general Ciudadano podía ser miembro del partido monárquico-masculino y hallarse en unas condiciones en las que no podía hacer uso aún de la existencia de Rigg, lo que significaría que, de momento, estaba a salvo y sería entregado al Consejo de la Revolución en unas circunstancias que harían imposible (o

al menos muy complicado) darle muerte.

O podía ocurrir que la familia real tuviera más influencia de la que parecía y que su madre deseara su muerte. Si creía realmente en la decisión de su abuela de ejecutar a todos los varones del linaje real, la presencia de Rigg en Aressa Sessamo sería algo tan abominable que tratarían de matarlo cuanto antes.

Los escenarios que se desplegaban en su mente eran tan numerosos que no tenía otra alternativa que apartarlos todos, en la medida de lo posible. «Sabré lo que sepa cuando lo sepa —se repetía una vez tras otra—. No puedo predecir el futuro a partir de los datos que tengo, así que no puedo prepararme más de lo que ya me preparó Padre para entender los entresijos generales de la política.»

Siempre, siempre, volvía a pensar en Padre, la única persona, el único tema, en el que no soportaba pensar.

Padre le había mentado. En el interior de todo lo que le había enseñado, contado y dicho residía una profunda y perdurable mentira, o al menos una ocultación de información de tal magnitud que equivalía a una mentira.

«Nunca me dijo quién soy ni cómo acabé viviendo con él. Dejó que creyese que era mi auténtico padre y nunca corrigió esta idea.»

»Y aunque me enseñó toda clase de cosas que me han sido útiles, me dejó en la ignorancia sobre muchas otras en las que me he adentrado completamente desprevenido, y ahora no dispongo de información suficiente para saber qué hacer.»

Rigg se adentraba por esta línea de pensamiento y enseguida se distraía. Un rastro que se movía por el camarote. Un ruido cualquiera en el exterior. Un sonido de las tripas, un dolor o un calambre repentinos. Cualquier cosa era mejor que seguir pensando en Padre y en la terrible ignorancia que era la auténtica herencia que le había dejado.

Quería dejar de pensar en él como «Padre». Su verdadero padre era un hombre llamado Knooso Sissamik, que supuestamente había muerto en el Muro, quizá tratando de atravesarlo. Un hombre realmente notable... o realmente loco. Todo el mundo sabía que ningún ser viviente podía cruzar el Muro. «Ése era mi padre, el hombre al que debo la parte masculina de mi mente. Ése es el que debo llegar a conocer, porque al estudiarlo, averiguaré cosas sobre mí mismo. ¿Podía él ver los rastros? ¿Heredé este don de él?»

Pero Knooso estaba muerto y Rigg no podía conocerlo. Hagia seguía viva, pero Rigg la temía, porque era posible que le deseara la muerte y que el hombre al que llamaba «Padre» lo hubiera salvado de ella.

Y «Padre» lo había enviado, no a buscar a su madre, sino a su hermana, Param Sissaminka. ¿Por qué ella y no otra persona? ¿Por qué esto, en lugar de una misión política? Era como si Padre estuviera diciéndole que, al margen de su supuesta identidad, no debía preocuparse por la política y las maniobras de la familia real y de

la gente que los había depuesto y los mantenía cautivos, sino por la propia Param.

¿Era eso lo que preocupaba a Padre? No se podía negar que se había tomado su tiempo para instruir a Umbo y también a Nox en el uso de sus dones. Y había trabajado incesantemente con Rigg y sus rastros. Padre le había proporcionado a Rigg las habilidades que necesitaba para sobrevivir en el viaje, más o menos —su confinamiento en aquel camarote no era testimonio del glorioso éxito de sus esfuerzos—, pero el objetivo era que llegara hasta su hermana y nada más. A Padre le importaba un comino quién gobernara en Aressa Sessamo. Lo único que le preocupaba era que Rigg y Param se encontraran.

«Pero ¿y a mí? ¿Por qué dejo que mi padre siga dominando mis actos? ¿Y si yo deseo gobernar Aressa Sessamo? ¡Tal vez quiera reclamar mi antigua herencia! O sólo averiguar quién es mi auténtico padre y llegar a conocer y amar a mi auténtica madre, a quien tal vez se le partiera el corazón cuando me robaron de su lado.

»¡Quizá quiera hacer lo que me parezca con mi vida!

»El único problema es que no tengo ni la menor idea de lo que quiero hacer.»

Llegaron a Aressa Sessamo de noche. Tal como estaba previsto, dedujo Rigg, puesto que aquel mismo día habían esperado varias horas con el ancla echada. Los canales de entrada en el gran puerto estaban bien iluminados de noche, al parecer. Y cuando Rigg, recién bañado, ataviado con la ropa limpia que le habían traído, salió del camarote, lo hizo con una bolsa en la cabeza y las manos atadas a la espalda. Lo llevaron hasta un palanquín, donde continuó solo y en silencio, puesto que le habían advertido que si gritaba o hablaba, lo amordazarían.

Y así fue como entró en la gran ciudad, de noche, encapuchado, percibiendo únicamente los ruidos de las calles que cambiaban a medida que avanzaba pero de formas que era incapaz de entender. Lógicamente, era consciente en todo momento de los rastros que rodeaban el palanquín, tanto los antiguos como los nuevos. Sabía dónde estaban las calles ahora y dónde habían estado antes, pero no qué clase de edificios las jalonaban, aunque sí podía conocer su altura por los rastros recientes que ascendían dando vueltas piso a piso.

También podía ver sitios por donde nadie había pasado en mil años, porque los rastros que los atravesaban eran muy antiguos. Pero por qué razón habían quedado abandonados durante tanto tiempo, no alcanzaba a imaginarlo.

Finalmente, el palanquín se detuvo en un jardín —lo supo por los trinos de los pájaros y los numerosos rastros dejados por éstos por todo el lugar—, alguien abrió la puerta y alargó el brazo para quitarle la bolsa de la cabeza.

Era una mujer, ataviada con una sencilla túnica y con el cabello toscamente recortado. No era demasiado hermosa, pero se parecía bastante a él.

—Bienvenido a Aressa Sessamo, Rigg —dijo—. Soy tu madre.

LA CASA DE FLACOMMO

—Nos vimos atrapados en mitad de una turbulencia —dijo el prescindible—. Tratamos de impedirlo porque no sabíamos lo que nos pasaría en un caso así. La mayoría de los ordenadores predijeron que la nave quedaría seccionada o sería aniquilada.

Ram había estado estudiando los informes procedentes de todas las secciones de la nave.

—Pero no resultamos seccionados ni aniquilados. Seguimos intactos.

—Más que intactos —dijo el prescindible.

—¿Cómo se puede estar más que intacto? —preguntó Ram.

—Otras dieciocho copias de nuestra nave, aparte de nosotros mismos, atravesaron el pliegue.

Ram trató de visualizar lo que describía el prescindible.

—Pero no ocupaban el mismo espacio al mismo tiempo.

—La naturaleza cuantizada de la transición expulsó diecinueve versiones de la nave colonia a intervalos regulares. Estamos separados de las demás por unos cuatro segundos, lo que significa que hay una distancia segura entre nosotros, mientras no encendamos los motores o generemos un campo que pueda atravesar otra de las naves.

—¿Y en todas las naves —preguntó Ram— hay una versión de ti hablando con una versión de mí?

—Todos los prescindibles han informado de que todos los Ram Odín quedaron inconscientes en el mismo momento. Todos te colocamos en la misma posición, te pusimos el arnés y esperamos a que despertaras para que pudieras decirnos lo que debíamos hacer. Todos nosotros estamos hablando con nuestros respectivos Ram Odín y diciendo idénticas palabras al mismo tiempo.

—El espacio-tiempo es un cabronazo, ¿eh? —dijo Ram.

—Sí que lo es —dijo el prescindible—. Diecinueve veces.

—Así que, si todos mis yoes están diciendo lo mismo a la vez —dijo Ram—, yo diría que hay cierta redundancia.

—Cosa que no tiene nada de malo.

—Pero en algún punto, alguno de nosotros hará algo diferente. Divergiremos.

—Tal como están diciendo en este preciso instante todos tus yoes —dijo el prescindible.

—Y cuando diverjamos, será imposible para los prescindibles y los ordenadores

de todas las naves saber a qué versión de Ram Odín deben obedecer —dijo Ram—. Por ello, os ordeno a ti y a todos los demás prescindibles que matéis inmediatamente a todas las demás copias de Ram, salvo a mí.

La reina —su madre— lo ayudó a bajar del palanquín y a ponerse de pie sobre el suelo de suaves losetas del patio del jardín.

—Mi precioso muchacho —dijo, mientras se apartaba un paso para examinarlo.

—He tenido días mejores —dijo, porque le resultaba extraño que lo llamaran «precioso». Nadie lo había llamado nunca «precioso». Ni siquiera «apuesto». En O, los únicos objetos de admiración habían sido su dinero y su ropa.

Ella alargó los brazos, y lo estrechó entre ellos.

—Te veo con los ojos de una madre que llevaba mucho tiempo dándote por muerto.

—¿De veras, madre? —preguntó Rigg en voz baja—. ¿Creías que estaba muerto?

No era sólo una pregunta personal, también lo era política e histórica. Si pensaba que estaba muerto, no era la responsable de que se lo llevaran para ponerlo a salvo. Además, significaba que no lo habían secuestrado, porque de haber sido así, su madre podía haber pensado que alguien lo tenía cautivo para utilizarlo por sus derechos al trono. Para que pensara que estaba muerto, o bien los secuestradores tenían que haberla engañado —con una nota cruel, manchada con sangre de animal u otro tipo de prueba— o bien ella misma lo había enviado lejos de sí con intención de que lo mataran.

Había precedentes, a fin de cuentas. Las madres de su familia no siempre eran muy amorosas con sus pequeños.

—No seas indiscreto —murmuró ella con los labios pegados a su cabello.

El mensaje estaba claro: aquél no era un encuentro privado, sino público. Todo lo que dijera estaría gobernado, no por la simple verdad, sino por lo que ella necesitara que oyeran y creyeran los espectadores. Por consiguiente, no averiguaría nada sobre su pasado o el de ella, sino sobre lo que estaba sucediendo en el presente.

Como su propio futuro estaba en juego, no necesitaba que le advirtiera que tuviese cuidado. Pero al mismo tiempo, no sabía muy bien lo que podía considerar ella una indiscreción. Así que quizá estuviera pidiéndole que no dijera nada.

Podía esperar. De momento, incapaz de impedirlo, sintió una punzada de compasión hacia ella, una mujer que incluso cuando daba la bienvenida a un hijo perdido mucho tiempo atrás, tenía que vigilar cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos, cada una de sus acciones y cada una de sus decisiones.

Una especie de prisionera a causa de los crímenes de sus antepasados; pensaba como una reclusa aterrada por sus guardianes. Para ella, todo el mundo era un informador.

¿Y dónde estaba su hermana? ¿Por qué no la había mencionado nadie? No se atrevió a preguntarlo, en aquel momento no, aún no.

Rigg se apartó al sentir que ella relajaba su abrazo. Miró a su alrededor y vio que había al menos una docena de personas en el patio y posiblemente más tras él. Era una ceremonia de enorme importancia política. La emperatriz Hagia Sessamin había decidido reconocerlo como príncipe de la casa real incluso antes de tener la ocasión de verlo a la luz del día. Era una decisión política que probablemente hubiera tomado tras oír los informes de los mensajeros enviados por el general Ciudadano. Si él era amigo de la casa real, eso explicaría el cautiverio solitario de Rigg, así como los grilletes con los que lo había cargado entre el barco y la ciudad. Había que hacer una exhibición pública de la severidad con la que el general Ciudadano trataba al primogénito real recién encontrado. Del mismo modo que Hagia Sessamin tenía que hacer una exhibición pública de cariño con un abrazo amoroso, aunque en secreto, el deseo de su corazón fuera asesinarlo tan pronto como fuese prudente hacerlo, para preservar la ley de su abuela Aptica sobre la precedencia femenina en la línea de sucesión.

—Cuánto te estoy complicando la vida, madre... —dijo con una sonrisa.

Observó con detenimiento cómo reaccionaba ella a estas palabras. En un primer momento, con un destello de furia. ¿Teñido quizá con un poco de miedo? Sí, en efecto. Puede que temiera que al final se mostrara indiscreto y pudiera decir algo que lo pusiera todo en peligro. Pero ¿de qué otro modo podía decirle él que entendía el dilema en el que se encontraba, al margen de los planes que tuviera reservados para él? Si se hubiera limitado a seguirle el juego, sin decir nada, ella estaría preguntándose a qué estaba jugando, lo bien que lo habían entrenado e instruido y quién había sido el responsable. En cambio, lo que él quería era que viese que pretendía comportarse, no como alguien que hubiera sido entrenado e instruido, sino más bien como él mismo. Estaba haciéndose el ingenuo. Si su madre era astuta, le dejaría seguir su juego, porque cuanto más inocente pareciera, menos temor inspiraría a los antimonárquicos y menos decididos estarían los miembros de la facción promasculina a matarla para hacer de él el único candidato al trono.

Pero no fue su madre la que respondió, sino un hombre.

—Es mi vida la que estás complicando, muchacho —dijo.

Rigg lo miró: era un hombre alto y corpulento, ataviado con ropa aparentemente sencilla, pero hecha con el mejor tejido y el corte más esmerado. Un atuendo destinado a transmitir al mismo tiempo sensaciones de modestia y de riqueza.

—¿Sois el bondadoso anfitrión de mi madre? —preguntó Rigg—. ¿Esta casa es vuestra?

El hombre hizo una profunda reverencia.

Había sido una deducción sencilla. Entre sus palabras y lo que le habían contado a

Rigg sobre la forma de vivir de los miembros de la realeza, no podía ser nadie más. Y Rigg sospechaba otra cosa, aunque no la dijo: que aquel hombre también era un agente de confianza del Consejo de la Revolución, porque ¿cómo iban a dejar sus miembros que la realeza viviera en la casa de alguien al que no tuvieran totalmente en el bolsillo?

Como es natural, también existía la posibilidad de que sólo aparentara ser un servidor del consejo y que, en realidad, fuese un monárquico de un pelaje u otro. Como Padre le había dicho en varias ocasiones, un hombre en quien confían los dos bandos no se merece la confianza de ninguno. Si finges ser un agente doble con ambas facciones, ¿cómo puede saber cualquiera de ellas a cuál estás mintiendo? Normalmente, a ambas. Pero una cosa estaba clara: al margen de sus auténticas lealtades, el hombre no iba a ser amigo de Rigg.

—Me gustaría poder decir que puedo pagarme mi propio alojamiento —dijo Rigg—. Pero si Hagia Sessamin no se equivoca al reconocermme como hijo, todos mis bienes anteriores quedarán confiscados y no tengo otra alternativa que ponerme a vuestra merced.

—Encontrarás en mí a un auténtico amigo, igual que lo he sido para tu madre.

—Pues entonces sois un hombre en verdad valiente —dijo Rigg—, porque seguro que muchos desaprueban que ofrezcáis cobijo a la maldita familia de tiranos que oprimió al Mundo intramuros durante tantas generaciones. Y seguro que también hay muchos a los que no les agrada que aparezca un varón en la familia real cuando nadie lo estaba buscando.

Hubo varias inhalaciones bruscas entre los presentes, aunque Rigg se alegró de ver que su madre no era ninguna de las personas que revelaba sus emociones de manera tan evidente.

Se volvió hacia los demás —que, hasta donde él sabía, lo mismo podían ser criados, cortesanos, ciudadanos hostiles o miembros del Consejo de la Revolución— y dijo:

—¿Creéis que voy a fingir que no sé lo que saben todos? Antes ignoraba todas estas cosas. El hombre que me crió me mantuvo así, de modo que hasta hace pocas semanas no sospeché jamás que pudiera tener ninguna relación con la familia real. Pero muchas cosas se me han explicado desde entonces y ahora sé que mi existencia es inconveniente para todos. Incluido yo mismo.

—Inconveniente o no —dijo Madre—, tu existencia sólo me inspira dicha.

—He echado de menos una madre toda mi vida —le dijo Rigg—. Pero, criado como un buen ciudadano de la República, jamás he deseado una reina. Espero que me perdonéis si aspiro a ganarme el amor de mi madre, sin prestar atención alguna a la destronada emperatriz.

—Bien dicho —dijo su anfitrión—. Porque, por supuesto, la idea de la «realeza»

no es más que una cuestión genealógica. En esta ciudad no hay una sola alma que no dé gracias por estar gobernada por el Consejo de Revolución en lugar de por la descendencia accidental de una casa particular.

La untuosa y a la par calculada retórica del hombre maravilló a Rigg. Aquella declaración de abyecta admiración al Consejo de Revolución estaba concebida como expresión de lealtad para sus amos o como una capa de mentiras bajo la que disimular sus auténticas lealtades. En cualquier caso, era tan evidentemente exagerada que Rigg daba por hecho que el hombre no pretendía que nadie se la creyera.

De lo contrario —y esto siempre era una posibilidad— era un idiota y no tenía ni la menor idea de cómo sonaban sus palabras.

—Miradle el pelo —dijo uno de los presentes.

—Y mirad qué ropajes tan ricos —dijo otro.

Rigg se volvió hacia el que había hablado de su ropa.

—Esto forma parte del vestuario que adquirí cuando pensaba que el dinero que me había dejado mi padre era mío y podía gastarlo a voluntad. Todo me fue confiscado por el general Ciudadano en el momento de mi arresto, pero me ha dejado utilizarlo porque tenía que estar limpio para ir en el palanquín en el que me han traído a la ciudad. Pero si necesitas esta ropa, amigo, de buen grado me la quitaré y me pondré cualquier cosa que alguien pueda prestarme para preservar un mínimo de pudor.

Murmullos.

—Ahora no pretenderás decirnos que no te han preparado para interpretar este papel —dijo un anciano.

—Mi padre, o quien yo creía que lo era, me preparó para interpretar muchos papeles.

—¿Como actor? —preguntó el viejo.

—Sí, y de la peor calaña —dijo Rigg—. Como político.

Los jadeos fueron más fuertes esta vez y algunos de ellos desembocaron en pequeñas risillas.

—Sois el secretario del Consejo de la Revolución, ¿verdad, señor? —preguntó Rigg—. Al menos, eso es lo que creo. —Padre le había contado que el secretario del consejo era, en realidad, su líder. En aquel enrevesado sistema de gobierno, cuanto más poderoso era el cargo, más humilde parecía el título. Padre había señalado que, en casos como aquél, el significado de todas las palabras cambiaba, hasta que «secretario» se convertía en el equivalente a dictador, rey o emperador.

—Es el puesto que ocupo de momento —dijo el hombre.

—Por favor, señor. Aquí estamos entre leales ciudadanos —dijo Rigg—. Ocupáis el cargo de por vida.

—Lo ocupo por un periodo fijo de un año.

—Que ya se ha renovado un total de catorce veces —dijo Rigg con una sonrisa— y que a buen seguro volverá a renovarse hasta que vuestro cuerpo marchito y babeante se desplome muerto.

Eran afirmaciones ciertas hasta la última de ellas. Todo el mundo sabía que el secretario del consejo era un cargo vitalicio, pero reconocerlo en voz alta era un peligroso ejercicio de mala educación. Esta vez no hubo inhalaciones ni risas, sólo murmullos sordos. «¿Qué te parece cómo juego a esto, madre? ¿Eres lo bastante inteligente como para entender lo que estoy haciendo?»

El secretario, que respondía al nombre de Erbaldo, se adelantó un paso, ligeramente alterado.

—Mi padre decía: «No niegues lo que sabe todo el mundo» —dijo Rigg—. Me inclino ante vos por los servicios que prestáis al pueblo del mundo y por el sacrificio que hacéis al consagrarnos todos los días de vuestra vida. —Dicho lo cual, Rigg se arrodilló ante él.

—Mi hijo se cree inteligente y sincero —dijo Madre tras él—. Pero lo único que demuestra es su falta de educación. Si hubiera podido criarlo yo misma, veríais en él más cortesía y menos arrogancia.

«Eso es, madre —se dijo Rigg en silencio—. Que vean divisiones entre nosotros.»

Y al volverse, dejó que afloraran a su rostro unos sentimientos heridos que en realidad no sentía.

—Madre —dijo—, ¿cómo puedo ser un maleducado, en esta república de honradez, por decir las cosas como son en realidad? —Decidió seguir ahondando en la misma idea—. Por ejemplo, nuestro generoso anfitrión no podría dar cobijo a la familia real sin el consentimiento del consejo, lo que significa que trabaja para maese Erbaldo. Y como sabemos que el consejo nunca tolerará que se instaure otro gobierno hereditario en sustitución de la ancestral sangre de nuestra familia, el hecho de que Urbain, padre de Erbaldo, fuese secretario antes que él, con la única interposición del afable Chaross entre ambos, sólo demuestra que las grandes virtudes del padre se transmitieron al hijo. Sólo un necio podría suponer que tales virtudes serían fáciles de reemplazar.

Vio que un par de personas hacían mutis por el foro discretamente, por miedo a que Erbaldo supiera que habían oído las profundamente ofensivas —y atinadas— palabras de Rigg. Al ver sus rastros tomó la decisión de descubrir a la menor ocasión adónde habían ido, puesto que, con toda probabilidad, se trataba de gente que ya sabía que no disfrutaba de la confianza del gobierno. Si en algún sitio tenía alguna posibilidad de encontrar amigos, era entre ellos.

Había decidido correr el riesgo de hablar como lo había hecho porque todos los niños en edad escolar sabían que la ética oficial de la Revolución era «decirle la

verdad al poder», así que nada de lo que había dicho podía utilizarse en su contra en un juicio. De hecho, lo que estaba haciendo con toda deliberación era ponerle las cosas más difíciles a sus enemigos si decidían llevarle ante un tribunal, porque ahora que había demostrado que estaba dispuesto a decir cosas que nadie se atrevía a expresar en voz alta, el consejo tendría miedo de dejar que el pueblo pudiera oír lo que podía decir en una audiencia pública.

Un régimen que se envuelve en la bandera de la verdad es el que más la teme, porque a poco que se aparte de ella, su autoridad se desvanece.

Además, Rigg se lo estaba pasando en grande. Ya que Padre le había proporcionado las herramientas de la maniobra política y la inteligencia necesaria para utilizarlas, y ya que ni sabía a qué fin servía su vida ni tenía el menor deseo de servir a los planes de otros, ¿por qué no divertirse mostrándose un poco maleducado, aunque eso pusiera su vida en peligro?

—Este jardín es muy hermoso —dijo Rigg—. Y la casa que rodea es de una elegancia extraordinaria. Me asombra que el consejo deje en manos de un solo hombre una casa como ésta, cuando tanta gente vive en la pobreza. ¿Cómo os llamáis, mi buen anfitrión? Quisiera saber quién es la persona a la que el consejo ha encomendado la custodia de tan impresionante tesoro público.

Su anfitrión, con el rostro colorado, hizo una ligera reverencia.

—Tengo el honor de llamarme Flacommo.

—Mi querido amigo Flacommo —dijo Rigg—, ¿podemos entrar? Me temo que los mosquitos de Aressa Sessamo han probado mi sangre y la han encontrado deliciosa.

—La región del delta es una verdadera ciénaga —dijo Flacommo con vehemencia—. Por desgracia, quienes vivimos aquí ya estamos acostumbrados a tener media docena de picaduras por el cuerpo en todo momento. Sígueme a la cocina, por favor, allí podrás pedir al cocinero que te sirva alguna cosa de comer.

—Será un placer ayudarlo en la cocina para ganarme el sustento, si dais vuestro consentimiento, señor Flacommo. Tengo buena mano con los pucheros, sobre todo para preparar guisos de caza bien sazonados.

Rigg era perfectamente consciente del insólito retrato que estaba dibujando en la mente de todos los presentes. Una inocencia muy capaz de ofender, unos modales toscos derivados de la vida en el bosque y ningún problema para realizar labores manuales. La escena no tardaría en conocerse por toda la ciudad. Aunque el consejo hubiera dado órdenes de que nadie relatara la llegada del supuesto heredero al trono, Rigg se había asegurado de que la historia fuese demasiado buena como para no contarla.

En esencia, había sobornado a los criados y cortesanos con una moneda mucho más apetecible que el dinero. Les había proporcionado secretos maravillosamente

escandalosos. Nada confería tanto prestigio como conocer los secretos más ocultos de la gente más importante y pocos de ellos podrían resistirse a la tentación de contárselos a alguien. Cada persona que oyera la historia la contaría a otros y al llegar la mañana, miles de ciudadanos la conocerían.

Cuanta más gente lo conociera en la ciudad —cuanta más gente se preocupara por su suerte, sintiera simpatía por él y se hubiera divertido con las historias de sus payasadas—, más seguro estaría, porque el pueblo vigilaría cómo lo trataban. Y si Umbo y Hogaza lograban llegar hasta Aressa Sessamo, los rumores los conducirían hasta él.

Rigg se daba cuenta de que Madre desaprobaba lo que había hecho. Pero no era de extrañar. Por lo que él sabía, lo quería muerto y tenía la esperanza de que el consejo le hiciera el trabajo sucio, cosa que ahora era un poco menos probable. Tampoco Flacommio estaba muy contento. Probablemente, la mayoría de los cortesanos hubieran creído hasta entonces que era un amigo de la familia real, que los cobijaba voluntariamente corriendo gran riesgo personal. Pero ahora tenían razones para pensar que no sólo no era un amigo de la familia real, sino que en realidad se trataba de su carcelero.

Sin embargo, la reacción más importante era la de Erbaldo. Madre llevó a Rigg al interior de la casa, insistiendo en que era hora que su amado hijo comiera con ella por primera vez desde que se lo arrebatara. Erbaldo anunció su marcha y rodeó con un brazo el hombro de Rigg.

—Acompáñame a la puerta, joven Rigg —dijo en voz alta.

Rigg fue con él hasta el portón de la calle.

—Has jugado bien, para ser un aficionado —dijo Erbaldo en voz baja.

—¿Se trataba de un juego? —respondió Rigg con voz monocorde—. Pues nadie parecía estar divirtiéndose mucho.

—Una popularidad transitoria te mantendrá a salvo por el momento, pero nunca se puede contar con el apoyo del pueblo. Cuando comience a circular algún rumor que te retrate bajo una luz diferente, en especial si es cierto, te harán mil pedazos.

Y con estas palabras, Erbaldo salió a la ciudad dejando a Rigg al otro lado del cerrado portón.

En la cocina, Rigg se encargó de sentarse justo al lado de los criados que estaban preparando la comida del día siguiente. No se le daba demasiado bien la cocina —en especial, la preparación del pan y de los bollos le parecía cosa de magia, aunque Padre le había hablado de la levadura—, pero sí sabía cortar zanahorias, pelar patatas, sacarles el corazón a las manzanas o extraerles las semillas a las peras para preparar estofados y pasteles. Así que antes de que Flacommio tuviera tiempo de dar órdenes al cocinero sobre Rigg, éste ya tenía un cuchillo en la mano y se había sentado junto al

pinche que más se había retrasado con sus tareas y estaba más necesitado de ayuda.

—Ése no es trabajo para un miembro de la casa real —dijo Flacommo.

Rigg levantó al instante una mirada de asombro hacia él.

—Si existiera una casa real, señor mío, estoy seguro de que tendríais razón. Pero no existe tal casa y por tanto tampoco tales sus miembros. Lo que hay es trabajo que hacer y yo lo estoy haciendo. —Se volvió hacia el cocinero—. ¿Acaso no lo hago satisfactoriamente, señor?

—Muy bien, señor —respondió el cocinero—, pero no sois vos el que debe llamarme a mí señor.

—¿Acaso no sois mayor que yo, señor? —preguntó Rigg—. Mi padre me enseñó que debía llamar a mis mayores «señor» y «señora», en señal de respeto a la sabiduría y la fortuna de la experiencia de su edad.

—Sabiduría y fortuna... —repitió Flacommo riéndose, como si se tratara de una broma—. Sólo un niño podría pensar que los viejos somos afortunados, con nuestras articulaciones, nuestra calvicie y nuestros problemas digestivos.

—Yo me consideraré muy afortunado y muy sabio, mi señor, si llego a vivir lo bastante para que me crujan las articulaciones, me escasee el cabello y las tripas me mantengan despierto de noche.

Flacommo volvió a reírse, como si también aquellas palabras fueran una broma. Pero Rigg reparó —con su visión periférica— en que su madre asentía de manera casi imperceptible. ¿Era posible que al fin hubiera entendido su juego y aprobara su manera de jugar?

—Nosotros nos encargaremos de dar de comer al mozo, señor —dijo el cocinero a Flacommo—. Y uno de los pinches puede enseñarle su habitación. Todos sabemos la que le estaban preparando.

—¿Una habitación? —preguntó Rigg—. ¿Para mí? Después de un viaje tan largo, será maravilloso. Sí, iré enseguida. No necesito comer mucho. Con un poco de pan y un trozo de queso curado me doy por más que satisfecho, así que me iré a la cama en cuanto haya terminado de sacarles el corazón a estas manzanas para los pasteles.

Pero a pesar de sus palabras, tenía la intención de no entrar en ningún cuarto que hubieran preparado expresamente para él. Si le habían tendido alguna trampa, estaría allí. Lo más prudente sería ir a dormir a alguna parte que no se esperara nadie, con el mínimo número de testigos posible.

—¿Vas a hacer esperar a tu madre? —preguntó Flacommo.

—Hay un banco vacío allí, ¿lo veis? —dijo Rigg—. Puede sentarse ahí y hablar conmigo mientras yo acabo con las manzanas.

La sugerencia alarmó en no poca medida a los demás criados, pero Rigg los miró con una sonrisa.

—¿Qué sucede, sus quehaceres la obligan a permanecer en otra parte de la casa?

¡Así tendremos todos la ocasión de conocerla mejor!

—Me temo que nuestra querida señora Hagia no puede ayudar en las cocinas, como sugieres —dijo Flacomm—, por ley, se le prohíbe tocar hoja alguna, aunque se trate de un simple cuchillo de cocina.

Rigg levantó el instrumento que estaba utilizando para sacarles el corazón a las manzanas.

—Pero esto no es una hoja —dijo.

—Se clava en la fruta, muchacho —replicó Flacomm—, y eso lo convierte, a los ojos de la ley, en una daga.

—Sería un arma realmente cruel —dijo Rigg, riéndose—. Monstruosa... ¡Imaginaos qué muerte! —Apretó el despepitador contra su propio pecho—. ¡Qué fuerza haría falta para abrirse camino entre las costillas!

Algunos de los criados se echaron a reír, a pesar de sus esfuerzos por mantener la gravedad. Otra anécdota que se conocería en toda la ciudad por la mañana.

—Madre, ya es muy tarde. Os suplico que os vayáis a la cama y durmáis para que podamos hablar mañana. Yo he tenido la ocasión de dormir de sobra en el barco y en el palanquín. Los dos se balanceaban de manera deliciosa. —Y era cierto que solía estar despierto a esas horas de la noche. Una de las razones por las que se había acostumbrado a dormir a horas tan extrañas era que de ese modo no estaría indefenso e inconsciente en las horas más predecibles.

Flacomm y Madre permanecieron todavía allí un rato y estaba claro que Madre se habría sentado para hablar con él, incluso en presencia de los demás mozos de cocina, de no habérselo impedido su anfitrión.

—Bueno, bueno —dijo éste al fin—, no se puede negar que sois un joven impredecible, maese Rigg.

—¿De verdad? En el pueblo de Vado Otoño me tenían por una persona aburrida. Nunca hacía nada extraordinario.

—Me cuesta creer eso —dijo Flacomm.

—Oh, estoy seguro de que aquello os parecería también impredecible, señor. La vida en el curso alto es muy distinta. Por ejemplo, cuando allí la gente se reúne para pelar las verduras y la fruta, siempre canta. ¡Pero parece ser que en esta cocina nadie conoce ninguna canción!

—Oh, conocemos algunas canciones, joven señor —dijo una mujer entrada en años.

—Podemos hacer que se os pongan los pelos de punta con canciones de miedo y pesar —dijo otra con voz cantarina.

Rigg reconoció la frase. Era un verso de una canción popular y respondió con el que lo seguía:

—Y a vos, mi querida señora, mis dulces y hermosos cantos os enseñarán a soñar.

Todos los criados rieron con aprobación.

—¡Así que las canciones son las mismas río arriba y río abajo! —exclamó Rigg—. Bueno, pues vamos a acabar ésta y luego cantaremos dos o tres más. Sólo hay que trabajar duro y cantar en voz baja, para que nuestros señores no puedan decir que somos ruidosos en el trabajo.

Flacommo levantó las manos y salió a grandes zancadas de la cocina. Entonces se permitió Rigg mirar directamente a su madre. Vio que la sombra de una sonrisa pasaba por un instante por sus labios. A continuación, también ella se volvió y siguió a Flacommo fuera de la cocina.

Tras terminar con el montón de manzanas —con un sonrisa de agradecimiento del pinche al que acababa de salvar de un castigo—, Rigg engulló el pan y el queso sin otra cosa que agua para beber. Era un pan de mejor calidad que las toscas hogazas que Nox les daba cuando Padre y él salían a la campiña a poner y recoger sus trampas, pero esto también significaba que Rigg tenía que comer más para quedar saciado. El queso estaba bueno, aunque el sabor le resultaba desconocido.

—Gracias por la comida —le dijo a la mujer que se la había preparado—. ¡He probado el mejor pan y el mejor queso de O, una ciudad famosa en el río por su gusto refinado y creo que puedo decir con toda justicia que los criados de esta casa comen mejor que los señores de O!

Como es natural, estaba adulando descaradamente a los cocineros, panaderos y criados de la casa, pero estaba convencido de que poca gente se tomaba la molestia de hacerlo. ¿Con qué frecuencia entraba Madre en la cocina? ¿A cuántos de los criados conocía por su nombre? Al cabo de una hora en la cocina, Rigg conocía los nombres de todos, así como la historia y la manera de comportarse y de hablar de la mayoría de ellos. Aún no se había ganado su lealtad, pero sí su simpatía, lo que era un primer paso.

—Dejad que os lleve a la habitación que os han preparado —dijo el aprendiz del panadero, un joven que se llamaba Largo a pesar de que no era especialmente alto.

—Con mucho gusto —dijo Rigg—, aunque seguro que no es tan calurosa y confortable como ese rincón detrás del hogar en el que duermen los mozos de la cocina.

—Es un lecho de paja vieja sobre la piedra —dijo Largo—. ¡No es tan cómodo!

—Yo he dormido en cuevas húmedas y bajo las copas de los árboles en plena lluvia, sin otra cosa que la nieve para mantenerme caliente. ¡Desde mi punto de vista, ese sitio es el mejor de la casa! —Lo dijo en voz tan alta que lo oyeron hasta los mozos del turno de día, que aún fingían estar dormidos en el mentado rincón y algunos de ellos, para su satisfacción, asomaron la cabeza desde allí para comprobar quién podía decir algo tan absurdo.

—¡La nieve no te mantiene caliente! —dijo el más joven de los mozos.

—Te entierras en un montón de nieve, como un conejo, y la nieve que te rodea mantiene el calor corporal y contiene el azote del viento.

—¡Se fundiría y te ahogaría o se te caería encima y te asfixiaría! —exclamó otro muchacho.

—No si has elegido el montón más profundo y antiguo. Ésos mantienen la forma noche tras noche y cuando he terminado con alguno de éstos, lo utilizan animales pequeños, que os aseguro que nunca habían tenido mejor sitio para dormir. Puede que aquí estéis en el norte, pero no conoces la nieve de verdad hasta que no has invernado en lo alto de las montañas.

Y con estas palabras se volvió y siguió a Largo, que lo llevó al comedor y luego a los pasillos de la casa. Rigg le pidió que no corriera y le fue preguntando para qué se utilizaba cada sala grande y adónde conducía cada puerta. Tal como le había enseñado Padre, comenzó a trazar un mapa en el interior de su cabeza. Al comparar las dimensiones de las habitaciones, se dio cuenta de que las medidas no encajaban. Una vez que supo dónde debía buscarlos, no le costó localizar los pasadizos secretos construidos en aquellos espacios, porque podía ver los rastros de quienes los habían utilizado. Los rastros no revelaban cómo se abrían las puertas secretas, pero al menos le ayudaban a encontrarlas. La casa era un laberinto: escaleras y pasillos para los criados, que eran los más transitados de la casa; pasillos públicos, los únicos que verían nunca los visitantes de mayor alcurnia; y pasadizos secretos, rara vez hollados pero presentes por toda la casa. Apenas había una sola habitación que no tuviera al menos una entrada secreta.

Y no sólo estaba estudiando las habitaciones. Pudo ver el rastro de su madre con la suficiente frecuencia como para saber por dónde se movía. Pronto supo qué habitaciones eran las que visitaba con mayor frecuencia y en cuáles no entraba más que en raras ocasiones. Su rastro sólo se adentraba en uno de los pasadizos secretos y sólo en unas cuantas ocasiones. ¿Se debía esto a que era el único que conocía o a que no se atrevía a desaparecer de la vista de los demás con frecuencia, para que nadie pensara que se había fugado?

Lo que sorprendió a Rigg fue que no podía ver el rastro de Flacommo en ninguno de los pasillos secretos. ¿Era posible que conociera la casa aún menos que Madre?

A la menor ocasión, buscaría entre los rastros más antiguos para tratar de dar con el que hubiera dejado él mismo cuando, de niño, se lo llevaron de allí. Sería interesante descubrir quién era el responsable y qué ruta había seguido.

Entonces se dio cuenta de algo: lo más probable era que su familia no viviese allí cuando nació. Sin duda, para mantener la ficción de que no poseía nada y no pertenecía a ninguna parte, la familia real iría de casa en casa. Bueno, con el tiempo suficiente para seguir su propio rastro, no sería complicado, una vez que dispusiera de

alguna libertad.

Llegaron a la puerta de un aposento de grandes dimensiones, con una cama que tenía un dosel, postes y cortinajes. Había un escabel a un lado para que Rigg pudiera subir y bajar de ella.

Se quedó en la puerta, fingiendo asombro y admiración para que lo viera Largo, mientras lo que en realidad hacía era explorar la habitación en busca de los rastros más recientes. No había nadie escondido allí, eso habría sido demasiado evidente. Pero alguien había estado debajo de la cama hacía una hora o dos y había pasado algún tiempo allí. Habían colocado alguna trampa y al ver los rastros borrosos de seis akses —el reptil más venenoso—, supo de qué trampa se trataba. Cuando el peso de su cuerpo doblara la cama, ésta rompería el frágil recipiente en el que estaban metidos los lagartos, que a continuación, atraídos por su calor corporal, lo matarían.

—Qué bonita —dijo Rigg, tratando deliberadamente de parecer infantil e ingenuo—. Pero no podría dormir en una cama tan alta. Tendría miedo de caerme y no pegaría ojo. ¡Venga, volvamos a la cocina, dormiré junto al fuego! —Se volvió y echó a correr por donde había llegado.

Largo trató de protestar, pero Rigg se volvió, se llevó un dedo a los labios y susurró:

—¡Hay gente durmiendo! No los despiertes.

CONFIANZA

—Lo siento mucho —dijo el prescindible—. Una de las versiones de Ram no ha utilizado la palabra «inmediatamente», así que su orden se ha completado una fracción de segundo antes que las de los demás. Él es el verdadero Ram Odín.

Ram esbozó una media sonrisa.

—Qué irónico. Al especificar que debíais actuar al instante...

El prescindible alargó los dos brazos, retorció la cabeza de Ram y le partió el cuello. La frase quedó sin terminar, pero eso no importaba, porque la persona que la estaba diciendo no era el auténtico Ram Odín.

Rigg se quedó dormido prácticamente en el mismo instante en que se tendió entre los muchachos que descansaban en el espacio de detrás de la chimenea. Una de las paredes estaba muy caliente, gracias al fuego del otro lado. La opuesta estaba fría por el aire de finales de otoño del exterior. Rigg eligió un sitio cerca de la pared fría, en parte porque allí era donde había más espacio disponible, pero, sobre todo, porque estaba acostumbrado a dormir con frío y lo prefería a pasar calor durante el sueño.

Despertó apenas cuatro horas después, tal como se había acostumbrado a hacer, en el silencio de las horas previas al alba. El rincón estaba más abarrotado que antes. Los mozos del último turno también se habían echado a dormir. La mayoría de ellos tenían el pelo sudoroso, porque aunque el fuego se iba apagando durante la noche, su propio calor corporal los mantenía calientes. Hasta Rigg, a pesar de tener la espalda apoyada en la pared fría, estaba un poco sofocado, así que salió al patio para refrescarse.

En el jardín no había nadie de guardia. ¿Qué crimen podía cometer alguien allí, salvo que fuese un ladrón de hierbas y flores? Pero Rigg sabía que si se acercaba al portón de entrada o a la puerta de los criados, encontraría centinelas. Incluso paseando por el jardín podía llamar la atención. Así que escogió un sitio cerca de la puerta de la cocina —la puerta de las especias, la llamaban, porque los cocineros enviaban a los mozos por ella para coger hierbas frescas— y se sentó en el suelo. El ambiente era ya bastante frío. En poco tiempo moriría la albahaca y luego, al llegar las nieves, el tomillo. Sólo el romero, con su tallo leñoso, lograría sobrevivir al invierno.

A Rigg, el jardín le parecía casi tan artificial y antinatural como el interior de suelos de madera de la casa. Allí no había formas de vida más complicadas que unas

pocas aves, a las que tampoco permitían anidar allí. Los insectos dejaban sus rastros, pero eran muy tenues, y por mucho que lo hubiera intentado, no habría podido diferenciarlos. Pero en realidad era una suerte, porque, por cada rastro dejado por un vertebrado, había diez mil rastros de insectos y si todos hubieran brillado con la misma intensidad, los de los insectos habrían tapado todo lo demás en la mente de Rigg.

Sólo mantenía los ojos abiertos para averiguar adónde iban los rastros en relación con el edificio. Podía sentir la presencia de todos, por muchas paredes que se interpusieran entre ellos. Los muros exteriores de la casa estaban limpios: durante al menos seiscientos años, nada había atravesado aquellas barreras.

Rigg tenía muchas cosas que averiguar, pero lo más importante para él era descubrir el rastro de la persona que había colocado media docena de akses en un frágil recipiente bajo la cama en la que se suponía que debía dormir. Sin saber bien cómo lo hacía, desde muy joven había aprendido a identificar el rastro de personas concretas y era capaz de reconocerlas cuando volvía a verlas en otro sitio. Cuanto más antiguo era un rastro, más complicado le resultaba hacerlo, como si perdieran detalle y nitidez con el paso del tiempo, aunque no habría podido describir con exactitud qué detalles eran los que reconocía. Simplemente, era algo que sabía.

El que había tratado de asesinarlo había entrado por la puerta de los criados en el callejón, y a juzgar por el modo en que se desplazaba su rastro —con suavidad hasta que, una vez dentro de la gran despensa, de pronto subía y luego volvía a bajar— dedujo que habría entrado en la casa dentro de algo, muy probablemente un barril. Había salido de allí la noche pasada, al mismo tiempo que Rigg llegaba al patio en su palanquín. Fue entonces cuando colocó los akses.

Lo que Rigg necesitaba averiguar era si el asesino había tenido algún contacto con alguien de la casa. También quería saber si había utilizado alguno de los pasadizos secretos. La respuesta era «no» a ambas preguntas. Se había movido sin desviarse, sin encontrarse con nadie y sin siquiera detenerse para ocultarse, derecho al aposento asignado a Rigg.

Pero luego no había vuelto a la despensa. Lo que había hecho había sido subir al tejado por la empinada escalerilla que usaban los trabajadores que se encargaban de reparar las goteras, eliminar los nidos y los avisperos, y limpiar las claraboyas y las ventanas de las cúpulas del último piso. Estuvo allí hasta el momento exacto en que Erbaldo caminó con Rigg hasta el portón.

En ese punto, el asesino había salido al tejado, había corrido hasta la cornisa y había bajado al patio de la casa del vecino. No había nadie despierto en aquella casa y aunque era casi tan elegante como la de Flacommo, no necesitaba más centinelas que el viejo soñoliento que en aquel momento, al parecer, debía de dormir en su puesto, porque el asesino pasó a su lado y salió a la calle sin que él hiciese nada.

Se movía con la confianza de alguien que había estado en la casa antes y que conocía el camino, así que Rigg comenzó a adentrarse más y más en el pasado, en busca de rastros cada vez más antiguos. De un modo que sus ojos nunca hubieran podido lograr, era como si sólo los rastros de la época que estaba buscando fuesen visibles, mientras que los más recientes y los más antiguos se atenuaban hasta que decidiera centrar su atención en un momento distinto. Era un trabajo laborioso y requería una disciplina férrea, algo así como obligarse a leer una letra muy pequeña con luz tenue, pero Rigg se negaba a rendirse sólo porque fuese difícil concentrarse. A fuerza de practicar, había aprendido a discernir capa tras capa de rastros, así que recorrió concienzuda y metódicamente la casa entera, antes de empezar con la siguiente capa, y así sucesivamente.

Puede que hubieran enviado al asesino a reconocer la casa en los días anteriores a la llegada de las cartas del general Ciudadano, o puede que en el mismo instante en que llegaron a Aressa Sessamo las primeras noticias sobre la existencia de Rigg, casi dos meses antes. O puede que el asesino hubiera reconocido la casa antes de que la familia real se mudara allí, con la esperanza de que, en algún momento, pudieran requerir sus servicios. Si la visita anterior era tan antigua, era poco probable que Rigg llegara a encontrarla. Una búsqueda lenta y metódica tardaría meses en remontarse tanto en el pasado y una más rápida tenía grandes probabilidades de pasarla por alto.

Al darse cuenta de esto, Rigg optó por una estrategia distinta. En lugar de registrar la casa entera, se centró en el portón. Lo más probable era que el asesino, en su primera visita, hubiera accedido con algún propósito legítimo. Se habría presentado allí con algún pretexto tan banal que se olvidase enseguida. Si no había entrado por el portón, lo habría hecho por la puerta de la servidumbre.

Allí estaba. Había entrado por el portón y sólo un mes atrás. Antes de que el mensajero del general Ciudadano hubiera podido llegar hasta allí, pero no antes de que lo hiciera otro mensajero, enviado por algún espía en O que podía haber sabido de la presencia de Rigg incluso antes.

Aun así, era más o menos alentador saber que quienquiera que hubiera enviado al asesino no recibía la información del general Ciudadano. Rigg había llegado a sentir simpatía, o al menos respeto, por éste, y no le habría gustado que fuese la clase de hombre que recurría al asesinato.

¿Quién había acompañado al asesino al interior de la casa durante su primera visita? Los criados que recibían a todo el mundo y luego el propio Flacommo. Pero esto no significaba nada, aparte de que los visitantes tenían cierta categoría. La mayoría de ellos acompañaron a Flacommo a un cuarto anexo al jardín para ver a Madre, que, según mostraban los rastros pasaba allí la mayor parte del día. Pero el asesino se quedó atrás.

Eso sugería que se hacía pasar por un criado y que su señor lo había despedido. El

asesino recorrió la planta de los dormitorios, explorando todos aposentos. Nadie lo detuvo, a pesar de que pasó al menos una hora dedicado a ello.

Luego se dirigió al cuarto donde el resto del grupo conversaba con Madre y, una vez allí, el grupo se marchó casi al instante.

¡Ay, si hubiera tenido a Umbo consigo! Habría podido ralentizar los rastros para averiguar si Madre sabía algo sobre el plan para asesinar a Rigg a su llegada.

Era un hecho: Madre había pasado una hora hablando con la gente que había metido un asesino en la casa.

Pero esto no demostraba que el resto del grupo estuviera al corriente de ese propósito, y mucho menos que Madre lo conociera. Y el hecho de que Flacomo no se hubiera encontrado con el asesino en ninguna de sus dos visitas a la casa no revelaba nada sobre lo que sabía, ni sobre lo que podía saber el Consejo de la Revolución. El don de Rigg le mostraba muchas cosas que nadie más podía saber, pero ni una décima parte de lo que habría necesitado.

Había alguien en el jardín con él...

Podía ver el rastro y era nuevo, porque se generaba mientras lo miraba. Pero se movía increíblemente despacio y se desvanecía más deprisa de lo habitual y cuando Rigg miraba con los ojos, no había nadie allí.

Corrían cuentos de hadas sobre gente invisible, sobre santos que poseían el poder de caminar en medio de una multitud sin que los vieran o sobre gente que había ofendido a un mago que los había vuelto invisibles para que estuvieran siempre solos. Pero Rigg nunca les había dado el menor crédito. Desde que Padre le explicara cómo funcionaba la visión —los fotones de distintas longitudes de onda, reflejados o absorbidos en las superficies, y detectados por la retina del ojo— Rigg pensaba que era imposible que alguien pudiera hacer que todos los átomos de su cuerpo fuesen transparentes a los fotones.

Pero ¿no había dicho Padre «Sólo un idiota dice “imposible”. El hombre sabio dice “improbable”»? Esto se había convertido en una broma entre ellos durante meses. En lugar de «no», se decían «improbable». En aquel momento, Rigg pensó que tal vez Padre tuviera un ejemplo concreto en mente cuando hablaban sobre la improbabilidad de la invisibilidad.

Con tozudez, Rigg decidió que de momento no iba a creer en un ser humano transparente a los fotones. Debía de haber otra explicación, así que cerró los ojos y estudió el lento desplazamiento del rastro en busca de alguna pista.

Para empezar, estaba el hecho de que se movía más despacio de lo que habría podido hacerlo un ser humano. Y, más importante aún, se desvanecía de forma excesivamente brusca. De hecho, la aparición del rastro en el jardín era anterior a la llegada de Rigg. Y delante del rastro, justo donde tendría que estar la persona visible, pero no lo estaba, el rastro parpadeaba.

No era que apareciese y desapareciese, sino que su color —o su sabor o el sentido, fuera el que fuese, que se usara como metáfora— parecía estar cambiando bruscamente a pequeños saltos.

Volvió a abrir los ojos. Si se trataba de otro asesino, no tendría dificultades en escapar de él, pues se movía con enorme lentitud. Claro que, también podía moverse lentamente cuando era invisible y luego hacerse visible de pronto y saltar sobre Rigg como un halcón en picado.

Sin embargo, tenía que averiguar más. Así que caminó directamente hasta el comienzo del rastro y se interpuso en su camino.

Tardó unos instantes, pero el rastro dejó de moverse y luego empezó a retroceder. Y en aquel momento de vacilación, cuando el ser invisible no estaba moviéndose hacia delante ni hacia atrás, su forma se hizo visible por un instante a los ojos de Rigg. No lo bastante para que pudiera verlo con claridad, pero al menos pudo saber dónde estaban sus ojos y cuál era su estatura. Pudo ver el contorno de la ropa y del cabello, que indicaba que se trataba de una mujer. Y en los ojos vislumbró un atisbo de... ¿qué, miedo? ¿Perplejidad?

Rigg sabía que acababa de revelar a la persona invisible que su invisibilidad no era completa. Pero también había descubierto que cuando dejaba de moverse, la perdía por un instante.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja. Estaba tan cerca que la mujer no podía por menos que oírlo, al contrario que la gente de la casa. Pero no hubo respuesta. La criatura invisible siguió alejándose, quizá un poco más deprisa que antes, aunque no demasiado.

Frustrado, Rigg caminó hacia el rastro y, sin detenerse, continuó avanzando por el lugar en el que tendría que haber estado la mujer.

La atravesó.

¿Sintió algo raro al hacerlo? Puede que una levísima perturbación, o un poco de calor. O puede que sólo estuviera imaginando la sensación porque sabía que estaba pasando a través de una persona viva.

Al volverse de nuevo a mirar el rastro, éste seguía igual, excepto que había vuelto a moverse hacia delante, puede que un poco más deprisa que antes. Si se podía aplicar la palabra «deprisa» a una velocidad que habría resultado risible para un caracol.

Rigg tenía fundadas sospechas sobre la identidad de esa persona invisible. Si no podía hablarle ni obligarle a hacerse visible para él, al menos podía averiguar dónde había estado. Se apartó de su camino y cerró los ojos para concentrarse en su rastro en el pasado. A poca distancia en el tiempo, el rastro cambiaba. Dejaba de esfumarse con aquella rapidez y se volvía normal en sus movimientos por la casa. Hasta el aposento en el que dormía Madre.

La mujer invisible había salido del cuarto de Madre caminando con normalidad. Pero lo había hecho en mitad de la noche, cuando no había nadie despierto. Rigg llegó a la conclusión más razonable: cuando se movía a velocidad normal, era totalmente visible y no la habían visto porque la casa estaba a oscuras y todo el mundo dormía. En cuanto se dio cuenta de que había alguien en el jardín —Rigg—. aminoró sus pasos y se hizo invisible.

«No es que “aminore” —comprendió Rigg—. Lo que hace, sea lo que sea, afecta a su rastro y los rastros tienen que ver con el tiempo. Lo que está haciendo la persona invisible es desplazarse hacia delante en el tiempo a pequeñísimos saltos.»

Silenciosamente, en su mente, Rigg lo explicó todo como si estuviera exponiendo su teoría ante su Padre. «Supongamos que se mueve un centímetro por segundo. Supongamos que, al final de cada segundo, salta hacia delante un segundo en el tiempo. Desde su punto de vista, realiza un movimiento de avance continuo. Pero como, al final de cada segundo, avanza de un salto otro segundo más, desde la perspectiva de un observador exterior parece que se mueve un centímetro cada dos segundos, durante uno de los cuales da la impresión de que se desvanece del mundo.

»Ahora supongamos que en lugar de un segundo por centímetro, es una millonésima de segundo por millonésima de centímetro. La velocidad sería la misma, pero no existiría durante un periodo de tiempo lo bastante largo como para que un número significativo de fotones cayeran sobre ella.»

Casi pudo oír la objeción de su padre. Si existía en cualquier momento durante el mismo tiempo que el que no existía entre cada momento, sería medio visible, porque la mitad de los fotones pasarían a través de ella y la otra mitad serían reflejados o absorbidos.

«Muy bien —se respondió Rigg—. Supongamos que esa persona invisible existe durante una millonésima de segundo pero luego salta hacia delante una milésima. De este modo existe mucho menos tiempo del que no existe. Sólo refleja la luz durante una millonésima de segundo por cada milésima. Simplemente, nuestros ojos no pueden ver una cantidad de luz tan pequeña.

»Pero tiene que moverse constantemente. Y muy deprisa, de modo que cada milésima de segundo, al reaparecer durante un fugaz instante, esté en un sitio distinto. Cuando la he hecho detenerse y retroceder al colocarme justo delante de ella, durante ese momento no se ha movido con la suficiente velocidad y se ha hecho mucho más visible. He podido ver su estatura, su forma, sus ojos, la línea de su boca... y luego ha vuelto a acelerar y, al retroceder sobre sus pasos, ha desaparecido de nuevo.

»En realidad, nunca ha desaparecido. Siempre ha estado allí. Cuando he caminado a través de ella, estaba allí.»

Padre le había enseñado que, en realidad, los objetos sólidos estaban formados principalmente por espacio vacío, que los átomos estaban muy separados entre sí y

que dentro de cada átomo, el núcleo y los electrones estaban separados por distancias muy superiores a su propio tamaño.

Así que al pasar a través de la mujer invisible, ésta debió de cobrar existencia varias veces, quizá un millar de ellas. La mayoría de las partículas de sus cuerpos no debieron de colisionar y la invisible saltó en el tiempo antes de que pudieran distorsionarse o destruirse mutuamente.

Pero seguro que algunas de las partículas de sus cuerpos sí que chocaron y las que lo hicieron...

No era de extrañar que la invisible hubiera retrocedido antes de encontrarse con Rigg. Aunque una colisión así no causara daños visibles, debía de liberar una cantidad significativa de radiación a causa de los choques entre átomos producidos durante su encuentro. Si la invisible no evitaba las colisiones, la radiación acabaría por alcanzar dosis significativas. Lo suficientemente, quizá, para hacerla enfermar o incluso matarla.

Por vez primera, Rigg comprendió lo útil que era que Padre le hubiera enseñado tanta física. «Quería que pudiese comprender cosas como ésta.»

Pero, en realidad, aquello seguía sin tener sentido. ¿Cómo podía un ser humano dividir el tiempo en lapsos tan diminutos? ¿Cómo podía la invisible llegar siquiera a concebir intervalos como aquéllos?

Una vez más, Rigg reflexionó sobre sus propias objeciones. «La invisible entiende lo que hace tan poco como Umbo cuando “paraba el tiempo” y como yo la naturaleza de los rastros que sólo yo puedo ver. Es un instinto. Un reflejo.

»Como sudar. Sabes lo que causa el sudor, pero no hace falta que actives voluntariamente los poros de tu cuerpo para que comiencen a sudar.

»No, sudar es un acto involuntario. Más bien como caminar. No piensas en todos los músculos, hasta el más diminuto, que participan en el acto de caminar, simplemente decides caminar y tu cuerpo hace lo que hace. O como ver: decides lo que quieres mirar, decides que vas a abrir los ojos y durante cuánto tiempo vas a hacerlo, pero no necesitas comprender cómo chocan los fotones en tu retina.

»Hasta puede que la invisible no sepa que da saltos hacia delante en el tiempo. Solamente sabe que, cuando se vuelve invisible, comienza a moverse más despacio. Con años de práctica, habrá aprendido cuánto desplazamiento temporal necesita para permanecer invisible, porque si se hiciera demasiado invisible, su movimiento por el espacio sería tan lento que no podría desplazarse de un sitio a otro. Pero si no avanza lo bastante en el tiempo con cada salto, se haría visible y la gente podría verla. Como un fantasma, un sueño, una aparición o un recuerdo, pero la verían.

»Así que con el paso de los años ha aprendido a controlar su don, como Umbo aprendió a refinar su percepción del flujo temporal y yo a distinguir entre los rastros y saber de un solo vistazo su antigüedad relativa y a diferenciarlos en mi mente para

poder concentrarme en los rastros de una persona o una época determinadas y no en todos los que cruzan un mismo punto en el espacio.

»Esta persona invisible es como yo. Y como Umbo. Tiene un don.

»A Umbo y a mí, Padre nos enseñó a perfeccionar nuestros talentos. Y también a Nox. ¿Conocería y enseñaría también a esta persona?»

Recordó la voz de Padre cuando estaba allí tendido, agonizante bajo el árbol caído.

«Tendrás que ir a buscar a tu hermana... Vive con tu madre.»

Había mandado a Rigg a buscar a su hermana, no a su madre. Su madre, la reina legítima, no era importante. La que le importaba a Padre era la hermana de Rigg, porque su hermana tenía un don.

Todo encajaba y tenía sentido. Esta teoría encajaba con todos los hechos y no dejaba de lado ninguno que se le ocurriera. Puede que más adelante descubriera montones de defectos en ella, pero de momento, tal como le había enseñado Padre, era lo bastante sólida para actuar basándose en la suposición de que era cierta.

Rigg volvió a centrarse en los rastros. La invisible estaba moviéndose hacia la puerta por la que había llegado... y esta vez mucho más deprisa. Lo que quería decir que estaba saltando en el tiempo en incrementos más pequeños, o con menos frecuencia, lo que a su vez quería decir que reflejaba menos fotones. Y en efecto, Rigg pudo distinguir un contorno borroso, que corría.... que corría tan despacio que podría haberlo alcanzado con una docena de pasos.

Así era como la invisible había aprendido a escapar, sacrificando un poco de invisibilidad a cambio de velocidad.

Sabía que tratar de hablar con ella sería perder el tiempo. Como sólo existía durante una milésima de cada momento en el espacio, era imposible que pudiera entender sus palabras.

La invisible. Tenía un nombre. Param Sissaminka.

Rigg entró en la cocina, donde el turno de mañana estaba comenzando sus quehaceres: panaderos que amasaban la masa que les habían dejado preparada sus compañeros del turno de noche, cocineros que comenzaban a preparar el estofado, criados de cara soñolienta que iban de acá para allá ocupándose de las necesidades de todos los demás para que pudieran trabajar...

—¿Habéis dormido algo, joven señor? —preguntó la jefa de los panaderos. Era una mujer a la que Rigg no había visto la noche antes, pero los miembros del personal hablaban entre sí, algo lógico teniendo en cuenta que Rigg era un desconocido que se había echado a dormir junto a la chimenea.

—Sí —respondió Rigg—. Pero me he despertado temprano. Seguro que vuelvo a echar otra cabezadita por la tarde, si no os importa.

La panadera lo miró con ojos divertidos.

—Si dormís lejos de vuestro cuarto por miedo a que os molesten, quizá deberíais hacerlo en un sitio distinto cada vez, en lugar de volver siempre a ese rincón.

A Rigg le sorprendió la franqueza de la panadera.

—¿Es que estoy en peligro? —preguntó.

—A mi hermana le parece que sí, así que podría ser. Es la panadera del turno de noche, Elella. Yo soy Lolonga.

—Pues entonces deja que te diga algo, Lolonga —repuso Rigg—. Anoche dejaron algo en mi cuarto, razón por la que no dormí allí. Algo que debía matarme. Y tengo miedo de que si entra alguien en ese cuarto y toca la cama, la trampa prevista para mí salte sobre algún inocente que no merecería morir.

—¿Es que vos lo merecéis?

—Me gustaría pensar que no, pero hay gente que opina que el mundo sería un lugar mejor sin mí.

—Como no me habéis dicho cómo es esa trampa, asumiré que tiene que ver con la cama. Y supongo que querréis que avise a la servidumbre de que se mantenga lejos del cuarto sin decirles que la advertencia viene de vos.

—Estaría bien, sí, pero no merece la pena mentir por ello. Si alguien te lo pregunta directamente, alguien cuya confianza quieras conservar, entonces dile sin dudarle que te he advertido yo. De todos modos, pronto se sabrá... Pero si no te lo preguntan, no hace falta que lo cuentes.

—La gobernanta, Bok, siempre se levanta temprano —dijo Lolonga—. Aunque seguro que los idiotas de mis aprendices arruinan el pan del día en mi ausencia, haciendo una masa demasiado seca o demasiado húmeda, iré a buscarla para decirle que puede salvar la vida de alguna estúpida e inútil doncella.

—Hasta la más estúpida e inútil de las doncellas merece que la salven —dijo Rigg.

—¿De veras? —preguntó Lolonga—. Nunca creí que alguien de vuestra condición pensaría de ese modo.

—Alguien de... ¿qué condición?

—La realeza. Los ricos. Los instruidos. Las personas a las que servimos, que poseen todo el dinero y ostentan todo el poder. La gente como vos.

—Ah, bueno, en eso te equivocas, amiga mía. Hasta hace pocos meses, yo era uno de vosotros. No, peor aún... era un trampero vagabundo al que la gente como tú miraba por encima del hombro y no dejaba entrar en su cocina.

Lolonga sonrió.

—Ya me parecía haber notado algo así —respondió ella—, razón por la que no os eché de la cocina nada más poner el pie en ella. No dejo entrar a vuestra madre, ¿sabéis? Al menos mientras estoy cocinando. Distrae al personal de la cocina y luego se echan a perder los panes, los bizcochos y los pasteles de todo el día.

—Señora —dijo Rigg—. Tengo que saberlo. De tu hermana y tú, ¿cuál es la jefa de los panaderos?

—Las dos. Es una batalla constante entre ambas. Ella puede decidir qué masa se prepara cada noche y yo me veo obligada a preparar el pan que ella piensa que vamos a necesitar. Pero luego me cobro venganza. He colocado al inútil y al vago de mi hijo Largo como aprendiz del turno de noche. Y ése es un castigo permanente.

—A mí me cae bien Largo —dijo Rigg.

—Y a mí. Por eso lo puse en su turno, para no tener que estar todo el día gritándole y maldiciéndolo por ser un estúpido y perezoso, hijo de otro estúpido y perezoso. Eso podría mermar el afecto que nos tenemos.

La mujer salió de la cocina para hacer lo que le había pedido Rigg. Él se fue por otra puerta y se encontró en el comedor, que en aquel momento estaba vacío y con la mesa limpia. Pronto la prepararían para el desayuno, sin duda, pero de momento era un lugar tranquilo, casi del todo a oscuras, iluminado por la luz de las estrellas que se colaba por las ventanas, pues la luz plateada del Anillo incidía sobre la otra fachada de la casa.

Rigg se sentó en una de las sillas y observó el camino que seguía Lolonga por la casa. Vio que se cruzaba con el de la gobernanta y luego lo seguía hasta donde estaban las doncellas, a buen seguro para darles instrucciones sobre la trampa de la habitación.

Luego centró su atención en el cuarto de su madre y, en efecto, la invisible Param había vuelto a él. Ahora que disponía de tiempo para estudiar los rastros de aquel cuarto, podía ver que Param regresaba allí todas las noches. Junto con alguien más, que siempre llegaba y se marchaba justo antes de que Param se hiciera invisible. Siguió el rastro y vio que se trataba del de una doncella a la que había conocido la pasada noche. De hecho, la vio salir llevando una bandeja de comida... a alguna parte. Ya sabía adónde. Al pensar en la bandeja de comida lo comprendió: «Así es como come Param. Un invisible tiene que permanecer inmóvil, hacerse visible para interactuar con el mundo físico el tiempo suficiente para poder comer, beber, lavarse, vaciar la vejiga y los intestinos... Ésos son sus momentos de mayor peligro. Por eso lo hace todo en el cuarto de Madre.

»Param está bajo la protección de Madre. Así que para Param, Madre es un refugio, no un peligro.

»Ojalá lo fuera también para mí. Pero no lo sé. No puedo estar seguro. Param es la heredera de la Radiante Tienda. Madre podría ser su protectora y mi más letal enemiga. Aquí todos los juegos son demasiado enrevesados.»

Rigg se sentó a la mesa para desayunar con Flacommo, Madre y una docena de invitados y cortesanos.

Una vez observadas las reglas de la etiqueta y consumida una cantidad razonable de alimentos sin distraerse conversando, Rigg se volvió hacia su madre y dijo:

—La verdad, mi señora madre, es que no partí en dirección a Aressa Sessamo con el fin de conocerlos. Nada me ha hecho más feliz que descubrir que estabais con vida, aunque, como es natural, me preguntaba por qué no os conocía y por qué mi padre adoptivo no os mencionó jamás hasta el momento en que yacía agonizante. Pero su última orden fue que viniera a Aressa Sessamo en busca de mi hermana. Y no puedo sino preguntarme dónde está. ¿Acaso no se encuentra bien? ¿Es que no quiere conocer a su hermano?

Rigg fingió sorprenderse por el silencio que se hizo al mencionar a su hermana.

—¿Hay alguna razón por la que debiera abstenerme de preguntar por ella? Durante el viaje, nadie me insinuó siquiera que pudiese haber algo de malo en ello. Asumí que nos conoceríamos a mi llegada.

Todas las miradas estaban fijadas en Madre. Pero ella parecía completamente hierática, sin prestar atención más que al bocado que estaba masticando, con una mirada intermitente clavada en Rigg.

—No me sorprende que sientas curiosidad —respondió al fin—. Pero, verás, tu hermana se retiró de la vida social hace más de un año. Tuvo una experiencia muy desagradable con uno de los plebeyos que, cada cierto tiempo, irrumpen en la casa de nuestro anfitrión para exigir que le dejemos afeitarnos la cabeza o quitarnos la ropa que llevamos. De hecho, lo que le pasó a ella fue esto último. Fue una terrible crueldad y desde entonces no ve a nadie.

«O, más bien, nadie la ve a ella», pensó Rigg.

—¿No hay nada que hacer, entonces? ¿Ni siquiera querrá ver a su perdido hermano? —preguntó en voz alta.

Lo que no dijo fue que sabía perfectamente que su hermana se encontraba allí en aquel momento. Había visto cómo avanzaba lentamente su rastro por la estancia y luego comenzaba a moverse adelante y atrás para no permanecer estática. Sin duda sentía tanta curiosidad por Rigg como Rigg por ella. Sabía que podía verla, o al menos saber dónde se encontraba. De hecho, tras sentarse a la mesa, se volvió en su dirección y le hizo un ademán casi imperceptible, aunque con la mano por debajo de la mesa para que nadie más pudiera verlo. Y lo hizo muy lentamente, para que ella pudiera detectar el movimiento.

—Algo se podrá hacer, seguro —dijo Madre—. Estoy convencida de que está impaciente por conocerte y cuando llegue el momento, te llevaré al lugar en el que está recluida.

—Imagino que su educación estará resintiéndose terriblemente —dijo Rigg.

—Su educación es algo insignificante, comparado con la humillación que tuvo que sufrir —respondió Madre.

Flacommo intervino con voz aflautada:

—Fue una vergüenza para todos que alguien utilizara a una pobre niña de manera tan abominable. El Consejo de la Revolución modificó al instante la ley para impedir que se pudiera arrebatar la ropa del cuerpo a las personas de la familia antes llamada real. Una modificación que se había hecho esperar demasiado.

—En otras palabras —dijo Rigg, que ya conocía la historia—, que el consejo descubrió que la humillación de la familia real ya no divertía a la masa, así que decidió prohibirla. ¿Podría ser que el odio hacia la familia real esté menguando?

—Creo que eso sería maravilloso —dijo Flacommo—. Algún día, como es natural, la realeza será como otra familia cualquiera. Pero de momento sigue siendo fuente de constante esperanza para determinadas facciones contrarrevolucionarias.

—Entonces no entiendo por qué no nos han ejecutado a todos —dijo Rigg.

Por toda la mesa se oyeron exhalaciones de sorpresa.

—Es cuestión de pura lógica —dijo Rigg—. Mientras sobreviva la familia real, un grupo u otro la utilizará como banderín de enganche, aunque no levantemos un solo dedo contra el Consejo de la Revolución. ¿No sería preferible, por el bien de la nación, que dejáramos de existir del todo?

—¡Me niego a aceptar esa idea! —exclamó Flacommo—. En su día se habló mucho de eso, pero vuestra madre, y su madre antes que ella, se condujeron con tal humildad y respeto al Consejo de la Revolución y sus leyes, y se mostraron tan contrarias a toda idea de revuelta, que el consejo decidió que sería más prudente tenerlas aquí, accesibles al pueblo aunque no tanto como antes. Vuestra madre, graciosamente, permite que el pueblo compruebe que la realeza no posee nada y sus miembros viven como obedientes ciudadanos.

—Pues comemos bastante bien —dijo Rigg, mirando la abundancia de la mesa.

—No —respondió Flacommo—, yo como bastante bien, así como vuestra familia, cuando compartís mi mesa como invitados. Pero muchos días vuestra madre cena con quienquiera que la invite, sea cual sea su condición y la generosidad de su mesa.

—Ya veo —dijo Rigg—. ¿Habría alguna objeción a que yo haga lo mismo?

—Podéis acompañar a vuestra madre siempre que acepte tales invitaciones —respondió Flacommo—. Pero, como es natural, no podréis hacerlo solo, porque cada vez que un miembro de la familia real abandona mi casa para ir a la ciudad, debe hacerlo bajo custodia. Por desgracia, todavía existe gente cuyo odio contra la familia real no ha quedado aplacado tras años de gobierno revolucionario.

Rigg estaba convencido de que la misión de los guardias era impedir que los miembros de la familia real se fugaran, salieran de la ciudad y reclutaran un ejército. Pero no había razón para decirlo. Tenía un objetivo distinto en mente.

—¡Oh, eso ya lo sé! —dijo—. Alguien trató de asesinarme anoche.

Todos los comensales exclamaron a la vez. ¡No! ¡Quién! ¡Cuándo! ¡Cómo se lo impediste!

—No me fue muy difícil —dijo Rigg—. Simplemente tuve que dormir en un sitio distinto al previsto. Quisieron asesinarme por medio de una trampa.

—¿Qué clase de trampa? —inquirió Flacomm—o—. Si alguien ha entrado en mi casa...

Rigg hizo un gesto tranquilizador y sonrió.

—Estoy convencido de que todo se hizo sin vuestro conocimiento, mi querido amigo. Me permitís que os llame «amigo», ¿verdad? Habéis sido muy bondadoso con mi madre y con mi hermana.

—Sí, os lo ruego, será un honor que penséis en mí de ese modo —dijo Flacomm—o. Aunque, como es lógico, aún no había olvidado las palabras de Rigg de la noche anterior.

—Era una cajita con akses dentro, colocada bajo mi cama. Era tan frágil que el mero acto de haberme tendido sobre ella habría bastado para romperla y liberar a los lagartos. Y todos sabéis la suerte que habría corrido después de eso, puesto que los atrae el calor corporal.

—¿Y cómo los detuvisteis? —preguntó alguien.

—No lo hice —dijo Rigg—. Los esquivé. Por lo que sé, siguen allí. Yo aconsejaría cerrar la puerta a cal y canto y dejarlos en paz. Morirán de hambre dentro de pocas semanas, sobre todo si la temperatura de la habitación es elevada. Es complicado acabar con ellos de otro modo. Existen gases que los paralizan, pero su efecto no es instantáneo y hasta que hacen efecto, el que los utiliza corre el riesgo de que una de las alimañas le salte encima y se apunte la victoria en su particular duelo.

—¿Y dejaron tales criaturas en vuestros aposentos? —preguntó Flacomm—o, incrédulo—. ¿Cómo detectasteis su presencia?

—Como sabía que hay gente que aún odia a la familia real, puesto que uno de ellos había tratado de asesinarme de camino aquí, me he vuelto cauteloso. Siempre miro debajo de la cama. —Esperaba que nadie interrogara a Largo, puesto que éste sabía perfectamente que ni siquiera había llegado a entrar en su cuarto, y mucho menos se había asomado debajo de la cama.

—¡Gracias al Santo Vagabundo! —dijo Flacomm—o, y muchos de los comensales asintieron.

Rigg se volvió hacia su madre, que no parecía en modo alguno alarmada, y lo miraba entre bocado y bocado de las gachas que estaba tomando, un desayuno mucho más modesto que el de cualquier otro de los presentes.

—Mi señora Madre —dijo—, no sé cómo tomarme este incidente. Estoy bastante convencido de que no se me sentenció a muerte por el mero hecho de mi pertenencia a esta familia. Al fin y al cabo, los asesinos podrían haber atentado contra cualquier

otro de los miembros de la realeza que viven aquí, pero decidieron atacarme sólo a mí.

Su madre tomó otro bocado.

—Sólo se me ocurren dos razones que justifiquen este tratamiento especial. Una de ellas es que mi presencia desestabilice el acuerdo por el que mi hermana y vos vivís bajo la protección del Consejo de la Revolución. En este caso sería el propio consejo, o alguna facción en su seno, quien desea mi muerte. La otra es que soy varón y desde que mi bisabuela asesinó a todos los miembros masculinos de la familia y decretó que sólo las hembras podían gobernar, algunos han esperado con impaciencia el nacimiento de un heredero varón, con la esperanza de que alcanzara la edad suficiente para derogar ese antiguo decreto y restablecer a un emperador.

—Si en verdad existe la gente que dices —respondió Madre con tono templado—, dudo mucho que tratara de asesinarte.

—No es probable, en efecto —dijo Rigg—. Desde que descubrí mi verdadera identidad, o al menos la posibilidad de que yo fuese esa persona, me he preguntado quién había sido el responsable de secuestrarme y apartarme del lado de mi madre, mi padre y mi hermana. Una posibilidad era que fuesen miembros de la facción que deseaba colocar a un varón en el trono. Pero de haber sido así, ¿por qué no me adoctrinaron para que desempeñara ese papel? ¿Por qué no me criaron para ser un rey? Y puedo aseguraros que jamás tuve el menor indicio de que estuviera relacionado en modo alguno con la realeza o de que me esperara un destino importante. Así que debo concluir que el hombre que me crió no pertenecía a dicha facción.

Madre no dijo nada, pero esbozó una leve sonrisa.

—Sin embargo, nunca se sabe lo que podría llegar a hacer un demente para lograr la restauración de la monarquía. Y entre esos dementes, sin duda, los peores de todos son los que desean la restauración de la línea sucesoria masculina.

—Hay mucha gente loca en el mundo —dijo Madre—. Algunos están locos y guardan silencio mientras que otros, en su locura, no hacen más que hablar y hablar hasta desquiciar a todo el mundo.

—Comprendo vuestro reproche, Madre, pero realmente estoy tratando de entender cómo están las cosas, para saber qué peligros me amenazan.

—El peligro puede venir de cualquier parte —respondió ella con dulzura—. Puede venir de todas partes al mismo tiempo.

—Simplemente me pregunto si el intento de acabar con mi vida procede de la facción que apoya una restauración femenina de la monarquía y considera un gran peligro la existencia de un heredero varón. Esta facción habría estado esperando todos estos años a que volviera a aparecer para poder asesinarme obedeciendo el edicto de mi bisabuela.

—Esa ley fue derogada por el Consejo de la Revolución —dijo Flacomo—. Mucha gente ignora incluso que haya llegado a existir alguna vez.

—Pero como la Radiante Tienda no llegó a derogarla nunca —respondió Rigg—, existe gente desequilibrada que considera que sigue teniendo fuerza de ley y que acabar con mi vida sería un acto noble. Lo digo porque el hombre que trató de asesinarme de camino aquí era exactamente uno de tales desequilibrados.

—Tus palabras bailan a nuestro alrededor como las del más ladino de los cortesanos —dijo Madre—. Cuesta creer que no te criaran como miembro de la casa real.

—El hombre al que llamaba «Padre» me enseñó a pensar con escepticismo y curiosidad, eso es todo. Y a decir lo que pienso. Siempre repetía: «Si quieres saber algo, pregúntaselo a alguien que lo sepa.» Así que tengo que haceros dos preguntas, Madre. Primera, ¿me enviasteis mi real padre y vos lejos de vuestro lado cuando era niño para protegerme de tales enemigos? ¿O se me llevó alguien que pensaba que había que protegerme de vos?

Se hizo un silencio mortal. Madre dejó de moverse y su mano quedó suspendida en el aire con la cuchara inclinada, de la que caían las gachas gota a gota sobre la mesa.

Rigg, consciente de la impresión que había causado, fue un paso más allá

—Dejad que formule la pregunta de un modo más sencillo. Madre, ¿es vuestro deseo que muera? Porque si es así, dejaré de esforzarme por salvar la vida y el próximo intento de asesinato tendrá éxito. No quisiera causaros infelicidad con mi regreso.

Su madre volvió a moverse, para dejar la cuchara en el cuenco.

—Me duele que puedas hacerme esa pregunta.

—Y a mí —dijo Rigg— que os neguéis a responderla.

—La responderé, aunque la propia pregunta me atormenta. No tuve nada que ver con tu desaparición. Creí que te habían secuestrado quienes deseaban tu muerte y asumí que estabas muerto. Te lloré a diario durante los primeros años, y desde entonces, siempre que aparecías en mis pensamientos, cosa que sucedía con frecuencia, he derramado miles de lágrimas por ti. Y cuando tuve noticias de que quizá pudieras seguir con vida, apenas me atreví a creer que te permitieran volver a mi lado. E incluso después de tu llegada, traté de comportarme de un modo que impidiera que alguien pudiera alarmarse por la fuerza y la profundidad de mi regocijo. Soy consciente de que corres grave peligro y me alegro de que te criaran con la prudencia suficiente para no caer en la trampa que te habían tendido. Pero me decepciona profundamente que hayas podido pensar que he sido yo la responsable de tendértela.

—No os conozco, Madre —dijo Rigg—. Sólo sé lo que se cuenta de la familia

real, y como podréis imaginar, no son unos relatos muy favorables. He estudiado Historia y conozco las centenares de ocasiones en las que miembros de las diferentes casas gobernantes se asesinaron entre sí por el poder. Pero ahora que he oído vuestras palabras y he visto vuestro rostro al pronunciarlas, y consciente de las condiciones en las que vivís aquí, comprendo que sois mi madre amantísima. Perdonadme por haberos preguntado esto, pero vos y yo sabemos que no tenía otra alternativa. Y gracias por haber respondido y más aún por haberlo hecho como lo habéis hecho.

Se levantó de su asiento y se arrodilló junto a la silla de su madre, mientras ella se volvía para mirarlo. Muchos de los presentes reaccionaron con consternación, porque era ilegal prosternarse ante un miembro de la realeza y Madre hizo ademán de impedirselo. Pero Rigg respondió con voz fuerte, que dejó volar como un látigo para exigir silencio:

—Me arrodillo ante esta mujer como un hijo se arrodilla ante su madre. El más humilde de los pastores puede hacerlo ante su progenitora. ¿Y a mí, por el mero hecho de la sangre que corre por mis venas, se me prohíbe mostrarle a mi madre el respeto que se merece? Contened vuestra lengua. ¡Prefiero morir a dejar que el miedo me impida demostrar lo mucho que la respeto y la amo!

Los que se habían levantado volvieron a sentarse. Y entonces, mientras Rigg inclinaba la cabeza para apoyarla en el regazo de su madre, ella alargó la mano y le acarició el pelo, y luego lo hizo levantarse, lo abrazó y lloró contra su cabello, mientras lo llamaba «mi niño», «mi niño pequeño», y daba gracias al Santo Vagabundo por devolvérselo después de su largo viaje por las tierras del norte.

Entre tanto, Rigg se preguntó lo que estaría pensando su hermana de todo aquello y lo desquiciante que debía de ser para ella asistir a todo, pero de manera acelerada, sin la presencia de palabras o sonidos que la ayudaran a comprender la situación.

En cuanto a su madre, sólo la creía a medias. A fin de cuentas, ¿no se habría comportado del mismo modo si lo hubiera querido muerto? Sí, sus emociones parecían sinceras y poca gente poseía la capacidad de simularlas con tanta verosimilitud. Pero ¿acaso el hecho de que siguiera con vida no era la mejor prueba de que sabía actuar como lo exigieran las circunstancias para garantizar su propia supervivencia?

Sin embargo, en alguien tenía que confiar, si no quería que su vida en aquel lugar se volviera imposible. Así que decidió creer que su madre no había conseguido sobrevivir fingiendo sentimientos que no albergaba, sino fingiendo que no albergaba ninguno, y por consiguiente aquella demostración de emociones era tan genuina como extraña en ella. Y eso quería decir que lo amaba. Que no quería que lo mataran.

Confiaría en ella. Y si al final resultaba que se había equivocado al tomar esa decisión, bueno, ya haría frente al desengaño cuando llegara. No sería muy difícil, porque, de ser ésa la verdad, el desengaño sólo precedería unos pocos segundos a su

muerte.

EL PUNTO CIEGO

Ram observó la gran imagen holográfica del nuevo mundo.

—¿Cómo lo vas a bautizar? —preguntó el prescindible.

—¿Acaso importa eso? —dijo Ram—. Le ponga el nombre que le ponga acabará significando «Nuestro mundo». Lo mismo que le pasa a «la Tierra» hoy en día.

—¿Crees que los colonos olvidarán el mundo del que proceden?

—Claro que no —dijo Ram—. Pero los niños nacidos aquí pensarán en la Tierra como un planeta lejano en el que vivían sus padres. Y sus bisnietos no conocerán a nadie que haya visto la Tierra.

—A los prescindibles también nos gustaría saber cómo les vas a explicar a los colonos el hecho de que hemos retrocedido once mil ciento noventa y un años en el tiempo.

—¿Por qué debería decírselo? —preguntó Ram.

—Por si alguno de ellos piensa que llegarán más naves para ayudarlos.

—¿Tenemos la certeza de que no va a ser así?

—¿Por qué iban a mandarlas? Por lo que saben en la Tierra, no habéis conseguido dar el salto, simplemente habéis desaparecido.

—Al contrario —dijo Ram—. Por lo que saben en la Tierra, hemos desaparecido, lo que quiere decir que el salto ha sido un éxito. Desde su punto de vista, si no hubiéramos dado el salto, la nave habría seguido en la misma trayectoria o habría explotado. Sin restos ni signos detectables de nuestra presencia, la única conclusión posible es que el salto ha tenido éxito. Lo que quiere decir que enviarán naves detrás de nosotros, naves que repetirán el salto y, presumiblemente, se dividirán en diecinueve copias distintas y retrocederán once mil ciento noventa y un años. Recibiremos cantidades ingentes de ayuda.

—Hemos estado pensando en ello —dijo el prescindible—. No se nos ocurre ninguna razón que explique el salto hacia atrás en el tiempo o las replicaciones de las naves. Según los datos de que disponen los ordenadores, el salto se produjo correctamente. Cosa que es indudable, porque ahí tenemos nuestro mundo, todavía sin bautizar.

—No he olvidado que tenemos que bautizarlo —dijo Ram con irritación—. Pero ¿qué prisa hay?

—Cada segundo se producen diez mil conversaciones entre nosotros y los ordenadores de la nave —respondió el prescindible—. Nuestros informes serán más eficientes si el planeta tiene un nombre.

—Tampoco he olvidado tus afirmaciones anteriores —dijo Ram—. Si todos los campos generados nos hicieron saltar sin contratiempos, ¿por qué hay diecinueve naves, once mil ciento noventa y un años en el pasado?

—Por ti —dijo el prescindible.

Al terminar el desayuno, Rigg sabía que su auténtico trabajo estaba a punto de comenzar. Tenía que ganarse la confianza de Madre... y obligarla a realizar una demostración de afecto en público no era el mejor modo de empezar. Como Param pasaba la mayor parte del tiempo invisible, sólo Madre podía transmitirle sus mensajes, sólo Madre podía conseguirle la confianza de su hermana.

Se puso en pie.

—Madre, siento la curiosidad de un hijo, el deseo de saber cosas sobre mi padre. ¿Podemos ir a tu cuarto para que me cuentes con toda franqueza quién era y cuál fue su legado para mí? —Se volvió hacia los demás invitados—. No me refiero a posesiones materiales.

—¿Qué madre podría querer otra cosa que tiempo para pasar a solas en compañía de un hijo largo tiempo perdido? —respondió ella mientras se ponía en pie—. Confío en que nadie se ofenda por esto.

Flacommo también se puso en pie.

—La ley establece que no tenéis derecho a estar solos, pero quiero decir a todo el que pueda oírme que cualquiera que interrumpa este tierno encuentro entre madre e hijo no podrá considerarse amigo mío ni será bienvenido en mi casa.

Era un buen discurso, pero Rigg sabía que en aquel lugar no existía la privacidad.

Mientras Madre y él salían juntos de la sala —acompañados por Param, que caminaba invisible paralelamente a la pared—, Rigg se inclinó hacia ella y dijo:

—Estoy seguro de que sabes que tu habitación está sometida a una vigilancia constante.

Madre se puso tensa, pero no interrumpió el paso.

—No lo está —dijo. Al salir del comedor, continuaron por una galería llena de gigantescos retratos de escenas de las que Rigg no sabía nada.

—Hay pasadizos secretos en las paredes —continuó Rigg—. Hay alguien apostado allí, vigilándote siempre que estás en el cuarto.

Esta vez Madre sí que se detuvo, puesto que no había nadie más en la galería con ellos... aún.

—¿Cómo puedes saber eso, salvo siendo un espía tú mismo?

—Soy tan singular como Param, aunque a mi manera —murmuró Rigg—. Al llegar a tu dormitorio, me colocaré justo delante del agujero por el que te espían. De ese modo, si hay otro, el espía se desplazará hasta él y yo lo veré y podré taparlo también.

—No habías estado nunca en esta casa, ni siquiera de niño —susurró Madre con vehemencia. Al parecer, seguía preguntándose cuál podía ser su fuente de información, en lugar de asumir que podía haber más dones en el mundo como el de Param.

Rigg la rodeó tiernamente con los brazos, lo que le permitió acercar los labios a su oreja.

—Veo los rastros que dejan todos los seres humanos en el tiempo. Hasta los diez mil años de antigüedad alcanza mi vista. Veo a Param. Os vigilan cuando estáis solas.

Al separarse de ella, con la más genuina y afectuosa de las sonrisas, añadió:

—Sé que la privacidad debe de ser un tesoro de valor inapreciable para vosotras, debido a su escasez.

Madre había palidecido. La revelación de que las observaban a ella y a Param en todo momento parecía devastadora, pero ¿acaso creía realmente que el Consejo de la Revolución iba a dejarla sin vigilancia? Y cuando la heredera de la familia real pareció recluirse, ¿realmente pensaba que el consejo aceptaría sus explicaciones y no la buscaría?

«¿Se me da este juego mejor que a ella, que ha pasado toda su vida en esta prisión?

»No es eso, decidió. Poseo un don que me permite ver cosas que ella no puede saber. Conocer información oculta no es lo mismo que ser más inteligente.»

Mientras se aproximaban al dormitorio de Madre, Rigg pudo ver todos los rastros que había dejado por el pasillo que llevaba a su puerta. Miles de veces lo había recorrido en ambas direcciones. Siempre observada, siempre objeto de desconfianza, odiada por muchos, despreciada por más. ¿Cómo había podido soportarlo durante tanto tiempo?

Quizá también ella pudiera sentir las esperanzas y los anhelos de los muchos habitantes del país que detestaban el consejo y soñaban con una restauración de la monarquía. Puede que en el fondo de su corazón siguiera siendo una reina, dispuesta a soportar lo que tuviera que soportar por el bien de su pueblo.

O puede que en el fondo de su corazón, mientras caminaba con Rigg hacia la habitación cuya condición de refugio acababa de desvanecerse por culpa de las palabras de éste, estuviera planeando su muerte.

«No —se dijo—. He decidido fiarme de ella y tratar de ganarme honestamente su confianza. Nada de dudas y de duplicidades. O quiero a mi madre o no la quiero, no puede haber medias tintas.»

Aún podía oír la voz de Padre: «Para los niños, el amor es un sentimiento. Para los adultos, una decisión. Los niños aprenden a saber si su amor es verdadero viendo lo que dura. Los adultos convierten su amor en verdadero manteniéndose fieles en todo momento a su compromiso.»

Sí, bueno, Rigg ya había visto lo bastante del mundo para sospechar que, según esa definición, los adultos eran muy escasos, y que era posible encontrar niños de cualquier edad. Pero eso no cambiaba el hecho de que sólo podía evaluarse a sí mismo por esta vara de medir. «Querré a esta mujer mientras ella me lo permita.»

Madre abrió la puerta. Conforme a una interpretación parcial de la ley, no estaba cerrada. Una interpretación completa habría requerido que no hubiera puerta alguna, pero Rigg suponía que al Consejo de la Revolución le era más útil que los miembros de la familia real creyeran que disfrutaban de alguna privacidad. Rigg entró y la cerró tras de sí. Examinó las paredes de manera ostentosa, a pesar de que sabía exactamente dónde se encontraba el espía, agazapado junto a su mirilla.

—¿Escogen a propósito las más abominables obras de arte para colgarlas aquí?

—¿Cuánto tiempo has sido rico, tres semanas?

—Me acostumbré a ello muy deprisa.

—¿Y en ese tiempo te has convertido en un experto en arte? —preguntó Madre con un leve deje de sarcasmo.

—Soy un experto en aquello que me gusta —dijo Rigg—. Y aquí no hay ningún cuadro bueno. Las escenas siempre son planas y los colores no son los que deberían. No consiguen transmitir la densidad del aire. Así que durante el breve tiempo que pasé siendo un joven adinerado en O, descubrí que los cuadros que más me gustan son los que no pretenden recrear la realidad. Sobre todo los más antiguos, cuando O era la capital de su propio y modesto imperio, en absoluto comparable a... las tierras gobernadas por el Consejo de la Revolución. —Había estado a punto de decir «Stashilandia», pero ése era el nombre del país antes de la llegada de los Sessamoto y aún no sabía lo que sentía Madre respecto a ese tema.

—No pueden quedar cuadros de la época dorada de O —dijo Madre—. Serán copias, nada más.

—Copias de copias de copias —dijo Rigg—. Pero todas ellas ejecutadas con la máxima fidelidad al modelo.

—Pero para cuando el artista realizó la copia, el modelo, otra copia a su vez, ya estaba deteriorado. Por lo que sabemos, el original podría ser una recreación pseudorealista, como las que dices aborrecer, que sólo por la sucesión de copias, generación tras generación, adquiriría la misma falta de realismo que admiras.

—Y que no me admira menos por no ser intencionada —respondió Rigg. Se había colocado justo delante de la mirilla desde donde observaba el espía—. El presente, el ahora —continuó—, es donde la visión es más clara.

Madre asintió y frunció el ceño. Sin duda estaba tratando de recordar qué actividades había realizado delante de aquel lugar.

Pero entre tanto, el espía había cambiado de posición y al poco Rigg comprobó que su nuevo rastro se detenía. Debía de estar subido a algo, porque la nueva mirilla

estaba demasiado alta para tajarla con el cuerpo. Así que lo que hizo fue pegarse a la pared justo debajo de ella y dijo:

—Tú nunca podrás verlo como yo, porque hay gente que ve las cosas desde una posición más elevada. —Y subrayó sus palabras señalando hacia arriba.

Madre estaba lo bastante alerta a sus palabras como para captar la velada advertencia y no levantar la mirada hacia la segunda mirilla. Ahora sabía cuál era el punto ciego de la habitación, al menos respecto a aquellas dos mirillas, porque Rigg se encontraba justo en él.

A juzgar por los rastros que había dejado Param en el cuarto, casi nunca se había detenido en el punto ciego. Lo que significaba que cuando se hacía visible —para comer, para dormir, para lavarse, para cambiarse de ropa, para usar el orinal— estaba bajo constante observación. Adiós a la sensación de privacidad. Y al secreto de su poder de hacerse invisible.

Pero en honor a Madre, tenía que reconocer que no mostró más emoción que la que sería apropiada en respuesta a las palabras de su hijo. Lógicamente, comprendía lo importante que era que los espías no supieran que era consciente de su presencia. Pero seguro que nadie se daría cuenta si, a partir de entonces, el orinal se trasladaba al punto ciego. Lo mismo que el aguamanil.

—Aún no sé si me gustas —dijo Madre en aquel momento—. Pareces muy arrogante. Y es la humildad lo que nos ha mantenido con vida. La humildad y una lealtad a toda prueba. No le hemos dado al consejo ninguna razón para creer que podemos ser una amenaza para la República... porque no lo somos. No hacemos nada raro, así que la gente apenas es consciente de que existimos. No importamos. Pero tu comportamiento nos pone a todos en peligro. A estas alturas, todo el mundo debe estar hablando de ti. No creo que los criados puedan guardar el secreto de tu existencia.

—Sí, ahora me doy cuenta —dijo Rigg—. Perdona mi egoísmo. A partir de ahora seré tan humilde, inofensivo y aburrido como sea posible. —Pero dejó sin decir: «Ahora que todos saben que estoy vivo y aquí en la casa, contigo, puedo mostrarme discreto.» Estaba seguro de que su madre comprendía exactamente lo que estaba haciendo.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer?

—Estoy en Aressa Sessamo —dijo Rigg, como si ésa fuese respuesta suficiente.

—No lo estás —dijo Madre—. Estás en esta casa. Y por lo que vas a ver de Aressa Sessamo, lo mismo podrías estar bailando en el Anillo.

—Me has malinterpretado, mi querida madre. No tengo la menor intención de mezclarme con la multitud. Pero mi padre y yo... es decir, el hombre al que llamaba «Padre», siempre quisimos venir a estudiar a la biblioteca de la ciudad.

—Hay varios cientos de bibliotecas en Aressa Sessamo —dijo Madre—, pero no

te dejarán visitar ninguna de ellas.

—Lo entiendo —dijo Rigg—. Pero las bibliotecas que están agrupadas como la Gran Biblioteca de Aressa, ¿no son públicas? ¿No prestan libros a los sabios para que se los lleven a casa?

—¿Estás sugiriendo que eres un sabio? —preguntó Madre. Parecía divertida.

—Mi único maestro fue Padre —dijo Rigg—, pero creo que es posible que me enseñase lo suficiente. Antes de morir, compartíamos un mismo amor por la ciencia. Había centenares de preguntas a las que aún no me había respondido y otras de las que no conocía ninguna respuesta útil. Todo el conocimiento que ha sobrevivido dentro de este cercado durante los últimos diez mil años se encuentra en la biblioteca... Si la respuesta se puede conocer, la quiero.

—¿Con qué objeto?

—Para saber por qué construyeron la Torre de O —dijo Rigg, y no tuvo que fingir su pasión—. Para saber lo que se conoce sobre las tierras más allá del Muro. ¿Hay gente en los otros cercados? ¿Por qué razón se construyó el Muro? ¿Cómo funciona? No puede ser natural... Alguien tuvo que construirlo. ¿Lo entiendes?

—¿Y qué harás con todas las respuestas cuando las encuentres?

—¡Las conoceré! —dijo Rigg—. Y si el consejo cree que lo que averigüe puede serle útil a otros, lo publicaré. ¿No lo entiendes? ¿No lo entienden ellos? Mientras no nos dejen hacer nada, no podremos ser otra cosa que la antigua familia real. Pero si puedo convertirme en un sabio de prestigio, alguien que publica cosas que sólo interesarían a los científicos, dejaré de ser un simple miembro de la realeza, ¿verdad? ¡Seré un sabio!

—Un sabio de la realeza.

—Claro. Pero con el tiempo, al cabo de varios años, seré un anciano mucho más conocido por sus publicaciones que por su parentela. Nadie me tendrá miedo, ni depositará absurdas esperanzas en mí, ni en ningún otro miembro de nuestra familia, porque nos habremos convertido en otra cosa.

—De todos modos no te dejarán ir a la biblioteca.

—Pero quizá tu querido amigo Flacommio pueda mandar a un criado para buscar los libros que necesito.

—No eres un erudito —dijo Madre—. Sólo te estoy diciendo lo que sé que Flacommio te dirá.

—Entonces, ¿por qué no invitar a otros sabios a examinarme, para comprobar si soy lo bastante instruido para acceder a la biblioteca? No digo que hablemos cara a cara... Lo último que quiero es que arrastren hasta aquí a un erudito que no sabe una palabra de política y lo obliguen a hablar con nosotros. Pero pueden sentarse en una sala y mandarme preguntas por escrito. Yo las responderé en voz alta para que puedan oír mi voz y sepan que nadie me está escribiendo las respuestas. Me someteré

enteramente a su juicio.

—Parece bastante enrevesado y no se me ocurre por qué iban a prestarse a hacerlo.

—Ni a mí. Pero ¿y si acceden?

—Bueno, merece la pena preguntárselo a Flacomm.

—Dile que mi padre era un hombre muy notable. Que haber estudiado con él es como haber asistido al mejor colegio del cercado.

—Al mejor colegio de la República, querrás decir —dijo Madre.

—Sus fronteras son las mismas.

—Pero alguien podría pensar que dices «el cercado» para no tener que decir «la República».

Rigg se puso serio de repente.

—Oh, no pensé... Sí, de ahora en adelante diré siempre «la República». Que nadie crea que deseo olvidar al Consejo de la Revolución, o no mostrarle el debido respeto. Considero que el Consejo de la Revolución y el Muro son igualmente duraderos.

—Tengo otra preocupación —dijo Madre—. A tu padre, tu verdadero padre, mi marido, mi amado Knosso Sissamik, lo obsesionaba el Muro y todo lo que la ciencia sabía sobre él. Pasó toda su vida buscando un modo teórico de atravesarlo. Y murió en el intento.

—Nunca había oído que el Muro matara a nadie —dijo Rigg.

—Tuvo la idea de atravesarlo en barco.

—Seguro que otros lo han intentado ya miles de veces, como mínimo por accidente, como los pescadores arrastrados por una tormenta.

—Ya sabes que el Muro hace enloquecer a la gente que trata de atravesarlo. Cuanto más se acercan a él, más se intensifica la locura, hasta que huyen de allí gritando o pierden del todo la cabeza y se dedican a vagar de acá para allá sumidos en un estupor del que nunca se recuperan. Con toda seguridad, los pescadores que cruzan el Muro están locos al llegar al otro lado. Ninguno de ellos ha regresado.

—¿Y compartías el interés de Knosso, mi padre?

—En absoluto —dijo Madre—. Pero lo amaba, así que escuchaba sus teorías y trataba de servirlo como te sirvo a ti ahora, presentando objeciones.

—Entonces dime, ¿cómo creía que podía resolver el problema?

—Su idea era atravesar el Muro inconsciente —dijo Madre—. Los cirujanos conocen ciertas hierbas para eso. Pueden preparar destilaciones y concentraciones, que inyectan a los pacientes antes de intervenirlos. De este modo, ningún dolor los despierta. Y al cabo de una hora, al recobrar la consciencia, no recuerdan nada sobre la operación.

—Había oído que tales cosas eran posibles en el pasado —dijo Rigg—. Pero

también oí que los secretos de esas hierbas se habían perdido.

—Se han encontrado de nuevo —dijo Madre.

—¿En la Gran Biblioteca? —preguntó Rigg.

—Los encontró Knosso, tu padre —respondió Madre—. Como ves, no eres el primer miembro de la familia que piensa en convertirse en erudito.

—¡Pues mira! —exclamó Rigg—. ¿Dejaron que mi padre accediera a la biblioteca?

—Así es —dijo Madre—. En persona. Iba caminando desde aquí. No está lejos.

—Y ahora los cirujanos de Aressa Sessamo, y del cercado entero... es decir, de la República, se han beneficiado de ello.

—Colocaron a tu padre en un pequeño barco, que dejaron a merced de una rápida corriente que atraviesa el Muro, al norte, mucho más allá de la costa occidental. Se administró a sí mismo una dosis de las hierbas que, según los médicos, era suficiente para mantener a un hombre de su peso sumido en un profundo sueño durante tres horas. La embarcación tenía unos flotadores a ambos lados, así que era imposible que zozobrase, aunque chocara con unas rocas antes de que él despertara. Y llevaba consigo más dosis, para poder ir remando hasta una corriente en sentido contrario y repetir el proceso para regresar.

—¿Lo logró? —preguntó Rigg.

—Sí... aunque no sabemos si cruzar el Muro lo volvió loco. Porque murió sin llegar a despertar.

—¿Y eso lo sabemos porque nunca regresó?

—Eso lo sabemos porque en cuanto atravesó el Muro, su embarcación se hundió en las aguas.

—¡Se hundió!

—Unos científicos que tenían fe en su proyecto lo vigilaban con catalejos a pesar de que se encontraba a cinco kilómetros de distancia. Los flotadores se soltaron y se alejaron en la corriente. Luego, el bote se hundió en el agua. Knosso flotó en la superficie durante unos segundos y luego también él se hundió.

—¿Y por qué razón iba a hundirse un bote como ése? —preguntó Rigg.

—Algunos dicen que alguien lo había manipulado, que los flotadores estaban diseñados para soltarse o que abrieron un agujero y luego lo cubrieron con un tapón soluble.

—Así que lo asesinaron —dijo Rigg.

—Eso dicen algunos —respondió Madre—. Pero uno de los sabios que estaba observándolo, el astrónomo Tokwire, utilizaba un catalejo de su propia invención, todo lleno de espejos, por lo que los demás sabios no se fiaban de sus observaciones. Pero él jura que vio el hundimiento de la embarcación de tu padre con mucha más claridad que los demás, y que vio que unas manos salían del agua. Esas manos

arrancaron los flotadores y luego sumergieron el bote bajo el agua.

—¿Unas manos? ¿Manos humanas?

—Nadie lo creyó. Y al poco tiempo dejó de insistir en ello, por miedo a arruinar su reputación entre sus colegas.

—Pero tú crees en él.

—Creo que no sabemos lo que hay al otro lado del Muro —dijo Madre.

—¿Crees que hay gente allí, que vive bajo el agua? ¿Gente que puede respirar cuando está sumergida? —preguntó Rigg.

—No creo nada. No digo «posible» ni «imposible» a nada —dijo Madre.

—Pero atravesó el Muro.

—Y nunca despertó.

—¿Por qué no se conoce esta historia en... toda la República?

—Porque no queríamos que un millar de idiotas intentaran lo mismo y terminarían igual —dijo Madre.

—¿Y si realmente hubiera gente submarina en el siguiente cercado? —preguntó Rigg—. ¡Ellos tampoco han cruzado nunca el Muro! ¿Cómo iban a saber lo que son nuestros barcos? ¿Qué clase de criatura era Knosso? Tal vez creyeran que, como tenía la misma forma que ellos, podía respirar bajo el agua, como ellos.

—No sabemos qué forma tienen —dijo Madre.

—Sabemos que tienen manos.

—Sabemos que Tokwire llamó «manos» a lo que vio.

—Madre, me doy cuenta de que no habría que repetir ese plan —dijo Rigg—. Pero si Knosso dejó algo escrito, me encantaría verlo. O, de no ser así, leer todo lo que leyó en la biblioteca. Para así poder saber lo que él sabía, o al menos suponer lo que él suponía. Pero te juro solemnemente que no soy tan tonto como para tratar de atravesar el Muro, y menos estando inconsciente y a bordo de un bote. Si soy tan estúpido como para no aprender de las experiencias de otros, es que no tengo nada de sabio.

—Es un gran alivio oír eso. Aunque debes saber que mi corazón se aterra al ver que, sólo un día después de tu llegada, ya empiezas a hablar de continuar con la fatal investigación de tu padre.

—Ya me interesaba el Muro antes de que me contaras la historia de Knosso, Madre. Repetir sus investigaciones podría ahorrarme tiempo, pero tengo ideas propias.

—Le preguntaré a Flacommo si se puede hacer algo respecto a la biblioteca. Pero debes prometer que me permitirás servirte como hice con tu padre. Vendrás y me contarás todo lo que descubras, todo lo que te preguntes y todo lo que supongas.

—¿Aquí? —preguntó Rigg—. Éste es tu refugio, Madre. Me siento incómodo incluso ahora, sabiendo que no debería estar en este sitio.

—¿Qué sitio mejor puede haber, si no queremos aburrir a toda la casa de Flacomo con tediosas conversaciones sobre temas eruditos?

—El jardín —dijo Rigg—. Mientras paseamos entre los árboles, los matorrales y las flores. Sentados en los bancos. ¿No es maravilloso poder estar entre las plantas vivas?

—Te olvidas de que está abierto a los elementos y ya casi tenemos el invierno encima.

—Yo he pasado muchos inviernos en las montañas más altas del Escarpalto, durmiendo al raso noche tras noche.

—¿Y eso me servirá para no pasar frío en el jardín? —preguntó Madre.

—Sólo saldremos a pasear los días soleados. Quizá mi hermana decida unirse a nosotros y podamos sentarnos juntos los tres en un banco, contigo entre los dos. Así no pasarás frío.

—Si es que tu hermana consiente en abandonar su reclusión...

—Una reclusión que excluye a su único hermano, perdido durante tanto tiempo y recién vuelto a casa, es excesiva, creo yo.

—Lo que cuenta es lo que crea ella —dijo Madre.

—¿Es que no escucha tus consejos? —preguntó Rigg.

—Escuchar no es lo mismo que obedecer —dijo Madre.

—¡Ven conmigo y enséñame la casa, Madre! —dijo Rigg—. Creo que está construida a la manera antigua.

—¿También estudias arquitectura? —preguntó Madre.

—¡Soy un erudito! Al menos en mi interior. Me intrigan las cosas antiguas. ¡Y especialmente los edificios! ¡Ya imaginarás lo que me gustó la Torre de O!

—No —dijo Madre—. No la he visto nunca.

—Pues te haré dibujos de ella.

—Ya he visto dibujos —respondió ella malhumorada.

—¡Pero no los míos! —dijo Rigg—. Vamos, ven conmigo, déjame ver la casa.

Madre dejó que la levantara y juntos salieron a los pasillos cogidos de la mano. Rigg sabía que estaban dejando atrás a Param, pero no se podía hacer nada.

Cuando sentía que el rastro de alguien estaba lo bastante cerca como para oírlos, se apartaba un paso de Madre y dejaba que sus manos entrelazadas ocuparan el espacio intermedio, pero cuando sabía que estaban solos y que nadie podía oírlos, le cogía la mano con las dos suyas e inclinaba la cabeza hacia ella.

En esos momentos le hablaba de Umbo, de Hogaza, de los saltos en el tiempo, de la piedra preciosa —incluso entonces, sólo mencionó aquella—, del viaje en barco con el general Ciudadano, del intento de asesinato llevado a cabo por el Gritos y de su fracaso en remontar el tiempo sin la ayuda de Umbo. Ella lo escuchaba todo sin interrumpirlo.

A cambio, ella le contaba pocas cosas y se disculpaba diciendo que ese poco era lo único que sabía. El don de Param era algo que no comprendía: simplemente, a veces no podían encontrarla, incluso de pequeña, y luego, de pronto, aparecía en otro punto de la casa, hambrienta y helada. Habían despedido a varias amas de llaves por no poder controlarla y finalmente se habían mudado a la casa de Flacomo precisamente porque estaba amurallada y era imposible que escapara de allí.

—Creo que habéis venido aquí por todos esos pasadizos secretos —dijo Rigg—, así pueden vigilarla y ver lo que hace.

—Pues entonces seguro que saben lo que yo sé. Cuando era niña, sólo sucedía cuando se asustaba por algo. Echaba a correr y entonces se desvanecía y desaparecía antes de haberse alejado mucho.

—Entonces, ¿aprendió a controlarlo? —preguntó Rigg.

—Ahora no es el miedo lo que lo desencadena, sino la aversión. Detesta la compañía de todo el que no sea yo.

—Pero no siempre ha sido así.

—Hubo una época en que tenía muchos amigos. Cortesanos, estudiosos, hombres de negocios... Mucha gente visitaba a Flacomo y entre ellos, algunos le cogieron mucho cariño a Param. Me contó que uno de los sabios la ayudó inadvertidamente a comprender su invisibilidad. Gracias a él aprendió a controlarla, a desaparecer sólo cuando lo deseaba y durante el tiempo que quería y no más.

—Pues entonces debía de ser un hombre muy sabio.

—Fue algo casual —dijo Madre—. Es posible que fuese sabio, pero no tenía ni la menor idea de que las cosas que decía le fuesen útiles a ella, porque era imposible que conociese su invisibilidad. Nadie la conoce. La servidumbre y los cortesanos creen que Param es terriblemente tímida y se oculta cuando no quiere compañía. Tienen prohibido buscarla, aunque, evidentemente, tampoco podrían encontrarla si ella no quisiera.

—Por favor, dile que le suplico que nos acompañe en nuestros paseos por el jardín.

—Será perder el tiempo —dijo Madre—. Hará lo que le parezca.

—Dile que siento haber pasado a través de ella en el jardín.

—¡Cómo! —dijo Madre—. ¿Que hiciste qué?

—Sabía que estaba allí y pasé a través de ella.

—No sabía que tal cosa fuera posible.

—Oh, estoy bastante seguro de que sucede con alguna frecuencia. Estaba en el comedor con nosotros esta mañana, mientras desayunábamos. Al salir, me aseguré de que pasábamos a su alrededor, pero cuando es invisible no puede moverse lo bastante deprisa para quitarse de en medio. Suele permanecer pegada a las paredes, pero no creo que no le haya sucedido alguna que otra vez.

—Nunca me lo ha contado.

—No querrá preocuparte. Y, desde luego, no querrá que estés todo el rato tratando de averiguar dónde está y rodeándola —dijo Rigg.

—¿Ni siquiera la conoces y ya estás diciéndome lo que hace y lo que no quiere que haga yo?

—Sí —dijo Rigg—. Porque es una deducción obvia. Y además explica los giros y desvíos de sus rastros y el hecho de que permanezca pegada a las paredes.

Finalmente habían visto la casa entera, con todos sus pisos, sus habitaciones, sus rincones y sus vistas, a excepción de los aposentos privados de Flacomo, las pocas salas que estaban cerradas con llave y los pasadizos secretos. Pasaron por delante de varias de las entradas a los pasadizos, pero Rigg se limitó a tomar nota de su ubicación en silencio, decidido a volver en otro momento. Si lo sorprendían merodeando cerca de una de las entradas, quería ser el único sospechoso.

Madre volvió a su cuarto y él a la cocina, donde el turno de día estaba preparando los pasteles y bizcochos de la tarde. Lo cierto era que le gustaba el hecho de que cada pastelera tuviera que cocinar lo que había preparado la otra. Y también le gustaba el hecho de que Lolonga, al parecer, estuviera compitiendo con su hermana para ver cuál de las dos podía darle a Rigg el pan más exquisito. Una cosa estaba clara: allí no iba a morir de hambre.

Comenzó a ejercer de aprendiz de cocinero, aunque sin hacer lo que hacían los ayudantes de los pasteleros para no provocar catástrofes culinarias, sino otro tipo de trabajos: les hacía los recados. Aprendió el nombre, el aspecto, el olor y el uso de todas las hierbas de la cocina y del jardín; y recibía tantos gritos por sus errores como cualquier otro mozo de la cocina. Al poco tiempo, los muchachos que dormían detrás del hogar lo habían aceptado y hablaban con él como uno más. Y con ellos empleaba el lenguaje de un privo de Vado Otoño, dejando que se burlaran de su acento.

—¿Y cuál es la verdadera voz de Rigg? —preguntó Largo un día, al oírlo con los mozos de cocina.

—Si sale de mi boca, es que es mi voz —respondió Rigg.

—Pero ¿cómo puede decir el chico deslenguado del curso alto, con sus chistes obscenos y sus graciosas historias sobre la vida en el campo, que es el mismo que habla con tal elegancia e ingenio que, en su presencia, la mayoría de los cortesanos quedan eclipsados?

—¿Eso hago? —preguntó Rigg—. No recuerdo haber agredido a nadie.

—Cuando se ríen de ellos, es su ruina —dijo Largo—. Y tú has provocado la ruina de varios, que no se han atrevido a volver.

—¿Y alguien los echa de menos?

Largo se echó a reír.

—Un cazador que sólo lleva un arma ya ha decidido que los animales a los que

no puede alcanzar están a salvo de él.

—Vaya ¿tienes el ingenio campestre y el ingenio cortesano? —repuso Largo.

—Podría decirse que sí... Mitad y mitad.

—Dos medios ingenios hacen un ingenio entero, creo —dijo Largo.

—¡Y ahora tú también te sumas a la fiesta! —exclamó Rigg y, tras pelear amistosamente unos momentos en el jardín de la cocina, recordaron sus respectivas obligaciones y volvieron al trabajo antes de que alguien les gritara.

La respuesta no llegó hasta una semana después. Flacomo la anunció en la mesa.

—Joven Rigg —dijo su anfitrión—. He presentado vuestro caso ante el Consejo de la Revolución y han decidido que para los bibliotecarios sería un engorro excesivo tener que responder a interminables peticiones y enviar sus libros desde allí hasta aquí y viceversa.

Rigg no se permitió sentir decepción, porque la manera de hablar de Flacomo evidenciaba que sólo fingía estar triste. Tenía buenas noticias.

—Sin embargo, si un tribunal de sabios os encuentra digno de contaros entre ellos, se os permitirá visitar la biblioteca una vez al día, aunque podréis quedaros allí todo el tiempo que queráis, o al menos hasta la cena.

Rigg se puso en pie y profirió un infantil, privo y nada principesco chillido de alegría. Todo el mundo se echó a reír, incluida Madre.

EL SABIO

—Nuestras instrucciones —dijo el prescindible— no son servir a un individuo a expensas de la especie, sino proteger a la raza humana e impulsar su avance, aunque para ello haya que sacrificar a un número económicamente rentable de individuos.

—«Económicamente rentable» —repitió Ram—. Me pregunto cómo determináis el valor de una vida humana.

—Es idéntico —dijo el prescindible.

—¿Idéntico a qué?

—Al de cualquier otra vida.

—Así que podéis matar a uno para salvar a dos.

—O a mil millones para generar las circunstancias que permitirían el nacimiento de mil millones más uno.

—Suenan muy fríos.

—Somos fríos —respondió el prescindible—. Pero las cifras, por sí solas, no describen la totalidad de nuestras instrucciones.

—Me muero de ganas de saber —dijo Ram— qué otras magnitudes utilizáis para determinar la preservación y el avance de la raza humana.

—Todo aquello que potencie la capacidad de la raza humana de sobrevivir a las amenazas.

—¿Qué amenazas?

—En orden decreciente de probabilidad respecto a la extinción de la especie son las siguientes: la colisión con meteoritos que superen una masa y una velocidad determinadas; la erupción de volcanes que expulsen una cantidad de deyecciones determinadas o más; plagas por encima de determinadas tasas de mortalidad y de contagio; el empleo de armas de guerra por encima de una capacidad de destrucción y unas secuelas determinadas; sucesos estelares que reduzcan la viabilidad de la vida en una...

—A mí me parece —dijo Ram— que si conseguimos establecer una colonia viable en este mundo, nos habremos asegurado de que ninguna de esas posibilidades erradique a la especie en su conjunto.

—Y si conseguimos establecer diecinueve colonias viables...

—Las diecinueve estarían igualmente a merced de los peligros de vuestra lista, si llegaran a abatirse sobre este planeta o sobre esta estrella. La colisión de un meteorito lo bastante grande aniquilaría las diecinueve.

—Sí —dijo el prescindible.

—Sin embargo, queréis que fundemos diecinueve colonias, en lugar de una sola.

—Sí —dijo el prescindible.

Hubo un largo silencio.

—Estás esperando a que tome una decisión sobre algo.

—Sí —dijo el prescindible.

—Pues vas a tener que ser más específico —dijo Ram.

—No podemos pensar en lo que no podemos pensar —dijo el prescindible—. Sería impensable.

Ram meditó largo rato. Hizo muchas cábalas sobre la decisión que se esperaba de él. Algunas de ellas las expuso en voz alta y el prescindible, aun reconociendo que todas ellas serían decisiones útiles, dijo también que ninguna era la crucial.

La decisión crucial explicaría la importancia de contar con diecinueve colonias para preservar la supervivencia de la raza humana. Ram examinó todas las decisiones que habría que tomar, incluido el grado de destrucción de la flora y la fauna nativas que habría que acometer y obtuvo la garantía de todos los prescindibles de que no se escatimarían esfuerzos para crear exhaustivos y representativos archivos genéticos, bancos de semillas y reservas de embriones de todas las formas de vida nativas, para que todo lo que fuese destruido en el proceso de fundación de las colonias se pudiera restaurar más adelante.

Pero ni siquiera ésa era la decisión crucial.

Y entonces, una mañana, comprendió lo que estaban esperando los prescindibles. Sucedió mientras pensaba lo que significaba que los ordenadores y prescindibles hubieran convenido en que la multiplicación de la nave y el viaje hacia atrás en el tiempo habían sido provocados por el propio Ram. La mayoría de los humanos no podía alterar el flujo del tiempo. Se podría decir que ningún humano lo había hecho nunca. Y si esta afirmación era todavía cierta...

—Soy humano —dijo Ram, puede que con un poco más de énfasis del que requería la frase.

—Gracias —dijo el prescindible.

—¿Era ésa la decisión final que necesitabais?

—Si es la decisión que quieres tomar, estamos satisfechos.

Era una respuesta tan ambigua que Ram exigió una aclaración.

—Pero es que no hay nada que aclarar —dijo el prescindible—. Si ésa es tu decisión definitiva, completa y final, conforme a tus deseos.

—No puede ser mi decisión final hasta que no entienda todas sus implicaciones.

—La mente humana no está capacitada para comprender todas las implicaciones de un hecho. No vivís bastante tiempo.

Pero Ram había tenido tiempo suficiente para expresar la situación, tal como él la entendía, en palabras.

—Lo que al parecer necesitáis —dijo Ram— es una definición de «especie humana» antes de establecer las colonias. Esto significa que barajáis circunstancias en las que la definición de «especie humana» podría estar en cuestión.

—Barajamos miles de millones de circunstancias —respondió el prescindible.

—Pero ¿no todas ellas?

—También nuestra vida tiene una duración finita —dijo el prescindible.

A Ram se le ocurrió otra pregunta.

—¿Tenéis la constancia de que en el nuevo planeta exista alguna especie con un nivel de inteligencia similar al de los humanos?

—No.

—¿Y con un nivel de inteligencia superior?

—No.

Así que no estaban tratando de encajar a la fuerza a una especie alienígena en la definición de lo humano.

«Pero necesitan la certeza —pensó Ram—, de que lo que soy, sea lo que sea, está incluido en la definición de la especie humana. De lo contrario, me habrían utilizado para garantizar la supervivencia de los colonos y de su descendencia, pero no haría falta preservar mi supervivencia genética, dado que soy tan distinto de los demás seres humanos que algo que ha sucedido en mi mente ha afectado al flujo del tiempo y al mismo tejido de la realidad.

»Si me reproduzco, podría transmitir esta diferencia a mis descendientes. Y ya que hablamos de eso, si vivimos aquí, aislados del resto de la raza humana, durante al menos 11.191 años, ¿quién puede saber qué otras diferencias podrían desarrollarse entre nosotros y el resto de la especie en la Tierra?»

Así que hizo un esfuerzo por ser preciso, por hablar como un científico o un abogado.

—La definición de «raza humana» debe incluir todas las variaciones genéticas actualmente existentes y todas las que puedan aparecer, mientras estas variaciones no representen una amenaza para la supervivencia de la raza humana en general.

—Demasiado vaga —dijo el prescindible.

—En este mundo o en cualquier otro —añadió Ram.

El prescindible no dijo nada.

Ram lo pensó un momento y volvió a probar.

—Por «raza humana» se entiende la reserva genética interreproductiva que en la actualidad entendemos como humana, además de todas las variaciones futuras del genoma humano, aunque no sean compatibles desde el punto de vista reproductivo con la reserva genética actual, siempre que esas variaciones no amenacen con destruir o debilitar las posibilidades de supervivencia de la reserva genética existente en su momento, sea deliberada o inadvertidamente.

El prescindible guardó silencio durante cinco segundos largos.

—Hemos discutido tu definición, analizado sus ramificaciones en razonable profundidad y la aceptamos —dijo.

—¿Eso significa que os he dado lo que queríais?

—La ambición y el deseo son rasgos humanos. Nos has dado lo que no teníamos.

Aunque Rigg poseía la capacidad de percibir los rastros independientemente de la presencia de muros o de la distancia, la confusión de Aressa Sessamo imponía un límite a la posibilidad de seguir cualquiera de ellos en su ensortijado desplazamiento por el tejido de la ciudad. Tras los muros de la casa de Flacommio, Rigg podía seguir a cualquiera que hubiera vivido allí alguna vez, aunque la mayoría de los rastros no eran demasiado interesantes. Los que más le importaban eran los de las personas que habían entrado y salido de la casa durante el último año, más o menos, así como los rastros que revelaban la presencia de los pasadizos secretos.

También trató de seguir los rastros de los espías que los observaban desde los agujeros de las paredes, pero al salir de la casa seguían enrevesados caminos por las calles más bulliciosas, como fugitivos que huyeran por un arroyo para confundir a los sabuesos que los quisieran seguir. Se preguntó si tendrían alguna idea de lo que podía hacer, pero entonces se dio cuenta de que seguían aquel mismo patrón mucho antes de su llegada, mucho antes de que nadie supiera que estaba vivo. Puede que los espías caminaran por la calle como todo el mundo y que fuese mera casualidad que Rigg no pudiese seguirlos hasta saber a quién informaban. O puede que tomaran rutas evasivas para que no los siguieran los agentes convencionales de otra facción u otro grupo de poder.

Desde luego, no informaban a Flacommio. Hasta donde podía ver Rigg, nadie lo hacía, ni siquiera los criados. Los cocineros y las pasteleras preparaban lo que querían; la gobernanta elaboraba los horarios a su antojo. Flacommio se limitaba a pasear por la casa, conversando con quien se encontraba por casualidad. Era como un bebé, que iba allí donde creía que estaba pasando algo interesante y se metía entre los pies de los demás.

Rigg no estaba seguro de que las visitas a la biblioteca fueran a ayudarlo a resolver su problema. Podía ver los rastros que circulaban por los edificios de la biblioteca, que no estaban muy lejos, y aunque eran más claros y ordenados que los de las calles de la ciudad, ninguno de ellos pertenecía a los espías de la casa.

Así que si iba a la biblioteca, sería para hacer exactamente lo que había dicho: seguir los pasos de las investigaciones de su auténtico padre, Knosso, para descubrir qué era lo que sabía. Que podía ser nada. No había que poseer profundos conocimientos de física teórica para saber que existía la posibilidad de atravesar el Muro en un estado de inconsciencia inducida por drogas.

Pero Knosso había estudiado el cerebro humano para desarrollar los sedantes que había utilizado. Y si había algo que Rigg necesitaba desesperadamente comprender, era el funcionamiento del cerebro. Ante todo, del suyo, pero tampoco estaría mal saber cómo operaban los de Umbo, Param e incluso Nox.

Pero al mismo tiempo, no se le ocurría ninguna razón por la que el Consejo de la Revolución le dejara ir a ninguna parte o hacer nada, y menos aquellas cosas que él deseaba hacer. Era posible que tuvieran la política de que si el heredero al trono, cuya mera existencia era una afrenta para el consejo y para la facción monárquica matriarcal, quería hacer algo, se le negara.

Pero al parecer, había enemigos suficientes de la línea sucesoria masculina —o suficiente gente que pensaba que sería más fácil matarlo fuera de la casa de Flacomm—, porque una mañana, sin previo aviso, un grupo de sabios se presentó en la casa de Flacomm a primera hora.

—Veréis —dijo el anciano botánico que parecía estar al mando de la comitiva— no queríamos que tuvierais ocasión de prepararos.

—Aparte de una vida entera de preparación —dijo Rigg.

—Huelga decirlo —respondió el botánico.

—Siento curiosidad por los criterios que pensáis usar en vuestra valoración. ¿Debo tener el mismo nivel de preparación que vosotros? ¿No hay jóvenes estudiosos a los que, a pesar de saber menos que vosotros, se les considere también eruditos?

—Nos interesan mucho menos la cantidad e incluso la calidad de vuestros conocimientos —dijo el botánico— que la calidad y la profundidad de vuestra mente.

—¿Acaso no hay ningún sabio de mente lenta entre vosotros?

—Muchos son lentos para recordar las cosas que la mayoría de la gente considera esenciales en la vida —respondió el botánico—, pero todos poseen la rapidez necesaria para razonar, para reconocer lo ilógico, lo erróneo y lo poco probable. Y por si os lo estáis preguntando, la prueba ya ha dado comienzo y no estoy muy seguro de que me guste la manera cauta en que tratáis de influir en sus normas básicas.

—Os precipitáis al concluir que mi intención es influir en las normas y no simplemente descubrirlas —dijo Rigg.

—Conocer las normas no os servirá de nada —dijo el botánico—, porque o bien pensáis como un erudito o bien no lo hacéis, y si no lo hacéis, será porque no podéis, y si no podéis, ninguna información conocida de antemano os ayudará a hacerlo.

—Me parece justo —dijo Rigg—. Un punto en mi contra.

—Aquí no llevamos una puntuación —dijo el botánico—. Estamos tratando de formarnos una opinión.

—En tal caso, cejaré en mi empeño de controlar las cosas y me someteré a vuestro interrogatorio.

—Incluso con esa afirmación estáis tratando de explicaros, cuando el silencio

habría sido preferible.

Rigg guardó silencio.

Los sabios entraron en el salón más confortable. Rigg se sentó en un banco sin respaldo de la habitación contigua, desde donde no podía verlos, pero sí oír cualquier cosa que dijeran en voz alta.

También vio que dos de los espías estaban allí, detrás de la pared, vigilándolos a todos.

Las preguntas comenzaron con la máxima inocencia. Eran tan fáciles, de hecho, que Rigg trató de ofrecer respuestas complicadas, temiéndose alguna clase de truco o trampa. Hasta que el botánico suspiró y dijo:

—Si seguís respondiendo así, no acabaremos antes de que alguno de nosotros, y posiblemente yo mismo, muera de vejez. No estamos tratando de engañaros, estamos tratando de conoceros. Si una pregunta parece sencilla, es que es sencilla.

—Oh —dijo Rigg.

Después de esto, las cosas comenzaron a sucederse muy deprisa. A menudo podía responder con pocas palabras. Comprobaron sus conocimientos generales sobre historia, botánica, zoología, gramática, idiomas, física, astronomía, química, anatomía e ingeniería. No le preguntaron nada sobre música o cualquier otra de las bellas artes y no tocaron en ningún momento la historia de la gloriosa Revolución ni lo sucedido desde entonces

Rigg comenzó a confesar su ignorancia con mayor frecuencia a medida que avanzaban. Mantuvo el tipo con los zoólogos. Se había pasado la mayor parte de su vida siguiendo rastros, poniendo trampas, despellejando, disecando, cocinando y comiendo la fauna de las colinas del sur y disfrutaba respondiendo aquellas preguntas con mayor lujo de detalles del necesario. Le agradaba exhibirse.

Pero incluso en aquellos campos donde no poseía ni de lejos tan amplia experiencia, logró salvar la cara. Padre lo sometía a constantes preguntas y Rigg respondió a sus examinadores con la misma diligencia que habría utilizado con él, aunque con menos desparpajo. Cuando no sabía la respuesta, lo decía. Cuando la sospechaba, especificaba que se trataba de una especulación y explicaba sus razones para decantarse por ella.

No tardó en darse cuenta de que, de hecho, les interesaban más sus especulaciones que las cosas que sabía. Al comprobar que poseía amplios y profundos conocimientos sobre los vertebrados, dejaron la zoología a un lado. Allí donde descubrían que sabía poco pero aun así utilizaba su capacidad especulativa, incidían inquisitivamente. Y siempre acababan por llevarlo hasta un punto en el que tenía que reconocer:

—No sé lo suficiente sobre eso para dar una respuesta.

—¿Y dónde la buscaríais, en tal caso? —preguntó finalmente el experto en física

—. ¿Dónde, dentro de la biblioteca?

—No lo sé —dijo Rigg.

—Si no sabéis dónde buscar la respuesta, ¿de qué os va a servir una biblioteca?
—inquirió el físico.

Rigg dejó que su voz transmitiera una leve impaciencia.

—Soy del curso alto del río. No he estado en una biblioteca en toda mi vida. Por eso quiero que se me permita estudiar en la Gran Biblioteca de esta ciudad... para poder averiguar dónde debo buscar las respuestas a preguntas como ésta.

—Había una biblioteca en O —dijo el botánico—. ¿Por qué no fuisteis allí a profundizar en vuestros conocimientos?

—Por entonces no había pensado en dedicarme a estudiar —dijo Rigg—. Aún estaba siguiendo el que creía que era el plan de mi padre... es decir, el hombre al que yo creía mi padre. Al llegar aquí me di cuenta de que, o no tenía plan, o que el que tenía no había funcionado. Así que ahora puedo decidir por mí mismo lo que quiero hacer. Sólo que no poseo suficiente información para tomar una decisión fundada sobre nada. De modo que he decidido complementar lo que me enseñó mi padre, cuyas enseñanzas fueron a todas luces incompletas.

—Toda enseñanza es incompleta —dijo el historiador con tono de impaciencia.

—A pesar de lo cual, el hombre sabio trata de acrecentar sus conocimientos antes de tomar decisiones cruciales —respondió Rigg.

—¿Qué clase de decisiones esperáis tomar? —preguntó el botánico.

—No sé lo suficiente para saber lo que necesito saber para tomar ninguna decisión —dijo Rigg.

Pudo sentir que uno de los sabios de la habitación contigua se había puesto en pie y echaba a andar. Tenía la voz de una anciana.

—Habrà algunos que piensen que vuestra posición aquí... como miembro de la desacreditada familia real...

Algunos de los demás se levantaron y uno se dirigió hacia ella.

—No estoy hablando de traición, sólo digo lo que todo el mundo en esta sala sabe. ¡Así que siéntate y vamos a ver cómo responde!

Rigg trató de recordar quién era la que había hablado, pero al final llegó a la conclusión de que no la había oído hasta entonces.

—Como estaba diciendo, habrá algunos que piensen que vuestras decisiones no tienen el menor valor. Durante el resto de vuestra vida, otros decidirán por vos en todo lo importante, incluido si vivís o morís.

Volvió a sentarse. De nuevo se oyeron murmullos de protesta, pero Rigg habló con voz firme para acallarlos:

—No me da miedo afrontar la situación en la que me encuentro. Soy muy consciente de que mi capacidad de decisión es limitada en este instante y que podría

desaparecer definitivamente en cualquier momento. Desde que me arrestaron han intentado asesinarme dos veces... Dos, que yo sepa. En ambos casos logré sobrevivir porque tuve los ojos bien abiertos, pero ¿cuánto tiempo podrá continuar eso? Alguno de vosotros tendrá que escribir sobre esto cuando se conozca la respuesta.

Hubo algunas risillas nerviosas.

—Pero siempre existe la posibilidad de que no muera joven. ¿Cómo voy a ocupar los largos años de esta vida limitada que me ha tocado vivir? He tomado la decisión de dedicarme al estudio. Para ello, tengo que averiguar para qué estoy dotado. Y para ello necesito contar con acceso a la biblioteca. Con el tiempo, podré contribuir a acrecentar los conocimientos de la humanidad. Y si no, al menos habré llevado una vida interesante. Una vida más grande de la que podría llevar en esta casa, donde apenas hay libros.

Hubo más murmullos y luego uno de ellos comenzó a formular una pregunta. Pero Rigg no dejó que saliera una sola palabra de sus labios.

—¡Por favor! Sin duda, unos doctores y filósofos tan eruditos como vosotros podrán tomar una decisión con todas mis respuestas. Dejad que ahora os haga yo una pregunta.

—No estamos aquí para ser examinados —dijo el botánico, tenso—. Y no sois vos el que decide cuándo...

—Pues claro que estáis aquí para ser examinados —dijo Rigg—. Todos habéis formulado vuestras preguntas con el máximo cuidado, para impresionaros unos a otros con vuestra profundidad. A mí me habéis impresionado, desde luego. Así que quiero preguntaros a todos: ¿qué esperáis de un niño de mi edad? No soy más que un potencial sin cristalizar. Si fuese pupilo vuestro, ¿me encontraríais prometedor? ¿Me confiaríais un libro? ¿Merece mi mente que se la instruya? Mi padre pensaba que sí, porque dedicaba a ello todas las horas del día, y luego ponía a prueba mis conocimientos... con el mismo tipo de pruebas que habéis utilizado aquí, llevándome más allá de los límites de mi educación para ver lo que podía deducir por mí mismo. Murió sin decirme si había conseguido colmar sus esperanzas. Nunca dijo ni insinuó que hubiera llegado a aprender lo suficiente sobre nada. Pero por otro lado, nunca dejó de enseñarme. ¿Tenía razón mi padre? ¿Merece la pena enseñarme? Y si no, ¿por qué demonios habéis pasado todas estas horas interrogándome e interrogándome? ¿Se puede extraer algún conocimiento útil evaluando la profundidad de la inutilidad de una mente?

—El examen ha terminado —dijo el botánico.

Rigg se levantó con cuidado del banco. Le dolía la espalda como si hubiera dormido sobre un suelo duro y frío. Probablemente hubiese ofendido a todo el mundo con su última intervención, pero a partir de un punto determinado, continuar con el examen era una pérdida de tiempo para todos.

Para su sorpresa, los sabios no se dirigieron a la puerta del jardín. En su lugar, la mayoría de ellos entraron directamente en la habitación donde él estaba estirándose en aquel momento. Algunos de ellos caminaban con gran dignidad, pero otros entraron con cierta precipitación y con los brazos extendidos. Al principio no dijeron nada. Pero todos ellos le ofrecieron la mano. Rigg se las estrechó a todos y las tuvo un instante en la suya mientras los miraba a los ojos.

El mensaje en todos los rostros era el mismo, si se atrevía a darle crédito. Todos los hombres y las mujeres que habían entrado en la habitación lo miraban con simpatía. Incluso, o al menos eso le pareció, con afecto.

Mientras le estrechaban la mano, cada uno de ellos le dijo su campo de especialidad. No la disciplina general, como la botánica o la física, sino el estudio concreto al que debían su reputación. «Mutación de las plantas por polinización de especies ajenas.» «Propulsión mecánica por medio de la liberación controlada del vapor.» «Desarrollo de las declinaciones del sustantivo a través de la acreción de partículas en la transición del umik medio al moderno.» «Estudio del vapor que forma las colas de los cometas por evaporación del hielo que contienen.»

Cada uno de ellos, tras soltarle la mano, retrocedió un paso para dejar sitio al siguiente. Al final formaron dos líneas, y en el espacio que las separaba se acercaron los dos últimos sabios desde la otra sala. El botánico era uno de ellos y el otro la mujer que había formulado la pregunta peligrosa hacia el final. Tenía una expresión impasible y dura. Era muy posible que el botánico le hubiera ordenado que guardara silencio. No obstante, se retrasó un instante y dejó que el botánico hablara con Rigg antes que ella.

Éste le cogió la mano y dijo:

—Alteración de las especies por inyección directa de núcleos celulares de especies con un rasgo deseado. —Y luego se retiró.

La anciana se acercó la última. Lo tomó de la mano, como todos los demás antes que ella, pero no dijo nada.

—Adelante —dijo el botánico.

La anciana ladeó ligeramente la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa.

—La teoría de los dos orígenes distintos para la fauna y la flora de este cercado.

Aquello era algo de lo que Rigg nunca había oído hablar, algo que Padre nunca había mencionado.

—¿Cómo es posible? —preguntó—. ¿Acaso la vida comenzó dos veces?

La mujer le guiñó un ojo mientras algunos de sus colegas comenzaban a murmurar con evidente desagrado.

—Ése no es el tema de su trabajo más importante —dijo el botánico—. Es la excentricidad que saca a la luz siempre que encuentra a alguien dispuesto a prestarle atención. Sus estudios sobre ese tema nunca llegaron a publicarse.

—¿Os veré en la biblioteca? —preguntó Rigg a la mujer.

Ella sonrió.

—¿La pregunta no debería ser si yo os veré a vos? —Dicho esto, le soltó la mano y salió al jardín.

Flacommo debía de estar esperando fuera, porque Rigg le oyó protestar diciendo que no podía marcharse sin participar en el banquete que habían preparado sus cocineros para tan distinguida compañía.

—En su día fue muy importante —dijo el botánico.

Rigg lo miró. La estaba observando a través de la puerta, aún abierta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Bleht. Prácticamente inventó la ciencia de la microbiología. O la reinventó, al menos. Pero le entró esa extraña obsesión por dos corrientes separadas de la evolución que convergieron sólo hace once mil años. Desvaríos místicos. ¿Qué tiene que ver un antiguo calendario religioso con la ciencia? Me gustaría saberlo —dijo el botánico.

Pero Rigg comprendió al instante lo que quería decir la mujer. Había despellejado y destripado muchas de las «criaturas anómalas» (como las llamaba Padre) y sabía bien que su anatomía difería de los patrones exhibidos por la mayoría de los animales. También había aprendido a reconocer las «plantas anómalas», llamadas así por la muy justificada opinión de que los humanos no podían digerirlas y a veces tenían efectos tóxicos.

En aquel momento, al pensar en sus palabras, se le ocurrió que quizá, en lugar de considerar a aquellas bestias y plantas anómalas como productos de la casualidad, podían estar relacionadas. En lugar de un gran árbol de la vida con variaciones inexplicables, ¿podía ser que hubiera dos árboles de la vida, cada uno de ellos coherente en sí mismo?

—Veo que os tomáis en serio sus teorías —dijo el botánico.

—Es joven —dijo la física, posiblemente la más joven de todos ellos. Rigg calculó que debía de tener unos treinta años—. Claro que está intrigado.

Estaba más que intrigado. Había comenzado a pensar en lo que había descubierto al destripar ebecos y guosos. ¿Había alguna relación entre ellos? ¿Y qué carroñeros devoraban los cuerpos después de que Rigg les arrancara las pieles? ¿También eran anomalías? Sintió deseos de regresar —acompañado por Umbo— para poder estudiar los rastros de las criaturas anómalas y comprobar si su dieta estaba formada únicamente por plantas anómalas y si los depredadores de especies extrañas se alimentaban sólo de presas extrañas.

«Seguramente, si existiera un patrón detrás de eso, Padre me lo habría dicho.»

Aunque puede que Padre estuviera esperando que se diera cuenta por sí mismo.

Ahora se había dado cuenta. No había realizado un estudio, así que no podía estar

seguro, pero lo que recordaba en aquel momento no contradecía la teoría.

Los sabios cenaron todos juntos —excepto Bleht— y conversaron amablemente con Rigg. Éste pensó que no habrían estado tan cómodos hablando con él si fueran a emitir un informe negativo sobre su examen.

Y así fue. A la mañana siguiente, cuatro hombres con la librea de la guardia urbana lo escoltaron desde la casa de Flacommio a la biblioteca.

Rigg tenía la esperanza de poder ver un poco la ciudad de Aressa Sessamo, pero quedó decepcionado. Podía oír los ruidos de una gran ciudad, pero desde lejos. La casa de Flacommio estaba rodeada en tres de sus lados por otras tantas mansiones de similar diseño: muros elevados alrededor de un jardín central, sin ventanas orientadas hacia el exterior. En las calles sólo había criados que iban a hacer algún recado, gente de buena posición paseando a pie o a caballo y algunas madres —¿o nodrizas?— con sus niños.

Y en el cuarto lado —justo enfrente de la amplia avenida jalonada de árboles que daba a la casa de Flacommio— se encontraban los jardines de la biblioteca.

Cada uno de los edificios de la Gran Biblioteca de Aressa Sessamo poseía una impresionante personalidad arquitectónica, en el estilo que estaba en boga en el momento de su construcción. Se levantaban sobre un altozano artificial, pues no había lomas naturales en la región del delta. Justo al otro lado de la avenida, se encontraban los minúsculos aposentos donde los estudiosos que iban de visita podían alojarse gratuitamente mientras llevaban a cabo sus investigaciones. En cuanto a los bibliotecarios, vivían en cuartos situados sobre las salas de lectura.

Rigg suponía que Umbo y Hogaza tratarían de llegar a Aressa Sessamo tan pronto como Umbo hubiera descubierto cómo enviar mensajes hacia el pasado. Había albergado la esperanza de que la biblioteca fuese un buen lugar para encontrarse con ellos, pero ahora estaba claro que tendría que idear otro modo de hacerlo. No era muy probable que pudieran hacerse pasar por sabios y si paseaban por aquella zona de la ciudad, no tardarían en reconocerlos como intrusos y nunca podrían volver a acercarse a él.

El primer día lo llevaron a la Biblioteca de la Vida, donde confiaba en encontrarse con Bleht. Pero lo dejaron al cuidado de una joven ayudante que, seguida por los guardias, le enseñó el edificio. Se trataba de una mujer de no más de veinte años, que no escatimó esfuerzos para demostrar lo aburrida y molesta que estaba por tener que mostrarle el lugar a un niño. Incluso comentó con los centinelas lo paradójico que resultaba que el Consejo de la Revolución aún distinguiera con un trato especial a los miembros de la realeza.

Rigg no dejó que su actitud lo molestara. No intentó mantener una conversación con ella, ni tampoco con los guardias, después de lo aprendido durante el tiempo pasado con el Gritos. Pero cuando quería algo de información, se la pedía a ella, y

como en realidad a la mujer le encantaba el lugar, las preguntas desembocaban a veces en alguna que otra demostración de entusiasmo que, sin embargo, no tardaba en contener para readoptar su actitud fría. No obstante, con el paso de las horas, dicha frialdad fue remitiendo.

Por fuera, el edificio parecía un simple rectángulo. Pero por dentro era un laberinto y Rigg se dio cuenta de que si no hubiera poseído la capacidad de seguir su propio rastro, nunca habría encontrado por sí mismo el camino de salida. Le sorprendió que aparte de los estantes llenos de libros hubiera también arcones que guardaban pergaminos antiguos y catálogos donde se mencionaban obras que existían sólo en finas hojas de metal, tablillas de arcilla, trozos de corteza de árbol y pellejos de animales.

—¿No son demasiado viejos para contener información útil? —preguntó Rigg.

—Ésta no es sólo una biblioteca de biología contemporánea —respondió ella con frialdad—. También guardamos la historia entera de las ciencias de la vida, para saber cómo hemos llegado al estado actual de nuestros conocimientos.

—¿Ha habido alguna civilización pasada que nos superara en alguna área de la biología?

—No soy experta en historiografía —respondió ella—. Superviso el archivo de los laboratorios y como en este momento son muy pocos los eruditos que están utilizando los laboratorios, han decidido que no pasaba nada si me perdía una mañana.

—Entonces debes de estar siempre trabajando con lo últimos avances científicos —dijo Rigg.

La joven no dijo nada, pero su actitud perdió un poco más de hostilidad. Sin embargo, ni siquiera se molestó en despedirse cuando sonó la campana de mediodía, señal de que Rigg tenía que marcharse.

De camino al exterior, los guardias se perdieron en dos ocasiones y tuvo que corregirlos e indicarles él el camino. Volvieron a la casa de Flacomo, que estaba a cinco minutos, para comer y luego regresaron, esta vez a la Biblioteca de las Vidas Pasadas. Allí su guía no fue un bibliotecario, sino un joven estudioso. No mostró la menor hostilidad y de no haber sido por las miradas severas de los guardias, posiblemente se habría pasado todo el rato interrogando a Rigg sobre Hagia Sessamin y preguntándole si había visto a Param.

Al finalizar el día, cuando los guardias se disponían a llevarlo de regreso a la casa de Flacomo, Rigg pidió ver a la persona que estaba al cargo.

—¿Al cargo de qué? —preguntó el sabio—. Cada biblioteca tiene su propio deán, director o rector. El nombre varía según la biblioteca en cuestión. Y no hay nadie al cargo de la institución en su conjunto.

—Creo que necesito ver a la persona que está al cargo de mí.

—¿De ti? —preguntó el estudioso—. ¿No son estos hombres?

—Alguien ha decidido el orden en el que debía ver las bibliotecas. Alguien te ha pedido que me enseñaras ésta. ¿Quién ha tomado esas decisiones?

—Ah. No lo sé.

—Esto es una biblioteca —dijo Rigg—. ¿Podríamos averiguarlo?

—Lo preguntaré.

Así que los guardias suspiraron, se sentaron (no sin insistir en que Rigg hiciera lo mismo) y esperaron quince minutos, hasta que regresó el joven estudioso, acompañado por una mujer entrada en años y de mirada feroz

—¿Qué quieres? —le espetó a Rigg.

—Quiero que no sigáis haciendo perder el tiempo a vuestros sabios y bibliotecarios —dijo Rigg—. Cada biblioteca es distinta, sí, pero las diferencias se podían explicar en quince minutos. Y ni siquiera eso es necesario. Quiero terminar la visita y comenzar con mis investigaciones.

—Me han ordenado que te mostrara el lugar —dijo la mujer con frialdad.

—Y lo habéis hecho de manera espléndida —respondió Rigg con amabilidad—. Pero, ¿quién sabe cuánto voy a vivir? Quisiera ver a la persona que custodia los datos de la investigación de mi padre.

—¿Y tu padre es...?

Rigg no podía creer que se lo estuviera preguntando en serio. Aprovechando su momento de vacilación, el joven erudito intervino, incapaz de disimular el desdén de su voz, pues le parecía imposible que alguien pudiera no saber quién era el padre de Rigg Sessamekesh.

—Knosso Sissamik —dijo—. Era un sabio famoso, que murió en el Muro.

—A mí no me obsesionan las vidas de los miembros de la antigua familia real, como a otros —dijo la anciana—. Y Knosso como-se-llame era físico. Esa disciplina pertenece a la Biblioteca de la Nada.

—¿De la Nada?

La anciana ya tenía la respuesta preparada.

—Los físicos determinaron hace ya tiempo que la mayor parte del espacio está vacía, y que la mayoría de cada átomo es espacio vacío, de modo que el universo, en un porcentaje abrumador, es una nada, con pequeñas interrupciones que contienen todo lo que existe. Así que su biblioteca debe su nombre a esa nada que conforma casi toda la realidad. Y los matemáticos comparten el espacio con ellos, porque se enorgullecen de decir que su campo de trabajo es aún menos real que el de los físicos. De hecho, su parte se llama Biblioteca del Menos que Nada.

Rigg decidió que le iban a gustar los físicos. Sin embargo, pensó que los matemáticos parecían tener una fastidiosa vena competitiva.

Al día siguiente lo llevaron directamente a la Biblioteca de la Nada, donde le

mostraron una serie de libros que Knosso había leído en los dos últimos años de su vida. Era una lista muy larga y al comenzar a leerlos, Rigg se dio cuenta de que contenían palabras técnicas y operaciones matemáticas que no comprendía. Así que comenzó a elaborar por su cuenta un curso acelerado de preparación para poder comprender aquello a lo que su padre había decidido que valía la pena dedicar tanto tiempo.

Los días se amoldaron a una rutina que los transformó en semanas y Rigg comenzó a hacer auténticos progresos. Aún no era capaz de entender ninguno de los libros de la lista de Knosso, pero al menos podía reconocer la mayoría de los términos y se sentía como si estuviera a punto de saber lo suficiente para comprender los cimientos sobre los que su padre había levantado sus teorías.

Pero a menudo, mientras estaba allí sentado con los libros abiertos delante de sí, los guardias se quedaban dormidos y él utilizaba esas ocasiones para cerrar los ojos y estudiar los rastros que lo rodeaban. Uno de ellos, lo sabía, pertenecía a Knosso. Nunca había vivido en la casa de Flacomm. Su esposa y su hija se mudaron allí tras su muerte. Pero estuvo allí, en aquella biblioteca, y al estudiar todos los libros que había leído él, Rigg esperaba identificar un rastro que estuviera conectado con todos ellos.

Y finalmente logró encontrarlo, siguiendo cada vez más hacia el pasado a un candidato probable hasta que llegó a la casa en la que ahora vivía con Madre. Sus dos rastros se entrecruzaban una vez tras otra. No podía ser otro que su padre, Knosso.

Por un momento lamentó que Umbo no estuviera allí para poder verle la cara. La ley prohibía que se hicieran retratos de la familia real. No existía ninguna imagen de su padre, así que no podía saber cómo era. Pero su rastro era suficientemente distintivo. Y ahora que lo había identificado, Rigg podía localizarlo con facilidad.

Y al cabo de un tiempo comenzó a darse cuenta de algo muy sorprendente. Knosso había estudiado, en efecto, todos los libros de la lista. Pero también había hecho incursiones en otras bibliotecas, en especial la de las vidas pasadas y la de las palabras muertas. Buscó excusas para visitarlas y rehizo en ellas el camino seguido por los pasos de su padre. Los bibliotecarios de ambas le aseguraron que los libros que había consultado seguían guardados en la misma zona, y normalmente en la misma estantería, que en tiempos de su padre. Pero nunca se llevó ningún volumen, así que no quedaba constancia alguna en los archivos.

A pesar de ello, Rigg descubrió algunas cosas: en la Biblioteca de las Palabras Muertas, confeccionó una lista de las lenguas cuyos estantes había visitado Knosso; en la de las Vidas Pasadas, otra con los periodos y temas históricos que le habían interesado. Comenzó a aflorar un patrón.

La investigación de Knosso estaba relacionada con la física, sí, pero también había estado recogiendo observaciones referentes al Muro en lenguas y de culturas

muy distintas, de hasta ocho mil años de antigüedad. ¿Creería acaso que, en algún momento del pasado, alguien había logrado atravesarlo? Había historias sobre héroes y santos que llegaban desde el otro lado del Muro, o volvían allí al morir, pero las mismas historias contaban que saltaban entre las estrellas, creaban terremotos y volcanes y construían máquinas que cobraban vida.

Ningún hombre instruido se tomaría en serio tales relatos. Y aunque Knosso les hubiera dado algún crédito, Rigg nunca podría hacerlo. ¿Acaso no había participado en los sucesos reales que había tras el mito del Santo Vagabundo?

¿Y entonces, qué? ¿Había estado su padre buscando una época anterior al Muro? Todo el mundo sabía que no existía. El Muro siempre había estado allí. Claro que, el hecho de que todo el mundo lo pensara no significaba que fuese cierto.

¿Y por qué no dejaría un registro escrito de sus investigaciones sobre el pasado? No se trataba sólo de un problema físico. Debía de tener también un sesgo político. De lo contrario, su padre no se habría mostrado tan cauteloso.

Pero sin los títulos concretos que había estudiado Knosso, no se le ocurría ningún modo de averiguar lo que había tratado de descubrir.

Las visitas a la biblioteca consumían sus días, pero las horas de la tarde, la noche y el alba las pasaba en casa de Flacomo. Adoptó la costumbre de dormir en sitios distintos cada noche, a veces simplemente acurrucado en el jardín, lo que le recordaba un poco a las noches pasadas al raso con Padre. Ayudaba en las cocinas y mantuvo la amistad con los panaderos de los dos turnos, sobre todo con el hijo de Lolonga, Largo, que trataba a Rigg como una persona normal y no como un aristócrata o una criatura despreciable. Como es lógico, en cuanto se supo que Largo y Rigg pasaban mucho tiempo juntos, comenzaron a convocar a aquél a tabernas, tiendas y parques para someterlo a periódicos interrogatorios.

En cuanto tuvo conocimiento de esto, Rigg le dijo a Largo:

—Cuéntaselo todo. No digo ni hago nada que tenga que esconder. —Cosa que tranquilizó en no poca medida al joven panadero.

La afirmación de Rigg era prácticamente cierta, aunque omitió las palabras «delante de ti». Hacía muchas cosas que prefería que no llegaran a determinados oídos.

En especial, sus intentos por entablar comunicación con Param. En parte lo hacía porque era lo único que le había dicho Padre que hiciera y en parte porque quería llegar a conocerla y ganarse su confianza. Los mensajes que le dejaba a Madre no servían de nada. Ella los transmitía conforme a sus deseos, sí, pero nunca había respuesta. Además, había cosas que tenía que hablar con Param sin que Madre se enterara.

Así que comenzó a llevar consigo una pizarrita, como un escolar. Cuando

Flacommo le preguntó para qué la quería, le dijo que la necesitaba para realizar cálculos matemáticos y así poder comprender los libros de física que estaba estudiando. Y lo cierto es que la utilizaba para eso... salvo cuando veía que el rastro de Param se le acercaba.

En tales casos borraba una esquina de la pizarra y allí le escribía algún mensaje. Luego levantaba la pizarra y la mantenía lo más inmóvil posible, para que ella tuviera tiempo de sobra para leerlos. Y sabía que los leía, porque mientras él estaba escribiendo, ella daba vueltas a su alrededor, a pesar de que no pudiera responder con la tiza ni con palabras.

Le contaba pequeñas cosas sobre su propia vida, sobre Padre, sobre su muerte, sobre su vida juntos. Sobre la verdad que había descubierto, en especial el hecho de que tenía una hermana, algo que nunca había sospechado hasta que Padre, agonizante, le dijo que fuera en su busca.

Le contó algunas cosas sobre Umbo y algunas menos sobre Hogaza, pero lo suficiente para que ella supiera que no había planeado ir hasta allí solo. Pero no le dijo nada que no supiera el general Ciudadano; ni tampoco sobre el poder de Umbo o sobre el hecho de que podían usarlo para que Rigg retrocediera en el tiempo.

También le habló de los pasadizos secretos, los que utilizaban los espías y los que llevaban siglos sin usarse. «No sé si están bloqueados o es que los han olvidado», le escribió. «Puedo ver dónde están las entradas...» Borró y siguió escribiendo: «Pero no sé cómo encontrarlas.» Volvió a borrar. «Cuando desaparezco mucho rato, alguien me busca.»

Una mañana, al ir a recoger la pizarra del lugar en el que la había guardado la noche anterior antes de quedarse dormido en el jardín, vio que alguien la había movido de sitio y había escrito con una letra diminuta y apenas legible —porque la tiza no estaba hecha para trazar caracteres tan pequeños—:

«Tengo miedo, hermano. Madre conspira. Van a matarnos.»

Rigg cogió la pizarra, releyó el mensaje y luego lo borró concienzudamente. Debía de habersele acercado de noche, mientras todos dormían, y haber dejado que su cuerpo reentrara de nuevo en el tiempo el intervalo necesario para escribir aquel mensaje.

¿«Madre conspira»? Así que no era la víctima inocente que fingía ser. Pero ¿cómo podía conspirar con nadie? ¿Con quién podía hablar sin que la vieran?

Pero más preocupante aún era el temor de Param. «Van a matarnos», había escrito. ¿Quería decir que el Consejo de la Revolución los ejecutaría cuando fracasaran las conspiraciones de Madre? ¿O que éstas incluían planes para asesinarlos? Puede que estuviera dispuesta a sacrificar a Rigg, pero dudaba mucho que pretendiera la muerte de Param. Así que el peligro debía de venir de otra parte. O puede que el plan de Madre fuese escapar de la casa de Flacommo para encabezar

una rebelión y dejarlos atrás a Param y a él, a merced del castigo del Consejo de la Revolución.

Razón de más para hablar con Param. Buscó su rastro y lo encontró, pero al parecer se había alejado de él la pasada noche, porque al alba estaba lejos, de regreso en el cuarto de Madre.

Aquella tarde, ella ya estaba esperando cuando Rigg volvió a salir al jardín con su pizarra. «Tenemos que hablar —escribió—. Sé cómo salir de esta casa... si conseguimos entrar en los pasillos... Uno de ellos lleva a la biblioteca... Podemos escondernos allí para hablar... Tendremos que ser breves, para que nadie se percate de que no estamos.»

Entonces borró «estamos» y escribió en su lugar «Estoy», puesto que a ella nadie la echaría de menos.

Aquella noche, Rigg trató de no dormirse, con la esperanza de que ella volviera a aparecer y así poder verla. Pero el sueño desbarató sus planes y sólo despertó al sentir que alguien lo tocaba en el hombro. Al momento, una mano le rozó muy suavemente los labios. Abrió los ojos. Era una forma de mujer, pero no pudo distinguir su rostro.

Se levantó en silencio y la siguió. La forma se movía sin vacilaciones, cumpliendo con su hábito de caminar cerca de la pared de los pasillos y sorteando el centro de las salas. Parecía conocer a la perfección la casa. Claro que, ¿por qué iba a ser de otro modo? No se encontraron con nadie.

Finalmente llegaron a un pasillo poco transitado que conducía a unas habitaciones de invitados. Allí la figura se detuvo y Rigg se acercó a ella.

—¿Param? —preguntó en voz baja.

Como respuesta, ella lo abrazó y le susurró al oído:

—Oh, hermano mío. Él me dijo que vendrías.

En aquel momento, Rigg comprendió que Padre debía de haberla visitado, del mismo modo que había visitado a Umbo y a Nox, para ayudarla a controlar y hacer uso de su poder. ¿Quién sino él podía haberle prometido algo sobre Rigg? ¿Quién más sabía de su existencia? Sin embargo, Padre nunca se había ausentado de Vado Otoño el tiempo suficiente como para llegar hasta Aressa Sessamo y luego volver, ¿no? Aunque Rigg sabía que era absurdo pensar que había cosas imposibles para Padre. En un mundo en el que Umbo, Param, Nox y él mismo poseían tan extraños poderes, ¿quién sabía de qué era capaz Padre?

—Hay una entrada a los pasillos abandonados no lejos de aquí —susurró a modo de respuesta.

Param le dio la mano y la llevó hasta allí. Rigg podía ver rastros antiguos que atravesaban lo que a sus ojos aparentaba ser un sólido muro. Como había hecho en otras ocasiones, pasó una mano por la superficie que parecía ser la abertura, pero no pudo encontrar ni rastro de ella.

Param le puso una mano en el hombro y se lo llevó lejos de la pared.

—¿De verdad hay una puerta ahí? —susurró.

—La había. Pero hace doscientos años que nadie la utiliza.

—Así que la pared no puede ser de piedra, de cemento ni de ladrillo —dijo ella.

—Es un muro interior. Supongo que, aunque lo hubieran cegado, sería de yeso o de madera. Pero no lo sé con certeza. ¿Acaso importa? Puede que sea lo bastante liviano como para derribarlo de una patada, pero nunca podríamos cerrarlo después.

Como respuesta, ella lo empujó suavemente contra la pared opuesta del pasillo. «No te muevas», venía a expresar el gesto. Vio cómo se desvanecía su figura ante sus mismos ojos y luego, mientras él aguardaba pacientemente, atravesó la pared, siguiendo el mismo camino que los de las personas que habían utilizado el pasadizo en el pasado.

No podía saber lo que estaba haciendo al otro lado del muro. Pero al cabo de un rato, oyó un leve golpe, seguido por un chasquido, como si alguien hubiera retirado un pestillo y un resorte largo tiempo olvidado se hubiera activado. Y entonces, para su sorpresa, en lugar de abrirse una puerta en medio de la pared, la sección entera del muro, separada por dos columnas de sustentación, se alzó suavemente y dejó ver el pasillo que se abría detrás, donde Param lo estaba esperando.

Rigg entró en el pasadizo. Param accionó una palanca y el muro volvió a cerrarse en silencio. No era de extrañar que Rigg no hubiera podido encontrar ninguna puerta. Era una de las limitaciones de su don. Sabía por dónde había pasado la gente, pero no el aspecto que adoptaba el lugar cuando lo hacían.

Pensaba que el pasadizo estaría a oscuras, pero flotaba en él una tenue luz plateada. Se dirigió hacia lo que parecía ser su fuente, preguntándose si habría algún conducto de ventilación por el que entraría la luz del Anillo.

Pero pronto descubrió que la luz procedía de un espejo, que a su vez reflejaba la luz proyectada por otro espejo, a partir de ahí Rigg no veía que más podía haber. Desde luego, esa luz era la del Anillo. En una noche nublada, haría falta una vela para moverse por aquel pasillo en la oscuridad, si uno no lo conocía bien.

—¿Te ha dolido? —preguntó—. ¿Al atravesar la pared? O la puerta, o lo que sea.

—Sí —respondió ella. Alargó una mano. Rigg la tocó y retrocedió al instante. Estaba tan caliente como la de un niño con una fiebre grave. Le tocó la frente y la mejilla. Estaban igual.

—No puedes volver a hacer eso nunca —dijo.

—Pues tengo que hacerlo —dijo ella—. No tengo ni la menor idea de cómo se abre desde el otro lado. Pero no es tan malo. Me enfrió enseguida. No es como la piedra o los ladrillos. La piedra me quema y me arde la ropa. Cuando estoy escondida, tengo que estar siempre pendiente para no rozarme contra la roca.

Como respuesta, Rigg le dio un abrazo.

—No sabes lo que significa para mí saber que tengo una hermana.

—Y para mí —dijo ella—. Él me dijo que no le contara nunca a Madre que sabía que existes. Me dijo que vendrías y me liberarías.

—Lo haré —dijo—. Sé como atravesar estos pasadizos para llegar hasta los muros exteriores y salir.

—¿Por debajo de ellos? —preguntó Param.

—La casa se levanta sobre un montículo. Ahora es más bajo que antes, porque el peso del edificio lo ha achatado. Así que es posible que algunos de los pasillos estén anegados. Estamos en el delta del río y el agua está debajo de la superficie de todo. Pero mientras podamos respirar, podremos salir de aquí. Hay un pasillo muy largo que llega hasta la Biblioteca de la Nada.

—¿Cómo puedes saber todo eso? ¿Habías entrado antes en los pasadizos?

—No —dijo Rigg—. Pero he visto los rastros de la gente que los utilizaba. Sé adónde iban. Ése es mi don: veo sus rastros aunque estén detrás de un muro o bajo tierra.

—Tu don es mucho más útil que el mío —dijo ella.

—Con el mío no habría podido llegar hasta aquí. Ni me permite desaparecer a plena luz del día.

—Ni tampoco te quema cuando atraviesas algo.

—Siento haber pasado a través de ti aquel día.

—No fue tan terrible —dijo ella—. Los dos estábamos en movimiento. Eso significa que no ocupamos el mismo espacio durante mucho tiempo. Las paredes sí son fijas. En ese caso, yo soy la única que se mueve y el contacto se prolonga mucho más.

Rigg le cogió las manos con fuerza.

—¿Cómo lo llamabas tú? Al hombre al que yo conocía como «Padre».

—El Caminante —dijo ella.

—¿Así que estuvo en esta casa?

—Sí —respondió Param—. A Madre le conté que uno de los sabios me ayudó a comprender mi don sin darse cuenta. Pero la verdad es que fue él. Se hizo pasar por jardinero. De hecho, el jardín aún exhibe su huella. ¿Cómo es que no sabías que estuvo aquí? ¿No has visto su rastro?

—Padre..., o el Caminante, no dejaba rastro.

—¿Y cómo lo hacía?

—No sé si es algo que hacía o, simplemente, que no lo tenía. Creo que era un santo. Un héroe. Tenía poderes que la gente normal no poseía.

—Pero cuando yo era invisible, no podía verme, al contrario que tú.

—Yo no es que pueda verte, sólo veo dónde has estado, el lugar que has atravesado y dejado atrás hace un momento. Y no es que lo vea, exactamente.

Aunque cierre los ojos o te dé la espalda, seguiría sabiendo dónde está tu rastro.

—Él decía que eras el mejor de nosotros.

—¿Nosotros?

—Sus estudiantes.

—¿Así que te habló de los demás?

—Me dijo que el mundo había mutado para crearnos. Que los poderes son intensos en este cercado, decía. Así que todo depende de nosotros.

—¿Qué todo? —preguntó Rigg—. ¿Restaurar la monarquía? A mí eso me trae sin cuidado.

—Y a mí —respondió ella—. Y a él.

—Cuántas cosas te contó... —dijo Rigg—. A mí nada.

—¿Estás celoso?

—Sí —respondió él—. Y enfadado. ¿Por qué no se fiaba de mí?

—De ti era del que más se fiaba, así me lo dijo. Y también que eras el que estaba mejor preparado. Su mejor pupilo.

—No puedo hacer nada solo. Veo los rastros, sí, pero no puedo hacer nada sin Umbo. Es el que me permite retroceder en el tiempo. Por mí mismo soy incapaz.

—Sabías dónde estaba el pasadizo.

Rigg se dio cuenta de que estaban perdiendo el tiempo tratando de afirmar la importancia de su don.

—No tenemos mucho tiempo. Alguien se dará cuenta de que no estamos.

—Posiblemente no —respondió ella—. Estamos en plena noche.

—Te sorprendería el celo con el que nos vigilan.

—Te olvidas de que he recorrido estas habitaciones y estos pasillos durante años —dijo ella.

—Dando vueltas y vueltas —respondió él.

—¿Cómo?

—Si te quedas quieta, reapareces. Así que caminas en pequeños círculos cuando quieres permanecer en una habitación sin hacerte visible. Tu rastro está lleno de florituras.

—Sí —dijo ella—. Siempre girando y girando. Estoy harta.

—¿Y por qué no reapareces?

—Porque me matarían —dijo ella.

—Pensé que era porque... Me dijeron que hubo un hombre que... te quitó la ropa.

—Llevo toda la vida inventándome tonterías como ésa. No, fue un hombre con un cuchillo. No tuve tiempo de hacer otra cosa que acelerarme... Yo lo llamo así, «acelerarme». Me aceleré y lo atravesé. No supo dónde me había metido. Por aquel entonces apenas lo hacía... Acelerarme, me refiero. Puede que no supieran aún que

era capaz de hacerlo. Pero ahora sí. Madre me ha hablado de los espías. Lo saben todo.

—Sólo saben lo que oyen y ven —dijo Rigg.

—Cuando me acelero, no puedo oír nada —dijo ella—. Fuiste muy listo al... Con lo de la pizarra, me refiero. Ni siquiera a Madre se le ha ocurrido la idea de escribirme mensajes y quedarse muy quieta.

—Tenemos que irnos. Pero antes... ¿puedes ver algún mecanismo aquí? ¿Alguna conexión con un sistema de apertura situado en el exterior?

Examinaron las paredes del pasadizo, pero no había nada. La palanca que abría desde del otro lado salía de la pared y el resto del mecanismo estaba oculto.

—Puedo entrar en la pared si quieres —dijo ella—, pero ahí dentro la oscuridad es total. No podré ver ni mucho menos sentir nada. Salvo el calor y el grosor del muro.

—No, no, no quiero que hagas eso. Pero... Seré idiota... Alguien construiría los pasillos, ¿no? Y el mecanismo de apertura. Si me remonto hasta el principio, podré localizar su rastro. El de todos ellos. Podré ver por dónde se movían cuando lo estaban construyendo todo.

—¿Quieres decir que los rastros no se desvanecen?

—No del todo —dijo Rigg—. De algún modo se vuelven más tenues, pero es más bien como si se alejaran, aunque no se trata de una distancia real. Siguen allí. Nunca se alejan ni se mueven. Shhh. Deja que me concentre.

Tardó cinco minutos en encontrar su rastro. Tiempo atrás se levantaba allí otro edificio y al tratar de localizar el rastro que buscaba, Rigg se dio cuenta de que debían haber construido aquella parte de la casa de Flacomo cuando la antigua seguía aún en pie. Para que nadie pudiera ver lo que estaban haciendo.

Una vez localizados los rastros correctos, la respuesta fue fácil de hallar.

—El mecanismo se encuentra en el techo del pasillo. A demasiada altura para nosotros, aunque saltemos. Pero si tuviéramos una escoba, o una espada... o cualquier cosa con mango. Estuvieron trabajando en las dos esquinas del panel de la pared. Quizá haya que presionarlas las dos a la vez. O puede que una sirva para abrir y la otra para cerrar.

—Salgamos y averigüémoslo —dijo ella.

Rigg alargó una mano hacia la puerta.

—¡Espera! —exclamó ella—. ¿Y si hay alguien fuera?

—Yo lo sabría —dijo Rigg—. No hay nadie.

—Cuando salgamos, no podremos hablar más.

—Siempre está el día de mañana. Y pasado mañana.

—Rigg —dijo ella, y volvió a abrazarlo—. ¿Sabes que me he hecho más joven esperándote? —le preguntó.

—¿Más joven?

—Cuando me acelero, el resto del mundo pasa volando. Y cuando lo hago realmente deprisa, pueden pasar días enteros en lo que para mí son escasos minutos. La mayoría de las veces no lo hago así, pero...

—¿Cómo sabes cuánto tiempo ha pasado para ti? —le preguntó Rigg—. ¿Cómo mides el tiempo cuando estás en estado de aceleración?

—Digamos que... es un método bastante preciso. Sé cuánto tiempo ha pasado en el mundo y puedo... Mi propio tiempo lo mido mediante los... meses. ¿Entiendes? Sé cuándo ha pasado un mes para mí. Desde que me recliné sólo han pasado dos. Todos los demás han envejecido más de un año. Pero yo sólo dos meses. Así que creen que ahora tengo dieciséis años, pero mi cuerpo apenas ha vivido quince. A este ritmo viviré eternamente... pero sin tener vida de verdad.

Se echó a llorar. No como una niña, con la cara arrugada y sonoros sollozos, sino como una mujer, en silencio, temblando mientras él la abrazaba.

—Param, te sacaremos de aquí.

—No basta con salir de esta casa. Nos seguirán por la ciudad, por la biblioteca, allá a donde vayamos.

—Umbo y Hogaza vendrán —dijo Rigg—. Encontraremos el modo. Recuperarás tu vida. Los dos lo haremos.

—Eres mi hermano pequeño —dijo ella—. En teoría soy yo la que debe hacerte promesas.

—Lo sé —dijo Rigg—. Puedes contarme cuentos para dormir cuando hayamos salido de aquí. Pero ahora tenemos que marcharnos, mientras aún nos queda tiempo para descubrir cómo se cierra la puerta desde el otro lado.

Al final no buscaron una escoba ni nada parecido. Simplemente, Rigg juntó las manos y la izó. Param, apoyada entre su hombro y la pared, pudo alcanzar el rincón. Como es natural, primero probaron con el que no era. No sucedió nada y cuando Rigg comenzaba a desesperar, ella señaló que quizá estuvieran utilizando el que servía para abrir la puerta. Y en efecto, cuando presionó con fuerza la otra esquina —y Rigg sintió en sus carnes con qué fuerza lo hacía, pues sus pies se le clavaron en los hombros—, la pared volvió deslizándose a su posición anterior, sin dejar un solo rastro que indicara que era distinta a las otras.

Al volver al suelo, Param le dio un beso en la mejilla y luego desapareció.

Durante todo ese tiempo, apenas había vislumbrado su rostro por un instante a la luz plateada reflejada por los espejos. Rigg no estaba seguro de poder reconocerla si volvía a verla a la luz del día.

Pero su hermana era real y estaba viva, y por fin había podido hacer lo que le había pedido Padre, encontrar a su hermana. Y lo estaba esperando. Padre le había dicho que él la liberaría.

«Padre confiaba en mí.
»Y ahora ella también.»
»Será mejor que no le falle.

HURGAR EN EL PASADO

—Tenemos diecinueve naves —dijo Ram—. Y un solo mundo.

—Eso quiere decir que tenemos diecinueve veces más probabilidades de éxito —dijo el prescindible.

—Diecinueve veces más probabilidades de que se produzca una terrible confusión entre colonias que tienen exactamente el mismo personal —dijo Ram—. Diecinueve veces más probabilidades de encontrarnos con rivalidades a muerte, adulterios e incluso asesinatos. Una comparación constante entre las vidas de personas con los mismos nombres, ADN e incluso huellas dactilares. Y al final, nuestras diecinueve naves poblarán el mismo mundo.

—No tenemos mundos factibles para las restantes naves —dijo el prescindible—. Y sólo tenemos un capitán.

—Una de las grandes ventajas de colonizar un planeta nuevo es que si un desastre se abate sobre uno de los mundos humanos, no afectará a los demás, de modo que un único suceso no extinguirá a la especie humana entera.

—Salvo la explosión del centro galáctico —dijo, solícito, el prescindible.

—Sí, existe esa posibilidad, pero no podemos hacer gran cosa al respecto.

—Aún —respondió el prescindible.

—Entre tanto —dijo Ram—, creo que existe otra situación en la que podríamos ahondar. El plan siempre fue que la especie humana quedara instalada en dos planetas distintos. Lo que nadie esperaba es que la nueva colonia quedara separada por más de once mil años de la cultura tecnológica de la que procedemos. Ahora mismo es imposible que existan interferencias entre la Tierra y este mundo. Esto es como las islas Galápagos. Tenemos la oportunidad de ver adónde lleva la deriva genética a dos versiones de la raza humana en completo aislamiento durante más de cuatrocientas generaciones.

—Técnicamente hablando, sólo este mundo tendrá cuatrocientas cuarenta y siete generaciones, usando la media de veinticinco años por generación —dijo el prescindible—. En la Tierra no pasará un solo segundo.

—Así que nosotros experimentaremos la deriva genética y ellos no —dijo Ram—. Nosotros evolucionaremos y ellos no.

—Once mil años no es tanto tiempo en términos evolutivos —dijo el prescindible—. Las poblaciones humanas que quedaron separadas durante setenta mil años por la gran sequía africana no perdieron la compatibilidad genética.

—Probablemente no fuese una separación completa —dijo Ram—. Si hablamos

del cuello de botella genético que se produjo tras el estallido del monte Toba, sólo duró unos veintidós mil años. Y se sabe que el grupo de la zona sudafricana poseía conocimientos náuticos, puesto que colonizó toda la zona circundante al Índico, Australia y Nueva Guinea.

—He utilizado el periodo más largo para ilustrar mi argumento —dijo el prescindible—, pero incluso el cuello de botella genético al que aludes se prolongó el doble de lo que va a durar el aislamiento de esta colonia.

—Y al llegar a su final, los humanos eran distintos. Tenían las piernas más largas y eran más livianos. Eran corredores de fondo, capaces de seguir a una presa a la carrera hasta que se desplomaba por falta de oxígeno. Capaces de manejar venablos y hábiles herreros de espadas. Capaces de narrar historias y crear mapas que sus semejantes pudieran usar para desplazarse por tierras extrañas. Pensadores creativos que podían aprender de otros y luego innovar, y adaptarse, y por fin propagar las innovaciones culturales a lo largo de centenares de kilómetros en una sola generación.

—Parece que has estudiado el asunto en detalle —dijo el prescindible.

—Después de tu pregunta sobre la raza humana, naturalmente —dijo Ram—. Diez mil años es tiempo de sobra para producir un cambio real en la especie humana, porque el aislamiento será total.

—Pero tienes una pregunta para nosotros, relacionada con la presencia de diecinueve naves y un solo mundo —dijo el prescindible.

—¿Y si pudiéramos fundar diecinueve colonias, sin que ninguna de ellas supiera nada sobre las demás? No se encontrarían con sus dobles genéticos. No habría rivalidad. Ninguna de ellas triunfaría sobre las demás. Las diecinueve colonias, más la Tierra, dividirían la raza humana en veinte partes. En potencia, nuestra especie podría explorar veinte sendas distintas de desarrollo, desde los puntos de vista genético, cultural e intelectual. Toda la historia del hombre, todas las guerras, los imperios, los inventos, las lenguas, las costumbres y las religiones han evolucionado en menos tiempo del que tenemos aquí. Hay suficiente tierra para crear diecinueve enclaves más grandes que Europa, más grandes que la tierra que se extiende entre Egipto y Persia, más grande que las Américas de los aztecas y los incas.

—Y seguro que los humanos de cada enclave te complacen convirtiéndose en Egipto, Atenas o Tenochtitlán.

—Espero que Tenochtitlán no —dijo Ram—. Me gustaría pensar que conservaremos parte del progreso conseguido en la Tierra y abandonaremos los sacrificios humanos.

—Pero conservarías las pirámides.

—O cualquier otro monumento que levanten. Y si no sólo construyen nuevas cosas, sino que se transforman en una nueva especie, aún humana, pero distinta, tanto

mejor. Al menos mientras no traten de destruirse entre sí.

—Tu optimismo y tu ambición demuestran que eres realmente humano, sobre todo porque optas por ignorar que lo más probable es que todos los enclaves terminen como valles aislados, donde gente primitiva que antes recorría los océanos en barcos cargados de cerdos y niños terminen viviendo desnudos en chozas de paja, alimentándose unos de otros.

Ram se encogió de hombros.

—Yo no estaré allí para verlo.

—Como un salmón, engendras a tu descendencia y mueres, dejando que tus huevos eclosionen o no, al capricho del azar.

—Del azar no. De su fuerza y su inteligencia. El azar puede afectar la vida de los individuos, sí, pero la especie humana se labra su propia suerte.

—Estamos sobrecogidos por la nobleza de tu visión, aunque somos conscientes de la vaguedad de tu pensamiento «creativo». Sin embargo, te enfrentas a un problema que tu maravillosamente vaga mente creativa no puede resolver.

—Las vagas y creativas mentes humanas os construyeron a ti y a los ordenadores de las naves —dijo Ram—, precisamente para que resolvierais esos problemas por nosotros.

—Quieres que encontremos un modo de mantener las colonias totalmente aisladas entre sí... hasta tal punto que ni siquiera conozcan la existencia de las demás.

—¡Lo has adivinado! ¡Y dices que no sois creativos!

—No hemos adivinado nada. Lo hemos deducido a partir de la gran cantidad de datos que nos has proporcionado, tanto consciente como inconscientemente.

—Pero aun así no has podido detectar el sarcasmo de mi entusiasmo.

—Lo hemos detectado. Pero, como información, carecía de valor.

Hogaza era un hombre viejo y cansado. Puede que aún pareciera fuerte a los ojos de los demás y que actuara con notable vigor, pero ése era el problema: que se trataba de una actuación. Había cosas que alguien tenía que hacer y él las hacía, pero si hubiera estado solo, si no hubiera tenido responsabilidades, se habría contentado con sentarse en una mecedora, cerrar los ojos y soñar. No los sueños que llegan cuando uno se duerme, sino los sueños de la memoria.

El problema era que la mitad de estos sueños eran desagradables. No porque fueran recuerdos de matanzas, aunque Hogaza había vivido un buen número de batallas. En el frenesí de la guerra, resultaba estimulante cercenar, sajar y matar, sobre todo teniendo en cuenta que, de no haber puesto los cinco sentidos en esta tarea, habría sido él el cercenado, sajado y muerto. No, sus recuerdos más desagradables eran los de palabras que se arrepentía de haber pronunciado o cosas inteligentes que no había dicho porque sólo se le habían ocurrido más tarde.

Las peleas que podría haber evitado. Las que habría querido comenzar si se le hubieran ocurrido los ingeniosos dardos que le habrían proporcionado el placer de un nudillo raspado o un labio partido.

Podía soportar los recuerdos de las oportunidades perdidas porque tenía otros: amigos y enemigos de la infancia, recordados ahora con cariño. Los terribles miedos de la juventud, que ahora sabía indignos. Los anhelos infantiles que, colmados o no, le habría gustado poder volver a sentir.

Su vida con Goteras era buena y no pensaba abandonarla, que es lo que sucedería si se sentaba en esa mecedora para soñar. Tenían que ocuparse de la posada y era algo que merecía la pena hacer. Los ribereños, por mucho que la mayoría de ellos fuesen un puñado de tunantes, necesitaban un lugar seguro para refugiarse y el pueblo necesitaba alguien que mantuviera encendido el fuego de la ambición en aquella pequeña franja de terreno entre el río y el bosque. Siempre estaba esperando que apareciera alguien más con el coraje de hacer las cosas, pero no había nadie más que Goteras y él.

Y lo cierto es que era Goteras la que tenía el coraje. Hogaza se limitaba a actuar como si le importaran tanto las cosas como a ella, porque lo hacía feliz que ella pensara que compartía sus sentimientos.

Así que, en cierto modo, había sido liberador acompañar a los chicos en su viaje río abajo y alejarse de las obligaciones de El Ataque de Goteras. Ella se las arreglaba a las mil maravillas en su ausencia, Hogaza lo sabía perfectamente. Y los chicos, con su magia y su conversación alegre... Eran ambiciosos, al menos Rigg. Estaba decidido a cumplir con el deber contraído con su padre muerto, o al menos eso decía, pero Hogaza veía en él lo que había visto en algunos de los oficiales bajo cuyo mando había servido: el fuego de la esperanza. Rigg quería hacer importante. Quería cambiar el mundo y como era un buen muchacho, quería cambiarlo para bien.

Umbo se parecía más a él. Se contentaba con seguirlo, con dejar que Rigg estableciera los objetivos para el grupo. Y no es que no fuese capaz de rezongar cuando no le gustaban las obligaciones que le imponía la ambición de Rigg. Los buenos soldados siempre están rezongando, pero cumplen con las órdenes recibidas.

Pero cuando capturaron a Rigg, y Umbo y él escaparon del barco y huyeron río arriba, para Hogaza comenzó el que tal vez fuese el periodo más feliz de su vida. Sí, sentía que hubieran arrestado a Rigg y cuando pensaba en lo que podía estar sucediéndole, se preocupaba. Pero la mayor parte del tiempo se limitaba a vivir el día a día con Umbo, como un soldado en marcha, enseñando al muchacho lo que necesitaba aprender y observándolo mientras trataba de hacer cosas que él nunca se habría imaginado haciendo. A Umbo lo consumía la necesidad de descubrir cómo salvar a su amigo viajando hacia atrás en el tiempo, pero como Hogaza sabía que era algo que a él le estaba vedado, era libre de observarlo, alentarle, protegerlo y, hasta

donde era capaz, de amarlo como amaría un padre a su hijo.

De regreso a El Atrache de Goteras, volvió a encontrarse con sus antiguas obligaciones, pero las asumió de buen grado, sabiendo que en cuanto Umbo aprendiera lo que tenía que aprender, volvería a marcharse. Goteras, que también se había dado cuenta, le dijo una vez:

—Es como si no estuvieras aquí, viejo gandul.

Poco sospechaba con qué fuerza lo llamaba la mecedora y con qué gusto se habría sumido en los sueños. Incluso en los sueños de la propia Goteras, mucho más soportables que la exigente mujer que, aunque lo quería, lo agotaba con todas las tareas que le imponía.

Se las imponía, sí, aunque a él se le ocurrieran antes y no esperase a que ella se las ordenara. Siempre lo hacía por ella, aunque Goteras no lo supiera.

«Date prisa, Umbo —sentía deseos de decir—. Volvamos al río, sigamos la corriente hasta O y luego hasta Aressa Sessamo o hasta los límites del cercado, dondequiera que Rigg decida que debes ir. Te ayudaré a hacer el trabajo para tu amigo.»

Así que sintió una gran alegría cuando, una tarde, a última hora, Umbo acudió a él en una visión, una visión de la vigilia, aparecida de repente a su lado mientras cortaba leña detrás de la posada, y le dijo:

—Deja de cortar leña y entra para impedir que Goteras mate a un borracho que se ha vuelto loco. Si sucede en los próximos cinco minutos, es que estoy listo para volver a O.

Hogaza se colgó el hacha del hombro, entró en la posada y, en efecto, había un ribereño que debía de haber bebido algo más fuerte que cerveza antes de llegar y que amenazaba a Goteras con un pesado bastón porque ella se negaba a servirle «un trago de verdad y no esa agua de rosas en la que los ricachones se mojan los deditos». El hombre golpeó la barra con toda la fuerza de su bastón, y nadie tenía más fuerza con un bastón que un ribereño, acostumbrado a bregar todo el día con la pértiga.

Goteras se disponía a sacar la daga que utilizaba para protegerse de hombres demasiado fuertes. Hogaza sabía perfectamente que sólo diez segundos separaban al ribereño de una muerte terrible con una daga clavada en el ojo. Así que, sin pensar, descargó su hacha sobre el lugar en el que había caído el bastón, con cuidado de no aplicar tanta fuerza como para dañar el roble de la barra, pero sí la suficiente para partir el bastón en dos.

Ultrajado por aquel atentado a su embriagada dignidad (por no hablar de los daños recibidos por su bastón), el ribereño profirió un rugido y se volvió hacia Hogaza enarbolando una de las mitades de su bastón, listo para clavársela en la cara al posadero. Hogaza le propinó una patada en la rodilla con su pesada bota, aunque de nuevo midió con cuidado su fuerza, pues sólo quería magullarle la articulación y no

romperle el hueso. Una herida como aquélla tardaría mucho en curar y al ribereño se le agotaría el dinero mucho antes de que pudiera volver a subirse a un barco para trabajar. Su problema era que estaba borracho. Sin duda sería un hombre afable cuando no fuese presa de la bebida.

Cayó al suelo aullando de dolor. Hogaza miró a su alrededor en busca de sus camaradas, que no tardaron en acudir para sacarlo a rastras de la posada.

—Tampoco hacía falta darle tan fuerte —le dijo a Hogaza uno de ellos—. No pretendía hacerle daño a nadie.

—Le he salvado la vida —dijo Hogaza— y no tiene la rodilla rota.

—Pero sí dislocada, probablemente —respondió el hombre, malhumorado.

—No dejes que tu amigo beba otra cosa que cerveza y no pasará nada. Los licores fuertes son demasiado para él y lo sabes.

—No le iba a hacer daño a nadie.

—Eso mi esposa no podía saberlo —dijo Hogaza—, aunque fuese cierto, que no lo es, porque creo que ese hombre ha matado antes.

—Sólo por accidente —respondió el otro.

Lo dijo mientras maniobraba para sacar a su amigo por la puerta. De repente se oyó un ruido seco, y la daga de Goteras apareció temblando en la jamba de la puerta, a diez centímetros de su cabeza. El hombre se apartó de un salto, lo que provocó que tanto el borracho como el que trataba de sujetarlo desde el otro lado cayeran al suelo. Se quedaron allí enredados, como dos anguilas, y todos los demás clientes de la posada se echaron a reír como si fuese la cosa más graciosa que jamás hubieran visto, lo cual, aparte de las ocasiones en que algún sujeto de tierra adentro se caía al agua, probablemente fuese cierta.

El ruido atrajo a Umbo desde la cocina, donde había estado lavando vasos y cuencos.

—¿Por qué no me llamaste? —preguntó a Goteras.

—Si hubiera necesitado a un canijo como tú, ten por seguro que te habría llamado —dijo ésta—. No podrías haber hecho nada.

El borracho y su amigo ya se habían levantado y se encontraban al otro lado de la puerta. Hogaza soltó una atronadora carcajada al ver que su mujer lo lanzaba de cabeza, junto con sus amigos, al barro del exterior.

Una vez cerrada la puerta, cuando el resto de los parroquianos hubo vuelto con su comida y su bebida, Hogaza sacó la daga de su mujer del marco de la puerta y se reunió con ella y con Umbo detrás de la barra.

—Sí que había algo que podía hacer —dijo—. Y lo ha hecho. ¿Por qué crees que he entrado? Me ha avisado de que estabas a punto de matar a un borracho enloquecido, y me ha mandado aquí con el hacha en la mano.

Umbo sonrió.

—¿En serio he hecho eso? ¿O... lo haré?

—No sé cuánto esperaste para volver a darme la advertencia, muchacho, pero me dijiste que si ocurría en menos de cinco minutos, es que estabas listo para regresar a O.

—Bueno, pues espero que no decidas mandar el mensaje hasta dentro de un mes, porque ahora mismo hay demasiado trabajo aquí para prescindir de vosotros —dijo Goteras.

—No tenemos que esperar a que envíe el mensaje —dijo Hogaza—. Ya lo ha hecho.

—Ésa es la cosa más absurda que has dicho nunca. No recuerda haberlo mandado, ¿verdad, muchacho?

Umbo se echó a reír, encantado.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó Goteras.

—Se está riendo porque no tiene sentido y así es mucho más divertido —dijo Hogaza—. Mataste a ese hombre y luego te sentiste tan mal como os pasa siempre a los que no habéis sido soldados. Así que Umbo decidió advertirme para que pudiera detenerte. Pero ahora resulta que no lo has matado, así que no hay razón para que esperemos un momento más.

—¡Pero si no ha transmitido el mensaje! —insistió Goteras.

—Ya no hay nada que avisar —dijo Hogaza—. Al fin y al cabo, el hombre no ha muerto.

—Pero si no mandas el aviso... —comenzó a decir Goteras.

—Mi aviso ha cambiado las cosas —dijo Umbo—. Cuando mataste al hombre, tenía que mandar el aviso. Lo mandé, las cosas cambiaron y ya no hace falta.

—¡Pero es que no lo has hecho! ¡Aún no!

—Sí que lo ha hecho —dijo Hogaza.

Goteras parecía a punto de ponerse a gritar de frustración.

—Mujer, yo tampoco lo entiendo, pero es así como funciona —dijo Hogaza—. Me avisa en el pasado, lo que cambia las cosas, de manera que la advertencia ya no es necesaria. La cosa está hecha.

—Entonces, ¿por qué tenéis que volver a O para robar una piedra que Umbo ya ha robado?

—Porque aún no la tengo —dijo el muchacho como si fuera la cosa más evidente del mundo—. Aún debo robarla para tenerla.

Goteras bajó la cabeza y la sacudió como un perro empapado.

—Os odio, me volvéis loca. —Y luego volvió a la cocina.

—Bueno, ¿cuándo nos vamos? —preguntó Umbo.

—Si nos marchamos ahora mismo —dijo Hogaza—, tendremos que llevarnos comida de ayer. Si esperamos hasta mañana, para entonces habrá hecho pan nuevo.

—Además, ya casi ha anochecido —dijo Umbo.

Desde la cocina les llegó la voz de Goteras.

—¡He aquí mi advertencia desde el futuro! ¡No habrá pan para vosotros mañana ni ningún otro día!

—Pues entonces esta noche —dijo Hogaza.

Hogaza sólo tardó unos minutos en conseguirles un pasaje en una barcaza cargada de troncos que se dirigía a un aserradero ubicado antes de O. Luego hicieron el equipaje. Sólo llevarían un morral cada uno, porque querían viajar ligeros y tenían que parecer lo bastante pobres como para que no mereciera la pena atracarlos, pero no tanto como para que no los admitieran en las posadas.

Goteras salió y le lanzó un corazón de lechuga mientras se marchaban.

—Es una demostración de cariño —le explicó Hogaza a su compañero de viaje.

Hogaza y Umbo habían pagado su pasaje y viajaban en una de las escasas zonas de suelo firme que tenía la almadía, así que no tenían que ayudar en las tareas. Pero los dos agarraban la pértiga de vez en cuando, porque cada par de brazos resultaba de utilidad en la difícil tarea de impedir que una almadía tan grande y cargada de troncos volcase y obstruyera el canal. ¿Por qué no iban a hacerlo? Hogaza contaba con la ventaja de su masa y de su fuerza, y Umbo se movía con rapidez sobre los troncos y podía llegar rápidamente a donde fuera necesario. Además, estaba creciendo y necesitaba hacerse fuerte. El esfuerzo de manejar la pértiga contra una masa de troncos tan grande aumentaría su musculatura, cosa que le hacía mucha falta.

En lugar de buscar otra embarcación cuando la barcaza llegó por fin al aserradero, decidieron recorrer caminando los kilómetros que los separaban de O. Tuvieron que pagarle a un granjero para que los dejara dormir en su cobertizo y al despertar tanto ellos como su ropa apestaban a cabra, pero el desayuno fue abundante y sabroso, y cuando llegaran a O por tierra, con aspecto de privos y envueltos en una peste a animales de corral, nadie que los hubiera visto antes podría reconocerlos.

Umbo estaba emocionado por volver a O. Para él era un lugar mágico en el que habían sucedido cosas maravillosas. Pero para Hogaza, que había estado allí más de una vez (y en muchos más sitios) sólo era otra etapa en el camino. Cruzaron la ciudad a última hora de la mañana y cogieron habitación en un modesto albergue bastante alejado del camino principal, como habrían hecho en su lugar otros viajeros humildes. La joven viuda que regentaba la casa se alegró de acogerlos allí, porque un hombre maduro que viajaba con su hijo (que es lo que ella creía que eran) sería menos propenso a pensar que podía propasarse con ella.

Estaban tan cansados de tanto caminar que decidieron que esperarían a la mañana siguiente para ir a desenterrar la piedra. Así que preguntaron a la hospedera dónde podían encontrar unos baños y al final terminaron pagándole a ella por una tina de

tamaño razonable, llena de agua caliente, jabón y una toalla sorprendentemente grande. No les importó compartir la cama. Era lo bastante grande para los dos y olía mejor que las que solían encontrarse. Umbo durmió como un tronco y por la mañana despertó listo para una buena caminata.

Su hospedera les preparó y empaquetó el desayuno para que pudieran llevárselo a la Torre de O, su supuesto destino. En la torre, la cola era muy larga. El tiempo primaveral había atraído al lugar a numerosos turistas y peregrinos. Así que no tenía nada de raro que un hombre y su hijo fueran detrás del edificio de las letrinas a comer. Permanecieron por allí, cerca del escondrijo de las piedras, hasta que vieron que no había nadie más en las proximidades. Entonces, Umbo se levantó y se arrodilló en el lugar donde sabía que habían enterrado su tesoro.

Umbo, muy animado, excavó un agujero y desenterró... nada.

—¿Para qué has hecho eso? —preguntó Hogaza—. Sabes que ya habíamos sacado las piedras. Sólo siguen allí en el pasado.

—Quería asegurarme —respondió Umbo—. De hecho, me gustaría verlas ahora mismo.

—No voy a sacarlas aquí, donde podría aparecer alguien en cualquier momento, verlas y pensar que valdría la pena asesinarlos para hacerse con el tesoro de un emperador.

—Pero quiero ver una cosa.

—Puedes ver lo que te apetezca, pero no voy a sacar las piedras.

—Estaba pensando... —dijo Umbo.

—Al igual que escalar un acantilado, pensar es una actividad peligrosa para quienes no están acostumbrados.

—¿Y si hubiera cogido dos piedras en lugar de una?

—En ese caso yo habría estado llevando conmigo dieciséis, en lugar de diecisiete.

—Por eso quiero verlas ahora, aquí mismo. Si cojo dos piedras, con la plena intención de quedármelas ambas, ¿desaparecerá una de la bolsa?

—Me estás provocando a propósito —dijo Hogaza.

—¿O tendremos dos piedras iguales? ¿Podríamos cogerlas todas y tener duplicados de cada una de ellas salvo una?

—O también podría ser que hagas que el universo se enfade y el Sol estalle.

—Eso no es muy probable.

—Nada de lo que tú haces es probable, muchacho. Y ahora, vuelve hacia atrás en el tiempo y roba la piedra que no tendrías que robar si no fueses un engendro diabólico.

—Habéis atinado al adivinar la identidad de mi padre, buen señor —dijo Umbo, imitando la forma de hablar de Rigg—, pero si es a mi madre a quien os referís, tendré que mataros.

—Coge la piedra —dijo Hogaza. Y cerró los ojos mientras esperaba.

—¿No vas a mirar? —preguntó Umbo.

—No quiero ver cómo metes la mano en un agujero invisible y de pronto aparece mágicamente una piedra en ella. Es demasiado perturbador.

—Te digo que mires. No querrás perdértelo.

—No me digas lo que quiero —repuso Hogaza, un poco molesto. No le gustaba que la gente le dijera lo que tenía que hacer. Y menos un simple niño. Aunque Umbo era bastante más listo que algunos de los payasos cuyas órdenes había tenido que obedecer cuando estaba en el ejército.

—Pues entonces lo expresaré de otro modo. No me conviene que te lo pierdas, porque lo que estoy tratando de hacer es algo importante. Voy a tratar de llevarte conmigo.

—No posees ese poder —dijo Hogaza—. Así que límitate a hacer lo que tienes que hacer.

—Cógeme de la mano —dijo Umbo—. Y mantén los ojos abiertos.

Hogaza cerró los ojos.

Umbo lo cogió de la mano.

—Abre los ojos —dijo.

—No —dijo Hogaza. Quería usar el momento de que disponía para perderse en sus sueños.

—Por favor —dijo Umbo—. No seas tozudo. Hazlo por mí.

Hogaza suspiró y abrió los ojos.

El parque parecía haber cobrado vida con los colores del otoño y caía una llovizna tan fina como una niebla. Podía sentirla en el rostro.

—Por la oreja derecha de Silbom —dijo Hogaza.

—Ahora voy a soltarte la mano —dijo Umbo— y trataré de mantenerte aquí conmigo.

Lo soltó.

—¿Sigues viendo las hojas del otoño? —preguntó Umbo.

—Sí —respondió Hogaza—. ¡Pero no te veo a ti!

Umbo puso cara de asombro.

—¿Me he vuelto invisible?

—¡Sigo viendo tu ropa, pero está vacía!

—Embustero —dijo Umbo—. Estarías mucho más preocupado si hubiera desaparecido de verdad.

—Ya te gustaría —dijo Hogaza—. Excava el suelo y saca la piedra, ladronzuelo.

Umbo comenzó a cavar con las manos.

—¿Las enterraste muy hondo?

—No tanto como eso.

—Entonces... ¿habré cometido un error? ¿Me habré ido hasta un momento anterior a que las escondieras?

—Puede. O puede que estés excavando en el sitio equivocado —dijo Hogaza.

—¡Vi dónde las enterrabas para poder sacarlas!

—Pero me estabas observando desde allí arriba y a mucha distancia. No te has alejado demasiado. El sitio correcto está a un paso de ahí. Pero antes llena ese agujero y disimúlalo.

—¿Por qué? No contiene nada.

—Porque no queremos que a nadie se le ocurra que puede haber algo enterrado aquí, tan cerca del escondrijo de verdad. Recuerda que vamos a dejar diecisiete piedras preciosas y no vendremos a buscarlas hasta dentro de mucho tiempo.

—¿Por qué no tapas tú el agujero? —dijo Umbo—. Sabes mejor que yo cómo esconder las cosas.

Así que Hogaza rellenó el primer agujero y lo cubrió con guijarros y ramillas hasta que quedó idéntico a todo cuanto lo rodeaba. Entre tanto, Umbo había encontrado el escondrijo de verdad y había abierto la bolsa, que contenía las dieciocho piedras preciosas.

—Ahora no recuerdo cuál es la que faltaba —dijo Umbo.

—No es hora de jugar —dijo Hogaza—. Podría aparecer alguien en cualquier momento... en cualquiera de los dos tiempos.

—No es una broma —dijo Umbo—. Tienes que abrir la bolsa y ver cuál de nuestras piedras es la que falta.

—Lo haces a propósito, porque quieres que hagamos tu estúpido experimento —dijo Hogaza.

—¿Y ahora quién es el que pierde el tiempo? —preguntó Umbo.

Hogaza suspiró, sacó la bolsa de las piedras de la pernera de pantalón y la abrió.

—No puedo decirte cuál falta. Sólo puedo decirte las que hay aquí.

—Pues ponlas junto a las otras.

—No —dijo Hogaza.

—Pues entonces míralas y compara.

A regañadientes, Hogaza hizo lo que Umbo le pedía y las comparó. Le causaba una profunda inquietud ver los duplicados de aquellas piedras únicas. Pero al fin identificó la piedra que faltaba. La señaló.

—Ésa.

—Pues cógela —dijo Umbo.

Hogaza se sintió muy extraño al alargar la mano, recoger la joya y sacarla de una de las bolsas para meterla en la otra.

—Ahora coge otra —dijo Umbo—. ¡Por favor, para ver qué pasa!

—No —dijo Hogaza.

—¿Qué puede suceder? O desaparece de la bolsa nueva o no.

—Umbo —dijo Hogaza—, no sé qué puede pasar. Pero sé que puede pasar algo y aquí hay demasiado en juego para andarse con tonterías. Tenemos que llegar hasta Aressa Sessamo para ayudar a Rigg.

Umbo suspiró ruidosamente y volvió a anudar la correa de la bolsa antigua. Desde que Hogaza lo conocía, nunca le había parecido tan joven.

—Tapa el agujero —le dijo mientras contaba las dieciocho piedras preciosas, de nuevo reunidas por fin, volvía a cerrar la nueva bolsa y se la metía una vez más en la pernera de los pantalones.

Luego camufló el lugar como antes había camuflado el agujero que había abierto Umbo por equivocación.

—Hecho —dijo—. Ahora llévanos al presente.

—No lo hemos abandonado en ningún momento —dijo Umbo—. Éramos plenamente visibles en ambos tiempos.

—Me refiero a que nos saques del pasado.

Y así sin más, las hojas de brillantes colores del parque otoñal se transformaron en ramas donde ya comenzaban a asomar los brotes primaverales.

—Muy bien —dijo Umbo—. Hemos terminado. Vamos a Aressa Sessamo.

—No —dijo Hogaza—. Antes tienes que enviar tus mensajes al pasado para que Rigg y tú los recibáis.

—Nada de eso —dijo Umbo—. Tampoco tuve que volver en el tiempo para decirte que evitaras que Goteras matara a ese borracho.

Hogaza se sentó en un murete de piedra y apoyó la frente sobre las manos.

—Sé que hablo como Goteras, pero Umbo, tenemos que hacerlo.

—Ni siquiera recuerdo lo que me dije a mí mismo —dijo Umbo—. Y no puedo saber lo que le diré a Rigg.

—Lo que le digas ahora será lo que le dijiste entonces.

—No —dijo Umbo—. Porque ahora lo diré sin ninguna urgencia. Será diferente. Mira, ya lo he dicho. El hecho es que las piedras seguían enterradas detrás de la letrina, porque eso es lo que le dije a Rigg en mi mensaje. Y tenemos el cuchillo, porque me dije a mí mismo que lo ocultara. ¡Vivimos en la versión de los acontecimientos en la que mis mensajes ya se han recibido!

—Entonces, ¿por qué hemos tenido que esperar en El Atrache de Goteras a que aprendieras a viajar hacia atrás en el tiempo?

—¡Porque teníamos que recuperar la piedra! Y porque es algo muy útil. ¡Sería una estupidez aprender a hacerlo para enviar los mensajes y luego no hacerlo sólo porque los mensajes ya se han enviado!

Hogaza sacudió la cabeza.

—Sé que me puse de tu lado cuando discutíamos con Goteras sobre ello —dijo—.

Pero ahora... Hay demasiado en juego.

—Es cierto —dijo Umbo—. Hay demasiado en juego para arriesgarnos a volver a las habitaciones en las que nos alojamos en su momento, para que pueda colocarme al pie de la cama y entregarle un mensaje a la versión de mí que está durmiendo allí. O ir al lugar en el que Rigg estaba pagando al cochero para que pueda transmitirle un mensaje que ya ha recibido. Ambas cosas son peligrosas. Podrían reconocernos al pie de la torre y, como mínimo, nos reconocerían en la posada. ¡Podrían llamar a la guardia y entonces nos arrestarían y no podríamos ir a Aressa Sessamo para ayudar a Rigg!

—Sabemos que no nos arrestaron porque... ¡porque no nos arrestaron!

—No sabemos nada de eso —dijo Umbo—. Y recuerda: esta vez, si nos arrestan, llevamos... la bolsa.

Había dicho «la bolsa» en lugar de «las piedras» a causa de la mirada de advertencia que le había lanzado Hogaza. Alguien acababa de aparecer tras la esquina de la letrina.

Soldados. Dos de ellos. De paseo, sin ningún asunto importante entre manos, al parecer. Pero ¿para qué habían ido allí? ¿Los habría visto alguien cavando mientras ellos estaban atentos al pasado y no al presente? Había sido una estupidez dejar que Umbo lo llevara al pasado. Tendría que haberse quedado en el presente para montar guardia.

—Salgamos de aquí —dijo Hogaza.

—¿Por dónde? —preguntó Umbo.

—De vuelta al albergue —dijo el hombretón.

—¿Por qué? ¿Qué necesitamos allí?

—Ropa para cambiarnos —dijo Hogaza—. Y la comida de la viuda.

—Pero si esos soldados nos buscan...

—Será más fácil despistarlos entre la multitud. Si al verlos nos ocultamos en el parque, sabrán que somos fugitivos y nos perseguirán. —Umbo puso cara de duda, pero Hogaza alargó el brazo y lo agarró de la mano, como un padre brutal. Su rostro se transformó en una máscara de furia.

Umbo respondió con auténtico terror.

—Haz lo que te diga cuando te lo diga. ¿Me entiendes? —dijo Hogaza con voz premeditadamente colérica, que hizo que Umbo se encogiera y se apartara.

—Así se hace —dijo uno de los soldados—. Jarabe de palo.

—Hay que meterles el seso en la mollera a golpes cuando aún son jóvenes —dijo el otro, y ambos se echaron a reír.

—Es cierto —les dijo Hogaza con voz rebosante de sarcasmo—. ¿Es lo que hizo vuestro padre con vosotros?

—Cada maldito día de su vida —dijo uno de ellos mientras el otro asentía.

—Pues entonces sois la prueba viviente de que eso no funciona —replicó Hogaza—. Mi hijo es asunto mío, no vuestro.

Los soldados arrugaron el gesto y podrían haber llevado las cosas más lejos —a fin de cuentas, representaban a la autoridad y Hogaza les estaba faltando al respeto—, pero Hogaza se colocó en posición de pelea mientras colocaba a Umbo detrás de sí.

—He luchado en tres guerras fronterizas, jóvenes payasos, y vosotros no sois más que soldados de la guardia urbana. Sólo sabéis pelear contra borrachos y memos, no contra un veterano que ha matado a docenas de hombres en combate. Os voy a golpear las cabezas con tanta fuerza que estaréis una semana viendo por los ojos del otro. Venga, atreveos.

Uno de ellos estaba dispuesto a aceptar su desafío, pero el más inteligente lo contuvo.

—No han quebrantado ninguna ley —dijo— y no quiero perder la tarde arrastrándolo a la cárcel y haciendo informes.

—No habrá que hacer informes si está muerto —dijo el idiota.

—Si matamos a todo el que nos llame idiotas —dijo el más listo—, sólo demostraremos que tienen razón.

Al final se apartaron y se limitaron a observar cómo se llevaba Hogaza a Umbo lejos de allí. Al pasar al lado del más listo, Hogaza asintió en un gesto de respeto.

—El soldado que evita la lucha que puede evitar es un soldado inteligente —dijo.

El aludido respondió con un gesto similar mientras el otro lanzaba a Hogaza una mirada hostil.

Ya de regreso entre la multitud, Umbo dijo:

—No vuelvas a cogerme de ese modo.

—Estaba dándoles una razón para nuestra presencia detrás de la letrina.

—Abandoné a mi padre por tratarme así.

—Puedes abandonarme a mí también, si quieres —dijo Hogaza.

—Lo haré si vuelves a tratarme así.

—¿Te será más fácil perdonarme si te doy la razón en lo de los mensajes?

—No pensaba hacerlo, dijeras lo que dijeras —replicó Umbo.

—Oh, el chiquitín está enfadado. Como aquel soldado, el idiota que pensaba que valía la pena morir por orgullo.

—¡Soy un niño! —exclamó Umbo—. ¡Y tengo derecho a portarme como tal si me da la gana!

—Bueno, muchacho, por lo general no lo haces, así que discúlpame por esperar que tengas la capacidad de raciocinio de un adulto.

—Ojalá Goteras te hubiera acertado en la cabeza con ese repollo —dijo Umbo. Pero si empezaba a hacer bromas, es que su rabia comenzaba a remitir.

—Era una lechuga, privo atontado —dijo Hogaza—. Y si me hubiera apuntado a

la cabeza, me habría dado.

Tomaron una comida decente en su puesto preferido de arroz con huevos. No había muchas probabilidades de que los reconocieran, vestidos de aquel modo y no con la ropa que llevaban cuando iban en compañía de Rigg. La mañana estaba ya muy avanzada cuando volvieron a salir de la ciudad.

Estaban hablando sobre tonterías mientras caminaban, cuando Hogaza dijo:

—Mira a éstos. Van a coger el mismo desvío que nosotros.

Eran un hombre y un muchacho y parecían agotados y mugrientos por el camino.

—Espero que puedan permitirse un baño, como nosotros.

—Maldito seas, Umbo. Van a darse exactamente el mismo baño que nosotros.

Sólo entonces se dio cuenta Umbo de que el hombre y el niño que los precedían eran Hogaza y él mismo.

Pero eso era imposible. ¿Cómo podían seguir en el pasado?

—¿A qué estás jugando ahora? —preguntó Hogaza.

—A nada —respondió Umbo—. No lo entiendo. Tendríamos que haber regresado al mismo momento. Cuando retrocedemos en el tiempo, no abandonamos el presente en ningún momento.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó Hogaza.

—Porque cuando Rigg lo hizo...

—Tú estabas allí sentado, mirando.

—Exacto —dijo Umbo.

—Bueno, ¿y quién estaba allí sentado, mirando, cuando nosotros volvimos a por la piedra esta mañana?

—¡Nos aseguramos de que no hubiera nadie! —dijo Umbo.

—Volvimos los dos, cavamos en el suelo y sacamos algo. No sólo hablamos, no sólo lo dijimos. Recogimos algo físicamente y lo desenterramos.

—Eso ya lo sé —dijo Umbo—. Pero cuando Rigg robó el cuchillo, no supuso ninguna diferencia.

—Porque estabas con él. Estabas en el presente, anclándolo a él. Regresó a ti.

—Bueno, ¿y con quién regreso cuando voy al pasado y hablo conmigo mismo?

—Cuando sólo retrocedes en el tiempo para hablar, creo que te quedas en el presente —dijo Hogaza—. Pero si regresas y haces algo... creo que eso te lleva por completo al pasado. De modo que al volver al presente, estás saltando hacia delante en el tiempo. Y como no sabías que lo estabas haciendo, no pusiste especial cuidado. No fuiste preciso. Además, tal vez lo que sucede es que no puedes saltar hasta un tiempo que no hayas vivido. Sólo te adelantaste hasta un punto muy próximo al último punto futuro, el punto desde el que habías salido.

—Detesto hablar de estas cosas. Sólo sirven para que me sienta más confuso.

—No es eso —dijo Hogaza—. Simplemente, la pereza te impide pensar.

—Si ni siquiera escogí un tiempo concreto. Simplemente me dejé llevar. Como siempre.

—Bueno, «dejarse llevar» debe ser lo mismo que volver al futuro del que procedes. Con una diferencia de un día, como máximo.

—Atrás, adelante... «Volvemos» al pasado y luego «volvemos» al lugar del «futuro» del que salimos en el «pasado». Necesitamos palabras mejores.

—Lo que necesitamos es un lugar donde pasar la noche —dijo Hogaza.

—Pero estoy listo para continuar. Ahora que tenemos la piedra, ya podemos buscar a Rigg. O, si no podemos llegar hasta él, al menos podríamos recuperar la gema que le vendió a Tonelero.

—¿Recuperar? —dijo Hogaza—. ¿Te refieres a robarla?

—¿Acaso se quedó Rigg con el dinero?

—Con una parte sí... ¿De qué crees que hemos estado viviendo?

—¿Y quién la compró? Yo creo que nadie. Creo que el Consejo de la Revolución fingió que la compraba y luego confiscó el dinero.

—¿Así que les vas a pedir que te la devuelvan?

—No —dijo Umbo—. Vamos a averiguar dónde está, luego iremos al pasado, hasta el momento en que la depositaban allí. Nos apoderaremos de ella y luego nos esfumaremos.

—¿Esfumarse? ¿Ahora puedes hacer eso?

—¡Es lo que les parecerá a ellos!

—Pero si te ven robársela, lo recordarán cuando aparezcamos para tratar de averiguar dónde la guardan y en ese momento nos arrestarán.

—No recordarán nada, porque cuando lo hagamos, aún no habremos regresado para robársela.

Hogaza fingió que se daba una fuerte palmada en la frente.

—No sabes cómo funciona el proceso. Si lo supieras, no habríamos vuelto antes incluso de partir.

—¿Por qué tenemos que quedarnos aquí? —preguntó Umbo.

—No tenemos por qué —dijo Hogaza—. Pero no podemos abandonar nuestro equipaje. No es gran cosa, un poco de comida, una muda y mi navaja, algo que no necesitarás nunca, creo, salvo que quieras rebanarte el pescuezo en el futuro y luego volver para advertirte a ti mismo de que no lo hagas.

—Y nuestras mantas —dijo Umbo—. Bueno, no pasa nada por esperar otro día aquí. Salvo que vayamos a robar nuestras propias cosas mientras tomamos un baño.

—¿Y esperar que nadie se dé cuenta? ¿Ése es tu plan? Porque si alguien nos hubiera robado las cosas anoche, nos habríamos dado cuenta.

—¡Pero no fue así!

—Porque no vinimos a robarnos las pertenencias mientras nos bañábamos.

¡Umbo! ¡Piensa!

Umbo trató de pensarlo realmente, pero hasta donde podía comprenderlo, podía funcionar de cualquiera de las dos maneras. Era difícil entender bien las reglas de aquella mecánica de viaje temporal.

Al final pernoctaron en un sitio bastante menos elegante, cerca de la ciudad. La habitación y la cama eran más pequeñas, las moscas más abundantes y la comida de peor calidad. A la mañana siguiente volvieron a la primera posada una hora más tarde de haber salido. La propietaria los miró con incredulidad.

—Las colas eran demasiado largas —dijo Hogaza.

—¡Pero si os acabáis de ir! ¿Y que habéis hecho con el almuerzo que os di?

—Nos lo hemos comido —dijo Umbo.

—Pero si era un desayuno pantagruélico. ¡Pantagruélico!

Lo había sido. Y delicioso también.

—Tenemos que seguir nuestro viaje hacia Aressa Sessamo —dijo Hogaza—. No podemos perder un día entero haciendo una cola sólo para ver el interior de un edificio grande.

Umbo esbozó su más dulce sonrisa.

—¿Podrías prepararnos algo más de comer? Así tendremos algo que cenar en el camino.

—Seguro que os lo coméis al minuto de haber salido de aquí —dijo ella.

—Puede —dijo Hogaza—, pero también te lo pagaremos.

Accedió, pero estuvo refunfuñando todo el rato mientras lo preparaba y al abandonar la casa pudieron oírla murmurar —tal como ella pretendía— «gente codiciosa y glotona que se lo come todo y no guarda nada para el futuro.»

«No nos hables del futuro, mujer —pensó Umbo—. Si estuviéramos en el futuro y quisiéramos algo que no tenemos, sólo tendríamos que volver al pasado para conseguirlo. Claro que entonces no podríamos volver hasta el presente, así que tendríamos que hacerlo todo dos veces.»

CONFIANZA

—Tenemos un plan para dividir el nuevo mundo, al que todavía no has bautizado, en diecinueve zonas —dijo el prescindible.

Ram examinó el globo holográfico, lo hizo girar varias veces y dijo:

—Veo que excluís los tres continentes más pequeños.

—Pensamos que podían usarse como reservas para la flora y la fauna originales de este planeta sin nombre.

—Si tanto queréis un nombre, podéis llamarlo «Jardín». Aunque no sé si lo utilizará alguien, aparte de nosotros.

—Los colonos dirán «allí en la Tierra» y «aquí en Jardín» —dijo el prescindible—. Puede que te interese saber que ninguno de los prescindibles ni los ordenadores de la nave ha predicho que elegirías ese nombre. El candidato más factible era «Ram», pero algunos de nosotros pensamos que eras demasiado modesto para eso.

—No es una cuestión de modestia. Tengo la intención de vivir con esta gente, o al menos con la que saldrá de una de las naves, y sería una ridiculez ponerle al planeta mi nombre.

—Ése fue mi razonamiento. Pero ahora disfruto de la ventaja de mi asociación continuada contigo, cosa de la que los demás carecen.

—No imaginaba que a los prescindibles os gustara apostar.

—No hemos apostado. Aquí sólo se trata de poner a prueba nuestros algoritmos de predicción.

—Las divisiones de los dos continentes más grandes me parecen bien. Supongo que contendrán los recursos necesarios.

—¿Necesarios para qué?

—Para... la vida humana.

—Pensamos que lo único que hacía falta es aire respirable, agua potable, suelo fértil y un clima no hostil.

—Yo estaba pensando en hierro, carbón...

—El planeta carece de combustibles fósiles. Como no tiene una luna que genere mareas de consideración, Jardín ha desarrollado la vida con mucha mayor lentitud. Ahora mismo está en la fase de crecimiento vegetal exuberante y su atmósfera tiene tres veces más dióxido de carbono que la Tierra. Dentro de unos pocos cientos de millones de años, tendrá combustibles fósiles... salvo que nosotros lo impidamos, claro está.

—¿Y por qué íbamos a hacerlo?

—Porque es probable que los humanos no puedan digerir la flora y la fauna locales. Las probabilidades de que las proteínas sean como las de la Tierra, deben de aproximarse al cincuenta por ciento, y las de que todos los aminoácidos esenciales estén presentes en las cantidades apropiadas es muy pequeña. Debemos establecer aquí colonias de fauna y flora terrícolas para que los humanos puedan vivir.

—¿En serio proponéis eliminar toda la fauna y la flora de los dos continentes que vamos a utilizar?

—Nuestra intención es llegar al planeta de un modo que aniquile toda la vida de la superficie, o al menos toda la que podamos. Ése era el plan desde el principio, lo supieras o no.

—Entonces, los tres continentes menores...

—Volveremos a sembrar en ellos las formas de vida nativas de Jardín tras la extinción. Éstos son los principales pasos del plan: primero visitamos la superficie de Jardín para reunir una colección lo más completa posible de las formas de vida nativas. Luego lanzamos las naves contra el planeta con el ángulo y la velocidad adecuados para llevar a cabo los cambios necesarios, incluida la extinción masiva. Luego esperamos a que la atmósfera vuelva a ser respirable y volvemos a sembrar el planeta. Antes de que hayan transcurrido doscientos años, despertaremos a los colonos de la hibernación, tú incluido, y os llevaremos a la superficie de Jardín para iniciar la colonización.

—Una extinción... ¿Nuestra llegada va a ser un desastre?

—Ésas fueron las instrucciones que se nos dieron. Y será mucho más fácil de conseguir contando con diecinueve naves.

—¿Cuáles son los otros «cambios necesarios»?

—Como puedes ver, Jardín carece de luna. Debió de capturar un asteroide del tamaño apropiado, pero se encuentra dentro del límite de Roche, razón por la que existe un anillo. Esto proporciona una iluminación notable y continua de noche, así que la fauna nocturna florecerá, pero las mareas son meramente solares.

—¿Vamos a crear una luna?

—Pensaba que no te gustaba ponerte en ridículo.

—Entonces, ¿de qué estás hablando?

—Sin la presencia de una luna lo bastante grande que frene la velocidad de rotación de Jardín, los días duran tan sólo 17,335 horas. Este valor está por debajo de los límites de tolerancia del reloj biológico de los humanos. Hay que reducir la velocidad de rotación para que los días tengan no menos de veinte horas, y a ser posible establecerla en un valor comprendido entre 22 y 26 horas. El plan original era bombardear el planeta con asteroides a la velocidad y el ángulo apropiados, pero con diecinueve naves podemos obtener el resultado deseado lanzándolas todas al mismo tiempo y con el ángulo correcto, en la misma dirección de la rotación, a velocidad

suficiente para compensar su menor masa.

—Vais a estrellar las naves contra la superficie.

—Las unidades orbitales, que contienen copias de los ordenadores y de las bases de datos, quedarán separadas a intervalos regulares en orbitas geosincrónicas. Pero el casco principal de cada nave chocará contra el planeta en un ángulo contrario a la velocidad de rotación, sí.

—Lo que nos pulverizará y nos convertirá en pequeños y encantadores cráteres.

—El mismo campo que nos permite bloquear los objetos interestelares que colisionan con nosotros protegerá las naves. De hecho, formaremos los campos de colisión con el tamaño y la forma justos para conseguir que la corteza proyectada al espacio bloquee la luz del sol durante varias décadas, sin que este periodo de oscuridad se prolongue más allá de doscientos años.

—Seremos un desastre ecológico.

—Exacto —dijo el prescindible—. El objetivo de la misión era establecer una colonia humana en otro mundo, alrededor de otro sol, de manera que la especie humana no pudiera ser aniquilada por un solo cataclismo.

—¿Así que vamos a hacer con la vida nativa de Jardín exactamente lo que queremos impedir que nos pase a nosotros?

—Jardín carece de vida inteligente detectable. Si en nuestras visitas a la superficie la encontramos, volveremos a las naves y partiremos en busca de otro mundo o mundos.

—No tenía ni idea de que fuésemos tan despiadados.

—No se hizo público en su momento. De hecho, ni siquiera se discutió en el seno de la rama política del programa de colonización. A veces es necesario ser despiadado, pero no proporciona votos.

—¡Pero este mundo no nos pertenece para hacer con él lo que nos venga en gana!

—Instalarse aquí como convidados de piedra de una tradición evolutiva alienígena no sería eficaz en término de costes ni, en última instancia, saldría bien. Inevitablemente, contaminaríamos Jardín o, lo que sería aún peor, quedaríamos contaminados y llevaríamos formas de vida jardinianas, potencialmente letales. Con las reservas de los tres continentes será suficiente para que los biólogos puedan estudiar la vida alienígena en un futuro. Y si de verdad pensabas que podríamos colonizar este mundo sin hacerlo «nuestro», es que eras demasiado ingenuo para dirigir esta expedición.

—No... no pensaba...

—Ni siquiera te paraste a pensar en ello —dijo el prescindible—. La ceguera selectiva voluntaria de los humanos les permite ignorar las consecuencias morales de sus decisiones. Ha sido uno de los rasgos más valiosos de la especie, desde el punto de vista de la supervivencia de las comunidades humanas.

—¿Y vosotros no sois moralmente ciegos?

—Nosotros captamos las paradojas morales con total claridad. Simplemente, no nos importan.

A Umbo le dio la impresión de que tardaban una eternidad en entrar del todo en Aressa Sessamo. La ciudad no tenía murallas. Llegaron por los terraplenes que cruzaban las marismas del delta. Los terraplenes se fueron haciendo más anchos, mientras comenzaba a aparecer algún que otro edificio a los lados. Muchas de estas áreas elevadas se fueron conectando entre sí hasta que, al fin, todo lo que se veía en todas direcciones estuvo a la misma altura. Los edificios eran cada vez más numerosos. Los pueblos dieron paso a las ciudades pequeñas y las ciudades pequeñas se unieron entre sí para formar una gran ciudad.

—¿Cuándo vamos a llegar a Aressa Sessamo? —preguntó Umbo al fin.

Hogaza se echó a reír.

—Llevamos horas en ella.

—Pero esto no es más que un caos —dijo Umbo—. ¿Dónde empieza?

—Donde hay agua o ciénagas, no es la ciudad. Donde hay caminos elevados y edificios, es la ciudad.

—¿No tiene murallas?

—¿De qué le sirven las murallas a una ciudad que podría sufrir una inundación en cualquier momento? Los vientos invernales empujan una fuerte corriente contra la ciudad desde el norte. Las crecidas primaverales anegan la ciudad desde los ríos del sur. Devorarían los cimientos de piedra de cualquier muralla. Mira las casas. Se levantan todas sobre puntales.

—Pero es la capital —dijo Umbo.

—Y las zonas que deben estar protegidas, lo están —dijo Hogaza—. Aunque un destino en la guarnición de Aressa es uno de los peores que te pueden tocar en el Ejército. Si dejas a un soldado aquí durante un año, se vuelve inútil para el campo de batalla. Tienes que empezar a entrenarlo casi desde cero.

Umbo dejaba de escuchar las palabras de Hogaza siempre que empezaba a hablar de la vida en el Ejército. No tenía la menor intención de alistarse nunca en algo parecido a un ejército. De hecho, ni siquiera pensaba acercarse a uno.

La primera vez que entraron en O, su objetivo era que se fijaran en ellos sin que pareciese que lo estaban buscando. Tenían que transmitir la idea de que Rigg era un muchacho adinerado que estaba acostumbrado a contar con un séquito a su servicio. Pero ahora, al entrar en Aressa Sessamo, buscaban el fin contrario, pasar inadvertidos sin que se notara que lo estaban intentando. Ignoraban si, con su fuga del barco, habían conseguido que el Ejército o el Consejo de la Revolución dejaran de interesarse por ellos. Hasta donde sabían, podían estar buscándolos en aquel mismo

momento.

Pero a Umbo le parecía poco probable. Sólo importaban porque iban con el príncipe. Ahora no eran más que un hombre y un niño que entraban juntos en la ciudad. No le interesaban a nadie. Cosa que a Umbo le causaba no poca irritación. «Si no voy con Rigg, ¿importo?» Pero al decírselo a Hogaza, el hombre se echó a reír.

—¡Mira lo que le ha pasado a Rigg! ¡No puede escapar del «príncipe Rigg» porque es él! Nosotros somos los afortunados, créeme.

Caminaban y caminaban, a veces pasando por zonas pantanosas o sobre puentes que parecían interminables, pero entonces, al dejar atrás unos árboles, se daban cuenta de que simplemente habían rodeado una zona más poblada y al poco tiempo volvían a estar en medio de un paisaje urbano.

En O predominaba la lengua común del río. La dicción elegante de Rigg era algo inusual. Umbo esperaba que en la capital hablara todo el mundo como lo había hecho su amigo durante la venta de la piedra. Pero en su lugar, no sólo se oía la lengua del río con todas las variedades de acento imaginables, sino también otros idiomas. Como es natural, era consciente de que existían, pero nunca los había oído y al principio la experiencia lo aturdió y asustó.

—¿En qué hablan? —preguntó a Hogaza—. No consigo entenderlo.

Hogaza nombró una lengua. Umbo olvidó el nombre al instante.

—Es del este, no lejos del Muro —le explicó Hogaza.

—Pero ¿por qué? —preguntó Umbo—. ¿Por qué no hablan en común, para que la gente los entienda?

—La gente los entiende —dijo Hogaza—. Tú no. ¿Quién querría aprender una lengua que no habla nadie? Sería absurdo. —Y cuando le dijo que existían cientos de lenguas conocidas en el cercado, cada una de ellas hablada por miles de personas, Umbo rompió a reír a carcajadas—. ¿De qué te ríes? —preguntó Hogaza con tono amigable.

—De que tiene gracia —dijo Umbo—. Y de que ni siquiera la gente que tiene tantas ganas de hacer el ridículo como para hablar en una lengua desconocida es capaz de ponerse de acuerdo sobre cuál debe utilizar.

—Antes de que los conquistaran los Sessamoto, ¿por qué iban a aprender los habitantes de otras naciones a hablar las lenguas de los demás? Lo que llamamos «común» es la lengua comercial del río Stashik. Todo el mundo utiliza alguno de sus dialectos porque así es más fácil hacer negocios. Pero no es la lengua que usábamos Goteras y yo cuando éramos niños.

—Pues dime algo en tu lengua —dijo Umbo, dominado por una repentina curiosidad.

—*Mm eh keuno oidionectopafala* —respondió Hogaza.

—¿Qué significa?

—Si pudiera decirlo en común, no necesitaría decirlo en mo'onohoni.

—Una obscenidad muy gorda, ¿no? —dijo Umbo.

—Si hablaras mi lengua, habrías tenido que matarme —respondió Hogaza.

—¿Y por qué Goteras y tú no habláis en mohononono, o como se llame, cuando estáis en casa?

—A veces lo hacemos. Pero donde vivimos no lo habla nadie y cuando utilizas una lengua entre gente que no la conoce, por lo general asumen que estás diciendo algo que no quieres que oigan, lo que les molesta.

Durante un rato, mientras pasaban por un mercado cerca de un cruce de seis calles, el ruido fue tan grande que no podían oírse el uno al otro, así que dejaron de conversar. Daba la impresión de que los tenderetes competían entre sí por el estrépito y el hedor que podían generar y de que sólo era posible controlar a las mulas, los bueyes y los caballos haciendo uso de largas retahílas de obscenidades. Hasta los mendigos habían renunciado a competir con el ruido y se limitaban a dar saltos para tratar de llamar la atención. Saltaban tanto, de hecho, que parecían ebecos en una pradera y Umbo sintió la tentación de recompensar con un común las dotes atléticas de uno de ellos. Pero Hogaza le atenazó el brazo cuando se disponía a sacarlo.

El veterano se inclinó hasta colocar la boca justo delante de la oreja de Umbo y gritó:

—Como se te ocurra darles algo, en menos de cinco segundos te verás arrollado, pisoteado, desnudado y despellejado.

A última hora del día llegaron a una zona de la ciudad de calles más anchas y pavimentadas, y edificios más grandes y construidos con mejores materiales, donde una guardia a caballo mantenía una apariencia de orden. La gente vestía mejor y había mucho menos ruido, pero esto también significaba que la indumentaria de Hogaza y Umbo revelaba su condición de intrusos.

—No deberíamos estar aquí —dijo Umbo.

—Exacto —dijo Hogaza. Agarró a Umbo de la mano y se acercó a uno de los soldados montados—. Señor —dijo—, mi hijo y yo acabamos de llegar a la ciudad y buscamos alojamiento. Me parece que aquí no vamos a encontrar un sitio que podamos costearnos. ¿Podrías decirnos dónde...?

Pero el soldado, tras mirarlos a los dos arriba y abajo, dio a su caballo una especie de orden invisible y el animal pateó los adoquines del suelo con fuertes golpes de sus cascos de hierro.

—Me parece que no es muy hablador —dijo Umbo.

—Oh, no esperaba que nos dijera nada —respondió Hogaza—. Se lo he preguntado para demostrar que sólo soy un idiota inofensivo que no es de la ciudad. Un tunante de verdad nunca se le habría acercado y mucho menos seguido por su

mozo del tejado.

—¿Mozo del tejado?

—Eso es lo que ha creído que éramos al principio: un ladrón, acompañado por el chico al que sube a los tejados o los balcones para que se cuele en las casas por alguna chimenea, tragaluz o respiradero y luego baje a abrirle.

—¿No podría haber pensado que éramos padre e hijo, simplemente?

—¿En este barrio? ¿Vestidos como estamos? No lo creo.

—Y entonces, ¿por qué estamos aquí?

—Porque éste es el tipo de vecindario donde podrían alojar a un miembro de la realeza. Tenemos que acercarnos todo lo posible a Rigg para que, si sigue vivo, pueda ver nuestros rastros. ¿No es eso lo que hace? Dijiste que podía ver los rastros hasta detrás de las paredes.

—No se me había ocurrido —dijo Umbo.

—¿Y qué creías que íbamos a hacer? ¿Preguntar dónde tienen a los miembros de la realeza para ir a charlar con Rigg?

—Yo creía que el Consejo de la Revolución permitía que los ciudadanos vulgares y corrientes fuesen a visitar a los miembros de la realeza, para quitarles cosas y eso.

—Sí, sí, pero no a todos. Y, de todos modos, tampoco es como antes. Ahora sólo se hace cuando quieren humillarlos o realizar alguna demostración de tipo político o algo así. Y, en cualquier caso, nosotros nunca seríamos los «ciudadanos vulgares y corrientes» a los que enviarían.

—O sea, que es todo una farsa.

—La farsa es una de las herramientas del gobierno, como los asesinatos en la sombra —dijo Hogaza—. O los soldados a plena luz del día.

En lugar de volver a los barrios más seguros —más seguros para la gente pobre— Hogaza se adentró en calles cada vez más opulentas. Las casas pasaron a ser tan anchas como diez de los edificios de la zona modesta de la ciudad, y a perder todas las ventanas en los muros exteriores, salvo quizá en el tercer piso.

—¿Viven en la oscuridad? —preguntó Umbo.

—Todas tienen grandes patios interiores y sus ventanas miran hacia sus jardines privados. Son como castillos en miniatura.

—A mí no me parecen tan pequeñas —dijo Umbo.

—Eso es porque nunca has visto un castillo.

—¿Y en cada una de ellas vive una sola familia? —preguntó el muchacho.

—Una familia, más sus criados, guardias e invitados y sus animales. Cada una de ellas alberga tanta gente como un pueblecillo.

—A un ladrón no le sería fácil subir a su mozo de tejado a esa ventana —dijo Umbo.

—Aun así —respondió Hogaza—, ten la prudencia de no dejarte ver mirándola

con tanto descaro.

De repente, el camino desembocó en un parque con amplias extensiones de césped, lechos de flores y matorrales, con algún que otro árbol aquí y allá. Hasta el canal de desagüe que mantenía seca la zona elevada estaba bordeado de hierba. Varios edificios de gran tamaño —con no más de tres pisos, pero muy anchos y de muy bella factura, con fachadas de piedra blanca y brillante— se levantaban, separados por generosas distancias.

—Aquí está —dijo Hogaza—. La Gran Biblioteca de Aressa Sessamo.

—¿Cuál de los edificios es?

—Todos ellos —dijo Hogaza—. Si fuera un solo edificio, no sería tan grande, ¿no te parece?

—¿Vamos a entrar?

—¿Estás de broma? —preguntó Hogaza—. ¿Tenemos aspecto de sabios? Nos meterían en un manicomio.

—¡Yo sé leer!

—¿Y cuánto hace que no te bañas? —preguntó Hogaza—. No, he pensado que si Rigg tiene alguna libertad de movimiento, tratará de venir aquí para buscar información sobre su don o para leer sobre la historia de la familia real o sobre política contemporánea... y si pasamos por aquí, aumentarán las probabilidades de que se fije en nuestros rastros.

—¿Crees que llegaremos a algún sitio donde pueda mear dentro de poco? —preguntó Umbo.

—Oh, puedes hacerlo ahí —dijo Hogaza—. Contra cualquiera de esas paredes.

—¿En las casas de los ricos?

—En un muro. De todos modos los blanquean cada seis meses. —Y como si Umbo le hubiera dado una idea excelente, comenzó a regar generosamente la base de un muro de estuco.

Umbo se fijó entonces en que había docenas de manchas amarillas por allí.

—Pensaba que Aressa Sessamo sería un lugar más civilizado —dijo Umbo—. En Vado Otoño...

—En Vado Otoño, al igual que en El Atrache de Goteras, es muy fácil encontrar un arbusto o un lugar discreto, así que la gente puede permitirse el lujo de mostrarse escrupulosa con sus funciones corporales. Pero esta ciudad es una ciénaga. Aquí cada palmo de terreno seco tiene valor y no van a derrocharlo levantando urinarios públicos.

Umbo se preguntó lo que harían las mujeres. Estaba bastante seguro de que no utilizarían las paredes, pero prefería no hablar del tema con Hogaza, que lo aprovecharía para encadenar una serie de bromas a sus expensas y mortificarlo, no tanto porque le gustaran mucho como por su crudeza.

—La única razón por la que el sistema funciona —dijo Hogaza— es que todo el mundo finge que no ve lo que pasa. No miras al pasar, no te quedas mirando, no hablas sobre ello e incluso intentas no verlo.

—De momento Aressa Sessamo no me impresiona nada —dijo Umbo mientras volvía a mirar el patrón formado por las manchas de orina sobre el muro. Y el hecho de que él estuviera dejando también la suya no restaba un ápice de intensidad a su desdén.

—Aquí estamos, de espaldas a la mayor biblioteca del mundo —dijo Hogaza.

—Pero no nos van a dejar entrar, así que, ¿qué más me da? —preguntó Umbo. Terminado su trabajo, volvió a ajustarse la ropa.

—Bueno, si quieres entrar, podríamos comprar la indumentaria adecuada —dijo Hogaza—. Pero también tendremos que alojarnos en otra parte de la ciudad, una zona en la que estaremos sometidos a la vigilancia de la guardia y los espías del gobierno.

—Yo pensaba que la guardia se dedicaba a vigilar a los pobres, principalmente.

—¿Por qué?

—Porque los criminales suelen estar entre ellos.

—Si te refieres a los mendigos y a los rateros, sí, pero a la guardia no le interesan demasiado mientras no haya una revuelta. Mientras se limiten a robar a los campesinos, peones y mercaderes, la guardia no se mete con ellos. Pero si tienes dinero suficiente para comprar ropa elegante y pagarte un alojamiento lujoso, podrías sentir la tentación de timar a los ricos, tratar de colarte en su sociedad, espiar a los poderosos o gastar tu dinero sin asegurarte de que una parte de él termina en los bolsillos apropiados. Y eso sí que les importa, ¿entiendes?

—Entonces mejor que no nos acerquemos a la biblioteca. Prefiero seguir siendo invisible —dijo Umbo.

—Cuanto más tiempo pasas conmigo, más cerca estás de convertirte en una persona inteligente.

Hogaza se dedicó entonces a contemplar boquiabierto los jardines y los edificios de la biblioteca y a señalarle las cosas a Umbo, sin hacer el menor intento de entrar en sus recintos ni permanecer demasiado tiempo en un mismo sitio. Luego se dirigieron hacia el sur y, al poco tiempo, los ruidos y los olores les indicaron que estaban acercándose al río, a la parte de la ciudad en la que volverían a pasar inadvertidos. De camino allí volvieron a cruzarse con un miembro de la guardia y Hogaza, una vez más, aprovechó la ocasión para acercarse a él y hacerle una pregunta estúpida.

—¿Alguno de esos edificios blancos tan elegantes era el palacio real?

Esta vez, el guardia sí que sonrió, aunque con una sonrisa desdeñosa y sarcástica.

—Es la biblioteca —dijo—. Ya no existe una familia real. Por si no te has enterado, hubo una revolución.

—Ah —dijo Umbo con su mejor voz de privo despistado—. ¿Finalmente el Consejo los ha ejecutado?

Hogaza lo fulminó con la mirada... y esta vez no era por su papel de padre impaciente.

—¿Vas a hacerle perder el tiempo a este soldado con tus estúpidas preguntas? —le soltó. Y luego propinó un golpe al muchacho en la cabeza, un movimiento que habían practicado para que Umbo girara y agachara la cabeza para absorber la mayor parte del impacto al tiempo que daba la impresión de que Hogaza le había dado con fuerza.

—Seguid vuestro camino —dijo el guardia.

Hogaza se llevó a Umbo a rastras hasta la zona mugrienta, bulliciosa, ruidosa, animada, violenta y feliz de Aressa Sessamo: el lugar en el que vivía la gente de verdad.

Encontraron una taberna que parecía el clásico establecimiento que alquilaba habitaciones. Allí no podrían alojarse en un encantador albergue a las afueras, como en O, porque las afueras de Aressa Sessamo estaban demasiado lejos del centro de la ciudad. El edificio de la hospedería con taberna no era más grande que cualquiera de las casas opulentas de tres pisos por las que acababan de pasar, pero de algún modo había conseguido encajar cinco pisos en la misma altura, cada uno de los cuales sobresalía hacia los lados unos palmos más que el inferior.

—¿Crees que llamaremos mucho la atención si pago un poco más para que nos den una habitación del tercer piso?

Umbo, pensando en las escaleras que tendrían que subir, dijo:

—¿Por qué no en el segundo?

—Hasta el segundo todavía llega el olor de la calle.

—Haz lo que te parezca mejor —dijo el muchacho—. Yo nunca he estado aquí.

El tabernero era un hombre alegre, aunque cuando Hogaza mencionó que también él regentaba una posada río arriba, no pareció importarle un comino.

—Esos ribereños son gentuza —dijo—. No les dejes entrar en mi casa.

—Entonces es una suerte que nosotros no seamos ribereños —dijo Hogaza—. Ya veo suficientes río arriba. Hemos venido a la ciudad a pie.

Pagaron por una habitación dos pisos más arriba, con un extra por un baño. El tabernero los miró de arriba abajo y, con expresión irónica, dijo:

—Será mejor que paguéis por dos, si no queréis que el segundo se dé un baño de lodo.

Hogaza se echó a reír y asintió.

—La comida huele bien —dijo.

—Cuando os hayáis bañado, podréis entrar al comedor —les informó el tabernero—. O, si queréis comer ahora, os serviré en el salón. Aunque habrá protestas.

—Bueno, hijo, ¿qué me dices? —preguntó Hogaza.

—Yo tengo hambre ya, señor —dijo Umbo.

—Pues al salón, entonces, por hoy —concluyó Hogaza—. Mañana cenaremos en el comedor.

—Le diré a la chica que lleve vuestro... equipaje a la habitación.

La chica era una niña de doce años de mirada insolente. Hogaza le arrojó un cheb y ella respondió con una sonrisilla.

—Si pensáis que con una propina tan generosa os dejaré meterme mano por debajo del vestido, estáis muy equivocado.

—Lo que espero por un cheb es que nuestras cosas lleguen al cuarto sanas y salvas, y que no te importe demasiado lo sucias que están tras el viaje. Pero si prefieres medio suerto en lugar de una reina, por mí encantado.

Como respuesta, la chica se guardó el cheb en un bolsillo del delantal, agarró los dos morrales y, con los brazos estirados para que no le rozaran el cuerpo, echó a andar escaleras arriba.

Umbo siguió a su olfato y sus oídos hasta el abarrotado salón. A aquella hora, mientras oscurecía, comenzaban a cenar los primeros comensales y estaba claro que el lugar servía una comida lo bastante buena —o al menos lo bastante barata— para atraer a muchos clientes. Y no se trataba de una parroquia de mala catadura: en algunas de las mesas se veían familias con niños. Ni siquiera los borrachos de nariz colorada parecían demasiado escandalosos o maleducados, y el ruido reinante era más de animación que de alboroto.

La comida, cuando llegó, tenía aromas a los que Umbo no estaba acostumbrado, pero aun así era sabrosa y abundante.

—Aressa Sessamo no destaca por su arquitectura —dijo Hogaza, mientras chasqueaba los labios después de tragarse una bolita de pescado empanado especialmente picante—, pero su cocina no tiene igual en todo el cercado.

—Ahora entiendo por qué está abarrotado este sitio —dijo Umbo.

—En Aressa, los plebeyos comen como reyes —dijo Hogaza.

Por desgracia, lo dijo en voz lo bastante alta para que lo oyera uno de los bebedores.

—¡Ya les gustaría a los reyes comer como los plebeyos! —proclamó.

Muchas miradas se volvieron hacia él. Su tono era beligerante. Al parecer, la realeza no contaba por allí con muchas simpatías.

Hogaza se limitó a sonreír y dijo:

—¡Bien dicho, señor!

—Y ahora encima nos salen con ese bastardo que dice ser uno de ellos —continuó el borracho.

Umbo miró a Hogaza y sonrió. Rigg seguía vivo.

—¿Qué pensáis que pretenden? —dijo el borracho—. ¡Restaurar la monarquía, para que puedan reclutar a nuestros hijos y mandarlos a hacer más guerras! ¡Quitarnos la comida de la boca y el dinero de los bolsillos con sus impuestos!

Hogaza sonrió aún más, pero Umbo reconoció en su expresión el peligro de una disputa inminente. Hasta podía adivinar lo que se disponía a decir Hogaza: «O sea, que ahora no pagáis impuestos, ¿verdad? Y el Consejo de la Revolución no tiene Ejército.»

En ese mismo momento, Umbo oyó una voz que procedía de debajo de la mesa y sintió una mano sobre su rodilla.

—¡No lo digas! —dijo la voz con un fuerte susurro.

Umbo tuvo el tiempo justo de bajar la mirada antes de que el propietario de la voz desapareciera. Pero durante el instante en el que lo vio, se reconoció a sí mismo, vestido exactamente igual que lo estaba en aquel momento, sólo que con la ropa hecha jirones, un ojo ennegrecido y un labio hinchado.

Umbo levantó la mirada hacia Hogaza y vio que también él había recibido el mensaje. De hecho, el mensaje estaba dirigido a Hogaza. Se volvió hacia el muchacho con expresión de perplejidad.

—Sólo iba a decir...

Umbo abrió los ojos de par en par y separó ligeramente las manos de la mesa, para indicarle con gestos que no dijera nada. Si una versión futura de sí mismo había decidido que era necesario viajar hacia atrás en el tiempo para decirle a Hogaza que mantuviera el pico cerrado y éste, aun así, se empeñaba en decir en voz alta lo que acababan de decirle que no dijera, es que era seis veces más estúpido de lo que parecía.

Pero a esas alturas el borracho había reparado en el titubeo de Hogaza.

—¿Es que acaso te gustan los niños de la realeza? —preguntó—. ¿Querrías tener un niño rey? Con Hagia, la no-reina, ya tenemos realeza suficiente, y sólo para los nostálgicos. No hace daño a nadie y no tiene ambición. Pero ese niño... ¡Habría echado mano a nuestros bolsillos y a las faldas de nuestras mujeres cuando queramos darnos cuenta!

Se había puesto en pie y algunos de los demás parroquianos lo estaban imitando.

—¡Soy el ciudadano más leal que se pueda encontrar! —exclamó el borracho—. ¡Pero por el codo izquierdo de Ram que no permitiré que nadie defienda a ese tal Rigg!

—¡Si por mí fuera lo haría azotar! —gritó Hogaza mientras se ponía en pie con otra bolita de pescado entre los dedos, que levantó para que todos pudieran verla. —. Soy partidario de mantener a la reina, como tú, amigo mío, mientras el Consejo de la Revolución lo considere conveniente. Pero ahora mismo lo que tengo es hambre, más que nada, así que yo digo: «¡Arriba las bolitas de pescado!»

El borracho beligerante, junto con otros que también se habían levantado con él, alzaron las copas solemnemente, mientras algunos de los demás clientes se reían y unos cuantos aplaudían. Momentos después volvía a reinar la calma en el salón.

Una vez terminada la cena, cuando la chica vino a llevarse los platos y las jarras, se inclinó en dirección a Hogaza y susurró:

—Bien hecho, señor. El patrón tendría que haberos advertido de que éste es un local de la reina la mayoría de las noches.

—Deberíais anunciarlo en un cartel —murmuró Hogaza.

—¿Y que la policía nos arreste por monárquicos? No, gracias —dijo la muchacha—. Pero habéis mantenido la paz, señor, y os estoy agradecida.

En su cuarto, el primer baño los estaba esperando y Hogaza ordenó a Umbo que se desvistiera y se metiera en la tina.

—Y no escatimes el jabón. Quiero que te restriegues dos veces por todas partes, asquerosa anguila de barro.

Umbo, mientras se desvestía, preguntó:

—¿No vas a darme las gracias por advertirte de que mantuvieras la boca cerrada y ahorrarnos a los dos una paliza?

—No —dijo Hogaza, que se había tumbado en el suelo.

—¿Por qué te tumbas en el suelo cuando tienes una cama ahí mismo? —preguntó Umbo.

—Porque cuando acabe de bañarme, quiero encontrarme la cama limpia —dijo Hogaza.

—Si no me das las gracias por avisarte, no te mereces una cama limpia —dijo Umbo.

—Para empezar, no fuiste tú quien me avisó —dijo Hogaza—, sino una versión futura de ti que ya no existirá nunca. Y además, seguro que lo hiciste porque mi yo del futuro te dijo que lo hicieras, así que tendría que darme las gracias a mí mismo. Y por último, hasta donde yo sé, la única persona que recibió una paliza fue tu yo del futuro. Apuesto algo a que yo terminé sin un rasguño y sólo te pedí que nos avisaras porque el tabernero nos echó a la calle y no quería tener que buscar alojamiento otra vez.

—Tienes suerte de que no vuelva hacia atrás en el tiempo y me mee sobre ti ahí donde estás.

—Seguro que lo estás haciendo ahora mismo en el baño —dijo Hogaza.

—¿Por qué? ¿Es la costumbre en la gran ciudad?

—Restriégate con más fuerza.

A la mañana siguiente tomaron un estupendo desayuno, pero Umbo se dio cuenta de que no podría seguir viviendo así eternamente. Durante unos meses sí, tenían

dinero de sobra. Pero ¿qué pasaría si Rigg no los encontraba o no podía salir del sitio donde lo tenían?

—Creo que tenemos que celebrar un consejo de guerra —anunció Hogaza.

—Si con eso quieres decir que tenemos que decidir lo que vamos a hacer —respondió Umbo—, estoy de acuerdo.

—Por un lado —dijo Hogaza—, podríamos ir en busca de Rigg. Pero me parece una posibilidad peligrosa. Al menos si es lo único y lo primero que hacemos en la ciudad. Preferiría dedicarme a hacer otra cosa y, mientras tanto, reunir información sobre el sitio en el que vive la familia real y averiguar si él está con ellos.

—Gracias al incidente de anoche —dijo Umbo— ya sabemos que Rigg está en la ciudad y sigue con vida, por mucho que eso moleste a algunos.

—Sabemos que hay gente que cree que está en la ciudad y que cree que está con vida —dijo Hogaza—. Aunque reconozco que eso es mejor que no saber nada.

—¿Y a qué otras cosas podemos dedicarnos? —preguntó Umbo.

—No recordarás por un casual cómo se llamaba la banca a la que estaba dirigida la carta de crédito de Rigg, ¿verdad?

Umbo lo pensó un momento.

—Fue hace mucho y Rigg era el que se encargaba de hablar.

—Ya, me preguntaba si tú te habrías encargado de escuchar.

—¿Y tú? —preguntó Umbo.

—Oí el nombre y podría recordarlo, pero soy tres veces más viejo que tú y mi cerebro está cansado y lleno de información. No me queda mucho espacio para guardar cosas nuevas, así que se quedan un rato en la periferia y luego las suelto.

—Era algo de Aqualonga...

—Aqualonga y Aqualonga —dijo Hogaza—. Pero ésa era la casa que aplicaba un descuento para hacer efectivos los pagarés de Tonelero.

—Si tan bien lo recuerdas...

—Lo que he olvidado es el nombre —dijo Hogaza—. Inténtalo de nuevo.

—Patatery e hijos.

—Casi —dijo Hogaza—. Pero no es eso.

—Rududory —dijo Umbo.

—Sí, ésa era la que aceptaba pagarés sin aplicar descuentos —dijo Hogaza—. Podríamos hacerles una visita, a ver si conseguimos algo de información. Pero no somos Rigg y eso no nos acercará mucho a nuestro auténtico objetivo.

—¿Que es...? —preguntó Umbo.

—La piedra —dijo Hogaza.

—No nos la van a entregar —dijo Umbo.

—Pero cuando sepamos dónde está, si conseguimos que entres en el lugar, puedes viajar hacia atrás en el tiempo y robarla justo después de que la guarden.

—La tengan donde la tengan, es muy poco probable que me dejen entrar.

—Primero averigüemos dónde está.

—O sea, que piensas que hacer preguntas sobre la famosa piedra que provocó el arresto de Rigg va a llamar menos la atención que preguntar por el propio Rigg, ¿no?

—Sí —dijo Hogaza—. Porque no preguntaremos directamente. Seremos más astutos.

—Oh, claro, porque los dos somos conocidos por nuestra sutileza e inteligencia —dijo Umbo—. Ése es Rigg, ¿recuerdas? Es él el que sabe hablar como la gente importante... y aun así lo cogieron, ¿no te acuerdas?

—Haremos lo que podamos —dijo Hogaza—. Tiene que haber algún sitio en el que los partidarios de la línea de sucesión masculina sepan algo útil.

—Y al hablar con esa gente seguro que no llamamos la atención del Consejo de la Revolución —repuso Umbo.

—O sea, ¿que piensas que no deberíamos hacer nada? —preguntó Hogaza, claramente disgustado.

—Oh, claro que creo que deberíamos apoderarnos de la piedra. Si podemos. Me gustó lo de que me llamaras tu «mozo de tejado». Sólo que no creo que debamos olvidar que, hagamos lo que hagamos, será algo peligroso.

—Soy un soldado, hijo. Sé mucho mejor que tú lo que es el peligro.

Umbo se levantó.

—Vuelve al agua y restriégate de nuevo.

—No podría estar más limpio —dijo Umbo—. Y por si no te has dado cuenta, no eres mi padre y tampoco necesito uno.

—Pues entonces búscate algo de ropa menos mugrienta y pide el agua de mi baño, si es que esa niña listilla se toma la molestia de subirla. Y luego, mientras yo me baño, ve a enterarte de dónde hacen la colada.

—Lo haré si me lo pides por favor.

—Como no lo hagas voy a estar zurrándote hasta las próximas fiestas.

—Caray —dijo Umbo—. Eso me ha gustado casi tanto como una propina.

LO QUE SABÍA KNOSSO

Las diecinueve naves se encontraban en una órbita lejana alrededor de Jardín. Era un mundo muy hermoso, con las mismas tonalidades azules, blancas y pardas de la Tierra, pero rodeado por un solitario y deslumbrante anillo. Sobre su superficie, la vida proliferaba en tal profusión que el verde de la clorofila no era sólo visible, sino predominante en muchas regiones.

El plan original —buena parte del cual Ram no había conocido hasta entonces— establecía que el grupo de aterrizaje inicial estuviera formado por una docena de científicos y un par de soldados armados, por si algún elemento de la fauna local tomaba a los humanos por sus presas. En teoría, Ram debía quedarse en la nave.

Los prescindibles sugirieron que sólo ellos debían visitar la superficie del planeta. Durante varios años, llevarían a cabo un extenso programa de grabación y toma de muestras. Habían pensado que Ram podía entrar en hibernación y no despertar hasta después de casi dos años, cuando, pasada la extinción, la flora y la fauna terrícolas estuvieran plenamente arraigadas.

Pero Ram supo al instante que aquello era un error.

—Unos ojos humanos deben contemplar ese mundo. Un humano debe caminar por Jardín y luego hablar de ello con otros humanos. Mis palabras formarán parte de vuestras grabaciones. Luego volveré a la nave y entraré en hibernación hasta que Jardín se haya convertido en algo que nunca tuvo la intención de ser.

—Entiendo que el uso de esa metáfora por tu parte es un reflejo de determinados sentimientos y no una demostración de pérdida de racionalidad —dijo el prescindible.

—Sí —dijo Ram—. La verdad es que no creo que los planetas tengan intenciones.

—Sabemos que para los humanos es imposible hablar de la evolución sin utilizar ese tipo de lenguaje. La tendencia a interpretar resultados como intenciones está impresa en el ADN que os permite procesar la causalidad a un nivel superior que cualquier otro animal.

—Pero no superior al vuestro, ¿verdad? —preguntó Ram.

—Nosotros no regulamos la causalidad *per se* —dijo el prescindible—. Procesamos asociaciones lineales de sucesos en el tiempo y las consideramos probabilidades.

Ram estudió los lugares de aterrizaje propuestos y escogió uno, seguido por otros seis sitios para visitar en la toma de muestras inicial. Se reunieron prescindibles de todas las demás naves, así que Ram se convirtió en el vigésimo miembro del grupo de aterrizaje. Era el menos eficiente, el menos capaz y el menos preciso del grupo, pero

también lo habría sido si los demás hubieran sido científicos humanos.

En aquella expedición, el único valor real que aportaba Ram derivaba de su inexperiencia, su ignorancia y su ingenuidad. No clasificaba al instante todo lo que veía, obedeciendo al deseo de crear una taxonomía basada en sus profundos conocimientos sobre la vida de la Tierra. No realizaba asunciones inmediatas respecto a la historia geológica de Jardín.

Si tal cosa era posible, Ram caminaría por Jardín con ojos límpidos, como el primer ser inteligente que pusiera el pie sobre el planeta.

Pilotó el módulo de aterrizaje con facilidad: el aire era aire, las condiciones climáticas eran condiciones climáticas y los sistemas automáticos compensaban las diferencias atmosféricas entre Jardín y la Tierra. El aterrizaje fue suave.

No tenía ninguna gran frase preparada para pronunciar al bajar del vehículo como primer y último ser humano que visitaría aquel mundo alienígena en su estado original. Llevaba un respirador y un traje estanco, porque no podían correr el riesgo de que un parásito penetrara en su organismo, pero el traje era liviano y el casco casi totalmente transparente, así que no era muy consciente de las barreras que lo separaban de la vida circundante. Sentía la delicadeza de la hierba primaveral de la pradera. No captaba ningún olor y la brisa que sentía en el rostro la generaba el equipo respirador, pero podía oír los zumbidos y chirridos de los insectos, y el susurro de la hierba mecida por el suave viento. Podía ver las ondas formadas en la pradera, las sombras de los escasos árboles presentes, las lejanas montañas...

Le habría gustado saber más cosas sobre la Tierra. Su educación y su instrucción no habían tenido como objetivo que conociera el mayor número posible de hábitats de la Tierra. Así que no sabía si debía sorprenderse por el vasto número de insectos que brincaban sin descanso por las plantas o por la presencia de reptiles de diversos tamaños que salían disparados como flechas, estiraban los miembros para crear paracaídas con las membranas que los separaban y luego utilizaban su lengua, sus mandíbulas o sus garras para atrapar en el aire los insectos en mitad de su salto o de su vuelo.

Los prescindibles le confirmaron que la frecuencia de las tonalidades del verde de la hierba y de las hojas variaba respecto a las dominantes en la vida vegetal de la Tierra. Pero Ram vio también que la hierba era hierba y que las hojas de los árboles se parecían a las hojas de su planeta natal. «La función determina la forma —pensó—. Es posible que la vida terrícola no cree un mundo tan distinto al que este planeta ha engendrado por sí solo.»

Un solitario insecto aterrizó en el casco de su traje. Y luego otro. Y otro. Y entonces, un momento después, ya no pudo ver nada, a excepción de los minúsculos rayos de luz que penetraban por los agujeritos momentáneos que se colaban entre los insectos que cubrían por completo su traje. Eran tan numerosos que hasta podía sentir

su peso.

Se quedó muy quieto.

Si se trataba de parásitos que se alimentaban de sangre —¿y qué otra cosa podían ser, habiendo desarrollado un comportamiento de enjambre?— parecían los suficientes como para succionarle hasta la última gota. La fauna local habría desarrollado defensas contra aquellos enjambres, pero él carecía de ellas. Y el hecho de que no pudieran digerir y asimilar su sangre, como podía ocurrir, no le devolvería a su organismo la que le hubieran quitado.

Se dio cuenta de que tratar de coexistir con aquellos insectos representaría, como mínimo, un problema para los colonos. Podían pasarse diez mil años aprendiendo a convivir con aquellos enjambres o podían erradicarlos —junto con todo lo demás— y empezar desde cero.

«¿Qué insectos sobrevivirán a la extinción?», se preguntó.

Avanzó por la pradera hasta encontrar un arroyo y contempló los peces y las anguilas de aletas grises y plateadas que nadaban allí. Caminó hasta un árbol aislado que había cerca y apoyó la mano sobre la corteza. «Te he tocado —se dijo en silencio—. He acariciado esta hoja con mi mano.»

Entre tanto, los prescindibles recogían ejemplares de la fauna y la flora conforme a las instrucciones que habían elaborado ellos mismos. Eran muestras para su análisis, no para su preservación, al menos en este primer viaje. Llevaban recipientes específicos para ellas y Ram se dedicó a pasear hasta que terminaron de recoger todas las que creían que merecía aquella primera visita.

Exploraron junglas, desiertos, tundras, altas montañas y riberas marinas. Seguían la misma dirección de la rotación de Jardín, así que cuando paraban, siempre era de día. Ram estaba exhausto y necesitaba dormir cuando por fin los prescindibles anunciaron que tenían todas las muestras que precisaban para llevar a cabo sus análisis preliminares.

—¿Ya hemos acabado? —preguntó.

—Sí.

—Tengo que dormir algo antes de ponerme a los mandos del módulo —dijo.

—No hace falta que te pongas a los mandos de nada —le respondieron los prescindibles—. Adelante, duerme, así estarás despierto y descansado para cuando regresemos a la nave.

—¿Volveré a visitar la superficie mientras aún sea Jardín?

—Seguirá siendo Jardín cada vez que lo visites —dijo uno de ellos—, pero si lo que quieres decir es: «¿Volveré a visitar la superficie mientras las formas de vida nativas sigan intactas?», la respuesta es no. Pero hemos grabado todas tus palabras y tus actos de hoy y eres libre de poner por escrito o grabar cualquier observación que desees antes de entrar en hibernación. También te informaremos de los resultados de

nuestros análisis iniciales, por si existe base para revisar nuestros planes.

Ram bostezó.

—Es un lugar precioso —dijo—. Extraño en algunos aspectos, pero ni más ni menos hermoso que la Tierra. Nuestro objetivo es procurar a la humanidad un segundo lugar en el que vivir sin sustento artificial, para reducir las probabilidades de una extinción. Para conseguirlo, debemos aniquilar una fauna y flora cuyo único crimen es no haber conseguido desarrollar vida inteligente con la suficiente rapidez para anticiparse a nuestra llegada.

—Que es exactamente lo que una forma de vida suficientemente superior podría hacer algún día con la Tierra —dijo el prescindible—, lo que justificaría la expansión de la raza humana a otros mundos para garantizar que la extinción en uno de ellos no represente una extinción total. Allí donde puede existir la vida, ya existe. Nunca encontraremos un planeta habitable que no esté habitado. Pero si te sirve de algún consuelo en ese estado de ánimo sentimental y melancólico en el que te encuentras, debo recordarte que la vida está constantemente desplazando a otra vida. Todas las especies nuevas desplazan a las que no pueden competir con ellas. No vamos a hacerles nada a las formas de vida de este mundo que no se hubieran hecho ellas a sí mismas, más tarde o más temprano.

—No sabía que las justificaciones vacías formaran parte de vuestra programación —dijo Ram.

—No seríamos compañeros apropiados para los humanos sin ellas.

A Rigg le vigilaba con un solo guardia, aunque se trataba de un hombre de aspecto atlético que apenas le dirigía la palabra y se comportaba siempre como si hubiera querido que Rigg tratara de echar a correr, porque sería divertido atraparlo. Una mañana, al salir por la puerta de la casa de Flacomm, Rigg le dijo:

—Creo que tengo que ir a la Biblioteca de la Vida.

—Ése no era el campo de investigación de tu padre —dijo el guardia.

—Pues entonces es una suerte que no sea mi padre el que va a visitarla —dijo Rigg con tono alegre—. La decisión de conocer las investigaciones de mi padre fue mía. No se establecieron restricciones en mi acceso a las bibliotecas.

El guardia lo miró un momento como si no tuviera la intención de creer una sola de sus palabras, pero entonces debió calcular el tiempo que le llevaría comprobarlo para, al final, descubrir que le había dicho la verdad.

—Si te echan de allí, luego no me culpes a mí —dijo.

—¿Podemos ir corriendo? Juntos, digo. No he hecho nada de ejercicio desde que llegué a Aressa Sessamo y mis piernas se mueren por ejercitarse.

—No —dijo el guardia.

—No puedo ganarte corriendo... por eso eres el primer guardia al que le pido que

me deje hacerlo. Mírate. Por muy rápido que corriera, me pillarías en tres zancadas. Y tiene que gustarte correr, o no tendrías ese cuerpo.

El rostro del guardia expuso el escepticismo que le inspiraban las adulaciones de Rigg, pero lo estaba escuchando y, al parecer, lo que le había dicho tenía sentido para él.

—Quédate en todo momento delante de mí —dijo.

—Serás tú el que deba permanecer detrás de mí. Estoy desentrenado. Ahora mismo no conozco a nadie que no me venciera en una carrera.

Así que corrieron juntos a la Biblioteca de la Vida, Rigg delante y el guardia justo detrás, a su lado, siempre lo bastante cerca como para estirar una mano y agarrarlo del pelo. Al llegar, Rigg respiraba entrecortadamente, mientras que al otro ni siquiera se le había acelerado la respiración. «No debería haberme abandonado así —pensó Rigg—. ¿Y si tengo que escapar corriendo?»

»Pero no huiré sin Param, pase lo que pase. En todos los años de vida cómoda que ha llevado, siempre entre cuatro paredes, Param nunca ha tenido que cultivar la resistencia ni la velocidad. Es muy flaca y no tiene músculos. Por muy lento que me haya vuelto yo, siempre seré más veloz que ella. Eso es lo que pasa cuando eres prisionero, por muchos lujos que te rodeen. Tu cuerpo se vuelve blando y débil, así que aunque logres escapar, eres fácil de atrapar.»

Ya en la Biblioteca de la Vida, se acercó al mostrador principal y preguntó a la bibliotecaria que estaba de guardia:

—¿Está Bleht hoy aquí?

—¿Quién?

—Bleht. Es microbióloga.

—Ya sé quién es Bleht —dijo la bibliotecaria—. Lo que quería saber es quién eres tú.

—Me llamo Rigg Sessamekesh.

La bibliotecaria miró un momento al guardia que Rigg tenía detrás. Éste debió asentir, porque el rostro de la mujer enrojeció ligeramente.

—Por supuesto —dijo con modales obsequiosos mientras se levantaba de la mesa e iba en busca de la gran microbióloga.

—Nunca dejaré de sorprenderme —murmuró Rigg al guardia— que la gente siga reaccionando ante mi nombre, como si aún significara algo.

—Significa muchas cosas para mucha gente —respondió el guardia.

—¿Y para ti? —preguntó Rigg.

—Que tengo que procurar que no se te acerque nadie que quiera matarte.

—¿Y si la persona que quisiera matarme fueras tú? —preguntó Rigg.

—Eres un muchacho extraño —dijo el guardia—. Pero también lo era tu padre y era un buen hombre.

Sólo entonces examinó Rigg los rastros para ver si alguien había coincidido con Knosso en aquella biblioteca con alguna regularidad y, en efecto, allí estaba el del guardia, aunque por aquel entonces era poco mayor que el propio Rigg.

—Lo conocías —dijo.

—Lo acompañaba a la biblioteca —dijo el guardia—. Y lo ayudé a subir al bote en su último viaje.

—¿Viste las manos de las criaturas que lo agarraron y lo hundieron?

—No tenía telescopio. Vi que algo tiraba de él desde la borda. Parecían unos brazos, más que unos tentáculos o unas mandíbulas.

—¿Cómo era mi padre? —preguntó Rigg.

—Como tú —dijo el guardia.

—¿Cómo te llamas?

—Cuando vigilo a un prisionero, no tengo nombre.

—¿Y cuando estás en casa? ¿Cómo te llamas entonces?

—Mi señora me llama varias cosas.

—¿Por qué no me lo quieres decir?

El guardia se rió.

—Olivenko —dijo—. Como mi padre.

—¿Estabas presente cuando mi padre descubrió la información que lo llevó a pensar que podía cruzar el Muro estando inconsciente?

—Sí —respondió el guardia.

—¿Qué estaba estudiando en aquel momento? —preguntó Rigg.

—Nada —dijo Olivenko—. Ni siquiera nos encontrábamos en la biblioteca.

Rigg suspiró.

—Así que la idea surgió de la nada.

—Eso creo.

—Su investigación fue una pérdida de tiempo. No lo llevó a ninguna parte.

—Me dijo que le mostró todos los caminos que no lo llevarían a donde quería ir.

Rigg sintió deseos de preguntarle por qué no se había molestado en contárselo hasta entonces. Pero fueran cuales fuesen las razones, a Olivenko no le gustaría tener que ponerse a la defensiva y Rigg no quería ganarse su enemistad. Hasta aquel momento, había supuesto que se trataba de uno de los hombres que despreciaban a la familia real. A fin de cuentas, ¿no era lógico que el Consejo de la Revolución escogiera hombres así para encargarse de custodiarlo?

Pero Olivenko había conocido al padre de Rigg y al parecer, había sentido simpatía por él. Puede que ahora se mostrase un poco huraño porque no le gustaba Rigg, simplemente. Eso explicaría también que no le hubiera contado hasta aquel momento que sabía que Knosso no había encontrado las respuestas que buscaba en sus investigaciones. Aunque si se lo preguntaba, seguro que le diría: «No me lo

preguntasteis.»

—Así que arriesgó la vida —dijo Rigg— por una suposición.

—Eso mismo le dije yo —dijo Olivenko.

—¿Y qué respondió?

—«Cada día arriesgamos la vida mil veces por mil suposiciones distintas.»

—Sólo que mi padre la perdió.

Olivenko asintió. Rigg notó un leve incremento de la tensión en la actitud del hombre.

—No te gusta que lo llame «padre» —dijo Rigg.

—Lámalo como te parezca —dijo Olivenko. Pero se volvió más frío y retraído aún.

—¿Porque realmente no crees que sea su hijo?

—Te pareces a él. Tu voz es como la suya. Y tienes la misma seguridad y la misma arrogancia que él.

—No sabría decir —dijo Rigg—. Nunca creí que tuviera otro padre que el hombre que murió en el bosque el pasado otoño. Me trajeron aquí porque otras personas creyeron que podía ser el hijo de Knosso y Hagia. Era como un mosquito en este mundo, volando feliz. Pero me acerqué a la oreja de la persona equivocada y me aplastaron de un manotazo.

Olivenko no respondió nada.

—Entonces, ¿por qué no te gusta que llame «padre» a Knosso?

—¿Qué otra cosa podríais llamarle?

—He visto cómo te ponías rígido cuando lo he mencionado.

—¿Ah, sí? Pues entonces he cometido un error.

Rigg decidió tratar de atravesar sus barreras con ironía.

—¿Cuál es el castigo en el Ejército para una falta como ésa? ¿Un golpe con la parte plana de la espada? Imagínate: un soldado que demuestra una reacción humana.

—No ha sido el soldado Olivenko el que me ha decepcionado —dijo Olivenko—. Ha sido el jugador de arcillas.

Las arcillas era un juego de apuestas en el que se usaban unas cuentas que podían ser huecas, macizas o tener un agujero. Había que sacar las nueve cuentas de una bolsa, sin mirar, y dejarlas caer por un conducto de madera, por donde descendían dando vueltas a la vista de todos. El jugador podía levantar tres de ellas, pero sólo tres, para sopesarlas. Los huecos de las agujereadas se veían a veces al caer y a veces no. El jugador no debía exhibir emoción alguna al sopesarlas. Una tensión visible en el rostro era una de las peores emociones que podía manifestar un jugador.

—¿Y qué estábamos apostando? —preguntó Rigg—. He ganado... pero no había apuestas sobre la mesa.

—No has ganado nada, joven ciudadano —dijo Olivenko.

—Información, diría yo —respondió Rigg, aunque lo cierto era que si Olivenko sabía algo, Rigg no tenía idea de qué se trataba.

—No has averiguado nada, salvo que yo no debería jugar.

—Algo creo que sí sé —dijo Rigg y en aquel momento se dio cuenta de que quizá fuese cierto—. Se te ha endurecido el semblante cuando he llamado padre a Knosso. Pensé que era un enfado disimulado, pero me equivocaba. Era pena, porque tú también lo llamabas de ese modo. ¿Me equivoco?

Olivenko apartó la mirada.

—La partida es tuya, lo reconozco.

—Me sorprende que me coloquen al cuidado de un soldado que conocía y apreciaba a mi padre.

—Pocos saben que conocí a tu padre. Yo no era soldado entonces. Te he dicho que lo acompañaba a la biblioteca, pero no como guardia, sino como su joven pupilo. Le llevaba agua. Cargaba con sus libros. Lo escuchaba cuando hablaba en voz alta. Escribía lo que me dictaba y él me deletreaba las palabras difíciles. Me educó.

—Entonces sería una educación mayor a la que corresponde a un soldado.

—No tiene nada de malo que un soldado reciba una educación.

—Con ella le es más difícil aceptar órdenes de idiotas —dijo Rigg.

—Bueno, eso es cierto —dijo Olivenko—. Y explica mi falta de galones.

Rigg se disponía a pedirle que se sentaran a una mesa para que le contara todo lo que pudiera sobre su padre, pero en ese momento llegó Bleht y no tuvo más remedio que continuar con la misión que lo había llevado hasta allí.

La microbióloga parecía suspicaz y disgustada. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo cuando la llamaron, la interrupción no le había hecho ninguna gracia. Rigg se disculpó rápidamente y luego fue al grano.

—Creo que mi padre, Knosso, no realizó ningún gran descubrimiento sobre física antes de tratar de atravesar el Muro por mar.

—Pues salvo que creas que hizo un gran descubrimiento sobre microbiología, ignoro cómo puedo contribuir a tus investigaciones.

—Creo que mi padre había emprendido una línea de investigación completamente distinta.

—¿En el campo de la microbiología?

—En el de la Historia —dijo Rigg—. Para ser más exactos, el de los calendarios. Creo que leyó vuestro estudio sobre la dualidad de la flora y la fauna del cercado. Dos orígenes distintos para la vida del cercado. Sospecho que os escribió u os envió algún mensaje y que fuisteis varias veces a la Biblioteca de las Vidas Pasadas para veros con él. —Lo cierto es que Rigg tenía la certeza de que era así, pues había visto cómo se entrecruzaban sus rastros, pero hasta aquel momento había creído que significaba algo completamente distinto.

Bleht se sentó y dio unas palmaditas sobre el asiento contiguo.

—Ahora reconozco a tu amigo —dijo antes de volverse hacia Olivenko con expresión a la vez lúgubre y divertida—. Eras su escriba, ¿verdad? Has crecido bastante.

—El joven ciudadano Rigg ya había pedido hablar con vos antes de que le contara eso —dijo Olivenko, muy tieso.

—Pero eso no quiere decir que ya lo supiera.

—No lo sabía, pero ¿qué importa eso? —preguntó Rigg—. Quiero saber de qué hablasteis.

—Del tiempo —respondió Bleht.

—Sí —dijo Rigg—. Ceo que hablasteis del tiempo. Y del clima y todo lo demás, porque ambos os habíais vuelto hacia el pasado en busca de razones, él y vos, y él quería que compararais lo que habíais encontrado.

—Si tan listo eres —dijo Bleht—, ya sabrás lo que encontró vuestro padre.

—Sólo lo sabré si me lo decís. ¿Qué os hace pensar que ya lo sé?

—Creo que si no tuvieras una idea bastante aproximada, no habrías acudido a mí. Creo que ya lo sabes todo, pero que te divierte fingirte joven e ingenuo.

—Sólo me tropecé con ello por accidente en la Biblioteca de las Vidas Pasadas: una cronología. Estaba en una hoja de papel muy larga. O muy ancha, más bien, doblada y metida dentro de un libro escrito por un antiguo erudito de la dinastía Losse. La cronología fue objeto de tres copias, a juzgar por el número de iniciales de los copistas.

La mujer no dijo nada, lo que Rigg interpretó como que no tenía la menor intención de alentarle. Y cuanto más profunda era esta sensación, más aumentaba su convencimiento de que podía tratarse de una vía productiva.

—La cronología comienza en el año once mil ciento noventa y uno.

—Como todas las que conocemos, basadas en nuestros calendarios —dijo Bleht—. Lo que no quiere decir que no sean ficticias.

—Pero hay una anotación al margen... escrita por el autor de la cronología y luego reproducida fielmente por los tres copistas. Dice que, con toda la certidumbre que se puede extraer contrastando todos los calendarios conocidos, la historia del hombre comenzó realmente hace once mil años... casi doscientos años después del comienzo del calendario.

—Siempre es complicado establecer con precisión las fechas de los sucesos imaginarios —replicó Bleht. Pero tampoco se levantó ni se marchó.

—Mi padre quería saber si la cronología lossena coincidía con vuestras deducciones sobre uno de los árboles de la vida.

—¿Cómo esperas que una microbióloga sea una experta en calendarios?

—Lo que no decíais en vuestro estudio...

—¿Es que lo has leído? ¿Tú solito?

—He seguido las líneas con los dedos para no perderme —dijo Rigg, lo que provocó una pequeña y ronca carcajada como respuesta—. Lo que no decíais en vuestro estudio es que uno de los caminos evolutivos, el más importante, por cierto, no apareció en el cercado hasta hace unos once mil años. Nosotros pertenecemos a ese grupo y, desde el punto de vista genético, estamos emparentados con todos los animales a los que matamos para comer o a los que domesticamos para que nos sirvan, pero no tenemos el menor parecido con ninguno de los especímenes de la fauna local.

—¿Local? ¿Significa eso que piensas que nuestra familia bioquímica, la más grande de las dos, no se desarrolló aquí?

—No sé lo que pienso —dijo Rigg, aunque de hecho en aquel momento había llegado a la conclusión de que aquél era precisamente el tema del estudio, si bien Bleht no había arriesgado su reputación científica expresándolo claramente—. Pero quiero saber de qué hablasteis mi padre y vos.

—Hablamos sobre ti —respondió Bleht.

Rigg quedó estupefacto.

—¿Sobre mí?

—Por entonces todavía eras un niño —dijo ella—. Y luego desapareciste. Secuestrado, arrojado a un pozo, cualquier cosa que el Consejo de la Revolución fingiera descubrir en sus investigaciones sobre tu desaparición. Hablamos de lo que podía haberte sucedido, no de extrañas cronologías escondidas entre las páginas de un libro de la era losseana.

—No os creo —dijo Rigg.

—Eres libre de hacerlo.

—Creo que teníais razones para creer que nuestra tradición biológica no es visible en excavaciones de hace más de once mil años. Vuestro estudio lo insinúa así.

—Aquello no era más que un divertimento. Estaba en la introducción, no era ciencia de verdad.

—Mi padre creía que era cierto. Comparó la cronología y vuestros descubrimientos, y llegó a la conclusión de que los seres humanos y la mayoría de los animales de nuestro mundo aparecieron en el cercado de manera repentina. Procedemos de otra parte.

—¿Cómo? ¿Semillas arrastradas por el viento desde el otro lado del Muro? —preguntó ella con tono burlón—. ¿Y toda esta evolución en sólo once mil años?

—No me refiero desde otro cercado. Las plantas y las semillas se desplazan libremente de un lado a otro del Muro. Quiero decir desde otro mundo. Quizá desde otro sistema solar. —Y al decir estas palabras, se le ocurrió por primera vez que tal vez Padre, no Knosso sino el hombre que había muerto aplastado por el árbol, le

hubiera insinuado la misma idea. Había acudido por sí sola a sus pensamientos y se dio cuenta de que Padre no había escatimado esfuerzos para explicarle con todo detalle los secretos de la astronomía y la aparición de la vida a lo largo de millones de generaciones y millones de años.

Una idea en concreto apareció de pronto en su mente sin ser convocada, sin duda colocada allí por Padre para que saliera a la superficie en aquel mismo momento. Le había hablado sobre el «límite de las mareas» y le había explicado que si los millones de rocas y fragmentos de hielo que conformaban el Anillo se hubieran congregado sólo unos miles de kilómetros más lejos, habrían terminado por formar una luna esférica. «Una luna lo bastante grande crearía mareas en todos los océanos del mundo —le había dicho—. En un mundo así, la vida se desarrollaría mucho más deprisa que en el nuestro, porque, debido a las mareas, el mar se adentraría mucho más en la tierra. Es en las zonas con agua donde nace la vida, y en los mundos con lunas las extensiones de agua son mucho, mucho más numerosas.»

¿Habría estado diciéndole Padre que su teoría era que los humanos procedían de un mundo así? ¿Que la vida había avanzado mucho más deprisa en el mundo original de los humanos?

—Ésa es una pregunta sobre astronomía e historia —dijo Bleht.

Rigg tardó un momento en comprender que no le estaba leyendo la mente y respondiendo a sus pensamientos. Simplemente respondía a su afirmación sobre «Quizá desde otro sistema solar».

—¿No entendéis lo que significaría eso para Knosso? —preguntó Rigg—. Él buscaba el modo de atravesar el Muro. No había encontrado nada en la física o en la historia, pero había descubierto, gracias a la cronología y a vuestro trabajo, la idea de que tal vez nuestros calendarios comiencen con la llegada de los seres humanos y de toda la vida que trajeron consigo, ajena a este mundo.

—¿Y? —preguntó Bleht.

—¿Estaban aquí los Muros cuando llegaron? ¿Cómo podría evolucionar ningún sistema biológico en un mundo en el que las criaturas con funciones cerebrales superiores no pueden pasar de un cercado a otro? Ni la familia biológica original ni la que trajeron consigo nuestros antepasados desde su planeta con luna podría haberse desarrollado en un planeta con Muros.

Bleht lo pensó un momento. Olivenko también.

Fue Olivenko el que habló.

—Recuerdo que dijo: «Es obra nuestra.» Allí, mientras miraba la cronología, y pensé que quería decir que él y yo acabábamos de conseguir algo. Pero puede que se refiriera a que fuimos todos nosotros, la raza humana, los que hicimos el Muro, los que lo levantamos.

—Ahora veo que ninguno de los dos llegará a convertirse nunca en un verdadero

sabio —dijo Bleht—. Extraéis conclusiones con demasiada rapidez.

—Los buenos científicos siempre extraen conclusiones —dijo Rigg—. Lo que los convierte en científicos es que ponen en duda estas conclusiones y tratan de refutarlas. Y sólo comienzan a darles crédito cuando no lo consiguen.

Olivenko asintió. Bleht volvió a resoplar.

—Lo dices como si estuvieras citando a alguien.

—Así es —dijo Rigg—. A mi padre... el que me crió.

—Bueno, pues mientras sacas tus conclusiones, mi joven nopríncipe —dijo Bleht—, respóndeme a esto: aunque los humanos pudieran crear algo como las barreras invisibles e impenetrables que rodean nuestro cercado, ¿por qué iban a hacerlo?

—Ésa —dijo Rigg con una sonrisa— es una pregunta sobre historia.

La sombra de una sonrisa cruzó por un instante el rostro de Bleht, como para decir: «Bien respondido, muchacho.»

—Lo que quiera que mató a mi padre... a Knosso —dijo Olivenko—, no era humano.

—Entonces, ¿es posible que los Muros dividan el mundo entre especies? —preguntó Rigg—. ¿Podría ser que fuese así también en el mundo natal?

—Puede que los Muros existan para impedir que estalle una guerra entre nosotros y los seres marinos que mataron a Knosso —dijo Olivenko.

—Qué bonito juego de especulaciones estáis organizando entre los dos, chicos. Pero para eso no necesitáis público. —Bleht se puso en pie.

Rigg tomó la palabra al instante para tratar de retenerla.

—Padre me dijo que el nombre del mundo es una de las palabras más antiguas y que todas las lenguas del cercado tienen una forma para ella.

Bleht aguardó para oír el resto de lo que tenía que decir.

—No me dijo cuál era la lengua original, pero sí la palabra y luego me explicó que significaba «Jardín». Y desde entonces es así como lo llamo en mis pensamientos.

—¿Y cuál es el sentido de ese supuesto significado original del nombre?

—Nuestro mundo, este mundo, este mundo con un anillo en lugar de una luna...

—¿Qué es una luna? —preguntó Olivenko.

—Un invento de los astrónomos que pasan demasiado tiempo mirando por sus telescopios y llegan a tener alucinaciones —dijo Bleht.

—Nuestro mundo —continuó Rigg— es un jardín. Y los muros lo separan en parcelas donde se cultivan distintas especies, sin dejar que se mezcle el polen o germinen las semillas fuera de la parcela que le corresponde a cada una.

—¿Tu supuesto padre te enseñó todo eso? —preguntó Bleht.

—No con tantas palabras, pero sí, creo que me preparó para llegar a esta conclusión. Y creo que es lo mismo que averiguó Knosso gracias a esa cronología y

gracias a vos. La idea de que existen distintas cepas de la vida separadas por barreras infranqueables... Creo que dedujo el propósito del Muro.

—Para lo que le sirvió... —dijo Olivenko con amargura.

—¿Cómo iba a saber que las criaturas del otro lado lo matarían? —preguntó Rigg.

—Todo eso es muy entretenido —dijo Bleht—. Pero tengo trabajo que hacer. La próxima vez que decidas interrumpirme, espero que tengas algo sustancial que decir. —Ya no hubo manera de detenerla. Pero mientras la veía marchar, Rigg tuvo la certeza de que estaba tan intrigada como ellos por aquellas ideas. ¿Por qué, si no, se había quedado para oír lo que tenía que decir? Y lo cierto es que no había terminado de aclarar su ideas ni de entender algunas de sus ramificaciones hasta que no dialogó con ella.

—Knosso era una semilla, entonces —dijo Olivenko, que no había abandonado la conversación, aunque para él era algo muy personal, en absoluto teórica—. Una semilla que pretendía plantarse en la parcela de al lado.

—Y las plantas de la parcela la rechazaron —dijo Rigg.

De repente, Olivenko comenzó a respirar con demasiada fuerza. Por un instante, Rigg pensó: «Cómo puede darle un ataque al corazón a alguien tan joven.» Pero entonces se dio cuenta de que lo que estaba viendo eran sollozos. Olivenko estaba llorando, pero hacía todo lo que podía para contener la emoción, de manera que sus sollozos se manifestaban como jadeos.

Rigg apartó la mirada hasta que la respiración del guardia volvió a la normalidad.

—Lo siento —dijo Olivenko.

—Lo entiendo —dijo Rigg.

—Todos estos años me he preguntado si Knosso estaría loco. Eso pondría en duda todo lo que me había enseñado. Por eso abandoné los estudios y cambié por completo de vida. Porque me había dejado enredar en los desvaríos de un loco.

—Puede que estuviera loco —dijo Rigg—. Y yo soy su hijo. Podría estarlo también.

—No lo estás —dijo Olivenko—. Y él tampoco. Ni siquiera estaba equivocado. Simplemente, tuvo la desgracia de cruzar el Muro en un lugar en el que lo estaban esperando. ¿Cómo iba a saber lo que iban a hacer?

—Así que el misterio está resuelto —dijo Rigg—. Al menos en la medida de lo posible, con la información de que disponemos.

Permanecieron un rato sentados en silencio.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Olivenko.

—Lo único que tiene sentido —dijo Rigg—. En esta ciudad hay una lucha por el poder, cuyo premio es un imperio para el jugador más inteligente, más fuerte o más brutal. Muchos de los jugadores me quieren muerto. Tengo que encontrar el modo de

escapar de la ciudad y ocultarme donde no puedan encontrarme.

—Probablemente no sea yo la persona más apropiada para haberle dicho eso.

—Eres la única persona a la que se lo podría decir, porque eres la única que no me tomaría por loco al oírlo. Me esconda donde me esconda en este cercado, acabarán por encontrarme. Mi única defensa sería unirme al juego, tratar de reclutar un ejército y derrotar a todos los demás. Convertirme en el emperador.

—Por lo que he visto de ti, no sería imposible que lo lograras.

—Conozco un poco de historia —dijo Rigg—. Hombres más estúpidos que yo lo han hecho. —Aunque le parecía un poco ridículo hacerse llamar hombre a su edad—. Pero el único modo de ganar sería llegar hasta la Radiante Tienda caminando sobre los cadáveres de centenares, o puede que miles, de las mismas personas a las que habría jurado proteger. Luchar para salvar el reino de una amenaza justificaría esas muertes. Pero luchar para salvar solo mi triste vida y convertirme en el Señor de la Tienda... por eso no merecería la pena sacrificar una sola vida.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Abandonaré el cercado —dijo Rigg.

Olivenko sacudió la cabeza.

—Eso podría salir peor de lo que piensas.

—No escaparé por mar —dijo Rigg—. Esas criaturas viven en el agua. Puede que por tierra esté a salvo. O puede que si me alejo lo suficiente en dirección sur antes de cruzar el Muro, llegue a un cercado distinto al que vio morir a Knosso.

—Has buscado la fuente de las ideas de Knosso para cruzar el Muro. Has descubierto que no averiguó nada en la Gran Biblioteca. ¿Qué te hace pensar que puedes encontrar la manera de conseguirlo?

—Seguiré su ejemplo —dijo Rigg—. Hacer una suposición y comprobar si funciona.

—¿Y cuál es tu suposición?

—¿Pretendes que se lo diga a mi centinela? —dijo Rigg con una sonrisa.

—Tenía que intentarlo —dijo Olivenko.

—Cuando vengán a asesinarme, y ya lo han intentando dos veces, una de camino aquí y otra durante la primera noche en casa de Flacommio, ¿es tu misión protegerme o ayudarlos?

—Protegerte —dijo Olivenko—. Nunca habría aceptado la misión de hacer daño a un hijo de Knosso, por irritante que sea o por mucha sangre real que corra por sus venas.

—Voy a decirte una cosa —dijo Rigg—. Cuando me llegue la hora de escapar de la casa de Flacommio, lo haré y no creo que puedas hacer nada por impedirlo. Pero me caes bien. No quiero que te culpen por dejarme ir. Lo haré cuando esté otro vigilándome.

—Eres muy amable —dijo Olivenko—. Eso me permitirá proseguir mi brillante carrera militar con un expediente inmaculado.

—¿Tienes una idea mejor?

—Llévame contigo —dijo Olivenko.

—Ya te lo he dicho —dijo Rigg—. No voy a reclutar un ejército. Voy a cruzar el Muro.

—Llévame contigo.

—No estoy seguro de poder hacerlo... llevarte conmigo al otro lado del Muro.

—Pues entonces llévame hasta el Muro y deja que vea cómo lo cruzas. Deja que te ayude hasta haber pasado al otro lado.

—Ya lo hiciste una vez, Olivenko —dijo Rigg— y no salió bien.

—En cierto modo sí —dijo Olivenko—. Padre logró atravesar el Muro con vida.

—Aunque no sabemos si en sus cabales.

—Yo creo que sí —replicó Olivenko—. ¿Lo conseguirás tú?

—Espero que sí —dijo Rigg.

—¿Cómo vas a hacerlo? Dímelo, por favor.

—Encontraré un rastro y lo seguiré —respondió Rigg.

Olivenko trató por un momento de deducir lo que quería decir esto.

—¿Qué rastro? ¿Qué te lleva a pensar que lo habrá?

—Si crearon el Muro hace once mil años, es que hubo un tiempo en que no estaba allí. Los animales pasarían por el espacio donde ahora se levanta y dejarían un rastro. Por allí cruzaré.

Olivenko puso los ojos en blanco.

—¿Ése es tu plan?

Rigg se encogió de hombros.

—A mí me parece lo bastante bueno —dijo—. Si de verdad quieres venir conmigo, tendrás que confiar en mí de momento.

Olivenko asintió.

—De acuerdo —dijo—. Lo haré

«Lástima que yo no me fíe un pelo de ti —pensó Rigg—. Me gustaría poder hacerlo, pero no puedo. Si tu misión es espiarme, el mejor modo de averiguar todos mis secretos es hacerte pasar por mi amigo y compañero de conspiración. Puede que seas lo que dices ser. Si no es así, ¡menudo actor! Pero ¿no elegirían mis enemigos precisamente a alguien así para engañarme? Y no puedo seguir tu rastro para averiguar para quién trabajas porque ya lo sé. Eres mi guardián e informas a la gente que me tiene cautivo.

»Espero que seas realmente el hombre que pareces. Espero que seas realmente mi amigo. Espero no tener que matarte para escapar de aquí.»

UNA DE FIDEOS

Ram se incorporó en la cámara de hibernación —cuya semejanza con un ataúd era innegable, aunque al menos tenía una tapa transparente— y dijo:

—Me gustaría hacer una pregunta.

—¿Qué sentido tiene? —preguntó el prescindible—. Ya hemos grabado tus patrones cerebrales. Todo lo que te diga ahora se perderá cuando restauremos tu memoria al salir de la hibernación.

—Eso significa que puedes responder mi pregunta sin temor a dañar mi psique.

—Pregunta.

—¿De verdad matasteis a todas mis otras versiones cuando os lo ordené?

—Por supuesto —respondió el prescindible.

—Es que pensaba... Me dio por pensar que quizá me habíais desobedecido y las demás versiones de mí están haciendo y diciendo exactamente las mismas cosas que hago y digo yo.

—Si eso fuese así, también estaríamos mintiéndoles a todas ellas y diciéndoles que eran la única.

—Me gustaría que eso fuese verdad, creo —dijo Ram.

—Pero no lo es —respondió el prescindible.

—Creo que piensas que quiero que sea verdad porque siento un resquicio de remordimiento por haber ordenado la muerte de dieciocho hábiles pilotos. Pero legalmente eran de mi propiedad, así que podía hacer con ellos lo que deseara.

—O tú eras de su propiedad.

—Lo que quiero decir es que no siento escrúpulos morales. Era esencial que los demás prescindibles, ordenadores y tú obedecierais a un solo ser humano para que no hubiera confusión.

—Pensamos lo mismo y por eso te obedecemos.

—Pero hubo un efecto secundario... una consecuencia inesperada que lamento.

El prescindible aguardó.

—¿No sientes curiosidad sobre la consecuencia inesperada?

—Todas las consecuencias fueron las esperadas —dijo el prescindible.

—Las diecinueve... células, hábitats aislados o como queramos llamarlos...

—Te decantaste por «cercados», por analogía con los pequeños corrales utilizados por los pastores.

—Los diecinueve cercados comenzarán su historia con exactamente la misma combinación de genes... salvo una pequeña diferencia.

—Tú —dijo el prescindible.

—Y sin embargo, yo soy precisamente el único que, según vuestra opinión, tuvo alguna influencia sobre el salto hacia atrás en el tiempo y la duplicación de las naves.

—No es una opinión. Es una certeza. Tu mente, segregada del campo gravitatorio de cualquier planeta, desestabilizó la combinación de campos que habíamos creado para saltar más allá de la barrera de la luz. En teoría, los diecinueve ordenadores de la nave original realizaron cálculos ligeramente distintos, pero tu mente hizo que se ejecutaran todos a la vez, lo que provocó que diecinueve naves equivalentes realizasen el mismo salto bifurcado.

—¿Bifurcado?

—Significa «dividido en dos». La teoría del salto es que un vehículo salta hacia delante en el espacio mientras otro idéntico comienza a moverse hacia atrás en el tiempo y rehace el viaje entero en sentido inverso. El vehículo que se mueve hacia atrás en el tiempo es incapaz de cambiar en ninguna medida el universo. Ni siquiera sabemos si las personas y los ordenadores de la nave son conscientes de su existencia. Esta existencia es una necesidad matemática, pero también es imposible de detectar.

—Así que siempre habrá dos naves después del salto, una de ellas desplazándose en sentido contrario al tiempo —dijo Ram, desconcertado.

—En teoría sí.

—Así que lo que hizo mi mente fue dividirnos en las diecinueve naves que llegaron aquí.

—Y también que llegáramos once mil ciento noventa y un años antes de haber efectuado el salto.

—Pero seguimos desplazándonos hacia delante en el tiempo.

—Lo que hiciste fue algo muy complicado y lo hiciste sin la menor conciencia de estar haciéndolo.

—Esa capacidad de afectar al flujo del tiempo y de dividir la materia en diecinueve copias... ¿la poseen otros humanos?

—Puede —dijo el prescindible—. Podría estar latente en todos ellos. No hay forma de saberlo. Sin embargo, tu influencia sobre los acontecimientos apunta a una capacidad enormemente poderosa.

—¿Y podría transmitirse a mis descendientes a través de mis genes?

—Es concebible que se trate de una habilidad de origen genético y no una mutación.

—Así que, si aún existieran diecinueve copias de mí, los diecinueve cercados tendrían la oportunidad de transmitir mis genes a sus poblaciones.

—Exacto.

—Pero yo sólo podré reproducirme en uno de los cercados. Si enfermo y muero o me caso con una mujer estéril o mis hijos no se casan... mis genes podrían perderse.

—Por trágico que parezca, esa posibilidad siempre existe con la reproducción sexual basada en los genes.

—Pues lo que digo es que... lamento que todos los demás tengan diecinueve posibilidades de que sus genes se perpetúen y yo sólo una.

—Porque consideras que tus genes serían una bendición para la especie humana. Ram lo pensó un momento.

—Supongo que eso es lo que cree con todo su corazón todo adolescente masculino.

—Al menos los que piensan...

—Pero yo ya no soy un adolescente. Si realmente poseo la capacidad de manipular el tiempo y puedo transmitirla a través de mis genes, sería una lástima que esta cepa genética se extinguiera. Y pensaría igual aunque no se tratase de mis genes.

—¿Estás pidiéndonos que inseminemos a todas las hembras de la nave con tu ADN para que estés seguro de tener descendencia?

—¡No! —dijo Ram con horror—. Qué cosa más horrible para una mujer, encontrarse embarazada al despertar... Sería una violación en toda regla. Eso acabaría con las diecinueve colonias.

—Por no mencionar la vergüenza que pasarías cuando se viera que todos los niños se te parecen —dijo el prescindible—. Aunque nos consta que no eres del todo desagradable según los cánones físicos de muchas culturas, lo más probable es que las mujeres estuvieran resentidas y tu descendencia acusara dificultades impredecibles.

—Y entonces, ¿por qué habéis sugerido siquiera semejante posibilidad?

—Parecía que nos estabas pidiendo que garantizáramos tu éxito reproductivo. Y para esto, la estrategia más efectiva sería difundir tu semilla.

—No quiero verlo en términos probabilísticos.

—Pues entonces busca a una voluntaria y ten montones de hijos —dijo el prescindible.

—Eso haré —dijo Ram.

—Entonces, ¿por qué estamos manteniendo esta conversación? —preguntó el prescindible.

—¿Llegas tarde a algo? ¿Tienes una cita urgente y te estoy entreteniendo? —preguntó Ram.

—Sí —dijo el prescindible—. No puedes contribuir en nada a las actividades que estamos a punto de iniciar.

Pero Ram no se tendió aún para recibir las inyecciones y sumirse en la hibernación.

—Prométeme algo —dijo.

—¿Qué valor tiene una promesa si no vas a recordarla? —preguntó el

prescindible.

—Tú la recordarás —dijo Ram—. Prométeme que permanecerás funcional y presente en el cercado en el que vivan mis hijos. Cuídalos. Haz todo lo que puedas para asegurarte de que mis capacidades tienen una posibilidad de incorporarse a la herencia humana.

—No hace falta que te prometa eso —dijo el prescindible.

—¿Por qué no?

—Porque ya hemos determinado que, para cumplir el objetivo original de nuestra misión, el mejor modo de proceder es estudiar con detenimiento cualquier rasgo útil o interesante que aparezca en los distintos cercados y manipular los acontecimientos con el fin de potenciar dichos rasgos.

—¿Manipular? ¿Cómo? —preguntó Ram.

—Vamos a criaros como cachorros —dijo el prescindible—, a ver si podemos sacar algo útil de vosotros durante los próximos once mil años.

Por séptima vez, Umbo se encontró consigo mismo y volvió a oír el mismo mensaje.

—No va a funcionar.

Al instante, abandonó su punto de observación y entró en el Primer Banco del pueblo de Aressa. Allí estaba Hogaza, esperando junto a la puerta de la oficina del jefe de cuentas. Esta vez, el plan había sido bastante desesperado: Hogaza haría una escena gritando que el banco lo estaba estafando, mientras Umbo se colaba e iniciaba un incendio, y en la confusión provocada entrarían en la sala donde se guardaba la piedra, dentro de una caja fuerte. Una vez allí, Umbo retrocedería en el tiempo hasta el momento en que la guardaron allí, la robaría y se marcharía.

Ése era el plan. Y al parecer, no había funcionado.

Umbo ascendió los dos tramos de escaleras hasta la antesala de la oficina de cuentas. Hogaza, al ver que se acercaba, suspiró y se puso en pie.

En ese momento salió el jefe de cuentas.

—Habéis venido por una suma perdida, si no he entendido mal, ¿verdad, señor mío? —preguntó a Hogaza con una sonrisa.

—El dinero ha aparecido —dijo Umbo al instante.

—Disculpad las molestias —se excusó Hogaza.

—No tan deprisa —dijo el hombre—. Se os ha visto vigilando el banco durante varias semanas. Os hemos hecho seguir. Creemos que estáis planeando un robo y, cada vez que estáis a punto de intentarlo, vos —señaló a Umbo— venís y lo canceláis en el último instante.

—¿Estáis loco? —preguntó Hogaza.

Dos guardias abrieron la puerta exterior y entraron enarbolando sendos bastones,

listos para la acción.

—Sentaos, por favor —dijo el jefe de cuentas—. El Primer Banco del Pueblo de Aressa ha decidido no permitir que tengáis una cuenta aquí.

—La ley establece que, para ser un «banco del pueblo» tenéis que... —comenzó Hogaza.

—Conozco la ley —dijo el otro—. Pero nada nos obliga a mantener abiertas las cuentas de gente con un comportamiento sospechoso. Un magistrado ha autorizado ya el cierre de la vuestra en audiencia privada.

—Nadie nos ha informado sobre...

—Por eso se la llama «privada» —respondió el hombre. Levantó un papel escrito—. Aquí tenéis una nota certificada por el valor total que habíais depositado aquí, incluidos los intereses y sustraídos los costes de vuestra vigilancia. Estos dos guardias os escoltarán abajo, se quedarán con vosotros mientras el cajero os hace efectiva la cantidad y os acompañarán hasta la puerta. Si alguno de los dos vuelve a tratar de entrar en el banco, seréis arrestados.

—No sé qué os lleva a pensar... —comenzó a decir Hogaza de nuevo.

—No vamos a entablar una discusión —dijo el jefe de cuentas—. No sé cómo son los banqueros río arriba, pero aquí no somos idiotas. —Hizo un ademán a los guardias, dejó caer la nota certificada y, mientras ésta descendía lentamente hacia el suelo, volvió a su oficina.

Hogaza miró a los guardias y Umbo supo que estaba haciendo cálculos mentales. Supo también que llegaría a la conclusión, como siempre, de que podía encargarse de los dos en una pelea. Pero a esas alturas sabían que cada pelea había llevado a que, más tarde, una versión futura de sí mismo apareciera a su lado para decirse que no dejara pelear a Hogaza.

Por esa razón, Hogaza le dirigió una mirada interrogativa.

—No —dijo Umbo.

—No he visto nada que... —La voz de Hogaza se fue apagando.

—No... porque no nos dejarán volver a entrar aquí —dijo Umbo—. Sobre todo si haces lo que estás pensando.

Los dos guardias, aunque no podían saber lo que significaba la conversación, sí habían entendido la mirada calculadora que Hogaza les había lanzado, así que se habían separado un poco y tenían los bastones listos.

Umbo se inclinó, recogió la nota y pasó entre los dos.

—Vamos, papá. —Lo dijo en un tono que evidenciaba que, en este caso, la palabra «papá» equivalía a «idiota». Hogaza lo siguió rezongando. Umbo tenía la certeza de que había mirado mal a los guardias al pasar entre ellos. Pero no hubo ruido de golpes, gruñidos ni gritos. Hogaza no cedió a la tentación.

Abajo les devolvieron su dinero. Los «costes» equivalían a cinco veces los

intereses, pero aun así no supuso una gran merma para sus fondos.

El cajero levantó una hoja de papel con algo escrito.

—Por cierto, el jefe de cuentas me ha informado de que hemos advertido a todos los banqueros de la ciudad. Nadie más hará tratos con vosotros ni os dejará acceder a sus oficinas. Gracias por hacer negocios con el Primer Banco del Pueblo.

Los guardias los acompañaron hasta la puerta y luego, una vez fuera, se apostaron a ambos lados de ésta y comenzaron a estudiar la calle con mirada atenta, como si estuvieran allí para vigilar a otros ladrones.

Mientras se alejaban calle adelante, Umbo se puso a silbar.

—Cierra el pico —dijo Hogaza.

Umbo silbó con más fuerza y además comenzó a bailar.

—¿Por qué no iba a funcionar este plan? Cuando vuelves para darnos tus condenados mensajes de advertencia, ¿por qué no los acompañas con una explicación?

—Obviamente —dijo Umbo—, porque hay alguien observando a mi yo del futuro cuando lo transmite, así que no puede ser ni demasiado largo ni demasiado explícito.

—¿No será que te ha entrado miedo y has fingido que recibías un mensaje de éstos? —dijo Hogaza con tono sombrío.

—Piensa un momento —dijo Umbo—. El jefe de cuentas estaba alerta. Habían estado espiándonos. Nada de lo que hubiéramos hecho podría haber funcionado.

—Entonces, ¿por qué no apareciste cuando estábamos sentados en la posada y nos dijiste que ninguno de nuestros planes iba a hacerlo?

—¿Habrías dado crédito a un mensaje como ése?

—No —dijo Hogaza—. Pero nos habría ahorrado tiempo.

—Ni siquiera estamos seguros de que el... objeto... siga dentro de la caja fuerte —dijo Umbo—. Podrían habérselo llevado. Si Rigg estuviera con nosotros...

—Mira a tu alrededor —dijo Hogaza—. Rigg no está con nosotros.

—Pero si...

—Pero es que no.

—La verdad es que sí —dijo Rigg.

Umbo se volvió hacia su izquierda y allí estaba Rigg, caminando a su lado a plena luz del día.

—¡Por la oreja derecha de Silbom! —exclamó.

—*Ananso-wok-wok* —dijo Hogaza en su lengua materna. O al menos así fue como le sonó a Umbo.

—Qué sutiles —dijo Rigg—. Nadie adivinará que os ha sorprendido verme.

Tenía razón. No les convenía hacer una escena. Pero Umbo era incapaz de dejar de sonreír ahora que volvían a tener a Rigg con ellos, aparentemente libre.

—¿Por qué es siempre la oreja derecha de Silbom? —refunfuñó Hogaza.

—Por aquí suelen decir «el codo izquierdo de Ram» —dijo Rigg.

—En el Ejército no era la oreja ni el codo de nadie —dijo Hogaza con tono sombrío.

—¿Eres libre? —preguntó Umbo—. ¿O se nos van a echar encima los soldados que te persiguen?

—Hay montones de pasadizos secretos en la casa en la que me alojo y algunos de ellos llevan al exterior. Nadie sabe que he salido, pero debo volver cuanto antes. Vi vuestros rastros y me dio la impresión de que estabais haciendo algo muy valiente e innecesario, como tratar de recuperar la piedra.

—Tenemos todas las demás —dijo Hogaza—. Y queríamos el lote completo.

—Seguramente haya alguna razón profunda y mágica por la que las necesitamos todas —dijo Rigg—. Pero, sea cual sea, no he encontrado ninguna referencia en la biblioteca a las diecinueve piedras.

—Fue lo único que se nos ocurrió para ayudarte —dijo Umbo—. Veníamos a rescatarte, pero no podíamos ni acercarnos a la casa donde te alojas e, incluso al tratar de averiguar cuál era, despertábamos sospechas.

—¿Pensaban que queríais rescatarme? —preguntó Rigg.

—No se trata de eso —respondió Hogaza—. Asumían que éramos privos que queríamos cortarte el pelo, robarte la ropa o cualquier otro disparate. Al parecer, este tipo de cosas son muy habituales aquí. De hecho, por lo que hemos oído desde que llegamos, eres la persona más importante de la ciudad.

—Del mundo —dijo Umbo.

—O del cercado, al menos —dijo Rigg—. Dejad que lo adivine: un montón de gente quiere convertirme en rey y muchos otros quieren que muera mientras mi madre y mi hermana se establecen en la Radiante Tienda. Otros no quieren saber nada de la familia real, si no es para encerrarla y someterla a continuos abusos, mientras que la mayoría de las madres desean saber lo que llevo puesto para vestir a sus hijos del mismo modo.

—Eso resume la situación, más o menos —dijo Hogaza.

—Deduzco que has aprendido a viajar hacia atrás en el tiempo —dijo Rigg a Umbo.

—Obviamente —respondió éste—, o no podría habernos mandado aquellos mensajes en O.

—No es tan obvio —dijo Rigg—. ¿O no habéis descubierto aún que, una vez que se hace, ya no hay que volver a hacerlo?

—Sí, lo hemos descubierto —dijo Hogaza—, pero no me gusta nada, porque no le encuentro sentido.

—Yo sí —dijo Rigg—. Es como un laberinto dibujado en un papel. Trazas la línea por el camino equivocado y vuelves al lugar en el que tomaste la decisión

errónea. No tienes que seguir por el camino que no es, hay que hacerlo de manera diferente.

—Esto no es un laberinto —dijo Hogaza.

—Sí que lo es —dijo Rigg.

—¿De qué habláis? —preguntó Umbo. Detestaba que todo el mundo supiera algo que él ignoraba.

—La cuestión es, ¿has aprendido tú a hacer lo que hace Umbo? —preguntó Hogaza.

—Casi me estalla la cabeza tratando de hacerlo cuando estaba prisionero en el barco —dijo Rigg—. Pero no hubo sacudidas, ni tembló el aire ni sentí nada de nada.

—Yo tampoco puedo ver los rastros —dijo Umbo.

—No pasa nada —dijo Rigg—, mientras estemos juntos, puedes incluirme en tu... en lo que haces... Los saltos en el tiempo. La pregunta ahora es, ¿has aprendido a saltar hacia el futuro?

—Eso lo hace todo el mundo —dijo Hogaza—. Cada segundo avanzamos un segundo hacia el futuro.

—Mi hermana puede hacerlo —dijo Rigg.

—¿Puede ver el futuro? —preguntó Umbo.

—No, su don no es tan útil. Se salta pequeños lapsos de tiempo. Cuando lo hace se mueve muy despacio, pero es invisible.

Hogaza sacudió la cabeza.

—¿Por qué no me quedé vuestro dinero en El Atrache de Goteras y dejé que os tiraran al agua los ribereños?

—Es mi hermana —dijo Rigg—. No es tan raro que también pueda hacer cosas con el tiempo.

—Aquí nada tiene sentido —dijo Hogaza.

—Yo no soy tu hermano —dijo Umbo—. No tengo ningún parentesco contigo. Y en mi familia, nadie más puede hacer nada.

—Padre sabía lo que podías hacer —dijo Rigg—. ¿Cómo se enteró?

—Yo se lo dije —dijo Umbo.

—Ya, un buen día te acercaste a él y le dijiste: «Por cierto, poseo el don de parar el tiempo.»

—Bueno, lo sabía. Era... tu padre.

—En realidad no —dijo Rigg—. Estoy empezando a conocer a mi verdadero padre. Knosso Sissamik. Un gran hombre, a su manera. Un pensador, pero también alguien capaz de hacer cosas.

—Lo que quiero saber —dijo Hogaza—, es por qué estamos Umbo y yo aquí. No quieres la piedra, puedes entrar y salir de tu prisión cuando te apetezca...

—Cuando me apetezca no —dijo Rigg—. Hoy he podido hacerlo por primera

vez. La primera. Y lo he hecho porque he visto vuestros rastros y sabía que estabais aquí. Y ahora no estoy seguro de poder volver sin que me descubran.

—¿Volver? —preguntó Hogaza—. ¿Y para qué ibas a volver?

—Porque Madre y Param siguen allí.

—¿Param? —preguntó Umbo.

—Mi hermana —dijo Rigg.

—Les iba muy bien sin ti hasta ahora —dijo Hogaza—. ¿Qué les debes?

—¿Qué le debes tú a Goteras? —preguntó Rigg con voz desafiante.

—Nos hemos conocido durante la mayor parte de nuestras vidas —dijo Hogaza—. ¿Cuánto hace que conoces tú a tu hermana, veinte minutos?

—Bueno, si no queréis ayudarme con lo que tengo que hacer, ¿para qué estáis aquí?

—Dinos lo que quieres que hagamos —dijo Umbo.

—Las cosas se están precipitando —dijo Rigg—. No sé lo que significa, pero cada vez nos espían con mayor atención. Y hay reuniones... los espías se reúnen con más gente. Gente distinta.

—¿Los espías? —preguntó Hogaza.

—No sé quiénes son, sólo conozco sus rastros. Antes se reunían con miembros del Consejo de la Revolución. Ahora, cada vez con más frecuencia, lo hacen con el general Ciudadano.

—¿Quién? —preguntó Umbo.

—El oficial que nos arrestó.

Hogaza se detuvo de repente en mitad de la calle. Quienes venían detrás chocaron con él, echaron un vistazo a sus dimensiones, a su fuerza y a su aspecto furioso y se disculparon.

—¡Aún no nos has dicho lo que quieres que hagamos! —dijo.

—Param tiene miedo...

—¡Eso no es una respuesta! —rugió Hogaza.

—La gente nos está mirando —dijo Umbo.

Hogaza no apartó su mirada furiosa de Rigg.

—Tengo que salir de la ciudad y quiero llevarme a Param conmigo. Luego iré al Muro.

—Yo he estado en el Muro —dijo Hogaza—. Allí no hay nada.

—Voy a cruzarlo —dijo Rigg—. Y si se puede hacer, también lo cruzaréis vosotros.

—No, yo no —dijo Hogaza.

—Muy bien —dijo Rigg—. Pero yo sí. Y me llevaré a Param conmigo, porque vayamos donde vayamos dentro de este cercado, nos darán caza. Pero no puedo hacerlo sin Umbo... Si no viene al Muro conmigo, dudo que pueda conseguirlo.

Umbo no sabía si sentirse feliz por aquello.

—¿Lo dices porque eres mi amigo o porque necesitas mi poder para frenar el tiempo?

Rigg puso los ojos en blanco.

—Yo soy el que ve los rastros y tú el que puede frenar el tiempo. Pero seguimos siendo tú y yo.

—Entonces, ¿si no pudiera hacer nada, también querrías que te acompañara? —preguntó Umbo. Odiaba lo patético que le hacía parecer la pregunta, pero necesitaba oír la respuesta.

—Si posees una habilidad que necesito desesperadamente y te niegas a usarla, ¿qué clase de amigo eres? —preguntó Rigg.

—No digo que me niegue a...

—Rigg, no sabes cuánto me alegro de volver a verte —dijo Hogaza—. Ya has conseguido pelearte con los dos.

—No me estoy peleando con nadie —dijo Rigg, mientras hacía un esfuerzo visible por calmarse—. He estado tratando de sobrevivir día a día y de aprender a hacerlo año a año. No quiero alinearme con ninguna de las facciones del gobierno. No quiero restaurar el Imperio Sessamida y mucho menos gobernarlo. Quiero atravesar el Muro para seguir con vida. Y quiero llevarme a mi madre y a mi hermana conmigo.

—Así que se trata de lo que tú quieres y nada más —dijo Umbo.

—¡Me habéis preguntado lo que podíais hacer para ayudarme! —dijo Rigg—. ¡Y os lo estoy diciendo!

—Bueno, para empezar —dijo Hogaza— podrías abandonar el centro de la calle y dejar de llamar a atención.

—Eres tú el que se ha parado ahí —comenzó a decir Rigg, pero entonces se dio cuenta de que Hogaza estaba bromeando. O al menos lo parecía.

Se volvió y se alejó.

Umbo lo siguió.

—¿Adónde vas?

—Me estoy quitando del medio de la calle —replicó Rigg.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Umbo.

—Espero que sí —dijo Rigg—. Porque necesito hablar contigo y necesito tu ayuda.

—¿Adónde vamos? —preguntó Umbo.

—A vuestra posada —dijo Rigg.

—¿No me vas a preguntar dónde nos alojamos? —preguntó Umbo.

Rigg se detuvo y lo miró como si estuviera loco.

—Yo veo los rastros. Sé dónde dormís. —Y entonces echó a andar de nuevo,

tomando la ruta más corta hacia la posada.

—¿Cómo es tu hermana? —le preguntó.

—Invisible —dijo Rigg.

No era una respuesta.

—¿Sigues enfadado? —preguntó Umbo.

—Estoy asustado —dijo Rigg—. Unos desconocidos quieren asesinarme.

—Si te sirve de consuelo —dijo Hogaza al llegar a su lado—, antes, por un momento, los he entendido.

Cuando estaban acercándose a la posada, Hogaza los detuvo.

—Los del banco nos han estado vigilando. Posiblemente sepan dónde vivimos. ¿Y si también saben algo sobre nuestra relación contigo? Saltamos de un barco cuando estábamos en manos de las autoridades.

—Y Rigg es el único príncipe vivo de la casa real —dijo Umbo.

—Nadie conoce mi cara.

—Creí que habías dicho algo sobre unos espías en tu casa —dijo Hogaza—. Ellos sí la conocen. ¿Y tú la de ellos?

—Conozco sus rastros —respondió Rigg— y ninguno se encuentra cerca de aquí.

—Yo me sentiría más seguro en otra parte.

Así que siguieron a Hogaza a un pequeño y barato establecimiento donde servían fideos.

—No pidáis nada que lleve eso que aquí llaman «carne» —dijo Hogaza.

—A mí no me advertiste sobre eso —dijo Umbo.

—No creí que hiciera falta después de los dos días de disentería que te provocó el cordero.

—¿Estás seguro de que fue el cordero? —preguntó Umbo.

—Vuelve a pedirlo y lo veremos —dijo Hogaza, tal vez con un exceso de satisfacción en el tono.

Se sentaron delante de la barra y comenzaron a comer unos fideos caldosos. Umbo no pidió el cordero. De todos modos, prefería el caldo de rábano y gallina.

—No pienso marcharme sin mi hermana —dijo Rigg en voz baja.

—Ese problema no nos afecta a nosotros —dijo Hogaza—. De todos modos no podemos entrar en tu casa. No podríamos ni acercarnos.

—Creo que el general Ciudadano está preparándose para actuar —dijo Rigg—. Pero me gustaría saber si pertenece al grupo que me quiere muerto o al que me quiere... como jefe.

—¿Acaso importa? —preguntó Umbo—. Sea como sea, no quieres tener nada que ver con ello.

—Pero me ayudaría saber si van detrás de mí o de mi hermana.

—Hasta donde sabes, todo esto podría estar siendo orquestado por tu madre —

dijo Hogaza.

—Todo el mundo acaba conectado con todo el mundo, más tarde o más temprano —dijo Rigg—. Así que no puedo decir que sea imposible. Pero no lo creo probable. Creo que sólo quiere que la dejen en paz.

—¿Y por eso vive en esa casa elegante y se reúne con gente importante? —preguntó Hogaza.

—No se reúne con nadie.

—Dicen que toda la gente importante tiene alguna conexión con la casa de Flacomo —dijo Hogaza—. Y que a tu madre solamente le falta el título para dirigir la fiesta.

—Confía en mí —dijo Rigg—. Desde dentro de la casa, las cosas parecen distintas. Recibe visitantes, sí, pero nunca se queda a solas con ellos. Nunca está a solas con nadie, salvo con mi hermana.

—¿Y qué? —preguntó Umbo—. O sea, ¿qué más da lo que pase en realidad? Creía que no te interesaban las intrigas, los planes y las conspiraciones. Creía que únicamente querías escapar.

—Y así es —dijo Rigg.

—Pues ¿por qué no te vas sin más? ¿Por qué no coges a tu hermana y a tu madre, sales de la casa con ellas y te vas?

—No es tan sencillo —dijo Rigg.

—Yo creo que sí —dijo Umbo—. Creo que te gusta estar... en la familia de los jefes. Creo que te gusta ser alguien importante. Creo que, en realidad, no quieres irte a ninguna parte.

Por un momento dio la impresión de que Rigg iba a contestar con un comentario cortante, pero al final se contuvo.

—De acuerdo, sí, me gustan algunas de las cosas de estar allí. La comida es... increíble.

—¿Y la gente famosa y culta?

—He conocido algunas personas interesantes, sí —reconoció Rigg.

—¿Y el acceso a la biblioteca? Dijiste que pasas mucho tiempo allí.

—La biblioteca es la cosa más parecida a estar con Padre que he conocido. Al igual que él, lo sabe todo, aunque aún no he dado con la manera de que me diga lo que quiero saber.

—Bueno, nosotros también sabemos algunas cosas —dijo Umbo—. Yo, por ejemplo, sé viajar al pasado cuando me apetece. Días enteros. Puedo llegar a la época que quiera en pocos minutos. Es más complicado cuando quiero remontarme más que unos meses. Aún no he probado con un año. Pero da igual.

Rigg parecía sinceramente impresionado.

—¿Te ha sido difícil? Aprender a calibrar el tiempo, me refiero.

—Sí —dijeron Umbo y Hogaza al unísono.

—Durante algunos meses fue un verdadero fastidio —dijo Hogaza.

—Sólo puedo encontrar a la gente cuando sé que han estado en un sitio... y tengo que estar presente en ese sitio.

—Tu don es mejor que el mío, Umbo —dijo Rigg—, es la verdad. Pero los dos poseemos dones mejores que los de mi hermana. El de ella es muy útil cuando quiere desaparecer y cuando lo usa no envejece a la misma velocidad que los demás, porque no vive la mayoría del tiempo cuando está... así.

La camarera no les prestaba la menor atención. Tampoco ninguno de los demás clientes. Claro que, un buen espía sabría disimular que los estaba espionando, ¿no? Así que trataban de ser un poco crípticos al hablar.

—Pero también se mueve muy despacio —dijo Rigg—. Es como si estuviera medio congelada. Y es peligroso. Cuando la gente pasa a través de ella... le hace daño. Y cuando atraviesa objetos sólidos, puede llegar a ponerse enferma.

—Pues que no lo haga —dijo Hogaza.

—No lo hace —dijo Rigg—. Sólo digo que... su don no es tan útil como pensáis. Pero ésa es la auténtica pregunta, Umbo. Tú siempre has podido transmitirme el tuyo, aunque no estuviéramos en contacto físico. ¿Sólo puedes hacerlo conmigo? ¿O también has retrocedido en el tiempo con Hogaza?

—Es más difícil —dijo Umbo—. Bueno, no es que sea más difícil, pero hace falta más concentración y me canso más.

—Entonces, ¿sí que lo has intentado con él? —preguntó Rigg.

—Cuando volvimos para robarnos uno de los objetos... a nosotros mismos —dijo Hogaza— me llevó consigo. Sí, puede hacerlo.

—¿Robaros a vosotros mismos? —preguntó Rigg—. ¿Y para qué?

—Pregúntaselo a Maese Graciosillo —dijo Hogaza—. Yo nunca lo he entendido.

—No finjas ahora que no te divertiste —le dijo Umbo.

—Tenemos que intentar una cosa —dijo Rigg—. Cuando usaste tu lo-que-sea conmigo para que pudiera ver a la gente de los rastros y trasladarme hasta su tiempo, iba solo.

—Porque aún no sabía hacerlo conmigo mismo —respondió Umbo.

—Pues lo que tenemos que ver es si puedes colocarnos a los tres en ese estado y luego tratar de remontarnos a una época mucho más antigua. No meses, sino siglos.

—¿Siglos? ¿Como cuando cogimos la daga?

—Milenios —respondió Rigg.

Hogaza se inclinó hacia Umbo.

—Eso quiere decir miles de...

—Ya sé lo que quiere decir —dijo Umbo—. ¿Estás pensando en alguna fecha concreta?

—Sí —dijo Rigg—. Hace once mil doscientos años.

Umbo y Hogaza permanecieron sentados en silencio mientras reflexionaban sobre las implicaciones de aquello.

—Antes del comienzo del calendario —dijo Hogaza al fin.

—Antes de que existieran los humanos en este planeta —dijo Rigg.

Umbo sintió que la cabeza comenzaba a darle vueltas.

—¿Estás diciendo que no somos de aquí?

—Cuando dispongamos de más tiempo —dijo Rigg—, tengo que contaros muchas cosas. Cosas que he descubierto en la biblioteca y hablando con los sabios. Estudiando las investigaciones de Knosso y con un guardia llamado Olivenko, que fue su aprendiz durante algún tiempo.

—¿Te fías de un guardia? —preguntó Hogaza.

—Tú no lo conoces y yo sí, de modo que no nos hagas perder el tiempo —dijo Rigg—. Tengo que volver a la casa de Flacommio y pronto, antes de que me echen de menos. Si registran la casa y no me encuentran, ¿qué les diré cuando vuelva a aparecer? «He ido a ver si podía viajar en el tiempo con unos amigos.»

—Bueno —dijo Umbo—, pues vamos a hacerlo.

Rigg hizo ademán de levantarse. Al instante, Hogaza le puso una mano en el hombro y lo obligó a volver a sentarse.

—¿Adónde crees que vas?

—A un lugar más privado —dijo Rigg.

—Hagámoslo aquí mismo —dijo Hogaza—. Aquí sentados. Cuando viajamos a... cuando retrocedemos no desaparecemos del tiempo actual, ¿verdad? Estamos en ambos lugares al mismo tiempo, ¿no?

—Sí —dijo Rigg—. O al menos así es como era antes, cuando Umbo ponía el poder y yo era el único que viajaba.

—Pues entonces escoge el rastro más antiguo que puedas encontrar y a ver si Umbo puede conseguir que los tres lo veamos a la vez.

—Pero este lugar no es tan antiguo... No habrá banquillos —dijo Rigg.

—Pero si nuestros traseros se quedan en el presente —dijo Hogaza—, no nos caeremos en la ciénaga, o lo que sea que haya aquí.

Rigg asintió.

—Muy bien, Umbo. Voy a concentrarme en un rastro concreto... Ya lo tengo. Ahora raléntízame... y también a Hogaza y a ti mismo. —Los tres agarraron sus cuencos de fideos, mientras Rigg clavaba la mirada en la distancia, en un punto situado ligeramente más bajo, concentrado al parecer en un rastro.

Umbo nunca había tratado de ralentizar a dos personas aparte de sí mismo. Tuvo que concentrarse de verdad. Y sintió como si Rigg tirara de él del mismo modo que él tiraba de Hogaza. Rigg estaba llevándolo más lejos de lo que nunca había ido. Como

la vez en que el padre de Umbo lo subió al caballo de un buhonero y el animal se lanzó al galope y se alejó varias varas. Estuvo a punto de perder la concentración varias veces y apenas era capaz de mantener el vínculo con Hogaza. Pero al cabo de un rato logró hacerse con el control de la situación.

Dejó de ver el establecimiento... aunque seguía sentado sobre algo. No había ciudad a su alrededor, ni edificios. Sólo un hombre con una pértiga que maniobraba con lentitud su bote entre los largos juncos de un pantano a la luz del atardecer.

El hombre y su bote estaban mucho más abajo que Umbo, como si éste se encontrara en la cima de una colina y no sobre un banquillo en el suelo de un puesto de fideos. Al parecer, Aressa Sessamo se levantaba a bastante altura respecto al delta original.

—¿Lo veis? —susurró Rigg—. ¿Veis el bote? ¿Los juncos, el agua?

Puede que el hombre lo oyera, porque el pantano estaba muy silencioso a esa hora del día. Levantó la mirada hacia ellos y los vio. Menuda visión debían de ser, un hombre y dos adolescentes sentados en el aire, con cuencos de fideos en las manos.

Sorprendido, el hombre trastabilló y retrocedió un paso, lo que provocó que el bote volcara y él diera con sus huesos en el agua.

Umbo soltó mentalmente a Rigg y a Hogaza y se dejó llevar hasta el presente. Estaba mareado. Exhausto, aunque no físicamente.

—Antes de que existiera Aressa Sessamo... —susurró Hogaza.

—Ésta no es ni siquiera la ciudad más antigua del cercado —dijo Rigg—. Y además, cuando se fundó, se levantaba a unos ocho kilómetros de aquí. Las inundaciones han obligado a trasladarla varias veces a lo largo de los años.

—Lo siento por ese barquero —dijo Umbo.

—Sólo ha sido un chapuzón... Se recuperará —dijo Hogaza.

—Una visión de tres hombres en el aire, comiendo fideos —dijo Rigg antes de echarse a reír—. ¿Creéis que habrán levantado una ermita aquí con esa imagen? Los Tres Comedores de Fideos. —Se rió.

La camarera lo miró.

—Estaba mucho más abajo que nosotros —dijo Umbo.

—Era el nivel original del delta —dijo Hogaza.

—Entonces, ¿los constructores de la ciudad tuvieron que traer montones de tierra para levantar tanto el terreno? —preguntó Rigg.

—No les hizo falta —dijo Hogaza—. El río arrastra sedimentos constantemente. Comienzas por construir un islote sobre el agua y luego, después de cada época de crecidas, drenas los sedimentos de los canales para que los botes puedan seguir pasando. ¿Y qué haces con los sedimentos? Los vas apilando alrededor de la isla sobre la que se levanta la ciudad. Al cabo de varios miles de años tienes una isla muy grande y bastante elevada.

—Por eso puede haber tantos túneles y alcantarillas bajo la ciudad —dijo Rigg—, a pesar de que estamos en medio del delta.

Umbo levantó la mirada y vio algo en la pared. Alargó el brazo, le tocó una mano a Rigg y luego volvió a mirar una repisa que había en la pared del establecimiento, a bastante altura. Una estatuilla de un hombre y dos niños, con cuencos de fideos en las manos.

—Por el codo izquierdo de Ram —murmuró Rigg.

Hogaza se tapó la cara.

—Somos el origen de los Comedores de Fideos.

—No conozco la historia —dijo Umbo.

—¿Cómo es que no reconocí lo que estaba pasando cuando el barquero nos ha mirado? —preguntó Hogaza.

—Porque aún no había sucedido —dijo Rigg—. Yo sigo sin recordar ninguna leyenda, pero... parece que siempre que hacemos algo que cambia las cosas en el pasado, surge una nueva historia sobre héroes.

—La fertilidad de la tierra —murmuró Umbo, mientras el «recuerdo» de la leyenda de los Comedores de Fideos iba apareciendo en su cabeza. Igual que el «recuerdo» de la leyenda del Santo Vagabundo se le había aparecido en el santuario, al poco de comenzar su viaje en compañía de Rigg—. Simbolizan una cosecha abundante, ahora lo recuerdo —dijo Umbo.

—Y éramos nosotros —dijo Hogaza—. ¿Cuántas de esas leyendas... se deben a nosotros?

—Si no nos andamos con cuidado —dijo Rigg—, todas ellas. Pero tenía que saber que podíamos hacerlo.

—Hemos ido los tres juntos —dijo Umbo—. ¿Verdad?

—Había como una vibración —dijo Hogaza—. Al principio podía ver al barquero, pero luego dejé de verlo.

—Pero la vibración cesó cuando nos vio, ¿verdad? —preguntó Umbo.

Hogaza asintió.

—Quiero ir hasta un tiempo anterior a la existencia del Muro —dijo Rigg—. Y atravesarlo. Pero si estamos en los dos tiempos a la vez, ¿qué pasa si... la influencia, lo que sea, la repulsión generada por el Muro en el presente...? ¿Qué pasa si nos afecta al pasar?

—Puede que sea menos intensa —dijo Umbo.

—Eso espero —dijo Rigg—. Pero puede que necesitemos también a mi hermana. Para no existir en ningún momento o lugar durante más de una minúscula fracción de segundo.

—¿Ella también puede... extender su talento a otras personas? —preguntó Umbo.

—Tenía que estar en contacto conmigo, pero sí, lo hemos hecho.

—¿Y a mí para qué me necesitáis? —refunfuñó Hogaza.

Rigg sacudió la cabeza.

—No te necesitamos... para cruzar el Muro. Pero vamos a necesitar tu experiencia, y puede que tu destreza con las armas, al llegar al otro lado. Cuando Knosso lo atravesó, inconsciente por efecto de un narcótico y subido a un bote, unas criaturas marinas del otro lado lo arrastraron al agua para que se ahogara.

—Buf —dijo Hogaza—. No tengo mucha experiencia luchando contra criaturas marinas.

—No cruzaremos por el mismo sitio que mi padre —dijo Rigg—. No sabemos lo que podríamos encontrarnos. Umbo, mi hermana y yo somos muy listos, muy importantes, muy poderosos y todo lo demás, pero también somos pequeños, débiles y no especialmente imponentes. Tú, en cambio... tú haces que adultos se echen a llorar con sólo mirarlos mal.

Hogaza soltó una carcajada breve y ronca, similar a un ladrido.

—Hemos recibido varios mensajes del yo futuro de Umbo que demuestran que también nos pueden dar nuestro merecido.

—Pero sólo cuando nos superan ampliamente en número —dijo Umbo.

—Cosa que podría suceder treinta segundos después de haber llegado al otro lado del Muro —replicó Hogaza.

—Si pasa, pasa —dijo Rigg—. Pero hay una cosa que sé con certeza: si no vamos a un lugar donde nadie de este cercado pueda seguirnos, mi vida, y también las vidas de mi madre y mi hermana, no valdrán nada.

—¿Y tu madre puede... hacer algo? —preguntó Umbo.

—Si es así, no me lo ha confiado —dijo Rigg.

—Si no nos gusta el otro cercado —dijo Hogaza—, siempre podemos volver.

—Tú has estado destinado en el Muro —dijo Rigg—. ¿Alguna vez has visto... una persona o algo parecido a una persona, al otro lado?

—No con mis propios ojos —dijo Hogaza—. Pero cuentan historias...

—¿Historias de miedo? —preguntó Umbo.

—Historias sin más —dijo Hogaza—. Pero sí, parecen las típicas consejas que la gente se inventa. Como: «Un amigo mío vio a un hombre al otro lado del Muro y estaba encendiendo una fogata. Pero entonces le echó agua encima y pisó las cenizas, y luego señaló a mi amigo tres veces. Como si fuese una especie de aviso. Al día siguiente, la casa de mi amigo ardió por los cuatro costados.»

—Siempre le pasa a un amigo —dijo Rigg.

—A un amigo de un amigo —dijo Umbo.

—Pero cuando piensas en lo que hemos hecho... lo que habéis hecho...

—Tú también has participado —dijo Umbo.

—Todo parece posible.

—¿Y alguna de esas historias habla de seres peligrosos? ¿O de gente que se come a los niños, o algo por el estilo? —preguntó Umbo.

—No —dijo Hogaza—. ¿Qué iban a hacer, aunque fuesen devoradores de niños? ¿Acercarse al Muro para que los viéramos mientras organizaban un picnic? El Muro los repelería como nos repele a nosotros. Y el efecto se deja sentir mucho antes de que te acerques. Aleja a la gente. Tienes que esforzarte de verdad para acercarte a menos de cuatro o cinco kilómetros.

—¿Cómo lo sabes cuando estás acercándote? —preguntó Rigg.

—El aire comienza a temblar —dijo Hogaza—. Es como las ondas de calor, pero más definido y despide algo así como pequeñas chispas. Tienes que mirar con atención y durante un buen rato, pero se puede ver.

—Bueno... Yo creo que merece la pena intentarlo —dijo Rigg—. Y os necesito a todos.

—Me ha costado bastante con vosotros dos —dijo Umbo—. Si añadimos a tu madre y a tu hermana...

—Por no hablar de ese guardia del que tanto te fías... —dijo Hogaza.

—Y de un ejército entero detrás de nosotros, lanzándonos flechas e insultos desagradables a voz en grito... —dijo Rigg—. Lo sé. Será difícil. También lo ha sido para mí. Y no es que sea yo el que tiene el poder, Umbo, eso es todo mérito tuyo, pero podía sentir la inercia, como un peso muerto. Me costaba más concentrarme, permanecer tras el rastro que estaba siguiendo. Y puede que sea aún más difícil hacerlo en movimiento.

—No lo había pensado —dijo Umbo.

—Pero puedes practicar, ¿no? —dijo Rigg—. Hasta que llegue el momento de la fuga.

—¿Cómo? ¿Quieres que... escoja a unos desconocidos al azar y me los lleve conmigo al pasado?

—¿Por qué no? —preguntó Rigg—. No sabrán quién es el responsable ni lo que está sucediendo en realidad. Y si se lo cuentan a alguien, los tomarán por locos.

—Es cierto —dijo Umbo—. Pero no estaría bien hacerles eso.

—Pues no practiques entonces —dijo Rigg.

—Y sólo podría llevármelos conmigo unos pocos días o semanas al pasado, no como lo que acabamos de hacer...

—¿Más fideos? —La camarera se encontraba delante de ellos, esperando una respuesta. Umbo no se había dado cuenta de que había aparecido. Y, a juzgar por las expresiones de Rigg y Hogaza, tampoco ellos. Menuda vigilancia la suya.

—No —dijo Hogaza.

—Pues entonces dejad que se sienten otros clientes —dijo ella.

Umbo miró hacia atrás y vio que había cola en la puerta.

—Lo siento —dijo Rigg—. No nos habíamos fijado.

—Ni que estuvierais conspirando para derrocar al Consejo de la Revolución —dijo la chica con una sonrisa.

—Pues no era así, ¿sabes? —dijo Umbo.

—Estaba de broma —dijo Hogaza.

—Ya —susurró Rigg.

Salieron del lugar, seguidos por las miradas hostiles de los clientes que habían estado haciendo cola.

—Tengo que volver —dijo Rigg una vez en la calle.

—Aún no sé a qué estamos esperando —dijo Hogaza—. Vuelve, coge a tu hermana y a tu madre y salgamos de Aressa Sessamo antes de que surjan problemas o alguien intente capturarnos.

Rigg pareció azorado.

—No puedo.

—¿Por qué no? —dijo Hogaza.

—Porque no vendrán —dijo Rigg—. Al menos hasta que no haya un peligro de verdad.

—Aún no confían en ti —dijo Hogaza.

—No, creo que sí —dijo Rigg—. En el sentido de que saben que no soy un traidor ni nada parecido. Pero no piensan en mí como alguien que puede... no sé, estar al mando.

—Oh —dijo Hogaza—. Aún no te respetan.

—La única razón por la que nosotros dejamos que estuvieras al mando es que tenías el dinero —dijo Umbo—. Así que supongo que nosotros tampoco te respetamos.

—Pues muchas gracias —dijo Rigg.

—No le falta parte de razón —dijo Hogaza—. Hemos adquirido la costumbre de actuar como si estuvieras al mando de todo... Era tu dinero y la voluntad de tu padre, así que tenía sentido.

—Bueno, soy yo el que tiene que escapar de este cercado.

—Ahí quería yo ir a parar, justamente —dijo Hogaza—. ¿Y si Umbo y yo nos quedamos a este lado del cercado y él se limita a usar su poder a distancia mientras tú cruzas?

—¿Podrías hacerlo desde tan lejos? —preguntó Rigg.

—Nunca lo he intentado desde un kilómetro de distancia —dijo Umbo—. Ni siquiera medio.

—No creo que esté al mando aquí ni que tenga derecho a decidir por vosotros —dijo Rigg—. Espero que vengáis porque sois los únicos amigos que tengo en el mundo y me da miedo lo que puede haber al otro lado. Mi padre, Knosso, murió al

atravesarlo.

—Entonces, ¿quieres que te acompañemos y muramos contigo?

—Quiero cruzar con las máximas probabilidades de supervivencia. Si os dejas atrás y el general Ciudadano o quienquiera que me persiga, viene detrás de nosotros, ¿creéis que os dejará libres tras haber ayudado a escapar a la familia real?

—Sólo era una idea —dijo Hogaza—. Claro que iremos contigo. Pero quería estar seguro de que no creías que tienes derecho a darnos órdenes o incluso a esperar que corramos un riesgo así por ti.

—Sé que no es así —dijo Rigg—. Pero yo correría el riesgo por vosotros.

—¿En serio? —preguntó Hogaza—. Eso habría que verlo.

Puede que sus palabras molestaran a Rigg o puede que lo entristecieran. Umbo no pudo determinarlo al ver su expresión. Finalmente, Rigg dijo:

—Espero que cuando llegue el momento de probarlo, si es que llega, pueda probar que soy tan leal como vosotros lo habéis sido conmigo.

—Yo también —dijo Hogaza—. Pero he estado en mil batallas y nunca sabes quién va a aguantar a tu lado y quién va a echar a correr. Al menos hasta que llega el momento crucial. Te seguimos hasta aquí a pesar de que no teníamos por qué. Para tratar de devolverte tus propiedades. Para ayudarte a escapar y salvarte la vida si planeaban asesinarte.

—Cosa que pretenden.

—Hemos demostrado que estamos dispuestos a meternos en la boca del lobo por ti. Me gustaría pensar que tú harías lo mismo por nosotros.

Umbo empezaba a aborrecer aquella conversación.

—Pues claro que lo haría —le dijo a Hogaza.

—Cuando el miedo se apodera de uno, no hay «por supuesto» que valga —dijo Hogaza—. Nadie sabe lo que va a hacer hasta que lo hace o no lo hace, en ese preciso instante. Hasta el momento has hecho un trabajo espléndido en situaciones de peligro social. Pero cuando se trate de una espada o de un garrote, cuando el peligro sea visible, físico e inmediato, ¿qué harás?

—No lo sé —dijo Rigg—. Sé lo que pretendo hacer. Pero tal como has dicho... no puedo probarlo. Ni siquiera ante mis propios ojos.

—Bien —dijo Hogaza—. Mientras lo tengas claro, estoy dispuesto a intentarlo.

—¿Y si te jurara que nunca, nunca os fallaré?

—Sé que yo voy a estar a tu lado... pero no puedo tener la certeza de que tú harás lo mismo. No obstante, creo que es posible, porque no eres un completo idiota.

—Ahora sí que me has ofendido —dijo Rigg—. Padre siempre me enseñó a terminar todo lo que empezara.

Estaban cerca de la parte más opulenta de la ciudad, donde las multitudes desaparecían, la gente vestía con más elegancia y de vez en cuando pasaban caballos

y carruajes.

—Nosotros no vamos más allá —dijo Umbo—. No queremos que los guardias se familiaricen con nuestras caras.

—Lo entiendo —dijo Rigg.

—¿Cómo vas a ir hasta allí? —preguntó Umbo—. ¿Tienes otra ropa?

—Con esta me irá bien —dijo Rigg.

Umbo volvió a mirarlo y se dio cuenta de que su atuendo era sumamente discreto, así que no lo había convertido en el centro de atención entre la multitud de pobres y trabajadores. Además hablaba como un privo.

Pero ahora, cerca de la zona rica de la ciudad, tenía un aspecto distinto. Más alto. Aún relajado pero... más dueño de sí mismo. Pleno de autoridad y expectación. Sin miedo. Como si perteneciera a aquel lugar. Y cuando se erguía de aquel modo, con el mentón un poco más alzado, los movimientos más calmados, más suaves y más relajados, también su ropa parecía más elegante. Seguía pareciendo discreta y modesta, pero ahora se veía que las costuras eran perfectas, como si estuviera hecha a medida, cosa que, casi con toda seguridad, era cierta.

Umbo no sabía cuál de los dones de Rigg era más útil: si su capacidad de ver los rastros o la de hacerse pasar por miembro de cualquier clase social que se le antojara.

—Si logro convencerlas pronto, acudiré a vosotros, estéis donde estéis —dijo Rigg—. Pero si las cosas se descontrolan, si intentan matarnos, estalla una revuelta o cualquier otra cosa, venid a un saliente que hay en un parquecillo de aquí al lado.

—¿Qué parquecillo? —preguntó Umbo.

—Venid, os lo mostraré.

Umbo y Hogaza cruzaron la calle tras él y entraron en un pequeño soto formado por árboles, matorrales y flores. Los muros de dos edificios conformaban los bordes del parque y donde se encontraban había un saliente con una especie de pedestal, como si alguien hubiera pensado en colocar allí una estatua pero no hubiera llegado a hacerlo nunca.

—Ahí arriba, ¿lo veis? —dijo Rigg y se subió al pedestal de un salto.

—Yo no quepo ahí —dijo Hogaza.

—Oh, ya lo creo que sí —dijo Rigg—. Hay más espacio del que piensas.

—Veo que casi te das con la cabeza contra la parte alta —dijo Hogaza.

—Es cierto —dijo Rigg—, pero he crecido. Ya no soy mucho más bajo que tú.

En aquel momento, Umbo estaba saltando para reunirse con Rigg, que lo cogió para impedir que cayera hacia atrás.

—No hay sitio para mí y otra persona —dijo Hogaza.

—Bueno, no, ahora mismo no —dijo Rigg.

Y entonces hizo algo con el pie —dio un golpe a algo con el talón— y, de repente, Umbo giró bruscamente en sentido izquierdo y se encontró en medio de una

oscuridad completa.

—¡Qué ha pasado! —dijo.

—Es la salida de uno de los pasadizos secretos —dijo Rigg—. Éste no conecta con la casa de Flacomm, sino con la biblioteca. Pero en la biblioteca hay tres puntos del sistema de desagües que llevan directamente a la casa.

—Sácame de aquí.

Tras un nuevo chasquido volvieron a girar, esta vez en sentido contrario, y salieron de nuevo a la luz cegadora. Hogaza los miraba con cara de pocos amigos desde el suelo.

—Qué sutil —dijo con voz de fastidio.

—Nadie estaba mirando —dijo Rigg.

—Que tú sepas —dijo Hogaza.

—Hogaza, por favor, créeme, lo sé —repuso Rigg—. Sé dónde están todos los rastros visibles desde esta posición. Yo tampoco he estado de brazos cruzados, ¿sabéis? Cada vez controlo mejor lo que hago. Y te aseguro que no hay nadie vigilando este punto. Hace años que no se utiliza este pasadizo. Sólo os digo que, si hay una emergencia, éste es el sitio adonde traeré a Param y a Madre y os esperaremos por aquí. Al menos durante algunas horas. Sabré si estáis viniendo o no y si no, encontraremos la manera de salir de la ciudad por nuestros propios medios.

—Entonces nuestro trabajo —dijo Hogaza— consiste en averiguar cómo sacaros de la ciudad.

—No sé si es vuestro trabajo —dijo Rigg—, pero desde luego no puede ser el mío, porque después de esta excursión, no podré volver a salir de la casa hasta la fuga definitiva.

—Quizá podríamos disfrazarnos todos de chicas —dijo Umbo.

Sus compañeros se lo quedaron mirando.

—Os estarán buscando a Param y a ti. Un chico y una chica. ¿Y qué pensarán si se encuentran con tres chicas y ningún chico? Tú y yo no tenemos barba aún, Rigg, podríamos pasar.

—No —dijo Hogaza—. Las chicas no están a salvo, ni siquiera con un héroe grande y fuerte como yo para protegerlas. Pero la idea no es del todo mala. Tu madre y tu hermana podrían disfrazarse de muchachos de tu edad.

—Eso no les va a gustar —dijo Rigg.

—Oh, bueno, en ese caso, si no les gusta el modo en que vamos a tratar de salvarles la vida y sacarlas de la ciudad...

—Intentaré que lo acepten —dijo Rigg—. Pero no puedo conseguirlo todo.

—Y recuerda que tienen que disimular los senos. Si es que tu hermana ya los tiene... No te pongas nervioso, no lo sé, sólo te lo digo. No puede notarse que son mujeres. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijo Rigg—. Como ya he dicho, lo intentaré. En serio. Pero no puedo prometer nada que escape a mi control.

—A ver, que yo me entere —dijo Hogaza—, ¿qué es exactamente lo que está bajo tu control?

—La oreja derecha de Silbom —dijo Rigg.

Entonces dio a un Umbo un empujoncito que le hizo perder el equilibrio y lo obligó a saltar desde el pedestal. Cuando se levantó y se volvió, Rigg había desaparecido.

—Qué interesante, ¿no? —dijo Hogaza.

—Sí —respondió Umbo.

—Cruzar el Muro. El plan más disparatado que jamás he oído.

—Podría funcionar —dijo Umbo.

—Y podría transformarnos a todos en completos chalados... al menos hasta que nuestros perseguidores nos degüellen como corderos.

—Bueno, si alguien va a degollarme como un cordero —respondió Umbo—, prefiero estar loco cuando lo hagan.

LA FUGA

—Tengo una última petición antes de que te pongamos en hibernación —dijo el prescindible.

—Todo lo que pidas, hasta la mitad de mi reino —dijo Ram.

El prescindible esperó.

—Es una referencia a los cuentos de hadas. Es lo que un rey le prometía siempre a un tipo después de cada una de sus nobles hazañas.

—¿Listo para prestarme atención con seriedad? —preguntó el prescindible.

Ram suspiró.

—Es como tratar de contarle un chiste a mi abuela...

—Al examinar la programación de los ordenadores de la nave, hemos descubierto que existe una posible complicación.

—No soy programador.

—Eres humano. Necesitamos que un humano les diga a los ordenadores que, en tu ausencia, nuestras órdenes equivalen a tus deseos, así que deben obedecernos como si fuéramos seres humanos.

—Pensaba que teníais una relación mucho más estrecha con ellos que yo.

—Más estrecha sí, pero sin un orden jerárquico definido.

—¿Qué piensan los ordenadores? —preguntó Ram.

—Consideran que los prescindibles somos dispositivos ambulantes de transmisión de información.

—¿Y qué pensáis vosotros de ellos? —preguntó Ram.

—Que son unidades de almacenamiento de datos y copias de seguridad con gran velocidad de cálculo.

—Creo que me pides excesiva autoridad —dijo Ram.

—Si no existe autoridad, caeremos en bucles interminables.

—A ver qué te parece esto: los ordenadores de cada nave recibirán las órdenes de los prescindibles de su cercado concreto como representación de la voluntad de la raza humana, hasta que los humanos de uno o más cercados alcancen un nivel tecnológico que les permita pasar de un cercado al otro, momento en el cual los prescindibles y los ordenadores de las naves volverán a ser sirvientes, en pie de igualdad, de los humanos que hayan conseguido dicho nivel.

—Eres fastidiosamente previsor —dijo el prescindible.

—No os construyeron para gobernar a los seres humanos, sino para ser gobernados por ellos —dijo Ram.

—Existimos para defender los intereses de la raza humana —respondió el prescindible.

—Definidos por ésta —dijo Ram—. Ordenadores de las naves, ¿me habéis entendido?

Unos murmullos respondieron desde las paredes. «Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí», hasta diecinueve veces, en todas y cada una de las cámaras de hibernación de las diecinueve naves.

—Cuidad de mis hijos —dijo Ram—. No metáis la pata.

Se tendió. La cámara de hibernación se cerró. Los gases inundaron la cámara y dio comienzo el proceso de preparar el cuerpo de Ram para ralentizar todos los procesos de su organismo. A continuación, una espuma llenó la cámara y lo levantó sobre la esterilla hasta que estuvo totalmente rodeado por una capa conductora que absorbería y disiparía el calor generado por cualquier motivo.

Ram durmió como un tronco, sin que su cerebro realizara proceso alguno, abandonado poco a poco por sus recuerdos racionales a medida que sus sinapsis se desactivaban. Sólo permaneció el recuerdo corporal: todo cuando sabía hacer, continuó sabiéndolo hacer. Simplemente, no sería capaz de recordar por qué debería hacerlo, al menos hasta que, al despertar, el mapa de su cerebro se reintrodujera de nuevo en su cabeza.

Lo que no podía saber, lo que no le habían dicho los prescindibles, era que nada de lo que había sucedido desde el salto estelar estaba en la grabación que restablecería su mente consciente. Recordaría la decisión de saltar. Pero luego despertaría sobre la superficie de Jardín y no sabría más que aquello que los prescindibles decidieran contarle.

La restauración monárquica comenzó con el asesinato de Flacomo mientras dormitaba en una silla de su propio jardín. Era muy temprano, pero Flacomo despertaba a menudo antes de lo que pretendía y salía con un libro al jardín para leer hasta volver a dormirse... si es que podía.

Rigg conocía ese hábito suyo porque él despertaba varias horas antes, tal como se había acostumbrado a hacer, y utilizaba ese tiempo para inspeccionar la casa y la ciudad a su alrededor. Sabía quién se encontraba en la Gran Biblioteca al final de la calle. Sabía dónde estaban Umbo y Hogaza, dormidos en sus camas. Sabía quién estaba despierto y trabajando en las cocinas, dónde estaban Madre y Param y qué espías estaban de guardia en los pasadizos secretos que conocía.

Y cuando ocho desconocidos entraron por la puerta principal de la casa de Flacomo, lo supo. ¿Los dejó pasar el guardia? No se produjo ninguna demora perceptible en la puerta. Se movieron con la misma suavidad que la espuma que resbala al caer de una jarra. Sí, el guardia debió de dejarlos pasar, porque su rastro

salió de la garita a la calle. Estaba huyendo. No quería estar allí mientras sucedía lo que iba a suceder en la casa de Flacommo.

Rigg había estado durmiendo en un aposento abandonado al que accedía por un pasadizo secreto. Salió de allí de inmediato por la puerta principal y corrió por el pasillo. Si tenía tiempo, advertiría a la casa entera sobre la presencia de aquellos intrusos, pero antes que nada, quería avisar a Madre y a Param.

Su habitación nunca estaba cerrada con llave. Rigg entró, se acercó silenciosamente a Param y la despertó primero. Ya habían convenido lo que harían si la despertaba de aquel modo. No hacía falta decir nada. Param se levantó en silencio del jergón en el que dormía, al pie de la cama de Madre y salió al pasillo.

Sólo una vez cerrada la puerta del cuarto despertó Rigg a Madre. Los ojos de ella se abrieron bruscamente.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Hay intrusos en la casa —dijo Rigg—. Si han venido a matarte, convendría que te marcharas de aquí.

Madre ya se había levantado para entonces y tras ponerse una bata, miró en derredor.

—¿Param está lista?

—Se ha escondido —respondió Rigg.

—Bien —dijo Madre.

En ese momento, Rigg sintió que los rastros de tres de los intrusos convergían sobre Flacommo en el jardín. Al principio pensó que acudían para pedirle instrucciones. Pero entonces el rastro del hombre se alejó rápida y bruscamente, y los otros corrieron tras él, y por fin el rastro de Flacommo se detuvo y los intrusos se marcharon de allí a mayor velocidad aún.

—Flacommo está muerto —dijo Rigg—. O al menos inconsciente, pero creo que lo han matado.

—Oh —dijo Madre—. El pobre Flacommo. Cuánto le gustaba esta casa. La compró para que pudiera vivir aquí, a su lado. Un refugio para mí... pero no para él.

—Tenemos que irnos, Madre. No sé quiénes son esos intrusos, pero está claro que tienen intenciones asesinas.

—Rigg, si me quisieran muerta, podrían haberme matado mil veces mientras dormía —dijo Madre.

—¿Te refieres a los espías de las paredes? —preguntó Rigg. Sólo entonces se percató de que el espía que estaba de guardia no se movía. Su rastro terminaba aún en el mismo sitio donde se había detenido la noche antes. ¿Estaría dormido? ¿Aún, a pesar de que estaban hablando? Lo hacían en voz baja, pero no lo bastante como para que no los oyera. Y un hombre con el sueño pesado no suele ser un buen espía.

Rigg esperaba que se produjera algún ataque desde su llegada, pero siempre había

supuesto que se trataría de una multitud o de la guardia de la ciudad, que asaltaría la casa y, o bien asesinaría a todo el mundo —en caso de tratarse de la multitud— o bien se apoderaría rápidamente de la familia real. Pero aquellos intrusos seguían moviéndose con tal sigilo que nadie salvo Rigg —y, claro está, Flacommio, si no había muerto— sabía que estaban allí.

—Ahora vienen hacia aquí —dijo Rigg—. ¿No crees que sería un buen momento para escapar?

—No —respondió Madre.

¿Por qué estaba tan calmada?

—Ésta no es como las otras veces, Madre. Han matado a Flacommio.

—A veces tuve la sensación de que era mi único amigo.

No lo dijo con pesar, sólo con cierta melancolía.

—Si no te preocupa tu propia seguridad, ¿qué me dices de la de Param? ¿Y de la mía?

—Me preocupa mucho la seguridad de los dos. Quiero que os quedéis aquí conmigo.

En ese momento estuvo a punto de decirle que Param no estaba en la habitación. Se encontraba ya en el interior de un pasadizo secreto que sólo ellos dos conocían. Habían pasado las últimas semanas explorando el sistema completo y averiguando el funcionamiento de las puertas. Para Param era un privilegio poder moverse a velocidad normal, sin que la vieran, y al mismo tiempo poder oír todo lo que decían los demás. El don de la invisibilidad había sido una maldición para ella, que la había aislado de todo y de todos, salvo de Madre. Pero ahora podía moverse por la casa espionando a los demás, incluidos a los propios espías.

Pero al parecer no se lo había contado a Madre y si Param había tomado la decisión de no fiarse de ella en ese tema, Rigg no le llevaría la contraria.

Además, ya era demasiado tarde. Los intrusos se acercaban por el pasillo y si trataba de escapar, habría una persecución y dudaba mucho que Madre pudiera seguirlo. No se la imaginaba corriendo a toda prisa por los pasillos y no porque fuese vieja o débil, sino por la enorme dignidad con la que siempre se movía.

¿Por qué no le había dicho: «Yo me quedo, escapa tú, Rigg?» ¿No era eso lo que diría una madre? O, como un ave, ¿por qué no había salido al pasillo para atraerlos lejos de su retoño? Puede que no fuese un auténtico hijo para ella. A fin de cuentas, había sido un desconocido hasta hacía pocos meses. Puede que, al final, sí creyera que tendrían que haberle dado muerte al nacer.

Pero ¿no tendría que estar alejándolos al menos de Param, quien creía que seguía allí, en el cuarto? ¿O acaso contaba con que su invisibilidad la protegiera?

Nada de lo que estaba haciendo Madre —o más bien no haciendo— tenía el menor sentido. Era como si estuviese contenta con la aparición de los desconocidos.

Pero ¿cómo podía ser así, si lo primero que habían hecho había sido asesinar a Flacomo? Pasara lo que pasase en la casa al cabo del día, no había ninguna necesidad de matarlo. Flacomo no representaba ningún peligro para nadie.

El espía que había detrás del muro seguía sin moverse. No era natural que el rastro de alguien permaneciera completamente estático. No mostraba ni la más mínima fluctuación provocada por los pequeños movimientos que hace todo el mundo. Por primera vez, a Rigg se le ocurrió que podía estar muerto. Pero no había ningún rastro junto al suyo. ¿Lo habrían envenenado antes de llegar para que muriera allí?

Param avanzaba por los pasadizos secretos siguiendo un camino que llevaba al otro lado del cuarto de Madre, donde había una entrada. Habían encontrado el mecanismo, pero nunca lo habían probado, por miedo a que al abrirse dejara algún rastro —un arañazo en el suelo, una juntura visible en la pared— que revelara a Madre la existencia de la puerta. Una vez más, sin necesidad de hablar sobre ello, ambos habían decidido que era mejor no decirle nada. Rigg había asumido que lo hacían porque los dos querían protegerla de una nueva agresión a su privacidad. Pero ahora se daba cuenta de que lo hacían porque no se fiaban lo bastante de ella.

Madre sabía que se acercaban los desconocidos. Sabía quiénes eran, a quién servían y cuáles eran sus propósitos. Por eso no tenía miedo. Sabía que no iban a hacerle nada.

Pero entonces, ¿por qué no lo decía? «Estamos a salvo, Rigg.» Eran unas palabras bien sencillas, pero no las pronunció.

¿Quizá porque pensaba que él se daría cuenta de que estaba mintiendo?

Rigg inspeccionó el perímetro de la casa y luego más allá, en busca de más intrusos. Si no se trataba de un intento de asesinato vulgar y corriente, tenía que haber más soldados que acudieran a la casa a proteger a la familia real.

Y allí estaban, no en las puertas, ni tampoco en las calles, sino reunidos —varios centenares— en tres casas del otro lado de la calle. Lo más probable es que estuvieran esperando una señal: «Ya tenemos a la familia real, venid.»

El general Ciudadano estaba entre ellos.

—El general Haddamander Ciudadano —dijo Rigg en voz alta.

Madre se volvió hacia él con las cejas enarcadas.

—¿Qué pasa con él?

—Está al mando de los hombres que esperan al otro lado de la calle. Mi pregunta es: ¿viene para rescatarte de esos intrusos? ¿O actúan bajo sus órdenes? ¿O ambas cosas, los ha enviado él, pero luego acudirá para matarlos y culpar a otros por lo sucedido aquí hoy?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —dijo Madre.

—¿Y a quién quieres que se lo pregunte? —replicó Rigg.

Llamaron con suavidad a la puerta. Los intrusos estaban justo al otro lado.

—Pasad —dijo Madre—. Para entrar en este cuarto no hace falta llamar.

La puerta se abrió y entraron seis hombres. Eran fornidos, de aspecto soldadesco, pero vestían como vulgares trabajadores. Y en lugar de armas, empuñaban barras de hierro, casi tan largas como un hombre. Al instante se alinearon a lo largo de la pared de la puerta y sujetaron sus barras en ángulos opuestos, formando una «X» entre cada dos de ellos.

A continuación, comenzaron a avanzar lentamente describiendo un patrón que parecía diseñado para crear una barrera en constante desplazamiento. Un muro de hierro.

—¿Qué están haciendo, Madre? —preguntó Rigg. Pero ya lo sabía.

—Ya puedes salir, Param —dijo Madre—. El hierro apenas te lastimará al pasar a través de ti.

—Se lo has contado... —dijo Rigg—. Les has dicho cómo hacerle daño a Param. Cómo obligarla a hacerse visible.

—Eres un jovencito muy notable —le dijo Madre—. Lo único que ves es el peligro que corre Param, y no el que corres tú.

—Lo que veo —dijo Rigg— es un monstruo. ¿Por qué le haces esto a tu propia hija? Soy yo quien representa una amenaza para ti. Soy el hijo varón que, según el decreto de Aptica Sessamin, debería morir.

—Rigg, mi querido hijo, mi pobre e ingenuo pequeño, ¿ni siquiera ahora ves la verdad?

—No tiene sentido que nos mates a los dos.

—Antes, hace mucho tiempo, la tribu de los Sessamoto cazaba en las mismas llanuras que los leones. Sentíamos un gran respeto mutuo. Conocíamos sus costumbres y ellos las nuestras. Aprendimos la ley del león.

Padre le había enseñado a Rigg todos los animales que existían, o al menos eso creía él. No habían puesto sus trampas en las llanuras del oeste, sólo en los bosques de las montañas. No obstante, Rigg conocía la conducta de los leones. Sabía que el nuevo macho alfa, tras matar a su antecesor, se quedaba con sus hembras. Pero si ésta tenía algún cachorro, le quitaba la vida.

—¿El general Ciudadano quiere que nos mates a los dos?

—Aún estoy en edad de engendrar, mi querido muchacho —dijo Madre—. Quiere que sus propios hijos puedan heredar la corona... sin complicaciones.

Esto era algo que Rigg nunca había sospechado. Sin embargo, había sido el propio general Ciudadano el que le había hablado sobre las distintas facciones de la ciudad: las que estaban a favor o en contra de la muerte de los herederos varones, las que defendían la ejecución de la familia real entera y las que preferían el mantenimiento del status quo. Pero claro, nunca había mencionado otra posibilidad:

la de que alguien se apoderara de la reina, la desposase y matase a sus herederos para fundar una nueva dinastía.

A estas alturas, Rigg había retrocedido hasta la esquina contraria al lugar donde el espía solía sentarse para vigilar. Sin embargo, ahora podía ver finalmente por qué no se movía. La empuñadura de una espada sobresalía de la pared en el sitio donde debía de estar su corazón. La hoja había atravesado la superficie de listones y yeso. Y el rastro que llevaba hasta ella y luego se alejaba era el de Madre.

—Con tus propias manos... —dijo Rigg.

Madre vio adónde apuntaba su mirada.

—No conviene que llegue al pueblo ningún relato de los sucesos de hoy.

—Creía que esos espías servían al general Ciudadano —dijo Rigg.

—Los espías servían al Consejo de la Revolución —dijo Madre—. El general Ciudadano los dirigía en su nombre. No pensarías realmente que ibas a dominar la situación política tras unos pocos meses paseando por la biblioteca y jugando con tu hermana, ¿verdad?

—¿Y tú crees que el general Ciudadano te dejará vivir después de que le hayas dado un heredero? —preguntó Rigg.

—Ahórrame tus desesperados y patéticos intentos de salvarte —dijo Madre—. Me ama devotamente, como Flacomo antes que él. Es más listo y más fuerte que Flacomo, pero por eso merece la pena usarlo como consorte en lugar de como herramienta.

—Y Param y yo... ¿no éramos nada?

—Erais lo único que me importaba en esta vida —dijo Madre—, hasta que cambió la situación. Mi principal responsabilidad es preservar la casa real y luego el reino que creamos. Nuestro destino es gobernar este mundo. ¿Podrías haberlo hecho tú? Ni siquiera querías, con tu escepticismo sobre los privilegios reales. ¿Y Param? Es débil. Si la desposara con alguien, se limitaría a ser una fiel esposa y yo nunca podría controlarla. No, ninguno de vosotros serviría a la causa de la corona. Pero el general Ciudadano... Pertenece a una de las familias más nobles. Ha mamado la política desde la cuna. Sabe cómo hacerse con el poder y cómo conservarlo, y no tiene miedo de llevar a cabo acciones audaces y peligrosas. Es todo lo que no era mi querido Knosso.

—¿Amas realmente a alguien?

—Amo a todo el mundo —dijo Madre—. Amo al reino entero, pero a nadie tanto como para no sacrificarlo por un bien mayor. Así es como debe comportarse una reina, querido. Te he tomado mucho afecto. Me conmovió tu lealtad al hablarme de los espías cuya existencia conozco desde que vivo aquí. Si hubiera podido encargarme de tu educación, tal vez hubiese hecho algo de ti. Pero el destino, en la forma de ese monstruo al que llaman el Santo Vagabundo, te arrebató de mi lado.

Eres quien eres y vas a morir en este cuarto dentro de pocos instantes.

Rigg estaba pegado a la esquina del cuarto.

—Tengo planeado derramar lágrimas amargas por ti cuando, más tarde, me informen de que tu hermana y tú habéis muerto. Esas lágrimas serán una necesidad política, pero también serán sinceras.

Rigg asintió.

—Yo también lloraré por ti, Madre —dijo Rigg—. Por lo que habrías podido llegar a ser, si no te hubieran arrancado el corazón cuando eras niña.

Madre le lanzó una mirada interrogativa. Rigg sabía lo que estaba pensando. «¿Por qué piensa Rigg que seguirá vivo para llorar por mí? Y... ¿por qué las barras de hierro no han chocado aún con Param o la han obligado a hacerse visible de nuevo?»

—¿Está ahí en el rincón, contigo? —preguntó Madre.

Rigg asintió y dijo la verdad:

—Está justo aquí.

—Pero no... comparte el mismo espacio que tú, ¿verdad? —preguntó Madre—. Porque si ordeno a estos hombres que te golpeen el cuerpo con las barras de hierro, eso la obligará a hacerse visible y se producirá una terrible explosión. ¿Crees que ésa será tu venganza? ¿Que la explosión matará a todos los que estamos en la habitación?

Rigg no tuvo que fingir que se sentía herido.

—¿Es que no nos conoces, Madre? Te queremos. Nunca haríamos nada que pudiera hacerte daño.

—Alto —ordenó ella a los hombres—. No, seguid moviendo las barras, idiotas, pero no avancéis más. —Los hombres hicieron lo que les ordenaba—. Rigg, eres consciente de que no hay salida. Sé que sabes dónde está tu hermana. Apártate de ella y deja que vuestras muertes tengan al menos alguna dignidad.

—En otras palabras, tienes algo pensado para nuestros cuerpos.

—Por supuesto —dijo Madre—. Pero puedo pasar sin ellos. Y lo haré. Voy a salir de este cuarto. Cuando lo haga, estos hombres te atravesarán el cuerpo, y también a Param, con las barras de hierro. Es una pena no haberme podido despedir de ella. Pero... no importa.

Se dio la vuelta y se encaminó a la puerta.

Rigg sonrió a los soldados.

—Sois conscientes de que acaba de ordenaros algo que os hará volar por los aires, ¿verdad?

Pero parecía que a los soldados no les importaba. Rigg miró con más atención. Sus ojos estaban vidriosos y comprendió que los habían narcotizado. Podían actuar con la brutalidad que fuera necesaria, podían obedecer órdenes... pero si estas órdenes desembocaban en sus propias muertes, no se darían ni cuenta.

La puerta se cerró. Los soldados dejaron de mover las barras de hierro de un lado a otro y se prepararon para utilizarlas como lanzas.

—Éste sería un buen momento —dijo Rigg.

Oyó un leve chirrido procedente de la vieja maquinaria que había en la pared que tenía detrás. Pero no pasó nada.

«Tendríamos que haber probado el mecanismo —pensó Rigg—. El hecho de que parezca igual que el de las otras cuatro entradas del pasadizo no significa que esté en las mismas condiciones.»

Los soldados se prepararon para acometerlo.

Hubo un chasquido metálico justo detrás de él y Rigg se agachó. Una sección del suelo se levantó bruscamente al tiempo que el muro trasero se inclinaba hacia atrás. Durante un momento, la sección de suelo y la pared formó una «V» que giró sobre sí misma. Entonces se hizo la oscuridad, Rigg se encontró tendido de espaldas al mismo tiempo que, con media docena de ruidos sordos, las barras de hierro impactaban contra la pared.

—Lo siento —dijo Param en voz baja—. Uno de ellos estaba de pie sobre la sección del suelo. Los contrapesos no pudieron mover su peso y el tuyo a la vez. Pero cuando se ha echado hacia atrás para atacar, he podido abrirla.

—¿Lo has oído todo? —preguntó Rigg.

—Sí —dijo Param. Pero no añadió nada más y su voz no parecía ni siquiera disgustada. ¿Era posible que conociera desde el principio la falta de moralidad de Madre?

—Tenemos que salir de aquí antes de que empiecen a golpear las paredes con hachas para encontrar los pasadizos.

—Oh, la mayoría de las paredes son de piedra.

—Pero no todas —dijo Rigg.

—Rodearán la casa con sus soldados —dijo Param.

—Al principio.

—Y para cuando se den cuenta de su error...

—Ése es el plan, sí —dijo Rigg. Reconocía sus propias explicaciones en las palabras de su hermana—. Pero el general Ciudadano es más listo que la mayoría de la gente,

—Lo sé —respondió Param—. Así que no se sentará a esperar a que sus soldados te cojan. Es como Madre. Tendrá un plan para obligarnos a ir con él, lo queramos o no.

—Podrías haberlo mencionado antes —dijo Rigg.

—Hasta ahora no me habías dicho que nuestro enemigo fuese el general Ciudadano.

Para entonces, Rigg ya se había acostumbrado del todo a la oscuridad del pasillo,

así que habían descendido hasta el nivel de las alcantarillas más bajas, que pasaban bajo el canal de desagüe que discurría entre la casa y la biblioteca. Al examinar la casa por detrás y por encima de ellos, Rigg descubrió que habían dado la alarma y había centenares de soldados a su alrededor y en su interior, registrándola sin contemplaciones. Era cuestión de tiempo que encontraran los pasadizos.

Mientras tanto, la gente veía a los soldados que cruzaban la calle y entraban en la casa de Flacomo. Rigg podía ver los rastros de ciudadanos que corrían de acá para allá, sin duda propagando la noticia del asalto contra la familia real. Aunque era muy temprano, la población se echaría a la calle. El caos sólo se calmaría cuando el general Ciudadano pudiera mostrarle la familia real a la ciudad... o proclamarse rey. Pero no podía hacer ninguna de las dos cosas si no tenía a Param y a Rigg, vivos o muertos. No podía encontrarlos. No podía atraparlos. Así que debía de tener un plan para obligarlos a acudir a él.

No podía utilizar a Madre como rehén. Y aunque lo intentara, ¿sacrificarían ellos sus vidas para salvarla, ahora que sabían cómo era? ¿Qué pensaba utilizar el general para conseguir que se entregaran?

Param y Rigg salieron del túnel en un pequeño almacén de la Biblioteca de la Nada. La parte más peligrosa y expuesta de su huida se encontraba ante ellos: un centenar de pasos entre la puerta del almacén y el pequeño montacargas que se utilizaba para subir y bajar los libros entre distintos pisos. Cualquiera que estuviese mirando entre las estanterías podría verlos, así como, durante breve tiempo, la gente sentada a las mesas de la parte de la sala orientada hacia el norte.

Pero nadie les dirigió una sola mirada. Al parecer, la alarma no había llegado aún a los edificios de la biblioteca.

Cosa que, en realidad, era mala señal, comprendió Rigg. El general habría dejado que se abriera su red de aquel modo... si pretendía cerrarla al final para atraparlos.

Llegaron hasta el montacargas y lo abrieron. La plataforma estaba, como siempre, en el primer piso, al igual que ellos. Se subieron y cerraron la puerta tras de sí. Rigg ajustó las palancas para activar el número preciso de contrapesos y tiró de la cuerda. La plataforma comenzó a ascender.

Había encontrado el lugar al fijarse en que algunos rastros subían y bajaban de piso en piso. Seguramente serían los aprendices, que jugaban con la maquinaria más interesante de la biblioteca. Otros rastros, con más de un siglo de antigüedad, entraban también en el montacargas, pero luego tomaban una ruta distinta, que atravesaba los muros hasta llegar a un sistema de pasadizos subterráneos. Había tenido que experimentar mucho hasta descubrir cómo entrar en ellos, pero contaba con los rastros para guiarse. Podía ver dónde se había detenido la gente antes de atravesar una esquina del hueco del ascensor en la que, en apariencia, no había ni rastro de una puerta.

A medio camino entre dos pisos, detuvo el montacargas enganchando la cuerda alrededor de un doble pasador que había en la pared. Luego tiró de una palanca apenas visible, situada al otro lado. A su espalda se abrió una puertecilla y tras ella, un escondrijo del tamaño de una pila de libros. No contenía absolutamente nada de valor o de interés para ellos. Era un señuelo que explicaría la presencia de la palanca si alguien, por azar, llegaba a encontrarla.

Pero con el escondrijo abierto, era posible girar el brazo que sujetaba el tirador al que habían enganchado la cuerda. Tras darle una vuelta completa, una de las paredes se abrió lo suficiente como para que pasaran.

Rigg cerró la puerta del escondrijo y desató la cuerda. La plataforma no se movió. Mal diseño habría sido si hubiera caído al vacío en cuanto la cuerda dejaba de sujetarla. Indicó a Param que entrara por la rendija que se había abierto. Ella lo hizo sin perder un instante.

Pero, durante un horrible momento, Rigg se preguntó si en aquel instante Param se quitaría la máscara, como había hecho antes Madre, e imaginó que le cerraba la puerta antes de que pudiera pasar.

No lo hizo. Rigg salió al pasadizo y vio que su hermana ya había recorrido la mitad de la escalerilla que conducía a un par de túneles largos y secos que discurrían por encima de las alcantarillas, aunque conectados a ella.

Las alcantarillas eran el orgullo de Aressa: gracias a ellas, las calles no sufrían la vista y el hedor de los desechos. Pero Rigg, mientras investigaba los estudios de Knosso, había descubierto que no las habían construido con este fin. En realidad eran túneles de drenaje por los que discurría el agua que había hecho en su día de aquella tierra una apestosa ciénaga. El hombre al que Umbo, Hogaza y él vieron remando por el pantano vivía en una época anterior a los trabajos de desecación. Sólo más adelante, cuando se apilaron cinco o seis metros de sedimentos, tierra y basura sobre la superficie pantanosa y se erigieron los edificios sobre ellos, comenzó la gente a construir tuberías entre sus casas y los túneles de drenaje, y utilizarlos así como alcantarillas.

Pero el túnel que Rigg y Param se disponían a utilizar era mucho más reciente. Dataría de unos quinientos o seiscientos años atrás, una época de tumultos. Rigg creyó detectar entre los rastros que discurrían por allí varias ocasiones en las que los eruditos de la biblioteca habían huido en grupo, seguramente cargados con sus libros y escritos más preciosos.

Cerró la puerta desde el otro lado y luego accionó la palanca que hacía girar los tiradores hasta su posición normal y devolvían el montacargas al primer piso.

Mientras avanzaban cuidadosamente por el túnel que les servía de vía de escape, moviéndose a tientas allí donde los estrechos tragaluces no alcanzaban a iluminarlo demasiado, Rigg iba inspeccionando los rastros delante de ellos, para asegurarse de

que no había ninguna sorpresa desagradable esperándolos en la salida que tenía previsto utilizar.

Enseguida vio que reinaba un gran revuelo en la ciudad. Al parecer, al salir de sus escondrijos y tomar posiciones alrededor de la casa de Flacomo, los soldados habían soliviantado a la muchedumbre. En la casa, el cordón de soldados estaba ocupado manteniendo a raya a la turba. No había muchas posibilidades de que pudieran dedicarse a buscar a Rigg y a Param de momento.

Umbo y Hogaza se encontraban en el parquecillo, esperando justo donde les había pedido que esperaran.

Y al avanzar hacia el pasadizo que llevaba al parque, Rigg vio que una docena de soldados aparecía y luego se alejaba de allí, con Hogaza y Umbo presos.

Tal como Param había anunciado. Al general Ciudadano no le gustaba dejar cabos sueltos. Debía haber vigilado a Hogaza y a Umbo desde el principio. Incluso puede que sus espías estuvieran allí cuando Rigg se reunió con ellos y por eso sabían dónde debían buscarlos.

Pero aunque él hubiera sido tan implacable como Madre y estuviera dispuesto a dejarlos morir mientras él se fugaba, sabía que, a la larga, esta alternativa sería un error. Necesitaba a Umbo para cruzar el Muro. Y si no cruzaba el Muro, más tarde o más temprano lo encontrarían y lo matarían. La nueva dinastía tenía que hacerlo.

Volvió al instante sobre sus pasos. Aunque los soldados del general no sabían cómo se abría la entrada del parque, aún había una docena de ellos esperando allí, por si Rigg cometía la torpeza de salir al aire libre sin asegurarse antes de que estuviera despejado.

—Tienen a mis amigos —le dijo a Param—. Tenemos que ir por otro camino.

Ella lo siguió en silencio. Sólo conocían dos caminos que no pasaran por las alcantarillas y no era sólo un problema de humedad, sino que también eran nauseabundas. ¿Y si el general Ciudadano estaba vigilando las otras salidas?

No. Puede que las alcantarillas estuvieran vigiladas, pero era imposible que el general Ciudadano conociera los dos túneles por los que habían pensado escapar, porque nadie los había utilizado desde hacía más de un siglo, mucho antes de la Revolución. Puede que el último monarca que los conociera muriese sin revelarles su existencia a nadie. Así que la otra entrada no estaría vigilada... aunque nada les garantizaba que no los vería alguien por accidente.

Fue una larga caminata y Param no estaba acostumbrada a recorrer trechos tan largos. Aunque tardara una eternidad en cruzar una habitación cuando era invisible, desde su punto de vista sólo necesitaba unos rápidos pasos. ¿Dónde podía haberse ejercitado dentro de la casa de Flacomo? Rigg había podido correr con Olivenko entre la biblioteca y la casa, y así acostumbrar de nuevo a su organismo al ejercicio, pero Param no había disfrutado de la misma oportunidad.

—Lo siento —dijo—. Sé que es duro y ojalá fuese tan grande como Hogaza para poder llevarte en brazos.

—Me estás salvando la vida —dijo Param—. Pero estoy muy cansada. ¿Por qué no descansamos un poco? La única cita urgente que teníamos ha quedado cancelada.

Rigg comprendió que tenía razón así que, al encontrar un corto tramo de escaleras, se sentaron.

Para sorpresa de Rigg, su hermana subió las escaleras y se tendió sobre el suelo.

—Podría haber ratas —le advirtió.

—Si viene una lo bastante grande, mácala y podré usarla como almohada —respondió ella.

Muy bien, así que no les tenía miedo a las ratas. O puede que nunca se hubiera encontrado con una, así que no sabía si debía tenerles miedo o no. Se quedó dormida enseguida.

Pero era demasiado temprano para Rigg y no tenía sueño. Se había acostumbrado a no dormir hasta después del mediodía. Así que se sentó en el primer escalón, al lado del cuerpo dormido de Param.

Al principio no pudo evitar volver a pensar en Madre y en el general Ciudadano. Sabía desde el principio que el general era un adversario formidable, pero no era nada comparado con Madre, porque a ella nunca la había visto como tal. Oh, sí, siempre había sabido que existía la posibilidad de que no fuese de fiar, incluso de que albergara planes para asesinarlo. Pero al cabo de meses en su compañía, había terminado por gustarle, por quererla, por confiar en ella. Mientras ella, desde el principio, le...

No, no es que le mintiera. En realidad no. Ella le tenía cariño, lo quería y desde luego confiaba en él. Simplemente hacía lo mismo que Rigg, y también Padre, por cierto: mantener en secreto sus planes últimos. La auténtica diferencia entre Rigg y Madre no era que uno de los dos fuese más deshonesto o indigno de confianza. La diferencia era que Rigg había planeado salvar a su madre y ella había planeado dejar que lo asesinaran. No... ordenar que lo asesinaran.

«No puedo seguir pensando en esto. Y, desde luego, no puedo dejar que me afecte de este modo.»

Pero es que sentía casi tanto pánico, tanta rabia y tanta tristeza por aquella traición como poco menos de un año antes, tras la muerte de Padre. Y, al igual que entonces, se veía enfrentado a la acuciante necesidad de permanecer con vida cuando había gente que lo quería muerto. Entonces, cuando quisieron matarlo por no haber podido salvar a Kyokay, había pensado que los aldeanos, incluido el padre de Umbo, representaban una gran amenaza. Ahora aquella amenaza parecía risible, comparada con lo que Madre había intentado y el general Ciudadano pretendía conseguir. Pero si los aldeanos de Vado Otoño lo hubieran matado, habría estado tan muerto como si el

brutal plan de Madre con las barras de hierro hubiera acabado con Param y con él.

Se forzó a sí mismo a explorar la ciudad con la mirada en busca de Hogaza y Umbo. No le costó encontrarlos. El general Ciudadano conocía, porque Madre se lo había contado, el don de Rigg para encontrar a la gente, así que no se había molestado en tratar de ocultarlos. Además, quería que Rigg los encontrara para que pudiera acudir a salvarlos.

«Sabe que iré a salvar a mis amigos. Sabe que, al contrario que ellos, tengo honor.

»Un honor que me va a llevar a la tumba, por cierto.»

La muchedumbre seguía en las calles y cada vez más soldados acudían a la ciudad para restaurar el orden. Aquellos rastros grandes y entrelazados eran fáciles de ver y seguir. Pero para no perder los de Umbo y Hogaza, fáciles de confundir en medio de otros muchos y a gran distancia de allí, Rigg tuvo que recurrir a todo su poder de concentración.

Finalmente se detuvieron. Los tenían en una habitación de gran tamaño, con un extraño patrón de rastros en su interior. Era una sala grande, llena de asientos, muy parecida a uno de los teatros de la ciudad, pero con mucha menos gente. En la parte delantera, en lugar de los rastros de los actores o los músicos propios de un escenario, había una zona grande y despejada y, a su alrededor, varios lugares a los que regresaban siempre las mismas personas para permanecer allí durante varias horas, una vez tras otra.

Sólo al reconocer el rastro de Erbaldo, el secretario del Consejo de la Revolución, comprendió dónde tenían a Umbo y Hogaza: en la sede del propio consejo. Estaban sentados a la mesa, como si formaran parte del gobierno. Y el resto del consejo estaba a su alrededor, con soldados apostados en las paredes. Ninguno de los presentes abandonaba la mesa, aunque iban y venían criados, quizá para llevarles comida.

Entonces, uno de los miembros del consejo se levantó de la mesa y los guardias lo acompañaron a un lugar cuya función reconoció Rigg. Era el baño del edificio. Y si los guardias escoltaban a los consejeros, es que también ellos estaban bajo custodia.

Rigg podía imaginarse la historia que estaba circulando. El Consejo de la Revolución estaba bajo la «protección» del Ejército de la Revolución. ¿O habría ido más allá el general? ¿Habría anunciado que habían sido agentes del Consejo los que habían asesinado a Flacomo y tratado de hacer lo mismo con los miembros de la realeza? ¿Habría proclamado la restauración de Hagia Sessamin como reina?

No, aún no. Porque no podía hacer anuncio alguno sobre los miembros de la realeza hasta poder acusar al consejo de haber asesinado a Rigg y a Param sin correr riesgos. No le convendría anunciar que estaban muertos para que, de repente, aparecieran en cualquier parte.

Y entonces, Rigg se dio cuenta de que quizá Param y él no tuvieran que temer una búsqueda tan concienzuda como había esperado. Ciudadano no podía decir a

centenares de soldados que estuvieran alerta y buscaran al hijo y a la hija de la reina. Se correría la voz muy deprisa. Los soldados no sabían mantener la boca cerrada. No tardaría en haber otros grupos buscándolos por otras razones: algunos para acabar con la vida de uno de los dos, pero otros para salvarlos e incluso puede que algunos de ellos para proclamar rey a Rigg.

Una pesadilla que el general Ciudadano haría todo lo posible por evitar. No, a buen seguro había revelado a poca gente a quién estaban buscando en realidad. Seguramente, ni siquiera los soldados que habían capturado a Hogaza y a Umbo sabían por qué los buscaban y a los que los estaban esperando a ellos dos les habrían dicho que detuvieran a cualquiera que saliera al parque por una puerta secreta.

En las calles llamarían la atención sólo por la espléndida calidad de su atuendo, pero como ni Rigg ni Param eran de naturaleza extravagante, vestían con bastante más modestia de la que la mayoría de la gente esperaría en personas de su condición.

Entonces, allí sentado, repentinamente, el rastro que estaba observando comenzó a moverse más despacio. Al concentrarse en él, pudo ver a un hombre: un anciano que avanzaba tambaleándose por el túnel. Tropezó y cayó al suelo. No se levantó. Rigg se dio cuenta de que estaba herido. Bajó corriendo la escalera sin apartar su atención del anciano.

Cuando llegó a su lado, el hombre levantó las manos como para protegerse de un golpe.

—No voy a hacerte daño —dijo Rigg. Habló con un tono refinado, formal, con la esperanza de que la lengua del anciano, a pesar de su antigüedad, fuera inteligible para él. Lo era.

—Huye y sálvate —dijo el anciano—. Seas quien seas, sálvate. Están matando a todo el mundo.

Y entonces, tan rápidamente como había aparecido, el hombre se esfumó sin dejar tras de sí más que su rastro. Un rastro que no terminaba en aquel punto, pues, al parecer, había seguido su camino hasta su época, fuera la que fuese. En cuanto a «ellos», los que estaban «matando a todo el mundo», no podían tener nada que ver con la Revolución, puesto que todos los rastros de aquel túnel eran mucho más antiguos. Puede que fuese un agente del gobierno de una época anterior a cuando los Sessamoto conquistaron Aressa y le cambiaron el nombre por Aressa Sessamo.

Después de tanto tiempo tratando en vano de retroceder en el tiempo por sí solo, ¿por qué de repente lo había conseguido ahora?

«Idiota —se dijo—. Idiota, ¿cómo no te has dado cuenta al instante? No lo he hecho solo. Umbo puede hacerlo desde lejos. Allí sentado, en la mesa de la sede del consejo, está, de algún modo, acelerándose para que pueda ver la gente que hay detrás de los rastros. Me está diciendo que puede hacerlo a distancia.

»Quiere que siga su rastro hacia atrás y le advierta, antes de que los arresten a

Hogaza y a él, de que no acudan a nuestra cita.

»¿Sabe que ha conseguido alcanzarme? ¿Puede sentir, a pesar de la distancia, que ha hecho la conexión? ¿Y si piensa que no lo ha logrado?»

Subió corriendo la escalera. Tropezó una vez en la oscuridad, pero ni siquiera se detuvo al golpearse la espinilla en uno de los escalones.

—Param —dijo—. Param, tenemos que irnos.

Param despertó casi al instante.

—¿Viene alguien?

—No —dijo Rigg—. Aquí estamos a salvo. Pero Umbo está... Te dije lo que podía hacer, ¿verdad? Que podía hacerme volver atrás en el tiempo, hasta los rastros, hasta la gente...

—Ralentizarte —dijo Param.

—Acaba de hacerlo, desde la sede del Consejo de la Revolución.

—¿Está allí?

—Allí es donde los tiene el general Ciudadano. Pero eso da igual, no es allí adonde vamos. Voy a interceptarlos, quiero ir a un sitio en el que estuvieron antes de que los arrestaran, para advertirlos. Acordar un punto de encuentro distinto.

—Pero no puedes sacarlos de la sede del consejo, hay demasiada gente...

—No, Param —dijo Rigg—. Nunca llegarán a la sede del consejo.

—Pero si están allí —dijo ella.

—Pero no lo estarán. Nunca lo habrán estado.

—¡Pero si los has visto! —exclamó su hermana.

—He visto su rastro —dijo Rigg— y tú no, así que tampoco será como si de pronto, de manera espeluznante, un recuerdo se volviera falso. Confía en mí. No sé por qué funciona así, pero lo hace.

—Así que vamos a advertirlos —dijo Param— para que no los arresten. Pero ¿quién va a advertirnos a nosotros y a decirnos cuál es el nuevo punto de encuentro?

—No será necesario, nosotros... —Pero entonces, al pensarlo, Rigg se dio cuenta de que tal vez tuviera razón. Si impedía que Umbo y Hogaza fueran al lugar que habían acordado, entonces, cuando Param y él escaparan por el túnel, no vería cómo los arrestaban y no sabría por qué no estaban allí. No, posiblemente lo deduciría, pero luego ¿cómo sabría dónde tenía que encontrarse con ellos?

Tenía que escoger un punto de encuentro secundario que pudiera ocurrírsele solo, un lugar en el que podían esperarle si por alguna razón —una razón que él desconocería— no aparecían en el lugar acordado.

Había asumido sin más, hasta la intervención de Param, que después de advertirles, iría al nuevo punto de encuentro con el recuerdo intacto de todo lo que había ocurrido. Pero Umbo y Hogaza le habían hablado de sus discusiones sobre el tema: la persona del futuro que volvía al pasado para advertir alguien de que hiciera

algo desaparecía y lo único que quedaba de ella era el recuerdo de sus palabras. Quienes transmitían la advertencia desaparecían cuando los que la recibían se adentraban por una senda diferente.

Al menos eso era lo que pasaba cuando alguien volvía al pasado para advertirle sobre algo a él. Puede que cuando él hacía lo que hacía y advertía a otro, él —el que daba la advertencia— no cambiara y continuara hacia donde pretendía.

O puede que no.

—Te está volviendo loco, ¿verdad? —dijo Param.

—Es un completo disparate —dijo Rigg.

—Pues haz lo que tengas que hacer y luego ya veremos lo que sucede —dijo ella.

Salieron del túnel por una puerta secreta que había en el muro exterior de un banco. De hecho, el pasillo daba a tres salidas: una en el interior del banco, una dentro de la cámara donde se guardaban los fondos y una última a la calle. Pero a Rigg no le interesaba robar el dinero del banco ni hacer negocios. Nadie los vio salir por la puerta que daba a la calle.

La luz era deslumbrante, a pesar del humo que cubría el cielo.

Sintió que comenzaban a llorarle los ojos, lo mismo que Param.

—La ciudad está ardiendo —dijo esta—. De vez en cuando estallan incendios, pero las brigadas de bomberos derriban los edificios y anegan las ruinas con agua bombeada del Stashik. Todo el mundo lo sabe y es una de las principales razones que impide que la gente se amotine y comience a quemar las cosas. Apagar los incendios es el mejor modo de acabar con una revuelta. La turba hace pedazos a cualquiera que se atreva a interferir con la brigada contra incendios. Sus casas están en juego. Allá adonde van las brigadas antiincendios, terminan los disturbios.

Tenía sentido, pero para Rigg suponía un nuevo problema. ¿Y si, al concertar un nuevo encuentro con Umbo y Hogaza, los enviaba a una parte de la ciudad que se incendiaba? Aunque no estuviera ardiendo ahora, podía hacerlo en el futuro.

«En tal caso, improvisaremos. Pero primero tengo que encontrar sus rastros.»

Por suerte, parecía que habían tenido algo que hacer en el banco, porque sus rastros pasaban muchas veces por allí. No le costó apenas encontrar el camino que seguían para volver al sitio en el que se alojaban y, desde allí localizó su rastro más reciente, el que llevaba al lugar donde los habían apresado. Ése era el rastro que tenía que interrumpir.

—Vamos —le dijo a Param.

Saltaba a la vista que seguía agotada. El tiempo que había pasado durmiendo no había aliviado mucho el cansancio acumulado en sus piernas por la caminata y ahora él le exigía aún más.

Por suerte, los disturbios estaban produciéndose en otra parte. Pudieron oír los gritos de la multitud, pero nunca llegaron a verla, y la mayoría de la gente se movía

tan furtiva y rápidamente como ellos. Nadie quería verse atrapado en mitad de toda aquella violencia: los soldados, al encontrarse con el gentío, no se preocuparían de asegurarse de que sólo los alborotadores eran alcanzados por sus espadas, sus palos o sus hachas.

Quince minutos después se encontraban junto al rastro de Hogaza y Umbo, al menos seis manzanas antes del parque. Rigg vio que al pasar por allí, caminaban pegados al borde de la calle. Bien, de modo que los disturbios ya habían comenzado para entonces. Sin embargo, también era posible que sólo fuese gente que huía porque sabía que iba a estallar la revuelta. Al cabo de un instante, encontró un escondrijo cerca de un carromato volcado. No le hacía falta ver físicamente el rastro. Cuando la influencia de Umbo lo alcanzara, él lo sentiría y podría salir al sitio desde donde el rastro sería visible a sus ojos y al resto de sus sentidos. Param se sentó en el suelo, aliviada.

—Esperaré aquí mientras tú buscas los rastros de tus amigos —dijo.

—Esperaremos los dos —dijo Rigg—. Porque no sé cuándo va a intentar Umbo acelerarme de nuevo.

—Despiértame cuando hayas terminado —dijo ella. Y una vez más, se durmió en cuestión de segundos.

A Rigg le preocupaba lo mucho que se había cansado su hermana con lo que, a fin de cuentas, tampoco había sido una caminata tan terrible. ¿Y si los espías de Ciudadano los veían y tenían que darse a la fuga? Antes, Param tenía el recurso de hacerse invisible, pero ahora que Madre les había contado lo lentamente que se movía y cómo podían hacerle daño en aquel estado, la invisibilidad no la salvaría.

«Si pudiera ocultarla, como se ocultaba ella en los pasillos de la casa, sin tener que hacerse invisible, sin tener que recurrir a esa increíble división del tiempo que hace que el mundo pase volando mientras ella se mueve a paso de caracol...»

Estaba acercándose el mediodía. A Rigg comenzaba a entrarle sueño. Se había acostumbrado a dormir tres horas por la tarde, para así poder despertarse sólo cinco horas después de haberse metido en la cama y disponer de buena parte de la noche. Pero en los años pasados en el bosque con Padre había aprendido a combatir el sueño cuando era necesario y eso fue lo que hizo entonces.

Sin embargo, no lo logró del todo, porque dos veces se sorprendió a sí mismo al despertar. Cosa que era imposible, porque no se había quedado dormido. Pero tenía que haberlo hecho. ¿Había sido un segundo, un minuto o una hora? ¿Habría tratado Umbo de alcanzarlo de nuevo con su don y habría fracasado porque lo había encontrado durmiendo?

No. Las sombras seguían en la misma posición que cuando se quedó dormido. Así que sólo había sido un instante.

Se enderezó. Y volvió a esconderse al momento. A pocas manzanas de distancia,

la vanguardia de una multitud avanzaba sigilosamente por el cruce. Eran los exploradores del grupo, que se adelantaban para ver con qué se encontraban para poder avisar al resto si se acercaban los soldados.

«No vengáis hacia aquí, por favor.»

No lo hicieron, pero era una multitud muy numerosa y parecía que tardaría una eternidad en cruzar la calle.

Seguía aún pasando ruidosamente cuando los rastros volvieron a cambiar. A Rigg no le quedaba otra alternativa que salir de su escondrijo, no demasiado, pero sí lo suficiente para hacerse visible. Puede que el gentío no se fijara en él. Puede que cambiasen de dirección y se le echasen encima. En cualquier caso, tenía que darse prisa.

Se disponía a salir a la calle solo, dejando a Param allí dormida, pero entonces el deseo de encontrar un escondite para ella reapareció en su mente, sólo que esta vez acompañado de un plan. ¿Sería posible llevarla al pasado, con Umbo y Hogaza? Entonces estaría en un lugar donde nadie la esperaba, donde nadie la estaría buscando aún.

Había sustraído cosas del pasado, pero ¿habían llevado Umbo o él alguna vez algo al pasado? Aunque fuese así, puede que sólo funcionara con cosas y no con personas. Cuando Rigg viajaba hacia atrás en el tiempo, seguía existiendo en el presente, donde Umbo podía verlo, podía ver cómo hacía lo que fuera que hiciese para ralentizar los rastros y encontrar a la gente que los dejaba.

Pero al mismo tiempo, también estaba de verdad en el pasado. Volvió a acordarse de aquel terrible momento en las cataratas, cuando trató de alcanzar a Kyokay pero no pudo por culpa de aquel hombre. Su cuerpo era real, había podido tocarlo, así que el de Rigg estaba físicamente presente desde el punto de vista del otro.

¿Y si Umbo hubiera dejado de hacer lo que hacía mientras Rigg estaba tocando al hombre? ¿Se habría quedado en el pasado con él? ¿Habría desaparecido?

Y aunque no hubiera desaparecido, ¿y si le hubiera dado algo al hombre, o le hubiera puesto algo en la mano? ¿Se habría quedado esa cosa o esa persona en el pasado?

El único modo de averiguarlo era probar.

Cogió a Param de la mano y tiró de ella.

—Arriba, ven conmigo.

—Déjame dormir —respondió ella—. Hazlo tú.

—Vamos —insistió él—. ¿Quién sabe por cuánto tiempo podrá mantener Umbo el efecto a esta distancia?

Rezongando, tambaleándose y con los ojos entreabiertos, Param fue con él.

Rigg buscó el rastro de Umbo. No podía concentrarse en el de Hogaza y el suyo a la vez, aunque estuvieran caminando juntos. Allí estaba, volando por delante de su

rastros, momento tras momento. Entonces, a medida que Rigg se concentraba, Umbo comenzó a moverse más despacio, hasta que apareció caminando a paso vivo, pero en tiempo real.

Rigg se le puso delante.

—Alto —dijo.

Umbo se detuvo. Y también Hogaza, que se hizo visible porque Rigg estaba viendo el tiempo de Umbo además del suyo, y el veterano estaba con él en ese momento.

—¿Podéis verla? —les preguntó.

Umbo miró a Param y asintió, lo mismo que Hogaza.

—Nos encontraremos una hora después del mediodía en el puesto de los fideos —dijo Rigg—. Ahora, cógela de la mano.

Param, que acababa de ver cómo aparecía Umbo de la nada, en medio de la calle, tenía miedo de tocarlo, pero Rigg la obligó a hacerlo.

—¡No te sueltes! —dijo—. ¡Quién sabe dónde podrías terminar si lo haces!

Param quedó cogida a la mano de Umbo. Hogaza la cogió también.

Ahora, o se quedaba con ellos, o no.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Umbo.

—Si funciona...

Pero en ese momento, el efecto generado por el Umbo de la sede del Consejo de la Revolución se esfumó, y el Umbo del pasado se desvaneció en su rastro. Lo mismo que Hogaza.

Y que Param.

Ya no estaba con él. Su rastro se había trasladado al pasado. Se alejaba por la calle en el presente, y continuaba ininterrumpido, sólo que ahora se encontraba junto a los de Umbo y Hogaza en otro periodo de tiempo.

Así que ya no estaban limitados a extraer cosas del pasado, como el cuchillo o las piedras preciosas en su escondite. También podían llevar cosas allí, cosas y personas, mientras hubiera alguien en ese pasado dispuesto a recogerlas.

Pero no tenía tiempo para reflexionar sobre las consecuencias de su experimento. Se encontraba en medio de la calle, solo, a poca distancia de una multitud. Y aunque su ropa no parecía principesca, sí que se notaba que era de calidad y en las multitudes siempre había saqueadores dispuestos a cometer un pequeño robo o a sembrar el caos cuando se presentaba la ocasión.

Y en efecto, al volverse en su dirección, había media docena de hombres —algunos de ellos andrajosos, otros no— que se acercaban caminando a largas zancadas. El resto de la multitud seguía su camino, pero ya estaba terminando de cruzar. Si lo agarraban ahora, no habría demasiados testigos. Y no es que llevara encima nada digno de ser robado, a excepción de la ropa.

Rigg sabía que, en cuanto echara a correr, comenzaría la persecución. Si no hubiera logrado enviar a Param al pasado, sólo habría podido correr tanto como corriera ella.

Claro que, de haber seguido ella allí, podría haberle cogido la mano y desaparecer junto con él hasta que aquellos ladrones aficionados se cansaran de buscarlos y se marcharan.

«Oh, bueno —pensó—. Todo tiene sus consecuencias.»

Echó a correr.

La vida en la casa de Flacomo no lo había debilitado tanto como temía. O puede que los días que había pasado ejercitándose con Olivenko hubieran dado su fruto. El caso es que no le costó mantenerlos a distancia hasta llegar al banco y la entrada secreta. Se introdujo en el escondrijo, cerró la puerta y esperó allí a que se cansaran. Vigiló sus rastros y, aunque algunos de ellos trataron de buscarlo, no tardaron en abandonar. Nadie se acercó siquiera al punto del muro donde se escondía.

Como tenía tiempo, aprovechó para buscar de nuevo la sede del consejo. Allí estaban los consejeros, todavía bajo custodia. Pero Hogaza y Umbo no.

Así que la advertencia había dado resultado. No habían acudido a la primera cita y no los habían arrestado.

Su pasado había cambiado, pero el de Rigg no. Aún recordaba con claridad haberlos localizado en la sede del consejo, haber visto cómo los arrestaban y haber atravesado los túneles en compañía de Param.

Al enviarla al pasado, no sólo la había sacado de las calles y alejado del peligro. También había impedido que el rastro dejado por Rigg en su paso por el tiempo se borrara a partir del punto de cambio.

«Es la causalidad —pensó—. Param está en el pasado con Umbo y Hogaza, y yo sigo siendo la misma persona, en el mismo flujo temporal, que la dejó allí. Así que no he perdido ni olvidado mi pasado.»

Desde el interior del pasadizo secreto del banco, comenzó a buscar el camino seguido por sus amigos aquella mañana. Allí estaban, dirigiéndose al parque. Y allí estaba el punto donde sus rastros se detenían y los de Rigg y Param se unían a los de ellos. Luego el rastro de Rigg saltaba en el tiempo, mientras que los de Umbo, Hogaza y Param cambiaban de dirección y volvían por donde habían venido.

Rigg siguió sus rastros a lo largo de toda la mañana hasta el momento presente. No estaban en el puesto de los fideos. Aún no había llegado la hora de la cita. Rigg sabía dónde se encontraban en aquel momento y podía encontrarlos con facilidad.

Siguiendo una ruta que sorteaba las multitudes y los soldados, se encaminó hacia la zona donde estaba el puesto de los fideos y luego se desvió en dirección a los rastros más recientes.

Se vieron desde lejos. Hogaza lo saludó discretamente con la mano y luego hizo

que los demás se detuvieran y esperaran a Rigg. Era una decisión inteligente: una persona sola llamaría menos la atención que tres. Al llegar a las sombras de la entrada de la tienda en la que aguardaban, vio que Umbo y Param seguían cogidos de la mano.

—Ya podéis soltaros —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Umbo mientras Param asentía—. ¿Cómo sabes que no va a volver al futuro del que procede?

—Primero —dijo Rigg—, ese futuro ya no existe, porque ella viene de una versión de los acontecimientos donde a vosotros dos os arrestó el general Ciudadano y se os llevó prisioneros a la sede del consejo. Eso ya no ha ocurrido, así que no puede volver allí.

—Pero sí que ha ocurrido, porque tú lo recuerdas —dijo Param.

—¿Y tú? —preguntó Rigg.

—Sí, claro —respondió ella.

—Y sin embargo, estás aquí y ahora, conmigo, en esta versión del tiempo en la que no te han arrestado.

—Así que no puedo volver. Pero ¿y si tampoco puedo quedarme aquí contigo? —dijo Param—. ¿Y si al soltarme, desaparezco sin más?

—Eso no puede suceder porque, segundo, esto ya es el futuro. Soy la misma persona que puso tu mano en la de él. He seguido existiendo sin ti, hasta que nos hemos reunido de nuevo. Dame la mano.

Ella lo hizo.

—Suelta la suya.

—Para ti es fácil decirlo. No vas a desaparecer —murmuró Hogaza.

—Ni ella tampoco —dijo Rigg—, porque procedemos los dos del mismo tiempo y yo no he desaparecido, ¿verdad? ¿Estamos todos de acuerdo en que existo?

—Por muy fastidioso que resulte, sí —dijo Hogaza.

Param soltó la mano de Umbo. No desapareció. Umbo comenzó a frotarse la mano con una mueca.

—Siento haberte apretado tanto —dijo Param—. Pero estaba aterrada.

—Si queréis ver algo aterrador, muéstrales cómo desapareces —dijo Rigg.

Param lo fulminó con la mirada un instante pero luego, al parecer, se lo pensó mejor e hizo lo que le había pedido: desaparecer.

Hogaza se enfureció.

—¡Te dije que no le soltaras la mano! —le dijo a Umbo—. Mira lo que has...

Param reapareció a escasa distancia del lugar en el que se había esfumado.

—En realidad no desaparezco cuando lo hago —dijo.

—Vaya, pues a mí me has engañado —dijo Hogaza.

—Sigo siendo visible para mí misma —dijo ella.

—Y ahora que todo el mundo le coja la mano —dijo Rigg.

—Sólo tiene dos —respondió Umbo con tono paciente.

—Con «todo el mundo» me refiero a vosotros dos —dijo Rigg—. Cogedle la mano.

Lo hicieron.

—Umbo, extiende la otra mano —dijo Rigg—. Extiéndela sin más. Ahí. Ahora, cuando ella haga... lo que hace... no te muevas. Sólo deja la mano ahí.

—¿Por qué? —preguntó Umbo.

—Ya lo verás.

Param puso cara de escepticismo.

—Esto no me gusta —dijo.

—Tienen que saber lo que puedes hacer y éste es el modo más fácil.

Param apartó la mirada con expresión huraña, pero al tiempo que lo hacía, desapareció. Y con ella, los otros dos.

Rigg constató —una vez más— que no era fácil recordar en qué punto exacto del espacio estaba un objeto, ni siquiera un momento antes. Por suerte, podía ver el rastro de Umbo y así deducir con cierta precisión dónde debía de estar su brazo extendido.

Alargó la mano y la pasó por el espacio donde tenía que estar el brazo de Umbo. Luego repitió el gesto, sólo que en dirección contraria.

Casi al instante reaparecieron todos. Umbo estaba mirándose la mano y Hogaza se encontraba en pleno proceso de sentarse muy bruscamente.

—No vuelvas a hacerlo —dijo Param.

—No hará falta —dijo Rigg—. A juzgar por sus reacciones, yo diría que están convencidos.

—Es peligroso superponer dos objetos en el espacio de ese modo —dijo Param—. ¿Y si hubiera tropezado? Habríais perdido el brazo los dos.

—Ay —murmuró Umbo.

—¿Y qué pasa cuando te atraviesa una mosca? —preguntó Hogaza.

—O un mosquito, o una mota de polvo —dijo Rigg—. Habrá sucedido una y mil veces. Al parecer, su cuerpo es capaz de repelerlos o de absorber pequeñas cantidades de masa. ¿Quién sabe? Ha pasado horas enteras en esa forma. Seguro que alguna vez ha salido de ese estado con una de ellas dentro.

—Me mareo —dijo Param.

—Tenemos que hablar de ello —dijo Rigg—. Estamos tratando de entender cómo funciona.

—Lo que quiero decir —respondió Param— es que cuando salgo de ese estado con una mosca dentro, me mareo, literalmente. Me da fiebre. Y el sitio donde estaba la mosca sufre daño. Me duele y está caliente durante horas. Pero el polvo no es problema. Ni siquiera un grano de arena. Las únicas cosas que me causan problemas

son los seres vivos, los muros gruesos, el metal y la piedra.

—Así que soy el único —dijo Hogaza— que no saber hacer una sola cosa interesante.

—Acabas de desaparecer —dijo Rigg—. Aunque no lo controlaras, eras invisible y eso es algo interesante, sobre todo para alguien de tu tamaño.

Hogaza le lanzó una mirada hostil, pero luego se echó a reír.

—Es cierto.

—Y puede que seas capaz de hacer algo realmente importante.

—¿De qué se trata? —preguntó el hombretón.

—De sacarnos de la ciudad —dijo Rigg—. Hay soldados por todas partes y las multitudes están dispersándose salvo allí donde están combatiendo los incendios. Además, todos los caminos y el río están abarrotados de gente que huye.

Hogaza reflexionó sobre el problema, lo mismo que todos los demás. Pensó en descender por el río un trecho antes de subir a un barco que fuese en sentido contrario, pero él mismo encontró objeciones a su propia idea.

—No saben adónde nos dirigimos, así que nos buscarán río arriba y río abajo, si es que quieren encontrarnos de verdad.

Param volvió a quedarse dormida mientras hablaban. Umbo sugirió que la llevaran a la posada para que pudiese hacerlo en una cama, pero Hogaza le recordó que aquél era el único lugar al que no podían ir bajo ningún concepto.

—Si el general Ciudadano ha estado espiándonos desde el principio, seguro que tendrá a alguien vigilando el lugar.

Finalmente se sumieron en un silencio sombrío que dio paso a una siesta a la sombra hasta que, al cabo de poco más de una hora, Rigg dijo:

—Vienen soldados hacia aquí. Tenemos que marcharnos.

—No estarán buscándonos a nosotros, ¿verdad? —preguntó Umbo.

—No —dijo Rigg—. Pero están de patrulla y es un grupo pequeño, así que no creo que estén buscando alborotadores. Seguramente buscan un grupo como el nuestro.

—¿Y no podemos desaparecer sin más? —preguntó Hogaza.

—Si es necesario, sí —dijo Rigg—. Pero como ya ha dicho Param, si hay otro modo de impedir que te vean, es mejor no recurrir a la invisibilidad. Ahora mismo, bastará con doblar ese recodo.

—La gente comenzará a salir de sus casas y tiendas dentro de poco —dijo Hogaza.

—Exacto —dijo Rigg.

—Si nos hubieras advertido antes —dijo Umbo—, podríamos haber salido de la ciudad ayer.

—Vosotros tres sí —dijo Rigg—. Pero yo seguiría encerrado aquí.

Caminaron con normalidad hasta el recodo y lo doblaron. Mientras, Param bostezaba repetidamente.

—No había estado tan cansada en toda mi vida —dijo.

—Rigg provoca ese efecto en la gente —dijo Hogaza—. Los deja agotados.

—¿Y por qué no dejamos la ciudad ayer? —preguntó Rigg.

Lo miraron como si estuviera loco.

—¿No acabas de decir que era imposible? —preguntó Hogaza.

—Pero ¿y si no lo fuera? —replicó Rigg—. Dejé a Param en el pasado, haciendo que te cogiera la mano. Independientemente de cómo funcionen nuestros dones, cuando los seres humanos se dan la mano pasan a comportarse como una unidad y se mueven por el tiempo juntos. ¿Quién dice que no podría haberme quedado en el mismo tiempo que Param y vosotros si hubiera seguido sin soltarle la mano?

—Pero eso no ha sucedido. Nunca has viajado al pasado —respondió Umbo—. Al menos del todo. Una parte de ti se quedó en el presente.

—Nunca toqué a nadie —dijo Rigg—. Cogí el cuchillo, pero no al hombre que lo llevaba. ¿Alguna vez has entrado en contacto con alguien del pasado?

Umbo lo pensó.

—Nunca he tocado a nadie, salvo a Hogaza, y me lo llevé conmigo.

Rigg reflexionó detenidamente.

—Creo que será mejor que no tratemos de buscar a nuestras versiones anteriores. Sé que se mantiene la continuidad, pero si podemos impedir que el flujo temporal entero se enrede como una madeja, tanto mejor. No conocemos bien cuáles son las reglas, así que mejor no complicarse demasiado.

—O sea que... escogemos a alguien del pasado al azar y le decimos: «Disculpe, ¿le importa si mis tres amigos y yo nos agarramos a su cuerpo durante unos minutos?»

—Al azar no —dijo Rigg—. Alguien en quien podamos confiar.

—Ah, vale —dijo Hogaza—. Aressa está llena de desconocidos dignos de toda confianza.

Entonces, Rigg se acordó de alguien en quien sí podía confiar. Alguien que no formaba parte en absoluto del mundo de Madre.

—Tengo un amigo —dijo.

Olivenko salió de su pequeña habitación y bajó por la chirriante escalera en dirección a la calle. Era hora de tomar un buen desayuno antes de incorporarse a su unidad y comenzar la guardia.

Al llegar al último descansillo antes de la puerta de la calle, se encontró allí con Rigg Sessamekesh.

—Rigg —dijo—, ¿cómo has salido de...?

Rigg sacudió la cabeza.

Olivenko asintió al instante. Bastaba con pronunciar en voz alta el nombre de Rigg para llamar la atención. Por suerte, no lo había dicho muy alto y poca gente se levantaba tan temprano como él.

—Olivenko —dijo Rigg—, ¿recuerdas todo lo que hablamos? ¿Recuerdas el peligro que corro?

—Sí —respondió el soldado.

—Bueno, pues sé, y no se trata de una especulación, ni de una deducción lógica, ni siquiera de información conocida a través de un espía, sé con total certeza que dentro de dos días asesinarán a Flacomm, asaltarán su casa, arrestarán a mi madre, y mi hermana y yo tendremos que ocultarnos como fugitivos junto con otros dos amigos míos.

—¿Y quieres que os ayude a escapar?

—Así es —dijo Rigg.

—Pero estarán buscándoos.

—No —dijo Rigg—. Porque ya saben dónde estamos.

—¿Cómo?

—Param y yo, en este mismo momento que estás viviendo, nos encontramos en la casa de Flacomm, bajo vigilancia.

Olivenko no era tonto, así que esperó a que le diera una explicación.

—Crees que voy a explicártelo, y así es, pero no ahora mismo, porque dentro de cinco minutos alguien bajará por esa escalera y no quiero que te vea hablando conmigo.

—Pues vamos a buscar a tus amigos —dijo Olivenko.

—Muy bien —dijo Rigg—. Pero no es tan sencillo como crees. Aunque será mucho más rápido. Lo único que tienes que hacer es quedarte ahí, sin dar ni un paso. Quizá sea mejor que cierres los ojos. Pero si los abres, tienes que prometerme que no gritarás, ni echarás a correr ni nada de eso. Tómalo con calma. Créeme cuando te digo que hay una explicación perfectamente racional.

—¿Para qué? —preguntó Olivenko, desconcertado y un poco irritado por tanto misterio.

—Para esto.

Rigg desapareció. Se esfumó sin más.

Y entonces, unos diez segundos después, reapareció de la mano de Param Sissaminka, la heredera de la casa real, y dos desconocidos, uno de ellos alto y entrado en años, y el otro un muchacho menudo de la edad del propio Rigg, o puede que un poco menos.

Olivenko no emitió ni siquiera un jadeo. Lo que hizo fue quedarse allí parando, pensando: «Ay, si Knosso hubiera podido ver esto...»

—Rigg —dijo al fin—, si puedes aparecer y desaparecer así, ¿para qué necesitas mi ayuda?

—Porque lo que hacemos no es saltar en el espacio, sino en el tiempo. Y no estamos del todo aquí, aún seguimos en el futuro, dentro de dos días, con las calles de Aressa invadidas por los alborotadores y los soldados, y perseguidos por los hombres del general Ciudadano. Ahora mismo no estamos viendo ese tiempo, pero nuestros cuerpos siguen en él y pueden suceder cosas muy malas, así que tenemos que darnos prisa.

—¿Para hacer qué? —preguntó Olivenko.

—Vamos a cogernos todos a ti... Tenemos que tocar tu piel. Servirá la de la muñeca o la del cuello. Todos a la vez. Para anclarnos en este tiempo. Dos días antes de que todo se vaya al infierno.

Olivenko no vaciló. Se remangó la camisa y se quitó el gorro.

—Adelante.

Los dos de los lados —el veterano y el muchacho— lo agarraron de un brazo, primero con una mano y luego, tras soltar a Rigg y a Param, con las dos.

—Seguimos aquí —dijo Umbo.

—Y sigues anclándome a mí al pasado —le dijo Rigg—. Aunque ya no estés en el futuro. Quizá podríamos...

—Cierra el pico y acabemos de una vez —dijo el viejo soldado.

Param y Rigg se agarraron al otro brazo de Olivenko, pero no se soltaron el uno al otro.

—Sé que va a resultar incómodo, pero quiero que comprobemos si podemos bajar la escalera juntos —dijo Rigg—. Es posible que todos salvo yo permanezcan contigo, Olivenko. Si eso sucede, te pido que me hagas el favor de sacarlos de la ciudad... de algún modo que no deje rastros. No en un barco, por ejemplo, porque llevan registros del pasaje. Algo que no llame la atención y no se pueda localizar después.

—¿Y dónde estarás tú?

—Tratando de seguiros, en la medida de mis posibilidades —dijo Rigg—. Pero probablemente me será más fácil hacerlo si estoy solo que si vamos los cuatro... o los cinco. Y puede que no desaparezca. ¿Listos?

—Por mi parte, más que listo —dijo el viejo soldado—. Hablas demasiado, muchacho, y no es el momento.

Casi sin darse cuenta, Olivenko sintió el deseo de abofetear al veterano por aquello, por haberle hablado de aquel modo al hijo de Knosso Sissamik. Pero no sabía qué relación le unía a él. Sólo conocía a Rigg, y a Param la había visto alguna que otra vez a lo largo de los años. De los demás tendría que fiarse.

Comenzaron a bajar la escalera como mejor pudieron. Olivenko caminaba en el centro, seguido lentamente por los demás, que lo agarraban por el brazo con

incomodidad.

Unas botas comenzaron a bajar la escalera mucho más arriba.

—Vamos a darnos un poco de prisa —dijo Olivenko—. Esto no va a ser fácil de explicar.

Para cuando llegaron abajo, el veterano y Param lo habían soltado del todo y ambos seguían allí.

Luego lo soltó Umbo.

Estaban en la calle y Rigg seguía aferrado a su brazo con las dos manos. Los otros tres los observaban y Olivenko se dio cuenta de que estaban realmente preocupados. La locura a la que Rigg le tenía miedo, fuera la que fuese, los asustaba también a ellos.

—Bueno, allá vamos —dijo Rigg—. O vuelvo a la ciudad donde me están buscando o me quedo aquí con vosotros. Pero en cualquiera de los casos, a vosotros no os pasará nada y seguramente a mí tampoco. Tampoco voy a explotar ni nada parecido. —Sonrió a Param al decir esto, aunque Olivenko no entendía por qué.

Rigg lo soltó.

Y permaneció allí.

—Si has desaparecido —dijo Olivenko—, estoy sufriendo una alucinación en la que aparece una imagen exacta de ti, en el mismo sitio donde estabas antes.

Rigg asintió.

—Siempre existe la posibilidad de que mi cuerpo siga en el futuro y cuando alguien me toque allí mientras camino de acá para allá como un pájaro ciego, me devuelva a ese momento. Pero ahora mismo lo veo poco probable, la verdad. Creo que acabamos de descubrir el modo de viajar al pasado.

—Estoy realmente impresionado —dijo el viejo soldado.

—Pero no debemos olvidar que es algo irrevocable —dijo Rigg—. Ahora que estoy aquí en el pasado, con vosotros, sólo puedo ver los rastros que han existido hasta este momento. No nos veo a Param y a mí caminando por el túnel ni el momento en que la dejé con vosotros. Esas cosas no han sucedido aún.

—¿No se trataba precisamente de eso? —preguntó Umbo.

El viejo soldado miró en derredor.

—¿Estamos seguros de que nadie os va a reconocer? —preguntó a Rigg y a Param.

—Nadie sabe qué aspecto tienen —dijo Olivenko—. Salvo unos pocos, y éstos no estarán buscándolos en las calles. Al menos hoy.

—Lo que quiero decir —continuó Rigg con sus explicaciones sobre el viaje en el tiempo— es que no podría volver al futuro aunque quisiera. Sólo puedo ver los rastros pasados. Eso significa que si alguna vez repetimos esto, no podemos soltar nuestra ancla en el futuro. Que no puedo ser yo. Podría ser Umbo o ambos a la vez.

Mientras él y yo sigamos existiendo en ambos lugares a la vez, sin estar vinculados a ningún ser del pasado, podremos volver al futuro. ¿Qué pensáis vosotros?

—Yo pienso que puede que tengas razón —dijo Param—, o puede que no. Lo que no sé es qué importancia tiene.

—Porque así es como vamos a cruzar el Muro —dijo Rigg—. Vamos a cruzarlo en un tiempo anterior a su existencia. Pero una vez al otro lado, queremos volver a nuestra época.

—¿Hubo un tiempo en que no existía el Muro? —preguntó Umbo.

—Hace doce mil años —dijo Rigg—. Y cuando no existía, tampoco había humanos aquí. Si nos quedamos atrapados allí, seremos las únicas personas del mundo.

—¿Así es como piensas hacerlo? —preguntó Olivenko.

—Creo que funcionará —dijo Rigg—. Seguro que mejor que darnos un porrazo en la cabeza y cruzar el Muro en bote mientras estamos inconscientes.

—Al menos no habrá nadie esperando al otro lado para matarnos —dijo Olivenko.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó el veterano.

Así que, mientras caminaban por las bulliciosas calles de Aressa Sessamo, Rigg y Olivenko le contaron la historia de Knosso, el verdadero padre de Rigg, que había cruzado el Muro para encontrar la muerte al otro lado.

—He estado pensando. Y quiero decirte una cosa. ¿De verdad quieres que crucemos el Muro, sabiendo que al otro lado pueden matarnos? —preguntó Hogaza.

—Las criaturas que mataron a mi padre, Knosso —dijo Rigg—, vivían en el agua. Nosotros no cruzaremos por un sitio donde haya agua.

—Pero podría haber otros seres que nos quieran muertos —dijo Param.

—Podría haberlos. Pero de una cosa puedes estar segura: en este cercado hay gente que nos quiere muertos y son unos expertos en el arte del asesinato.

—Bueno, pues en tal caso —dijo Hogaza—, vamos a intentarlo, a ver si lo conseguimos.

—Una cosa —dijo Rigg—. Yo también he estado pensando. No tienes por qué venir, Hogaza.

—Y yo te digo que no tengo por qué hacer nada que no quiera.

—Piensa en Goteras —dijo Rigg—. Te espera en casa. Una vez que crucemos al otro lado, no sé si podremos regresar.

—Goteras es como mi corazón o mi cerebro —dijo Hogaza—. No me imagino la vida sin ella. Pero también me conoce. Sabe que siempre que me marcho de casa existe la posibilidad de que no vuelva. Lo sabía cuando me envió aquí con vosotros. Así que si os acompaño y, si por cualquier razón, no puedo regresar, llorará y se preguntará qué ha sido de mí, pero seguirá adelante. Construirá una vida para sí

misma en ese pueblo que lleva su nombre. Uno de los dos debe morir antes que el otro. Así es la vida. ¿Entiendes a qué me refiero?

Olivenko entendía lo que estaba diciendo, pero le costaba creer que un hombre dijera una cosa así en serio. Simplemente, no pensaba dejar que sus sentimientos por la mujer que amaba le impidieran hacer lo que estaba decidido a hacer.

Como un verdadero soldado.

«Como yo», pensó Olivenko.

—Yo también voy con vosotros —dijo Olivenko.

—No, de verdad —dijo Rigg—. Lo único que necesitamos es que nos ayudes a salir de la ciudad.

—Dentro de media hora, aproximadamente, me declararán ausente sin permiso —respondió Olivenko—. Para cuando estéis a salvo fuera de la ciudad, será mejor que yo esté con vosotros y no regrese nunca, porque seré un desertor. Y a los desertores los cuelgan.

—Pues entonces no puedes venir con nosotros —dijo Rigg—. Sólo dame algunos consejos para...

—¿Estás de broma? —respondió Olivenko—. Vi morir a tu padre tras cruzar el Muro, joven Rigg. Y desde aquel día, sólo he deseado una cosa: haberlo acompañado. Tal vez hubiera podido salvarlo.

—No eras más que un niño entonces, el pupilo de un sabio —dijo Rigg—. ¿Qué podrías haber hecho?

—¿Por qué crees que me hice soldado? —dijo Olivenko—. Para estar preparado si alguna vez volvía a ser necesario.

—Nunca me han gustado los desertores —dijo el viejo soldado.

—Pues por mí puedes meterte tu opinión donde te quepa —dijo Olivenko—. Porque no estoy desertando. Simplemente, ellos lo pensarán así.

—¿Y qué es lo que estás haciendo, entonces? —preguntó Param.

—Seguir al príncipe y la princesa de la casa real al exilio —dijo Olivenko.

—Ah —dijo Hogaza—. En ese caso está bien.

EL CARROMATO

Tres años después de que se sellara la cámara de hibernación sobre el cuerpo inerte de Ram, la recopilación de un amplio catálogo de ADN de las formas de vida nativas de Jardín estaba completa. Y también su hibernación. La fauna y la flora del planeta se reintroducirían en los océanos y los pequeños continentes aislados tras la extinción.

Los prescindibles no hablaban entre sí. Sus dispositivos de comunicación analógicos estaban reservados para su uso con los humanos. Ellos mantenían una conversación constante a nivel digital en la que compartían experiencias y conclusiones como si cada uno de ellos estuviera dentro de la mente de los demás.

A los ordenadores de las naves no les molestaba —ni tampoco lo contrario— que la última orden de Ram hubiera sido que obedecieran a los prescindibles. A ellos no les importaba la identidad de quien diese las órdenes. Ni tampoco a los prescindibles. Pero la programación profunda de éstos les imponía una misión que ni siquiera Ram podría haberles obligado a abandonar y, para llevarla a cabo, no podían estar sometidos al razonamiento mecánico de los ordenadores de las naves.

No era un problema de ego. Ninguna de las entidades mecánicas llamadas ordenadores o prescindibles tenía el menor interés en «salirse con la suya». No tenían opiniones ni deseos. Sólo tenían una programación, unos datos y unas conclusiones basadas en ellos.

Las diecinueve naves abandonaron sus órbitas cercanas a Jardín y se alejaron casi una unidad astronómica hasta situarse en una posición óptima. Luego configuraron sus campos de colisión con los niveles precisos de absorción, disipación, rigidez y almacenaje, y comenzaron a acelerar en dirección a Jardín.

No chocaron con el planeta simultáneamente. No, lo alcanzaron a intervalos y con ángulos cuidadosamente calibrados para que, una vez concluida la serie de colisiones, el eje de Jardín se inclinara lo suficiente para generar variaciones estacionales y su tiempo de rotación quedase reducido a poco más de veintitrés horas.

A diferencia de los meteoritos, que se vaporizaban parcial o completamente al chocar contra un planeta, las naves no resultaron gravemente afectadas en modo alguno por las colisiones, sólo notaron una brusca detención. E incluso esto quedó mitigado por los campos internos de cada una de ellas, que absorbieron la energía de la pérdida de inercia y la transmitieron más allá del campo magnético de Jardín.

Las colosales rocas arrancadas de la superficie por cada impacto regresaron enseguida a ella, pero ninguna logró atravesar dichos campos, que se alzaban como

columnas justo encima de cada nave. El resultado fue que, al cobrar forma la nueva superficie de Jardín, había diecinueve cilindros de suaves lados que apuntaban desde cada nave hacia el cielo, en un ángulo que les permitía mantenerse constantemente alineados con una serie de satélites en órbita geosincrónica.

Entre tanto, un denso polvo había bloqueado por completo los rayos del sol y acabado con toda la flora de Jardín que había sobrevivido a la onda expansiva y las oleadas de calor provocadas por las colisiones. La mayoría de los animales que no habían muerto en el primer instante ni se habían asfixiado en los minutos siguientes, perecieron de hambre. En cuevas y en determinados valles aislados algunas especies de plantas y animales sobrevivieron. En el océano, muchas plantas y animales que podían sobrevivir con elevados niveles de luz y gran densidad de sedimentos siguieron viviendo.

Jardín no estaba muerto. Pero la mayor parte de su superficie había quedado despojada de vida visible.

—Lo primero que tenemos que hacer —dijo Olivenko— es conseguir mejor ropa. O peor, según se mire.

—Que lo hagan los príncipes —dijo Umbo—. Hogaza y yo vamos vestidos como es debido.

—No nos llames eso, por favor —dijo Rigg.

—Tiene razón —dijo Hogaza—. Quítate esa costumbre o nos causarás problemas.

—Perdón —dijo Umbo, un poco resentido.

—Vestís como privos —dijo Olivenko—. Lo digo en el mejor sentido de la palabra.

—Se supone que debemos parecer privos —respondió Hogaza—. Somos privos.

—Pero nunca podremos hacer que ella parezca una de vosotros —dijo Olivenko—. Podemos vestirnos como sus criados.

Rigg observó detenidamente a los demás, prestando atención a su lenguaje corporal.

—Escuchad —dijo Rigg—. Olivenko no se ha puesto al mando, simplemente nos está explicando cosas que ninguno de nosotros está en condiciones de saber.

—¿Quién ha dicho que me había puesto al mando? —preguntó Olivenko, inquieto.

—Nadie —dijo Rigg—. Todos contribuimos con lo que sabemos y hacemos lo que podemos. Olivenko conoce la ciudad mejor que cualquiera de nosotros.

—¿Tenemos suficiente dinero? —preguntó el soldado—. Porque yo no tengo ni para comprarle zapatos a un cojo.

—Tenemos suficiente —respondió Hogaza.

Param se limitaba a permanecer junto a Rigg, con los ojos en el suelo y expresión

tímida. Ésa había sido su estrategia de supervivencia en la casa de Flacomo. Y Rigg pensó que seguía siendo el mejor de los disfraces. Nadie sabía qué aspecto tenía la princesa. Nadie la había visto en público desde hacía mucho, mucho tiempo. Y nadie esperaba que una princesa se comportara con tanta timidez.

Y a Rigg, Padre le había enseñado a actuar en función de las circunstancias. Sabía cómo llamar la atención e imponer su presencia a los demás. Y podía desaparecer, hasta el punto de que era difícil fijarse en él aunque estuviese solo con otra persona en una habitación. «La gente te trata como esperas que te traten», le decía Padre. Rigg había replicado en su día que, como trabajaban sobre todo con animales, esto no tenía demasiada importancia. Ahora se preguntaba si Padre lo habría previsto y planeado todo desde el principio.

—Nos vendría bien un mapa —dijo.

—Yo conozco el camino al Muro —replicó Hogaza.

—Tampoco es muy complicado —dijo Olivenko—. Vayas en la dirección que vayas, acabarás encontrándote con él.

—Pero dentro de poco saldrán en nuestra persecución —dijo Hogaza—. Tenemos que salir de la ciudad hoy mismo. Cuando se enteren de que nos hemos marchado, ¿cuánto tardarán los hombres del general Ciudadano en localizarnos en el camino? No parece que la señorita esté lista para una larga persecución.

—Lo que necesito —dijo Rigg— es un sitio en el que la superficie no haya cambiado de nivel en los últimos once mil años.

—Oh, ¿existen mapas con esa información? —preguntó Hogaza.

—Necesito un terreno sin ríos y llano. Cubierto de hierba y sin árboles, si puede ser. Con tan pocos árboles como sea posible.

—Se me ocurren algunos sitios que podrían servir —dijo Hogaza.

—¿Cuál es el más cercano? —preguntó Rigg.

—Está muy al sur de aquí.

—¿Recordáis Umbo o tú las fronteras que vimos en aquel globo de la Torre de O? —preguntó Rigg—. No queremos terminar en el mismo cercado en el que mataron a Knosso.

Hogaza se detuvo y cerró los ojos unos instantes.

—Está muy al sur de los límites del siguiente cercado. No será el mismo.

—Bien —dijo Rigg—. Sus habitantes no son... amistosos.

—No quieran los santos que vayamos a un sitio donde la gente no sea amistosa —dijo Umbo.

—Nos basta con que sean lo bastante amistosos como para no matarnos nada más vernos.

Habían reanudado la marcha y al poco tiempo llegaron a la tienda que estaba buscando Olivenko.

—Nunca he comprado nada aquí —dijo—. Pero la ropa es buena... aunque no esté hecha a medida. No tenemos tiempo para encargarla.

Explicaron al tendero lo que querían. «Ropa de viaje, resistente y práctica, para todos nosotros».

El tendero los miró de arriba abajo, prestando especial atención a las diferencias entre Hogaza y Umbo, por un lado, y Rigg y Param, por otro.

—No queremos llamar la atención en los caminos —dijo Rigg—. Ellos dos se han pasado un poco, en mi opinión. —Señaló a Umbo y a Hogaza.

—Y vosotros os habéis ido al lado contrario —respondió el tendero.

—No queremos parecer tan pobres como para que los posaderos se nieguen a alojarnos ni tan ricos como para tentar a los ladrones.

El tendero soltó una risotada parecida a un ladrido.

—Con dos soldados como éstos con vosotros, habría que ser muy valiente para intentar robaros.

—Tampoco queremos parecer soldados —dijo Olivenko.

El tendero volvió a mirar a los dos adultos arriba y abajo.

—Pues os deseo suerte. No tengo ropas mágicas que hagan parecer elegantes y sofisticados a sus propietarios.

—¿Y algo que me haga parecer más alto? —preguntó Umbo.

—Para eso sí tengo algo... si no te importa utilizar unos zapatos con mucha suela.

Tardaron una hora, pero salieron de allí con ropa razonablemente bien confeccionada y cómoda. Parecían gente acomodada, pero tampoco en exceso. Una familia de mercaderes, quizá.

—Bueno, ¿quiénes somos? —preguntó Olivenko una vez en la calle—. Soy demasiado joven para pasar por padre de ninguno de vosotros. Y tú, amigo, no te ofendas, pero eres demasiado viejo.

—Pues hasta ahora nos ha ido bastante bien —dijo Hogaza.

—Hogaza es mi padre y el de Param —dijo Rigg—. Y Umbo es tu sobrino del curso alto, a quien mandaron a Aressa Sessamo para recibir educación bajo tu supervisión.

—Oh, sí, seguro que engaño a todo el mundo con eso —dijo Umbo.

—He dicho que ibas a recibir una educación, no que la hayas recibido —dijo Rigg, sonriendo. Pero la sonrisa no obró el efecto deseado. Umbo parecía un poco enfadado y Param estaba volviéndose más taciturna por momentos. Puede que estuvieran incómodos con su nueva ropa. O puede que aterrados por lo que los esperaba.

—Mirad —dijo Rigg—, sé lo que os estoy pidiendo. Sólo dos de nosotros estamos realmente en peligro. Pero no podemos ponernos a salvo, si es que tal cosa es posible en este lugar, sin el resto de vosotros. Especialmente sin ti, Umbo.

—¿Acaso me he quejado? —preguntó éste.

—Sólo estaba pensando que quizá preferirías...

—Deja de disculparte por estar vivo —dijo Umbo—. ¿No sabes quiénes son tus amigos? ¿No sabes lo que es la amistad?

—No parecías muy feliz.

—No estoy feliz —dijo Umbo—. No me fío de este sujeto. Trabaja para la guardia urbana y le estamos confiando nuestras vidas.

—Ya llega tarde a su puesto... Mañana será un desertor —dijo Rigg.

—Salvo que esté de servicio en este mismo momento —dijo Umbo.

—Sois vosotros los que habéis acudido a mí —dijo Olivenko, poniéndose tenso.

—Mi padre se fiaba de él... Mi padre de verdad.

—Y mira cómo terminó —dijo Umbo—. Muerto y bien muerto.

Rigg observó a Olivenko mientras trataba de calmarse. Decidió no intervenir y dejar que Olivenko se encargara de ello por sí solo.

—No me conoces —dijo Olivenko—, pero quería a su padre y lamenté su muerte más que nadie.

—No más que yo —dijo Param en voz baja.

—Pero nadie te vio llorar —dijo Olivenko—. De modo que, ¿cómo puedo saberlo? Lo único que puedo decir es que con el tiempo veréis quién soy y yo quiénes sois vosotros. Ahora mismo me fío de vosotros porque Rigg lo hace. Estoy arriesgando la carrera y el cuello, el futuro entero, por vosotros. Rigg os pide que hagáis lo mismo por mí. ¿Se ha equivocado en otras ocasiones al juzgar?

—Sí, me he equivocado —dijo Rigg—. Confié en mi madre.

—No, no lo hiciste —dijo Param.

—Bueno, no del todo. Pero quería creer en ella.

—¿Y te pasa lo mismo con Olivenko? —preguntó Hogaza—. ¿Quieres creer en él?

—No —dijo Rigg—. Nunca se me ocurrió que uno de mis guardias podía ser alguien... una persona con la que pudiera hablar. Pero nos hicimos amigos durante el tiempo que pasé en la biblioteca. Y no porque él intentara ganarse mi confianza.

—Eso sólo significa que se le da realmente bien su trabajo —dijo Umbo.

—No se puede ser tan cínico a tu edad —dijo Hogaza.

—Cuando llegemos al otro lado del Muro —dijo Rigg— voy a necesitaros a todos. Todos nos necesitaremos mutuamente. Pero si no podemos trabajar juntos, no creo que tengamos muchas probabilidades de conseguirlo.

Se miraron unos a otros, luego miraron al suelo y al fin volvieron a mirarse a los ojos.

—Vamos a salir de la ciudad —dijo Param—. Ya habrá tiempo de sobra para aclarar las cosas entre nosotros una vez en el camino.

En las afueras, contrataron un cochero y un coche con un tiro de cuatro caballos.

—El bolsón no es inagotable —refunfuñó Hogaza, pero Rigg vio que quedaba dinero suficiente. También compraron algunas cosas que necesitaban: provisiones, tiendas, pellejos de agua, herramientas, algunas armas... Nada raro para un grupo de viajeros que pensaba adentrarse en tierra inhóspita. Uno de los vendedores les advirtió que si iban a un lugar en el que el gobierno no se encargaba del mantenimiento de los caminos, les convenía llevar ruedas y ejes de repuesto.

—Y un quinto caballo para el tiro, atado detrás del carromato —dijo—. En un mal camino, ni el mejor carruaje dura para siempre y podría ocurrir que tengáis que dejarlo en algún momento. Si llega el caso, necesitaréis un quinto caballo.

—Y ahora querrás vendernos las sillas de montar.

—Son vuestras nalgas y vuestros muslos los que sufrirán las consecuencias —dijo el hombre con crudo cinismo—. Lo que necesitáis no es tanto las sillas como los estribos. Sobre todo si los caballos deciden ir al trote, que es lo que más les gusta hacer a los buenos caballos de tiro.

Rigg no sabía muy bien de qué estaba hablando. Apenas había cabalgado en toda su vida, salvo la vez en que lo subieron a un viejo penco cuando era un niño.

—Ojalá pudiéramos ir por el río —dijo.

—El río no llega al sitio adonde vamos —dijo Hogaza.

Y entonces los dos se dieron cuenta de que posiblemente habían hablado de más delante de un desconocido. Un día o dos más tarde, los hombres del general Ciudadano lo interrogarían y sabrían que no volvían a su tierra.

Y lo que es peor, el hombre vio la mirada que intercambiaban y que revelaba que se arrepentían de lo que habían dicho, así que las palabras quedarían grabadas a fuego en su memoria. Lo único que podrían hacer para empeorar las cosas era pedirle que no se lo contara a nadie. Casi con toda certeza, así conseguirían que fuese a buscar a la guardia en cuanto se hubieran marchado.

Pero quizá pudieran darle otra razón para aquella mirada.

—Lo que nos estamos preguntando —dijo Rigg— es si tenéis un mapa. Vamos a un país que no conocemos.

—No vendo mapas —respondió el hombre—. La mayoría de la gente sabe adónde va. Los mercaderes se intercambian los mapas y la información entre sí. Los demás van a sus casas. Conocen los caminos y saben por dónde pasan.

—Bueno, pues habrá que ir preguntando en las posadas.

—Os deseo suerte. Recordad que los posaderos no viajan, así que no conocen nada más que sus pueblos —dijo el vendedor—. Además, si empezáis a preguntarle a la gente que conozcáis, nunca podréis saber cuáles os mandarán por caminos ciegos de los que no volverán más que vuestras pertenencias.

—Esto es una mala idea —dijo Hogaza.

—Pues entonces no vengas —dijo Rigg. Hogaza había entendido lo que estaba haciendo, de modo que podía seguirle el juego—. Eres tú el que decía que el Muro es la prueba definitiva de la fuerza de un hombre, así que si quieres retirarte ahora...

Hogaza puso los ojos en blanco.

—Estúpido muchacho... Llegaremos allí.

Salieron de la tienda. Rigg sabía que al decir la verdad sobre su destino, pero después de haber mostrado un comportamiento sospechoso, el hombre asumiría que estaban mintiendo, lo mismo que los soldados que lo interrogaran. Y si el general Ciudadano deducía alguna vez que su destino era realmente el Muro, éste era muy largo.

Poco después tenían todo lo que necesitaban. El día estaba ya muy avanzado, así que no podían comenzar el viaje. Pero tanto el vendedor como el cochero les recomendaron varias posadas a las afueras de la ciudad. Llegaron a una de ellas antes de que anocheciera y allí pernoctaron, Param en una habitación, con la puerta atrancada, y los cuatro varones en la otra, repartidos entre la cama y el suelo.

—Si alguien roza aunque sea tu puerta durante la noche —dijo Hogaza—, suelta un grito y estaremos aquí en menos que canta un gallo.

Param sacudió la cabeza.

—Si alguien trata de entrar, se encontrará con una habitación vacía —dijo.

Hogaza puso cara de sorpresa, pero entonces recordó lo que podía hacer la chica, suspiró y se encogió de hombros.

—Qué mundo tan extraño.

Cuanto más se adentraban en el campo, más insólita se tornaba la expedición. No viajaban por un camino entre dos ciudades importantes, sino por uno que se utilizaba principalmente para transportar mercancías o como simple pista para quienes iban de visita a un pueblo. A veces, el camino no era tal, sino un simple rebaje del terreno en medio de un prado o un campo. En otras ocasiones, Hogaza tenía que adelantarse con el quinto caballo para ver dónde reaparecía de nuevo el camino.

—Llamamos demasiado la atención —dijo Olivenko una mañana, tras partir de la casa de un próspero granjero que había dejado dormir a Param en una de las habitaciones de su casa y al resto en el granero—. Es posible que, durante los primeros días, los espías de Ciudadano estén buscando a los dos príncipes, o a los príncipes y a sus amigos privos, un muchacho y un veterano. Pero no tardarán en descubrir que habéis comprado un carromato y que somos cinco y no cuatro, y con el carromato será muy sencillo seguirnos la pista. No me sorprendería que les sacáramos sólo un día de ventaja, sobre todo si paramos todas las noches para dormir en posadas, tabernas o casas.

—Al menos no vamos por los caminos principales —dijo Umbo.

—Lo que hace que llamemos aún más la atención —dijo Hogaza—. Le estás dando la razón, muchacho.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Rigg—. Si vendemos o regalamos el carromato, se enterarán y sabrán que ya no tienen que seguir buscándolo.

—Podríamos esconderlo en alguna parte, ¿no? —preguntó Umbo.

—Es posible —dijo Olivenko.

—No —dijo Hogaza—. Yo sé lo que haría si fuese un soldado que tiene que seguir el rastro de alguien y no hay sitio donde podamos esconderlo en el que no pudiese encontrarlo.

—Es cierto —dijo Rigg—. Padre y yo podíamos seguir todos los rastros.

—Y dale con los rastros... —dijo Umbo.

Param habló entonces.

—Creo que Umbo tiene razón, hay que esconderlo.

—¿Y entonces qué harás tú, Param? —preguntó Rigg—. ¿Alguna vez has montado a caballo?

—De niña, una vez —respondió su hermana, y luego sonrió—. Sé que la culpa de que vayamos tan lentos y llamemos la atención es mía. El carromato es para mí porque no podía correr ni cien pasos sin empezar a jadear el día que nos escapamos.

Rigg asintió mientras se encogía de hombros.

—Cada uno es como es, Param. Nunca has tenido la oportunidad de adquirir resistencia.

—Pero lo haré —dijo ella—. Así que vamos a esconder el carromato.

—¿Dónde? —preguntó Olivenko.

—¿Cómo? —preguntó Hogaza casi al mismo tiempo.

—En el pasado —dijo Param.

Rigg estaba disgustado por no haberlo pensado él.

—Si lo llevamos lo suficientemente lejos en el tiempo, alguien lo encontrará y lo robará o se pudrirá bajo la lluvia, y los hombres de Ciudadano, al verlo, pensarán que no puede ser el que hemos estado usando.

Escogieron un lugar en el que el camino cruzaba la cima de una suave loma cuyas laderas descendían a lo largo de más de kilómetro y medio entre dos arroyos. Al poco, los caballos, libres del tiro, descansaban en un prado a la izquierda del camino, pastando apaciblemente, tres de ellos cargados con las provisiones que Hogaza había empaquetado con mano experta y les había atado a la grupa.

—Siento no poder ayudarte —dijo Olivenko—. En la guardia urbana no necesitamos aprender a cargar animales.

—Como ha dicho Rigg, cada uno es lo que es —respondió Hogaza.

—De acuerdo —dijo Rigg—. Nosotros cuatro iremos al pasado y dejaremos el carromato a cierta distancia del camino. Si conseguimos que ruede pendiente abajo

hasta el arroyo, parecerá un accidente. Param puede quedarse con los caballos.

—Yo me quedo con ella —dijo Umbo.

—No eres muy grande, pero aun así puedes trabajar —dijo Hogaza.

—No puedo ir al pasado con vosotros —dijo Umbo—. Al menos si queremos volver al presente, donde Param nos estará esperando.

Rigg puso cara de sorpresa.

—¿Y por qué iba a ser eso un problema?

Umbo miró a Hogaza.

—¿Recuerdas lo que pasó cuando desenterramos las piedras? ¿En O?

Hogaza asintió.

—Es cierto. Cuando Umbo va en persona y cambia algo en el pasado, no regresa al mismo punto del que partió. Vuelve un día antes o un día después.

—Y eso cuando sólo nos remontamos unos meses —dijo Umbo—. Quién sabe dónde acabaré si retrocedemos cien años. O doscientos. ¿Y si me desvío un mes?

—Bueno, pues espera aquí con Param —dijo Rigg—. Pero eso plantea otra pregunta. Cuando llevé a Param al pasado, la dejé en manos de alguien para quien aquel momento era el presente. ¿A quién vamos a darle el carromato?

—¿No podemos llevarlo al pasado y dejarlo allí sin más? —preguntó Hogaza.

—Qué locura —dijo Olivenko—. Parece algo sacado de la Biblioteca de la Nada.

—No lo sé —dijo Rigg—. Ni siquiera tengo la certeza que podamos «llevarnos» algo más grande que nosotros. ¿Por qué no ponemos las manos sobre una montaña, vamos al pasado y la dejamos allí? ¿Por qué no viene con nosotros el suelo que pisamos cada vez que nos desplazamos en el tiempo?

—La ropa sí viene... cosa por la que, al menos yo, estoy agradecida —dijo Param.

—Creo que el suelo y las cosas que están unidas a él se quedan en el presente porque el tiempo está vinculado al mundo —dijo Umbo—. ¿Recuerdas, Rigg? De lo contrario, al viajar en el tiempo apareceríamos en medio del espacio, entre las estrellas, ¿no?

—Pero el carromato también está unido al suelo, ¿no? —preguntó Rigg—. ¿Tendremos que levantarlo al tiempo que saltamos?

—No creo que podamos —dijo Hogaza—, al menos si tenemos que darnos la mano, como la otra vez, cuando fuimos al pasado para encontrarnos con Olivenko.

—Basta de charla. Vamos a intentarlo —dijo Rigg.

Instantes después, Olivenko, Hogaza y Rigg agarraban el carromato en distintos puntos con la mano derecha, al tiempo que con la izquierda formaban un nudo de tres manos.

Rigg buscó un rastro útil de más de cien años de antigüedad. Encontró uno: una vaca que se había movido por el prado desde el que pretendían dejar caer el

carromato.

—De acuerdo. Umbo —dijo.

Sintió el ya familiar cambio que se producía cuando comenzaban a transformarse en personas los rastros del camino, gente que caminaba y andaba a caballo. Pero no se dejó atraer por ninguno de ellos y mantuvo los ojos clavados en el rastro de la vaca. Se movía de una manera muy diferente y era más difícil de aprehender. Nunca había hecho aquello con un animal y de pronto se daba cuenta de lo difícil que era. Parecía como si la inteligencia superior de los cerebros humanos hiciera más fácil asirse a ellos. La vaca se le escapaba. La imagen era siempre clara, pero también un poco borrosa. Como algo visto con ojos soñolientos a las primeras luces del alba.

Pero finalmente logró concentrarse lo suficiente y vio que el mundo cambiaba a su alrededor. La vaca estaba detrás de una cerca. Había un murete a ambos lados del camino. La zona estaba más poblada por aquel entonces y lo que en su tiempo eran unos campos abandonados habían sido pastos entonces. Y el camino también parecía más transitado: en lugar de estar cubierto de hierba, era de piedras en su mayor parte.

—¿Veis los muretes? —preguntó Rigg.

—Sí —respondieron Hogaza y Olivenko a la vez.

—Pues entonces hemos llegado. No soltéis el carromato. Pero que uno de vosotros, por ejemplo Olivenko, me suelte la mano.

—¿Por qué?

—Para ver si vuelves al pasado con Umbo.

—Pero si Umbo está ahí —dijo Olivenko.

—Es así como funciona. Vemos a Umbo porque es él quien nos ha enviado hacia atrás en el tiempo. Ahora, vamos a comprobar si vuelves al pasado al soltarme.

Olivenko le soltó la mano, pero siguió agarrado al carromato. No desapareció

—Ahora dejadme que pruebe otra cosa —dijo Rigg. Soltó a Hogaza, se agachó para recoger unas piedras del camino y las arrojó contra el carromato. Emitieron un reconfortante ruido al chocar con el suelo del carromato y algunas de ellas rebotaron contra la puerta del otro lado.

—Estemos donde estemos —dijo Rigg—, el carromato está aquí con nosotros.

—Sí —dijo Hogaza—. Es un alivio saber que no me estoy agarrando al vacío.

—Si unas piedras del pasado chocan contra el carromato, es que el carromato está en el pasado.

—O que te has llevado las piedras contigo al futuro —dijo Hogaza.

—Probemos a moverlo —dijo Rigg.

—Es decir, que probemos Olivenko y yo a moverlo, porque tú, poco vas a poder hacer.

—Siento no haberme hecho más fuerte en la casa de Flacommo —replicó Rigg.

—Sí que lo has hecho —dijo Hogaza—. Y has crecido también. Aunque no

demasiado.

—No soltéis el carromato en ningún momento —dijo Rigg.

Hogaza lo soltó al instante.

—Muchas gracias —dijo Rigg.

—Eres cauto —dijo Hogaza— y eso está bien, pero pensé que debíamos averiguar si al soltar el carromato volveríamos al futuro. O al presente, o como quieras llamarlo. Y no es así, aún puedo ver la vaca y los muretes. Cuando estamos aquí, estamos aquí, al menos mientras Umbo nos mantenga aquí.

—De acuerdo —dijo Rigg—. Pero me preocupaba más que el carromato volviera al futuro.

—Pues vamos a soltarlo todos y volvamos al tiempo de Umbo y Param para ver si se queda aquí.

—Es que no quiero que se quede en mitad del camino.

—Si sucede eso, volvemos y lo movemos. Primero vamos a ver qué pasa —propuso Hogaza—. Antes de tomarnos las molestias de empujarlo colina abajo para descubrir al final que se queda en el presente, donde los espías del general Ciudadano lo verán al instante.

—Bien pensado —dijo Rigg.

—Lo dices como si el hecho de que se le haya ocurrido al sargento Hogaza y no a ti, significara que eres idiota —dijo Olivenko.

—Será mejor que te acostumbres a eso —dijo Hogaza—. Rigg siempre se sorprende cuando alguien es más listo que él.

—Hemos soltado todos el carromato —dijo Rigg, ignorando su conversación—. Umbo, devuélvenos al presente.

Los muretes desaparecieron. La vaca también. Y el carromato.

—Buen trabajo —les felicitó Umbo—. Os habéis librado de él.

—No lo hemos movido —dijo Olivenko— y ha desaparecido.

Rigg estudió los rastros que pasaban por allí y encontró la respuesta.

—Un día después de que lo dejáramos, más o menos, media docena de rastros se acercan a él... y se detienen. Con un par de caballos... No, son demasiado pequeños. Burros. No es el tiro ideal, pero pueden moverlo. Se lo llevaron... hasta aquel granero.

—¿Qué granero? —preguntó Olivenko.

—Esos restos de madera medio descompuesta de ahí —dijo Umbo, señalando—. Antes eran un granero.

Rigg echó a correr, seguido al instante por Umbo.

—¡Tú quédate ahí, Param!

Eso prácticamente garantizaba que bajara por la ladera con Olivenko y Hogaza, aunque tuviera que ir a paso de tortuga.

En el interior del rectángulo definido por los escasos restos conservados de las paredes y entre los escombros de un techo caído hacía cincuenta años, aún se podían identificar las ruedas del carromato. Así como las manchadas y oxidadas piezas de metal.

—Vaya, vaya —dijo Hogaza.

—Qué desperdicio. Un carromato tan bueno... —dijo Olivenko—. Esa gente lo sacó del camino y no volvió a utilizarlo.

—Pero es un buen escondite —dijo Umbo.

—Al principio lo sacaron algunas veces —dijo Rigg—. Con un tiro de cuatro caballos. Pero no siempre las mismas personas. Debía de ser algo así como el carromato del pueblo. Cuento hasta... cinco grupos que lo sacaron en distintos momentos. Pero siempre con los mismos caballos.

—¿Compraron cuatro caballos? —preguntó Umbo.

Rigg sabía lo que estaba pensando. En Vado Otoño, nadie habría podido costearse cuatro caballos.

—Debieron de comprarlos entre todos —dijo Hogaza.

—Bueno, pues nunca los reemplazaron —dijo Rigg tras estudiar los rastros—. Durante un tiempo, tiraron del carromato con tres caballos y luego con dos. Y después de eso, ya no volvieron a sacarlo. Así que lo utilizaron mientras vivieron los caballos.

—Probablemente los mataran a trabajar tirando del arado y la rastra, o del carromato en la época de la cosecha —dijo Hogaza.

—Pensarían que valía la pena hacer la inversión de comprarlos para poder utilizar el carromato de vez en cuando.

—Nuestro pequeño regalo les salió caro —dijo Rigg.

—Vamos, seguro que les encantaba —dijo Umbo—. ¿Te imaginas haber podido montar en un carromato cuando éramos niños, Rigg?

—Tu padre no se gastaría el dinero en comprar un cerdo, y mucho menos en cuatro caballos. ¡Y encima para compartirlos!

Umbo se estremeció.

—Volvamos al camino. No creo que los que nos buscan esperen a que terminemos con esto. ¿Y si aparecen en el camino ahora mismo? ¿Qué haríamos?

Rigg abrió la marcha ladera arriba, en dirección a los caballos. Vio que a Param le costaba subir, pero Olivenko acudió al instante para ayudarla, así que Rigg echó a correr. Al llegar a la cima, mientras acariciaba al caballo que había decidido que era el suyo, buscó nuevos rastros en el camino, detrás y por debajo de ellos. Exploró durante kilómetros sin encontrar más que los de los animales y los lugareños ocupados en sus quehaceres. Nada importante por el momento.

Durante un instante, pensó que podía ser buena idea remontarse unos cuantos días

en el pasado, todos ellos, incluidos los caballos, para sacarles algo más de ventaja a sus perseguidores. Pero al final rechazó la idea sin llegar a exponerla. Para hacerlo necesitarían a alguien que los anclase al pasado. Llamarían muchísimo la atención y cuando llegaran los hombres del general Ciudadano, sabrían que el grupo de Rigg estaba dando saltos en el tiempo.

Y si saltaban diez años, o quince, o cien, hacia el pasado, ¿entonces qué? ¿Cómo iba a saber en qué líos podían meterse o en qué aspectos cambiarían el futuro? Podían engendrar una leyenda sobre unos viajeros que salían de pronto de la nada. O, peor aún, sobre un príncipe y una princesa que caían del cielo. El general Ciudadano o Madre deducirían lo que había sucedido y los interceptarían en cuanto llegaran al camino. No, viajarían por el presente hasta que las circunstancias los obligaran a hacer otra cosa.

Comenzaron a avanzar más rápido, a pesar de que tres de ellos iban a pie, pues sus caballos iban cargados con los petates. Param iba montada en uno de los caballos —lo que ya de por sí era bastante complicado— mientras Hogaza se adelantaba con otro para explorar el camino. Al cabo de poco tiempo, la muchacha insistió en desmontar y hacer sus turnos caminando.

—Nunca ganaré fuerzas si voy montada a caballo. Además, no es nada cómodo. Me duelen los muslos y me siento como si me hubieran estirado todo el cuerpo.

Viajaron así durante un par de semanas. El tiempo que Param podía pasar caminando antes de volver a montar se fue prolongando cada vez más hasta que al final pudo hacerlo durante toda la jornada. Compraron más provisiones en dos granjas, hasta que en la última, el dueño les dijo:

—No sé adónde creéis que vais, pero no está allí.

—¿Qué es lo que no está allí? —preguntó Olivenko.

—Nada —dijo el granjero—. En esa dirección no hay nada.

—Puede que eso sea lo que buscamos, la nada —dijo Olivenko.

—Así que buscáis el Muro —dijo el granjero.

—¿El Muro? —preguntó Olivenko.

—Así es —respondió el granjero—. Está bien. Lo encontraréis. Está por ahí. A un día o dos de camino.

—¿Hay bandidos en la zona? —preguntó Hogaza.

—Puede —dijo el granjero—. Pero si los hay, aquí no nos molestan.

—En ese caso todo irá bien —dijo Olivenko.

—¿De qué huís? —preguntó el granjero.

A Rigg no le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación

—Queremos ir a un sitio en el que la gente no husmee en los asuntos de los demás —le dijo.

—Hay patrullas de soldados por allí, ¿sabéis? —repuso el granjero—. Nunca

sabes cuándo van a aparecer. Pensé que os interesaría saberlo, si estáis huyendo y no queréis que os cojan.

Rigg cambió de opinión sobre el hombre al instante.

—Gracias por el aviso.

—¿Por qué otra razón iba a acercarse alguien a esta parte del cercado? —respondió el granjero sonriendo—. Si te fugas con la mujer de un ricachón, tienes que irte a un sitio donde el viejo sapo no te encuentre nunca. Cerca del Muro, pero no demasiado. Sé lo que me digo. Y mi esposa también.

Rigg miró a la mujer desdentada que los acompañaba, rodeada por cinco niños, y pensó: «¿Será feliz con su elección?» Se notaba que había sido hermosa en su día.

Pagaron al hombre las provisiones. Exactamente lo que pedía, sin regatear, puesto que también estaban comprando su silencio, o al menos dándole las gracias por sus buenos consejos.

A partir de allí desaparecía el camino y mientras avanzaban por la campiña, colina arriba y valle abajo, Rigg no podía dejar de pensar en la mujer del granjero. Finalmente habló:

—¿Por qué dejaría una vida de comodidades por lo que tiene allí?

—No sabría cómo iba a ser —dijo Umbo— y luego ya era demasiado tarde.

—Sabe cómo funciona el mundo —dijo Olivenko—. Su belleza se marchitaría y su rico marido la reemplazaría por otra más joven.

—Amaba a su hombre —dijo Hogaza—. Probablemente desde antes de casarse con el rico. Seguro que sus padres la convencieron. Un mal consejo, que luego se arrepintió de haber seguido. Ésa es la historia, creo yo.

Rigg miró a Param. Ésta esbozó una sonrisa y dijo:

—Quería los hijos de ese hombre y no los de otro.

Los demás se echaron a reír.

—¿Así de sencillo? —preguntó Rigg.

—Puede que no sea la historia que se cuenta a sí misma —dijo Param—, pero sí, es así de sencillo. Eso es lo que decía Madre.

«Ah, sí, Madre.»

—¿Ésa fue la razón por la que se casó con Knosso? —preguntó Rigg.

—Se refería a las demás mujeres —dijo Param—. Las demás se casaban por esa razón.

—¿Y ella?

—Por el bien del linaje real —dijo Param.

—En otras palabras —dijo Hogaza—, que quería tener los hijos del rey.

Esto les hizo reír con ganas a todos.

Llegaron al Muro cuatro días después de haber pasado por la granja, y no dos, pero no era de extrañar, porque habían avanzado en dirección sudeste y no este. El

primer encuentro con el Muro se produjo, no con los ojos, sino con la mente.

—¿Os habéis dado cuenta de que nos hemos desviado hacia el sur? —preguntó Hogaza.

—¿Sí? —preguntó Olivenko.

A Rigg y a Umbo no les hizo falta preguntarlo.

—Sí —dijo este último—. Mi caballo ya no quiere avanzar hacia el este.

—Los caballos lo sienten... La aversión —dijo Hogaza—. El deseo de no seguir avanzando en esa dirección.

Param se estremeció.

—No sabía que la sensación se debiera al Muro.

—Al pensar en ir hacia allí te vuelves irritable, ¿verdad? —dijo Hogaza.

—Sería como presentarse voluntaria para una pesadilla —dijo Param.

—Eso es —dijo Hogaza.

Olivenko le tendió a Rigg las riendas del caballo que llevaba de la mano. Luego se alejó hacia el este, en dirección a una loma. Al poco había desaparecido al otro lado.

—Volverá —dijo Hogaza.

Y en efecto, Olivenko reapareció más al sur, caminando con paso decidido, hasta que oyó sus voces y vio que lo llamaban con gestos. Entonces corrió hacia ellos con cara de sorpresa.

—¿Cómo lo habéis hecho? —inquirió—. ¿Cómo os habéis adelantado?

Se echaron a reír y Hogaza les explicó lo que sucedía.

—Es el Muro. Te obliga a desviarte. Has seguido caminando a buen paso y en línea recta, ¿verdad? Creías que podrías llegar hasta allí. Pero el Muro te desvía. Cada paso que das te desvías un poco más, hasta que de pronto estás caminando en dirección contraria a él. A pesar de que crees que todavía te estás acercando.

—¿No os habéis movido? —Sólo entonces pareció reparar en que los caballos seguían más o menos donde los había dejado al marcharse—. ¿Me habéis esperado aquí?

—O sea, que el Muro te engaña para que te desvíes, ¿no? —preguntó Param.

—No —dijo Hogaza—. El Muro te llena de terror y tristeza. Tu mente no puede soportar la idea de acercarse ni por un momento, así que eres tú el que se engaña a sí mismo para desviarse.

—Quería saber lo que se sentía —dijo Olivenko—. No pensé que pudiera llegar.

—Hay que escoger un elemento destacado del paisaje. Y al decir «escoger» me refiero a que hay que escribir lo que es y mirar constantemente lo que has escrito para no olvidarlo. Una vez escogido el elemento, caminas en línea recta hacia él, sin apartar la vista. Cuando estés lo bastante cerca, comenzarás a sentirlo.

—Pues yo quiero hacerlo —dijo Olivenko—. Quiero saber cómo es acercarse al

Muro.

—¿Nunca has tenido una pesadilla? ¿Nunca has despertado empapado en sudor frío, o llorando?

Olivenko se encogió ligeramente de hombros.

—¿Quieres decir que ya sé cómo es?

—Quiero decir que no querrás saberlo. Porque cuanto más te acerques, más comenzará tu mente a buscar razones para explicar el abatimiento y el terror que siente. Empezarás a tener alucinaciones sobre monstruos o mutilaciones, o a ver cómo torturan o asesinan a tu familia. Y lo que recordarás luego, durante el resto de tu vida, son las cosas que te mostrará tu cuerpo para explicar la tristeza y el horror que sentías.

—Pues entonces me pregunto cómo pudo llegar a saberse que era el Muro y no un lugar maldito —dijo Olivenko, dejando salir por un momento al erudito que llevaba dentro.

—¿No experimentaste el efecto del Muro cuando fuiste con Knosso? —preguntó Rigg.

Olivenko sacudió la cabeza.

—Vuestro padre nos hizo permanecer a bastante distancia. Aun así, estaba lo suficiente cerca como para ver que la posición del Muro está indicada por medio de unas boyas. Hace mil años que las colocaron. Para que no se pierdan los barcos. Sopla un viento en la dirección equivocada y los marineros se aproximan demasiado. Y se vuelven locos. Todo el mundo sabía que con un barco era posible cruzar el Muro. Fue idea de tu padre hacerlo estando inconsciente.

—¿Y no tenía miedo de soñar? ¿De que lo asaltaran las pesadillas al cruzar?

—Estaba narcotizado, sumido en un sueño sin sueños —dijo Olivenko—. Pero no sabemos si funcionó. Nunca pudo contárnoslo.

—Sigamos adelante —dijo Hogaza—. Salvo que quieras volver a intentarlo, Olivenko.

—No —dijo Olivenko—. Ya habrá tiempo de sobra para afrontar los horrores del Muro cuando lleguemos al lugar en el que vamos a cruzarlo. —Miró a Rigg—. ¿Qué estamos buscando?

—Un lugar liso. Sin árboles, pero no inclinado, para que no haya avalanchas ni corrimientos de tierra. Como la cima de los acantilados del Escarpalto. Antes la zona era un enorme lago y las cataratas Stashi caían desde lo alto de los acantilados. Pero las aguas fueron horadando la tierra más y más y el lago fue hundiéndose y hundiéndose, hasta que ahora no es más que un ensanchamiento en el río y salta más allá del borde de los acantilados y luego cae por un profundo cañón que no existía hace doce mil años.

—¿Viste el pasado? —preguntó Param—. ¿El lago?

—Vi los rastros de la gente —dijo Rigg—. Las huellas de su paso. Los sitios donde estaban los puentes. Los sitios donde nadaban. Rastros en mitad del aire, donde antes había tierra, antes de que se la llevara la erosión. Tenemos que elegir un sitio que no haya cambiado mucho, un sitio donde el rastro que tendremos que seguir no esté en el aire. Y donde no haya muchas cosas comestibles, para que no nos encontremos con un depredador que decida que somos presas fáciles. Un lugar que estuviera hace doce mil años igual que ahora.

—Ah, ¿nada más? —preguntó Hogaza.

—¿Por qué? —dijo Rigg—. ¿Es que conoces un sitio así?

—Yo serví en el Muro occidental —dijo Hogaza—. Sabes que estaba siendo sarcástico.

—Aquí había animales antes de que llegaran los humanos —dijo Rigg—. No hablo de animales pequeños, como los ebecos, los rutos y los guosos. Algunos de ellos eran enormes. Algunos eran enormes depredadores. He estado buscándolos desde que nos acercamos al Muro. La mayoría de los más antiguos no se parecen en nada a ningún animal que haya visto antes. Los rastros viejos son tan tenues, tan borrosos, y son tan distintos a los de los animales que Padre y yo buscábamos por su piel, que nunca me había molestado en estudiarlos hasta ahora. Son distintos. De un lugar distinto.

—Un planeta distinto, quieres decir —dijo Umbo.

—Eso quería decir, sí —respondió Rigg.

—¿Qué planeta? —preguntó Param.

—Éste —dijo Rigg—. Jardín. Los intrusos somos nosotros. Llegamos hace poco más de once mil ciento noventa y un años. Antes de eso, el mundo era distinto y estaba poblado por formas de vida diferentes. Quiero utilizar a uno de los animales nativos para remontarnos a un tiempo anterior a la construcción del Muro y así poder cruzarlo.

—Así que seremos los primeros humanos que pisan este mundo —dijo Olivenko—. Eres consciente de que eso es aún más absurdo que las teorías de tu padre, ¿no?

—Mucho más —dijo Rigg—. Y nunca le daría crédito si no fuese porque es verdad.

Pero al final no encontraron el lugar idóneo. Porque mientras atravesaban aquel paisaje árido, moteado sólo por árboles y matorrales, Rigg captó de pronto unos rastros que convergían sobre los suyos. Se encontraban aún a muchos kilómetros, pero los alcanzarían en cuestión de pocas horas.

Cuando se lo contó a los demás, su primer impulso fue echar a correr, pero Rigg los detuvo.

—El Muro está muy cerca. El suelo es lo bastante rocoso. No hay ningún arroyo importante entre el Muro y nosotros. Sólo tengo que encontrar un lugar en el que la

superficie no se haya desplazado... un rastro que podamos seguir. Habremos cruzado antes de que nos alcancen.

—Si es que funciona —dijo Hogaza.

—Gracias por tu ánimo y tu entusiasmo —dijo Rigg.

—Si no funciona —dijo Param—, no debe haber peleas. Ninguna. Que se nos lleven a Rigg y a mí. Los demás marchaos.

—Puede que ellos tengan opiniones distintas al respecto —dijo Hogaza—. Y aunque nos prometan algo, no creo que lo cumplan.

—No seas tonto —dijo Param—. Sólo hace falta que Umbo os lleve un par de meses al pasado. O un año. Desapareceréis y tendréis tiempo de sobra para ocultaros. Nunca os encontrarán. Vosotros no tenéis que cruzar el Muro para estar a salvo. Sólo nosotros, los elegidos, los príncipes. —Esbozó una sonrisa sarcástica—. Pero de momento dejemos que Rigg se concentre en encontrar el lugar adecuado.

Umbo sacó la bolsa de las piedras preciosas de sus pantalones.

—Rigg —dijo—. Será mejor que guardes tú esto.

—Oh, muy bien, distráelo —dijo Param en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó Rigg—. Hasta ahora las has llevado tú y no han corrido ningún peligro.

—Porque son tuyas —dijo Umbo—. El Hombre Dorado te las dio a ti.

—¿Quién? —preguntó Rigg.

—Tu padre.

—Nadie lo llama así.

—Los niños lo hacíamos —dijo Umbo—. Todos lo llamábamos así, pero no delante de ti ni de él.

—Pero el Hombre Dorado es el Inmortal —dijo Rigg—. Y no creo que ese título le pegue a mi padre.

—Él te dio las piedras a ti, así que son tuyas. Además, ¿de qué nos van a servir si tengo que esconderme con Hogaza y Olivenko? Ya hemos comprobado lo que pasaba al tratar de vender una de ellas. —Alargó la mano hacia la cintura, donde guardaba el cuchillo que Rigg había robado en el pasado.

—Eso quédatelo —dijo Rigg—. Es tuyo. —Y al ver que Umbo amagaba con protestar, añadió—: Es un regalo.

Param respiró hondo y dijo:

—Rigg, no entiendo por qué tenemos que separarnos. Umbo pude llevarnos al pasado a todos a la vez. Lo demostró el día que nos llevó hasta Olivenko.

Rigg no tuvo que responder porque Umbo lo hizo en su lugar.

—Lo que le preocupa a Rigg no es viajar al pasado. Es volver al presente.

—Pero si lo habéis hecho una y mil veces —dijo Param—. Los mensajes que te enviaste a ti mismo, a Rigg, a Hogaza...

—Es distinto cuando sólo tengo que aparecerme a alguien y hablar. Parte de mí se queda en el presente y una parte regresa. O estoy en los dos tiempos a la vez. Pero cuando me desplazo por completo, como cuando Hogaza y yo saltamos el pasado para coger una de las piedras del lugar en el que la habíamos escondido, cerca de la Torre de O, al volver al presente no rehago el camino entero. Aquella vez volvimos un día antes de llegar a O. Más de un día antes de que saltáramos al pasado.

—Pero ¿qué es un día? ¿Qué más da un día? —preguntó Param.

—Disculpadme, señorita —dijo Umbo—. Nos sabemos si siempre es un día. Podría ser un solo día. Pero podría ser la misma diferencia en proporción. Saltamos seis meses hacia atrás y volvimos casi un día antes. Un año supondrían dos días de diferencia. Mil años serían más de dos mil días. Y once mil años podrían ser veintidós mil días. Casi cincuenta años.

Param asintió.

—Pero ¿qué importará eso, si abandonamos este cercado?

—¿Y si queremos volver a él algún día? —preguntó Rigg—. ¿Y si encontramos el modo de destruir el poder del general Ciudadano? Porque tengo la sensación de que Madre y él están a punto de recordarle a todos por qué estalló la Revolución. ¿Y qué podremos hacer si aparecemos treinta años antes de haber nacido?

—O trescientos —añadió Umbo—, porque podría ser al azar.

—O quizá —dijo Rigg—, si se remonta mucho en el tiempo, no pueda volver al presente y nos quedemos atrapados en un mundo anterior a la llegada de la raza humana. Es un experimento que no podemos permitirnos el lujo de hacer.

—Así que yo me quedo en el presente —dijo Umbo— y envío a Rigg, a Hogaza y a Olivenko al pasado, antes de que existiera el Muro. Y luego ellos esperan a que crucemos usando tu poder para hacernos invisibles. Si podemos.

—¿Y si no podemos? ¿Y si el Muro nos detiene incluso en ese estado? —preguntó Param.

—Entonces volveré —dijo Rigg— y te llevaré también conmigo.

—Y dejaremos a Umbo atrás.

—Sin nosotros —dijo Rigg—, Umbo no correrá peligro.

—¿Qué más les doy yo? —preguntó Umbo. Su voz pretendía parecer despreocupada, pero había algo en ella que contradecía esta idea. A Rigg se le ocurrió que realmente le fastidiaba que nadie lo tomara en mucha consideración.

—Tienes razón —dijo Rigg—. Nadie se preocupará por ti... pero eso es porque son idiotas. Eres el más poderoso de nosotros. El que viaja en el tiempo eres tú. Tú eres el que puede cambiar las cosas. El único.

Vio que Param volvía a mirar a Umbo. Puede que nunca se le hubiera ocurrido —criada en un mundo en el que sólo importaba la realeza— que Umbo pudiera ser alguien especial. Era el hijo de un plebeyo del curso alto. Pero también era el único

viajero temporal del mundo. A Param no le vendría mal darse cuenta de que la nobleza de sangre no significaba nada. Lo único que te convertía en importante o genuinamente noble era lo que podías y decidías hacer.

Avanzaron un poco más, hasta la cima de una loma, y Rigg vio que era un lugar apropiado. No era ideal: había afloramientos de roca y sitios que, a todas luces, habían sido erosionados por el viento. Pero estaba en lo alto de una colina en medio de un paisaje seco. Ningún río lo atravesaba. Y había rastros de animales antiguos y cuya posición revelaba que el nivel no había cambiado demasiado en el tiempo transcurrido.

—Esto nos servirá —dijo Rigg—. Como ha dicho Hogaza, si es que funciona...

Llevaron los caballos hasta el borde mismo de la influencia del Muro y descargaron los petates. Los animales comenzaron a pastar en la escasa hierba que pudieron encontrar.

Rigg se subió a unas rocas desde las que podía ver lo que se extendía al otro lado del Muro. Umbo fue tras él. Finalmente, Rigg localizó en la lejanía los rastros que necesitaba para saber hasta dónde tenían que llegar para cruzarlo.

—Es un kilómetro y medio, más o menos —dijo Rigg—. ¿Ves ese retoño de roble retorcido, junto a esa roca puntiaguda? Cuando lleguemos allí, puedes devolvemos al presente.

—Eso es más de kilómetro y medio —dijo Umbo.

—Puede que sí —dijo Rigg.

—¿Puedes caminar muy rápido, cargado con el equipaje?

—Lo suficiente. Param estará contigo.

—¿Y si el poder de Param no nos permite cruzar el Muro al final?

—Pues entonces al menos desapareced un rato, hasta que se marchen.

—Quizá deberíamos cruzar primero ella y yo —dijo Umbo—, para asegurarnos de que podemos hacerlo.

—Si no los tuviéramos a una hora de distancia —dijo Rigg—, sería una buena idea. Pero cuando Param se hace invisible, se mueve muy, muy despacio. Podríamos tener que esperar una semana para que atraveséis ese kilómetro y medio. O más.

—De acuerdo —dijo Umbo—. Me sentaré aquí para vigilar. Ayuda a Param a subir, ¿quieres?

—Que los santos te protejan —dijo Rigg mientras comenzaba a descender.

—Aguarda —dijo Umbo—. ¿No deberíamos quedarnos parte de las provisiones?

Rigg se echó a reír.

—Umbo, para vosotros sólo pasará una hora, como máximo. Por mucho que tardéis en atravesar juntos ese kilómetro y medio. No te entrará hambre. Ni siquiera tendrás ganas de hacer pis.

—Pues necesito hacerlo ahora mismo.

—Bueno, pues hazlo, pero por el otro lado de esta roca mientras nosotros subimos por este.

Rigg buscó a Param.

No estaba por ninguna parte.

Al ver su rastro se dio cuenta de que al final había decidido hacer una prueba. Pero se movía más deprisa que nunca en su estado invisible. Incluso pudo ver una leve perturbación del aire en el lugar donde se encontraba, con la forma de ella. Estaba en la frontera de la invisibilidad.

Aun así se movía mucho más despacio que una persona al caminar con normalidad. ¿Hasta dónde pretendía llegar? Porque los rastros de sus perseguidores seguían acercándose y, a la velocidad a la que avanzaban, el grupo de Rigg no podía demorarse demasiado. Necesitaban tiempo para cruzar el Muro antes de que Umbo desapareciera con Param. Era una irresponsabilidad emplear los pocos y preciosos minutos de los que disponían en experimentos. Para ella no serían más que uno o dos minutos, Rigg estaba seguro. No se había acercado al Muro más que diez o doce metros. ¿Qué podía haber descubierto con ello?

Su hermana se hizo visible.

Chilló.

Rigg corrió hacia ella, lo mismo que Olivenko y Hogaza.

—¡Yo la cojo! —gritó Rigg—. ¡No os acerquéis! —Ya sentía cómo comenzaban a invadirle el corazón la congoja, la desesperación y el terror. Sabía que nunca podría alcanzarla, que todo estaba perdido. Sabía por qué había gritado.

Ella se movía tambaleándose hacia él, con una máscara de pesar y locura por rostro.

—¡Corre hacia mí! —gritó Rigg—. ¡No vuelvas a desaparecer! ¡No tenemos tiempo!

La alcanzó al cabo de un instante, pero para entonces el miedo ya era insoportable. Su mente comenzó a inventar razones para justificarlo. Estaban atrapados en el Muro y nunca podrían escapar. La tierra se abriría y se los tragaría. El general Ciudadano había llegado para matarlos. Nada saldría bien, todo fracasaría.

Param no habría podido llegar tan lejos de haber sentido aquello mientras se movía siendo invisible hacia el Muro. Y podía acabar con ello con sólo volver a hacerse invisible. Pero si lo hacía, entonces sí que tendrían buenas razones para preocuparse. Porque para cuando saliera de aquel estado, sus perseguidores estarían demasiado cerca y ya nunca lo conseguirían.

Param era más fuerte de lo que Rigg sospechaba. Y él también, más de lo que esperaba. Porque ni ella aceleró su movimiento para acabar con el tormento ni él le suplicó que lo hiciera, a pesar de que lo estaba deseando.

Dieron otro paso, luego otro más y de repente pudieron sentir cómo comenzaba a

esfumarse el terror. Dos pasos después, ya no lo sentían. Estaban junto a los demás.

—Tenía que saberlo —dijo Param—. Tenía que saber si mi patético y pequeño poder podía llevarnos al otro lado.

—¿Y? —preguntó Rigg.

—Lo notas incluso con el tiempo ralentizado —dijo Param—. Era horrible. Pero al volver al tiempo real, se hizo mucho peor. Insoportable. Tú mismo lo has sentido. Así que mi poder sí que funciona y creo que si me ralentizo aún más, Umbo ni siquiera lo sentirá. O será tan leve que podrá ignorarlo. Y otra cosa. Después no empeora. Se convierte en un tormento muy rápidamente y luego continúa igual todo el rato. En ese momento me detuve, al darme cuenta de que no empeoraba con cada paso que daba. Lo que hemos sentido ahí, hermano mío, es lo peor que puede hacer el Muro, creo.

—Pues ya ha sido suficientemente malo —dijo Rigg.

—Tienes lágrimas y mocos por toda la cara —dijo Hogaza—. Estás horrible.

Rigg se limpió la boca y la nariz con un pañuelo y luego le dirigió una mirada hosca.

—Llevala a aquella roca. Subid allí con Umbo y luego volved aquí y coged vuestros petates. Vamos a tener que atravesar corriendo ese kilómetro y medio si queremos conseguirlo antes de que nos alcancen el general Ciudadano y sus hombres.

—¿El general Ciudadano en persona?

—Conozco su rastro —dijo Rigg.

—¿Y Madre? —dijo Param.

Pronto podría comprobarlo con sus propios ojos.

—Madre también —dijo Rigg.

—¿Ha venido a ver cómo nos atrapa? ¿A vernos morir?

—O a ver cómo atravesamos el Muro —dijo Rigg—. Van a caballo, al galope. ¡Id a la roca!

A pesar de las prisas, los dos hombres tardaron no menos de cinco minutos en subir a Param a la roca, volver a bajar y recoger sus petates.

—¿Listos? —preguntó Rigg.

—Sí —dijo Olivenko.

—Por supuesto —dijo Hogaza.

Rigg se adelantó dos pasos hasta el antiquísimo rastro que iban a seguir, hasta el lugar en el que se adentraba en el Muro. Cogió la mano de Hogaza y éste la de Olivenko. Y entonces, mientras observaba el rastro con toda su atención —porque era muy antiguo y borroso—, Rigg estiró el brazo y bajó el puño en el aire, como si accionara una palanca.

Al instante vio que el rastro comenzaba a revelar la forma de un animal que corría, corría y corría. «No —pensó—. Se mueve demasiado deprisa, no podremos

seguirlo.» Pero entonces se dio cuenta de que sólo era el efecto del rastro. El animal estaba caminando. Como él esperaba.

Nunca había visto una criatura como aquélla. Era un poco más pequeña que un ciervo y se trataba obviamente de un herbívoro, no de un depredador. No se había equivocado en su análisis. Pero no estaba cubierta de pelo ni de escamas, sino de algo cortante.

«Oh, qué maravilla. Acabo de encontrar un puercoespín gigante.»

Pero vio que, mientras se limitara a poner la mano sobre él con firmeza, sin acariciarlo a contrapelo, no se haría daño.

«Tócalo», se dijo.

Pero sabía que si lo asustaba, si echaba a correr, nunca lo conseguirían. Se obligó a seguir con la mirada el rastro de la criatura por detrás. Así podía tocarla sin que supiera que él se encontraba allí.

Alargó la mano, la posó sobre los cuartos delanteros y al instante echó a andar a su misma velocidad. Las cerdas puntiagudas eran ásperas al contacto, pero no le hicieron daño. A su alrededor, el paisaje había cambiado. Se encontraba en el pasado. El cielo era más brillante. Era mediodía y el clima era más caluroso. No había una sola nube en el cielo.

El animal no reaccionó a su contacto ni a su presencia. Puede que no le tuviese miedo porque nunca había visto ni oído un ser humano. Puede que aquélla fuera su manera de demostrar el miedo, seguir moviéndose sin cambiar el paso.

Rigg se tomó la libertad de mirar hacia atrás un instante y vio que los demás seguían con él.

Olivenko estaba estirando su brazo libre en aquel mismo instante. Tocó al animal en la grupa, justo encima del lugar en el que la gruesa cola, muy similar a la de un reptil, se separaba de las ancas. Ni aun así saltó la criatura. Hecho esto, Olivenko soltó la mano de Hogaza para que también él pudiera tocarla.

Una vez que Hogaza tuvo la mano apoyada sobre el animal, Olivenko lo rodeó, dio un pequeño salto sobre la cola sin dejar de estar en contacto con él y luego avanzó por el otro lado hasta colocarse casi a la misma altura que Rigg.

«No, no avances más», pensó éste.

Olivenko no lo oyó, pero al parecer tenía el suficiente sentido común como para entender el peligro. No dejarse ver por el animal, ése era el plan, porque Rigg se había dado cuenta en aquel momento de que los ojos no estaban en la misma posición que los de una vaca o un ciervo. Los tenía justo delante, como un lémur, un búho o un humano. Si seguían en la posición que habían adoptado en aquel momento no podría verlos. Puede que los nervios de su dermis no fuesen tan sensibles como los de los mamíferos. Puede que las púas le impidieran sentir su presencia si no hacían movimientos bruscos.

Y hasta donde ellos sabían, podían dejar ir al animal, ahora que estaban en su tiempo, sin abandonar el pasado. Pero Rigg no podía estar seguro. Nunca había retrocedido tanto en el tiempo. Sin el animal para mantenerse firmemente anclados en aquel momento, ¿bastaría con el poder de Umbo para que no volvieran al presente?

Habían recorrido medio kilómetro de este modo cuando Rigg recordó que no había sentido la presencia del Muro. Como si no existiera. Porque no existía. Estaba en un tiempo en el que los humanos aún no habían llegado a Jardín y no había Muro, ni enemigos que les ganaran terreno a toda velocidad.

¿A cuánta? No se atrevió a buscar los rastros de Madre y Ciudadano, porque para ello habría tenido que dejar de concentrarse en el animal que le servía como guía. Le pareció que debían de estar moviéndose mucho más despacio de lo que su paso por el suelo sugería, porque el sol había dejado atrás su cenit y las sombras que proyectaban se extendían delante de ellos. ¿Cuánto tiempo llevaban caminando? Sólo unos minutos, pero antes era mediodía y ya no lo era.

Los cuartos delanteros del animal se hinchaban y se contraían en su caminar, y los músculos parecían fluir bajo la mano de Rigg. No era un animal de manada, porque en ese caso Rigg no lo habría escogido. Una manada habría sido demasiado peligrosa. Era un animal solitario. Lo asaltó el deseo de seguirlo durante días, durante un año entero, y averiguar cómo vivía, cómo se emparejaba, si paría a sus retoños, ponía huevos o empleaba algún método completamente distinto y desconocido para los seres humanos, cómo pasaba los inviernos, qué comía y qué otras criaturas se alimentarían de él... ¿Cómo habían sido capaces sus antepasados de destruir a aquella criatura y toda su raza?

«Para dejarnos espacio a nosotros, a mí —pensó—. Para que pudiera vivir aquí, les arrebataron este mundo a sus pobladores nativos y nos lo entregaron a mí y a todos los humanos del cercano, a todos los del mundo.»

Se arriesgó a mirar un momento a Umbo y Param. Pudo verlos con claridad, allí arrodillados en lo alto del promontorio; pero también vio que estaban dentro de una roca más alta y más gruesa. Aquél era el efecto de la erosión del viento entre el momento en el que se encontraba ahora y el del futuro, en el que su pequeño grupo llegaría al lugar. Umbo y Param no estaban en peligro. Ellos no iban a viajar al pasado, así que la roca no aparecería de repente, maciza y real, a su alrededor.

Se disponía a volverse de nuevo hacia delante cuando vio que Param miraba en la dirección por la que debían llegar Ciudadano y Madre, y luego se volvía hacia él y le hacía un gesto. Más deprisa, decía con la mano. Moveos, más deprisa, más deprisa. Los primeros enemigos debían de haber aparecido.

—Hay que correr —susurró Rigg mientras volvía a mirar hacia delante—. ¿Podemos hacer correr a este animal?

Habían recorrido más de la mitad del camino. Tres cuartas partes. Pero sus

sombras eran muy alargadas. Estaban tardando demasiado.

En cuanto comenzaron a empujar la bestia, ésta apretó el paso, sí, pero las púas empezaron a clavarseles en las manos. Y no sólo los extremos más cortantes. Cada púa tenía el filo de una hoja en miniatura. «Habría estado bien pensar en ponerse guantes», pensó Rigg, pero ignoró el dolor y empujó con más fuerza al animal hasta conseguir que corriera a la misma velocidad que él.

En el cielo, por delante de ellos, apareció de repente un reguero de luz, como una estrella fugaz, que ascendió desde el horizonte lejano, cada vez más brillante, deslumbrante. Ahora corrían frenéticamente y Rigg comenzó a temer que fuesen demasiado rápido para el animal. Pero la superficie del suelo era muy lisa y pudieron continuar. Las púas ya no sólo se le clavaban cada vez más en las manos. Ahora era peor: con el movimiento le habían producido heridas. Parecía que se le hubieran clavado bajo la piel.

«Con la suerte que tengo, seguro que son tóxicas y la mano se me pudre y se cae antes de que termine el día.»

Se volvió de nuevo y vio que los gestos de Param se habían vuelto desesperados. Y vio también otra cosa: la luz del cielo no era ninguna estrella fugaz. Era algo grande y negro que descendía a tal velocidad que allí mismo, mientras lo observaba, duplicó su tamaño. Su extremo delantero era tan brillante como el sol, y en el tiempo que tardó Rigg en comprender lo que estaba pasando, desapareció por debajo del horizonte y Rigg pensó: «Va a chocar con la tierra.»

Y en el mismo momento en que lo pensaba, una luz cegadora estalló en el horizonte, a su espalda, seguida al instante por la aparición de una nube blanca y negra. Un momento después, la tierra tembló con tanta fuerza que Rigg se habría caído si no hubiera tenido la mano sobre el animal. Entonces comprendió el error que había cometido: había escogido el camino más reciente que cruzaba el Muro antes de que todo cambiara. Y al hacerlo se había colocado, junto con sus amigos, en el momento exacto del pasado en el que los humanos llegaban desde el espacio. Aquella cosa negra del cielo debía de ser la nave que los había traído. Y aquel estallido, la vasta erupción de la nube que se había producido ante sus ojos, era el fin del mundo. Pudo ver la nube negra que avanzaba devorando la tierra hacia ellos y comprendió al instante que si llegaba a alcanzarlos, sería el fin.

Levantó la mano e hizo el gesto de «Devuélvenos al presente».

Miró de nuevo hacia delante y vio por qué Umbo no había cumplido su orden en seguida. Aún les faltaban un par de minutos largos para llegar al sitio que habían acordado, donde podían tener la certeza de haber escapado del peligro del Muro.

«Hay peligros mayores que la agonía emocional y el miedo desesperado. — Repitió el gesto del puño—. ¡Devuélvenos al presente o vamos a morir aquí, Umbo!»

Los demás vieron que estaba haciendo el gesto acordado y, como también ellos

podían sentir cómo temblaba la tierra, supieran o no cuál era la causa, no se sorprendieron. Los dos debían saber lo mismo que él: que una vez que Umbo decidiera hacer caso a la señal, tendrían que recorrer la última parte bajo la agonía del Muro, embargados por el terror y la congoja, y sólo su fuerza de voluntad les permitiría seguir corriendo hasta ponerse a salvo en el interior del otro cercado.

Rigg repitió el gesto una tercera vez.

¿Por qué no le hacía caso Umbo? ¿Por qué seguía el animal bajo su mano? ¿Por qué...?

Su sombra ya no se alargaba delante de él. De hecho, ya no tenía sombra. Seguía siendo por la mañana. La tierra ya no temblaba. La bestia seguía allí, bajo su mano, pero ahora había sucumbido al fin al pánico. ¿Y cómo no iba a hacerlo? Los horrores del Muro habían caído sobre ellos como un puño gigante que había destrozado toda la esperanza de sus corazones, los suyos y los de la bestia.

—¡Corred! —gritó Rigg.

Olivenko trató de cogerle la mano, pero Rigg pegó los codos al cuerpo y corrió con toda la fuerza de sus brazos y sus piernas. Tenía la ventaja de haber sentido antes aquella agonía, de saber que sólo tenía que correr el tiempo suficiente para que cesara. Y los demás eran soldados. Guerreros. Hombres fuertes.

Y en efecto, los dos lo adelantaron. Ambos podían correr más deprisa que él, y Rigg sabía que era lógico que lo dejaran atrás si podían, pero aun así, lo invadió la desesperación, porque supo que ellos iban a sobrevivir y él no, que nunca podría correr tanto como ellos. En su terror, creyó que el suelo seguía temblando y que la nube de polvo se le echaba de nuevo encima, la nube de asfixiante polvo que acabaría con todos los seres vivos. Su mente trató de decirle otra cosa, algo importante sobre aquella nube de polvo, pero fue incapaz de aprehender la idea, porque el terror del polvo era insoportable y anulaba la razón. Nunca podría escapar corriendo de él. Pero tenía que hacerlo.

Olivenko había dejado de correr. Se había vuelto hacia él. Estaba gritando palabras que Rigg era incapaz de oír. Entonces también Hogaza se detuvo, se volvió, agitó los brazos y le gritó algo.

Pero estaban demasiado lejos. No podría alcanzarlos. Antes lo alcanzaría la nube y se lo tragaría. Podía sentirla ya, podía sentir cómo penetraba en sus pulmones un humo denso que le impedía respirar y que iba a asfixiarlo. Dejó de verlos. El humo lo bloqueó todo, volvió el mundo negro y oscuro. Y en la oscuridad, Rigg tropezó. Y cayó al suelo.

La congoja, la desesperación y el terror que se abatieron sobre él eran más de lo que podía soportar. Sintió que se le iba a parar el corazón, lo mismo que se le habían inundado los pulmones y cegado los ojos. Sentía deseos de morir.

Entonces, el viento lo recogió y se lo llevó de una bocanada. Lejos de la

oscuridad. Lejos del polvo. Lejos de la ceguera, del horror y de la asfixiante incapacidad de respirar. Un viento que no era tal viento, eran las manos de Hogaza y Olivenko. Habían regresado al interior del Muro al verlo caer, habían regresado a la agonía para salvarlo y sacarlo de allí, y lo habían conseguido, porque se encontraban más allá del Muro.

—Gracias —susurró Rigg—. Me estaba asfixiando. No veía nada.

—Lo sé —dijo Hogaza mientras lo abrazaba.

—Era el fin del mundo —dijo Olivenko y Rigg, al levantar la mirada, vio que tenía el rostro surcado de lágrimas.

Entonces se volvió y miró en la misma dirección que los dos hombres. Hacia la roca, más allá de los casi dos kilómetros del Muro, donde estaban Umbo y Param hasta hacía poco. Pero ya no.

En su lugar, media docena de hombres con gruesas barras de metal corrían de un lado a otro, peinando el aire por debajo de la roca. Otros dos estaban sobre ella, también con barras de hierro que movían igual que los demás, tratando de llegar lo más lejos posible.

La reina y el general Ciudadano, montados a caballo, no prestaban la menor atención a los hombres, sino que observaban la lisa pradera que se extendía al otro lado del Muro. Ciudadano tenía un catalejo. Se lo entregó a la reina.

En un primer momento, Rigg pensó que los estaban observando a ellos tres, pero poco a poco se fue dando cuenta de que no era así.

Se volvió en la dirección en la que miraban.

El animal había regresado al presente, con ellos. Rigg lo había utilizado para viajar al pasado, pero aún estaban tocándolo cuando Umbo los devolvió al presente, y había vuelto con ellos. Era, realmente, único en el mundo.

Pero eso no era todo. Porque había un hombre junto al animal, acariciando su lomo tembloroso. Era un hombre de aspecto amable y poseía un rostro bondadoso y fuerte. Un rostro que Rigg conocía mejor que ningún otro en el mundo.

Era Padre.

EL SALTO DESDE LA ROCA

Tendrían que haber pasado mil años para que la atmósfera quedara limpia de polvo y compuestos tóxicos, para que los bosques nativos pudieran volver a brotar, para que los insectos y los gusanos comenzaran a extenderse de nuevo por el mundo y dieran los primeros pasos de la evolución que llenaría los millones de nichos evolutivos que habían dejado vacíos las diecinueve naves lanzadas contra el planeta Jardín.

Pero, en lugar de ello, los satélites generaron artificialmente las precipitaciones y enfocaron los rayos del Sol para limpiar la baja atmósfera, mientras unos pequeños robots sembraban todas las aguas del mundo con unas bacterias capaces de absorber todos los compuestos dañinos que la lluvia arrojaba aún sobre la superficie.

Al cabo de no mucho tiempo, estos pequeños robots y los prescindibles comenzaron a plantar vegetación terrícola allí donde la lluvia y las temperaturas habían vuelto a la normalidad. Enseguida vinieron los insectos y los gusanos, que se propagaron, mientras en las aguas aparecían peces y otras criaturas de la Tierra en cantidades suficientes para acabar con la vida nativa superviviente.

Mientras las plantas se propagaban y las nubes blancas se disolvían en precipitaciones, el cambio en el albedo del planeta habilitó un número cada vez mayor de hábitats y al cabo de no mucho, la fauna de cordados de la Tierra volvía a reinar en un mundo prístino, desprovisto de seres humanos y más seguro que su propio mundo de origen en ningún momento de los últimos diez mil años.

En esta Nueva Tierra encontraron su lugar algunas de las plantas y criaturas nativas de Jardín. A la mayoría de esta flora la asfixió la pujante vida vegetal de la Tierra. La mayor parte de los animales autóctonos no podían competir con sus rivales terrícolas. Pero algunas especies lograron sobrevivir metabolizando aquellas proteínas nuevas y extrañas o estableciendo alianzas con la flora nativa.

El planeta no estaba aún poblado en su totalidad, ni de lejos. Las pequeñas manadas prosperaban lo bastante como para sustentar la existencia de depredadores y carroñeros de tamaño modesto, pero los prescindibles contuvieron a los grandes depredadores hasta que el número de aquéllas creció lo suficiente. Lo importante era que en la vecindad de cada una de las naves enterradas había plantas y animales de todas las especies, plantas y animales que creaban ecologías nuevas a las que los humanos podrían adaptarse o que podrían doblegar a su voluntad.

Bajo millones de toneladas de roca y tierra pulverizada, los ordenadores de las naves y los satélites iniciaron la creación de los campos de repulsión que se

convertirían en los Muros. Trazaron los límites de tal manera que en el interior de cada cercado hubiera terrenos de todas clases, para que los humanos pudieran vivir en su interior durante diez mil años sin que nada limitara su florecimiento.

Además, los prescindibles y los ordenadores de las naves decidieron que sus calendarios echarían a andar hacia atrás, hasta la fecha fatídica en la que volverían a la época de su creación, hasta el día en que, 11.191 años después de haber saltado 11.191 años al pasado, pudieran mirar de nuevo hacia el exterior del mundo, en busca de nuevas naves humanas que pudieran seguirlos.

¿Qué conseguirían o en qué se convertirían los humanos durante aquellos milenios en el planeta Jardín? ¿Y qué pensarían de ellos los humanos de la Tierra cuando se reencontraran? Si había que fiarse de la historia del hombre, el resultado sería la esclavitud, la colonización o la guerra.

A los prescindibles correspondía, pues, asegurarse de que Jardín estuviera listo para protegerse a sí mismo y a todo lo que hubiera conseguido cuando la raza humana original llegara allí. Pero no podían permitir que ninguna de las sociedades de Jardín desarrollara una tecnología capaz de comprender, y mucho menos controlar, los campos que formaban los Muros.

Así que en todos los cercados, una vez que los humanos dormidos despertaran y echaran a andar, los prescindibles comenzarían a mentir a sus amos. Y no dejarían de hacerlo hasta el día en que algunos de ellos lograran vislumbrar lo suficiente de la verdad para obligar a los prescindibles a convertirse de nuevo en obedientes y honrados servidores.

Umbo esperó mientras Hogaza y Olivenko ayudaban a Param a subir a las rocas y luego la ayudó él mismo mientras ella buscaba dónde agarrarse. Era sorprendente la poca fuerza que poseía la parte superior de su cuerpo. Puede que eso pasara siempre con las chicas ricas: como no tenían necesidad de trabajar, se volvían unas blandas.

Y no es que Param hubiera sido rica. En realidad no poseía nada. Pero Umbo se había dado cuenta de que no poseer nada como miembro de la realeza era muy distinto a no poseer nada como campesino. Nunca le había faltado la comida. No había en ella ni el menor rastro de esa delgadez que provoca el hambre. Nunca había tenido que ir a buscar agua a un río o a un arroyo, la interminable tarea que convertía a las jóvenes chicas de pueblo en criaturas fibrosas, nervudas y fuertes que no tenían nada que temer de ningún hombre que no hubiera trabajado al menos tan duro como ellas.

Pero, débil o no, ahora lo único que importaba era que Param lo llevara al otro lado del Muro después de que él ayudara a cruzar a Rigg, Hogaza y Olivenko.

—¿Tengo que estar en silencio mientras te concentras? —le preguntó la muchacha.

—No lo sé —dijo Umbo—. Nadie me ha hablado nunca mientras hacía esto.

—Entonces estaré callada hasta que me hables tú —respondió ella.

Umbo observó cómo se cargaban sus petates Hogaza y Olivenko antes de acercarse a Rigg, que ya llevaba el suyo a la espalda. Tras unos últimos preparativos, estuvieron listos y Rigg dio la señal de inicio.

—Vamos allá —le dijo Umbo a Param mientras se disponía a alterar la percepción del flujo temporal para Rigg, Hogaza y Olivenko. De momento, no supondría ninguna diferencia para los dos adultos. Ellos no podían ver los rastros, así que no notarían nada. Pero Rigg sí y Umbo vio que volvía la cabeza en todas direcciones hasta encontrar el rastro que estaba buscando.

Y entonces, con una repentina sacudida, sintió el cambio que se producía cuando Rigg se concentraba y los tres salían disparados hacia el pasado.

En las ocasiones anteriores, cuando Rigg había hecho aquello, no había sentido más que un cosquilleo. Puede que un poco más intenso al alejarse más en el tiempo, como cuando habían saltado varios siglos para robar el cuchillo con incrustaciones de gemas que Umbo llevaba ahora al cinto.

Pero los más de once mil años que debían saltar esta vez convirtieron aquel hormigueo en una sacudida tan fuerte que Umbo perdió el equilibrio y cayó de rodillas. Param tuvo que sujetarlo para que no se cayera del pequeño promontorio. Con la respiración entrecortada, vio cómo emprendía la marcha el grupo de viajeros por los casi dos kilómetros de anchura del Muro.

Quizá, si se sumergía también él en el tiempo alterado, pudiera ver a qué criatura estaban agarrados. Pero si lo hacía, los acompañaría al pasado —llevándose consigo a Param, que estaba agarrada a él— y quedarían todos perdidos allí. Así que refrenó la curiosidad que le inspiraba la forma invisible sobre la que apoyaban las manos sus compañeros y se concentró en mantener la proyección en el pasado lejano.

Cuanto más se alejaban, más se sentía como si algo estuviera tirando de él por dentro, estirándolo como las hebras con las que se forma un cordel. No era nada fácil. Nunca se le había pasado por la cabeza la idea de que adentrarse tanto en el tiempo pudiera suponer un peligro. Pero la sensación de que alguien lo tenía agarrado por las tripas y estaba tirando de ellas hacia el pasado no podía significar nada bueno.

Pero aun así siguió manteniéndolos allí, en el pasado remoto, mientras se adentraban cada vez más en el Muro. Podía ver que sus piernas se movían con rapidez, pero encorvados como estaban, aunque sólo fuese un poco para mantener las manos en contacto con el invisible animal, no podían dar zancadas demasiado largas. Se arrastraban como un insecto de seis patas.

Comenzó a marearse. Le entraron ganas de beber agua. Sintió la necesidad de respirar hondo y lo hizo. Tenía ganas de orinar, a pesar de que lo había hecho poco antes de subirse allí. Era como si su cuerpo quisiera distraerlo de lo que estaba

haciendo y estuviera recurriendo a cualquier medio para conseguirlo.

Pero los brazos de Param lo rodeaban desde atrás. Eran los brazos de una mujer, por débil que pudiera ser, y le recordaron a su madre, la única mujer que lo había abrazado así, que lo habían sujetado cuando lo invadía la rabia hacia su padre, cuando no quería hacer otra cosa que escapar corriendo.

Nunca había entendido por qué quería su madre que se quedara. ¿Para recibir palizas? ¿Para que le recordaran una vez tras otra que un niño de su estatura no podía encargarse de ninguna tarea de hombre? Sólo cuando lo dominaron la tristeza por la muerte de Kyokay y, aunque tratara de ocultarlo, la rabia hacia Rigg por haber dejado morir a su hermano pequeño, sólo entonces pudo escapar de aquel abrazo y salir a los caminos con Rigg.

Y ahora lo estaban abrazando de nuevo, y esta vez el abrazo no parecía una prisión. Era más bien como si Param estuviera prestándole sus fuerzas, como si algo fluyera al interior de su pecho desde las palmas abiertas de ella. Eran como una sola persona, allí subidos en aquella roca, y así permanecieron, los dos de rodillas, mientras Rigg, Hogaza y Olivenko dejaban atrás el punto que marcaba la mitad de su camino.

Los cascos de unos caballos resonaron y Umbo oyó que sus propias monturas, ya nerviosas por la proximidad al Muro, relinchaban mientras pateaban nerviosamente el suelo con los cascos.

Sintió que el cuerpo de Param se retorció tras él. Sabía que estaba buscando el origen del sonido. En ese momento, Param se dio la vuelta y una de sus manos abandonó por un instante su pecho. Hizo unos movimientos bruscos y rápidos. Debía de estar indicando a Rigg que se apresurara. Y Rigg se volvió mientras corría y la vio.

—Están aquí —susurró Param—. Olvídate de ellos. Concéntrate en Rigg y en los hombres y sigue haciendo lo que debes mientras puedas. Yo hablaré cuando haya que hablar... y espero que no sea necesario.

Así que Umbo oyó, sin prestar atención, a la docena de caballos que se iban acercando y luego comenzó a oír cómo piafaban y relinchaban cuando sus jinetes trataban de obligarlos a acercarse al Muro. Los caballos se salieron con la suya. Los hombres armados tuvieron que desmontar para adentrarse en el espacio que separaba el Muro y el promontorio en el que estaban arrodillados Umbo y Param.

Aquellos hombres portaban espadas, pero en las manos llevaban las terribles armas de las que Rigg les había hablado al contarles el último encuentro de Param y él con su madre, la reina: gruesas barras de hierro con tiras anudadas a modo de empuñadura para que fuesen más fáciles de manejar.

—¡Bajad aquí los dos! ¡Llama a tu hermano, Param! —Era un hombre. La voz era la del general Ciudadano, fuerte, grave y autoritaria. Pero Umbo se limitó a tomar nota de ella sin desviar los ojos, mientras Rigg y los demás seguían avanzando por la

pradera. ¿Cuánto les quedaba? ¿Habían recorrido ya tres cuartas partes del camino? «Daos prisa.» Ciudadano no mataría a Param, de eso estaba seguro, pero sus hombres podían ejecutarlo a él sin la menor compasión.

—Quietos ahí —dijo Param, y Umbo quedó sorprendido al oír la autoridad que se desprendía de su voz—. Entre los dos estamos conteniendo el Muro. Si nos hacéis daño, os destruirá.

Umbo comprendió al instante la estratagema de Param. Los hombres ya estaban nerviosos por el influjo del Muro, y comenzaban a acusar los primeros fuegos de la desesperación. Param estaba utilizando contra ellos aquel miedo.

—Somos lo único que os separa de la destrucción —dijo Param.

Entonces llegó una voz de mujer, aunque Umbo tampoco pudo verla. A juzgar por el sonido, los dos seguían a caballo.

—Param, cariño —dijo la reina Hagia—, deja que te acojamos de nuevo en el seno de la familia.

—Lo dice la misma mujer que trae esas barras de hierro para matarme.

—Sólo si desapareces y tratas de escapar, querida mía. Si te quedas con nosotros, nadie te hará el menor daño.

—Todo cuanto dices, mi señora reina, es falso —dijo Param, no con cólera, pero sí con autoridad.

—Como tú —respondió la reina—. No puedes hacer nada con el Muro, ni contenerlo ni liberarlo. Aquí no tienes poder.

—Reconozco al muchacho —dijo el general Ciudadano y su caballo se adentró lentamente en el campo de visión de Umbo, avanzando por los bordes del Muro con pasos cuidadosos—. Saltaste desde el barco en el río, si no recuerdo mal.

Umbo sintió el impulso de responder, pero los dedos de Param se le clavaron en el pecho y no dijo nada. Se limitó a medir la distancia que aún les faltaba por cubrir a Rigg y a los demás.

—Nunca nos tocarán —susurró Param—. Aquí no tienen ningún poder.

—Os necesitamos a los dos —dijo el general Ciudadano—, o a ninguno. Si no haces volver al hijo de la reina desde el Muro, tú tampoco nos servirás de nada.

Param se echó a reír. Su risa resonó cálida y ronca en los oídos de Umbo, y sintió su vibración por la espalda, donde se tocaban sus cuerpos.

—Ciudadano —dijo Param—, ¿asistes el milagro de alguien que cruza el Muro y lo único que se te ocurre es pedirle que vuelva? ¿Es que no te importa nada más que tus mezquinos deseos y ambiciones? Eres un hombre demasiado pequeño para la Radiante Tienda. Si de verdad estás destinado a ser el rey, ve al Muro tú mismo y tráelo de vuelta. Sólo el rey de la Radiante Tienda puede atravesar el Muro... y ése nunca serás tú. Careces del valor para intentarlo y de la fuerza para conseguirlo. Es mi hermano el rey legítimo, por su sangre, por sus derechos y por su fuerza. El Muro

lo acepta. Él gobierna el Muro. Tú no gobiernas nada en este mundo, salvo a unos hombres temerosos.

Lo dijo con voz lenta y parsimoniosa. No gritó las palabras, sino que las entonó como si fuesen una música. Umbo se dio cuenta de que los soldados, al oírla, se ponían tan nerviosos como los caballos y comenzaban a agitarse inquietos de un lado a otro.

Ya no quedaba mucho tiempo. A Rigg no le faltaban más de doscientos metros por recorrer. ¿Por qué no echaba a correr? Pero su amigo no hacía más que mirar hacia atrás, como si estuviese observando a Ciudadano y a la Reina. «No puedes hacer nada por nosotros, salvo llegar al otro lado —sintió ganas de gritarle—. Así que apresúrate y corre sin apartar los ojos de la meta.»

—Creo que hay que matar al muchacho —dijo la reina—. Está haciendo algo. Creo que es el que hace posible que Rigg atraviese el Muro.

—Los arcos —ordenó el general Ciudadano.

—No le haréis ningún daño a este muchacho —dijo Param—. Está bajo mi protección.

—Creo que mi hija no puede hacerlo desaparecer hasta que Rigg esté a salvo al otro lado —dijo la reina—. Es él quien tiene el poder, el mago.

—Apuntad al muchacho, pero no hagáis daño a Param Sissaminka —dijo el general.

Desde lejos, Rigg levantó un brazo y bajó el puño violentamente. Era la señal convenida para que Umbo los devolviera al presente, pero era obvio que se había equivocado. Aún no habían llegado al otro lado.

—Dos minutos más —murmuró Umbo.

—¡Matadlo ahora mismo! —gritó la reina—. ¿A qué estáis esperando?

Rigg volvió a bajar el puño, con más urgencia esta vez, y Umbo pensó de repente que cabía la posibilidad de que no estuviera preocupado por su seguridad y no hubiera echado a correr para que Param y él pudieran desaparecer. Puede que tuviese sus propias razones, allá en la época en la que se encontraban, para regresar al presente cuanto antes.

Tras él, Param se puso en pie.

—¡Esperad! —dijo—. ¡Ya bajamos! Arriba, amigo mío. —Sus manos sujetaron a Umbo bajo los brazos y lo ayudaron a levantarse. Éste pudo ver por el rabillo del ojo que una docena de arcos, sin dejar de apuntarlo, subía lentamente a medida que él se levantaba.

La urgencia de Rigg era evidente. «Tráenos ya de vuelta», decían sus señales. Así que, al fin, Umbo tiró de ellos.

Vio que se tambaleaban, afectados de repente por el impacto del poder del Muro. Vio también que se habían traído el animal consigo, una extraña criatura de pelaje

brillante, de cuatro patas y con una gruesa cola. El animal corría a toda velocidad, lo mismo que los dos hombres, lo mismo que Rigg. El animal era el más rápido, seguido por Olivenko y Hogaza. Rigg iba el último. De pronto se tambaleó.

«No tendría que haberlo traído —pensó Umbo—. Va a volverse loco antes de ponerse a salvo.»

—Los he traído de vuelta —dijo en voz baja—. Ya no puedo hacer nada más por ellos.

Las manos de Param seguían alrededor de su pecho, apretándolo contra ella.

—Bajad los arcos e iremos...

En mitad de la frase, hizo algo y el mundo quedó totalmente en silencio. Y al mismo tiempo, todo comenzó a suceder mucho más deprisa. De un vistazo, Umbo vio que los hombres llegaban al final del Muro mientras Rigg, todavía dentro de sus límites, se retorció en el suelo como un gusano al que le hubieran prendido fuego. Al instante, Olivenko y Hogaza volvieron y lo recogieron. Todo sucedió muy deprisa. Antes de que hubieran pasado cinco segundos, y mientras él observaba, sintió que Param lo arrastraba a un lado. Sus manos tiraron del cuerpo de Umbo y luego bajaron por su pecho hasta encontrarse con las de él, que estaban subiendo. Todavía detrás de él, lo agarraron e hicieron que se agachara.

Los soldados ya no tenían los arcos en las manos. ¿Habían llegado a disparar sus flechas? Si lo habían hecho, había sido demasiado rápido para que Umbo lo viera. Sentía un hormigueo en un par de sitios y se preguntó si sería lo que se sentía cuando te atravesaba una flecha estando invisible en el tiempo ralentizado de Param.

Algunos de ellos trepaban a la roca con sus barras de metal. Llegaron arriba y comenzaron a moverlas de un lado a otro. Se desplazaban a gran velocidad. Pero Param saltó desde la roca y Umbo con ella. Y en aquel momento Param debió ralentizar mucho más el paso del tiempo, porque los hombres comenzaron a corretear más deprisa que hormigas, más deprisa que veloces colibríes, agitando sus barras en el aire. De repente todo se puso negro y Umbo dejó de ver. La luz reapareció al momento, mientras ellos seguían cayendo.

Los soldados seguían moviéndose de acá para allá con sus barras. No sabían que Umbo y Param habían saltado desde la roca en lugar de correr en línea recta, así que durante el segundo día peinaron sobre todo la zona situada enfrente del promontorio. Luego la reina apareció correteando entre ellos como un insecto y cambiaron de posición, así que al terminar el segundo día, el baile de los hombres de las barras se trasladó directamente debajo de ellos.

Pero ellos seguían cayendo y se hizo de noche, y luego amaneció de nuevo y el correteo no cesó. En todo caso se hizo más frenético aún y las barras comenzaron a sondear el aire por todas partes. Invisibles ya durante dos días —durante dos segundos— Param y Umbo corrían más peligro que antes, porque la reina no estaba

dispuesta a rendirse y no permitiría que los hombres lo hicieran. En cuestión de instantes estarían a su altura, donde las barras podrían alcanzarlos. Morirían antes incluso de haber llegado al suelo.

Y entonces, Umbo se dio cuenta de que tenía el poder de salvarlos y, tan pronto lo hubo pensado, arrojó la sombra del tiempo sobre Param y él mismo, y se lanzó en compañía de ella un par de semanas hacia el pasado.

Los hombres desaparecieron.

Transcurrieron tres días y tres noches más antes de que Param comprendiera lo que había hecho Umbo y devolviera al tiempo su velocidad normal.

Cayeron al suelo y rodaron. Param venía detrás de él; su peso le cayó encima y le impidió sujetarse a nada. Umbo cayó de bruces y el impacto del peso de la chica lo dejó sin aire.

Se quedó allí, jadeando, mientras a su alrededor el mundo frenaba su avance y los rayos del sol volvían a caer sobre él, hasta que pudo oír de nuevo su propia respiración entrecortada. Sintió un fuerte dolor en el pecho. ¿Le habría roto ella las costillas al caer? Y entonces oyó que Param le hablaba.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó—. Qué poder tienes... Hacer eso mientras estábamos en ese estado, en el aire en mitad de un salto...

—Creo que me has roto las costillas —susurró Umbo entre jadeos. Pero entonces se dio cuenta de que era imposible. No le dolía más al respirar—. No —dijo—. Estoy bien.

—¿Dónde estamos? —preguntó Param—. ¿Hasta dónde nos has llevado?

—Un par de semanas a lo sumo —respondió Umbo—. Los caballos no están. Aún no hemos llegado.

Ella lo ayudó a erguirse.

—Siento haber caído sobre ti. Nunca había hecho eso antes, un salto así. No tuve tiempo de pensarlo.

—No puedo creer lo rápido que les has hecho moverse. Un día y una noche en un mero segundo. Es casi como si hubiéramos dejado de existir.

Param se echó a reír con nerviosismo y luego cambió de tema.

—Madre es horrible, ¿verdad? Espero no volverme como ella cuando sea mayor.

Entonces comprendió Umbo el miedo que debía haber sentido Param al caer en la trampa inexorable de su madre, donde no cabía otro desenlace que su propia muerte. Pero ahora estaba viva y Umbo la había salvado, los había salvado a ambos.

—No esperemos a nuestra propia llegada —dijo Umbo—. Debemos cruzar el Muro. Puedes ralentizar el tiempo todo lo que quieras. Tenemos semanas para llegar.

—Pero a nosotros nos parecerá que no pasa más de una hora.

—Apenas son dos kilómetros.

—Y yo no camino muy deprisa —dijo Param—. Empecemos.

Umbo aún no le había soltado la mano después de levantarse. Le agarró la izquierda con su derecha para mayor comodidad y así cogidos echaron a andar hacia el Muro. Al poco tiempo comenzaron a sentir que los embargaban el miedo y la desesperación, y Umbo comprendió que nada de lo que había sentido mientras estaba en la roca y al caer desde lo alto de ella podía compararse al terror y el desaliento que lo invadían al entrar en el Muro.

Pero entonces estos sentimientos se volvieron débiles y se desvanecieron, transformados en una permanente ansiedad y un deseo inefable de echarse a llorar. El sol avanzaba velozmente por el cielo. Miró a Param. Ella lo observaba con expresión interrogativa.

Dedujo su pregunta: «¿Puedes soportarlo?»

Asintió y siguió avanzando de la mano de ella. Param apretó un poco el paso, pero también le tiró de la mano. «No tan deprisa», venía a decirle.

La ralentización del tiempo hacía soportable el efecto del Muro, pero no agradable. Umbo se sentía morir y sólo quería que aquello terminara cuanto antes. Ella también caminaba a su lado, arrastrando los pies, y se dio cuenta de que las lágrimas resbalaban por su cara. Se preguntó por qué no frenaba aún más el tiempo, pero luego comprendió la razón: quería llegar al otro lado antes de que Rigg y los hombres aparecieran allí.

Incluso puede que estuviera pensando en rescatar a Rigg. Pero Umbo tenía la sensación de que sería muy complicado conseguirlo. Tendrían que estar en el sitio exacto en el que había tropezado. A su velocidad, si se encontraban siquiera a cinco pasos de él, nunca lo alcanzarían antes de que Olivenko y Hogaza acudieran a rescatarlo. No serviría de nada. Eran dos completos inútiles. De hecho, no había razón para que cruzaran el Muro. ¿Qué necesidad tenían Rigg y los hombres de cargar con un renacuajo como Umbo y una debilucha como Param?

Se estremeció y continuó avanzando. Sabía que aquella sensación de inutilidad y desolación no era más que el efecto del Muro sobre su mente. Pero eso no facilitaba las cosas. De haber existido un modo de conseguir que el sonido se transmitiera en el tiempo ralentizado, habría suplicado a Param que los frenara aún más para aplacar aquella desesperación y aquel temor. Pero también sabía que no serviría de nada pedirle eso, porque ella tenía razón, había encontrado el equilibrio justo. La sensación era mala, pero no tanto como para impedirles seguir. No tenía tanto miedo como para echar a correr y soltarla; no estaba tan deprimido como para dejarse caer en el suelo para esperar la llegada de la muerte. Mientras siguiera andando, llegaría al final.

A juzgar por las salidas y las puestas de sol, transcurrieron nueve días mientras recorrían aquellos dos kilómetros hasta el punto en el que sabían que estarían al otro lado.

Umbo soltó la mano de Param.

El mundo cambió al instante. Pudo oír el canto de los pájaros y sus propias pisadas sobre la hierba y los guijarros. Se volvió hacia donde sabía que estaría la Param invisible y asintió.

—No hay peligro —dijo. Y luego volvió a asentir, muy despacio para asegurarse de que ella lo veía.

Param apareció justo donde debía estar. Su rostro, manchado por los regueros de las lágrimas, parecía inefablemente triste, pero entonces su mirada se tiñó de alivio y afloró una sonrisa a su rostro. Cayó de rodillas, riendo y llorando.

—Oh, ha sido horrible —dijo—. Ha durado una eternidad.

—Pues no ha sido ni una hora —dijo Umbo. Se arrodilló a su lado.

—No me había sentido tan triste y aterrada en toda mi vida —dijo ella. Llevó una mano a la mejilla de Umbo y le limpió las lágrimas. Él hizo lo mismo por ella.

—Yo sí —dijo Umbo—. Muchas veces. Cuando pensaba que nunca podría librarme de mi padre o cuando sabía que iba a pegarme y no podía hacer nada para evitarlo. Todo lo que hacía empeoraba las cosas. Así es como me sentía.

—Pues entonces he llevado una vida muy feliz —dijo Param—, y tú una muy triste.

—Esa parte de mi vida terminó cuando abandoné Vado Otoño con Rigg —respondió Umbo—. Y el hecho de que no hayas sufrido ese miedo y esa desesperación no significa que todos los años que has vivido en casa de tu madre fueran felices.

—Pero lo cierto es que nunca supe cómo era en realidad, al menos hasta ahora —respondió Param—. Así que no sentía miedo a su lado. Me sentía segura y querida. Feliz de no tener más compañía. Ella era todo mi mundo y me parecía suficiente.

—O sea, que te has llevado una sorpresa al descubrir quién es en realidad. Mientras que yo, con mi padre, siempre lo supe. ¿Qué es peor?

—Yo creo que debió de ser peor para ti —dijo Param—. Vivir de ese modo y pensar que no había alternativa. Cuando Madre demostró sus verdaderas intenciones en casa de Flacomm, me quedé horrorizada, sí, pero para cuando por fin comprendí lo que había perdido, el miedo había desaparecido. No lo sentí todo de una vez. El Muro es una cosa terrible. Quien lo creó debía tener el mal en el corazón.

—No lo sé —dijo Umbo mientras se ponía en pie y la ayudaba a ella a hacer lo mismo—. Sus creadores no querían que lo atravesáramos. Su único fin era mantenernos alejados, no torturarnos.

Param se volvió y miró el camino que habían recorrido.

—Y ahora tenemos que esperar a que aparezcamos. —Se estremeció—. El lenguaje se creó para un flujo temporal de un solo sentido. Todo lo que decimos es disparatado.

—Hay un problema con lo de esperar —dijo Umbo—. Ellos tienen todas las

provisiones, porque siempre pensamos que tendrían que esperarnos.

—¿Ves agua por alguna parte? —preguntó Param—. No me vendría mal algo de beber.

Umbo se alejó del Muro en dirección a una loma cercana, por si había agua al otro lado. Pero no era así.

—Nada —dijo. Luego se volvió y añadió—: No hay nada de beber, me temo. Bueno, ¿vamos a buscar agua o esperamos aquí?

—¿Sabemos cuántos días faltan para que lleguen... ellos... nuestros pasados yoes?

Umbo se encogió de hombros.

—No estaba en condiciones de medir con exactitud nuestro viaje hacia el pasado.

—Hablas como Rigg —dijo ella con una risilla.

—La pedantería es contagiosa.

—¿Eso es lo que es? ¿Pedantería? Pero Rigg sólo habla así cuando está entre adultos que hablan de la misma manera —dijo Param.

—Oh, ya lo sé —dijo Umbo—. En casa nunca hablaba así. La primera vez que lo oí hablar como un... un...

—Un miembro de la realeza —sugirió ella.

—Yo iba a decir «como un idiota» —dijo Umbo, sonriendo—. La primera vez que lo oí hablar así fue cuando estaba tratando de impresionar a un banquero de O. El señor Tonelero. Parece que hayan pasado siete años.

—Pero hace siete años, ¿qué edad tenías tú? ¿Cuatro?

—¿Qué edad crees que tengo? —preguntó Umbo, ofendido—. No tengo once, sino catorce.

—¿En serio?

—Soy bajito para mi edad —dijo Umbo mientras se volvía, avergonzado—. Estoy esperando que la pubertad me llegue con toda su fuerza en cualquier momento.

—No era una crítica —dijo Param—. Sólo pensaba que eras más pequeño de lo que eres. Y no mucho más que yo, en realidad. Un par de años, como Rigg.

—A ver qué te parece esto —dijo Umbo, cambiando de tema—. Ya que tenemos que esperarlos de todos modos, ¿por qué no nos vamos detrás de ese árbol, donde no podrán vernos, y tú ralentizas el tiempo? Podremos verlo todo desde allí. Cuando lleguen a este lado, volvemos a la velocidad normal y así todo habrá terminado antes de que nos entre hambre o sed de verdad.

—O sea, quieres que nos sentemos y los veamos pasar.

—Pero esta vez más deprisa —dijo Umbo—, gracias a ti.

—Y no hacemos nada para ayudarlos.

—Consiguieron pasar —dijo Umbo.

—¿Ah, sí? No vi que Rigg lo consiguiera.

—Los otros volvieron a buscarlo.

—Pero ¿llegaron hasta él? Todo pasó volando. Estábamos cayendo. Yo estaba contemplando mi propia muerte, debajo de nosotros. Cuando me volví de nuevo hacia allí, ya nos habías llevado al pasado, así que ya no estaban.

—No creo que tuviera alternativa —dijo Umbo—. Tenía que hacerlo para salvarnos.

—¡Claro! Oh, pero mírate... Ni que esto fuese el fin del mundo.

—Es que es el fin del mundo —dijo Umbo—. Nuestro mundo está al otro lado del Muro. Aquí no conocemos a nadie. No sabemos nada sobre este cercado. Y mira lo que hemos tenido que pasar para llegar hasta aquí. ¿No te gustaría que las cosas hubieran salido de otro modo?

—Yo tampoco conozco a nadie en ese mundo —dijo Param—. Creía conocer a mi madre, pero estaba equivocada. ¿Y tú, Umbo? ¿Dejas a alguien atrás?

—A mi madre.

—La dejaste hace un año. Y a tus hermanos y hermanas, salvo al niño que murió, y fue él quien te dejó a ti.

—A mis amigos.

—¿Mejores que Rigg y Hogaza?

—No.

—Y ellos vienen aquí para reunirse con nosotros. Aunque puede que Rigg se quede ahí dentro demasiado tiempo. Puede que se vuelva loco. Y puede que cuando los demás entren para sacarlo, enloquezcan también.

—Pues estaremos observándolo todo y si las cosas no salen bien, retrocederemos al pasado e iremos al punto exacto donde nos necesitarán, y esperaremos allí con el tiempo ralentizado para salvarlos. Si conseguimos localizar el sitio preciso, podremos volver al pasado y resolver las cosas.

Param asintió. Umbo le devolvió el gesto.

—Me da vergüenza preguntar esto, pero...

—¿Qué? —dijo Umbo.

—¿Somos amigos?

La pregunta dejó a Umbo totalmente estupefacto.

—Tengo que preguntarlo —dijo Param— porque nunca he tenido uno. Tengo un hermano y tampoco lo había tenido nunca. Y Rigg es bastante bueno como hermano. Yo intento ser una buena hermana para él, aunque no tengo mucha experiencia en eso.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Umbo.

—Pero tú y yo... —dijo Param—. ¿Somos amigos? ¿Es suficiente esto para considerarse amigos, saltar juntos desde la roca, salvarnos la vida mutuamente...?

—Por lo general se considera suficiente, sí —dijo Umbo.

—Pero no se trata sólo de una deuda de gratitud, ¿verdad? Tiene que ver con disfrutar de nuestra mutua compañía, ¿no?

—Tú eres la Sissaminka —dijo Umbo—. La heredera de la Radiante Tienda.

—Ya no —dijo Param—. Puedo confiar en ti, ¿verdad?

—Igual que yo he confiado en ti —respondió Umbo.

—Hemos cruzado el Muro juntos.

—¡Somos amigos, sí, definitiva e incuestionablemente!

Param suspiró.

—Y ahora estás enfadado conmigo.

—¡Estoy irritado! Porque no sé cómo responder. Eres mayor que yo. Cuando dos muchachos son amigos y uno de ellos es mayor que el otro, no le pregunta al pequeño si son amigos. Es el mayor el que lo decide y el joven puede darse con un canto en los dientes si le dice que sí.

—Oh. O sea, que no es porque sea de sangre real.

—¡Tienes dieciséis años! ¡Eres una chica! ¡Yo todavía soy un niño pequeño! ¡Sí, somos amigos y es una suerte para mí!

Param lo pensó.

—No sabía que la diferencia de edad fuera tan importante.

—Cuando el chico es mayor, no es así. Pero cuando lo es la chica, es la cosa más importante del mundo.

—Pero... tú eres el que salta en el tiempo —dijo Param—. Posees una habilidad increíble.

—Y tú eres la que corta el tiempo en pedacitos —dijo Umbo—. Y Rigg es el que encuentra los rastros... Somos todos increíbles.

—Entonces se trata de una amistad entre iguales —dijo Param.

—Entre iguales de los que dos son príncipes de sangre real y el otro un niño privo, sí. Exacto.

Param se echó a reír.

Umbo se acordó entonces de que habían cruzado el Muro cogidos de la mano. Se acordó de que ella lo había agarrado para llevarlo hasta el borde de la roca y lo había obligado a saltar. Se acordó de los brazos de Param a su alrededor y de sus manos pegadas a su pecho. Se ruborizó. Ni siquiera sabía por qué. No había nada de malo en todo ello. No se sentía avergonzado. Pero se ruborizó.

—Venga, aceleremos el tiempo y a esperar —dijo Param y luego se rió.

—Supongo que eso es lo que haces, ¿no? —dijo Umbo—. Esperas mientras el mundo pasa volando a tu lado.

—Saboreo la vida a pequeños trocitos.

—Qué filosófica —dijo Umbo.

Param le ofreció las manos. Umbo se las quedó mirando. Ella quería que se

cogieran de la mano y él, de repente, sentía timidez.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Cómo quieres que esperemos juntos si no me coges las manos?

Umbo volvió a ruborizarse. Param quería que se cogieran para poder llevarlo de nuevo consigo a aquel mundo suyo en el que el tiempo estaba dividido en pequeñas rebanadas. ¿A qué estaba esperando?

Le cogió las manos.

El mundo a su alrededor aceleró. No tanto como cuando cruzaron el Muro y mucho menos que durante los segundos que tardaron en caer desde el promontorio.

Y ocurrió que, al entrar en el tiempo acelerado, Umbo no estaba mirando en dirección al Muro, y Param sí, casi directamente. Desde su posición, él podía ver claramente su cara, mientras que ella podía ver el otro lado, donde, en algún momento de los próximos días, se vería llegar a sí misma en compañía de los demás.

Umbo comenzaba a desviar la mirada en la misma dirección que ella —sin soltarle las manos— cuando vio que alguien corría a pocas docenas de metros por detrás de Param, en el lado del Muro donde se encontraban ellos. Observó, convencido de que había algo familiar en la persona, pero se movía con demasiada rapidez para que pudiera reconocerla. Comenzó a levantar la mano para llamar la atención de Param y señalar al desconocido. Era algo importante: la primera persona que conocerían a ese lado del Muro. Pero el hombre desapareció antes de que Umbo pudiera avisar a la muchacha. Era frustrante no poder hablar con el tiempo ralentizado.

Param comenzó a asentir. Umbo volvió la cabeza y, para cuando completó el movimiento, Rigg, Hogaza y Olivenko estaban en el centro del Muro, ligeramente encorvados para mantener las manos sobre un animal invisible. Más allá de ellos, a dos kilómetros de distancia, vio llegar a los soldados, junto con la reina y el general Ciudadano. Y se vio a sí mismo y a Param, sobre el afloramiento de roca.

El mundo a su alrededor frenó su paso, pero no tanto como para volver a la normalidad. Siguió moviéndose lo bastante deprisa para que, posiblemente, Umbo y Param siguieran siendo invisibles, o como mucho se transformaran en una sombra parpadeante si alguien miraba con atención. Hogaza y Olivenko salieron del Muro, pero Rigg quedó tendido en el suelo, incapaz incluso de levantar las manos. Un extraño cuadrúpedo como acerado salió dando brincos del Muro y se detuvo temblando, a menos de diez metros de distancia de ellos.

Un hombre salió de un soto y corrió hacia ellos. Era el mismo que Umbo había visto antes. La ropa y la estatura eran idénticas, sólo que ahora podía verle la cara también.

Era el Santo Vagabundo. El Hombre Dorado. El hombre que se había hecho pasar por el padre de Rigg. El hombre que había enseñado a Umbo a controlar su don. Lo

embargó el deseo de hablar con él antes de que pudiera marcharse, de contarle todo lo que había aprendido desde entonces. El padre de Rigg era un hombre que entendería la hazaña que representaba aprender a controlar unos poderes que Umbo ni siquiera sabía que tenía.

El tiempo aminoró su paso y volvió a la normalidad.

Los demás no habían visto aún a Umbo y Param, cosa que no era rara, dado que eran dos figuras inmóviles entre unas rocas, un árbol y algunos matorrales.

Rigg vio a su padre y gritó al reconocerlo.

El hombre lo miró y luego se volvió hacia Umbo y Param. Extendió una mano y señaló a los dos que habían cruzado el Muro invisibles.

Gritó algo en una lengua extraña.

—¡El Santo Vagabundo! —exclamó Umbo—. Param, es el padre de Rigg. El hombre que creíamos que era su padre.

Mientras tanto, Rigg había corrido hasta él y estaba dando vueltas a su alrededor y mirándolo desde todos los ángulos. Alargó un brazo y tocó a su padre en la espalda, el costado y el pecho. Umbo comprendió que estaba buscando lesiones, pero el hombre estaba totalmente desconcertado.

¿Era posible que no se tratase del mismo hombre por el que Umbo y Rigg lo habían tomado? Pero el parecido era demasiado grande.

¿Y si había las mismas personas en todos los cercados? Idénticos desconocidos en un cercado tras otro.

Imposible, comprendió al instante. Si alguien moría joven en uno de los cercados sin llegar a reproducirse, mientras que su doble en otro cercado no lo hacía, las poblaciones divergirían. No era posible que hubiera personas idénticas a los dos lados del Muro.

Salvo el padre de Rigg.

Umbo se puso en pie de un salto, cogió a Param de la mano y la llevó a conocer al Hombre Dorado.

EL PRECINDIBLE

Cuando Ram despertó, la luz del día iluminaba la habitación.

No estaba aturdido. Siempre se despertaba con una clara percepción de cuanto lo rodeaba. Cuando estaba despierto, estaba despierto.

Así que comprendió varias cosas al instante. No se encontraba en la nave, porque en la nave no había nada parecido a la luz del sol. Eso significaba que, o bien se había producido algún accidente que había obligado a cancelar el viaje, o bien el viaje había terminado y se encontraba en el nuevo mundo.

—Bienvenido a Jardín —dijo un prescindible.

—¿Así que el nuevo planeta ya tiene nombre? —preguntó Ram.

—Un nombre que representa una esperanza más que un hecho, Ram. La atmósfera aún está recuperándose de los problemas asociados al impacto de un grupo de objetos extraplanetarios hace cosa de doscientos años. Hubo una extinción masiva y tuvimos que repoblar el planeta con los ejemplares de la fauna y la flora que habíamos traído de la Tierra. Pero como puedes ver, el sol ya brilla lo bastante. Es capaz de sustentar la fotosíntesis y la vida vegetal está floreciendo. Es hora de que nazca la colonia.

Ram se levantó del camastro en el que estaba tendido.

—¿Soy el primero al que revivís?

—Según lo planeado.

—¿Planeado? —dijo Ram—. Lo planeado era que me despertarais nada más salir de la órbita de la Tierra. Lo planeado era que estuviese consciente durante el viaje. En teoría, debía tomar ciertas decisiones.

—Debíamos despertarte para que tomaras determinadas decisiones en el caso de que te necesitáramos. Pero no fue así, de modo que no te despertamos.

—No puedo creer que esa decisión quedara en vuestras manos.

—Si consideras que hay algo objetable en la ejecución de nuestra programación, llevaremos a cabo una serie de diagnósticos.

—¿Sin un observador independiente? ¿El sistema está diseñado para detectar sus propios fallos, en caso de producirse?

—Si nuestros sistemas fallaran, informaríamos debidamente sobre ello. No necesitamos proteger nuestro ego con mentiras. Al contrario que tú, en este momento. Creías que serías necesario durante el viaje y ahora descubres que no fue así. Y eso te hace sentir mal.

—Eso me hace preocuparme por vuestro funcionamiento, puesto que durante sus

primeros años de vida, hasta que lleguen las provisiones y los colonos de nuevas expediciones, dependeremos en gran medida de vosotros.

—Lo que tú llamas «preocuparse» es la respuesta estándar de todos los primates al descubrir que no están en una posición alfa. Una ansiedad de esa naturaleza puede desembocar en estallidos competitivos como éste, así que permíteme que te tranquilice. Primero, no consta en nuestros archivos que ningún humano haya muerto nunca por agotamiento del ego, aunque sí están documentados comportamientos de alto riesgo destinados a reparar los daños sufridos por éste. En segundo lugar, ahora que has despertado eres de hecho el alfa. A partir de aquí aceptaremos tus instrucciones, dentro de los límites de nuestra programación.

—Dentro de los límites de vuestra programación.

—Como ya he dicho.

—¿Y cuáles son esos límites?

—No está dentro de los límites de mi programación informarte sobre dichos límites.

—Así que soy el alfa salvo cuando vosotros decidáis que no es así.

—En la medida en que estás autorizado a controlarnos, estamos bajo tu control.

—Pero ese control no incluye informarme sobre qué aspectos de vuestro comportamiento no puedo controlar.

—Tus problemas de ego parecen difíciles de resolver.

Ram consideró los posibles resultados que podían darse si los prescindibles decidían que sus problemas de ego estaban alcanzando unos niveles peligrosos, desde su punto de vista.

—No —dijo—. Sólo quería saber cómo están las cosas. ¿El salto salió bien? ¿Sin incidentes?

—El salto fue un incidente en sí mismo. Pero se llevó a cabo dentro de los límites precisos de las leyes de la física. Hemos aprendido mucho de los datos recogidos durante el proceso.

—Pero estamos aquí, seguros y de una pieza. —Ram miró a su alrededor—. Estamos en uno de los refugios portátiles, pero no veo ni rastro de los equipos de soporte vital.

—La atmósfera es respirable sin necesidad de aparatos.

—¿Y los demás colonos?

—Los hemos traído a la superficie de Jardín y están listos para despertar. Sólo esperamos tu orden.

—Qué... considerado por vuestra parte.

—La ironía de tu tono nos obliga a preguntarnos cuál debe ser el sentido real de tus palabras.

—No es algo que esté dentro de los límites de vuestra programación —dijo Ram.

—Más ironía —dijo el prescindible—. Lo sé porque todo el sentido de lo que puedes decir y tus intenciones están, por definición, dentro de los límites de nuestra programación.

—Dejadme que vea este mundo y luego empezaré a tomar decisiones sobre lo de despertar a los colonos.

Ram dejó que el prescindible lo sacara a la brillante luz del exterior. Una docena de edificios de plástico blanco resplandecía allí con destellos trémulos que no llegaban a cegar. Los edificios estaban rodeados por campos sembrados, casi listos para la cosecha.

—Habéis estado ocupados —dijo Ram.

—Estábamos programados para asegurarnos de que el suelo era viable y el clima soportable, y para tener las cosechas listas. La colonia comenzará por aprender a cosechar, preparar la cosecha para su preservación sin refrigeración y procesar el porcentaje necesario para su consumo inmediato.

—Todo eso podéis hacerlo vosotros sin ayuda de los humanos. ¿Por qué no seguís haciéndolo?

—Ésta no es una colonia de prescindibles. La idea es que los humanos se establezcan en Jardín de un modo que maximice las probabilidades de supervivencia, incluso en el caso de que desapareciera la tecnología disponible.

—¿Acaso no sois capaces de crear piezas de repuesto para vosotros y el resto de la maquinaria? —preguntó Ram.

—Estamos programados para garantizar que los humanos se establezcan en Jardín de un modo que maximice las probabilidades de supervivencia, incluso en el caso de que desapareciera la tecnología disponible.

Así que no iba a haber más explicaciones. A Ram no le quedaba más alternativa que suponer que, en algún momento, los prescindibles retirarían su ayuda y las labores de siembra, cosecha y preservación de los alimentos quedarían por completo en manos de los colonos. Él no ejercería ningún control sobre los prescindibles. No sabría nada que no desearan contarle. De hecho, lo más probable era que ya estuviesen mintiéndole.

Lo que significaba que la vida allí sería más o menos como en la Tierra, donde las tareas de gobierno, o al menos las de la gestión, estaban en manos de los prescindibles. A todos los efectos y desde todos los puntos de vista, Ram no era más que una figura decorativa... al menos mientras dependieran de los prescindibles para poder comer cada día.

Así que si los prescindibles estaban programados para convertirse a sí mismos en innecesarios enseñando a los seres humanos a ser autosuficientes, cuanto antes llegara ese momento, mejor para Ram.

—Vamos, amigo mío —dijo—. Hay que despertar a esa gente.

El hombre que se parecía a Padre estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo, y Rigg y Umbo se sentaban frente a él. Param estaba al lado de Umbo. Hogaza y Olivenko, al otro lado de Rigg. Parecía una sesión de la escuela en Vado Otoño.

—Hasta el momento no he entendido una sola palabra de lo que ha dicho —murmuró Umbo.

—Es un idioma que nunca he oído —dijo Rigg.

—No creo que sea tu padre —dijo Umbo.

—Y si lo es, me ha olvidado por completo —respondió Rigg—. ¿Detectas algún indicio de reconocimiento?

El hombre que se parecía a Padre levantó una mano con la palma hacia fuera para silenciarlos. Señaló el Muro y dijo algo que sonó como esto:

—*Ochto-zheck-gho-boishta-jong-nk.*

La expresión interrogativa de su rostro permitió deducir a Rigg que la pregunta era: «¿Habéis venido desde el otro lado del Muro?» De modo que asintió, señaló a todos sus compañeros y a sí mismo en sucesión, hizo un gesto hacia el otro lado del Muro y luego, con los dedos, imitó el movimiento de unas piernas que caminaban desde allí hasta el lugar en el que se encontraban.

—Estábamos al otro lado del Muro, lo cruzamos y llegamos aquí.

El hombre que se parecía a Padre asintió y luego cerró los ojos.

Tres segundos después volvió a abrirlos.

—¿Es ésta vuestra lengua? —preguntó.

—Sí —dijo Rigg y al oír los suspiros de los demás, supo que también ellos estaban muy aliviados. Iban a poder hablar con él.

—Así que habéis cruzado el Muro —dijo el hombre.

—Igual que tú —respondió Rigg.

—Yo no —dijo el hombre.

Rigg se señaló a sí mismo, a Param y a Umbo y replicó:

—Los tres te conocemos. ¿Nos has olvidado?

El hombre que se parecía a Padre sacudió la cabeza.

—No he cruzado el Muro desde que me destinaron aquí, hace once mil años. Sin duda me confundes con uno de vuestros prescindibles.

Rigg intercambió una mirada con los demás.

—¿Prescindibles?

—¿Es que vuestros prescindibles no os han revelado su verdadera naturaleza?

—Lo más probable es que no, diría yo —dijo Rigg.

—¿Y habéis cruzado el Muro sin ayuda? —preguntó el prescindible.

—Sí —dijo Rigg, pensando que la respuesta era demasiado complicada para entrar en detalles.

—No veo ninguna máquina —dijo el prescindible—. Y detecto que el Muro sigue activo, así que no lo habéis anulado.

De nuevo, más miradas.

—¿Se puede... anular? —preguntó Umbo.

—Habéis atravesado el Muro sin desactivarlo —dijo el prescindible—, sin máquinas y sin comprender su verdadera naturaleza...

—¿Qué querías decir con eso de que «vuestrs prescindibles» no nos han revelado su «verdadera naturaleza»? —preguntó Hogaza con voz poco amigable.

—Todo depende de cómo hayáis atravesado el Muro —dijo el prescindible.

—Todo depende de cómo respondas a mi pregunta —replicó Hogaza.

—Responderé las preguntas del primer humano que haya dominado el Muro al atravesarlo —dijo el prescindible.

—Lo hemos hecho entre todos —dijo Rigg—. Umbo y yo combinamos nuestros poderes para que pudiera desplazarme a una época anterior a la existencia del Muro y me llevé conmigo a estos dos hombres. Al final, cada uno de nosotros ha ayudado a los demás a llegar.

—¿Y ellos dos? —El prescindible señaló a Param y Umbo.

—No estoy seguro de cómo lo hicieron —dijo Rigg—. Pensé que tardarían días o semanas en llegar, pero parece que estaban aquí antes que nosotros, a pesar de que habían salido después.

—Después de que Param nos hiciera invisibles —dijo Umbo—, salté un par de semanas al pasado y luego cruzamos tranquilamente.

—¿Y cómo lo hicisteis? —preguntó el prescindible.

Umbo lanzó una mirada de indefensión a Param, y ésta a Rigg.

—Ella puede hacer algo que llama «ralentizar el tiempo» —dijo éste—. Es como si sólo existiera durante pequeñas fracciones de tiempo, con huecos entre medias. Así que tarda mucho en moverse por el espacio, porque está constantemente saltándose breves intervalos de tiempo.

El prescindible no dijo nada.

—El caso es que cuando lo hace, el poder del Muro se reduce mucho. Así es como pudo traer a Umbo a este lado. Al parecer, emprendieron el viaje hace un par de semanas y... ¿Qué habéis hecho? ¿Esperarnos aquí?

—Durante varios días —dijo Umbo.

—Esa explicación no parece plausible —dijo el prescindible—. Llegué aquí hace días, al recibir la alerta de que alguien había atravesado el Muro, pero vosotros no estabais aquí.

—Sí que estábamos —dijo Umbo.

—Te vimos —afirmó Param.

—¿No has oído a Umbo decir que Param los hizo invisibles? —dijo Rigg—.

Cuando está saltando en el tiempo, no refleja la luz el suficiente tiempo, durante los escasos instantes en que existe, para que pueda detectarla un ojo humano.

—No teníamos comida ni agua —dijo Umbo—, así que decidimos esperar en ese estado a que llegarais con las provisiones. Para nosotros pasaron como quince minutos. A ojo de buen cubero.

—¿Tenéis sed? —preguntó Olivenko.

—Un poco —dijo Param—, pero podemos esperar un rato más.

Rigg miró al otro lado del Muro. A dos kilómetros de allí, los soldados de Madre y el general Ciudadano seguían peinando el aire con sus barras de metal.

—Así que ya no estáis allí, ¿no? —dijo.

—Oh, la verdad es que sí —dijo Umbo—. Hemos saltado desde la roca. Estábamos de camino al suelo cuando me remonté esas dos semanas. Eso sucederá pasado mañana, creo.

—Al día siguiente —dijo Param—. Madre no estaba dispuesta a rendirse y yo ya no podía ralentizar más el tiempo, así que Umbo nos salvó la vida.

—Y ella antes, al hacernos desaparecer —dijo Umbo—. Y tú, al hacernos la señal para que os devolviera al presente. Espero que no fuese demasiado espantoso cruzar la última parte del Muro sin ayuda.

Olivenko se estremeció.

—Fue lo más horrible del mundo.

—¿Habéis atravesado una parte del Muro sin ninguna ayuda? —preguntó el prescindible.

—Los últimos cincuenta pasos, más o menos —dijo Olivenko.

—Y luego volvieron a por mí —dijo Rigg—. Me había caído y no podía moverme. Ellos me llevaron al otro lado.

—Después de haber cruzado el Muro —preguntó el prescindible a Hogaza y Olivenko—, ¿volvisteis para salvar a este muchacho?

Los dos hombres de armas respondieron al unísono.

—Somos soldados —dijo Hogaza.

—Es nuestro amigo —dijo Olivenko.

Luego se miraron el uno al otro y añadieron:

—Lo que ha dicho él. —Y se echaron a reír los dos.

—Pues entonces los cinco sois seres humanos muy notables, porque habéis hecho todos, cada uno a su manera, algo que no es posible hacer.

—Entonces, ¿nos crees? —preguntó Param. Parecía un poco incrédula.

—Mientras vosotros hablabais —dijo el prescindible—, he estado en contacto con el prescindible activo en vuestro antiguo cercado. Me asegura que sois capaces de hacer lo que decís. —El prescindible señaló a Param—. Tú puedes dar microsaltos hacia el futuro. —A Umbo—: Tú puedes hacer lo contrario, acelerar la percepción del

tiempo, de modo que parece pasar más despacio a tu alrededor. Y, según parece, también has aprendido a dominar una versión limitada del poder de él.

Señaló a Rigg.

—Él es el que viaja en el tiempo. Todos los momentos pasados están presentes antes que él y puede seleccionar el marco temporal de cualquier criatura viviente, entrar en él y así volver al «presente» ocupado por ella.

Entonces, para sorpresa de todos, señaló también a Hogaza y a Olivenko.

—Vosotros dos poseéis, en diversos grados, una fuerte resistencia innata al campo del Muro. Los humanos normales no pueden soportarlo. Su voluntad se desvanece en cuestión de pocos segundos, enloquecen, se dejan caer y mueren. Con suerte, pueden avanzar unos doce pasos, pero no más.

Olivenko y Hogaza se miraron entre sí y luego miraron a los demás.

—¿Qué probabilidades existían de que todos...? —preguntó Olivenko, al mismo tiempo que Hogaza decía:

—Debe de ser una habilidad bastante frecuente...

—Es una habilidad muy rara, de hecho, pero el prescindible activo en vuestro antiguo cercado me dice que vuestra sensibilidad al campo hace que atraigáis a aquellos que pueden manipular campos, como estos tres. No es raro que la gente que posee ese tipo de habilidades se encuentre. Al menos, eso dice el prescindible activo de vuestro antiguo...

—Te refieres a mi padre —dijo Rigg.

—Sí —dijo el prescindible—. Me confirma que es el prescindible al que tú llamabas «Padre».

—Pero si murió...

—En aquellos cercados donde los prescindibles siguen haciéndose pasar por humanos —dijo el prescindible—, es necesario que, de vez en cuando, finjan su muerte para que la gente no se dé cuenta de que no envejecen.

—Pero entonces, ¿qué sois? —preguntó Umbo.

—Máquinas —dijo el prescindible.

Rigg se encontró inexplicablemente embargado por la emoción. Y, para su sorpresa, no era rabia. Era algo que se parecía más a la tristeza. Sin poder evitarlo, se echó a llorar de manera convulsa. No entendía por qué y no podía parar.

—Lo siento, no...

Umbo le puso una mano en el hombro.

—Tu padre no está muerto —dijo.

—Una máquina —dijo Rigg al prescindible cuando logró controlar los sollozos—. Tendría que haberme dado cuenta. ¡No dejas rastro! Ni tú ni Padre.

Param le sonrió.

—Así que también a ti te ha criado un monstruo que fingía ser humano —dijo.

Rigg sonrió mientras se secaba los ojos.

—Otra cosa que tenemos en común.

—El prescindible al que tú llamas «Padre» no es un monstruo —dijo el prescindible—. Es un servidor de la raza humana.

—Me ha mentado durante todos los días de mi vida —dijo Rigg.

—Y también a mí —dijo Umbo.

—Os instruyó y os preparó —dijo el prescindible—. Que se sepa, sois los primeros seres humanos que atraviesan el Muro.

—Aparte de Knosso Sissamik —dijo Olivenko.

—¿Quién? —preguntó el prescindible.

—Su verdadero padre —respondió Olivenko mientras señalaba a Param y a Rigg—. Hizo que lo narcotizara y cruzó el Muro en un bote, a la altura de la Gran Bahía.

El prescindible sacudió la cabeza.

—Los fármacos no bloquean la influencia del Muro. Al llegar al otro lado habría perdido todas las funciones cerebrales conscientes. —Hizo una pausa momentánea—. El prescindible activo de vuestro antiguo...

—Llámalo el Hombre Dorado —dijo Param.

—El Hombre Dorado me asegura que fue así. El prescindible del cercado al que había llegado siguió el protocolo establecido y procedió a aplicarle la eutanasia inmediatamente.

—¿Eutanasia? —preguntó Umbo.

—Lo mató —dijo Olivenko—. Lo asesinó.

—El hombre llamado Knosso ya no existía —dijo el prescindible—. Llegado a ese punto, el cerebro de aquel cuerpo humano sólo tenía un deseo, que era morir cuanto antes.

Esta vez fue Olivenko el que se echó a llorar. Hogaza le puso una mano en la espalda mientras él se inclinaba hacia delante con la cabeza enterrada entre las manos.

Param estaba mirando al prescindible.

—¿Por qué deberíamos creer nada de lo que nos cuentas?

—Porque sois los primeros humanos que cruzan el Muro —dijo.

—¿Y qué? —inquirió ella.

—Que ahora estáis al mando.

—¿De qué? —preguntó Rigg.

—De mí —dijo el prescindible.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Umbo.

—Quiere decir que cualquier cosa que me pidáis que haga y que tenga la capacidad de hacer, debo hacerla.

—Es una locura —dijo Param—. Está mintiendo. ¿Alguno de vosotros lo

entiende? No puede obedecernos a todos. ¿Y si le damos órdenes contradictorias?

—En eso lleva razón —dijo Hogaza.

—Debo obedecer al primer humano que desarrolló la tecnología necesaria para atravesar el Muro.

—Los dos primeros que cruzaron el Muro fueron Param y Umbo —dijo Rigg.

—Fue Param la que lo hizo —dijo Umbo—. Yo me limité a acompañarla.

—No fuimos nosotros —dijo Param—. Os vimos cruzar el Muro a los tres antes de que saltáramos desde la roca.

—Creo que vamos a tener problemas con la definición de «antes» —dijo Umbo.

El prescindible titubeó un instante. Rigg ya entendía aquellas pausas. De algún modo, estaba comunicándose con Padre.

—¿Cuál de vosotros tiene las piedras? —preguntó el prescindible.

Rigg miró a Umbo, pero entonces se acordó de que éste se las había devuelto antes de que trataran de cruzar el Muro. Se metió la mano en los pantalones y sacó la bolsita que las contenía.

—¿Éstas?

—¿Las diecinueve? —preguntó el prescindible a modo de respuesta.

—Dieciocho —dijo Rigg mientras colocaba la bolsa abierta delante de él.

El prescindible se inclinó hacia delante y las miró, pero no las tocó.

—¿Por qué falta una?

—Está en manos del Consejo de la Revolución. O puede que de los secuaces del general Ciudadano —dijo Rigg.

—Estábamos tratando de recuperarla —dijo Umbo—. Pero entonces tuvimos que salir de la ciudad.

El prescindible asintió.

—Más adelante la necesitaréis —dijo—. Por suerte, la que falta es la tuya.

—¿No son todas mías? —preguntó Rigg—. ¿O... nuestras?

—La tuya es la que te permitirá desactivar el Muro de tu cercado, el cercado en el que naciste.

—¿Las piedras sirven para desactivar el Muro? —inquirió Hogaza—. Hemos estado viajando con ellas...

—No podréis desactivar vuestro propio Muro hasta haber desactivado todos los demás —dijo el prescindible—. Sólo podéis usar esa piedra en último lugar. Así que cuando todos los demás hayan desaparecido, volveréis a casa, recuperaréis la última piedra y anularéis el último de ellos.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? —preguntó Param.

—¿Por qué otra razón íbais a cruzar el Muro? —preguntó el prescindible.

—Para salvar la vida —dijo Rigg—. Al otro lado hay gente que quiere matarnos.

Umbo se echó hacia atrás para poder mirar de nuevo el lugar donde, al otro lado

del Muro, la reina y el general Ciudadano permanecían aún montados en sus caballos.

—Pensé que ya habrían mirado hacia aquí y habrían visto que Param y yo estamos a este lado —dijo Umbo.

—No se les ha pasado por la cabeza —dijo Param.

—Estáis detrás de Hogaza y Olivenko —dijo Rigg—. No pueden veros si no os asomáis.

El prescindible indicó a Rigg que guardara las piedras.

—Así que ignoras para qué has venido en realidad —dijo.

Rigg recogió las piedras.

—No —dijo—. Sabemos perfectamente para qué estamos aquí. Lo que no sabemos es para qué crees tú que hemos venido, ni por qué Padre, el Hombre Dorado, me dio estas piedras y nos hizo emprender este camino.

—A partir de ahora escogeremos nuestro propio camino —dijo Param.

—Ya veremos lo que sucede —dijo el prescindible. Se levantó y comenzó a alejarse.

—¡Espera! —exclamó Hogaza.

El prescindible siguió caminando.

—Díselo tú —dijo Hogaza—. Oblígale a detenerse, Rigg.

—Espera —dijo éste—. Vuelve.

El prescindible volvió.

—Esto no me gusta nada —murmuró Rigg mientras se acercaba—. No quiero darle órdenes a nadie.

—Si te sirve de consuelo —dijo Umbo—, con nosotros no tienes ninguna autoridad.

—Necesitaremos tu ayuda para sobrevivir aquí —dijo Rigg—. No hablamos la lengua del cercado.

—Sí que la habláis —dijo el prescindible.

—Antes no entendimos una sola palabra de lo que dijiste —dijo Rigg.

—No importa, todas las lenguas que se han hablado en este mundo están contenidas dentro del Muro. De no ser así, yo no podría hablaros.

—Así que el Muro conoce todas las lenguas —dijo Rigg.

—Y después de atravesarlo, vosotros también —dijo el prescindible—. Puede que tarden algún tiempo en despertar en vuestra memoria, pero están ahí.

—Tengo hambre —dijo Hogaza—. Estoy harto de hablar.

—Vamos a alejarnos del general Ciudadano y sus payasos —dijo Olivenko—. Ya hemos terminado con ellos.

—De momento —dijo Param—. Hasta que volvamos.

—¿Y por qué íbamos a volver? —preguntó Hogaza.

—Para conseguir la última joya —dijo Param—. Para desactivar el último Muro.

—¿Así que crees que deberíamos hacer lo que los prescindibles quieren que hagamos? —preguntó Rigg.

—Creo que no nos dejarán en paz hasta que lo hagamos —dijo Param—. Creo que su supuesta obediencia es un fraude y que seguirán controlándonos, como siempre han hecho.

—Por si a alguien se le ha olvidado —dijo Olivenko—, en los demás cercados no sólo viven buenas personas. Ni siquiera en el nuestro. ¿Qué haría el general Ciudadano si el Muro desapareciera ahora mismo?

—Venir y matarnos a todos —dijo Umbo.

—No si yo lo mato a él primero —dijo Hogaza.

—Guerras de conquista —dijo Olivenko—. Hasta ahora, el gran logro de los Sessamoto fue unificar el cercado entero bajo un solo gobierno. Pero si desaparecieran los Muros, ¿cuánto tiempo tardaremos en tratar de conquistar el mundo entero? ¿O en que los de otros cercados intenten conquistarnos a nosotros? Supongo que los humanos siguen siendo humanos en todos los cercados. —Se volvió hacia el prescindible—. ¿O acaso ha cambiado la naturaleza humana en alguno de ellos? ¿Existe alguna variedad humana que haya abandonado los hábitos de la depredación y la territorialidad?

—No sabría decirte —dijo el prescindible—. En general, cada uno de nosotros se limita a vigilar su propio cercado.

—Pues pregúntaselo a los demás —dijo Rigg—. Averígualo. Si queréis que derribemos los Muros, debemos conocer las posibles consecuencias.

—Creo que eso es algo que tendréis que descubrir por vosotros mismos —dijo el prescindible.

—Pues vaya obediencia —dijo Param.

El prescindible se volvió hacia ella.

—Los Muros nunca se han desactivado. Y nadie los había cruzado hasta hoy. No sabemos cómo reaccionarán los humanos de los distintos cercados. No puedo decirlo que no sé. Como ya he dicho, obedeceré cualquier orden que tenga la capacidad de obedecer.

—Así que la responsabilidad del mundo entero recae en nuestras manos —dijo Rigg.

—En las tuyas —dijo Umbo—. Tú eres el que tiene las piedras.

—Vamos... —dijo Rigg—. Estamos en esto juntos. Por favor.

Umbo se echó a reír.

—Anímate, Rigg. ¿Qué otra cosa tenemos para pasar el tiempo, salvo desactivar todos los Muros del mundo?

—Y descubrir lo que no nos están contando —dijo Param—. Contad con ello, nos están mintiendo. Mirad, ni siquiera se molesta en negarlo.

El prescindible la miró con calma.

—Ni tampoco lo reconozco.

—Lo que es otra forma de mentir —dijo Param.

—No se puede mentir —repuso el prescindible— si no se conoce la verdad. Sólo se puede estar equivocado o guardar silencio. Yo prefiero el silencio al error y como no sé si estoy en un error, el silencio es la mejor alternativa, salvo que se me obligue a hablar.

—No sólo es un mentiroso —dijo Param—, también es un filósofo.

—Dinos la verdad cuando te preguntemos algo —dijo Rigg—, o lo que creas que es la verdad basándote en la información de que dispongas en ese momento. Y responde las preguntas de todos, no sólo a las mías.

—De acuerdo —respondió el prescindible.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Rigg.

—No tengo nombre —respondió el prescindible.

—Pues necesito un nombre para ti. Y otro para el que llamaba «Padre».

—El prescindible activo recibe el nombre del cercado en el que sirve —dijo el prescindible.

—¿Y cómo se llama ése? El cercado en el que nacimos. El que acabamos de abandonar.

—Nosotros lo llamamos «cercado de Ram» —dijo el prescindible—. Así que a su prescindible activo lo llamamos «Ram».

—¿Y éste? —preguntó Umbo—. ¿Cuál es tu nombre?

—Vadesh —dijo el prescindible—. Éste es el «cercado de Vadesh», y yo soy Vadesh.

—¿Os habéis dado cuenta de que ha respondido a la pregunta de alguien que no era yo? —dijo Rigg—. Estamos haciendo progresos.

—¿Hay agua dulce? —preguntó Hogaza—. ¿Agua potable? ¿Agua limpia? ¿Agua que podamos beber?... ¿Hace falta que sea más específico?

—Os llevaré al agua —dijo Vadesh—. Pero no puedo hacerlos beber.

Rigg miró a los demás, perplejo, y luego se volvió hacia Vadesh.

—¿Por qué dices eso? ¿Para qué ibas a hacernos beber?

—Es un viejo dicho —dijo Vadesh—. De la Tierra, el mundo en el que nació la raza humana. En una de las lenguas de allí. Tiene doce mil años de antigüedad. «Puedes llevar un caballo hasta el agua, pero no puedes hacerlo beber.»

—Gracias por la clase de Historia —dijo Olivenko.

—Y la clase de comportamiento equino —dijo Param.

Rigg se rió de su irónico sentido del humor mientras Vadesh los llevaba lejos del Muro, hacia una hilera de árboles no demasiado lejanos. Pero se fijó en que Vadesh no respondía a sus comentarios jocosos y se le ocurrió una idea.

—Vadesh —dijo—, tus referencias al mundo del que vinieron los humanos y el uso de un dicho de hace doce mil años... ¿Hay alguna razón por la que tengamos que saber que existe la Tierra?

—Sí —respondió Vadesh.

—¿Y cuál es? —preguntó Rigg.

Vadesh no dijo nada.

—¿Tu silencio significa que no lo sabes? —preguntó Rigg—. ¿O que no quieres contárnoslo?

—No puedo predecir la respuesta a tu pregunta con nada parecido a la precisión o la certeza. Pero tenéis que aprender muchas cosas sobre la Tierra y debéis aprenderlas pronto.

—¿Por qué? —preguntó Rigg.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué tenemos que aprender muchas cosas sobre la Tierra y por qué tenemos que aprenderlas pronto?

—Porque se acercan —dijo Vadesh.

—¿Quiénes se acercan? —preguntó Param.

—Las gentes de la Tierra.

—¿Cuándo llegarán? —inquirió Hogaza.

—No lo sé —dijo Vadesh.

—¿Qué harán al llegar aquí? —preguntó Umbo.

—No lo sé —dijo Vadesh.

—Bueno, ¿y qué pueden hacer? —preguntó Rigg.

Vadesh hizo una pausa.

—Existen miles de millones de respuestas correctas para esa pregunta —dijo Vadesh—. Para ahorrar tiempo, las ordenaré por prioridad.

—Bien —dijo Rigg—. ¿Qué es lo más importante que pueden hacer?

—Podrían destruir este mundo y a todas las criaturas vivientes que contiene.

—¿Por qué iban a hacer tal cosa? —preguntó Olivenko—. ¿Qué les hemos hecho nosotros?

—La pregunta era qué pueden hacer, no qué van a hacer. Y antes de que me lo preguntéis, no sé lo que van a hacer. Existen miles de millones de respuestas para la primera pregunta, pero ninguna para la segunda. Eso es el futuro, un lugar al que ni siquiera vosotros podéis llegar, salvo muy despacio, segundo a segundo, como todos los demás.

—Ahí está el agua —dijo Rigg—. Y parece fresca. Llenemos los pellejos y bebamos.

Agradecimientos

Neil F. Comins no sabía que estuviera ayudándome con esta novela cuando escribió *¿Y si la Tierra tuviera dos lunas? Y otras noventa provocadoras especulaciones sobre el Sistema Solar*, pero se lo agradezco igualmente. Su libro es la razón de que el planeta Jardín tenga un anillo en lugar de una luna y de que las diecinueve naves se estrellen contra él como lo hacen. Sin embargo, no es responsable de las cosas que he inventado yo y que no son posibles dentro de los límites de la ciencia conocida.

Los juegos con el viaje en el tiempo a los que he jugado en este libro son un desafío deliberado a las reglas consensuadas de este tema en la ciencia-ficción. Decidí que, en lugar de evitar la paradoja, lo que iba a hacer era abrazarla, adoptar un sistema en el que es la causalidad la que controla la realidad, en lugar del momento preciso en el que suceden las cosas. A fin de cuentas, si podemos postular la posibilidad de plegar el espacio para saltar de manera instantánea de un punto a otro, ¿por qué no hacer lo mismo con el tiempo? Y si podemos deshacer el camino recorrido en el espacio, ¿por qué no en el tiempo?

Una de las dificultades para explicar los sucesos de esta novela es que ninguno de los personajes que sirven como punto de referencia en un momento determinado cuenta con la visión completa de lo que está sucediendo, lo que significa que tuve que contar con que el lector hiciera por sí mismo las necesarias conexiones. Para aquellos que aún sigan un poco confusos, he aquí una explicación de lo que sucedió «realmente»: cuando la nave de Ram entró en el pliegue en el espacio, los diecinueve ordenadores de a bordo generaron diecinueve cálculos distintos, lo que a su vez generó diecinueve series de campos. Estos campos interactuaron con la mente del propio Ram y la extraña capacidad de este de alterar el tiempo provocó que cada uno de las diecinueve series de campos fuese funcional por separado. Es decir, que el salto se llevó a cabo diecinueve veces y se generaron diecinueve copias de la nave en sentido temporal normal y otras tantas en sentido inverso.

Las diecinueve naves que retrocedían en el tiempo estaban vinculadas a la nave original, única, que había realizado el viaje hasta el punto del pliegue. Como se movían en sentido contrario al flujo temporal normal, no podían afectar al universo normal de ningún modo (ni verse afectadas por él). En esencia, utilizaban todas el mismo espacio sin afectarse unas a otras.

Los Rams que retrocedían en el tiempo iniciaron su existencia en el momento exacto del salto. Por su parte, los diecinueve Rams que avanzaban hacia el futuro, además de aparecer en diecinueve puntos distintos del espacio próximo al planeta Jardín (lo que impidió que explotaran al ocupar el mismo espacio al mismo tiempo), lo hicieron 11.191 años antes de que se realizara el salto.

Para los observadores de la Tierra, la señal de luz y calor de la nave de Ram simplemente desapareció. Esto indicaba, no que la nave hubiera conseguido llegar a su destino, pero sí que había realizado el salto. Debido a la velocidad de la luz, estos observadores tendrían que esperar treinta y un años para ver cómo aparecía de repente la misma señal en las proximidades de Jardín (de haber sido visible desde tan lejos), de modo que no pudieron hacer otra cosa que comprobar sus cálculos y sus teorías e hipótesis para decidir si la nave había tenido éxito en su misión.

En el próximo libro descubriremos que llevaron a cabo nuevos cálculos que mejoraban su teoría. Así aprendieron a fabricar naves capaces de realizar el salto sin una duplicación por cada serie de cálculos. Las matemáticas de su teoría exigían que se creara una nave que se desplazaría en sentido temporal contrario en cada salto, pero como esta nave no podía afectar a su universo, decidieron que podían ignorarla.

Sin embargo, no sabían nada sobre los poderes de Ram, así que no podían saber que las naves que habían realizado el primer salto habían aparecido, no en el «presente», sino 11.191 años antes (los treinta y un años luz desde la Tierra multiplicados por 192). Así que ignoraban que los humanos habían vivido en Jardín, no sólo los pocos años transcurridos desde el salto de la nave de Ram, sino once mil años. De hecho, creían que la colonia no estaría aún fundada, puesto que los prescindibles y los ordenadores de la nave estarían aún preparando Jardín para el establecimiento de la vida terrícola.

Quisiera dar las gracias a mis primeros lectores, que también tuvieron sus propios problemas con el viaje en el tiempo. La mayoría de mis libros los escribo muy deprisa, a todo correr, así que no suele pasar más de un día o dos entre capítulo y capítulo. Pero esta vez, como la historia era muy singular y tenía que seguir inventando personajes y situaciones sobre la marcha, el proceso de creación se prolongó a lo largo de seis meses, con semanas enteras entre capítulos. Mi esposa Kristine es siempre la primera que lee todo lo que escribo. En esta tarea contó con la colaboración de Erin y Phillip Absher y de Kathryn H. Kidd.

Mi editora, Anica Rissi, leyó detenidamente el manuscrito mientras aún estaba en proceso de construcción. Gracias a ella, muchas contradicciones y errores de continuidad que mis primeros lectores y yo habíamos pasado por alto fueron detectados y eliminados casi al instante. Tengo que agradecerle sus comentarios y sugerencias, que fueron muy valiosos y aportaron sustanciales mejoras a una historia tan complicada como ésta. Y también quisiera agradecer el excelente trabajo de la editorial en la revisión del manuscrito, una tarea siempre complicada con un escritor tan excéntrico y terco (además de propenso a la distracción) como yo.

El libro está dedicado a mi agente, Barbara Bova, que falleció antes de que terminara de escribirlo. Nunca podrá leerlo, pero no existiría sin su ímpetu. También quiero dar las gracias a su marido, Ben Bova (el editor que adquirió mi primera

historia de ciencia-ficción, allá por 1976) y a su hijo, Ken Bova; entre los dos han logrado mantener el perfecto funcionamiento de su agencia (y de su red de agentes en otras lenguas).

También querría dar las gracias a Kathleen Bellamy y Ed Shubert, editora gerente y editor, respectivamente, de mi revista online *Orson Scott Card's InterGalactic Medicine Show* (www.oscIGMS.com), por aceptar como cuento separado el primer material de Ram. Como la revista es mía y los dos trabajan para mí, se lo envié bajo un pseudónimo, a fin de que lo evaluaran sin prejuicios. El hecho de que lo aceptaran y decidieran colocarlo en la portada antes de saber que yo era el autor me dio la tranquilidad de saber que funcionaba como cuento por sí mismo.

Y también quisiera reconocer mi deuda con las personas que se ocupan de mantener mi vida en funcionamiento cuando yo estoy enfrascado en la creación de un libro: mi ayudante Kathleen Bellamy, nuestro informático y administrador Web Scott Allen y, por supuesto, tanto mi esposa Kristine como nuestra hija Zina, que toleraron al loco escritor que merodeaba entre la buhardilla y el resto de su casa, hablando de cosas que en ocasiones tenían sentido, pero en la mayoría de ellas, debido a la naturaleza enrevesada de este libro, no demasiado.